



Perdida en mi desconfianza

Eva Zamora

Miedo y pasión en el corazón de una mujer



Lectulandia

Cristina lleva años huyendo de su pasado, centrando su vida en humillar a los hombres. Pero su destino da un vuelco cuando conoce a Marc. Sus miradas se cruzan con una intensa atracción, y desde ese instante se prometen entregarse al placer y a la lujuria en una aventura sexual secreta, ignorando los sentimientos y dejándose llevar por las sensaciones.

Pero todo se complica para Cristina cuando reaparecen los fantasmas de su pasado y su secreto más escondido es desvelado, haciendo surgir el miedo y el dolor en su corazón. Pero ¿cómo renunciar a ese placer inexplorado de su cuerpo, a la pasión desmedida por Marc?

Cuando tu mente se bloquea y no sabes qué decisión tomar, solo puedes hacer una cosa: luchar contra ti misma. Aunque el precio sea el amor.

Lectulandia

Eva Zamora

Perdida en mi desconfianza

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2018

Título original: *Perdida en mi desconfianza*

Eva Zamora, 2016

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Jesús, mi marido, por ser mi compañero de expedición en el viaje de la vida.

Me asfixiaba. Sentía una dificultad extrema para poder respirar. El peso de su cuerpo sobre mí, la opresión en el pecho, un fuerte ahogo... Todo eso me quitaba el aire. Y la presión no cesaba, oprimiéndome tanto que el corazón cada vez me latía más lento, como si estuviera apagándose. Llegué a creer que de un momento a otro terminaría parándose para siempre, y una pequeña parte de mí deseaba que eso ocurriera, que mi corazón se detuviera para que todo acabara; aunque la otra luchara por continuar respirando. Intenté moverme, pero era imposible, el cuerpo no me respondía, no formaba parte de mí. Oía continuamente su exaltada respiración pegada a mi oreja, produciéndome asco, una total repugnancia, haciéndome sentir náuseas. Quería hablarle, decirle que por favor me dejase, que parara de una vez; si bien las palabras no eran capaces de brotar por mi boca, de la misma forma que el aire se había negado a llegar a mis pulmones.

«Tú quieres esto tanto como yo, lo sabes, Cris.»

«¡No..., no..., no! ¡Para, por favor!» Mi mente no dejaba de repetirlo, pero yo no era capaz de articular palabra. Estaba paralizada y muda, no lograba verbalizar nada. Todo se iba oscureciendo mientras luchaba, sin ningún éxito, por emitir algún tipo de sonido. Las lágrimas recorrieron mis mejillas acompañadas de un fuerte dolor que me retorció el alma. La presión en mi pecho era ya insoportable, no podía aguantar más la falta de aire. «¡Me asfixio..., aire..., aire..., a... i... re...!»

Desperté sobresaltada en medio de la cama, temblando sin parar entre sudores fríos y a la vez angustiosos. Todo mi cuerpo estaba empapado, y no solo por la pesadumbre; mi piel había calado el fino pijama y el pelo húmedo se encontraba pegado a mi cara como una lapa. Pero lo peor era la respiración. Una respiración irregular e insuficiente que formaba un fuerte nudo en la garganta, que me estaba ahogando, me dejaba sin aliento, me asfixiaba. Salí como pude de la cama en busca de una bolsa para poder restablecer mi respiración, como había hecho en muchas otras ocasiones. Inspiré y espiré una y otra vez en su interior, a la vez que mi cuerpo se iba deslizando por la pared hasta apoyarse en el suelo; no tenía fuerza suficiente para sostenerme, mis músculos se habían vuelto de plomo. Poco a poco conseguí reponerme, dejé de temblar y el oxígeno comenzó a llenar bien mis pulmones. Continué un rato más sentada, intentando recomponerme del todo, esperando que el cuerpo regresara a la normalidad después de mi ataque de ansiedad.

Sentada, con la vista perdida, pensé en la última vez que había tenido esa pesadilla. Había pasado bastante tiempo, quizá cerca de un año, y me pregunté por qué ahora. Seguramente se debía a la agitación de las dos últimas semanas, que habrían revuelto mi interior, al cambio que iba a iniciar, al estrés acumulado. Quería pensar que se debía a todo eso, pues no encontraba otra razón más convincente.

Pasados unos minutos, notando el cuerpo más fuerte, me levanté despacio y comprobé que al fin las piernas eran capaces de sujetarme. Todo volvía a estar en orden.

Miré el reloj. Aún quedaban más de veinte minutos para que sonase la alarma, tenía tiempo de sobra para cuanto debía hacer y decidí, en primer lugar, ir a darme una ducha. Metiéndome debajo del grifo dejé caer el agua sobre el cuerpo, pretendía que su fuerza y pureza suprimiesen por completo mi desgracia, que la borrasen, que me limpiaran los restos de aquel mal sueño y eliminaran las sombras remanentes de mis pesadillas. Intentaba, una vez más, evaporar el terrorífico recuerdo que me acosaba en forma de ensueño angustioso y opresivo.

Mientras el agua me calmaba el alma, Óscar apareció en mi mente como un bálsamo. Siempre fue un apoyo muy importante en mi vida, un sostén primordial. Constantemente estuvo a mi lado, ayudándome a superar todo cuando creí que jamás lograría. Gracias a él no había perdido por completo mi fe en los hombres; aunque, a día de hoy, aún sentía recelos hacia ellos. Muchas veces me preguntaba si existirían más hombres como él, de los de fiar, de aquellos en los que podías depositar tu confianza sin titubear ni un solo instante. Más que mi amigo, Óscar era un hermano; realmente lo era todo para mí.

A mi madre siempre le gustó para mí, siempre tuvo la esperanza de que acabásemos juntos como pareja, pero yo nunca me sentí atraída por él de forma sexual, y no porque no fuese un hombre de buen ver, todo lo contrario, era muy guapo. Bastantes mujeres suspiraban por aquel hombre moreno, con grandes y expresivos ojos negros, sonrisa embelesadora, alto y con un cuerpo bonito y musculado. Eran muchas las que pensaban que Óscar era un caramelito, aunque para mí solo era un gran amigo, el mejor que se podía tener en el mundo. Cuando decidió formar su propio bufete junto con otra socia y trasladarse a Madrid, lo llevé muy mal. Lo añoraba mucho y al principio me sentí perdida por no tenerlo cerca. Él intentaba venir a Alicante cuando podía, pero con el paso del tiempo, se hacía más complicado sacar hueco. La situación empeoró cuando conoció a Marta, su novia, entonces las visitas empezaron a ser muy escasas, si bien no le podía reprochar nada, porque era justo que Óscar hiciese su vida. Además, aunque nos separasen muchos kilómetros, jamás perderíamos el contacto. Es lo bueno de las nuevas tecnologías, te permiten relacionarte con las personas que quieres o te interesan.

Al abandonar la ducha escuché que sonaba el despertador y me acerqué a apagarlo. Fue entonces cuando decidí salir un momento a la terraza y contemplé, una vez más, el precioso mar que tanto me cautivaba: mi Mediterráneo. Respiré hondo aquella brisa fresca y húmeda e inundé mis pulmones con ella. Hacía un espléndido día de primavera, el sol brillaba en un cielo inmensamente azul y de fondo se escuchaba el suave rugir de las olas. Cerrando los ojos pude sentir las olas, llegaban con sosiego a la arena y bañaban mis desnudos pies. ¡Cuánto lo iba a añorar! Hoy dejaba mi Alicante natal para irme a vivir a Madrid. Hoy comenzaba un nuevo proyecto en

mi vida. Después de mucho tiempo, al fin me sentía preparada para asumir todos los retos que me deparase el futuro.

Allí, en la terraza, llenándome con el olor de la brisa, me di cuenta de lo rápido que había sucedido todo. Ni siquiera había tenido tiempo para buscar un piso de alquiler, así que de momento viviría con Marta, la novia de Óscar. Al principio la idea no me gustó porque Marta no me agradase; al revés, me caía genial, sino porque no quería resultar una carga, pero ella casi me lo suplicó y, ante su insistencia, no pude negarme.

Me dispuse a vestirme para ir al aeropuerto. Cubrí mi cuerpo con un pantalón pitillo de color blanco, una blusa azul cielo un poco entallada y mis tacones. Me maquillé ligeramente, como solía hacer siempre, y, mirándome al espejo, me armé de valor.

Cogí el bolso y repasé todo antes de salir. Al cerrar la puerta respiré dejando que el aire entrara hasta lo más hondo de mí y soltándolo despacio. Arrastrando la maleta con ruedas, me dirigí a la calle; el taxi ya estaba esperándome. Cuando entré en él fui consciente de que ya no había marcha atrás, estaba en el punto sin retorno, y cerré la puerta con decisión. Iniciaba una nueva etapa en mi vida porque deseaba hacerlo; es más, debería haberlo hecho mucho antes, tenía la certeza absoluta. Mi vida llevaba mucho tiempo pidiéndome a gritos un cambio, pero nunca reuní el valor suficiente para hacerlo. Sin embargo, ahora estaba más que dispuesta a afrontarlo todo, lo bueno y lo malo, todo cuanto me deparase mi nueva ciudad de acogida. Precisaba de algo más en mi vida, necesitaba respirar, sentirme viva, y aquí ya me era imposible. Hacía muchos años murió una parte de mí, y el resto había ido muriendo poco a poco, día a día, minuto a minuto. No podía permanecer más aquí.

Camino del aeropuerto reviví en mi mente, por quincuagésima vez al menos, la conversación que había mantenido con Óscar cuando me propuso ser su socia. Me dijo que tenía que proponerme algo serio e importante que podría cambiarme la vida. Yo le contesté que, a pesar de quererlo mucho, no pensaba casarme con él. Después de reír un rato y de decirme lo payasa que era a veces, se puso muy serio: «Quiero que te unas a nuestro bufete, Cris.» Mis labios no tardaron ni un segundo en pronunciar un «sí» seguido de un eufórico grito. Luego le pregunté si estaba seguro de lo que acababa de plantearme, a lo cual respondió: «Desde luego, no conozco una abogada mejor que tú, ni quiero otra. Vamos, lo queremos los dos: Ana, mi socia, y yo». Me pidió que escribiera la carta de renuncia a mis jefes cuanto antes porque quería que me incorporase lo más rápido posible. Y eso hice. A la mañana siguiente redacté mi renuncia y me asombré con la respuesta de mis jefes. No hubo ni un mal gesto por su parte, más bien todo lo contrario, y aparte de entenderlo todo perfectamente bien, me animaron a ello. Lo hicieron hasta tal punto que, tras escuchar sus halagos hacia mi persona, casi me puse a llorar. Me apreciaban. Me estimaban mucho. Habían sido bastantes años bregando en su bufete, lidiando codo con codo. Para ellos era casi de su familia y solo deseaban lo mejor para mí.

Al facturar la maleta se me hizo un nudo en el estómago pensando en cuánto iba a echar de menos a mis amigas. Mis increíbles y maravillosas amigas: Mari, Inés y Julia. Dos noches antes me habían preparado una fiesta sorpresa por todo lo alto que había sido maravillosa. Pude comprobar, por si me quedaba algún indicio de duda, cuánto me querían y lo mucho que se preocupaban por mí. Me hicieron llorar de emoción al oír todas las bellas palabras que brotaron de sus corazones. Las iba a añorar mucho a todas, sabía que me costaría bastante no tenerlas a mi lado, sobre todo a Mari. Ella era la única que conseguía sacarme una sonrisa en los momentos más difíciles. Siempre había sido mi pañuelo de lágrimas, al igual que Óscar, pero se había convertido en mi tabla de salvación desde hacía cuatro años, desde que él marchó a Madrid. Y ahora mira, yo también me marchaba y todavía no podía creerlo.

—¡¡¡Sorpresa!!! —exclamó alguien a mi espalda.

Al darme la vuelta vi a Mari con los brazos abiertos, esperando para abrazarme. Había venido al aeropuerto a despedirme.

—¡Oh, Mari! Te dije que no vinieras, no quiero irme llorando. Sabes que odio las despedidas lacrimógenas —expliqué, mostrándole mi cara de desaprobación y pena.

—Gracias, Cris, yo también te quiero —soltó con ironía, abriendo más los brazos. Al final me fundí con ella emocionada.

—No te lo tomes a mal. Sabes que te quiero mucho, por eso no quería que vinieses, para no pasarlo peor. Ya me está costando bastante dar este paso, pero tú sabes que lo necesito. —Mis palabras buscaban su aprobación.

—Sí, lo sé. Y te vendrá muy bien, ya lo verás. —Asintió con la cabeza.

—Eso espero —contesté, con lágrimas comenzando a asomar al precipicio.

—¿Has descansado bien o los nervios no te han dejado dormir?

—¿La verdad?

—Siempre. Es nuestro lema. —Sonrió.

—He tenido una de mis angustiosas pesadillas. Hacía mucho tiempo que no se repetían. Quizás haya sido por todo el estrés de estos días. No sé. —El estómago se me encogió al recordar la angustia que había sentido.

—Seguro que ha sido por eso. ¿Ahora estás bien, Cris? —preguntó preocupada.

—Sí. Mi ataque de ansiedad pasó hace unas horas, estate tranquila. Pero ha sido tan real, Mari, como volver a vivirlo, de verdad. —Enjugué las lágrimas a punto de caer.

—¿Te has tomado algún ansiolítico de los que te receté?

—No. No he tomado nada. Fui a por una bolsa a la cocina para controlar la respiración, ya sabes, y después de un rato me calmé.

—Pues ya está, olvídale. Y ahora dame otro abrazo, anda —pidió, y nos abrazamos con fuerza. Luego me cogió por los brazos con las manos y me miró de frente—. Y no llores. Sabes que eres muy fuerte y que puedes con todo, Cris, no lo

olvides nunca. Así que a por ellos, leona.

La mano de Mari imitó una garra a la vez que comenzó a enseñar los dientes, intentado imitar con sus gestos al rey de la selva.

—Gracias por tu apoyo. —Mis labios dibujaron una sonrisa—. ¡Cuánto te voy a echar de menos, amiga! No te lo puedes ni imaginar.

—¡Oye, que no te vas a la otra punta del mundo! Podemos vernos a menudo. Unas veces vendrás tú a Alicante y en otras ocasiones iré yo a Madrid a verte —respondió, encogiéndose de hombros—. Además, tenemos el correo electrónico, el Facebook, el *whatsapp*, el móvil. ¡Por tecnología no será! —siseó—. Y tendrás a Óscar a tu lado, nunca te vas a sentir sola, Cris. Él es tu otra muleta, ahora tendrás una en cada ciudad. ¡Caray, eres una tía con suerte! —Sonrió de nuevo.

—Llevas razón. —Asentí—. Tengo que ver todo lo positivo que hay en mi vida, solo lo positivo. —Le di un beso en la mejilla—. Estaremos en contacto tan a menudo como podamos. Vendré pronto a veros, te lo prometo. Te quiero mucho, Mari.

—Y yo a ti. Y ahora, antes de marcharte, me vas a contar qué tal con el *boy* de la fiesta. —La picardía asomó por su cara.

—¿Qué tal de qué?

—Cris, sabes que tengo un sexto sentido con los hombres, aparte de la evidencia de observar cómo babeaba el tío nada más verte, claro. ¡¿No sé qué les das, chica, de verdad?! Solo porque eres rubia, alta, con unos ojos azul grisáceo impresionantes, con un moreno alicantino espectacular, un cuerpo bien curvado y unas piernas que parecen no tener fin. ¿Qué tiene eso de especial? Por más que lo pienso no lo entiendo —aseguró con ironía.

—A lo mejor no fue por mi físico por lo que babeó, sino por mi táctica —afirmé con algo de mofa—. Yo creo que más bien fue por cómo lo miré, seduciéndolo. O quizá por cómo le provoqué con mis labios. O sencillamente porque utilicé mis armas de mujer para persuadirlo. Quién sabe, a lo mejor ha sido por todo junto. Sabes que soy una mujer que no pasa desapercibida. —Le guiñé el ojo y sonreí.

—Sí, sonrío, sonrío, pero sabes que es cierto. —Asintió—. Como yo sabía que te liaste con él.

—Fue solo algo rápido, Mari, un «aquí te pillo, aquí te mato». Sabes que al que le echo el ojo termina sucumbiendo a mí. Y estaba muy bueno, para qué mentir.

—Pues me alegro por ti, amiga, hay que alimentar al cuerpo siempre que se pueda, ¿no? —Me guiñó el ojo también—. Y ahora vete ya, a ver si vas a perder el avión y luego me culparás a mí.

Mari y yo nos dimos un largo abrazo y me despedí de ella con los ojos cargados de lágrimas, justo lo que quería evitar. Aunque, con sinceridad, me había agradado mucho su detalle, la sorpresa de acercarse hasta el aeropuerto a pesar de mi insistencia para que no lo hiciera.

Según me alejaba, y no sabiendo ni el porqué, mi mente comenzó a recordar la cantidad de hombres que habían desfilado por mi vida. Eso sí, todos pasaron por ella

sin pena ni gloria porque nunca busqué nada serio, no creía en las relaciones sentimentales. Desde el *incidente*, mi relación con el género masculino nunca volvió a ser la misma, lo único que me interesaba de ellos era una cosa: usarlos para humillarlos. Solo quería llegar lo antes posible a la cama con ellos, no buscando un orgasmo, qué va, tan solo con la firme idea de disfrutar con mi particular venganza. Porque todos los hombres eran calcados, fáciles de comprender, ya que todos pensaban con lo mismo, con la entrepierna, expresándonos con sutileza. Justo ahí era donde deseaba llegar para herirlos de alguna forma; no físicamente, sino en su interior, en su orgullo masculino, en su ego de macho. Siempre buscaba un encuentro rápido, con pocos preliminares, algo para aliviar mi peculiar satisfacción; y me daba igual el lugar, su casa o su coche, lo único que tenía claro era dónde no los iba a llevar nunca: a mi hogar. Ese era mi santuario sagrado, ahí no pisaría ninguno de ellos, jamás.

En el setenta por ciento de mis encuentros con hombres nunca pasé de los preliminares, y con esos apliqué la regla de extrema urgencia. Usaba ese precepto cuando estaba ansiosa por humillarlos, pero lo último que deseaba para lograrlo era sentirlos en mi interior. Una vez elegida la víctima, y con sus manos empezando a deslizarse por mi cuerpo, mostraba en segundos mi lado más incisivo y mordaz. No había nada que ofendiese más a un hombre que decirle: «¿No has hecho esto antes?» o «¿Es tu primera vez?». O también frases como «No sé quién te ha dicho que debes mover la lengua como un ventilador, a mí, desde luego, no me gusta», o todo lo contrario: «Como no te des un poco de vida vas a conseguir que me duerma, eres un poco soso». Y muchas otras más que se me ocurrían sobre la marcha. Para machacarlos un poco más, lo mejor era compararlos con el último hombre con el que había estado, explicándoles lo bien que el otro sabía hacerlo y cuánto me había hecho disfrutar. Con lo que más me regodeaba era pidiéndoles que parasen porque no me gustaba como lo hacían, alegando que ya terminaría yo el trabajo en mi casa y seguramente mil veces mejor; ese era el colofón de oro. Ver sus caras de humillación, la laceración en su ego masculino, era impagable. En todos y cada uno de los casos yo salía invicta y me vanagloriaba de mis actos. «Te das cuenta, Cristina, le has machacado de lleno.» «Has visto su cara, le ha faltado poco para llorar de la humillación.» «Joder, tía, le has pulverizado. Eres un crack.» Siempre me marchaba feliz y sonriente, sabía que sus orgullos quedaban en unas ocasiones tocados y en otras hundidos, pero en todas heridos, y en más de un caso, de extrema gravedad.

Me llevó cuatro años ser capaz de tener una relación sexual con un hombre después del *incidente*, y tuve muy claro, desde el principio, que a partir de ese momento yo pondría siempre las reglas. Yo decidía cuándo, cómo, con quién y el qué; y nunca repetía dos veces seguidas con el mismo. Ese era mi momento preferido, cuando alguno insistía en volver a vernos y yo le decía que «NO». Me encantaba esa palabra: NO. Durante mucho tiempo pensé que si la hubiese podido gritar aquel fatídico día todo habría sido distinto, pero la doctora Millán me

convenció de que yo no había sido la responsable de aquello, sino la víctima. Yo no quería que ocurriera, pero me silenciaron para no oírlo, para que no pudiera decir «NO». Así que cuando alguno se ponía pesado y terminaba marchándose un poco frustrado por mi negativa para una segunda vez, yo me alegraba enormemente viendo cómo había logrado dañar, aunque solo fuera un poquito, el orgullo de otro hombre; y me apuntaba un tanto más en mi pizarra imaginaria. Pero hacía un tiempo que decidí no continuar con aquello, ya no podía más. Estaba agotada, me sentía asqueada de esa forma de vida y precisaba de un cambio en general. Aunque, en especial, en las relaciones hombre-mujer era en las que más lo demandaba. Quería borrar todo de mí: la rabia, el dolor, mi pasado..., y buscar una transformación total. Pero no quería un punto y seguido en mi relato, sino un punto y aparte, una nueva historia que escribir en el mismo cuaderno desgastado; aunque con una bonita funda de color para que se viese más fresco y más bello, como si fuese nuevo. Necesitaba una amplia pausa. Requería de un paréntesis largo en ese sentido, alejarme por completo de los hombres, y lo mejor para llevarlo a cabo sería emprender una etapa de castidad, un tiempo con el que limpiarme los restos de podredumbre que sentía pegados a mi piel debido a mi actuación con el género masculino, y el mejor lugar para iniciarla, sin lugar a dudas, era Madrid, mi nueva ciudad de residencia. Ese sería el primer cambio en mi transformación, o mejor decir en mi regeneración. Estaba decidido, la abstinencia sexual iba a ser la prioridad en esta nueva etapa que iniciaba, y era una determinación inamovible y por tiempo indefinido.

Conforme me acercaba a la zona de embarque los nervios se apoderaban de mí. Pensaba que sería lo normal por el vuelo, aunque sabía que mi nerviosismo, en realidad, se debía a todo cuanto dejaba atrás; y el estómago se me encogió pensando en mi madre. Mi pobre madre. No se había tomado nada bien que me trasladase a Madrid porque no entendía, por más que se lo expliqué, por qué quería dar ese giro a mi vida. «¿Por qué, Cristina? Dime un porqué comprensible, algo que me haga entender tu decisión. Te alejas de todo, de tu familia, amigos..., de tu madre, ¿por qué?» Le dije solo que era una buena oportunidad para mí y que no la iba a desperdiciar, que no debía preocuparse porque no iba a estar sola, Óscar estaría conmigo, además de Marta. Aun así no lo comprendía, no quería hacerlo, se negaba a razonar. No obstante, yo necesitaba ese cambio, lo precisaba. Por ella, por no dejarla sola, nunca tuve valor suficiente para hacerlo, y me había negado a mí misma una vida diferente. Una vida alejada de malos recuerdos y de gente hiriente que en su día me hicieron mucho daño. Pero ya había llegado el momento de pensar en mí y en nadie más, y eso hice.

Pedí a mi madre con ahínco que no viniese al aeropuerto a despedirse de mí. Al principio se negó tajante y me suplicó que no le quitase ese derecho también, pero terminé convenciéndola de que sería menos angustioso para ambas. No quería que lo viese como un adiós porque no lo era, íbamos a seguir viéndonos. Al final, y gracias a Dios, me hizo caso y no se acercó a la terminal, nos despedimos la noche de anterior

entre un mar de abrazos y besos que no encontraba el fin.

El avión tomó tierra a las cuatro de la tarde; por fin estaba en Madrid. Aunque para cuando quise encontrar la maleta y encaminarme hacia la salida habían transcurrido casi veinte minutos más. Nada más abrirse las puertas que accedían al aeropuerto los divisé. Tan acarameladitos como siempre, tan enamorados como los recordaba, Óscar y Marta estaban esperándome.

—¡Ahí está! —exclamó Marta, saludándome con la mano sin parar.

Óscar se acercó rápidamente, me dio dos besos y nos fundimos en un eterno abrazo. Marta se unió a nosotros con mucha dulzura y delicadeza, arropándonos a los dos. Permanecimos un buen rato los tres juntos, unidos, sin hablar. En ese momento necesitaba todo el cariño que ambos me estaban brindando, necesitaba toda esa fuerza fluir por mi interior, y ellos lo sabían. Precisaba de su energía y empuje porque hoy era el primer día de mi nueva vida. Hoy comenzaba el nuevo relato de Cristina Marín.

—¡Hola, Cristina! —dijo Óscar, mirándome con sumo cariño—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, con muchas ganas de llegar.

—¿Preparada para ser socia de un buen bufete?

—¡Oye! —me quejé, dándole con la mano un pequeño golpe en el hombro—. ¿Qué quieres decir, que no he trabajado en un bufete en condiciones?

—Yo no he dicho eso, pero está claro que el cambio es a mejor. ¿O tú no lo crees?

—Por supuesto. —Asentí.

—Pues eso decía yo. —Chasqueó la lengua.

—¿Qué tal, Cristina? Me alegro mucho de que estés por fin aquí —enunció Marta, acariciándome el hombro, mirándome con sus maravillosos ojos verdes que desprendían felicidad a borbotones, lo habitual en ella, pues era muy efusiva, siempre estaba alegre, feliz...

Marta era de ese tipo de personas que te caía bien nada más verla, aunque no hubiese articulado palabra alguna, solo con desplegar su fantástica sonrisa te había ganado por entero. Y encima era muy guapa, de melena morena y rizada, piel dorada y cuerpo espectacular; si bien, estaba convencida, su carácter jovial y no su magnífico físico era lo que había seducido a Óscar. Hacían muy buena pareja y se amaban muchísimo, se percibía a distancia, y yo me alegraba mucho por él. Óscar se merecía todo lo bueno que le ofreciese la vida. Absolutamente todo.

—Yo también me alegro de estar aquí, Marta. —Sonreí, poniendo mi mano encima de la suya, contemplando su entusiasmo.

Los tres llegamos a casa de Marta, también mía de momento. Lo primero que hizo fue llevarme hasta la que sería mi habitación para que dejase la maleta. Era muy espaciosa, con un gran armario de lunas, una cama tamaño matrimonio, un alto chifonier y un cómodo sillón orejero. Me tumbé un momento en la cama para comprobar lo cómodo que era el colchón, y me di cuenta de lo cansada que estaba, más bien agotada. Todas las emociones, las de hoy y las de días anteriores, comenzaban a pasarme factura y hacían flaquear mis fuerzas. Me metí en el baño y tomé una ducha rápida. Después me puse algo cómodo y pasé al salón a sentarme con mis amigos.

—¿Qué quieres tomar, Cris? —preguntó Marta.

—¿Tienes té frío?

—Sí, ahora mismo te lo traigo —respondió con una sonrisa.

—Bueno, me tengo que marchar, Cristina, tengo trabajo pendiente —anunció Óscar, poniendo la mano en mi rodilla—. Mañana vendré a por ti a las ocho de la mañana y te enseñaré el trayecto para ir al bufete. Está muy cerca, puedes ir andando si quieres.

—Muchas gracias, Óscar. —Apreté mi mano en la suya.

—¡Ya estoy aquí, chicos! —exclamó Marta, que apareció con dos té fríos con limón y unas galletitas saladas—. Quizá tengas hambre, Cris, ¿quieres que te prepare algo de comer?

—No, gracias, no te molestes.

—¿Sabes qué? Hoy tú y yo vamos a cenar en un bar que hay cerca de aquí, tienen una terracita maravillosa y se come muy bien. ¿Qué dices? ¿Te apetece? —Mostró una vez más su radiante sonrisa.

—Por supuesto. Además tengo que ir conociendo todo esto, tendrás que servir un poco de guía para la recién llegada.

—¡Me encantará ser tu guía! —exclamó—. Te enseñaré los mejores rincones de esta ciudad.

—En fin, como veo que tenéis planes, me voy. Adiós, Cristina, hasta mañana.

—Óscar, ¿por qué no me llamas Cris, como siempre? —interpelé un poco contrariada, desde que había pisado Madrid no se había dirigido a mí como era habitual en él.

—Por una sencilla razón, amiga, Ana me ha pedido que me acostumbre a llamarte Cristina porque es más profesional, y lleva toda la razón. Me va a costar un poco, aunque lo conseguiré.

—¡Ah, vale! Motivos profesionales.

—Sabes que a mí me gusta más llamarte *guapetona*, pero no creo que quede muy bien en el bufete dirigirme a ti de esa forma, ¿no crees? —bromeó, dándome un pellizquito en la mejilla a la par que estiraba los labios.

—¡Anda, vete, pelota! —exclamé, empujándolo hacia la puerta.

—Nos vemos mañana, cielo —dijo a Marta, y se besaron. Lo hicieron con tanto

amor que llegué a envidiarlo. Yo no sería capaz de amar a alguien de esa forma nunca, no sabría, no tenía esa capacidad—. Hasta mañana a las dos. Pasad buena noche y no os portéis mal cuando salgáis por ahí.

—Lo intentaré, aunque no puedo prometerte nada, ya me conoces. —Le guiñé el ojo—. Hasta mañana, y pasa buena noche tú también, porque mañana nos espera un día muy largo.

Al día siguiente, cuando faltaban diez minutos para las ocho, Óscar se presentó en casa de Marta para llevarme al bufete.

—¿Preparada, Cristina? —preguntó, con voz dulce y tranquilizadora.

—Eso espero. —Tomé aire—. Vamos a ver cómo nos va nuestro primer día de socios.

—Bien, ya lo verás.

—¡Pues claro que bien! —replicó Marta desde el pasillo.

—Bueno, vámonos cuanto antes y así comenzaré más pronto el día.

—De acuerdo, señorita Marín. Así te tendré que presentar a los clientes, ¿lo sabes? —Utilizó su usual ironía.

—¡Eso ya lo sabía, bobo! Estoy acostumbrada a ser la señorita Marín. Llevo diez años trabajando como abogada, ¿recuerdas? —pregunté con tono de burla.

—Diez años, vaya, cómo pasa el tiempo. —Me guiñó el ojo—. Dame un beso, cielo, nos vamos. —Marta y él se besaron, mostrándome cuánto se amaban de nuevo—. Bueno, ya te contará Cristina cómo le ha ido el día, y luego te lo contaré yo.

—¡Eh! —protesté—. ¿Acaso no le vamos a contar lo mismo?

—Es probable que no. Tú serás mucho más dura contigo misma, ya nos conocemos. Y vámonos ya o llegarás tarde el primer día, y eso da muy mala imagen. —Se rio.

Llegamos al bufete en algo más de veinte minutos y sin apenas coger atasco, tan solo por culpa de los semáforos, con lo cual, sería mejor ir andando y tardaría lo mismo o menos. Además, eso me serviría para ir conociendo más la ciudad y familiarizarme con ella. Me encantaba Madrid, la hermosa ciudad de Madrid, la energía que desprendía, su aceleración, su fuerza... Necesitaba todas esas cualidades de la urbe vibrando en mi interior para sentirme viva.

Al llegar al bufete me quedé fascinada admirando la placa dorada que había en la puerta.

Espinosa-Sáenz-Marín
ABOGADOS

Óscar me observó sonriente.

—¿Le gusta cómo ha quedado la placa, señorita Marín?

—Por supuesto. ¿Lo dudas? —pregunté, sin parar de mirarla embobada.

Nunca había pensado ser socia de un bufete, ni siquiera me lo había planteado, así que ver allí mi apellido me hizo sentir una enorme satisfacción. Me sentía henchida de alegría.

Al entrar nos recibió Patricia, la recepcionista, una chica joven con una sonrisa de oreja a oreja, bien parecida y con un encanto especial. Su mirada transmitía confianza y estaba llena de felicidad.

—Buenos días, señor Sáenz.

—Buenos días, Patricia, te presento a la señorita Cristina Marín, la nueva socia del bufete, una excelente abogada —le explicó Óscar, observándome con su magnífica sonrisa.

—Encantada de conocerte, Patricia. —Estreché su mano—. Y no le creas, soy una abogada que intenta hacer su trabajo lo mejor posible, nada más.

—Bienvenida al bufete, señorita Marín, aquí me tiene para todo lo que precise.

—Por favor, no me llames de usted, me hace mayor. Llámame Cristina y tutéame. —Esbocé una sutil sonrisa.

—De acuerdo, Cristina, aquí estoy para lo que quieras. —Sonrió ella también.

Óscar me condujo por un largo pasillo y abrió una puerta, tras ella se encontraban los dos secretarios del bufete, Pablo y Mónica, ambos encantadores y muy serviciales. Estrechamos nuestras manos y conversamos unos minutos a modo de presentación. Después Óscar me llevó a conocer el resto del bufete; su despacho, el de Ana, vacío en ese momento, la sala de relax con máquina de refrescos y comida, hasta me indicó dónde se encontraban los servicios. Por último me llevó al lugar que me acogería cada día, mi guarida dentro del bufete.

—Este es tu despacho —dijo, indicándome con la mano que pasase—. Espero que esté a tu gusto.

Entré y observé despacio, paseando mi vista con calma. Era un habitáculo muy amplio, amueblado con unas extensas estanterías, una gran mesa de color negro lacada en mate y un cómodo y alto sillón, negro también. La pantalla del ordenador era extra grande, pensé que no tendría problemas ni para ver la letra más pequeña. Pero lo que más me impresionó fue la espectacular pared lateral de cristal, del suelo al techo, con magníficas vistas de Madrid y las Torres Kio.

—Está bien, muy bien. ¡Vaya vistas! —Desplegué los labios.

—Sí, tiene una buena vista. —Asintió—. En fin, ya lo has visto todo. Ana no ha llegado aún, hoy tenía juicio, pero calculo que llegará a media mañana. He pensado que podríais comer juntas y así íros conociendo mejor. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo. Pero, cambiando de tema, ¿tienes trabajo para mí?

—Hoy no, empezarás mañana. Hoy será mejor que hables con Pablo y Mónica y te pongas al corriente de cómo trabajamos aquí.

—Muy bien. —Lo miré fijamente—. Siempre tan protector y cuidadoso conmigo, Óscar. Me mimas demasiado. ¿Te das cuenta que nunca podré encontrar otro hombre como tú?

—Porque tú no quieres, Cristina. Hay hombres buenos, pero tú no los quieres ver, ya lo sabes.

—¿Eso crees?

—Desde luego. Aunque no vamos a discutirlo hoy, ¿vale? —respondió serio.

—Claro que no, perdona.

—Siempre estás perdonada. Y ahora me voy a trabajar. Adiós.

3

Mi madre me llamó un par de veces a lo largo de la semana. Necesitaba saber que me encontraba bien, que era feliz con mi cambio de vida, y se alegró mucho al notarme contenta. Sin embargo, cada vez que nos despedíamos terminaba llorando, y eso me partía el corazón. No sabía qué hacer para que aquello cambiase, me hacía sentir tan impotente que al colgar yo también lloraba, aunque en mi caso de rabia. Sabía que le costaba no tenerme cerca, pues aunque yo estaba independizada desde hacía mucho tiempo siempre habíamos vivido en la misma ciudad. Ahora nos separaban muchos kilómetros y necesitaba tiempo para asimilarlo. Todo había sucedido apresuradamente y era una persona a la que le costaba aceptar los cambios, mucho más si afectaban a su pequeña; de ese modo continuaba viéndome mi madre. Terminará acostumbrándose, me repetía a mí misma todos los días.

Sobrevino a mi mente el día que le pedí no volver a hablar del *incidente*. No podía soportarlo más ni ver cómo me miraba, con esa cara de pena que me partía el alma. No quería dar lástima a la gente, pero a ella menos que a nadie. Cuando acudimos a la cita con la doctora Millán, psicóloga y psiquiatra, aunque ella me aconsejó desde un principio llamarla psicoterapeuta, lo puse en su conocimiento. No podía seguir viviendo así, me sentía superada, y por primera vez, después de todo el tiempo que llevaba visitándome, la doctora Millán me dio la razón. Me quedé muda al escucharla, lo que menos esperaba era que se pusiera de mi lado, siempre decía que me haría bien hablar del tema, expulsarlo de mí. De inmediato salió a llamar a mi madre y, nada más sentarse, la miró fija y le dijo que de esa forma no me estaba ayudando, sino todo lo contrario. Le explicó que yo era una persona fuerte capaz de superar la desgracia vivida, pero que necesitaba su apoyo, no un recordatorio continuo de la tragedia; que no tenía que sentir pena por mí, sino sentirse muy orgullosa. Tras unos segundos de silencio, mi madre se desgarró en llanto. De forma instintiva, la abracé con fuerza hasta que por fin pudo calmarse. Contemplándome, me pidió que la perdonase, me dijo que ella tan solo había querido ayudarme. Asintiendo, le contesté que lo sabía, matizándole que, aun así, su actitud se alejaba de lo que precisaba. Desde entonces nunca más volví a ver pena por mí en su cara. Jamás. El paso firme que ese día tomó mi madre y la ayuda de la doctora Millán sirvieron para recuperar mi autoestima. Una autoestima que estaba perdida en un inmenso mar de compasión maternal.

La semana pasó rápido. Todos los días, Ana y yo íbamos a comer juntas para ir

conociéndonos y hablábamos de todo un poco, aunque sobre todo de trabajo. Me enseñó fotos de sus hijas, dos auténticas preciosidades de ocho y seis años, y también de su marido, un hombre muy atractivo con el que hacía muy buena pareja. Formaban una bonita familia, y además, se la veía muy enamorada de él.

Ana era una mujer guapa y esbelta, con el pelo castaño a media melena y una piel muy clara. A sus cuarenta y cinco años estaba mejor que bien y podría aparentar mi edad. Siempre tenía algún buen consejo que darme en cuestiones laborales, y sobre todo siempre estaba de buen humor, por duro que fuese el día. No sabía cómo lo conseguía, pero siempre se mostraba feliz y terminaba trasmitiéndote sus buenas vibraciones. Cuando la conocí por primera vez tuve la impresión de que era una niña pija, pero nada más lejos de la realidad, pues lo único que tenía de pija era la ropa que vestía. Me bastó tener un rato de charla con ella para comprobarlo. Era cierto que provenía de familia adinerada; no obstante, nadie le había regalado nada, todo se lo había ganado ella a base de trabajo y esfuerzo. Su familia desde siempre le inculcó la consigna «hay que hacerse a uno mismo», y eso había hecho ella. Desde aquel día tuve el presentimiento de que nos íbamos a llevar bien. A mí, al igual que a ella, tampoco me gustaba que me regalaran nada, todo me lo había ganado con el sudor de mi frente.

Los viernes terminábamos a las dos de la tarde y Ana aprovechaba para recoger a las niñas del colegio y comer juntos en familia. Óscar solía tener reuniones con clientes y llegaba tarde, a veces incluso comía con ellos. Hoy era uno de esos días, un viernes que me encontraba sola, sin ninguna compañía. Camino a casa, decidí comprar algo de comida rápida y llevármela a casa para comer igualmente sola, pues Marta no llegaba del hospital hasta las cuatro. Marta era una médica pediatra vocacional, adoraba a los niños. Provenía de la burguesía catalana y su padre, al igual que su abuelo, eran importantes empresarios. Tenía dos hermanos, uno tres años mayor y su mellizo. Siempre decía que ellos eran los rebeldes de la familia porque habían desobedecido las órdenes de su padre. Su progenitor quería que los tres continuasen con la tradición familiar, que tomasen las riendas de las empresas, aunque tan solo el mayor lo hizo. Marta siempre deseó ser doctora, y su mellizo, policía, y ambos lucharon por conseguir lo que querían a pesar de la oposición del patriarca; sin embargo, al final no le quedó más remedio que terminar aceptándolo. Ninguno de los dos deseaba que sus trabajos se viesan influenciados por su apellido, de gran peso en su tierra, y por eso decidieron alejarse de Cataluña. Tuvieron la gran suerte de conseguir plaza en la misma ciudad y eso los hizo trasladarse a Madrid sin pensarlo demasiado.

Llegué a casa y me puse a comer. Después de ducharme, decidí tumbarme cómodamente a leer un libro. Pero mi momento de relajación duró poco, apenas habían pasado unos minutos cuando Marta entró por la puerta como un torbellino.

—¡Hola, Cris! ¿Cómo te ha ido el día? ¡Tengo algo alucinante que contarte! — exclamó entusiasmada y de carrerilla.

—Bien, gracias. —Me incorporé—. ¿Qué es eso tan maravilloso que tienes que contarme?

—¿Recuerdas que mi hermano mellizo es policía? Bueno, inspector jefe de policía —aclaró, sentándose a mi lado.

—Sí.

—Pues hace unos meses evitó un atraco y salvó la vida a un joyero —explicó, con los ojos llenos de admiración.

—¡Eh! Cuéntame eso mejor, no me habías dicho nada. ¿Cómo ocurrió? —La curiosidad me embargó.

—Era su día libre, pero estaba en el lugar adecuado y en el momento oportuno. Vio algo sospechoso en una joyería mientras iba paseando y no se lo pensó dos veces. Al entrar, el atracador tenía encañonado al joyero y el botín en una bolsa colgada del hombro. Mi hermano lo atacó por la espalda y lo redujo. Había disparado a otro hombre, era el hijo del joyero que yacía en el suelo desangrándose. No hubiese sobrevivido de no ser por la intervención de mi hermano, que le practicó los primeros auxilios. Al menos eso dijo el SAMUR a la familia del joyero, y a mi hermano. Así que evitó un atraco y salvó una vida. —Ensanchó su sonrisa.

—¡Caray! ¡Tu hermano es muy valiente! Tienes que estar muy orgullosa de él.

—¡Muchísimo! —respondió eufórica—. Por eso mañana, a las doce del mediodía, le van a dar la medalla al mérito. Luego habrá una recepción para los familiares. Vendrán tíos importantes, ya sabes. —Gesticuló, restándole importancia—. Pero lo mejor es que mis padres, que en un principio no podían venir, vendrán; y mi hermanito no lo sabe aún. ¡Qué sorpresa va a llevarse! —Se echó las manos a la boca sin dejar de sonreír.

—¡Qué bien, Marta! ¡Cuánto me alegro, de verdad! Tanto por esa medalla como por la sorpresa. —Asentí.

—Aún no he acabado. —Me miró sonriendo y me cogió las manos—. Quiero que tú también asistas, así conocerás a mis padres y a mi mellizo. ¿Qué me dices?

—¿Yo? —pregunté sorprendida, pensando qué pintaba yo allí. Qué vergüenza, con toda su familia, esa gente importante... Yo no tenía nada que ver con aquello—. De veras que te lo agradezco, Marta, pero creo que es un asunto familiar y, al fin y al cabo, yo no soy de la familia.

—¿Cómo que no? —Me miró boquiabierta—. Para Óscar eres como una hermana, y él es mi novio. No aceptaré un no por respuesta, Cris. —Agitó la cabeza—. Además, ¿no soy tu guía? Pues este sábado toca ver una entrega de condecoraciones a la policía, y de paso conocerás a mi familia. El único que no puede asistir es Fernando, mi hermano mayor, aunque ya lo conocerás en otra ocasión. Por favor, Cris, no me puedes decir que no. —Me observó con cara de pena.

—Si vas a ponerte así, diré que sí. —Me encogí de hombros.

—¡Bien, bien, bien! ¡Qué feliz soy! —Se abrazó a mí y después se marchó corriendo por el pasillo, alocada—. ¿Qué te vas a poner? Tienes que ir elegante —

gritó desde la otra punta de la casa—. ¿Quieres que vayamos de compras? Yo necesito una blusa. Tengo una falda sin estrenar, regalo de Óscar, y había pensado que esta sería una buena ocasión para lucirla.

—Entonces vamos. —Soplé con resignación—. Aunque no tengo ni idea de qué me voy a comprar.

—¡Ya lo veremos sobre la marcha! —gritó una vez más—. Ahora cambiémonos y salgamos.

Llegamos al acto una hora antes y Óscar ya nos esperaba allí. Nada más bajar del coche besó a Marta con vehemencia, como si jamás lo hubiese hecho. Después no paró de repetirle lo preciosa que estaba y lo mucho que la quería. Era envidiable todo el amor que se profesaban, toda la felicidad que sentían estando juntos. Y volví a pensar que yo nunca podría amar de esa manera, mi corazón llevaba demasiados años cerrado a cal y canto, guardaba mucho daño y dolor, demasiado para volver a abrirse nunca. Jamás dejaría que nadie volviera a vulnerarlo.

Después de deleitarse con Marta durante un rato, Óscar, por fin, se acercó a mí. Se quedó mirándome de arriba abajo y silbó, consiguiendo ponerme colorada, además de hacer girar algunas cabezas de gente que en ese momento pasaba cerca de nosotros.

—¡Vaya, Cris, qué guapa te has puesto! ¿Quieres ligarte a un poli de estos o qué? —preguntó boquiabierto.

—A uno no, más bien a unos cuantos —contesté, guiñándole el ojo.

—¿Te gusta el vestido que lleva, cariño? La ayudé a elegirlo. El fucsia le queda muy bien, y con el hombro al aire está muy sexi, ¿a que sí? —Marta miraba a Óscar esperando su visto bueno.

—Le queda genial —respondió, y volvió a besar Marta, pero esta vez con más discreción—. Estás impresionante, Cristina, con ese vestido no habrá hombre que se resista a tus encantos, guapetona —recalcó la última palabra.

—Cris, si de verdad quieres ligarte a un poli fíjate en mi hermanito, por favor. Es muy guapo y además está libre. —Arqueó las cejas.

—¡Tranquilizaos los dos un poco! No he venido a ligar, sino por tu insistencia, Marta. Si por mí fuera me habría quedado en tu casa leyendo un libro —respondí, haciendo un mohín.

—Bueno, chicas —dijo Óscar—, dejemos ese tema aparte y entremos de una vez. Igual tus padres ya están esperándonos, Marta.

—Llevas razón —contestó.

Entramos en el vestíbulo y nos pidieron la identificación y las invitaciones, e incluso tuvimos que pasar los bolsos por un detector; todo era muy protocolario. Tras comprobar que todo estaba correcto nos dejaron acceder al gran salón de actos. Había

mucha gente, quizá demasiada para mi gusto. Nunca en mi vida había visto a tanto policía junto, a tanto hombre vestido de uniforme.

—¡Mira, allí están mis padres! —anunció Marta, y fuimos hasta ellos.

La madre de Marta era una mujer de estatura media, delgada, con una figura estupenda. Llevaba el pelo por los hombros, con un corte moderno y teñido a dos colores, rubio y cobrizo. Se notaba que era una mujer con mucho estilo, hasta su forma de sonreír tenía elegancia. Sus ojos eran almendrados y castaños y llevaba la dulzura tatuada en la cara. Me recordó a Marta hasta en la sonrisa.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó su madre, fundiéndose en un abrazo con ella.

—Bien, mamá, muy bien. ¿Y tú?

—Feliz, muy feliz. —Sonrió. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la emoción del momento.

—Papá, ¿qué tal? —Marta se abrazó a su padre, que la acogió en sus brazos con tanta ternura que pensé que el corazón se me iba a derretir.

—Muy bien. ¿Cómo va a estar un padre viendo a sus hijos felices y realizados? Pues muy contento. —Perfiló una sonrisa henchida de felicidad y la besó en la mejilla.

Su padre era muy alto, fuerte pero no grueso, su cuerpo estaba cuidado y se le veía en forma. Tenía una corta y canosa melena que le favorecía bastante, y los ojos grandes y verdes, idénticos a los de su hija. Era un hombre muy atractivo.

—Hola, Óscar, ¿cómo estás? —El padre de Marta le estrechó la mano.

—Bien, gracias, Ricardo. Estela —dijo Óscar dirigiéndose a ella—, estás más guapa cada día. —Se dieron dos besos.

—¡Oh, eres un adulator, lo sabes! —Estela le acarició la cara con ambas manos—. Pero te quiero mucho porque haces muy feliz a mi hija.

—Papá, mamá, os presento a Cristina, amiga de Óscar. Bueno, como una hermana para él, y ahora mi compañera de piso. —Marta, para no variar, no paraba de sonreír.

—Encantada, Cristina. —Estela me dio dos besos.

—Igualmente.

—Me alegro mucho de conocerte. —Ricardo me estrechó la mano—. Espero que cuides bien de mi hija. Vigila que coma, está muy delgaducha. —Miró a Marta de arriba abajo.

—No se preocupe, yo cuidaré bien de ella. Comprobaré que no se salte ninguna comida o tomaré medidas —contesté seria, aunque era obvio que bromeaba.

—¡Me gusta esta chica! —exclamó Ricardo, y comenzamos a reír.

—A mi hermano te lo presentaré cuando acabe esto, Cris; ahora no puede estar aquí con nosotros. Ya sabes, protocolo y esas cosas aburridas. —El gesto de Marta acompañando esas palabras nos hizo volver a reír.

El acto no se me hizo largo y los discursos me parecieron bastante interesantes. A lo mejor era por estar rodeada de tanto hombre uniformado, ¿quién sabe? Cuando quise darme cuenta, empezó la entrega de medallas.

—¡Ese! ¡Ese es mi hermanito! ¿Lo has visto, Cris? —Marta alzó la voz.

Vi más su espalda que otra cosa y pude hacerme una idea de lo alto que era. Más aún que su padre.

—Casi no lo he visto, ligeramente de perfil, pero es bastante alto.

—Sí, algo más de uno noventa. Bueno, ya lo conocerás después —dijo sin dejar de estirar sus comisuras.

Al terminar el acto nos indicaron que fuésemos a una sala anexa donde tomaríamos el *catering*. De nuevo empecé a acalorarme viendo a todos esos hombres pululando a mi alrededor. Quizá fuese por lo que suponía el uniforme para nuestra sociedad, por el control y poder autoritario que representaba, por la protección que emanaba. No sabía qué tipo de asociación indebida realizaba mi mente al ver aquel uniforme vistiendo a un hombre, pero me daba confianza y a la vez me incitaba a fantasear con sexo; y aunque una y otra vez intentaba cambiar de pensamientos, viendo aquellos uniformes era incapaz de lograrlo.

Los camareros empezaron a pasar bandejas con aperitivos y bebida. De pronto, Marta comenzó a gritar como una loca.

—¡Ese es mi hermanito, el mejor inspector jefe de policía de todo Madrid!

—Tranquila, hermana, no es para tanto, solo es mi trabajo.

—Estabas en tu día libre, ¿recuerdas? —Marta y él se abrazaron.

—Uno es policía las veinticuatro horas del día, no lo olvides nunca, hermanita. — La besó en el pelo.

Cuando le vi hablando con su familia me quedé absorta. ¡Dios..., madre... mía! ¡Era guapísimo! Lo admiré despacio, recreándome en su precioso físico, el pelo castaño con un corte de lo más favorecedor, corto por los lados y más largo y alborotado por arriba; los ojos verdes, grandes y expresivos que iluminaban toda su preciosa cara; los pómulos prominentes, la tez fina y morena, los rosados y carnosos labios tan bien perfilados que no paraban de pedir a gritos que los besasen... Era un auténtico bombón. ¿Podía ser más guapo e irresistible un hombre? No, porque sería pecado. ¡Pero cómo llamarlo hombre, era un dios! ¡El dios de la belleza! Y encima vestía de uniforme. ¡Umm! Me daban ganas de arrancárselo a bocados allí mismo.

Mientras se acercaban seguía embobada mirándolo, era tan condenadamente guapo que me hizo sentir una atracción como jamás había experimentado. ¡Por favor, solo lo acababa de ver y ya fantaseaba con estar en la cama con él! ¿Cuántos segundos habrían transcurrido? Cinco, diez... ¡Era una locura! Pero mi locura no podía parar de imaginarlo encima de mí, sudoroso. ¡Santo Dios, qué fascinación!

—Marc, esta es Cristina. Cristina, mi hermano Marc.

Marta no paraba de sonreír, parecía que la mandíbula se le hubiese quedado encajada.

—Encantado, Cristina —dijo él.

Un escalofrío me recorrió toda la columna vertebral al oír de cerca su voz tan varonil, y me dio dos besos, con tranquilidad, sin prisas, llenándome con el aroma de su piel. Un aroma que me embriagó, alterando todos mis sentidos.

—Igualmente, Marc. Me alegro de conocerte —contesté.

Nuestras miradas se quedaron fijas, más bien petrificadas durante unos segundos, hasta que Estela rompió el maravilloso embrujo.

—Marc, cariño, ven a contarle a tu madre cómo te va todo. —Acompañó sus palabras con un gesto de la mano, invitándole a ir con ella.

—Discúlpame un momento, mi madre me reclama. —Me regaló una preciosa sonrisa pasando con lentitud la mano por mi hombro desnudo—. Ahora vuelvo y hablamos.

—De acuerdo. —Asentí, sonriéndole.

Me acaloré por completo al sentir su aterciopelada y sutil caricia, conseguí erizarme la piel con ella. Me noté sudorosa y el calor me enrojeció el rostro. Mi corazón bombeaba tan fuerte que lo sentía en la garganta, intentando escapar. Su sencillo gesto me había perturbado de manera exagerada.

Me marché un momento al lavabo a refrescar mi libido, que estaba muy alterada, como nunca. Mientras me echaba un poco de agua por la nuca, me miré en el espejo y empecé a hablar conmigo misma.

—¿Qué coño te pasa, Cristina? ¿Acaso no has visto tíos así antes? ¿Es por el uniforme?

Soplé con fuerza, apoyándome en la encimera de los lavabos, dando la espalda al espejo, pensando que quizá la mezcla de ambas cosas, hombre extremadamente guapo y vestido de policía, era lo que estaba haciendo estragos en mí. No encontraba otra causa.

Al salir del baño me tomé otra copa de vino blanco y esperé a ver si Marc aparecía de nuevo, pero me di cuenta de que estaba muy solicitado; todos querían charlar con él. No solo su familia, sino compañeros, jefes, jefazos y gente importante en general. Estaba demasiado ocupado como para acordarse de que yo existía.

Un par de horas después la recepción llegaba a su fin, dando paso a la emotiva despedida familiar. Los padres de Marta regresaban a Barcelona esa misma tarde, si eran capaces de separarse de ella, que permanecía abrazada a ellos hacía un largo rato. Cuando al fin lo lograron, Estela se emocionó y se abrazó a Marc. Al final, Ricardo y Marta también se unieron a ellos. Tras unos minutos, Marc logró distender los ánimos familiares y todos acabaron con una feliz sonrisa en los labios. Mientras los demás se encaminaban hacia la salida, él se dirigió a mí.

—Bueno, Cristina, ha sido un placer conocerte, aunque apenas hemos tenido ocasión de hablar. Estas cosas son así, hoy soy el protagonista y mañana nadie se acordará de mí —explicó, sin apartar sus ojos verdes de los míos.

—Esa familia no creo que te olvide nunca —contesté, indicando a la familia del

joyero, que también se encontraba allí. Después volví a mirarlo, sabiendo que a mí también me iba a resultar imposible olvidarlo, era demasiado guapo.

—Quizá tengas razón y ellos no me olviden. —Estiro un poco los labios—. En fin, espero poder verte algún día y tomar algo, charlar un rato... Ya sabes, conocernos mejor.

—Cuando quieras, sabes donde vivo. —Sonreí.

—Por supuesto, con mi querida hermana. —Volvió a regalarme su sonrisa.

—Adiós, Marc.

—Hasta pronto, Cristina —contestó, posando las manos en mi cintura para darme dos besos. Un repentino calor se apoderó de mí nada más sentir su contacto.

Al separarnos, sus estupendos ojos verdes tenían esa mirada de pretensión tan conocida para mí, si bien la suya era mucho más intensa de lo que yo había visto nunca. Sus ojos no me decían «te deseo» como otros me habían sugerido. No. Los suyos estaban tan inundados de lascivia en ese momento que gritaban «voy a hacerte mía». Y no apartaba la mirada de mí ni una milésima de segundo, provocándome con ella. Mi respiración se alteró y comencé a sentir una excitación desconocida y tan poderosa que me sorprendió y me desconcertó a partes iguales. Mi cuerpo reaccionaba a Marc como nunca lo había hecho con un hombre.

—¡Vamos, Marc! —Estela volvió a reclamarlo desde la otra punta de la sala, rompiendo de nuevo el embrujo.

—Sí, ya voy, mamá —contestó, levantando un poco el tono para que le escuchase, pero sin girar la cabeza—. Bueno, Cristina, adiós otra vez.

—Adiós.

Marc se encaminó hacia ellos y yo me quedé allí, parada y muda, observándolo mientras se marchaba. Andaba elegante y con paso seguro, parecía alguien importante con el porte autoritario que desprendía enfundado en aquel uniforme de gala. Desapareció de la sala en unos segundos, dejándome totalmente alterada. El corazón me latía muy fuerte y los nervios corrían por mi columna cual trallazo, hasta el coxis. Me turbó de tal manera que tambaleó los cimientos de mi estructurada vida.

—¡Eh, Cris!

Mis pensamientos salieron de la nebulosa en la que Marc los habían metido, y miré al frente para ver quién me llamaba: era Óscar.

—¡Vamos! Te estamos esperando para marcharnos.

—Ya voy —contesté, y eché a andar sin dejar de pensar en Marc.

Cuando llegamos a casa Marta y Óscar decidieron salir a dar una vuelta. Hacía una maravillosa tarde primaveral, la temperatura era muy agradable y el sol lucía en todo su esplendor.

—¿Te vienes, Cris? —me preguntó Marta.

—No, gracias, no tengo ganas. Salid los dos y disfrutad por mí.

—Como quieras, guapetona —contestó Óscar con mofa.

Nada más marcharse me fui a mi habitación y me tumbé en la cama pensando en Marc, no podía quitármelo de la cabeza ni por un segundo. No podía apartar de mi mente su cara perfecta y el color de ojos tan precioso que tenía. Aunque lo mejor de sus ojos no estaba en su hermoso color, sino en cómo miraban. Esa mirada era la más provocadora que yo había visto, y había observado muchas a lo largo de los años. Pero la suya tenía algo diferente; sus ojos sabían hablar, se comunicaban con los míos. Por eso, solo con mirarme de ese modo durante unos segundos fue suficiente para alterarme, porque los ojos de Marc no miraban, describían, con absoluta precisión, lo que él deseaba: hacerme suya.

Mi curiosidad se despertó y me pregunté cómo sería su cuerpo desnudo. Se le veía en plena forma, seguro estaba musculoso. Me sofoqué pensándolo, imaginándome cada centímetro de su cuerpo moldeado, duro y fibroso. No era capaz, ni por un instante, de que mi mente dejase de fantasear con él.

Acalorada, me levanté y me despojé de la ropa para ir a la ducha, debía enfriar los pensamientos. Pero mi mente no estaba por la labor de sosegar, y mientras el agua se deslizaba por el cuerpo, mis manos también lo recorrieron, imaginando que era Marc quien lo acariciaba. Marc me tocaba, me cubría de besos con sus estupendos labios, me recorría con su ardiente lengua... Trasporté hasta mi cuerpo la maravillosa sensación de su mano en mi cintura y el roce de su piel en mi hombro, e incluso llegué a percibir su fantástico aroma. Lo visioné agarrado a mis caderas, ocupando mi interior, llenándome de él con todas sus ganas mientras el sudor le caía por la frente y le resbalaba por el torso. Yo me entregaba a él como jamás lo había hecho antes con un hombre, dejando mi cuerpo en sus manos, permitiéndole darme todo el placer que desease, disfrutando al máximo. Sin ser ni consciente, a la vez que mi cerebro retenía la preciosa imagen de Marc, los pómulos prominentes, los sensuales labios, los provocadores ojos verdes, aquella pasión desatada, el loco enardecimiento con el que lo imaginaba cubriéndome..., comencé a acariciarme. Sentía al placer recorrerme con mucha intensidad, excitándome con premura con las imágenes que cruzaban por mi cabeza, tan reales que eran capaces de acariciar mi intimidad más que mi propia mano. Marc jadeando a mi compás, mirándome con sus ojos verdes encharcados en deseo, enzarzado a mi cuerpo con un ritmo celestial, arrebatándome los sentidos, extasiándome, alcanzando juntos el clímax... Temblé. Vibré. Convulsioné repetidas veces con las réplicas que me sacudían a la llegada de mi placer, con mi orgasmo. Resultaba fascinante ver cómo mi imaginación me había conducido casi a vivir ese fantaseado encuentro, de qué forma había llegado a parecerme real, en vivo y en directo. Había sido increíble, no había experimentado algo semejante en toda mi vida, jamás.

Con el cuerpo todavía agitado continué duchándome, y tras un par de minutos medité lo que acababa de suceder: me había autocomplacido pensando en un hombre,

deseándolo tanto que temblé al imaginarlo en mi interior. Muy pocas veces había hecho algo así a lo largo de mi vida, y en esas exiguas ocasiones en que busqué mi complacencia nunca pensé en un hombre, solo dejaba la mente en blanco y buscaba un rato de placer, sin más pretensión. Pero esto había sido distinto, Marc se había clavado en mi cabeza de tal forma que no podía pensar en nada más que en él. En él y su cuerpo dándome placer, elevándome hasta el cielo para tocarlo.

De repente, recordé el cambio que me había propuesto iniciar aquí, mi etapa de castidad, y un sentimiento agri dulce me recorrió la mente. Y enseguida la pregunta se rotuló en mi cerebro: ¿qué iba a hacer? Quería tener un encuentro con Marc, deseaba acostarme con él aun sabiendo que era el hermano de Marta, algo que me frenaba un poco pero que no me disuadía al completo. Pensé y reflexioné durante un largo rato, dejando que el agua tibia de la ducha continuase recorriéndome el cuerpo, y decidí que Marc era demasiado guapo para dejarlo escapar. No quería perder la oportunidad de tenerlo entre mi cuerpo; todo lo contrario, debía buscar la forma para zanjar mis ganas con él, pues después de mi fantasía estaba ansiosa por probarlo. Eso sí, sería el último, luego comenzaría la etapa de castidad de una vez. Pero tendría que ir con sumo cuidado, nadie podía enterarse, y Marta menos que nadie. Ella quería mucho a su hermano y buscaba para él era una pareja, no una simple aventura en la que el sexo, y no el amor, fuese lo único preponderante. Sin embargo, yo era lo único que necesitaba y quería de Marc: un encuentro ocasional sin cabida para los sentimientos.

Salí de la ducha y entré en la habitación a vestirme, sin dejar de pensar en todas las experiencias nuevas que había sentido en el día de hoy y tratando de asimilarlas. Por primera vez sentí una atracción desenfrenada hacia un hombre, y eso me llevó a pensar solo en sexo, algo que nunca me había sucedido. Y esa seducción desmedida me había llevado a fantasear con él practicando sexo como una loca, como jamás había hecho en mi vida, dejando que un hombre se adueñase de mi cuerpo a su antojo; y ante esa excitante fantasía busqué autocomplaceme hasta rendirme al clímax. Incluso había aplazado mi etapa de castidad, la que me juré llevar a cabo junto a mi cambio; pero me resultaba imposible ante la atracción tan fuerte que Marc había suscitado en mí. Estaba aturdida, nada parecía tener sentido en ese momento. En solo unas horas mi mundo se había agitado, balanceado y puesto patas arriba. Marc y su increíble belleza me habían roto todos los esquemas, habían hecho virar hasta mis más firmes e inamovibles decisiones.

Marta y yo decidimos ir a correr un poco por el Retiro, la jornada era propicia para ello: un precioso día de domingo en que las familias salían a pasear con sus hijos, a montar en bicicleta, a patinar, a pasear... El buen tiempo había animado a todo el mundo para salir de casa y moverse.

Calentamos un poco antes de empezar e hicimos *running* durante más o menos una hora. A mí me encantaba correr, me relajaba muchísimo. En Alicante siempre lo hacía por el paseo marítimo para llenarme de la brisa fresca de mi mar. Solía salir al menos cuatro días por semana, me ayudaba a pensar, y además, con ello mantenía el cuerpo ágil y en forma. No quería perder ese hábito al que llevaba vinculada muchos años, aunque ahora era consciente de que abarcaba más cantidad de trabajo que antes y disponía de menos tiempo para mí y mi reconfortante *hobby*.

Paramos y estiramos un poco las piernas en unos bancos. Óscar me decía siempre que estirar era tan importante antes de empezar como al terminar, y pude comprobar que también se lo había inculcado a Marta.

—¿Qué te pareció mi familia? —preguntó, a la vez que alargaba una de las piernas.

—Tus padres son un encanto, me hicieron sentir muy bien —contesté—. Como si fuera una más.

—Sí, tienen esa habilidad —añadió, dibujando una leve sonrisa.

—Se nota que aprecian mucho a Óscar. Tu madre lo trataba con sumo cariño —puntualicé.

—Ven que me hace feliz y eso para ellos es lo más importante. Por eso lo quieren. —Se encogió de hombros y me miró de forma traviesa—. Pero todavía no me has comentado nada de Marc, ¿qué me dices de mi hermanito? ¿Eh? —Me dio un leve codazo guiñándome el ojo, mientras su rostro tomaba un aire pícaro.

—¿Qué quieres que te diga?

—Sabes de lo que hablo, no te hagas la tonta —reprobó.

—¿Quieres decir si me pareció guapo?

—¡Por supuesto, vamos, desembucha! —habló casi con ansia.

—Pues sí, es muy guapo, habría que estar ciega para no verlo. Es tan guapo como tú, Marta —respondí, sonriendo al ver sus ganas por saber qué me había parecido su hermano mellizo. Y mientras, repasaba en la mente todo lo que le omitía: que no era solo guapo, sino que estaba buenísimo; que me lo hubiese montado con él allí mismo, en el acto de condecoraciones, y que tanta huella había dejado en mí su espectacular físico, que llegué a autocomplaceme pensando en él. Sin embargo, como era obvio, todo eso quedaba guardado para mí, pero añadí—: Está muy bien, la verdad.

—¡Cris, sé sincera! —protestó—. ¡Mi hermano está como un queso, todo el

mundo lo dice! —Paró un momento de estirar y me miró—. Además, Marc tiene los ojos más grandes y verdosos que yo, eso siempre lo ha vuelto irresistible para las mujeres. —Enarcó las cejas—. Aunque sea mi hermano, puedes decirme la verdad.

—Vale —alargué la afirmación, y decidí disparar la respuesta—: Está buenísimo, es un auténtico macizo. ¿Contenta?

Al admitir en voz alta uno de mis pensamientos noté cierto rubor.

—¿Te estás poniendo roja? ¿Es por mi hermanito? —preguntó de seguido, mientras su semblante volvía a mostrar la misma expresión de picardía.

—¡No! —exclamé, alargando de nuevo la respuesta—. Vengo acalorada de la carrerita, nada más.

—Ok, lo que tú digas. —Sonrió burlona mientras lo decía—. Pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Haríais buena pareja, Cris. —Asintió—. Los dos sois muy guapos y creo que congeniaríais en infinidad de cosas.

—¡No seas celestina! —Negué con la cabeza ante tal insinuación por su parte—. Yo ni busco ni quiero novio. Estoy bien así, Marta.

—De acuerdo, señorita no quiero novios. ¿Nos vamos ya a casa?

—Sí, mejor, y cambiemos de conversación.

Al llegar a casa nos encontramos a Óscar metido en la cocina.

—¿Qué haces aquí, guapetón? —le pregunté, guiñándole el ojo.

—Preparar la comida. ¿O acaso las señoritas no quieren comer hoy?

—Sí, cariño, tú no hagas caso a Cris y continúa. Me encanta tu paella, y ver cómo la haces me gusta más aún. —Marta lo besó en la mejilla.

—¿Te pone verme cocinar? —Los ojos de Óscar se llenaron de deseo al instante de escuchar las palabras de su novia.

—¡Eh, buscaros una casa para vosotros solitos! —me quejé, aunque de broma.

—Eres tú quien tiene que buscarla, guapetona, no lo olvides. —Óscar se burló de mí.

—Cierto, buena apreciación. Soy yo la que sobra. —Arrugué los labios.

—No le hagas caso —aclaró Marta—. Tú no molestas, ya lo sabes, Cris.

—Ya sé que es broma, Marta, no te preocupes. —Suspiré mientras meditaba—. Pero sí es cierto que sin querer os estoy cohibiendo en vuestra relación. Esta tarde me iré a dar un paseo y al cine, así podréis estar solos.

—¿Eres tonta? —Óscar me miró serio, muy serio—. Puedes ir adonde quieras, por supuesto, pero no por nosotros —subrayó—. Si queremos intimidad nos iremos a mi piso, pero no voy a consentir que te marches sola por ahí sin apenas conocer Madrid, ¿de acuerdo?

—Sí, bobo. Me ha quedado claro, y no te enfades.

—Pues asunto resuelto. Y no quiero escuchar más tonterías como esa. Ahora, señoritas, vayan a ducharse y pónganse cómodas para comer. ¿Ok? La paella estará

lista en unos veinte minutos.

—Ok —contestamos al unísono las dos.

Después de comer Marta y yo recogimos la cocina. Al acabar, Óscar le dijo algo al oído y al cabo de un rato me dijeron que se iban a dar una vuelta. Imaginé que se irían a casa de Óscar para hacer el amor, se les notaba muy apasionados. Se habían pasado toda la comida y la sobremesa tonteando, estarían deseando de tener un rato de intimidad; algo lógico y normal en una pareja de enamorados.

Cuando me quedé sola me tumbé en el sofá y comencé a ver una película. Era una comedia americana muy divertida que me hacía reír. De pronto, el móvil empezó a sonar. Miré a ver quién llamaba, pero era un número desconocido para mí y lo dejé sonar hasta que por fin paró. Unos minutos después el mismo número volvía a insistir. Dudé si contestar o no, pero por no seguir oyéndolo, descolgué.

—Sí, dígame.

—Hola, Cristina, soy Marc, el hermano de Marta. ¿Cómo estás?

—¿Marc?! —contesté perpleja, incorporándome con rapidez del sofá—. ¿Cómo tienes mi número? —pregunté confusa.

—¿Te olvidas que soy poli?

—Estás de broma, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, estoy de broma. —Le oí reír—. Se lo he pedido a mi hermana —afirmó con un tono de voz tan sexi que mi cuerpo se alteró al instante.

—¿Y por qué se lo has pedido? —interpelé con curiosidad.

—Quería pedirte disculpas por no haberte atendido ayer. Pensé que, si te apetece, podíamos quedar a tomar algo y charlar un poco. Ya sabes, conocernos mejor. Al fin y al cabo estás viviendo con mi hermana, no estaría de más, por mi parte, saber un poco acerca de ti.

Su explicación me sonó a vulgar excusa. Estaba segura de que quería volver a verme tanto como yo, ayer sus ojos lo habían gritado al despedirse de mí.

—Vale. Tú dirás cuándo te viene bien —anuncié con tranquilidad, aunque en mi interior miles de mariposas batían sus alas sin parar. Marc tenía esa facilidad para ponerme nerviosa.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—No, no tengo ningún plan. Si quieres podemos quedar —contesté, en medio de un fogoso sudor que me recorrió la nuca al pensar que podía verlo en un rato.

—¿Te viene bien a las seis? Pasaré a por ti. Tengo entendido que no conoces Madrid.

—Así es —afirmé, pensando que prefería conocer su cuerpo antes que la ciudad.

—Pensaré por el camino adónde me gustaría llevarte para hacerte pasar un buen rato, para que disfrutes. —Empleó un tono de voz de lo más sugerente.

No sabía cómo tomarme sus palabras, tal y como sonaron me parecieron estar cargadas de doble intención. A lo mejor solo eran mis ansias por que fuera así, aunque mi instinto me decía que estaban llenas de sagacidad.

—Pues piensa en ese lugar, yo estaré esperándote en la puerta del portal a las seis.

—No dejaré de pensarlo. Hasta ahora, Cristina.

Faltaban cinco minutos para las seis cuando baje al portal, vestida con unos vaqueros ajustados, una camisa blanca entallada y, cómo no, unos buenos tacones, eso me hacía sentir sexi. Giré la cabeza y vi a Marc a unos cuantos metros, acercándose a mí. Era tan guapo, tan irresistible, que pensé que tal manjar debería estar prohibido por ley. Y su belleza no era una apreciación solo mía, veía cómo las mujeres que pasaban cerca de él lo miraban sin pestañear, y no era para menos. Habría que estar ciega para no fijarse en semejante monumento.

Marc llevaba unos vaqueros de corte recto que le quedaban fantásticos, y una camiseta negra, un poco ajustada, que marcaba sus espléndidos pectorales y los músculos del abdomen. Tenía un cuerpo estupendo y estaba de muerte. En ese instante deseé meter las manos por debajo de su camiseta para sentir todos aquellos duros y prietos músculos sobre mi piel. Me moría de ganas por estar debajo de él, atrapada en ese cuerpo de escándalo; solo con pensarlo me acaloré.

No sabría decir cómo estaba mejor Marc, vestido de esa forma o con aquel uniforme de policía que me ponía tanto; pero de lo que no me cabía ninguna duda era de cómo quería verlo: desnudo y sudoroso encima de mí.

—¡Hola, Cristina! ¡Vaya, estás guapísima! —exclamó, sin apartar los ojos de mi cara—. Aunque ayer también ibas muy guapa con ese vestido fucsia tan elegante.

—Hola, Marc. Tú también estás muy bien sin uniforme. —Sonreí como una tonta. Me dieron ganas de abofetearme por decir una frase tan absurda, sonaba a estereotipo.

De nuevo, las manos de Marc se posaron en mi cintura, haciéndome estremecer con su contacto, y me dio dos besos. Al retirarse, capté su embriagador olor una vez más, su particular aroma, y un calor sudoroso volvió a recorrerme, al igual que el día anterior.

—Hay una cafetería a diez minutos de aquí que está muy bien. Hacen las mejores tortitas de todo Madrid. ¿Te gustan las tortitas? —preguntó, con una sonrisa que le iluminaba la cara.

—Sí, me encantan. Con nata y chocolate. ¡Mucho chocolate! —Sonreí yo también.

—Entonces vamos —determinó, y comenzamos a andar.

Cuando llegamos nos sentamos en una mesa situada en un rincón al fondo. Mientras cruzábamos el lugar no hubo ni una sola mirada femenina que no se girara

hacia nosotros, aunque solo fuera un poco; era imposible que Marc pasara desapercibido, al menos para las mujeres. La camarera vino a tomar el pedido sin apartar los ojos de él ni un segundo. De repente, era como si fuera el único cliente de la mesa, yo había desaparecido. Contemplé cómo babeaba observándolo, más aún cuando él le regaló su cautivadora sonrisa dándole las gracias. Se sonrojó al instante, y no me extrañaría que se hubiera llegado a acalorar, pues el impresionante hombre que tenía sentado frente a mí era lo que producía: un extremo calor interno.

Marc no paraba de observarme y a mí me encantaba que tuviera puesta toda su atención solo en mí. Su mirada, su preciosa y verde mirada, estaba exaltándome de nuevo.

«¿Qué coño me pasa con este tío? ¡Me altera al momento! No soy capaz de pensar con claridad, solo pienso en sexo. Sexo loco y salvaje con él. ¡Uf!»

—¿Te aburríste ayer en el acto, Cristina? —interpeló cortando mis pensamientos, a la par que sus ojos no dejaban de clavarse en mí, y eso no me ayudaba a encontrar sosiego.

—No, para nada, incluso se me hizo corto —respondí, sin poder apartar la mirada de él.

—Me alegro. Sería muy triste que recordaras el día que nos conocimos como algo tedioso. —Continuó clavado en mi retina.

—Al contrario, siempre lo recordaré como algo especial. No creo que vayan dando medallas a diestro y siniestro entre los policías. Y no creo que te den una a ti todos los días —añadí.

—No, por supuesto —confirmó, echándose un poco hacía delante, acercándose a mí—. Pero, si te parece, dejemos de hablar del acto y hablemos de algo un poco más interesante.

—De acuerdo. ¿De qué quieres que hablemos?

—Podíamos empezar hablando un poco de ti —enunció.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

—Tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—¿Por qué te has venido a vivir aquí dejando tu ciudad, familia y amigos?

Con la pregunta, Marc hundió más la mirada en mis ojos, como si esperase encontrar la respuesta en el interior de mi pupila.

—Bueno, empezamos con algo muy fácil de responder. Verás, Óscar me ofreció ser socia de su bufete y, la verdad, no me lo pensé dos veces. Alicante no está tan lejos de Madrid, iré de vez en cuando a ver a mi madre y a mis amigas —expliqué—. Era una buena oportunidad para mí y no la iba a desperdiciar. Además, Óscar es como un hermano, me conoce muy bien, no podría trabajar mejor con nadie.

—Óscar es un buen tipo —aseguró—. Me alegro de que mi hermana lo conociese, es muy feliz con él. Forman una buena pareja y se quieren mucho, eso es algo que se nota aunque intentes no fijarte.

—Sí, estoy de acuerdo. —Suspiré profundamente—. A veces me dan envidia. Envidia sana, entiéndeme —aclaré con rapidez—. Pero sí, el amor fluye entre ellos y se percibe sin mucho esfuerzo.

—¿Y una chica como tú no tiene novio, amigo o alguien especial en su vida?

—No, no tengo nada de eso. —Me encogí de hombros—. Mi amor es por el trabajo, nada más.

—¿Y eso?

—No creo en las relaciones sentimentales —aseveré tajante.

—¿No crees en las relaciones? —Me miró con gesto de extrañeza—. ¿Eso quiere decir que nunca has tenido novio o que has tenido malas experiencias?

—Lo primero, nunca he tenido novio —resolví—. Pero si tanto te preocupa mi vida sentimental —añadí con ironía—, te confesaré que sí he estado con hombres y he tenido muchas aventuras. No soy virgen ni ninguna estrecha, desde luego. Pero nunca mezclo el sexo con los sentimientos, para mí son cosas distintas. Con la primera disfrutas al máximo, pero la segunda solo te hace sufrir —puntalicé.

—¡Vaya, eres directa! —Silbó—. No te andas por las ramas para contar las cosas, eso me gusta mucho —declaró. Su cara denotaba admiración.

—Creo que andarse por las ramas es perder el tiempo. Las cosas deben decirse con claridad para no llevar a nadie a confusión —comenté con absoluta seguridad—. Pero ahora hablemos un poco de ti, ¿no?, creo que es justo. —Estiré los labios.

—De acuerdo, dispara. —Asintió.

—¿Tú tienes alguien especial en tu vida? —pregunté. Sabía que Marc estaba libre, pero quería escucharlo de su boca.

—No, no tengo a nadie...

En ese momento la camarera, de nuevo babeando por Marc, nos trajo las tortitas. Con una amplia sonrisa le preguntó si quería más sirope o cualquier otra cosa, yo continuaba sin existir para ella. Él, con mucha educación, se lo agradeció y le devolvió la misma sonrisa, arrancando un silencioso suspiro a la joven.

—¿Por dónde íbamos? —demandó.

—Por si había alguien especial en tu vida, y me has dicho que no.

—Así es. —Asintió sin dejar de observarme—. No he tenido tiempo para eso, al igual que tú solo he tenido aventuras, breves relaciones de una noche y poco más. Eso sí, muchas también. Como es normal, tengo necesidades, tampoco soy un estrecho —contestó entre risas.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, para nada, de verdad —dijo poniéndose serio—. Solo era por poner un toque de humor. Me ha resultado gracioso oírte decir que no eres una estrecha y quería dejarte claro que yo tampoco —explicó, y su labio se ladeó un poco en un intento por sonreír—. Pero, retomando la conversación inicial, te diré que, a pesar de no haber encontrado aún a la mujer de mi vida, yo sí creo en las relaciones sentimentales. Hay gente que se ama mucho. Sin ir más lejos, tenemos a mi hermana

y Óscar.

—Sí, es cierto, no voy a negar lo evidente —coincidí—. Pero...

—Vaya, hay un pero —me interrumpió.

—Sí, lo hay —corroboré—. Porque te puedo asegurar que hay pocos hombres como Óscar. Es una bellísima persona, buena gente, de los de fiar —alegué en mi defensa—. Esos escasean, créeme.

—Creo que discrepo contigo, aunque no vamos a discutir por eso ahora. Mejor vamos a comernos las tortitas o se enfriaran. —Volvió a sonreír.

—De acuerdo. —Estiré los labios yo también. A mí tampoco me apetecía ese debate en ese momento.

Empezamos a comer y yo a duras penas podía apartar la vista de Marc; me tenía obnubilada. Era tan guapo que mi mirada no soportaba cambiar de ángulo, solo quería verlo a él. De pronto, acercó la mano a mi cara y posó un dedo en la comisura de los labios.

—Tienes un poco de chocolate aquí —dijo quitándomelo. A continuación se llevó el dedo a su boca—. ¡Um, qué rico está! —exclamó, chupándose con delicadeza la yema impregnada de chocolate.

Mi cuerpo entero tembló viendo cómo se relamía los labios, cómo, con lentitud, deslizaba por ellos la punta de la lengua sin dejar de mirarme. No había duda de que buscaba provocarme, y lo peor no era eso, sino que lo estaba consiguiendo. En ese conciso instante deseé chupar con ansia su maravilloso dedo y lamerle con ganas los carnosos labios. Unos labios creados solo con la clara idea de seducir para pecar.

Después de conseguir romper el hechizo que su boca había creado en mí, volví a mirarlo a los ojos; tenían impreso el deseo y volvían a hablarme, me decían otra vez «voy a hacerte mía». Me quedé absorta en ellos, ninguno éramos capaz de apartar nuestras miradas, lo que creaba una atmósfera entre ambos que emanaba lujuria a raudales. Estábamos fantaseando con lo mismo, con poseernos, con acabar en la cama. Nuestra breve conversación lo había dejado claro, buscábamos saber si estábamos libres, y así era; y el jueguito del dedo y el chocolate no había hecho más que confirmar lo que ambos deseábamos: estampar nuestros cuerpos sobre el colchón. Yo estaba segura de dónde acabaríamos, no sabría decir si hoy o mañana, pero no podíamos esquivar lo que sentíamos, era un deseo ineludible.

Tras terminar las tortitas, y después de pagar la cuenta a la misma camarera babeante que me pulverizó con la mirada al acercarme a Marc, abandonamos la cafetería. Regresamos hablando un poco de trivialidades, había que enfriar el ambiente, aunque mi cabeza no era capaz de profundizar en una conversación por muy banal que fuese. Solo podía concentrarme en la atracción que sentía por aquel guapísimo hombre que ahora mismo paseaba conmigo.

Antes de llegar al portal de la casa de su hermana nos paramos. Marc volvió a mirarme a los ojos, yo le sostuve la mirada sin parar de pensar cuánto me gustaría sentirlo en mi piel. Con esa idea transitando por mi mente, un fuego me recorrió las

entrañas. Imantados en nuestras deseosas pupilas, Marc metió las manos por mi corta y alborotada melena y se acercó despacio a mi boca hasta posar los labios en ella, abriendo paso a su lengua. Una lengua con carácter que poseyó a la mía con gran destreza, haciéndola bailar al compás que marcaba. Su beso fue largo, dulce y apasionado; y al terminar, me besó los labios con ternura una y otra vez. Nadie me había besado así, de una forma que me excitó al instante, como habían hecho sus ojos con anterioridad.

Por fin, Marc se apartó de mis labios unos centímetros, los justos para contemplarme los ojos de nuevo.

—Desde que te conocí ayer no he sido capaz de sacarte de mi cabeza, Cristina. Me siento muy atraído por ti, nunca había sentido una atracción así, es casi irracional —confesó en un susurro—. Tienes algo especial, diferente, me has cautivado por completo y solo pienso en meterte en mi cama, tenerte debajo de mí y darte mucho placer. No puedo pensar en otra cosa.

—¡Vaya, tú también eres directo! —repliqué—. Me acabas de decir, con gran sutileza eso sí, que quieres echar un polvo conmigo.

—¿Y acaso tú no quieres lo mismo? —preguntó, acercándose de nuevo a mi boca.

—Puede —musité.

La boca de Marc volvió a besarme de idéntica manera, ondeando de nuevo su lengua con la mía y volviéndola a dirigir. Yo me rendí ante su maravillosa forma de besar y le dejé hacer, recreándome en el sabor que conservaba su boca, a sirope de chocolate. Un rico sabor mezclado con su cálida saliva, algo inolvidable.

Su espectacular beso creó un hormigueo por mi bajo vientre que me hizo palpitar de deseo. Las manos de Marc circularon con suavidad por mis nalgas mientras su boca no quería apartarse todavía de la mía. Mi excitación se avivaba por momentos, me encontraba tan exaltada que creí que si ese beso se prolongaba un poco más sería capaz de tener un orgasmo allí mismo.

—¡Marc, ya, por favor! —exclamé en tono comedido, separándolo de mí. En ese momento mi corazón estaba tan alterado que buscaba un lugar para poder saltar del pecho.

—Pero, Cristina, tú lo deseas tanto como yo, estoy seguro. Tus ojos me lo dijeron ayer y me lo siguen gritando hoy —susurró, un poco contrariado.

—Llámame Cris, por favor. —Respiré entrecortadamente, mi cuerpo estaba alterado—. Y sí, no te equivocas, también me atraes mucho, y tampoco he conseguido dejar de pensar en ti desde ayer, no voy a negártelo —revelé—. Pero eres el hermano de Marta y no quiero cometer alguna torpeza que le pueda molestar, ni a ella ni a Óscar. Vamos a pensar un poco con calma cómo llevar esta situación.

—¿Qué hay que pensar? —preguntó asombrado—. Somos un hombre y una mujer que se atraen, estamos solteros y queremos disfrutar. No hay nada que pensar —arguyó sorprendido.

—Sí, de acuerdo, Marc. —Soplé, pasándome la mano por la cabeza—. Pero tu hermana parece que quiere buscarte una pareja, y parece no importarle que sea yo. Yo no sé qué buscas tú, pero sí sé lo que yo quiero.

—¿Y qué quieres? —inquirió de inmediato.

—Solo quiero sexo, nada más. ¿Lo entiendes ahora?

—Claro que lo entiendo, desde el principio —subrayó—. Y mi hermana no tiene por qué enterarse, Cris, ninguno de los dos se lo vamos a contar.

Marc se acercó de nuevo a mi boca y me besó, apretando su cuerpo contra mí. Me agité al sentir sus ganas, su excitación, y de nuevo volví a separarlo.

—Para..., para... Me estás haciendo perder la cabeza, no me dejas pensar con claridad. Y, créeme, ningún hombre había conseguido algo así. Te garantizo que no suelo ser una mujer fácil de conmovier.

—Me encantan tus labios, Cris, son tan seductores —susurró con voz sugerente, ignorando todo cuanto le había dicho.

Y una vez más se acercó a mi cara despacio, haciendo que el corazón me bombease con fuerza al sentirlo tan próximo a mi boca. Aunque en esta ocasión se paró a escasos milímetros y esperó. Mi respiración se alteraba por momentos, deseando sentir de nuevo sus labios en mí, pero él permanecía inmóvil, esperando mi reacción. No pude más y lo besé llevada por las enormes ganas que acababa de provocarme. Su boca había actuado como un imán en la mía, atrayéndola con vigor. Nos besamos con ímpetu, con violencia reprimida, lamiéndonos de manera enardecida. Mis manos decidieron colarse por debajo de su camiseta para sentir sus duros y prietos músculos, para percibir en mi piel su perfecto torso definido. Era maravilloso, y lo recorrí con la mano mientras lo iba dibujando en la mente.

—Cris, vámonos a mi casa, los dos queremos. Quiero hacerte mía, lo deseo con todas mis fuerzas —suplicó con la mirada llameante.

—Sí, yo también quiero, pero tendría que dar demasiadas explicaciones. —La voz me temblaba un poco por el alto deseo que sentía—. Se supone que no conozco a nadie en Madrid y en un rato tu hermana estará en casa. Óscar sabe que no soy de las que se van solas sin conocer nada ni a nadie. Hoy no puede ser —expliqué con cierta tristeza—. Tendremos que posponerlo a otro día. Pensaré una buena excusa para no levantar sospechas. No me gustaría que tu hermana interpretase algo que no va a suceder nunca.

—¡Joder, parecemos Romeo y Julieta! —espetó un poco contrariado—. ¡Que nos tengamos que esconder para vernos, a nuestra edad, me parece ridículo! De verdad. —Resopló, bajando la vista al suelo.

Cogiéndolo de la barbilla, le levanté la cabeza para que me mirase y me acerqué a su oído despacio.

—Entonces piensa que somos dos desconocidos que nos sentimos atraídos el uno por el otro, pero no queremos que nadie más lo sepa; es nuestro secreto. Buscaremos el momento apropiado para unir nuestros cuerpos, y cuando todos crean que estamos

a nuestros quehaceres diarios, habremos encontrado el momento perfecto para irnos a la cama y disfrutar como locos. —Me separé y lo miré a la cara—. ¿Te gusta más esta historia? —bromeé.

—¡Vaya, letrada! —Silbó—. Esa es una buena historia. —Asintió, cogiéndome por la cintura—. Me gusta cómo suena, y la quiero poner en práctica lo antes posible.

—Entonces tendremos que buscar el momento perfecto para unir nuestros cuerpos. —Sonreí, y me asaltó una curiosidad—. ¿Me has llamado letrada? —pregunté sorprendida.

—Esa es tu profesión, ¿no?

—Por supuesto, inspector jefe —contesté, y nos echamos a reír.

Marc volvió a besarme con pasión, y mi excitación, a duras penas mitigada, se avivó al instante.

—Vale, Marc. Por hoy vale —le susurré, separándome de él—. Creo que será mejor que nos vayamos cada uno a nuestra casa.

—Sí, mejor dejarlo aquí o perderé la cabeza, y entonces no nos podremos controlar. Te lo aseguro, Cris.

Mientras se marchaba me quedé allí parada, observándolo, recreándome la vista con su maravilloso cuerpo, que no paraba de imaginar encima del mío. Sin esperarlo, se dio la vuelta.

—¡Oye, Cris! Estaba pensando que el sábado tengo el día libre y, si te parece bien, podíamos quedar para tomar algo por ahí y enseñarte Madrid. Conozco los mejores bares de tapas de toda la ciudad. Podríamos ir al centro, seguro que te gusta. Luego ya veremos, letrada. —Volvió a guiñarme el ojo.

—Estupendo. —Asentí.

—¿Vengo a por ti a las doce? —Su cara se iluminó con una espléndida sonrisa.

—Perfecto —contesté, fantaseando por unos segundos con el final de esa cita, viéndome en la cama con él, los dos perdidos entre las sábanas y sudorosos.

—¿Te gustan las motos?

—Sí, me gustan mucho. Yo tengo una —añadí emocionada.

—Muy bien, pues ponte pantalones y calzado cómodo porque nos moveremos en moto, es lo mejor en Madrid. Adiós, Cris.

—Hasta el sábado, Marc.

Mientras subía al piso desenterré un recuerdo: la primera vez que mantuve una relación después del *incidente*. Desde aquella fatídica noche hasta esa primera vez habían transcurrido cuatro años. Me puse esa fecha como tope, en alguna ocasión tenía que volver a retomar esa etapa, o mejor decir que debía iniciarla. Me juré a mí misma que yo decidiría todo siempre: cómo, dónde, qué y, evidentemente, quién. Ese día me fijé en un chico bastante guapo que estaba en la esquina de la barra del *pub*; cada vez que me miraba, le sonreía. A los cinco minutos lo tenía a mi lado invitándome a una copa. Me dijo que se llamaba Andrés y me puse a tontear con él. Me fui a bailar un rato a la pista y él decidió esperarme allí. Mientras bailaba, otro chico se acercó a mí.

Era más guapo que Andrés y coqueteé también con él. Cuando el cansancio me venció, decidí volver a la barra a beber algo, y él me acompañó. Andrés no dijo nada, volvió a la misma esquina donde se encontraba antes y allí se quedó. Juanjo, el bailarín, me invitó a una copa y empezó su ritual de cortejo para llevarme a la cama. Yo no dejaba de observar la otra punta de la barra, viendo a Andrés solo, y sentí pena por él. Dejé a Juanjo y fui a hacer compañía a Andrés, que no salía de su asombro al verme a su lado. Hablamos un poco y nos terminamos la copa. Sin más preámbulos, le solté que quería acostarme con él. Me confirmó que tenía coche y abandonamos el local.

Ya en el interior del vehículo, me di cuenta de que si yo era inexperta, él lo era aún más. Aunque eso era una ventaja para mí, puesto que yo iba a decidir todo cuanto ocurriera en ese habitáculo. Nos desnudamos y, tras unos escasos preliminares, le pedí que se pusiera un preservativo y empezase. Andrés fue algo torpe, y cuando comenzó a moverse se pegó tanto a mi pecho que sentí que me asfixiaba. Le tuve que decir que se separase, que mantuviese una distancia, y él obedeció.

No estaba disfrutando, no sentía placer, solo notaba molestias e incluso dolor a veces. Pero tenía que hacerlo, me lo prometí a mí misma y no había marcha atrás. Hubo un momento en que sentí unas tremendas ganas de hacerle daño. Por mi mente pasaron malas ideas, y apreté tan fuerte las manos para controlar la ira que terminé clavándome las uñas. Al fin y al cabo él no era el culpable de lo que me había ocurrido, aunque pertenecía al género masculino, del cual yo había decidido vengarme.

Tras acabar, Andrés me dijo que había sido maravilloso, que nunca había disfrutado tanto, y me besó. Yo, con mi aplastante y vengativa sinceridad, le dije que no había sentido nada, que ni siquiera me había llegado a excitar. Andrés se quedó cabizbajo y muy apesadumbrado, y entonces yo disfruté viendo su aflicción; ese fue mi verdadero orgasmo. Salí del coche feliz y él vino detrás de mí, suplicándome que lo intentáramos otro día, quizá sería mejor. Me di la vuelta, lo miré y le dije «NO». Acababa de soltar el primer NO de una larga lista, y me hizo sentir genial.

Continué andando, alejándome de allí sin parar de sonreír. Me había llenado de alegría por haber podido causar un poco de dolor. Entonces comprendí por qué había elegido a Andrés y no a Juanjo, elegí al que me pareció más vulnerable, me vi reflejada en él. Vi a la Cristina tonta e inocente de cuatro años atrás.

A mediados de semana hablé con mi madre por teléfono y tuvimos una larga y amena conversación. Me alegró notar que estaba más tranquila que las últimas veces. Ese sosiego que percibí en su forma de tratarme, en su voz, seguramente se debía a que había hablado con Óscar, aunque no tenía constancia de ello, pero mi buen amigo siempre tuvo la habilidad de calmarla. Tanto si él había sido el artífice de ese cambio como si no, consiguió no llorar al despedirse, y eso me animó mucho. Por fin parecía que mi madre se iba acostumbrando a no tenerme tan cerca de ella.

Estuve mandando correos electrónicos a mis amigas a lo largo de la semana. Tenían muchas ganas de volver a verme, igual que yo a ellas, pero de momento no pensaba ir a Alicante, al menos en las próximas semanas. Necesitaba centrarme en mi nuevo comienzo, tenía demasiados temas por los que preocuparme. Por un lado estaba el trabajo, que ahora abarcaba más cantidad de separaciones de las que estaba acostumbrada, y la gran mayoría no llegaba a un acuerdo y terminaba por vía contenciosa, algo que complicaba todo en mayor grado. Y por otro lado estaba el tema personal, haber conocido a Marc me tenía descolocada. No podía dejar de pensar en él, despertaba con fuerza un lado desconocido en mí: el lascivo. Un paraje de mi vida ignorado, inexplorado por completo. Si bien por ser el hermano de Marta intentaba reprimir mis tremendos deseos de lanzarme a su yugular, mi imaginación no paraba de hacerlo día tras día. Y a todo eso había que sumarle la necesidad de buscar piso para dar intimidad a Marta. Sin embargo, cada vez que sacaba el tema ella decía que no quería escucharme hablar del asunto porque no deseaba que me fuera a ninguna parte, se sentía a gusto con mi compañía. En fin, tenía demasiadas cuestiones en la cabeza como para poder descentrarme. Por muchas ganas que tuviera de ver a mis amigas, e incluso a mi madre, ahora no era el momento. Ahora tenía que concentrarme en mi inicio.

El viernes recibí un whatsapp de Marc:

No olvides de lo de mañana. Te recojo a las 12.

¡Cómo iba a olvidarlo! Llevaba toda la semana pensándolo, fantaseando con él, teniendo sueños tórridos en exceso con los que por la mañana me despertaba sudorosa y alterada. No entendía por qué sentía una atracción tan fuerte hacia Marc, pero era incapaz de sacármelo de la cabeza. Estaba obsesionada con él y su cuerpo de manera desmesurada, algo que nunca me había ocurrido y que llegaba a ser casi

enfermizo. Las ganas por volver a verlo me llevaban a contar los días, las horas... Y mi mente siempre lo imaginaba de la misma forma, poseyéndome una y otra vez hasta quedar sin aliento; no podía hacerlo de otra manera, no lo lograba.

El sábado me levanté nerviosa, ansiosa por volver a ver al dios de la belleza. Me vestí con unos pantalones vaqueros y una camiseta con la bandera británica, recuerdo de mi estancia en Londres, y haciendo caso a Marc, descarté los tacones y me calcé unas deportivas. Bajando las escaleras para reunirme con él, la cabeza me pedía a gritos un poco de sosiego. Estaba tan impaciente como expectante de lo que pudiera ocurrir y no conseguía tranquilizarme. Respiré hondo y me dije a mí misma que esperase a ver cómo fluían los acontecimientos, que no tuviera prisa.

«¡Carpe diem, Cristina, Carpe diem! Esa es la mejor filosofía de vida.»

Cuando llegué a la calle Marc ya estaba esperándome. Mientras me acercaba a él me regocijé admirándolo.

—¡Hola, preciosa! —exclamó, dándome dos besos con la mano posada en mi espalda. Todo el vello se me erizó al sentir su contacto. ¡Cómo lo deseaba!

—Hola, Marc. ¿Esta es tu moto?

—Sí, ¿qué te parece? ¿Te gusta?

—¡Caray, claro que me gusta! Es una BMW R 1200 GS, es impresionante.

—¡Vaya! Parece que entiendes de motos —añadió sorprendido—. ¿Cuál tienes tú?

—Una Suzuki GSX R 600.

—¡Joder! —Silbó—. El otro día, cuando me dijiste que tenías una, pensé más en una Scooter o algo similar, no en una máquina de esas características. Por lo que veo te gusta la velocidad —habló con asombro.

—Sí, mucho —afirmé—. Me encanta sentir el aire chocando contra mi cuerpo, ofreciéndome su resistencia. Me gusta la descarga de adrenalina que produce coger una curva casi rozando el suelo. Eso me hace sentir viva —expliqué con emoción—. Voy a correr de vez en cuando al circuito de Cheste, hice un cursillo allí.

—¡Eres una caja de sorpresas! —Sonrió—. Un día de estos podríamos hacer una ruta por la sierra, coger unas buenas curvas. ¿Te parece?

—Es una idea genial. —Asentí—. Pero ¿me dejarás conducirla un rato a mí?

—Eso ya lo veremos, letrada. —Me guiñó el ojo—. Ahora ponte el casco antes de subir a la moto, porque no querrás infringir la ley con un poli delante. —Desplegó una magnífica sonrisa con la que me hizo vibrar.

—No, claro que no. —Le sonreí yo también.

Tras ponernos los cascos y montarnos emprendimos la marcha, pero las palabras de Marc me dispararon el cerebro y comencé a fantasear con la idea de que cumpliera su papel de policía. Lo imaginaba esposándome para después castigarme con su

cuerpo, deseaba sentir toda su maravillosa condena en mi piel. La excitación, sin poder remediarlo, se adueñó de nuevo de mí. Era incapaz de controlarlo aunque le pusiera mucho empeño, solo con pensar en él era suficiente para desencadenar mi exaltación. Pero si a eso le sumábamos que ahora estaba pegada a su espalda y con las manos cogidas a su cintura, si además de pensar en él también lo sentía en mi cuerpo, entonces ya me resultaba imposible dominarme.

Mientras continuaba fantaseando y acalorándome llegamos a Sol, el centro de Madrid. Me separé con tristeza del cuerpo de Marc para bajar de la moto y, tras guardar los cascos en las maletas de esta, comenzamos a pasear. Ahora que no estaba subida a mis tacones, la diferencia de estatura era algo más evidente. No es que yo fuera baja, medía uno setenta y siete, pero al ir plana los casi quince centímetros de diferencia eran bastante apreciables.

Admiré la ciudad y observé a la gente mientras paseábamos. Madrid era una ciudad cosmopolita donde había cabida para todo y todos, la gente más dispar confluía sin ningún problema. Las calles siempre estaban llenas, algunas casi abarrotadas, como la Gran Vía, la calle de Madrid con más musicales por metro cuadrado. Aunque a mí no me importaba el gentío, al revés, me gustaba perderme entre la multitud, me encantaba el continuo bullicio. Todo eso me llenaba de energía, me hacía sentir viva, algo fundamental para mí.

Desde la Gran Vía bajamos hasta la plaza Mayor y transitamos por todas las calles aledañas. Hacía calor y terminamos sentándonos en una terraza a tomar algo para refrescarnos. Después continuamos dando una vuelta y Marc me llevó a conocer el mercado de San Miguel, un espacio maravilloso donde se vendían todo tipo de productos y variadas *delicatessen*. No era muy grande, pero por ello no dejaba de ser espectacular, y decidimos tapear en él.

Al abandonar aquel fantástico lugar, Marc me paró y me miró.

—¿Sabes? Eres preciosa. Seguro que te lo han dicho infinidad de veces, pero yo no me cansaría de decírtelo nunca. Eres la belleza personificada, Cris. —Me observó con deseo.

—¡Vaya! Yo he pensado algo parecido de ti. Es gracioso, ¿no?

—Lo que no sería gracioso es perder más tiempo con esta absurda espera. Vayamos de una vez a mi casa —susurró, posando las manos en mi cuello para darme un beso tierno, labio con labio, sin la unión de nuestras lenguas.

—¿Y qué haremos allí?

—Escucharemos música, tomaremos algo, y después...

—¿Y después qué? —preguntó mi impaciencia, la misma que ya estaba fantaseando con Marc.

—Después dejaremos que sean nuestros cuerpos los que hablen. No puedo continuar más tiempo cerca de ti sin acariciarte, sin sentirte, sin poseerte. Me estoy volviendo loco, Cris. —Apoyó su frente en la mía.

—Pues llévame a tu casa de una vez, ¿a qué esperas?

—Ahora mismo, letrada —contestó, y yo acerqué la boca a la suya para besarlo, pero su mano me frenó—. Si me besas ahora soy capaz de hacértelo aquí mismo, en plena calle. Guárdalos para cuando lleguemos a mi casa, preciosa.

Cogiéndome de la mano, Marc me dirigió hasta la moto con rapidez; de repente, las ansias se nos amontonaban de golpe. Nos pusimos los cascos a toda prisa y, antes de subirse, uno de sus preciosos ojos me regaló un pestañeo con el que mi corazón sintió vértigo, con el que me contó lo que me aguardaba al llegar a su casa, con el que mi cuerpo, deseoso de probarlo, se estremeció.

Eran casi las cinco de la tarde cuando llegamos. Era un dúplex bastante grande y espacioso, poco decorado, pero con todo lo básico. Tenía unas baldas muy modernas colgadas en la pared del salón, y encima solo dos grandes fotos enmarcadas. Una era de toda la familia; estaban sus padres y hermanos. Su hermano mayor también era muy guapo y tenía buen cuerpo, si bien era un poco más bajo que Marc. En la otra solo estaban él y su hermana, sonrientes y felices, guapísimos los dos.

—Ponte cómoda, Cris, voy a poner algo de música. ¿Te gusta el jazz?

—Me gustan muchos estilos musicales muy distintos y dispares entre sí. Pienso que lo importante es que la canción transmita, que te haga vibrar.

—Es cierto. Aunque yo también pienso que cada momento tiene su melodía. Y creo que esta es una buena música, muy apropiada para este momento. Seductora y sensual, como tú. —Su timbre de voz sonó insinuante.

—¿Eso creé, inspector jefe? ¿Soy seductora y sensual? —le pregunté, mordiéndome ligeramente el labio inferior.

—Es eso y más, y estoy convencido de que usted lo sabe —contestó, sin apartar los ojos de los míos—. Sabe que domina a los hombres con ello y con su gran magnetismo.

—¡Vaya! Por su forma de hablar parece que me conoce usted mejor que yo.

—No, solo me fijo en los detalles. La observación es algo que va ligado a mi profesión.

—¿Y ahora qué observa? —Volví a jugar con los labios.

—A una preciosa mujer sentada en mi sofá. —Apretó la tecla del equipo de música y una cálida melodía empezó a sonar.

—¿Y qué más?

—Creo que está intentando provocarme con sus maravillosos labios. —Sonrió sutilmente.

—Caliente. ¿Algo más que añadir?

—Puede que quiera tener algo conmigo. —Se acercó hasta a mí.

—Muy observador. ¿Deduce algo más, inspector jefe? —Me deslicé por el sofá y me quedé tumbada en él.

—Creo que quiere que empiecen a hablar nuestros cuerpos cuanto antes.

—Hace muy bien su trabajo, pero que muy bien. ¿Desea añadir una última cosa?

—Paseé con lentitud el dedo por mis labios entreabiertos, mirándolo de forma seductora.

—Sí, añadiré algo —dijo, clavando sus pupilas en las mías—. Quiero que sepa que ahora mismo estoy excitado, que ardo en deseo por usted, letrada, que sabe muy bien cómo alterar a un hombre. Pero también quiero que sepa que pienso hacerla disfrutar como nadie lo haya hecho nunca, porque llevo toda la semana pensando en hacer muchas cosas con su precioso cuerpo, deseando con ansia que llegase hoy. Y ahora que mi sueño se empieza a hacer realidad no voy a parar hasta complacerla o hasta que las fuerzas me abandonen.

Al terminar de hablar Marc me miró de una forma que llegó a intimidarme un poco. Acto seguido, comenzó a desnudarse de cintura para arriba sin apartar la vista de mí. El pulso se me alteró al ver sus duros y fibrosos abdominales y los marcados pectorales; su torso era una maravilla, mucho mejor de lo que imaginé tras tocarlo. El corazón me retumbaba en respuesta a esa increíble imagen.

—Me has hecho pasar la peor semana de mi vida, Cris. Solo he sido capaz de pensar en ti y en darte placer de todas formas y maneras. Anhelaba con fuerza besar otra vez tu sedosa boca, estos días he sobrevivido gracias al recuerdo de su sabor.

—Yo también he pasado toda la semana soñando contigo —admití.

—¡Ah, sí! ¿Qué tipo de sueños?

—Sueños pasionales —susurré.

—¿Calientes? —preguntó, marcando una sutil sonrisa.

—Muy calientes —confesé—. Ha llegado a ser obsesivo. —Suspiré, sin dejar de observarlo.

Marc se tumbó encima de mí despacio y me besó, su cálida lengua me recorría la boca con pasión a la vez que sus caderas se balanceaban contra mí, intentando abrir hueco entre mis piernas para acogerlo. Yo estaba ansiosa por sentirlo y las separé gustosa, ardiendo en deseo al notar su excitación. Mirándome con esa mirada tan suya, tan devoradora, se contoneó sobre mí.

—¡Dios, Cris, no sabes cuánto te deseo! Todos los días pensaba en tenerte así, debajo de mí, dándote placer y volviéndote loca. —Su verde mirada me taladró la retina.

—Yo también te deseo, mucho.

—Pues no perdamos más tiempo, letrada —añadió, apartándose de mí para desnudarme con avidez.

Las tremendas ganas nos consumían, parecía que se nos acababa el tiempo para darnos placer. En tan solo unos escasos segundos me quedé en braguitas. Una braguitas de encaje blanco que sonsacaron un silbido a la boca de Marc y que le abrieron los ojos hasta más no poder.

—¡Espectacular! —Silbó de nuevo—. Ese debería ser tu nombre, Cris, eres una

delicia.

—Bueno, no estoy mal. —Sonreí. Pero mi sonrisa era de rubor tras escuchar sus palabras llenas de piropos.

Marc me acarició los pechos casi con miedo, rozándolos con la suavidad de sus yemas, estremeciéndome con esa delicada forma de tocarlos. Después su boca decidió entrar en juego, zigzagueando la lengua con maestría por los pezones. Con sutileza, bajó la mano hasta mi íntimo rincón, acariciándolo por encima de la braguita, ocasionándome una trémula agitación a pesar del obstáculo que suponía el encaje. Unos segundos después, coló los dedos por entre ellas y sentí el contacto directo con su piel. Una caricia leve y cuidada que me hizo gemir.

—¡Oh, Cris, qué maravillosa suavidad escondes aquí! Es igual que tocar terciopelo —musitó—. Mi boca estará encantada con tanta suavidad.

Temblé por dentro tras adelantarme a lo que pensaba hacer, al saber dónde deseaba Marc posar la boca. Además, lo había dicho con toda seguridad, con pleno convencimiento de lo que vendría después de las caricias, y eso me había excitado más sin saber por qué.

El orgasmo me atrapó casi de improviso, las particulares caricias de Marc lo desataron en segundos. Jadeé un poco cohibida por su precipitación, confundida por la prontitud.

—¿Te has corrido, Cris? ¿Apenas te he tocado y acabas de correrte? —preguntó sorprendido.

Ni yo misma podía creerlo. ¡Pero si apenas había empezado a tocarme! Me sentí como un eyaculador precoz.

—No sé... —contesté, notando que me ruborizada—. Nunca he tenido un orgasmo de esta manera, ofreciéndome tan poco, la verdad. Pero me has estimulado de una forma... Has enervado mi imaginación, mi sexo... Tu cuerpo balanceándose sobre mí, tus ansias al desnudarme, tu boca sobre mis pechos sugiriéndome más, tus sinuosas caricias, no sé..., me has excitado en segundos —respondí, mirándolo confundida.

—Tranquila, no te pongas colorada. ¿Llevabas mucho tiempo sin sexo? —interpeló con calma.

«¡Vaya una pregunta directa! ¿Y tú?»

—No, menos de tres semanas —contesté.

—O sea, que te despediste de alguien antes de venir a Madrid. —Sonrió con sagacidad.

—Más o menos.

—Entonces solo se trata de que aprendas a disfrutar sin pensar solo en la meta.

—Te puedo asegurar que nunca he tenido un orgasmo con tanta facilidad —afirmé casi molesta—. Pero me has provocado de una manera tan..., tan... ¡Joder, has sugestionado mi mente!

—Cris, en el sexo no solo hay que excitar los órganos genitales, las zonas

erógenas, sino también la mente, la imaginación. El sexo es la perfecta combinación de ambas cosas —explicó, acercando de nuevo la boca para besarme.

Esta vez no me dejé arrastrar por el dominio de sus besos, sino que marqué el ritmo. Marc había despertado algo desconocido en mí, tan hambriento por experimentar que mis manos comenzaron a desabrocharle con urgencia el pantalón, aunque él me paró.

—Tranquila, no tengas tanta prisa. Tenemos tiempo para todo, hasta para repetir. —Sus labios se estiraron hasta los extremos—. Me has dicho que mi hermana se había ido a pasar el día con Óscar y que dormiría en su casa. No tenemos por qué ir rápido, todo lo contrario, vayamos con calma, letrada. —Me guiñó el ojo.

«Tenemos tiempo para todo, hasta para repetir.» Su frase me retumbó en la cabeza como el eco en la montaña. Yo nunca había repetido con un hombre, solo me acostaba una vez con él, solo había un encuentro en el que únicamente tenía lugar un acto sexual, nada más. La palabra *NO* regresó a mi cerebro y se quedó arrinconada, esperando ser utilizada en cualquier momento.

—Yo quiero empezar ya, podemos hacerlo aquí mismo, en el sofá —insistí, sin parar de recordar mi fantaseado encuentro con él, aquel que me había llevado a autocomplaceme dentro de la ducha, y eso me hacía estar ansiosa por comenzar de una vez.

—Eres impaciente, Cris, y así no se disfruta —puntualizó mirándome un poco serio—. Yo quiero darte el máximo placer, quiero saborearte de todas las formas posibles que existan. —Se acercó a mi oído—. Solo voy a respirar para ello, Cris, para hacerte disfrutar —susurró con voz ronca y suave.

Todo el vello se me puso de punta ante semejante afirmación. Sus palabras circulaban por mi cabeza sin parar de amedrentar a don NO, que permanecía inmóvil en su esquina.

Cogiéndome entre sus fuertes brazos, Marc me levantó del sofá.

—Mejor nos vamos a la cama, allí seguiremos disfrutando. ¿No te parece?

—Lo que usted diga —respondí mostrando una sonrisilla.

—Pues yo digo que me queda mucho placer por darte, preciosa. Apenas acabamos de empezar, aún no te he saboreado y estoy deseando hacerlo —añadió relamiéndose los labios.

Mi cuerpo vibró en respuesta a su gesto. Solo con eso ya me había vuelto a excitar.

—Marc, ¿te das cuenta de lo que le estás prometiendo a una mujer ansiosa por tu cuerpo? No sé si eres consciente, pero me haces aspirar a ciertas expectativas —declaré, con la intención de provocarlo.

—¡Oh, letrada, aún no me conoce! —exclamó sonriendo—. Yo siempre cumplo mis promesas. Siempre —repitió recalcando la palabra—. Antes moriría en el intento que abandonarían mi cruzada, que no es otra que hacerla disfrutar, como ya le he explicado —aclaró, mientras subía las escaleras conmigo en brazos.

Marc me dejó en la cama con suavidad y se descalzó a toda prisa. Sin apartar su hipnotizadora mirada, se acercó a mí separándome las piernas con lentitud, sin prisa. Su cara se dirigió a mi sexo, aún cubierto por las braguitas, mientras sus ojos me explicaban, con una nitidez absoluta, lo que deseaba hacerme. Su fantástica boca se apretó contra él y lo besó, haciéndome suspirar al sentir los carnosos y cálidos labios detrás del encaje.

Mi expectación tornó al momento a desconcierto. Me encontraba en un escenario desconocido para mí, extraño en cuanto a su forma y consecución, de ahí mi turbación. Siempre que había estado con un hombre y había decidido llegar hasta el final, la sucesión de acontecimientos funcionaba de la misma forma: sexo oral o masturbación, tan solo una de las dos cosas, nunca ambas, después un coito rápido y con eso todo acababa. Pero Marc no llevaba ese orden, y yo tampoco lo había impuesto. Por primera vez en quince años me dejé llevar por la situación en lugar de intentar controlarla, y eso perturbaba a mi mente y la hacía debatirse entre la represión y la excitación. Por no hablar de don NO, que estaba confuso, daba vueltas sin parar y se tiraba de los pelos.

—Marc, yo...

—¡Chsss! —Posó el dedo en mis labios—. No hables, Cris, solo disfruta. Deja que sean solo tu maravilloso sexo y mi lengua los que hablen en este instante.

Sus manos me acariciaron la parte interior de los muslos con suavidad, logrando que me deshiciera con esa manera de tocarme.

—Solo quiero tu orgasmo, que te corras para mí una y otra vez, Cris, solo eso —susurró con dulzura—. Solo quiero que tu placer alimente mi deseo y que tus gemidos aumenten mi pasión; así yo volcaré toda mi excitación en ti, para satisfacerte, preciosa.

¡Vaya palabras acababa de soltar! Decía que solo quería mi orgasmo, ¡por favor, me hizo desearlo al momento! ¿Cómo podía ejercer ese dominio sobre mí solo con su voz varonil y unas meras palabras? Mi cuerpo se rindió al instante, deseaba todo lo que Marc quisiera hacerle, me lo gritaba a pleno pulmón, se desgañitaba pidiéndomelo. Y accedí a su petición, dejando a don NO en una esquinita de mi cabeza, desorientado ante mi decisión.

Marc volvió a besar mi sexo deslizando los dedos por la parte superior de mis braguitas, haciendo que el vientre se me encogiera con su suave contacto. Me recorría su piel, su aliento, sus ganas... Mi cuello y espalda se curvaron al sentir todas esas excitantes sensaciones embargarme. De pronto escuché un sonido rasgado, sin saber qué era, seguido de otro más fuerte. La excitación me encogió las entrañas, me atrapó como nunca al ver a Marc retirando por mis piernas el encaje de las braguitas hecho jirones. Era un acto irracional debido a la acumulación de deseo, uno que me había encantado y excitado a partes iguales. Volvió a deslizar las manos, esta vez por el exterior de mis muslos, y enterró el rostro entre mis piernas. Me derretí al sentir su húmeda calidez por primera vez en mí, en mi íntimo rincón. Las caricias eran

delicadas pero persistentes, Marc poseía una gran pericia y dominio para realizar tal acto. Tanta, que en pocos segundos logró arquearme la espalda, tensarme los músculos y recrear en mi cuerpo una marea de placer que subía de intensidad formando el orgasmo en mi interior. Vibré con brusquedad cuando todo el mar de deleite rompió en mí, liberándose.

—¡Oh, Dios! —exclamé fuerte, asombrada de escucharme gemir con absolutas ganas, y desconcertada sin saber cómo controlar la respiración descoordinada por completo—. ¡Ha sido maravilloso!

—Me alegro de que te haya gustado, porque a mí me ha encantado. —Me miró con los ojos llenos de satisfacción a la par que chispeantes—. Y puedo hacer que disfrutes de la misma manera una vez tras otra. Todas las que tú quieras, Cris, todas las que me pidas —aseguró, con un susurro muy sensual—. No sabes las enormes ganas que tenía de darte placer, de que me regalases tus orgasmos. Lo deseé desde el primer momento en que te vi —confesó comiéndome con la mirada.

—Gracias, pero más no —contesté, con la respiración aún irregular—. ¡No lo soportaría! —Sonreí con sutileza.

—Sí. Sí lo soportarías, Cris. Siempre soportarías que mi boca jugase en el paraíso que guardas entre tus piernas —dijo posando la mano en mi sexo—. Tu dulce, aterciopelado y delicioso valle, el oasis de tu divina feminidad, el jardín del Edén para mí, preciosa.

Marc me contempló con dulzura y, sin apartar su verde mirada de mis ojos, su mano volvió a acariciarme. Temblé al sentir otra vez su experto roce, la respiración se me cortó durante unos segundos y mi excitación se elevó de inmediato.

—¿Puedes soportarlo, Cris? —musitó con una sonrisa de victoria pintada en el rostro—. ¿Puedes soportar el placer que te doy?

—Sí... —jadeé, llenándome del flujo vibrante anunciador del placer que se avecinaba. Por increíble que me pareciera, de nuevo la tensión orgásmica comenzaba a apoderarse de mí.

—Venga, Cris, vibra una vez más, preciosa —dijo a media voz, sin cesar las caricias.

—¡Ohh...! —acerté a decir mientras notaba las convulsiones sacudirme sin parar, entrecerrando los ojos en un puro acto reflejo al sentir la descarga fustigándome. Marc logró doblarme de placer—. ¡Guau! —Soplé con fuerza.

—¿Has visto como podías soportar más placer?

—Sí, todavía no puedo creérmelo —aseguré, mirándolo a sus preciosos ojos verdes.

—Y lo hubieses soportado igual con mi boca, Cris.

—Desde luego que eres bueno complaciendo —emití una leve sonrisa—, pero aún no he comprobado todos tus dotes. Me falta uno, el mejor.

—¿Y cuál es ese, letrada? —preguntó con perspicacia.

—El de tenerte dentro de mí. Creo que ha llegado la hora de buscar el placer

juntos, muy, muy juntos. En realidad, totalmente unidos —expliqué con picardía.

—Estoy deseando unirme a ti. No sabes cuánto, preciosa —aseguró—. Tan solo dame unos segundos para coger un condón —dijo saliendo de la cama, y volvió a mirarme—. Espérame, no vayas a marcharte ahora —bromeó, guiñándome el ojo.

—No te preocupes, no tengo ningún plan mejor que este, te lo garantizo. —Volví a sonreír.

Mientras esperaba a Marc pensé que todo aquello era nuevo para mí. A pesar de haber mantenido bastantes relaciones con hombres, jamás había experimentado esas indescriptibles sensaciones, el placer tan intenso que Marc me había proporcionado. Era un terreno virgen que él había empezado a descubrir poco a poco. Era más que obvio que su experiencia en ese tema era vasta, con lo poco que había mostrado era suficiente para saberlo. En consecuencia, y como era normal, esa maestría sería aún mayor estando dentro de mí, moviéndose de la misma forma curtida con la que había puesto a trabajar sus manos y lengua. Al imaginármelo, sentí escalofríos.

Observé cómo Marc sacaba una caja de preservativos de una cómoda y cogía uno. En ese momento pensé en quién habría sido la última mujer que visitó su cama y si habría pasado mucho tiempo. Una absurda curiosidad me asaltó, pero me la quité rápido de encima, en cuanto Marc se acercó a la cama y empezó a desvestirse. Él aún continuaba con los pantalones puestos. Al quitárselos, me fijé en lo bien que le quedaban los bóxer y cómo cortaban esa perfecta uve que tanto marcaban sus oblicuos; era provocador ver cómo quedaba seccionada por la ancha goma. Un ansia repentina me hizo desear arrancárselos para ver su fin, lo que tan abultado ahora mismo resaltaba. Estaba nerviosa esperando a que se desnudara del todo, si bien ese nerviosismo se calmó al tenerlo frente a mí como Dios lo trajo al mundo: sin nada. Me impresionó ver su maravilloso y escultural cuerpo, su imponente y magnífica virilidad. Mi mente silbó sorprendida ante semejante belleza creada por la madre naturaleza.

—¿Eres un hombre o un ángel caído del cielo? —le pregunté sin poder dejar de observarlo mientras se metía en la cama.

—Soy un hombre deseoso de tu cuerpo, Cris. Ansioso por hacerte disfrutar. Consumido por las enormes ganas que tengo de ti —respondió, tumbándose encima de mí.

—Pues demuéstrame todo tu deseo —le desafié.

Su boca, con ansia, se pegó a la mía y nos besamos enloquecidos. Luego Marc se perdió por mi cuello, lamiéndolo con desespero, respirando entrecortadamente pegado a mi oído, alterándome más con su excitante desesperación.

—¿Qué quieres, Cris? Pídemelo —dijo, mirándome con la misma lujuria del primer día.

—Quiero tenerte dentro de mí, Marc. Lo necesito —susurré, teniendo la impresión de ser una drogadicta suplicando su dosis.

—Voy a hacerte todo lo que quieras, todo lo que me pidas con tal de que me

regales tus orgasmos —anunció susurrando—. Y quiero que me mires al alcanzarlo, por favor, quiero ver ese placer reflejado en tu mirada. ¿De acuerdo?

—Sí —respondí, observándolo llena de deseo yo también.

Marc me penetró despacio, con sumo cuidado, quemando mi interior. Mientras se abría paso en mi cuerpo la espalda se me curvó y las manos buscaron con ansia la sábana para agarrarse a ella con fuerza. Sentirlo en mis adentros quieto, tan solo ocupándome, era una sensación increíble. Nuestras miradas se quedaron fijas, imantadas durante unos segundos en los que solo disfrutamos de una posesión nueva, de un cuerpo que cada uno conquistábamos por primera vez. Marc posó las manos encima de mis caderas, se asió a ellas y empezó a moverse. Primero lo hizo despacio, acoplándose a mí; luego con fuerza, embistiéndome no solo con su miembro, sino también con todo el deseo que desprendía por los poros de la piel. Yo recibía las dobles embestidas agradecida, escuchando los pequeños jadeos que Marc emitía mezclados con unos frágiles sonidos. Me enardecía sentirlo tan excitado, con el cuerpo abrasándome hasta la dermis, así de profundo. Mis manos se desprendieron de la sábana y enloquecieron acariciando los prietos músculos de su espalda, admirando fascinada cómo la maravillosa belleza de Marc se transformaba, de qué forma el gesto se le endurecía con la carrera por llegar al orgasmo. El placer se me acumuló de forma vertiginosa, temblé trémula, como nunca me había ocurrido, y el orgasmo me llegó como un torrente, con una fuerza desmedida.

—¡Sí, córrete! —exclamó alterado. Acto seguido Marc se apretó fuerte a mi cuerpo, vaciándose sin parar de jaderar.

Sentir su intensa vibración me gustó tanto que llegó a asustarme. Era otra nueva experiencia para mí, y ya había perdido la cuenta de las que llevaba. No obstante, esta vez implicaba el placer de la otra parte más que el mío propio. Por primera vez me gustaba saber que yo había complacido, que la otra parte gozaba por mí; me encantó notar en mi cuerpo su placer, me hizo sentir muy bien.

Marc se acercó a mi cara, me miró a los ojos y, acariciándome el rostro, terminó besándome con dulzura. Después se apartó a un lado e intentó calmar su cuerpo aún descontrolado.

—Ha sido maravilloso, Cris, eres increíble —susurró.

—Sí, ha sido fantástico. —Solté una bocanada de aire—. Sabes complacer a una mujer. —Lo miré.

—Espero poder complacerte muchas veces. —Me guiñó el ojo—. Ahora voy a darme una ducha. ¿Te apuntas?

—No. Por el momento, no. Te esperaré aquí.

—Como quiera, letrada, pero a la vuelta repetiremos —aclaró de antemano—. Quiero más de usted, la quiero toda —expresó con ternura, volviendo a pestañear su ojo, alterándome el corazón con solo ese gesto que tanto me gustaba de él; y se marchó al baño.

En verdad Marc no se parecía a ninguno de los hombres con los que yo había

estado antes. Sus palabras y actos despertaron en mí algo que no sabía ni que existiera, despertaron el deseo de una manera desmedida e incontrolable. Conseguía excitarme con su mirada, con su tono de voz, con su particular forma de hacer, de expresarse. Hasta me había llevado a creer que con su apasionado y fogoso beso podría llegar al orgasmo. Marc era distinto a cualquiera de los hombres que había conocido con anterioridad, desde luego, con él podía disfrutar del sexo, con él lo había conseguido.

Pensé en sus palabras, el anuncio de repetir a su vuelta, y tomé una decisión en ese mismo instante. Yo quería un cambio en mi vida y esto lo era, jamás había experimentado el sexo de esa forma. Hasta mi imaginación se había quedado corta al fantasear un encuentro con él. Marc era increíble en la cama, mil veces mejor a lo que yo podía haber imaginado. ¿Por qué no iba a disfrutarlo? Mi cuerpo lo deseaba, temblaba cuando estaba cerca de él, siempre le respondía, la mente dejaba de mandarme y solo le obedecía a él, a Marc. Eso no me había ocurrido con ningún hombre en toda mi vida. ¿Por qué perder esta oportunidad?

De golpe, las dudas comenzaron a inundarme y mi conciencia me empezó a cuestionar.

«¿Quieres repetir otra vez con él? ¿No has tenido suficientes orgasmos? ¡Joder, con él has roto todas tus reglas, Cristina! ¿Qué hay de tu etapa de castidad? ¿No iba a ser tu último encuentro? ¿Por qué no te vistes y sacamos a don NO del rincón olvidado? ¡Arrgg! ¡BASTA!»

Después de una reflexión conmigo misma en la que luché con uñas y dientes, decidí sacar a don NO con rapidez de mi cabeza. Ese sería el primer cambio. Uno que tenía que haber ocurrido hacía casi un año pero no había sido capaz de aceptar. Mi etapa de castidad quedaría aplazada por tiempo indefinido. Ese sería un cambio pendiente. En cuanto a Marc, quería experimentar esta nueva fase sin agobiarme, dejando fluir los acontecimientos y viviendo el momento. Quería disfrutar de mi sexualidad recién despertada, ese sería el mayor y más novedoso cambio en mi vida.

Me ruboricé de nuevo al recordar el orgasmo que había tenido sin apenas tocarme, y me acordé de Miguel, el macarra cañero. Un tipo duro con unas espaldas cuadradas de gimnasio y lleno de tatuajes al que le quedaban pocos centímetros cuadrados de piel sin tatuar. Tonteó una noche conmigo y terminamos en su coche. Apenas acababa de penetrarme cuando ya había eyaculado. Me dio por reír y él se quedó muy cortado. «Nunca me había pasado esto», me dijo. Yo me reí más fuerte y le contesté que también era casualidad, y comencé a vestirme mientras él me pedía quedar otro día e intentarlo de nuevo. «NO —le respondí sin dudar—, primero mírate eso en un especialista. Jamás podrás hacer disfrutar a una mujer si no lo resuelves. Aunque seguro que no has hecho disfrutar a ninguna, eso para ti debe de ser una quimera. Eres un eyaculador precoz». De inmediato me agarró de la muñeca con fuerza y vi cómo la rabia le recorría la mirada. Eso actuó de detonante de mi ira, que empezó a salir por la boca en ese preciso momento. «Suéltame ahora mismo,

maldito capullo de mierda, o no respondo de mis actos.» Mi expresión lo asustó, lo noté alarmado, y me soltó al instante. Salí del coche sonriente, feliz una vez más, apuntándome otro tanto por haber humillado a otro hombre. Además, con el imbécil tatuado lo había hecho de lleno, y eso para mí era todo un plus añadido.

Mientras Marc continuaba en el baño observé su habitación. Era muy grande, alargada, y al fondo tenía montado un pequeño gimnasio en el que no faltaba de nada; ahora sabía de dónde procedía su escultural cuerpo. Me di cuenta de que la cama estaba en medio, sin apoyar en ninguna pared, y me llamó mucho la atención. Era baja y demasiado ancha, mediría como mínimo uno cincuenta, y me pregunté para qué quería Marc tanto espacio. Todos los muebles eran de nogal, salvo las estanterías que estaban justo al lado contrario del gimnasio, que resultaban ser de metal negro y estaban repletas de libros. La curiosidad me levantó para observarlos. Encabezaban la estantería Lorca, Machado, Pérez Galdós, Rubén Darío, Rosalía de Castro, Miguel Hernández y muchos más poetas españoles y latinoamericanos. Sin lugar a dudas predominaba la poesía, aunque también había muchos libros de otros autores, tanto españoles como extranjeros, y de otros géneros. Marc disponía de una buena biblioteca.

Regresé a la cama y justo cuando mi cuerpo se tendió en ella Marc salió del baño con una toalla blanca enrollada a las caderas. Estaba muy sexi mostrando esa uve de la cual no llegaba a ver su final, algo que me entristecía mucho. De modo que en cuanto se acercó a mí, mi lado jugueteón tiró de ella, dejándolo desnudo.

—¡Vaya! —Estiró un poco los labios—. Veo que quiere empezar a divertirse cuanto antes. Parece muy impaciente, letrada.

—¿Eso te molesta? —pregunté sonriendo.

—No, me gusta. Me gusta porque así es como la quiero, siempre impaciente por mí —contestó, tumbándose encima de mi cuerpo, aproximando la boca a la mía a espera de mi reacción.

Lo besé con vehemencia, volviéndome loca con sus maravillosos y perfilados labios que tanto me gustaban. Al terminar de degustar nuestras bocas, lo miré.

—Tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—¿Por qué tienes la cama en medio de la habitación?

—Y por qué no. —Se encogió de hombros.

—También llevas razón. —Asentí—. ¿Y para qué la quieres tan grande?

—Ya son dos curiosidades, letrada —puntualizó.

—Es cierto, rectifico, tenía unas cuantas curiosidades. —Sonreí una vez más—. Pero contéstame, ¿por qué es tan grande? Porque al menos medirá uno cincuenta.

—No, es un poco más grande. En concreto uno ochenta por dos veinte. Y quiero que sea así de amplia porque soy un tipo grande que desea dormir a gusto.

—¿Tú y cuántas más? —interpelé.

—Yo solo, Cris —respondió mirándome—. En mi cama solo ha dormido una

mujer y una vez: mi hermana. Nadie más que yo se ha revolcado en ella. A excepción de hoy —añadió—, cuando una preciosa mujer ha mancillado mis sábanas con su espectacular cuerpo.

—¡Mancillar, qué palabra!

—Una más de nuestro diccionario, ¿no?

—Sí, aunque bastante obsoleta —aclaré—. Pero no te desvíes del tema y explícate, porque si no te traes aquí a tus amiguitas, ¿adónde te las llevas?

—Pues depende del momento o la situación. A veces voy a su casa y en otras ocasiones vamos a un hotel.

—¿Y por qué? —pregunté sorprendida.

—Porque no me apetece que sepan donde vivo, sin más.

La respuesta de Marc me hizo pensar en mí. Yo tampoco llevé jamás a un hombre a mi casa, cuando menos a mi cama, aunque era evidente que nuestras razones eran bien distintas.

—¿Y por qué a mí sí me has traído a tu casa?

—Muy sencillo, porque tú vives con mi hermana y si quieres enterarte de dónde vivo lo vas a hacer. Así que me daba lo mismo. —Se encogió de hombros.

—¿Tienes miedo a que alguna esté un poco chalada, se obsesione contigo y la tengas a las puertas de tu casa todos los días?

—Puede, hay mucho loco suelto por ahí, créeme. —Asintió.

—¿Y cómo sabes que yo no soy una chiflada de esas?

—¡Espero que no! —exclamó con una sonrisa—. Si mi instinto no me engaña, y no suele hacerlo, no creo que lo seas. Solo por tu afán desmedido porque nadie conozca lo nuestro me deja presuponerlo —alegó—. Pero no quiero hablar más, estamos perdiendo un precioso tiempo con el que poder disfrutar, y yo quiero volver a mancillar las sábanas contigo.

—¿Ah, sí? —hablé con perspicacia.

—Por supuesto, letrada.

—Pues mancillemos, inspector jefe —afirmé en un susurro.

Marc y yo nos besamos con ansia, las bocas peleaban con desespero, igual que si fuera la última vez que tuviéramos la oportunidad de hacerlo. Mientras nos devorábamos, intenté empujar su cuerpo para ponerme encima del suyo, pero me era imposible, pesaba demasiado para mí. Sin embargo, Marc comprendió al momento lo que quería y con un simple movimiento me colocó donde deseaba.

—¡Me encanta esta vista! —Silbó—. Le sienta muy bien estar encima de mí.

—Me alegro de que le guste porque a mí también me apetece estar arriba, inspector jefe. Me da sensación de dominio y, créame, siento muchas ganas de dominarle —contesté, desafiándolo con la mirada.

—¡Uf! —Sopló con asombro—. ¿Pretende someterme, letrada? —Desplegó una espectacular sonrisa.

—Hay muchas posibilidades —respondí con chulería.

—Pues le confesaré algo —dijo sin apartar la sonrisa de su boca—, a pesar de que no me van esos rollos del sado, no me importaría ser su sumiso con tal de disfrutar de su cuerpo —habló con voz ronca, cargada de deseo, y eso me animó a seguir el juego.

—Y si yo le confesara algo. —Hice una pausa, poniendo morritos—. Algo un poco oscuro, algo que es lo que más me satisface. Usted quiere hacerme disfrutar, ¿no?

—Desde luego —aseveró sin dudar.

—Y si le confieso que para obtener placer necesito dolor, tanto infligirlo como que me lo inflijan. ¿Qué me dice a eso?

Marc permaneció en silencio durante unos segundos que se me hicieron eternos. Después me observó, un poco aturdido; no pude aguantar más la risa al ver su cara de desconcierto.

—¿Se está riendo de mí, letrada?

—Un poquito —le contesté, sin parar la risotada.

—¡Uy, uy, uy! —entonó en una exclamación—. Es usted una chica muy mala, y con las chicas malas me veo en la obligación de imponerles un castigo —anunció mirándome de forma provocadora.

—Tenías que haber visto tu cara. —Continué riendo.

Marc volvió a girarme de repente, dejándome debajo de él, y empezó a besarme enloquecido. Su pie empujó una de mis piernas con la intención de separarlas un poco. Bajó la mano por mi costado, serpenteando los dedos como una culebra hasta llegar a mi intimidad. Allí jugó con ellos. Primero por fuera, luego conquistó más terreno hasta sentir el calor de mi profundidad, algo que me sobrecogió de manera impetuosa. Mis caderas se alzaron en respuesta al placer que de nuevo empezaba a proporcionarme.

—¿Te gusta, Cris? ¿Te gusta sentir mis dedos en tu interior? —susurró en mi oído con suavidad.

—Sí... —contesté estremecida, en medio de un jadeo.

—A mí también me gusta. Me gusta oírte jadear y sentir tu humedad; ella me dice lo que provocho en ti, me cuenta tu nivel de excitación. Y estás tan excitada ahora mismo... —Su timbre se encharcó en deseo.

—Sí —la afirmación se deslizó por mis labios de forma lenta y en voz baja.

Marc prosiguió con aquel fascinante ritmo de caricias, desencadenando en mi cuerpo la locura. El placer del que disfrutaba me llevó a volverme ansiosa, a necesitar más... Casi sin darme cuenta, mis caderas estaban moviéndose al compás que Marc iba marcando, conduciéndome al éxtasis de nuevo.

—¡Córrete en mis dedos, preciosa! —dijo con fogosidad.

Escuchar su petición para entregarle mi placer me hizo ser su esclava. Yo carecía de libertad para decidir, mi cuerpo solo estaba a su disposición, no para contradecirle, e hice con gusto lo que me pidió. Marc y sus palabras dueñas de la lujuria y amas de la voluptuosidad lograron hacer que con su última y lasciva frase retumbándome en la

cabeza alcanzara el orgasmo, deshaciéndome entre gemidos y puros espasmos. Me contempló endiosado, estaba claro que le encantaba ver cómo me derretía con el placer que me entregaba. Pero mi placer también le proporcionaba algo más: excitación, mucha excitación. La podía sentir paseándose por mi muslo, rozándose sin ninguna vergüenza en él, tan solo con la única intención de provocarme. Marc deseaba que le entregara de nuevo mi cuerpo para poder sucumbir él a su placer. Y lo logró. Se lo entregué sin reservas, y él supo captarlo enseguida.

—Espérame un segundo, preciosa, ahora mismo vuelvo. —Salió de la cama para coger otro preservativo.

Mi corazón comenzó a dar palmas de alegría pensando en lo que iba a volver a disfrutar, deseando tenerlo dentro de mí con más ansia que la primera vez.

De vuelta, Marc me penetró con rapidez; sin embargo, sus movimientos empezaron con lentitud, justo al contrario de la vez anterior. Pegando las manos a mis pechos, subió el ritmo poco a poco para ser más continuo, aunque sin ser rápido, tan solo profundo. Sin dejar de tener clavada la mirada en mis ojos, sus labios esbozaron una sonrisa que paró la calmada embestidura.

—Me gustaría estar cabalgándote todo un día entero, Cris —expresó con orgullo.

—No creo que lo resistieras —respondí, pensando en la locura que acababa de soltar.

Marc me besó con fuerza, lamiéndome la boca entera, sin dejar ni el más mínimo recoveco de ella por explorar. Mientras lo hacía, a la vez que sus labios me usurpaban todo el aliento, mis brazos le acariciaron la espalda, deslizándose por ella hasta llegar las sedientas manos a posarse justo donde esta terminaba perdiendo su nombre, su increíble y prieto culo.

—Sería un reto, Cris, un maravilloso reto —susurró pegado a mi cara—. ¿No te gustaría probarlo? Pasar veinticuatro horas conmigo debajo de las sábanas.

—Es toda una tentación —afirmé—. Pero volvamos a lo nuestro, continúa con lo que estabas haciendo. Que yo recuerde, aún no hemos terminado.

Marc me besó en la punta de la nariz y me colocó las manos a cada lado de mi cabeza, sujetándolas con las suyas por las muñecas. Yo entrelacé las piernas a sus caderas, aprisionándole contra mi cuerpo, no quería dejarlo escapar y eso a él le encantó, su cara lo delataba. Con la satisfacción del que se siente deseado impresa en el rostro, me golpeó con vigor, sin cesar, subiendo la candencia con rapidez, acercándome al orgasmo por segundos.

—¡Oh, Marc..., Marc...!

—¡Sí, Cris, mírame a los ojos y dame todo tu placer! —exigió con autoridad.

Oyendo su frase que casi sonó a orden, alcancé el clímax. Marc me tapó de nuevo la boca con sus labios mientras yo jadeaba dentro él, llenándole con mis gustosas bocanadas llenas de éxtasis. Y con las réplicas de mi orgasmo coleando aún, noté las convulsiones del suyo. Sus labios se separaron de mi boca para poder jadear con fuerza, y los ojos se le entrecerraron cuando sintió todo el placer que le llegaba.

Apoyó la cabeza en mi frente, sus exhalaciones cargadas de cálido aliento satisfecho me impregnaron el rostro. Volví a sentir toda su intensa vibración en mi interior, y en esta segunda ocasión la sensación obtenida fue más intensa todavía, me gustó aún más que la primera vez. Saber y sentir que aquel hermoso hombre se deshacía una y otra vez en mí me hacía sentir bien, me llenaba de regocijo.

—¡Joder, Cris, qué polvo! —exclamó echándose a un lado, con la respiración todavía acelerada.

—¡Ha sido... bestial! —Soplé, un poco alterada aún.

—Sí..., estoy de acuerdo —aseguró Marc.

Nos quedamos un rato así, en silencio, buscando el ritmo de nuestros desbocados corazones. Y cuando encontramos el sosiego para los cuerpos, Marc volvió a posar la boca en la mía y nos abandonamos en un apasionado beso.

—Por qué no vamos a tomar algo, un poco de picoteo para reponernos.

—Es una buena idea —contesté, y salí de la cama en busca de mi ropa interior.

—Si lo que busca son sus preciosas braguitas creo que no se las va a poder poner, letrada. ¿Ya no recuerda lo que les ha sucedido? —Sonrió con descaro.

—Pues ahora mismo no. No me acordaba —confesé, recordando sus manos retirando de mi piel el encaje roto.

—¡Vaya, qué poco le ha impactado! —se quejó—. Tendré que pensar algo que no pueda olvidar. —Me guiñó el ojo—. Tomé —dijo tirándome una camiseta suya—, póngase eso que la cubrirá de sobra.

Sin dudarle, me puse su camiseta, era lo bastante larga para taparme lo necesario. Marc se cubrió con sus bóxer, bajos y ajustados, que le sentaban fenomenal y que me alteraban la respiración al no permitirme dejar de pensar lo que aquella prenda ocultaba: el arma de placer con la que tan bien dotado estaba. Seguramente por esa razón aquellos bóxer me resultaban tan tentadores, y no solo porque estuviera supersexi con ellos. Aunque de la forma que más sexi lo encontraba era desnudo, sin nada que me entorpeciera la vista a la hora de admirar su bello cuerpo.

Ya en la cocina, Marc sacó un surtido de quesos, pan tostado y salmón ahumado. Me dijo que echase un ojo por la nevera por si me apetecía otra cosa, pero ni me molesté, con aquello me bastaba.

Con una copa de vino rosado espumoso brindamos por la maravillosa tarde, comimos un poco y charlamos de cosas sin importancia. Eso sí, lo hicimos con un considerable tonto que me impedía dejar de reír. Marc era un hombre muy divertido y tenía la habilidad de conseguir que la sonrisa no abandonara mi cara ni un segundo, lograba que me sintiera feliz tanto dentro como fuera de la cama.

—Bueno, letrada —dijo levantándose y viniendo a levantarme a mí—, ahora que hemos repuesto fuerzas creo que no deberíamos perder más tiempo. —Me giró, abrazándome por la espalda, y acercó la boca a mi oído—. ¿Quiere volver a la cama conmigo? ¿La mancillamos una vez más?

—Usted no pierde tiempo, inspector jefe.

—Creí que a ti tampoco te gustaba perderlo. —Me besó por el cuello con ansia.

—Cierto, me ha pillado —contesté alterada, su incitadora boca me estaba desatando—. Lléveme a la cama y hágame disfrutar —le pedí, emitiendo un pequeño jadeo.

—¿Sabe? Me ha costado un poco traerla a mi cama; mejor dicho, muchos días —aclaró—, pero ha merecido la pena. —Me ladeó la cabeza y volvió a besarme deseoso, bajando la mano hasta encontrar lo que quería—. ¡Oh, letrada! —susurró con voz ronca y suave, adentrando la mano en mi intimidad—. Parece que ya está preparada de nuevo para mí, su oasis está encharcado de deseo. No sabe cuánto me gusta eso, porque ahora mismo yo estoy muy sediento —declaró, tirando de mi mano con prisa.

Marc y yo regresamos a la habitación y estampamos nuestros cuerpos en la cama, unidos por las bocas que batallaban con absoluto fervor, revolcándonos por ella una y otra vez, peleando por quién quedaba encima de quién. Al final me dejó debajo de él, atrapada entre los dos muros de acero que eran sus brazos, sin parar de besarme y de recorrerme el cuerpo con sus sedosas manos. Y yo, una vez más, me dejé hacer. Al igual que en una expedición, Marc fue abriendo camino en mi cuerpo a base de trazar una hilera de besos con los labios hasta llegar a mi íntimo rincón, donde volvió a perder su boca. El final de la excursión terminó en mi jardín del Edén, nombre con el que Marc había denominado a mi sexo. Parecía ser un sitio que le encantaba, le gustaba en exceso; y a mí sentir su pasión en él no solo me gustaba, sino que me estremecía de placer de forma inconmensurable.

Llegamos casi a las cuatro de la mañana a mi casa, o mejor decir a la casa de la hermana de Marc. Había pasado un día espectacular, increíble; no recordaba haber disfrutado tanto en toda mi vida, nunca, jamás. Lo que hoy había sentido estando con un hombre era único para mí, y no sería por falta de oportunidades o por escasez de relaciones, si bien nunca había conseguido disfrutar de esa manera. Echando la vista atrás, recordando todos mis encuentros anteriores, tenía que admitir que casi ninguno había terminado en orgasmo. Solo unos cuantos, muy pocos, consiguieron hacerme alcanzar el placer. Aunque ese placer que yo había conocido hasta ahora no era nada equiparable con lo que había sentido con Marc. Si comparaba lo anterior con lo actual eran mundos diferentes, no había nada en común. Hoy había sentido cosas desconocidas para mí hasta el momento, sensaciones que no imaginé pudiera llegar a disfrutar debido a las marcas que el *incidente* había dejado en mi memoria a la hora de estar con un hombre. Pero Marc tenía una forma muy particular de hacer, de decir, de estimular... Y eso cambió mi actitud y consiguió por fin extirparme de la cabeza a don NO, mi aliado y enemigo al mismo tiempo. Y todo ello unido me llevó a vivir el encuentro de forma diferente de la acostumbrada. Siempre había experimentado un

encuentro rápido y sin adornos, mi satisfacción venía después, al terminar, cuando los podía machacar; y a veces incluso antes de comenzar. Y si bien en el último año deseché mis ganas por continuar humillando a los hombres, la forma de proceder en la relación no había variado, continuaba practicando un sexo con escasos preliminares y apresurado. Pero lo de hoy había sido de todo menos rápido y breve. Marc y yo habíamos pasado horas en la cama disfrutándonos el uno al otro, y me sentí fenomenal haciéndolo. Era feliz sabiendo que mi cuerpo hacía vibrar a otra persona tanto como el suyo al mío. Nunca viví el sexo de esa manera, nunca había probado lo de hoy. Pero, además, Marc poseía la habilidad de volverme insaciable. Las horas que había pasado con él en la cama no fueron suficientes para mitigar mis ganas; todo lo contrario, cuanto más placer me daba, más demandaba yo. Sin lugar a dudas, Marc había despertado algo voraz en mí que ni yo misma conocía.

—Bueno, ya hemos llegado —anuncié, bajando de la moto y quitándome el casco.

Marc hizo lo mismo y guardó el mío en una de las maletas. El suyo lo dejó colgado del manillar.

—Me lo he pasado muy bien contigo, Cris —afirmó, cogiéndome de la cintura y mirándome mientras hablaba—. Quiero volver a repetirlo, y sé que tú también lo deseas.

Me quedé callada, contemplando sus preciosos ojos verdes.

—Cris, ¿vas a contestarme? ¿Acaso no te gustaría repetir lo de hoy? —preguntó inquieto.

—Sí. Sí quiero —respondí. Las palabras salieron de mi boca sin ni siquiera pararme a pensarlas—. Lo de hoy ha sido algo increíble, de verdad. —Volví a quedarme callada un momento, aguantándole la mirada—. Pero si vamos a vernos más veces debemos aclarar algunas cuestiones —advertí seria.

—Tú dirás —habló sorprendido.

—Verás, Marc, como ya te he contado, no he tenido ninguna relación sentimental ni la busco ni la quiero, y me gustaría mucho seguir así. No me hace falta nada de eso en mi vida —le expliqué—. Te recuerdo esto porque si quieres que continuemos viéndonos será con esa condición: solo tendremos una buena relación sexual. Nada más que sexo, Marc. Un intercambio de fluidos corporales muy gratificante para ambas partes. Un derecho a roce y en exclusividad —expuse esperando su contestación.

—Yo tampoco he tenido ninguna relación, ni seria ni de ninguna otra forma, te refresco la memoria —recalcó—. Al igual que tampoco es algo que esté buscando, así que por mí no hay ningún problema. Me basta con pasar un día como el de hoy de vez en cuando. Y si puede ser con más sexo, mejor —declaró arqueando las cejas.

—¿Más? —pregunté perpleja, pensando que no habíamos parado en horas.

—Sí, Cris, siempre puede haber más, siempre puede ser mejor —añadió con seguridad.

No sabía si alegrarme o asustarme ante tal afirmación, y de inmediato me cuestioné si Marc era un hombre o una máquina. Anatómicamente yo debería tener más resistencia que él, su miembro necesitaba un descanso, un tiempo de reposo entre combate y combate. Sin embargo, tenía la impresión de que Marc se restablecía de forma acelerada, acortando ese espacio temporal casi de forma temerosa. Era indudable que destacaba en su vigor, despuntaba en el absoluto control que poseía sobre su cuerpo y la suma de ambas cosas resultaba tan fascinante como admirable. De pronto, un repentino impulso me hizo bromear con ello:

—No, si al final voy a tener que creer que puedas estar cabalgándome durante todo un día.

—Pon fecha cuando quieras y comprobémoslo —propuso, ofreciéndome la boca, y lo besé con pasión—. Y aparte de tener sexo creo que también podíamos ser amigos, ¿no opinas lo mismo? —preguntó, posando las manos en mis nalgas y acariciándolas con suavidad.

—Bueno, no mezclemos todo tan rápido, ya iremos viendo eso de ser amigos —repliqué—. Por el momento dejémoslo en tener sexo, cuanto más mejor, como has dicho tú —aseveré, guiñándole el ojo—. Pero será nuestro secreto, Marc —avisé con gravedad.

—Por supuesto. —Sonrió con sutileza.

—Hablo en serio, Marc, esa es otra de las condiciones —observé—. No quiero que nadie se entere de que nos estamos acostando, es una cuestión que solo nos incumbe a nosotros. Si tu hermana u Óscar se enterasen pensarían en algo que no sucederá nunca, nos verían como pareja. Esto solo será sexo —subrayé—, sin sentimientos que añadir, tan solo placer.

—Por mí perfecto —afirmó—. ¿Algo más, letrada? —preguntó, apretando con delicadeza mi trasero sin dejar de sonreír.

—¡No estoy de broma, Marc, solo te pido eso! —Mi actitud cambió por completo—. No creo que sea mucho, pero estas son las reglas si quieres que nos sigamos viendo; si no, aquí acaba todo —concluí.

—¡Oye, no me lo tomo a broma! —protestó—. Pienso igual que tú, Cris, es nuestro juego, somos adultos y hemos acordado una relación sexual, solo sexual. Tema zanjado —contestó, acercándose de nuevo a mi boca, que estaba tan deseosa de mí como la mía de él. Y volvimos a perdernos en un apasionado beso.

—Marc, por hoy vale o no acabaremos nunca —dije al separarme.

—Yo no acabaría nunca con usted, letrada —susurró.

—Pues por hoy se acabó. Otro día más y mejor. ¿Vale?

—Entendido, preciosa. —Se apartó de mí y se montó en la moto—. Intentaré hacer un hueco para el próximo fin de semana, Cris. Estoy un poco liado en el trabajo, pero sacaré tiempo para estar un rato contigo. Mejor dicho, sacaré tiempo para que disfrutemos los dos de nuestros cuerpos tanto o más que hoy. —Sonrió con picardía, con la mirada iluminada.

—Vale, cuando puedas —coincidí—. Hemos dejado claro que no queremos compromisos ni ataduras, solo sexo y diversión, sin más.

De nuevo nos dimos otro beso, esta vez más sosegado. Después Marc se colocó el casco y antes de bajar la visera me guiñó el ojo. Con un rápido acelerón, abandonó el lugar desapareciendo con su moto entre el tráfico.

El lunes llegué al bufete a la vez que Patricia. Venía tomándose un café del Starbucks y se quedó un poco sorprendida al verme.

—Hola, Cristina, qué temprano has venido —dijo con una agradable sonrisa.

—Buenos días, Patricia. Sí, hoy me he levantado pronto. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, no he hecho nada especial, así que tranquilo. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú?

«Si yo te contara cómo he pasado el fin de semana te sacaría los colores, te lo aseguro.»

—Bien, tranquilo, nada especial tampoco —mentí.

—Pues vaya unas juerguistas que estamos hechas las dos. —Nos echamos a reír.

—Sí, llevas razón. Pero al menos yo tengo la excusa de que soy nueva en la ciudad.

—Eso te ha quedado muy peliculero. —Sonrió de nuevo—. ¿Quieres que te prepare un café?

—De acuerdo. Ya sabes, descafeinado, por favor.

—Sí, con un poco de leche templada y dos cucharadas de azúcar. Ya conozco tus gustos, no te preocupes.

—Eres un encanto, de verdad.

—Eso dicen todos —respondió, y nos echamos a reír de nuevo.

Mientras me tomaba el café Ana llegó al bufete y también nos pusimos a hablar del fin de semana. Bueno, charlamos más del suyo, yo le dije que no había hecho nada en especial, igual que le había comentado a Patricia. En verdad no estaba mintiendo, tan solo omitía la realidad, que era distinto.

Después de un agradable rato de conversación, Ana me dijo que quería hablar conmigo sobre un nuevo caso de separación, una vieja amiga de la que se distanció por culpa del marido. Quedamos para tratar el tema en la comida, tenía la mañana ocupada con un cliente y además debía acudir a la notaría. Nos veríamos a las dos en el restaurante de siempre.

Una vez más, a pesar de ser lunes, el día de la semana que menos me gustaba, la mañana pasó rápido; cuando quise darme cuenta eran casi las dos. Dejé todo como estaba, cogí el bolso y me fui corriendo a comer con Ana. Al llegar al restaurante, ella ya estaba esperándome.

—Lo siento, Ana, no me he dado cuenta de la hora que era. Estaba tan liada que he perdido la noción del tiempo.

—No te preocupes, acabo de llegar —contestó, desplegando su magnífica sonrisa—. Pedimos primero la comida y después te pongo en antecedentes, ¿de acuerdo?

—Como tú digas. —Asentí.

El camarero vino a tomar nota de lo que íbamos a comer y en cuanto se marchó, Ana empezó a hablar.

—Verás, Cristina, como te dije esta mañana se trata de una vieja amiga. Éramos amigas desde la infancia, se llama Susana Valdés —puntualizó—. Era una chica encantadora, dulce y muy guapa, pero se enamoró de la persona equivocada, de un verdadero cabrón. —Suspiró—. Todos los amigos nos dimos cuenta desde el primer momento de que era una mala persona. Todos menos ella. Es lo que dicen que tiene el amor, ¿no?, te vuelve ciego —soltó, bastante contrariada—. Cuando se casó la hizo romper con todas sus amistades, la alejó de la familia y la terminó aislando por completo. Solo podía rodearse de la gente que él eligiera, la quería tener bajo su absoluto control. —Movió la cabeza a modo de desaprobación.

—¡Pues menudo cabrón el tío ese! —Resoplé indignada.

—Saúl. El cabronazo se llama Saúl Arias —declaró—. Es un tío con pasta, le viene de cuna, posee muchas empresas en distintos sectores y tiene fama de ser un tirano. Pero mejor centrémonos en lo que nos compete. El caso es que Saúl y Susana hicieron un acuerdo prematrimonial y una de las cláusulas establece que, en caso de separación, si esta se produjera por infidelidad, el acuerdo variaría en función de quien fuese el infiel. Si era Susana, esta no tendría derecho a pedirle nada a Saúl. Nada de nada. Pero, por el contrario, si era Saúl, ella tendría derecho al cincuenta por ciento de todos los bienes obtenidos después de contraer nupcias.

—Por lo que cuentas la separación se debe a una infidelidad, ¿verdad?

—Exacto. —Asintió—. El muy cerdo parece que está liado con otra. —Sopló fuerte—. Ayer me llamó Susana y me lo estuvo contando todo. Todavía no tiene pruebas tangibles, pero sí muchos indicios, demasiados diría yo —opinó—. Le dije que pondríamos a un detective tras él para obtener las pruebas y, de confirmarse, intentaríamos llegar a un acuerdo para no tener que ir a juicio.

—Pero ya hay un acuerdo, Ana, solo tenemos que atenernos al contrato prematrimonial —observé confusa.

—Sí, eso le dije yo a Susana, pero no va a ser tan sencillo. —Zarandeo la cabeza—. Conoce a Saúl muy bien y sabe que hará todo lo necesario para desacreditarla. Incluso compraría testigos para acusarla a ella de infidelidad. Se lo ha insinuado en más de una ocasión cuando ella le ha hablado de separarse. —Hizo un mohín—. Por eso será mejor pillarlo in fraganti e intentar llegar a un acuerdo con él. Además, Susana se conforma con poder vivir tranquila, no quiere nada más de ese cerdo.

—¿Y si él no acepta el acuerdo y no quiere darle nada?

—Esperemos que no sea así, no creo que le gusten los escándalos. Susana está dispuesta a ir a la prensa y contar todos sus excesos, y eso no sería bueno para los negocios —aclaró—. Si él quiere jugar sucio, ella lo hará también.

—¿Sabes? Me dan asco los tíos así, los que se creen que pueden comprar todo con dinero.

—Suele ser así, Cristina. El dinero mueve el mundo, aunque no nos guste, su poder es lo que tiene. —Arrugó los labios.

—¿Quieres que lo llevemos entre las dos?

—Más bien que lo lleves tú, yo te echaré una mano si la necesitas. Estoy hasta arriba de trabajo. Además, confío en ti —contestó, poniendo la mano encima de la mía y apretándola.

—Vale, como quieras. Me pondré en contacto con el detective lo antes posible, en cuanto me des todo lo necesario sobre ese personaje.

Pensé en el canalla de Saúl y en la cantidad de hombres como él que había sueltos por el mundo, el estómago se me revolvió al momento.

—En cuanto lleguemos al bufete te daré todo lo que le hace falta al detective para poder hacer su seguimiento. Muchas gracias, Cristina —añadió.

—Es mi trabajo. —Mis labios trazaron una sonrisa y terminamos de comer.

Al regresar al bufete vi a Patricia salir de mi despacho.

—Te han mandado un paquete, Cristina, lo acabo de dejar sobre tu mesa.

—¿Un paquete? ¿De quién? —pregunté extrañada.

—No sé. —Se encogió de hombros—. No venía ningún remitente. ¿No tendrás algún admirador secreto? —Se rio.

—No me ha dado tiempo para eso. —Me reí con ella—. En fin, ahora veré qué es. Gracias, Patricia.

Nada más abrir la puerta vi la caja marrón con el logo de una empresa de mensajería. No medía más de un palmo de ancha y de alta. Solo ponía mi nombre y la dirección del bufete, pero ninguna información sobre el remitente. Me senté y comencé a abrirla con curiosidad. Dentro había una caja roja y negra con brillos, muy decorada, estaba claro que era un regalo. La saqué para abrirla, encima venía una nota.

Deseo que te gusten, Cris. Pensé en comprar alguna más por si vuelve a poseerme la locura, tú haces que eso ocurra fácilmente. Espero que sean de tu talla, le expliqué a la dependienta como eras y me aseguró que te estarían bien. Si no te compraré otras. Tu poseído, Marc.

El corazón empezó a bombearme fuerte al deducir de qué regalo se trataba, y no me faltó razón. Justo delante de mí tenía tres braguitas de encaje a cual más sexi y provocativa, una de cada color. Blanca, como la que Marc me rompió; fucsia, como el vestido del día que nos conocimos; y la última negra y transparente. Me acaloré recordando cómo había roto mis braguitas y la sensación que experimenté al sentir ese arranque de deseo, y comencé a sonreír como una tonta. Aquel acto de pasión me había sorprendido tanto como gustado y deseaba que Marc lo volviera a repetir, que lo hiciera cuanto antes.

Pensé en la dependienta de la tienda de lencería atendiendo a Marc, seguramente estaría alucinada mientras lo tenía delante y él le explicaba mi constitución para deducir la talla. Me reí imaginando la escena. Seguro que si había más mujeres en ese mismo momento comprando, a más de una le habría alegrado el día la presencia de semejante hombre. Había comprobado el efecto que ejercía Marc sobre el sexo femenino. Si bien no me preocupaba, disfrutaba sabiendo que yo lo poseía mientras las demás soñaban con él, y eso me llevó a recordar nuestro encuentro. ¡Qué hombre! ¡Cuánto me hizo disfrutar! Era lo único que le preocupaba. ¡Y cómo me excitó! ¡Qué manera de provocar, de estimularte, umm! Todo él era pura sugestión. Empecé a mover despacio mi sillón, de izquierda a derecha, recreándome en todos los detalles de esa espectacular tarde. El calor me recorrió con fuerza y comencé a sacar todos esos pensamientos de mi cabeza para ser capaz de trabajar; tenía demasiada tarea esperándome. Guardé la caja de regalo en lugar seguro para que nadie la descubriera e intenté calmarme.

Cogí uno de los acuerdos del caso de Susana y comencé a leerlo, y lo leí de nuevo, y empecé una vez más. Pero nada, no me enteraba, no podía concentrarme, me resultaba imposible. El regalo me había alterado, hizo que recordara todo lo sucedido esa tarde y ahora no podía pensar en otra cosa que no fuesen nuestros cuerpos entregados a un frenesí desbordado. El uno sobre el otro, el sudor, el aliento, los jadeos... Me estaba excitando. Fui al aseo un momento y me refresqué un poco la nuca, tenía que enfriar los pensamientos. Al regresar al despacho creí que debía mandar un *whatsapp* a Marc para agradecerle el regalo, era lo mínimo. Pero mi libido no se calmaba ni bajo el agua, de modo que, como no me centraba en el trabajo, decidí que quería seguir el juego tan particular que Marc había iniciado. Busqué en mi mente durante un rato algo sugerente para escribirle. Al fin me llegó la inspiración y con una pícaro sonrisa tecleé la pantalla táctil del *smartphone*.

Muchas gracias, inspector jefe, son muy bonitas, pero me ha dejado un poco decepcionada. ¿Solo piensa rompérmelas tres veces? Tenía unas expectativas más altas en usted. Había creído entender que le volvía loco.

No paraba de sonreír pensando en la cara que Marc pondría al leer el *whatsapp*. Apenas habían pasado dos minutos cuando el teléfono emitió un zumbido, indicando una respuesta.

¿Qué voy a tener que hacer con usted, letrada? Cuánto le gusta provocarme, y lo peor es que siempre lo consigue. Voy a tener que castigarla de alguna forma si continúa así. Me decepciona que tenga tan poca confianza en mí, creí dejarle claro el otro día que solo quiero vivir para hacerla disfrutar. Es mi cruzada personal.

¡Vaya, quería jugar! Pues mira por donde yo hoy estaba muy juguetona. Su regalo había ayudado a despertar mi lado más travieso.

¿Y cómo piensa castigarme? ¿Acaso me dejará sin sexo? Porque

si es así le diré que, aparte de que eso ya lo he leído en alguna novela, no es solo un castigo para mí, sino también para usted.

Marc no contestaba y me quedé un poco preocupada pensando si podía haberle molestado algo de mi mensaje, al fin y al cabo, apenas lo conocía. Aunque tenía la sensación de que le gustaba provocar tanto como que lo provocasen. Iba a mandarle otro *whatsapp* cuando Óscar, como cada tarde, vino a hablar conmigo.

—Hola, Cris —me saludó—. Ana me ha dicho que vas a llevar un caso de separación de una amiga suya.

—Sí, se llama Susana y está casada con un cabrón. Un tal Saúl Arias —comenté.

—¿Saúl Arias?

—Sí, así es. ¿Lo conoces? —le pregunté.

—De vista —respondió—. Pero he oído muchas cosas de él. Tiene fama de ser un hijo de puta sin escrúpulos en el mundo de los negocios.

—Creo que lo de ser un hijo de puta lo lleva a más ámbitos de su vida —afirmé enojada.

—Sí, llevas razón. —Asintió—. También tiene fama de ser un picha brava. Dicen que no hay tía que se le resista.

—Lo que no entiendo es por qué un tío así se casa, de verdad, no lo entiendo —solté enojada, me exasperaba la actitud del tal Saúl, aun sin conocerlo, y me llevaba a sentir pena por su mujer.

—Pues porque se encapricharía y querría hacerla suya al igual que hace con las empresas —explicó con calma—. La gente así no acepta un no por respuesta, al igual que no toleran que alguien les ponga condiciones para negociar. Ahora su mujer ha pasado a ser un pasivo en su vida y necesita desprenderse de él. Es solo cuestión de poder, Cristina, de saber que puedes conseguir lo que quieres y cuando quieres. Y también puedes desecharlo de la misma manera. ¿Lo entiendes?

—Sigo pensando que es un cerdo y un cabrón —aseguré—. La gente así me pone enferma.

—Ya lo sé, y opino igual que tú —convino—. Si en algún momento necesitas ayuda, pídemela. —Me pellizcó la mejilla.

En ese momento mi *smartphone* emitió un zumbido indicando la entrada de un *whatsapp*, e imaginé que sería de Marc. Los nervios se apoderaron de mí teniendo a Óscar a mi lado, porque no me gustaba ocultar ni mentir, pero la situación lo mandaba.

—Te ha sonado un mensaje en el móvil —dijo Óscar señalándolo.

—¡Oh, sí, ahora lo miro! —respondí, sin darle importancia—. Muchas gracias por tu ofrecimiento, Óscar.

—De nada —contestó, y abandonó el despacho.

Nada más irse Óscar miré el teléfono, comprobando que era la respuesta de Marc.

Se me ocurren varias formas de castigarla y yo no me quedaría sin sexo. Y a lo mejor usted tampoco.

Sonreí sin remedio y contesté al instante. Estaba deseosa de seguir con aquella conversación que no paraba de alimentarme.

Por favor, ilústreme con su sabiduría porque a mi cabeza no se le ocurre qué clase de castigo puede tener usted en mente.

De nuevo Marc tardaba en responder y yo permanecía allí, sin apartar la vista de la pantalla, como una cría. Al fin vi que estaba escribiendo y los nervios se me acumularon en el estómago esperando que aquella conversación entrara en mi teléfono.

No tenga la menor duda de que pienso ilustrarla en todo. El próximo día que nos veamos tendremos esta conversación pendiente y decidiré qué hago con usted. Ahora mejor dejarlo aquí. Tengo una reunión en breve y ya sabrá usted lo que ha conseguido levantarme, aparte del ánimo. Necesito un poco de calma para aplacar este deseo. Estamos en contacto. Un húmedo beso para la parte de su cuerpo que usted prefiera, letrada.

Un sofoco circuló por todo mi cuerpo imaginándome su húmedo beso, no por una parte de mí, sino por todas. Por todas y cada una. Y empecé a acalorarme. Parecía imposible, pero Marc lograba alterarme hasta a distancia.

«Por favor, Cristina, piensa en otra cosa, cambia de pensamientos tienes mucho trabajo, joder.»

Me repetí la misma frase sin parar una y otra vez, hasta que al final conseguí encerrar a mi libido, aplacarme y centrarme en todo lo que tenía acumulado encima de la mesa.

El miércoles amenazaba con ser un día muy ajetreado y no me equivoqué. Tuve tres reuniones con clientes, salí a la notaría, el detective vino a verme y, entretanto, Patricia no paraba de pasarme llamadas de clientes pidiendo citas. En fin, un día bastante estresante que comenzaba a pasarme factura; empezaba a estar un poco saturada.

Casi a las seis de la tarde no podía más, necesitaba un pequeño descanso y decidí salir un momento del despacho para ir a la sala de relax a tomarme un refresco cargado de cafeína. De vuelta, estando abriendo la puerta, mi *smartphone* sonó. El corazón se me aceleró pensando que podría ser Marc, pues el fin de semana se acercaba. Un fuego me recorrió las entrañas mientras me acercaba a la mesa. Miré la pantalla y comprobé, para mi decepción y sorpresa, que era mi madre. Me extrañó que lo hiciera a esas horas sabiendo que aún estaría en el bufete, nunca solía llamarme durante la jornada laboral.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —preguntó.

—Bien, mamá, con mucho trabajo, pero bien —respondí—. ¿Y tú qué te cuentas?

—Tengo una sorpresa para ti que espero te guste —declaró con emoción.

—Sí, ¿cuál? —interpelé, alegrándome de notarla tan contenta.

—¡Voy a verte este fin de semana! —exclamó en un grito—. ¡Estoy deseando darte un abrazo!

—¡Qué sorpresa, mamá! —anuncié con ilusión—. Lo vamos a pasar muy bien, ya verás. Te enseñaré Madrid... Bueno lo poco que he visto yo, claro. —Me eché a reír—. Podíamos ir al teatro, a ti te encanta.

—Sería genial, pero tampoco quiero trastocarte mucho, cariño. Con estar contigo me conformo —dijo con ternura.

—¡Qué dices, mamá! Además de vernos podemos pasarlo bien. Buscaré una buena obra y sacaré las entradas. ¿Vale?

—Como quieras, hija —respondió.

—¿Cuándo llegas? —pregunté con impaciencia.

—El viernes, a eso de las ocho de la tarde llegaré a Madrid. Voy en tren —puntualizó—. Ya sabes que no me hace mucha gracia volar.

—Sí, mamá, sé que tú y el avión sois incompatibles. Pero tampoco vas a tardar tanto en tren, y yo estaré esperándote en la estación como un clavo —le avisé—. Y ahora, sintiéndolo mucho, me veo en la obligación de dejarte, tengo acumulación de trabajo. Que tengas un buen viaje, mamá, nos vemos pasado mañana. —La emoción por la noticia me embargó.

—Adiós, cariño.

—Adiós.

Cuando colgué no pude reprimir el llanto. Tenía muchas ganas de estar con ella, de sentir su abrazo, su apoyo, e incluso echaba de menos sus sermones, por muy disparatado que pareciera. Suspiré profundamente y enjuagué las lágrimas intentando tranquilizarme un poco. Entonces, cuando casi lo había conseguido, Marc apareció en mi mente con fuerza. ¿Y ahora qué iba a hacer con él? No podíamos quedar, no podríamos vernos. Al pensarlo me entristecí. Tenía tantas ganas de volver a tener un encuentro con él que no era capaz de quitármelo de la cabeza. Después de habernos acostado estaba aún más obsesionada que antes. Era tan bueno en la cama y había despertado la pasión en mí de una forma tan novedosa que ansiaba volver a disfrutarlo cuanto antes. Necesitaba sentir su placer en mi cuerpo tanto como un pez precisaba del agua para vivir o una cometa del aire para volar.

En tan solo unos minutos mi cabeza se convirtió en todo un mar de confusión. Por un lado me sentía muy feliz de poder volver a estar con mi madre, pero por otro triste al saber que no iba a verme con Marc. Una extraña mezcla de sentimientos que me perturbaban mucho, inundándome de alegría y pena al mismo tiempo.

Escuché a alguien por el pasillo y al momento la puerta de mi despacho se abrió. Óscar entró canturreando sin parar y se sentó encima de la mesa. Me encantaba verlo así de feliz.

—Me voy, Cris —me anunció con una deslumbrante sonrisa.

—¿No es muy pronto?

—Sí, pero hoy me voy antes —respondió sin dudar—. Voy a llevar a Marta a ver un musical y a cenar. Ella no lo sabe, es una sorpresa —susurró, como si ella pudiera oírnos—. No la esperes esta noche en casa, dormirá en la mía.

—Genial. Pasadlo muy bien. —Le di un golpecito en el hombro—. Yo también te quería decir una cosa, mi madre ha llamado hace un rato y me ha dicho que viene a verme este fin de semana.

—¡Estupendo! —exclamó feliz—. Tengo muchas ganas de volver a ver a Beatriz. ¡Oye! Podíamos comer los cuatro el domingo. Conozco un restaurante muy acogedor donde cocinan de maravilla, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto. —Asentí—. Yo la voy a llevar el sábado al teatro, ya sabes cuánto le gusta —le recordé—. Miraré en internet a ver qué obras hay en cartelera y sacaré las entradas.

—Me parece muy buen plan, el mejor. —Sonrió—. Yo llamaré mañana para reservar mesa. Y ahora me voy, no quiero que se me haga tarde.

Óscar me dio un beso en la frente y se marchó canturreando otra vez.

Al llegar a casa estaba tan cansada que no me apetecía ni cenar, había sido un día duro, tanto de trabajo como de emociones. Me duché, me puse el pijama y me tiré en el sofá a ver un rato la televisión, pero no había nada que me entretuviese y terminé dejando un canal de vídeos musicales, a ver si con ellos la mente se me despejaba un poco.

Pensé de nuevo en Marc. Debía decirle que no podíamos vernos este fin de semana, y cuanto antes lo hiciera mejor. La visita de mi madre había cambiado todos los planes y ahora no sabía cuándo nos podríamos volver a ver. Mi estado de ánimo se vino abajo y la angustia me atrapó. Mi deseo por sentir otra vez el cuerpo de Marc encima del mío era inmenso. Si bien nuestra próxima aventura quedaba ahora en el aire, y el solo hecho de pensarlo me desconsolaba. Con un nudo en la garganta, cogí el móvil y comencé a escribirle un *whatsapp*.

Hola ¿qué tal? No podemos quedar este finde, mi madre viene a verme. Me tendrás que ilustrar y castigar en otra ocasión. Lo siento.

Miré el teléfono esperando una respuesta que no llegaba, y lo volví a dejar encima de la mesa para continuar viendo la televisión junto con mi desánimo. Al cabo de unos minutos, el *smartphone* comenzó a sonar. Era la respuesta que esperaba, la respuesta de Marc.

—Hola, Marc. ¿Qué tal?

—Bien, Cris. ¿Y tú?

Mi corazón se agitó con solo escucharle.

—Pues aquí tirada en el sofá viendo un poco la tele. Esta noche estoy sola, no tengo compañía. Tu hermana se ha ido a ver un musical y a cenar con Óscar, ni siquiera va a dormir aquí hoy —le expliqué—. ¿Y tú qué haces?

—Estoy en comisaría, aún no he terminado el turno —respondió.

—¿Te queda mucho todavía?

—No, algo menos de una hora —dijo con un tono de voz apagado.

—Te noto un poco serio.

—Serio no, quizá desilusionado. —Suspiró con fuerza—. Estaba ansioso porque llegase el viernes, por pasar juntos un buen rato, tenemos algo pendiente y no podía pensar en otra cosa. —Chasqueó los labios—. Pero ahora todo ha cambiado y no sé si podré aguantar tanto sin pasar un rato a solas contigo, Cris. —Sonó desolado.

—Yo también lo siento, Marc. Tenía muchas ganas de estar contigo, créeme. Deseo con ansia volver a sentirte dentro de mí...

—No sigas, Cris —me interrumpió—. Estoy en el trabajo y estás provocando algo en mí. Ya sabes a lo que me refiero.

—Creo que sí —hablé entre risas—. Bueno, tendremos que ponernos al día la próxima vez que nos veamos, ¿no?

—¡Oh, eso me suena a promesa, letrada! —exclamó con regocijo.

—Por supuesto, inspector jefe. Y yo también las cumplo siempre, no lo dude —añadí con chulería—. Estamos en contacto, ¿vale?

—Desde luego. Hasta pronto, preciosa.

Sentí un atroz desasosiego al colgar. No dejaba de pensar que no podría disfrutar del cuerpo de Marc, de sus manos, de sus labios..., de todo él. Recordé sus besos. Marc besaba muy bien. Sus besos contenían pasión, deseo, control y dulzura, pero todo en sus correctas medidas. Eran una maravilla.

De repente, Iván apareció en mis pensamientos. Iván fue el chico que me dio el primer beso, si bien ese hecho era mejor mantenerlo en el olvido. Cuando sucedió yo tenía diecisiete años y él uno más, y estábamos en la fiesta de cumpleaños de una compañera del instituto. Empezamos a hablar, a beber, y cuando quise darme cuenta sus labios estaban pegados a mi boca. No me importó porque era muy guapo y estaba un poco pillada por él, así que le respondí. A pesar de no ser la cavidad bucal grande, nuestras lenguas tenían espacio de sobra para jugar al escondite y no encontrarse, apenas se rozaron un par de veces. Iván la movía tan veloz que sirvió más como cepillo dental para limpiarme dientes y encías que para cualquier otra cosa. Me desilusionó mucho ese primer beso y no volví a repetir hasta los diecinueve años. Esta vez fue con el maldito bastardo, con el ser que cambió mi vida; y él, para mi desgracia, sí me besó muy bien. Después de él besé muchas otras bocas; no obstante, debo reconocer que siempre intentaba esquivarlas al máximo. Había hombres con los que era más fácil hacerlo, que querían ir al grano y no perderse mucho por el camino en entretenimientos. Con esos no había problema. Sin embargo, también estaban los besucones. Con esos debía sortear su boca todo cuanto podía, y lo mejor para conseguirlo era bajar a su cuello y besarlos en él, así amortiguaban las ganas por mis labios. Y sobre todo, ser yo la que estuviera encima de ellos, eso me dejaba manejar la situación al cien por cien; y a todos les gustaba.

De nuevo pensé en Marc y su forma de besar. Él era de los besucones, de los que les gustaba saborear tu boca y todo su interior con mucha frecuencia, de los que yo siempre intentaba torear como podía. Con él, en cambio, deseaba buscarla y que él viniese a por la mía todo cuanto quisiera. Su maravillosa forma de besar, su carácter a la hora de hacerlo, me hacían ansiar su boca todo el tiempo.

De pronto, un sonido me despertó. Me había quedado dormida en el sofá y no tenía la menor idea de qué había escuchado. Incorporándome despacio, esperé a ver si lo escuchaba de nuevo, y otra vez sonó, era el timbre de la puerta. ¿Quién narices podía ser?, me pregunté a mí misma, mirando el reloj, eran poco más de las once y

dudé qué hacer. ¿Abría la puerta o no? El móvil sonó en ese mismo instante y observé en la pantalla que era Marc de nuevo. Descolgué mientras me encaminaba hacia la puerta, dudosa todavía de si abrir o no.

—Hola, Marc.

—Hola, Cris, estoy en la puerta de tu casa. ¿Me puedes abrir?

¡Era Marc el que estaba llamando! De inmediato los nervios se adueñaron de mí.

—Sí, ahora mismo.

Antes de abrirle me detuve un momento en el espejo de la entrada a colocarme el pelo. ¡Vaya pinta tenía! Llevaba un pijamita de *short* y camiseta de tirantes. ¡Qué imagen, por Dios! Pero no había tiempo para cambiarme, debía abrir la puerta. Además, estaba deseosa de verlo.

—Hola, Marc, ¿qué haces por aquí? —pregunté, quedándome una vez más impactada con su belleza. Era tan guapo que me dolía el pecho al mirarlo.

—Hola, Cris —dijo, paseando la vista de arriba abajo por mi cuerpo—. Siempre estás guapísima.

—Sí, sobre todo con el espectacular traje de noche que llevo ahora mismo —respondí con ironía—. Pero pasa. —Le indiqué con la mano.

—Vuelvo a reiterarme, siempre estás guapa, lleves lo que lleves, y aún mejor cuando no llevas nada —habló mirándome a los ojos con sugerencia, alterándose como de costumbre, y cerré la puerta—. He venido porque no podía controlar mis ganas de verte. Me estaba volviendo loco pensando que no te vería este fin de semana, que no podría estar entre medias de tu cuerpo. Me dijiste que estabas sola y... aquí estoy.

—Me alegro mucho de que hayas venido, yo también tenía muchas ganas de verte —contesté, pensando que en verdad me moría por hacerlo.

Sin añadir nada más, los dos nos quedamos quietos en el pasillo, mirándonos fijamente. Sentía una atracción fuerte, desmedida, hacia Marc. Nunca antes alguien había provocado nada parecido en mí. Al revés, era yo la que persuadía a los hombres para tenerlos a mi merced, para utilizarlos, pero con él todo era diferente. Solo mirarme con sus hermosos ojos verdes le bastaba para atraparme bajo su influjo. Me atraía de una manera con ellos que llegaba a intimidarme. Me turbaban tanto como me excitaban, una rara combinación de inquietud y exaltación.

Gobernados por el silencio, continuábamos fijos en nuestras miradas. Marc se acercó despacio, entretanto mi espalda buscaba el apoyo de la pared. Me quedé pegada a ella, inmóvil, sosteniendo su mirar, que estaba devorándome en ese instante. Sus ojos consiguieron alterarme la respiración, desbocarme el corazón y mandar sobre mi cuerpo; esa capacidad de dominio tenían sobre mí.

Con delicadeza, Marc deslizó la mano por mi hombro hasta llegar a la cadera, ese simple contacto me hizo temblar, me contrajo las entrañas. La palma de su mano terminó posándose en mi sexo, y él gimió. Era un gemido de placer inmenso que me erizó toda la piel.

—¡Joder, Cris, esta maravilla que tienes entre las piernas me va a hacer perder la cordura! Soy incapaz de pensar en otra cosa, preciosa.

Marc susurró las palabras a escasos centímetros de mi boca, elevando mi excitación con presteza. Aspiré el fresco olor de su aliento y el sensual aroma de su piel, todos mis sentidos se rociaron de deseo con su estimulante fragancia y sumando su varonil tono de voz. Me embriagué con toda la mezcla de sensaciones que se agolpó en mí, haciéndome estremecer.

—No he podido quitármelo de la cabeza ni un momento durante estos días —aseguró, emprendiendo su mano unas delicadas caricias con la idea de aumentar mi excitación—. No consigo concentrarme, Cris, solo puedo pensar en poseerte. En poseerte mil veces y de distintas formas. Me acuesto excitado, pero me levanto peor porque me paso toda la noche soñando que estoy dentro de tu cuerpo, sin parar de darte placer, escuchando tus orgasmos. No puedo aguantar más este suplicio, necesito tenerte otra vez. —Apoyó la frente contra la mía y suspiró con fuerza.

Me dejó sin habla. Quería decirle que a mí me ocurría algo similar, pero las sinceras y fogosas palabras de Marc me excitaron tanto que me dejaron muda. Solo podía respirar aceleradamente por lo exaltada que estaba y por la proximidad de sus labios a mi boca. Me besó embravecido y yo le respondí casi con violencia, llevada por el alto ardor al que me estaba sometiendo. Nos lamimos entre suspiros de deseo, deslizando nuestra cálida y enardecidora saliva por las bocas. Pero su boca decidió abrirse paso por mi cuello y la lengua actuó como un látigo, flagelándolo sin piedad, usurpando con cada húmedo azote que realizaba en mi piel cualquier resquicio de calma y sosiego. Sentí su firme pasión, atesorada en los pantalones, friccionarse por mi cuerpo, excitarnos más a ambos; y regresó al punto de partida, volvió a comerme la boca totalmente desatado.

—Me vas a volver loca, Marc —conseguí por fin hablar, aunque apenas sin aliento, su boca me lo robaba.

—No, tú me vuelves loco a mí —afirmó, separando sus labios unos milímetros de los míos—. No puedo pensar en nada que no seas tú, que no sea tu cuerpo. Te deseo a todas horas, a cada minuto, no he deseado hacer mía a una mujer con tantas ansias en mi vida.

—Yo deseo tenerte dentro de mí siempre. Jamás me había ocurrido algo así, nunca.

—Entonces tenme dentro de ti todo cuanto puedas, preciosa. Los dos deseamos lo mismo.

Despacio y sin decir nada más, Marc bajó hasta mi sexo. De rodillas, sin apartar su mirada de la mía, lo besó por encima del *short*. Mi cuerpo tembló al notar sus magníficos labios encima de él, a pesar de la distancia que oponía la ropa. Él percibió cómo vibraba en respuesta y los bajó con lentitud, admirando mi intimidad, su paraíso. Besó con gran delicadeza mi monte de Venus entre suaves suspiros, provocando que mi cuerpo entero jadease. Elevó mi pierna, la apoyó en su hombro y

se perdió en mi rincón, tan deseoso por su boca como el sediento del agua. Mi cuerpo se derretía mientras lo sentía recorrerme con su sedosidad, que me inundaba de húmedo calor; mis caderas se movían a su ritmo, sin parar de ondearse para recibir más de su estupendo placer; mi ser al completo le respondía agradecido por cuánto me hacía disfrutar. Mis manos se colaron por su cabello para absorber los movimientos de su cabeza. Quería empaparme del arrebatado y frenético deseo, de la vibrante pasión, casi enloquecedora, que sentía Marc en ese momento por mi cuerpo. Me perdí en medio de gemidos, sin parar de escuchar la gran velocidad a la que me palpitaba el corazón. Iba tan rápido, que su desbocado latir fluía con brío por todo el torrente sanguíneo, golpeando con energía la sien.

—No pares, por favor —susurré, sintiendo la oleada de deleite llegar a mi cuerpo, todo un caudal de placer desbordado.

Apoyé las manos en los hombros de Marc para no desplomarme allí mismo. Había perdido la fuerza entre espasmos temblorosos y jadeos roncós sin apenas aliento. Él me sujetó, a la vez que su boca perfilaba una sonrisa de triunfo al mirarme.

—Me encanta sentir tus orgasmos. No puedes ni imaginar cuánto me gusta, Cris. Me maravilla tenerte en mi boca. —Me acarició la mejilla.

—A mí también me gusta mucho sentirte, nunca me canso —confesé.

Nos besamos con ansia, arrebatadamente, con desesperación. A continuación, y sin mediar palabra, Marc me cogió de la mano y me llevó hasta la mesa del salón. Apartó deprisa las cosas que había encima de ella y me pidió tumbarme bocabajo.

—Cógete a ella así —explicó, posando sus manos encima de las mías, cerrándomelas en el borde de la mesa.

Me dejó con los brazos en cruz, ofreciéndole todo mi trasero, y me separó con delicadeza las piernas con su pie. Apartándome con los dedos la corta melena de la cara, se acercó a mi oído.

—Cuando te penetre quiero que subas tus pies encima de los míos, estarás más cómoda; cuestión de altura. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Asentí con la cabeza a la vez.

Marc se apartó de mí, poniéndose justo detrás, donde no podía verlo, pero percibí que se estaba desnudando.

—¿Cómo quieres hacerlo, Cris? Me refiero a cómo te gusta. ¿Suave o fuerte? Verás, te pregunto esto porque el otro día hubo de todo un poco, tanteaba el terreno. Sin embargo, necesito saber qué es lo que te gusta para poder satisfacerte al máximo.

Me quedé callada sin saber qué decir. Nunca, jamás, un hombre me había preguntado cómo quería hacer sexo con él. Entre otras cosas porque yo era la que siempre llevaba la batuta en los encuentros, yo decía qué se hacía y qué no, yo mandaba. Pero ahora Marc me solicitaba elegir cómo quería practicar sexo con él, y eso también era algo novedoso para mí. No sabía qué contestar. ¿Acaso yo sabía cómo me gustaba? Tenía claro que lo del otro día me encantó, quería más así. Aunque si me estaba preguntando sería porque aún no había probado todo su repertorio.

—¡Vamos, Cris! No es una pregunta tan difícil. —Se tumbó encima de mi espalda para llegar al oído—. ¿Quieres sexo dulcificado o te gusta algo más atrevido y picante? ¿Quieres delicadeza o sentirme en lo más profundo de tu ser? Elije, preciosa, pero hazlo ya.

—Lo segundo —contesté sin pensar más.

—Chica inteligente, letrada. El mejor sexo y el que más domino es ese, el salvaje, el que practicaremos —aseguró con orgullo—. En cuanto al lenguaje, ¿cómo lo prefieres?

—¿Qué quieres decir? —pregunté extrañada.

—Quiero saber qué te gusta oír. Si prefieres un lenguaje más obsceno o no. Si te excitan las palabras encendidas y subidas de tono.

—No sé, de verdad —dudé—. Pero ¿vamos a hacer un cuestionario o a echar un polvo? —me quejé.

—Está claro que lo segundo —afirmó—. Pero a mí no me gusta echar un polvo cualquiera, sino un buen polvo, uno que te haga desear otro al momento —aclaró con tono seductor—. Por eso me gustaría saber qué es lo que más te excita, Cris, qué es lo que te lleva a perder la cabeza, lo que te hace ansiar por alcanzar tu orgasmo. Quiero estar seguro de darte lo que buscas y quieres y no decepcionarte.

—Y a ti ¿cómo te gusta hacerlo?

—A mí me gusta follar como si mi vida dependiera de ello, entregarme entero, darlo todo. Y me gusta explicar antes lo que voy a hacer, para no pillar desprevenida a la otra parte.

—Hombre, no creo que sea necesario explicarlo, puedo imaginármelo. —Sonreí. La respuesta me resultó graciosa.

—Seguro. Pero a mí no me vale con que lo imagines, yo quiero que lo conozcas de antemano al detalle. Por eso te preguntaba lo del lenguaje, no quiero decir nada que te parezca desagradable en lugar de excitable.

—Pues empieza, dame una pequeña muestra. A ver qué me parece.

—Entonces, ¿te cuento lo que pienso hacerte? —susurró en mi oído, con un timbre de voz tan varonil y embriagador que me excitó al momento.

—Sí.

—Verás, Cris, voy a penetrarte profundamente, voy a embestirte una y otra vez hasta que notes mi duro y ansioso miembro en tus entrañas. Aunque también puedo utilizar otro nombre para dirigirme a esa parte de mi anatomía, otro más vulgar que creo imaginarás, muy usado a diario y que yo nombraré siempre que a ti te guste oírlo.

—Así está bien —respondí alterada, pensando en la palabra que Marc tenía en mente, con la que cualquier hombre habría llamado a su miembro.

—Entonces, empleando un lenguaje más sutil, te diré que voy a colmar tu húmedo y fogoso paraíso que tanto me gusta —dijo susurrando, empezando a acariciar mi sexo en ese mismo instante, algo que me hizo temblar de gusto—. No

pienso parar de cabalgarte hasta oírte gemir fuerte, hasta que tu cuerpo me diga que has alcanzado tu maravilloso orgasmo. En verdad ese es mi único cometido, hacer que vibres, y voy a cumplirlo con creces. Pienso darte tanto placer, Cris, que desearás correrte como nunca.

Su mano se apartó de mi intimidad y él se levantó de mi espalda. Yo me sentía tan excitada en ese momento que el corazón no me latía, me galopaba.

—¿Te ha gustado mi explicación?

—Está perfecta tal cual. Ahora llévala a cabo, ¡ya! —le exigí.

—Veo que te ha gustado tanto como a mí y que estás igual de desesperada por empezar como yo. Así que, por favor, agárrate a la mesa con todas tus fuerzas y comencemos de una vez, ¿vale?

—Sí —contesté con rotundidad.

Mi piel se erizó con su descriptiva y encendida explicación que me llevaba a fantasear con ese momento. Por no mencionar lo que había ocasionado en mí la caricia de sus dedos en mi intimidad.

Escuché con claridad el rasgar de la funda de aluminio del preservativo, estábamos a punto de empezar. Mis carnes temblaban ante una espera que se me hacía eterna, las palabras «voy a penetrarte profundamente, no pienso parar de cabalgarte y desearás correrte como nunca» me taladraban el cerebro elevando más mi álgida excitación. Al fin noté que se acercaba y la respiración se me agitó. Las manos de Marc se posaron en mis nalgas y las masajéo con sutileza antes de que su vigor entrara poco a poco en mí. Un ligero dolor me llevó de inmediato a subir los pies encima de los suyos, tal y como me había aconsejado.

—Muy bien, Cris, ¿estás cómoda o te molesta?

—Ahora estoy mejor —contesté, sintiendo el dolor suavizarse instantáneo.

—Ten en cuenta que con esta postura se alcanza una mayor profundidad. Si te hago daño, dímelo.

—Vale —musité, con la voz temblorosa.

Marc se movió despacio dentro de mí, pero con suma profundidad. El dolor se disipó por completo dando paso al placer, que hizo acto de presencia enseguida. Escuchando mis incipientes jadeos anunciadores de cuánto disfrutaba, Marc comenzó a moverse con intensidad, subiendo el ritmo de su cabalgada por segundos mientras mis cachetes no paraban de moverse con cada uno de los golpes. Me encantaba escuchar el ruido seco que producía el choque de nuestros cuerpos, eran golpes de deseo que generaban ruidos de placer, era fascinante. Me sujetaba con tal fuerza a la mesa para recibir sus arremetidas que las manos comenzaban a dolerme; aunque no me importaba, era mil veces mayor el placer que recibía que el dolor soportado. Experimenté una sensación gloriosa, casi celestial con esa montura, llegué a pensar que podía morir en ese mismo instante por tanto como estaba disfrutando. El ritmo y volumen de mis jadeos subían de intensidad con premura.

—¡Córrete, Cris! —exclamó, sujeto a mis caderas con fuerza—. Prémíame con

otro de tus magníficos orgasmos.

Instantes después mis gemidos colmaron toda la habitación, hicieron comprender a Marc que mi orgasmo acababa de llegar. En medio de mis bruscas convulsiones, él expulsó todo su deseo, llenándome con sus espasmos desacompañados y los exaltados jadeos reveladores de la llegada del placer. Su cuerpo se apoyó en mi espalda, apretándose con fuerza. Su desbocado corazón latía veloz e intentaba calmar la respiración tanto como yo la mía; algo que *a priori* parecía más fácil de lo que en realidad era. Nos quedamos un momento así, él encima de mi espalda y yo bocabajo en la mesa, esperando que nuestros cuerpos se sosegaran.

—Lo has hecho muy bien, Cris —susurró en mi oído, acariciándome el tímpano con su viril voz—. Te has sujetado con fuerza a la mesa y me has regalado otro de tus increíbles orgasmos. Eres maravillosa, gracias. —Me besó en la mejilla.

—Gracias a ti que me has hecho tocar el cielo, Marc, te lo aseguro. —Suspiré.

—Me alegra oír eso, porque es lo único que quiero conseguir.

Marc se separó despacio de mí y me ayudó a incorporarme. Me dejó apoyada en el borde de la mesa y, abriéndose hueco entre los muslos para meter su cuerpo, me besó. Me abrazó fuerte mientras lo hacía, deslizando la punta de los dedos por los costados de mi espalda, logrando que un fuerte escalofrío me recorriera el cuerpo, me erizase la piel al sentir su satinado roce. Al separarnos, se marchó un momento al baño. No necesitaba preguntarme dónde se encontraba, conocía bien la casa de su hermana.

Al regresar, yo seguía apoyada en el borde de la mesa, sentía una inmensa debilidad para moverme. Marc se quedó mirando mi camiseta malva de tirantes, observando cómo los pezones se elevaban por debajo de ella, prietos y abultados, pero sobre todo anhelantes. Añoraban su contacto, el roce de sus aterciopeladas manos y por supuesto la calidez y humedad de su boca. Con suavidad, la retiró despacio dejando al aire mis pechos desnudos, admirándolos, rodeándolos con las manos sin apartar la mirada de ellos. Acercó la boca a uno, su satinada lengua danzó por él de manera experta, con una excesiva maestría. Mi cuerpo comenzó a responderle de inmediato, de nuevo palpitaba de deseo.

—Llévame a tu habitación, Cris, por favor —susurró.

Marc quería continuar y yo no me lo podía creer. ¿Era un hombre? ¿Era humano? ¿O solo era insaciable? Ni idea. No sabía cuál era la respuesta que definía el comportamiento tan hambriento de Marc, pero estaba claro que de seguir así igual terminaba disolviéndome en orgasmos. Aunque qué mejor manera de descomponerse que a base de placer. Así que por esa conclusión decidí que quería seguir probando a Marc. Tenía ganas de él y de experimentar hasta dónde podía llegar con su entrega. Sentía una extraordinaria curiosidad por saber cuánto podía hacerme disfrutar.

Al entrar en mi habitación, Marc esperó a verme entrar en la cama. Luego se acercó a mí, buscando todas mis curvas para pasar su ardiente boca por ellas. Me abrasaba con su fogosidad, mi cuerpo vibraba con sus caricias, se estremecía con su

llameante contacto, con la cálida estela de fuego que dejaba el rastro de su lengua por mi piel. Una vez más insistió en mi sexo hasta deshacerme en su boca. Hasta hacer que un tsunami de placer me arrasara con furor, arqueara en extremo mi espalda y me volviese arrítmica la respiración. De la misma forma que había empezado, recorriéndome el cuerpo con sus labios, volvió a subir hasta mi boca, que se unió a la suya profundizando en nuestras cavidades. Y mientras las lenguas peleaban, batallaban con auténtico furor, mi mano bajó en busca de su miembro y emprendió unas suaves caricias en su erecta hombría. Sentí su palpitación deseosa, el realce de las venas en la palma de mi mano, su excitación cada vez más tensa, más intensa... Marc respondía a mi contacto cada vez más febril, dejando escapar jadeos por entre nuestros labios.

—Ya, ya, ya... —habló en un susurro, separándome la mano de su virilidad—. Lo haces muy bien, pero si continúas... Si continúas todo acabará y yo tengo otros planes para ti, Cris.

—¿Planeas lo que vas a hacer conmigo? —interpelé asombrada.

—Me paso el día imaginando todo lo que quiero hacerte —reveló.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente —respondió, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Y qué quieres hacerme ahora? ¿O qué has planeado? —pregunté, con una leve sonrisa.

—Darte mucho placer para que me muestres tu cara orgásmica una y otra vez.

—No soy una máquina, Marc, no puedo tener un orgasmo tras otro.

—Eso tendremos que comprobarlo. Dame un segundo y nos ponemos a ello. — Me guiñó el ojo.

Marc me dejó sorprendida y abandonó la cama como alma que lleva el diablo. Se acercó a su camiseta y sacó del bolsillo otra gomita. Entrando de nuevo en ella, tiró de mis muslos, deslizándose por las sábanas, hasta hacer chocar mis nalgas contra sus piernas, y me penetró con rotundidad. Contemplándome con firmeza, me subyugó de nuevo a su constante y enloquecedor ritmo. Una armonía de golpes que me fascinaba tanto como llegaba a desgastarme, que estaba llena de fuerza y fiereza. Entre embestida y embestida me atrapó en su penetrante mirada, hipnotizándome con ella. Me cabalgó sin parar hasta que mi cuerpo alcanzó el orgasmo. Entonces, cuando notó todo el placer sacudiéndome, me giró de pronto y me dejó encima de él. Incorporó su cuerpo hasta aproximarse a mi cara y comenzó a besarme con pasión, lamiéndome la boca con su cálida y suave lengua. Mi cuerpo fue cayendo encima del suyo sin separar nuestros labios. Una vez más y por sorpresa, Marc volvió a girarme, dejándome de nuevo debajo de él. La armonía de movimientos, el enloquecedor compás, regresó de golpe. Aunque esta vez se matizaba diferente, si bien no sabría decir por qué o en qué, pero me hizo sentir un placer novedoso e inmenso. Marc rozaba de forma sublime las sensibles fibras de mis tejidos internos. Me volvía loca con la vigorosa fricción, con su cadencia conjugada de diferentes acometidas. Noté

una vez más, y sin poder creerlo, la rigidez que precedía al orgasmo; y me dejé ir. Mi cuerpo se doblaba de placer en medio de innumerables y temblorosos espasmos. Mis gemidos se hicieron altos e incesantes por la fuerza y brusquedad con que me arrasó.

—Así me gusta que te corras, Cris, retorciéndote de gusto. Saborea bien este orgasmo. —Su voz estaba alterada por el deseo.

Era incapaz de dejar de gemir, de ahogar mis fuertes jadeos. Las convulsiones parecían no acabar nunca, los fuertes empujones de Marc en busca de su orgasmo las alargaban de tal manera que me daban ganas de gritar por tanto como estaba gozando.

—¡Quiero tu orgasmo! —soltó mi boca casi ahogada.

Tras oír mis palabras las embestidas de Marc alcanzaron un ritmo brutal hasta hacerle estremecer, vibrar sin parar al alcanzar su ansiado orgasmo. Al fin se quedó quieto un momento, apretado dentro de mí, intentando calmar su cuerpo mientras descansaba la cabeza encima de mi pecho.

—Eres increíble, Cris —habló con una respiración muy trabajosa, subiendo y bajando el pecho con rapidez—. No sé por qué pero nunca me sacio de ti. —Hizo una pausa para controlar el aire—. Me estás volviendo loco. Loco e insaciable. Un cóctel explosivo.

—Creo que aquí el increíble eres tú, Marc —puntalicé—. Tu aguante y autocontrol son admirables, a este paso me vas a matar de placer. —Suspiré profundo.

Marc levantó la cabeza para mirarme y sonrió lleno de orgullo, con sus estupendos ojos verdes plenamente satisfechos. Acercó despacio la cara a la mía y al llegar a mis labios los lamió. Mi lengua se enredó en la suya y nos besamos de una manera loca, como si jamás hubiésemos experimentado esa forma de hacerlo. Me asombré por las ganas de sexo que nacían en mí una vez más, de nuevo estaba excitada. ¿Cómo era posible si acababa de tener otro orgasmo? Mejor decir dos orgasmos. Bueno, había perdido la cuenta de los que llevaba en la noche.

Marc se separó de mí y se tumbó a mi lado. Nos pusimos el uno frente al otro y, mirándome, me apartó el pelo de la cara y deslizó la mano con delicadeza por mi mejilla. Los ojos se me cerraron sintiendo su cálida caricia.

—No, no cierres tus hermosos ojos, Cris, me encantan —afirmó, y yo los abrí.

Nos quedamos largo rato sin poder apartar nuestras miradas, aquello se estaba volviendo un vicio constante. Nuestros ojos se hablaban, no cabía duda de ello, no dejaban de expresarse cuánto se deseaban. Acercándose a mi cara, Marc me besó la punta de la nariz dando por finalizada nuestra conversación visual.

—Voy un momento al baño, preciosa, ahora mismo vuelvo.

Admiré aquel monumento andante sin perderlo de vista hasta desaparecer detrás la puerta. Cuanto más lo miraba más perfecto lo veía, era todo un portento de la naturaleza. Tumbada en la cama pensé en la increíble sesión de sexo que acabábamos de tener, sin terminar de creer lo que acababa de experimentar. Marc me había llevado a alcanzar el clímax una y otra vez, y estaba convencida de que con su

dominio y destreza sería capaz de hacerme alcanzar todos los orgasmos que se propusiera. Por muy increíble que pareciera, en tan solo dos encuentros con él había tenido casi los mismos orgasmos que a lo largo de toda mi vida. Y lo que más me fascinaba de Marc era su resistencia y la manera de satisfacerme, cómo le gustaba retorcerme de gusto. Sonreí al recordar lo que acababa de vivir, la cantidad de placer que mi cuerpo había absorbido y digerido, y me consideré una mujer con suerte. Al fin conseguía disfrutar del sexo, pero no de uno cualquiera, sino de uno excelente.

Cuando Marc regresó a la cama lo besé con ímpetu, acariciando su boca una vez más, nunca me cansaba de hacerlo.

—Cris, necesito un rato de descanso o me matarás. —Se rio—. Dame al menos cinco minutos más —bromeó.

—Cuatro, ni uno más. —Lo miré seria, aunque siguiéndole la broma.

—Si te pones así de severa me excitarás en solo dos.

—¿Trabajas mejor bajo presión?

—Si eres tú la que me presionas, no lo dudes. —Volvimos a besarnos, entregándonos las bocas con vehemencia, por momentos enloquecíamos de nuevo—. Cris, debo irme. —Se separó un momento—. Es muy tarde y mañana tienes que levantarte temprano. Vas a dormir muy pocas horas y estarás cansada, preciosa.

—¿Y acaso tú no tienes que madrugar?

—No tengo que estar en comisaría hasta las diez, así que puedo dormir más que tú.

Sonreí, mirándolo de forma pícaro.

—He tenido una idea mientras te has ido al baño, a ver qué te parece —anuncié, enredando los dedos entre su sedoso pelo—. Si me prometes tener sexo por la mañana, puedes quedarte a dormir conmigo.

—¿Acaso lo dudas? —preguntó asombrado—. Me decepcionas. —Negó con la cabeza—. Es más, puedo volver a tener sexo contigo en un momento. Eso sí, dame unos cuantos minutos más para comprobarlo. —Se echó a reír.

—Muy bien, te daré esos minutos y veremos qué eres capaz de hacer entonces. —Le guiñé el ojo—. Pero no me has contestado a mi pregunta, a lo de mañana. A lo mejor tu amiga desgasta toda su energía hoy y no queda más. —Me encogí de hombros de forma guasona.

—¡Oh, letrada! Después de dormir unas cuantas horas, mi amiga, como usted la llama, estará tan cargada de energía que tendrá para hacerla alcanzar varios orgasmos. De modo que no se preocupe.

—Eso es un sí, inspector jefe.

—No lo dude ni un segundo, letrada —contestó, empezando a besar mi cuello con afán.

—¡Despierta, dormilona, tengo una promesa que cumplir!

La voz de Marc y sus caricias recorriéndome toda la espalda me despertaron. Mi vello al completo se encrespó con su inimitable contacto, un roce que originaba el gran magnetismo que sentían nuestros cuerpos al estar juntos, que iniciaba el campo magnético que iba a ser mi cama.

—Ya. Ya me despierto —contesté, estirando los labios a la par que me desperezaba.

—Si no te despiertas tendré que empezar así —dijo, comenzando a mover de forma traviesa las manos por mi cuerpo.

—¡No, Marc, por favor! ¡Tengo muchas cosquillas! ¡Para, para, por favor! —grité sin poder parar de reír—. ¡Ya me despierto, pero para de una vez!

—¡Oh, letrada! Creo que he encontrado su talón de Aquiles. Está bien saber que tiene usted un punto débil, nadie lo diría. Se la ve siempre con una asombrosa seguridad, capaz de todo. No imaginé que unas simples cosquillas la achicarían —declaró con sorpresa.

—Pues mire por donde, inspector jefe, ha dado usted con mi punto débil. Tengo muchísimas cosquillas, y haría cualquier cosa para que parasen de hacérmelas.

—¡Uf, cualquier cosa! —exclamó con la mirada encendida—. Esas palabras pueden abarcar tantos significados, pueden abrir muchas expectativas, letrada. —Su tono de voz sonó de lo más sugestivo, y volvió a tocarme con la intención de hacerme cosquillas una vez más.

—¡¡¡Ya!!! —clamé, dándole un manotazo para que parase.

A modo de castigo, di la espalda a Marc por haber hecho que me revolviere entre las sábanas en sublevación a sus juguetonas manos. Pero él, distante de ver un castigo en esa postura, le dio su particular interpretación. Sus largos y suaves dedos quisieron sacar rápidamente partido a la situación, bajando hasta mis nalgas para acariciarlas. Me agité con el insinuante contacto de sus expertas manos y esboqué una sonrisa, dándome cuenta de que, lejos de castigarlo, le acababa de premiar. Marc pegó el pecho a mi espalda con fuerza, con tanta que percibí cómo la respiración se le alteraba al apretar su hambrienta virilidad contra mí.

—Sabes, Cris —susurró en mi oído—, todas las mañanas me levanto pensando en ti, en todo lo que quiero hacer contigo, en cuántas veces quiero estar dentro de ti, en cómo quiero hacértelo..., y me produces este efecto —explicó, presionándose más contra mi cuerpo para que notara su orgullosa hombría erguida al máximo—. Tengo que concentrarme mucho para aplacar ese deseo, el deseo que ahora mismo estás sintiendo en tu piel. Pero hoy no, preciosa, hoy puedo hacer realidad una de mis muchas fantasías contigo.

—¿Y cuál es esa fantasía? —interpelé, fingiendo ingenuidad.

—No sé... quizá la de estar dentro de ti volviéndote loca de placer desde primera hora del día. Igual va a ser esa, la de echar un polvo mañanero, la de follar recién levantados. —Sonrió—. ¿Qué te parece? ¿Quieres? —me preguntó, con una aterciopelada voz que me excitó en segundos, casi en milésimas.

Solo Marc era capaz de producir ese efecto en mí. Sus palabras y caricias se volvían puro fuego, un fuego abrasador que circulaba por mi ser sofocándome. Me giré con rapidez, sorprendiéndole por completo al ponerme a horcajadas encima de él, y nos miramos unos paralizantes segundos a los ojos. Después..., después nos volvimos locos. Marc y yo solo éramos bocas, manos y lenguas; besos, calientes caricias y lametones por todas las partes de nuestros cuerpos; eso pasamos a ser en cuestión de segundos. Y si esa catarata de lujuria que no paraba de empaparnos no era suficiente para excitarme en extremo, su miembro, esa arma de placer que tan bien dominaba, no paraba de rozarse por mi piel excitándome más, haciéndome ansiar por alcanzar el orgasmo más que nunca y de la forma que fuera. Marc me había vuelto codiciosa al ser tan diestro en todas las maneras de complacerme. De pronto, su cuerpo me volteó, dejándome debajo de él, y sonrió con orgullo. Estaba convencida que era consciente del nivel tan elevado de excitación que sometía a mi cuerpo en ese momento. Sin apartar la mirada de mi rostro, se contoneó, comenzando a acariciar mi sexo con la sedosa cabeza de su virilidad, algo que me derritió, otra de mis nuevas experiencias. Mi cara, estaba segura, reflejó el placer tan enorme que me produjo aquel aterciopelado contacto en mis terminaciones nerviosas.

—¿Te gusta, Cris? —Sus labios dibujaron una perspicaz sonrisa—. ¿Quieres que siga?

¿Qué pregunta era esa? ¿Y quién no querría continuar sintiendo ese placer? ¡Madre mía, esa caricia me había hecho entrar en el paraíso por completo, y de cabeza! Quería más, por supuesto que quería más.

—Sí, por favor —contesté en medio de un jadeo.

Y Marc, obediente, prosiguió con esas particulares caricias hasta que el clímax se apropió de mí, haciéndome vibrar de una manera bestial, besándonos con vehemencia, arrebatados de excitación, luchando con las sedientas bocas para intentar saciarnos.

Pasados unos minutos en los que los únicos protagonistas fueron nuestros húmedos y largos besos, la mano de Marc volvió a acariciar mi rincón. Quería regalarme más placer, pero yo no sabía si mi cuerpo podía responder a tanto, lo sentía agotado y tembloroso.

—¡Para, por favor, para! No puedo más, Marc —susurré.

—Sí, sí puedes; es placer. Siempre puede soportarse el placer, ya lo sabes —contestó con rotundidad.

—¡No, Marc! Necesito un descanso, estoy agotada.

—Quiero otro orgasmo, por favor —suplicó como un niño—. Me encanta darte

placer, ver cuánto te hago disfrutar. Regálamelo, Cris —musitó en mi oído, sin parar sus caricias, que se turnaban en suaves y delicados giros unidos a leves opresiones que me dejaban sin aliento.

Sucumbí una vez más al éxtasis producido por la gran pericia de sus expertas manos. El segundo orgasmo me embistió de manera arrebatada, sin poder parar de jadear y vibrar de forma continua, con Marc sin dejar de contemplarme, sonriendo, contento, feliz de haber logrado su objetivo. ¡Dios, estaba viendo cómo me deshacía una y otra vez bajo su cuerpo! Seguramente tendría la cara desencajada por tanto gozar. Si bien, eso a él, estaba convencida, le encantaba. Y por eso, por la satisfacción que le producía ver a mi semblante llegar al éxtasis, no quería parar.

—Gracias, preciosa. —Me besó enardecido, con el regocijo del que había conseguido hacer su deseo realidad—. ¿Te ha gustado el despertar? —preguntó al separarse de mi boca.

—¿Tú qué crees?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Dímelo tú, para eso te lo pregunto.

—Me ha encantado, inspector jefe. Aunque no sé si tendré fuerzas para moverme. —Reímos los dos.

—¿Sabes? Podíamos ir a darnos una ducha y luego finalizamos.

Instintivamente miré para abajo, a su erecta máquina de placer.

—¿Crees que vas a poder aguantar tanto? Yo creo que tu amiga no opina lo mismo en este instante.

—Aguantará, sabe lo que le conviene —contestó con convención.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Con el suficiente poder mental, Cris —me reveló—. Todo está en la mente, tú debes mandar sobre tu cuerpo y no al revés. Además, es mucho más satisfactorio conseguir algo cuando te lleva un tiempo hacerlo, cuando acumulas ganas. Así que cuanto más aguante mi amiga, como a ti te gusta llamarla, más disfrutará con su fin. —Me guiñó el ojo.

—Como tú digas. Tú sabrás que llevas conociéndola más años que yo —contesté, y nos echamos a reír los dos de nuevo.

—Vámonos a la ducha —me sugirió—. Pienso enjabonar todo tu precioso cuerpo de arriba abajo, quiero lavarte, ¿me dejas, Cris?

—Por supuesto. —Le guiñé el ojo yo también.

Salimos de la cama y la mano de Marc se entrelazó con la mía para caminar juntos hacia el baño. El corto trayecto, de poco más de doce pasos, lo hice con una extrema debilidad de piernas debido a todo el placer soportado. Él, sin embargo, feliz, radiante y excitado.

Marc abrió los botes de gel que estaban en la estantería de la ducha y los olía uno a uno, elegía con cuál iba a enjabonarme y yo lo observaba atenta. No quería perder ni un solo detalle de aquel pedazo de hombre que estaba conmigo.

—Te voy a enjabonar con este, huele a vainilla. Es un aroma suave y cálido,

como tú.

—Sí, es una fragancia muy agradable. Adoro ese olor —afirmé.

—Tiene buen gusto, letrada, aunque ya lo sabía. —Esbozó una sonrisa y se echó gel en las manos, frotándoselas hasta conseguir una suave espuma—. Ven aquí, preciosa, dame tu espalda.

Poniéndome de espaldas a Marc comenzó a enjabonarme los hombros, masajeándolos con suavidad, apretando unos puntos que aliviaban mi tensión y me relajaban por completo; también en eso parecía ser un experto. Alargando las manos llegó a mis pechos y comenzó a frotarlos con delicadeza.

—No quiero olvidarme de estas preciosidades, aunque ahora mismo no las vea, sé que están ahí —explicó, y me besó la nuca, haciéndome sentir un latigazo por toda la columna al notar la calidez de sus carnosos labios y el deseo que contenían.

Repitió con el gel la misma operación todas las veces necesarias para lavarme el cuerpo. Marc me enjabonó con primor la piel, con absoluta dedicación, envolviéndome en una nube de suave espuma blanca. Después me aclaró con suavidad, pasando las manos despacio por todas mis curvas, retirando con cuidado la espuma que había formado para cubrirme. Y continuó un rato más solo por el placer de acariciarme, de sentir mi piel en él y de estimularme con su provocación. Hasta que decidió detenerse en mi trasero, rozándolo sensualmente con sus juguetones dedos.

—Me gusta tanto tu estupendo culo, Cris. A veces me dan ganas de comérmelo.

—¿Y a qué esperas? —Lo reté.

Tras escucharme, las manos de Marc hicieron lo que mejor sabían hacer, sugerir, no solo tocar. Después su boca se animó a insinuar más, envolviendo a mis prietos cachetes en besos y cálidas lengüetadas que consiguieron erizarme la piel. Luego, cuando se sintió lleno de besar y acariciarme las posaderas, subió masajeándome toda la espalda con su abrasadora lengua, a la vez que sus manos recorrían otras partes de mi cuerpo perdiéndose por ellas. Al llegar a mi cuello, Marc me cogió de las caderas y me apretó contra él. De nuevo los escalofríos me recorrieron, esta vez por notar toda su excitación rozándose en mí.

—Parece que tu amiga no está por la labor de esperar más. —Sonreí con descaro, girando la cara para mirarlo.

—¿Por qué será? ¿Qué la tendrá tan excitada? —Me besó como un loco, su boca había perdido la razón.

—No tengo ni idea. —Conseguí decir al separarme de sus labios.

—¿Y qué sugiere, letrada? —susurró, con su verde iris lleno de lascivia.

—Creo que lo mejor será realizar una inspección ocular para comprobar el grado de excitación. Luego habrá que buscar una solución para aliviarla. —Mis boca volvió a estirarse, aunque esta vez menos.

—Esa es una estupenda idea, creo que la mejor. Así que adelante, letrada, inspeccione, por favor.

Serpenteé por el cuerpo de Marc hasta poner la cara frente a su órgano viril, cuya regia casta me obnubiló. Miré hacia arriba, hacia los ojos de Marc que me observaban expectantes, y asentí.

—Desde luego la excitación es máxima, eso es innegable.

—¿Y ha encontrado la solución para calmarla? —interpeló de forma sagaz.

—Por supuesto. Soy una mujer muy resolutiva, inspector jefe.

—No me cabe la menor duda de ello. Ahora, sorpréndame, letrada. —La voz se le cargaba por segundos de deseo.

La virilidad de Marc era tan perfecta, tan acorde con su espectacular cuerpo que me resultaba difícil apartar los ojos de su excelencia. Tras unos instantes de recreo ocular mis labios le regalaron un beso, luego otro, y otro, y otro más, hasta que la boca deseó con ansia entregarse a ella y a su superioridad. Marc se quedó sin aliento al sentir los húmedos contactos, la lubricación fogosa de mi saliva, el deslizar de mis labios, la coordinación de mi mano marcando un ritmo predefinido, acompasado... Su boca no paraba de emitir fuertes suspiros con alguna traza de abrupto gemido, algo que me enloquecía y que trataba de interpretar. Apoyó las manos en la pared de azulejo para sujetar el tembloroso cuerpo, su cara comenzó a reflejar el placer elevado a la décima potencia. Mientras sus jadeos gritaban de forma clara y contundente lo que querían, llegar al fin, conseguir el orgasmo, la mano de Marc se apoyó en mi cabeza dejándose llevar por mis movimientos. Sentí un desbordante anhelo por complacerle. Por complacerlo a él y por hacer disfrutar a su superlativa hombría. Sin pensármelo ni planteármelo, solo dejándome llevar por la excitación que producía en mí ver cómo estaba lleno de placer, escuchar sus enardecidos gemidos que subían el tono poco a poco, aceleré la cadencia hasta llegar al final. Las impetuosas vibraciones junto a las cálidas ráfagas de su deseo entre convulsión y convulsión orgásmica irrumpieron en mis labios, en mi boca. Sentir su elevadísima exaltación rompiéndose en un torrente de deleite se incrustó en mi piel, caló en ella de la misma forma que la tinta lo hacía en la dermis al ser tatuada.

—¡Cristina! —derramó su garganta notando el calor de mi boca arropándole la desgastada virilidad. Marc se sujetó con fuerza al grifo de la ducha para no caerse, el cuerpo entero le temblaba—. ¡Joder, Cris, ha sido...! —Resolló—. Lo has hecho muy bien, preciosa, ha sido superior. —De nuevo resopló fuerte, apoyándose en la pared—. No lo podré olvidar nunca, te lo aseguro, has consumido todas mis fuerzas.

Marc me ayudó a levantarme, intentando que las piernas no se le doblaran. Luego pasó la yema del pulgar por mis labios, con suavidad, y los adoró durante un rato antes de besarme con pasión, con vehemencia, como si jamás hubiera probado mi boca.

—Bueno, ahora tendré que hacer algo con usted, letrada —afirmó, posando las manos de nuevo en mis nalgas.

—No se preocupe por mí, inspector jefe, ayer cubrió mis necesidades orgásmicas con creces, y esta mañana ha hecho que tenga dos orgasmos seguidos. Yo creo que

hemos tenido bastante sexo, si bien en orgasmos sigo ganando por goleada. Habrá que equilibrar un poco esta peculiar balanza de placer, tendré que satisfacerlo más veces de la misma forma que acabo de hacer, parece haberle gustado mucho. —Le guiñé el ojo—. Y ahora dúchate, nos tenemos que ir a trabajar. —Le di un casto beso en los labios, y salí de la ducha.

Mientras me vestía pensaba en lo que acababa de hacer con Marc. Jamás había llegado tan lejos al practicar una felación a un hombre. Nunca. Era mi primera vez. Además, solo había hecho un par de ellas en mi vida, y con la intención de excitar, no para producir un orgasmo. La primera no había querido volver a recordarla jamás. Ni siquiera me acordaba del nombre del tipo al que se la realicé, solo recordaba mis intentos por endurecer aquello en condiciones sin ningún éxito. Me contó que llevaba un tiempo muy estresado, y yo, con mi brutal sinceridad por bandera, le dije que no utilizase un eufemismo para cambiar su verdadero nombre: *gatillazo*. Uno grande y en plena regla, sin excusas. Le hice sentir fatal mientras yo me crecía por momentos. Un tanto más a mi lista de orgullos heridos.

La segunda vez fue con Víctor, un yogurín de veintidós años, ocho menos que yo. Iba de tipo duro, de gallito, alguien tenía que bajarle esos humos y allí estaba yo. Nos fuimos a su coche y apenas le toqué cuando ya estaba tan duro como el mármol. Comencé a pasear la boca por su entrepierna, atenta a sus jadeos que me contaban el nivel de excitación. Cuando la cosa estaba muy pero que muy al límite, a punto de soltar todo el deseo, paré. Miré el reloj y le dije que me tenía que ir, se me estaba haciendo tarde. Me observó desconcertado, y cuando volvió en sí me grito: «No puedes dejarme así». Mirándolo fijamente sonreí y le dije: «Pues claro que puedo», y salí del coche. Me chilló desde la ventanilla: «Eres una calentapollas. ¿Y ahora qué hago así?». «Machácatela y resolverás el problema», le contesté, acompañando las palabras con un gesto muy explícito de mi mano. Y me marché feliz una vez más, sumando a mi marcador otro tanto.

Nada más terminar de vestirme empecé a hacer la cama, las sábanas conservaban el fabuloso aroma de Marc. Un aroma que me embelesaba, cargado de sensualidad, con tintes masculinos que me embriagaban. Me sentí feliz sabiendo que al acostarme me envolvería en ese increíble y placentero olor a él y pensé que a partir de ahora no volvería a mirar a mi cama de la misma forma. Ahora, cada vez que la observara, reviviría la lujuriosa noche que Marc y yo habíamos pasado en ella. Una noche de pasión en demasía y de placer irrefrenable, una noche plagada de sexo y con exceso de orgasmos. Él despertaba en mí un lado desconocido, libertino y salvaje, codicioso, casi avaro. Pero también había sonsacado de mis adentros otro complaciente, uno que me había llevado a volverme loca practicándole aquella felación. Solo pensaba en hacerle disfrutar, me creé una necesidad imperiosa por satisfacerlo. Quería; no, más bien necesitaba darle tanto placer como él conseguía darme a mí.

Escuché cómo Marc se acercaba por la espalda con cautela y, abrazándose a mi cintura con fuerza, empezó a besarme el cuello.

—De verdad que no quieres sentirme de nuevo en tu cuerpo —susurró pegado a mi oído—. ¿Te has cansado de mí, Cris, o eres tú la que me quieres castigar?

Volteé la cabeza y lo miré asombrada.

—¡No seas tonto, Marc! —exclamé contrariada—. Claro que no me he cansado de ti, eso sería imposible, eres demasiado buen amante. Desde luego que no es un castigo, creo que te lo acabo de demostrar en la ducha. Y por supuesto que quiero sentirte en mi cuerpo, eso lo deseo siempre —aseguré con rotundidad—. Pero lo de ayer fue algo bestial. Y esta mañana, recién levantada, me has llevado al orgasmo una vez tras otra. Me ha encantado, de verdad, pero mi cuerpo aún no ha recuperado las fuerzas. Por eso te he dicho que creo que hemos tenido suficiente sexo.

—Hemos tenido sexo, pero hoy no he estado dentro de ti —enunció.

—Lo sé, pero ambos hemos tenido orgasmos. Yo más que tú, el doble —admití risueña—. Mira, Marc, yo también quiero darte placer, no sé si podré darte tanto como tú a mí, aunque lo intentaré. —Apoyé las manos en sus brazos entrelazados en mi cintura.

—Como usted quiera, letrada. —Volvió a susurrar, pegado a mi oído—. Pero recuerde que no vamos a poder vernos este fin de semana. ¿Será capaz de aguantar?

—Lo procuraré, aunque sé que va a ser difícil.

—Yo espero poder soportarlo, si no tendré que secuestrarla durante unas horas para poder estar dentro de usted una y otra vez. Y no pararé hasta que me premie con un par de orgasmos como mínimo.

La fogosa boca de Marc se deslizó por mi cuello, haciendo que un escalofrío me recorriera y estremeciendo, una vez más, a mi cuerpo.

—Me parece una idea genial. —Sonreí con sutileza.

Marc me giró con prisa e invadió mi boca con su lengua deseosa y hambrienta. Una de sus manos empezó a circular por mis nalgas, la otra me tocaba el pecho por encima de la ropa mientras soltaba un aliento entrecortado en el interior de mi boca. Ya estaba provocándome de nuevo, y mi cuerpo, exaltado al escuchar su deseo, comenzó a responder a su llamada de manera instantánea, autómata. Marc me tenía poseída de pleno, era algo desmedido e incontrolable.

Tiró la toalla que traía enrollada a las caderas y me dirigió la mano hasta posarla en su maravillosa virilidad. Una virilidad con que la naturaleza le había dotado de forma generosa.

—¿De verdad que no quieres más? Sería una pena desaprovechar esto, ¿no crees? —musitó despacio, encharcándome los oídos con su vehemencia.

De nuevo Marc estaba preparado, como si no se hubiera quedado satisfecho, como si no acabara de eyacular unos minutos antes. Era un hombre insaciable, no había lugar a dudas.

Mi cuerpo no pudo negarse a su voluptuosidad, ni tan siquiera se paró una milésima de segundo a planteárselo. Pese al festín sexual al que Marc le había sometido estaba dispuesto para él una vez más. Y él lo sabía, conocía todas las

reacciones de mi cuerpo hacia su excitación. Por ese conocimiento, sus manos me desnudaron con suma urgencia, de manera acelerada, porque sabía que las mutuas ganas se acumulaban por instantes. Me tumbó en la cama dejándome debajo de él, y sus dedos, con suavidad, visitaron mi interior.

—Ya estás otra vez preparada para mí, Cris —susurró pegado a mi boca—. No sabes cuánto me gusta saber que inspiro eso en ti.

La boca de Marc lidió con la mía sin descanso, los abrasadores besos nos excitaban con diligencia, nos hacían arder de deseo. Y entre beso y beso sus dedos no pararon de moverse en el océano de mi profundidad.

Con prisa, Marc se apartó de mí para ponerse raudo el preservativo y regresó con impaciencia. Con un simple pestañeo, estaba en mi interior emprendiendo una dura cabalgada con la que pretendía volverme loca; a la vez que los agitados movimientos le hacían perder toda cordura también a él. Me encantaba sentirle de ese modo, que me poseyera de forma desmedida, incondicional y casi irracional, que me llevase a ansiar el clímax.

—No pares, por favor —jadeé con fuerza al sentirlo tan ávido.

—¡Córrete! ¡Dámelo, Cris! —habló con dificultad, con falta de aliento en la voz, aunque empujándose más.

Aquel frenético empuje lleno de enardecimiento me hizo precipitarme con rapidez a lo inevitable. El orgasmo me llegó con brusquedad, con la misma que lo hizo en Marc acto seguido. La atmósfera se empapó con nuestros broncos y exaltados gemidos tras explotar en un orgasmo sublime, creando con ellos una armonía perfecta, componiendo toda una rapsodia pasional de placer.

—¡Joder, Cris! ¡Uf! ¡Ha sido increíble! —Hizo una breve pausa—. Rápido, pero muy intenso. —Respiró fuerte, sin conseguir coordinar el ritmo.

—Sí, muy placentero... —contesté, soltando una bocanada de aire mientras mi descarrilado corazón luchaba por encontrar su latido.

Marc asió mi cuerpo con las manos y con gran facilidad lo giró para ponerlo encima del suyo. Las suaves yemas de sus dedos comenzaron a trazar pequeños círculos en mis nalgas.

—Letrada, cuanto más sexo práctico con usted, más quiero. Espero que a usted le ocurra lo mismo. —Suspiró, observándome con los ojos ilusionados. Su mirada en ese momento me recordó por completo a la de Marta.

—Parece que a mí me ocurre lo mismo también. Ha despertado a la fiera que habitaba dentro de mí y que yo desconocía —confesé—. Y ahora vistámonos, tenemos que ir a trabajar, inspector jefe.

—Yo no quiero salir de sus brazos, letrada. —Se abrazó fuerte a mi cintura—. Podría vivir en su cuerpo, entre sus piernas como estoy ahora mismo. ¡Oh!, sin ninguna duda ese sería el mejor lugar para vivir.

—Siento mucho desilusionarlo, pero hay que volver al mundo real. —Le di un tierno beso en los labios—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, usted gana, letrada. —Me soltó, posando las manos en el colchón.

Tras vestimos y volver a hacer la cama, Marc y yo desayunamos juntos. Estábamos agotados, pero nos sentíamos felices y éramos incapaces de borrar la sonrisa del rostro.

—Sabe, letrada, aún no hemos hablado de su castigo. —Me contempló con astucia.

—¿Va a contarme qué tipo de castigo tiene en mente? Porque está claro que dejarme sin sexo no era. —Negué con la cabeza entre risas—. En todo caso sería lo contrario, dejarme exhausta de placer, y casi lo consigue.

—Ve, no ha sido un castigo porque me he quedado en el «casi» y no en el «me ha dejado exhausta, no puedo moverme». —Contuvo la risa—. Tendré que pensar algo más duro.

—Como usted quiera, inspector jefe. Pero quiero que sepa que yo me crezco ante los retos —le contesté, desafiándolo con mi mirar.

—No se preocupe, se me ocurrirá algo que la deje perpleja. Solo deme tiempo y lo comprobaré. —Su cara esbozó una sonrisa astuta.

No sabía si excitarme o asustarme ante esas palabras, pero había conseguido alterarme el corazón por completo.

—Lo que usted diga —respondí guiñándole el ojo, y Marc se acercó a mi boca para besarme con pasión una vez más.

Marc se marchó cinco minutos antes que yo, no deseaba que ningún vecino nos viera salir juntos. No quería que Marta se enterase de que mis sábanas, esta noche, no solo habían arropado mi cuerpo, sino el de su hermano también.

De camino hacia el bufete pensé que ya no vería a Marc hasta el siguiente fin de semana, casi diez días, iba a costarme mucho soportarlo. Para intentar sobrellevarlo tendría que vivir de recuerdos, de los gratos y maravillosos recuerdos de una noche espectacular y de un despertar increíble. No encontraba las palabras para definirlo, había sido sensacional, y al recordarlo me acaloré. Un súbito calor me incautó al revivir en la mente mis orgasmos, de qué manera Marc conseguía que me deshiciera una y otra vez. Jamás pensé que pudiera disfrutar del sexo de aquella forma, todo cuanto sentía era nuevo y desconocido para mí. Y no solo se trataba de disfrutar como nunca, resultaba que mi apetito sexual había despertado y era voraz. Marc había cambiado toda esa parte de mi vida: me tenía sometida a su cuerpo, subyugada al irrefrenable placer, dependiente total por sentirlo dentro de mí. Practicábamos un sexo intenso, desbordado, encaminado a la locura, con trazas desmedidas..., pero necesitábamos que fuera así para poder aplacar un poco nuestras exageradas ganas. Y resultaba muy satisfactorio y gratificante, si bien nunca nos saciaba por completo. Era consciente de que me estaba haciendo adicta a Marc, al placer que me entregaba y del

que yo no había disfrutado hasta el momento.

Mientras caminaba, no conseguía apartar de mi cabeza la resistencia de Marc, su autocontrol en la cama, además de su absoluta entrega. Me parecían cualidades envidiables, Marc nunca pensaba primero en él, en su disfrute, como otros hombres, más bien era todo lo contrario. En nuestros encuentros solo pensaba en cubrirme de placer, alimentarme de deseo hasta llevarme a la locura y provocarme para excitarme. Y nunca paraba hasta conseguir su ansiado premio: mi orgasmo. Solo después de conseguirlo buscaba su propia satisfacción. Marc era un gran amante, un amante excelente, y estaba convencida de que él lo sabía también.

Llegué a la estación a las ocho menos cuarto, con tiempo de sobra, y me senté en un banco a la espera del tren. Cuando anunciaron su llegada me encaminé al andén. Minutos más tarde mi madre bajaba de él.

—¡Mamá! ¿Cómo estás? —pregunté, dándole un gran abrazo.

—Bien, muy bien —contestó feliz, y se detuvo a admirarme un instante—. Bueno, a ti no hace falta preguntarte cómo te encuentras porque ya veo que Madrid te sienta fenomenal. Estás guapísima, incluso tienes un brillo de felicidad en los ojos que hacía tiempo no veía. —Me acarició la cara.

—Sí, me siento muy bien aquí —confirmé con una sonrisa—. Es obvio que echo de menos a mi familia y amigos —aclaré de inmediato—, pero por lo demás me va muy bien. —Asentí.

—¡Me alegro tanto por ti! —exclamó, dándome otro abrazo al que se sumaron unos besos—. Si tu padre pudiera ver en qué mujer te has convertido estaría tan orgulloso —declaró emocionada.

—Sí, ya lo sé, mamá. Estaría igual de orgulloso que lo estás tú —aseveré—. Pero hablemos de algo más alegre, ¿vale?

—Cierto —respondió.

—¿Cómo va todo por casa? ¿Qué tal la tía, cómo le va por Londres? Cuéntamelo todo, por favor —le solicité.

Mi madre comenzó a contestar a mis preguntas mientras caminábamos para abandonar la estación de tren. En la salida cogimos un taxi con el que nos dirigimos a casa de Marta. Allí nos esperaban Óscar y ella, que se habían quedado a preparar algo para cenar.

Marta se había empeñado en ir a dormir a casa de Óscar, decía que así mi madre y yo tendríamos más intimidad; además, no quería que yo durmiera en el sofá. Al principio me negué por completo, al fin y al cabo era su casa, pero Marta se negó a hablar más del tema y lo dio por zanjado.

Cuando llegamos, Óscar nos recibió. Mi madre se puso tan contenta al verlo que lo abrazó y le cubrió la cara de besos. Lo quería mucho, para ella era como un hijo. Sabía todo lo que había hecho por mí y de cuánto me sirvió su apoyo y amistad. Después saludó a Marta con un tierno abrazo también, agradeciéndole su hospitalidad hacia con ella y su generosidad para conmigo. Saber que yo tenía buenas personas a mí alrededor le daba mucha paz y tranquilidad.

Estuvimos hablando los cuatro durante horas. Marta y mi madre se habían visto solo un par de veces, pero congeniaban muy bien. Me sentía muy contenta de tener a mi madre conmigo, aunque a la vez mi cerebro no dejaba de pensar en Marc. Mi mente no paraba de regocijarse en la noche de sexo que habíamos tenido apenas

cuarenta y ocho horas antes. Era incapaz de quitármelo de la cabeza, mucho más cuando mi cuerpo aún sentía frescos los excesos de nuestro deseo.

A la mañana siguiente mi madre y yo nos levantamos temprano, quería aprovechar el día con ella. La llevé a ver el Palacio Real y los jardines de Sabatini. Después nos fuimos por Sol, Preciados y Callao de compras, y terminamos picando algo por la zona donde Marc me llevó a mí.

Mi madre hacía casi treinta años que no veía Madrid y en ese tiempo todo había cambiado mucho. La última vez que estuvo aquí fue con mi padre, viajaba bastante por trabajo y siempre que podía se la llevaba con él. Yo me quedaba con mis abuelos maternos y con mi tía, aunque en más de una ocasión terminaba durmiendo en casa de Mari. Mi madre aún continuaba enamorada de él, a pesar de todos los años que habían transcurrido. Para ella no existía otro hombre, siempre decía que mi padre fue el amor de su vida. Tenía pocos recuerdos de ellos juntos, yo era muy pequeña cuando falleció, aunque siempre los recordaba felices y queriéndose mucho.

Mi madre comenzó a contarme las anécdotas de aquel viaje, dónde se alojaron ella y mi padre, todo lo que vieron, los museos que visitaron...; en fin, todo cuanto hicieron. Ante los recuerdos, empezó a ponerse nostálgica, algo que no soportaba, me partía el alma verla triste. Como pude y de manera sutil, desvié la conversación hasta conseguir dejar de hablar sobre aquello, hasta lograr volver a la realidad en la que nos encontrábamos.

—Sabes, mamá, deberíamos coger un taxi e ir a casa —le sugerí—. Tenemos que dejar las compras y cambiarnos para ir al teatro. La función comienza a las ocho y son casi las seis.

—Tú mandas, cariño.

Levanté la mano y paré un taxi. Por el camino le conté de qué trataba la obra que íbamos a ver; era una comedia de la cual la crítica hablaba muy bien y estaba teniendo una gran afluencia de público.

—Seguro que es muy divertida —dijo, cogiéndome la mano.

—Nos lo pasaremos bien, ya lo verás —afirmé—. Luego iremos a cenar algo o, si lo prefieres, a comer unas tortitas con nata y chocolate. Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

—Voto por lo segundo —respondió entre risas.

—¡Pues no se hable más! Después del teatro iremos a comer tortitas.

—En eso has salido a mí, eres igual de golosa que tu madre —anunció sin abandonar las risas.

—Sí, eso parece —contesté abrazándome a ella, que me besó.

Mientras el taxi nos llevaba a casa, no podía dejar de contemplarla. A pesar de haber sufrido mucho con lo de mi padre y después con mi *incidente*, su cara no

expresaba ese dolor. Mi madre era una mujer atractiva, esbelta y con estilo que no había vuelto a rehacer su vida porque no había querido, no por falta de pretendientes. Físicamente nos parecíamos mucho, salvo que yo era más alta y mis ojos no tenían su color miel, sino el azul de mi padre.

—¿Por qué me miras tanto, cariño? —preguntó, un poco asombrada al ver que no apartaba la mirada de ella.

—Porque te quiero mucho y estoy muy feliz de que estés aquí, mamá. —Sonreí, y ella volvió a besarme.

Salimos del teatro con dolor de mandíbula de tanto reír. Mi madre y yo no habíamos podido parar desde casi el principio, la obra había sido divertidísima, muy buena. Las críticas, a pesar de ser muy favorables, para mi gusto no le hacían justicia, se habían quedado escasas.

—Ha estado genial, ¿verdad, cariño?

—Sí, ha sido muy divertida, mamá —respondí—. Bueno, y ahora lo prometido. Voy a llevarte a un sitio donde hacen las mejores tortitas de Madrid.

—¡Pues a qué estamos esperando! No perdamos más tiempo —dijo agarrándose a mi brazo.

Al llegar a la cafetería el cuerpo se me estremeció recordando a Marc. Aquí era donde me había traído para hablar conmigo, donde empezó todo. Un sofoco me recorrió de arriba abajo, solo pensar en él producía ese inexplicable efecto en mí, no podía pensar nada más que en sexo. Marc, Marc, Marc... Mi mente no lograba olvidarse de él ni un segundo, era casi obsesivo, y mi libido se despertó con fuerza. Deseaba volver a sentirlo dentro de mí, y ante tal pensamiento, el calor se adueñó de mi cuerpo.

—¿Estás bien, cariño, te noto sofocada? —preguntó mi madre preocupada.

—No, tranquila, mamá, es solo que tengo un poco de calor. Nada más —aseguré con una media sonrisa.

«Contrólate Cristina no pienses en Marc, no pienses en sexo, sácalo por un momento de tu cabeza. Puedes hacerlo; es más, debes hacerlo.»

Después de que mi conciencia me regañase, pedimos las tortitas y unos refrescos a un simpático camarero. Me fijé en que no estaba la camarera babeante que me pulverizó con la mirada por estar con Marc, y me alegré de no volver a verla. Mientras esperábamos a que nos sirviesen, mi madre y yo charlamos un rato. Aunque no hablamos de nada importante, solo de asuntos insustanciales a la espera de las tortitas, que no tardaron mucho, ni nosotras en hincarles el diente.

—¡Umm, estas tortitas están deliciosas! —exclamó mi madre—. ¿Quién te ha hablado de este sitio?

—Marta —respondí con celeridad y sin pensar—. Vinimos un día a tomar unas

tortitas aquí.

—Pues están deliciosas, y la cafetería es muy bonita —añadió observándola—. ¿Te has fijado en lo preciosas que son esas vidrieras? Bueno, qué tontería he dicho, si tú ya has estado aquí. Es una cafetería muy elegante.

—Sí, lo es —contesté.

Con disimulo, miré las vidrieras que ni siquiera había visto cuando estuve con Marc, ese día no podía admirar otra cosa que no fuera su preciosa cara. Al igual que tampoco me había fijado en las elegantes mesas de forja verde y mármol blanco con veta rosácea, a pesar de haber tenido apoyados los brazos en una de ellas.

De repente, escuché un zumbido dentro del bolso; mi móvil acababa de recibir un *whatsapp*. Busqué el teléfono y abrí el mensaje, al hacerlo el corazón se me desbocó.

Hola, preciosa, espero q hayas pasado un buen día con tu madre. El mío no ha sido muy bueno, no he podido sacarte de la cabeza ni un segundo. Entero lo he pasado anhelándote. Ahora me encantaría estar entre tus piernas, Cris, acariciando tu cuerpo, besándote, lamiéndote... No puedo pensar en nada más.

Una oleada de excitación me recorrió todo el cuerpo. Leer el mensaje de Marc me había alterado por completo. Bueno, leerlo e imaginármelo haciendo todo cuanto había descrito.

—¿Quién es?

—¡Oh, nada! —respondí, encogiéndome de hombros—. Patricia, la recepcionista del bufete. Quería saber si nos lo estábamos pasando bien. Le he hablado mucho de ti esta semana, le conté que íbamos a ir al teatro y a ver Madrid, todo eso —le expliqué, notando un angustioso sudor invadirme a la par que iba poniéndome roja por momentos, no me gustaba mentir.

—¿Y no piensas contestar?

—¡Eh! Sí, por supuesto —confirmé nerviosa.

Esos nervios angustiosos ocasionados por el engaño me hicieron recordar mi adolescencia. Esa época donde mentía a mi madre para conseguir lo que quería, o la ocultaba cosas para que no me castigara, y ella siempre me creía a pies juntillas. Igual que ahora, mi madre se había creído mi patraña sin dudar ni un segundo. Entonces, ¿dónde estaba el problema? Justo ese era el problema. No me gustaba inventarme cosas para engañar a la gente, y a ella menos que a nadie; eso me hacía sentir mal. Pero ya que lo estaba haciendo, debía continuar con la farsa. De modo que, intentando contener los nervios como pude, contesté a Marc.

Estamos bien, ha sido un día genial. Yo también he pensado mucho en ti. Y, por favor, no me provoques, estoy sintiendo un sudoroso calor por el cuerpo. No me castigues así.

Mientras el *whatsapp* se enviaba pensé que había sido incapaz de sacar a Marc de mi cabeza a lo largo del día, que no había parado de recordar su cuerpo y que a mí también me gustaría tenerlo ahora entre las piernas y saborearlo entero.

—Veo que estás rodeada de personas que se preocupan por ti, eso me da sosiego —dijo mi madre, apretándome la mano con delicadeza—. Cuando regrese mañana a Alicante estaré más tranquila. He comprobado que estás bien.

—¿Acaso lo dudabas, mamá? —le increpé sorprendida.

—No, cariño, claro que no —insistió—. Pero ya sabes cómo somos las madres, tenemos que comprobarlo todo con nuestros propios ojos. —Trazó una leve sonrisa.

El teléfono volvió a emitir su particular zumbido, y de nuevo comprobé que recibía un *whatsapp* de Marc.

Está bien saber que esto es un castigo para usted, letrada, acaba de darme un arma con la que poder atacarla. JJJ. Un lametón lento y aterciopelado para el gran tesoro que guarda entre sus piernas. Disfrútelo.

El estómago se me encogió imaginando esa húmeda caricia justo donde él la había enviado; y el calor se hizo patente de nuevo en mi rostro.

—Cariño, ¿te pasa algo? Vuelves a estar acalorada. —Mi madre me miraba extrañada.

—Sí, un poco. Aquí hace calor, ¿no? —avisé abanicándome con la mano—. Mejor nos vamos ya, a ver si me da un poco el aire.

—Como quieras, pero se está mejor aquí que en la calle. No creo que te vaya a dar mucho aire fuera —rebatí mi madre, que no salía de su asombro tras escucharme.

—Bueno, pero un paseo nos vendrá bien, ¿a que sí?

—En eso sí llevas razón. —Asintió—. Demos una vuelta para rebajar las calorías de las tortitas.

Salimos de la cafetería y, con los brazos entrelazados, dimos un tranquilo paseo hasta casa. Debía sacarme a Marc de la cabeza como fuera, me estaba volviendo loca, no me dejaba pensar con claridad. Y lo último que deseaba era que mi madre se diera cuenta de mi descentración, pues de hacerlo pensaría que algo no me iba bien y se marcharía intranquila. Y nada más lejos de la realidad, ahora todo en mi vida funcionaba mejor que nunca. Al fin parecía que mi cambio empezaba a dar sus frutos, que la vida me daba una tregua. Mis cicatrices molestaban menos, y mis fantasmas se habían quedado rezagados mientras yo avanzaba por una vía inédita para mí: la senda del placer. No sabía cuánto durarían los encuentros entre Marc y yo y tampoco me lo iba a plantear, tan solo quería disfrutar de esta nueva etapa en la que solo gozaba y no sufría, en la que me sentía más viva que nunca. Seguramente la aventura sexual no acabaría hasta que nuestros febriles cuerpos se saciasen por completo, algo que por el momento, entre Marc y yo, parecía más que imposible.

El domingo Óscar y Marta vinieron a recogernos para ir a comer. El restaurante al

que nos llevó mi amigo era muy coqueto y la comida estaba deliciosa. Al terminar, la sobremesa se alargó bastante entre charlas y risas. Aunque también hubo lugar para las confesiones, mi madre le contó a Marta un montón de anécdotas sobre Óscar, de cuando era pequeño y de su adolescencia.

—Beatriz, me vas a terminar sacando los colores —dijo Óscar, apretando los labios—. Además, le estás dando demasiada información a Marta sobre mi adolescencia.

—Nada que no pueda saber, Óscar, siempre fuiste un buen chico —añadió risueña.

—Ahora ya no lo es tanto, mamá —puntalicé, guiñándole el ojo a Marta.

—¡Eh! ¿Esto es un complot contra mí? —preguntó bromeando.

—Sí, cariño, somos tres mujeres contra un hombre —contestó Marta—. Más te vale ser bueno.

—Siempre lo soy, tesoro. Lo sabes. —Marta y Óscar se besaron.

—¡Qué felices se os ve juntos! —exclamó mi madre, y desvió la mirada hacia mí un segundo—. A ver si buscáis un novio a Cris —les pidió—. Eso sí, que sea un buen chico como tú, Óscar.

—Mamá, de esos ya no quedan —dije, apoyándome en un gesto de incredulidad—. Y si hay alguno, te aseguro que está pillado.

—Sí que hay, Cris, pero tú ni los buscas ni los quieres ver. —Oscar me observó, amonestándome con la mirada.

—Yo conozco a un buen chico para ella —aseveró Marta, turnando la mirada entre mi madre y yo—. Es guapo y muy buena persona.

—¿Y por qué no se lo presentas? —replicó mi madre.

—¡Mamá, por favor! —protesté.

—Ya lo conoce, Beatriz, se lo presenté hace unas semanas. Se llama Marc, es mi hermano mellizo, y es policía.

En ese instante la sangre se me congeló y el corazón me dejó de latir. ¿Era una broma o sabía algo? Pero ¿qué coño estaba diciendo? Me quedé petrificada, sin poder articular palabra... ¡Dios! Me acababa de poner de los nervios.

—No me has mencionado nada acerca de eso, Cristina —habló con seriedad mi madre.

—Porque no hay nada que comentar, mamá. —Me defendí—. Marta me lo presentó y ya no he sabido nada más de él.

—Me pidió tu número de teléfono. —Marta me contempló fija—. Quería disculparse por no haber podido hablar un rato contigo.

—Sí, es cierto. Me llamó al día siguiente y me pidió disculpas —corroboré—. Ya le dije que no tenía importancia, ese día era el protagonista y todos querían hablar con él.

—¿Por qué era el protagonista? —interpeló mi madre.

Marta, llena de entusiasmo y emoción, le contó toda la historia de cabo a rabo. A

partir de ese momento Marc pasó a ser para mi madre la mejor persona del mundo, el yerno perfecto, el hombre que requería a mi lado. Y sí, lo necesitaba, pero solo en la cama y poseyéndome como él sabía hacer, con su particular forma, llevándome a la locura extrema. Solo lo precisaba de esa manera. Y mi madre, con el apoyo de Marta, empezó a decirme que debía quedar con él algún día, aunque solo fuese por cortesía, en respuesta a su considerada llamada.

—Creo que es hora de dejar la conversación y ponernos en marcha —dije con cierto malhumor.

—Pero, Cristina, hija...

—Ni Cristina ni nada —la interrumpí, Marta también calló al instante—. Tenemos que ir primero a casa a coger tu equipaje y luego a la estación. ¿De acuerdo, mamá? —pregunté con tono de regañina. No me gustaba que se metiera en mi vida privada, y mucho menos verme obligada a mentir.

—Cristina tiene razón, vayámonos —añadió Óscar, echándome un capote.

Mi madre asintió y Marta y ella se levantaron y se encaminaron a la salida, entrelazadas del brazo y sin parar de hablar. Óscar me miró a los ojos y posó con delicadeza la mano en mi hombro.

—Tranquila son cosas de madres. Solo quieren vernos felices.

—Sí, eso parece, pero no lo soporto. —Soplé—. Gracias por tu ayuda.

—No hay de qué, sabes que siempre puedes contar ella. —Me dio un beso en la mejilla y abandonamos el restaurante.

Al llegar a la estación mi madre se despidió de Óscar y de Marta con un cálido abrazo, a mí me dejó para el final. Envolviéndome entre sus brazos, conseguí contenerse y no llorar, algo que me relajó muchísimo. Luego me llenó de besos como si fuera una niña pequeña, para ella siempre lo sería, y se dispuso a subir al tren. Cuando lo hizo, le dije que me llamase en cuanto llegara y le lancé un beso. Ella asintió con la cabeza, con los labios apretados, y se marchó a buscar su asiento. Las puertas se cerraron tan solo unos segundos después. Me quedé inmóvil, clavada en el andén, esperando que el tren emprendiera su marcha y abandonase la estación. Cuando por fin dejé de verlo una lágrima rodó por mi mejilla y la pena me contrajo el corazón. Óscar y Marta se abrazaron a mí para consolarme, estrechándonos fuerte los tres. Pasó lo mismo que cuando llegué a Madrid, mi llegada al aeropuerto, mi necesidad de su calor, de su apoyo; salvo que ahora acontecía en otro escenario diferente y con una Cristina más llena de vida. Marc había logrado hacerme revivir.

Me levanté un poco mareada, con el estómago revuelto y sintiendo náuseas. Había pasado muy mala noche pensando en la cantidad de trabajo que me esperaba, en mi madre y en Marc, y con todo eso sacudiéndome tenía la cabeza a punto de explotar. El lunes nunca había sido el mejor día de la semana para mí, pero este, en particular, había comenzado de la peor manera.

Me aguardaba una semana dura en el bufete. Tenía pendientes de redactar varios acuerdos de separación y debía presentarlos lo antes posible en el juzgado. También tenía un par de juicios contenciosos, citas con nuevos clientes, una reunión con el detective para saber qué había descubierto sobre Saúl Arias y mil cosas más. Pero sin duda el viernes iba a ser el día más movidito de todos, pues debía acudir a la notaria con unos clientes, y eso podía alargarse unas horas. Y en cuanto regresara, Ana y yo nos reuniríamos con Susana, debíamos informarle sobre la investigación y acordar qué proceso seguir. Resumiendo, una semana en la que el estrés iba a convertirse en mi más fiel aliado, estaba convencida.

Mi cabeza andaba poco lúcida y necesitaba despejarla cuanto antes. Decidí darme una ducha, a ver si el agua lo solucionaba y terminaba desocupándola de todos los pensamientos que no fuesen temas de trabajo. Al desnudarme, vi que me había bajado el periodo, lo único que me faltaba para que el día fuera redondo. Si no era suficiente con tener la mente espesa, ahora mi cuerpo empezaba a encontrarse sin fuerzas y notaba el habitual dolor de ovarios que en los últimos meses acompañaba a mi menstruación. Un dolor que crecía hasta convertirse en punzante, que solía menguar mi resistencia y sobre todo la productividad mental. Y en estos momentos no podía permitirme estar a medio rendimiento, era imposible, tenía demasiado trabajo como para concederme tal lujo.

Cuando llegué al bufete no debía de tener muy buen aspecto, porque Patricia, nada más verme, se acercó a mí con cara de preocupación.

—¿Te encuentras bien, Cristina? —preguntó, pasando la mano por mi hombro.

—Sí, no te preocupes —contesté—. Hoy no me siento bien, pero ya se pasará.

—¿Quieres que te prepare una manzanilla?

—Vale. Muchas gracias.

—No hay de qué, es parte de mi trabajo.

Llegué al despacho y me senté enseguida, el dolor comenzaba a hacer mella en mí. Encendí el ordenador y empecé a organizar todo lo que tenía que hacer hoy,

aunque me movía casi a cámara lenta. Patricia llegó con la manzanilla y la dejó encima de la mesa. Me miró y me preguntó si podía ayudar en algo más. Sonriendo a duras penas, le dije que no se preocupase y le di las gracias por ser tan atenta. Cuando Patricia salía de mi despacho, Ana, como cada mañana, entró a saludarme.

—Buenos días —me saludó, observándome—. ¿Te ocurre algo, Cristina? Tienes mala cara, estás pálida.

—Estoy con la menstruación y tengo un dolor de ovarios que me está matando. Además de tener la cabeza dispersa.

—¿Te has tomado algo?

—Sí. —Asentí—. Espero que en un rato comience a hacer efecto o me cortaré las venas.

—Qué exagerada eres.

—No exagero, es un dolor insoportable, lo juro.

—¿Siempre has tenido esas molestias?

—No, tan solo desde hace unos meses, desde que se me descontroló y tan pronto me viene a las tres semanas como a las seis —expliqué en tono bajo, me costaba hasta hablar más alto.

—Bueno, eres muy joven para empezar con la menopausia, así que habrá otros motivos para ese cambio en tu periodo —enunció, pensando—. ¿Cuándo te hiciste la última revisión?

—En septiembre hará un año, y todo estaba bien. —Me encogí de hombros.

—Pues deberías ir al ginecólogo a que te examinen de nuevo. Hazme caso, Cristina, no tiene por qué ser nada importante, pero mejor saber el porqué de ese cambio. —Hizo un mohín.

—Quizá tengas razón —respondí casi encogida.

—Si quieres puedo pedirte una cita con mi ginecóloga, es una buena especialista. —Esperó mi respuesta.

—De acuerdo. Pídemela, pero a ser posible por la tarde.

—Sí, también pasa consulta por la tarde. Si quieres puedo acompañarte —sugirió.

—Muchas gracias, Ana, eres un sol.

—De nada. ¿Quieres que llame a Pablo para que te eche una mano?

—No, no te preocupes —contesté—. Me encontraré mejor dentro de un rato, cuando la pastilla obre su milagro. Gracias. —Intenté sonreír, aunque con menos éxito aún que con Patricia.

—Como tú quieras. Me voy a trabajar, luego nos vemos.

A medida que pasó la mañana empecé a encontrarme mejor, el dolor remitió y mi cabeza volvió a centrarse. El cuerpo entero volvía a estar a pleno rendimiento y productividad, algo primordial para mí, pues necesitaba sacar adelante el trabajo sin

perder ni un minuto.

Ana y yo comimos juntas, como era habitual, pero a la llegada del postre Óscar se presentó sin avisar en el restaurante y nos acompañó a tomar café; venía de reunirse con unos clientes. Óscar se dedicaba al asesoramiento jurídico y fiscal para empresas, era muy bueno en su campo y por eso cada vez estaba más solicitado. Ana, en cambio, se dedicaba al derecho civil, sobre todo a herencias, fideicomisos y patrimonio. También era muy profesional en su terreno y su agenda de citas estaba más que repleta. Los tres formábamos un buen equipo e intentábamos ser de lo más competente dentro de nuestros campos. Estaba convencida de que gracias a nuestra actitud y profesionalidad avanzábamos por el sendero correcto y apropiado para perdurar dentro del mundo de la abogacía.

De camino al despacho, Óscar nos contó que quería darle una sorpresa a Marta. Iba a ser su tercer aniversario de novios y había pensado regalarle un fin de semana en un hotelito romántico.

—¿Para cuándo va a ser la sorpresa? —preguntó Ana.

—Para el próximo fin de semana. Pero hay algo más. —Calló unos segundos mirándonos.

—¡Suéltalo ya, Óscar, no te pongas místico! —protesté—. Sabes que no me gustan los misterios. —Le sostuve la mirada.

—Voy a pedirle que vivamos juntos. —Sonrió de oreja a oreja.

—¡Eso es genial, Óscar! —exclamó con júbilo Ana—. Cuánto me alegro de que des ese paso. Muy bien hecho. —Lo abrazó.

—Y tú, Cris, ¿no dices nada?

—¿Qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros—. Que me alegro mucho por ti —aseguré con sinceridad—. Está claro que es la mujer de tu vida, se ve en tus ojos, y ella también está locamente enamorada de ti. Hay personas afortunadas en el amor, y vosotros lo sois. Seréis muy felices juntos, habéis tenido la suerte de encontraros. —Suspiré.

—Ven aquí, anda —dijo, abrazándome y besándome en la frente—. Tú también podrías encontrar a un buen hombre, hay más como yo. No soy único, aunque tú lo creas.

—Es muy difícil, Óscar, los buenos ya estáis cogidos.

—Seguro que aún queda más de uno libre. —Asintió con la cabeza.

—Y tienen que estar ciegos para no fijarse en ti, Cristina —añadió Ana—. Eres una monada, tienes un cuerpo precioso y eres inteligente. Por no hablar de la seguridad que desprendes, eso les gusta a los hombres, créeme —afirmó—. No creo que pases desapercibida nunca, es imposible no fijarse en ti. Tienes magnetismo, Cristina, y eso no lo tiene todo el mundo. Lo que no entiendo es cómo no tienes novio o pareja todavía.

—Muy fácil, Ana, porque no quiero nada de eso, estoy bien así —respondí con aspereza—. No necesito ninguna relación sentimental, suelen ser un asco, lo veo a

diario en mi profesión.

—No estoy de acuerdo contigo —repuso Ana seria—. A lo mejor no has dado con el hombre adecuado y no te has enamorado, Cristina —explicó—. No todas las relaciones fracasan, ni todos los hombres son unos cerdos. Es muy bonito tener a alguien a tu lado. Alguien que te comprenda y apoye, que te quiera tanto como tú a él, una persona en la que poder confiar. Para mucha gente es casi necesario, a nadie le gusta la soledad.

—Puede que tengas razón y no haya dado con el hombre adecuado, pero nunca me he sentido sola, Ana —avisé, un tanto a la defensiva—. Siempre he tenido gente a mí alrededor, siempre me he sentido arropada. Tengo a mi madre, mi familia, mis amigas y a mi socio, amigo y casi hermano Óscar. —Me agarré fuerte a su brazo—. Me he sentido querida por todos ellos.

—Desde luego, Cristina, pero yo no hablo de ese tipo de amor, y lo sabes —replicó.

—Bueno, abogadas —intervino Óscar—, lo mejor será dejar este tema para otro día, ahora vamos a trabajar. —Nos invitó a pasar al bufete—. Dejemos las banalidades para otra ocasión y centrémonos en lo nuestro.

—Sí, llevas razón —admití, marchándome al despacho un poco enojada por las palabras de Ana. Ella no tenía ni idea de lo que yo hablaba, ella había tenido suerte con su marido, pero no todos los hombres eran así. Eso era algo que tenía muy claro. Tan evidente que lo llevaba grabado a fuego en la mente.

Cuando el miércoles llegué al juzgado a las diez de la mañana, la señora López ya estaba esperándome allí. Habíamos quedado media hora antes de la vista de separación, me gustaba llegar pronto y con calma, así durante ese rato intentaba suavizar los nervios de mis clientes. La señora López era una mujer de sesenta y tres años, bajita, menuda y muy elegante. Una dama que había dedicado la vida por completo a su matrimonio y a sus tres hijos cuyo marido decidió abandonarla por una mujer veinte años más joven que ella. Toda su persona entregada a un hombre que, como recompensa a su dedicación, le daba una patada dejándola tirada en medio del camino. Pobre mujer. Me daba tanta pena. Además, no conforme con abandonarla, su marido tampoco quería llegar a ningún acuerdo sobre la pensión y la vivienda. Tan solo quería vivir feliz con su joven novia sin importarle nada más. Hombres; solo sabían pensar con una parte de su cuerpo, y no era el cerebro.

El nerviosismo se iba apoderando de la señora López según trascurría el tiempo, a sus ojos cada vez les costaba más contener las lágrimas.

—Tranquila, señora López, no se ponga nerviosa, todo saldrá bien. —Intenté calmarla y le acaricié el hombro.

—Pero si se sale con la suya, ¿qué haré? —preguntó, con la voz temblorosa.

—Eso no va a ocurrir porque lo que él pide es ilógico. Lo que quiere y lo razonable son cosas distintas. Tranquilícese.

—¡Oh, ya está ahí! —soltó, girándose hacia mí al ver entrar a su marido en el juzgado—. No quiero verlo, no quiero verlo —repitió con insistencia.

—Venga conmigo, nos alejaremos un poco.

—Sí, por favor —me rogó.

Nos acercamos hasta la puerta de la sala que nos correspondía. Miré alrededor, buscando al procurador para consultarle algunas cuestiones sobre otros casos. Sin embargo, por más que la vista rebuscó, no lo encontré por ninguna parte. De repente, mientras observaba a los allí presentes, el cuerpo se me paralizó entero y el aire se volvió tan denso que casi me resultaba imposible respirarlo. El corazón comenzó a bombearme con tal fuerza que pensé reventaría en cualquier momento. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. No podía ser cierto.

«¡No! ¡No! ¡No! ¡Está aquí! ¡Dios mío, es él! ¡Es él!»

Sentí esa conocida y fuerte opresión en el pecho que me impedía respirar, asfixiándome hasta el extremo. Una fuerte punzada, cual cuchillo penetrando en mi interior, me revolvió el estómago y las ganas de vomitar me inundaron. Las piernas comenzaron a temblarme, se volvieron de goma y cedían sin cesar. Me apoyé contra la pared, presintiendo que iba a desmayarme de un momento a otro por el desequilibrio tan fuerte que empezó a reinar en mi cuerpo. Noté unos brazos sujetarme mientras me desplomaba, impidiéndome de ese modo caer al suelo. El guardia de seguridad me había cogido y me acercaba en volandas al banco más próximo.

—¡Por Dios, señorita Marín! —exclamó alterada la señora López—. ¿Qué le ocurre? ¿Está mareada? Ande, traiga un poco de agua —ordenó al guardia de seguridad, que apenas tardó unos segundos en regresar con ella.

—Tome, beba un poco de agua, señorita, está muy pálida. —El guardia me observaba preocupado—. Igual ha sufrido una bajada de tensión. ¿Prefiere que le traiga una Coca-Cola? Lo digo por la cafeína y el azúcar.

—Tranquilo. Ya... Ya estoy mejor, no se preocupe —contesté, notando aún el cuerpo alterado y muy débil, laxo total. Era como si de repente me hubieran aspirado toda la energía.

Me bebí el vaso de agua viendo cómo la mano no paraba de temblarme. Al acabar, respiré hondo, cogí aire por la nariz y lo expulsé despacio por la boca una vez tras otra. No deseaba tener un ataque de ansiedad allí, en el juzgado; y gracias a Dios pude controlarlo. Poco a poco comencé a encontrarme mejor y me incorporé despacio, recorriendo con la vista todo aquel lugar en busca de él. En busca de Javier. En busca del maldito cabrón que cambió mi vida. Pero no estaba. Ya no lo veía. Aunque estaba segura de que era él. Por mucho tiempo que hubiera pasado nunca me equivocaría, le hubiese reconocido siempre. Hasta en el mismísimo infierno, disfrazado de diablo, lo habría identificado. Allí era donde debía estar pudriéndose

aquel pedazo de escoria, en el mismísimo infierno.

—¿Se encuentra mejor, señorita Marín? —inquirió la señora López, mirándome inquieta.

—Sí, ya estoy bien. Me he mareado un poco, solo eso, no se preocupe. —Mostré una leve sonrisa, intentando con ese gesto tranquilizarla.

—¡Seguro que no ha desayunado! ¿A que no?

—He desayunado, pero poco. —Asentí con la cabeza.

—¡Claro, quieren cuidarse y se saltan comidas! —La señora López me regañaba como lo hacía mi madre cuando era pequeña—. Pues muy mal. Tiene que comer mejor o caerá enferma —continuó regañándome.

No habían pasado ni dos minutos cuando el secretario judicial salió y nos mandó entrar. La señora López se agarró fuerte de mi brazo, estaba muy nerviosa.

—¿Se encuentra bien para entrar?

—Sí, no se preocupe, señora López. Haré bien mi trabajo, soy buena en eso. —La miré con firmeza y seguridad.

Al salir de la vista la señora López se puso a llorar. Todos los nervios acumulados la habían sobrepasado.

—Cálmese, por favor, lo peor ya ha pasado —anuncié con voz animosa—. En unas semanas tendremos la sentencia, pero ya le digo que pinta muy bien.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó afligida.

—Mire, cuando la jueza nos ha llamado a ambos letrados nos ha preguntado por qué ustedes no eran capaces de llegar a un acuerdo. Yo le he explicado que su marido nunca ha estado dispuesto a llegar a ninguno, salvo el expresado en la demanda. La jueza se ha dirigido a su abogado diciéndole que lo planteado en la demanda era absurdo. Él ha puesto en su conocimiento que había intentado hacerle razonar; no obstante, su cliente era un hombre muy testarudo.

—Entonces, ¿usted cree que fallará a mi favor?

—Señora López, no creo que ningún juez vaya a acceder a lo que su marido pide —asegué con rotundidad—. Tiene una muy buena pensión, puede mantenerla a usted y todavía vivir él holgadamente. Hay tres viviendas, dos aquí y la tercera en la otra punta de la península, pero él no puede decidir dónde debe vivir usted. Piénselo, no se deje llevar por lo que su marido solicita en la demanda. Lo que él quiere no es injusto, sino grotesco. Serénesa, de verdad —le solicité, dándole un abrazo a continuación.

Después, la señora López entrelazó su brazo al mío y con calma salimos juntas del juzgado.

Tras tomar un café y charlar un corto rato, la señora López y yo nos despedimos. Decidí ir andando hasta el bufete, a pesar de que había una buena caminata, porque necesitaba tomar el aire y pensar. Acababa de ver al cabrón de Javier. ¡Estaba ahí, en el juzgado! Con su trajecito de firma, su risita de hipócrita y tan tranquilo. El muy hijo de puta destrozó mi vida y estaba tan tranquilo. ¿Y cómo pensabas que fuese a estar, Cristina?, me pregunté a mí misma. No lo sabía, nunca me lo había planteado. Lo único que sabía era que la rabia se apoderaba de mí por instantes. Lo odiaba. Lo odiaba con todas mis ganas, con todas mis fuerzas. Cómo podía alguien hacer lo que él me hizo, cómo podía haber sido tan vil y rastrero.

Me senté en un banco con el alma herida, mis fantasmas y las cicatrices borboteando sangre de nuevo, y me puse a pensar. Pensé en el dolor que llevaba arrastrando desde entonces, y también en el apoyo tan importante que fue Óscar para mí después de ese fatídico día. Y de los posteriores. Y de todos. Siempre a mi lado, siempre empujándome, siempre protegiéndome. Recordé cuando, unos meses después del *incidente*, me apuntó con él a unos cursillos de defensa personal. Seguramente serían los cursillos mejor aprovechados de mi vida. Duraron un par de meses, diez horas cada semana, concentradas solo en los fines de semana, cinco el sábado y cinco el domingo. Me habría gustado que aquello durase más, pero ochenta horas eran lo que daban de sí. Al acabarlo me planteé practicar algún deporte de lucha, de contacto, que me ayudara a descargar la ira. Sin embargo tuve miedo de poder dañar a alguien, de no ser capaz de controlar toda la rabia que contenía. Había demasiada acumulada en mí, mi cuerpo rebosaba de ella.

El primer privilegiado en probar mis dotes de defensa fue Israel, un tío que llevaba un par de semanas detrás de mí como una mosca pesada. Tenía un año más que yo, o sea, veintisiete. Era muy guapo, aunque lo mataba lo presuntuoso que era y decidí enseñarle un poco más de modestia. Por eso me metí en la cama con él, para que probara algo diferente. Israel me llevó a su casa, era el típico piso de soltero en el que todo estaba tirado por todos sitios, pero, según él, había orden dentro del caos. Cuando estábamos haciéndolo empecé a abrir la boca y paró de repente, mirándome incrédulo. «¿Has bostezado?», me preguntó. Con firmeza, le dije que sí, que me aburría un poco. «Estás de coña o algo por el estilo, ¿verdad?», volvió a preguntarme anonadado. Lo miré serio, me encogí de hombros y le contesté que no bromeaba para nada. «No lo entiendo, ¿te estás cachondeando de mí?», preguntó una vez más, apartándose a un lado. «Además de torpe y soso follando eres cortito de cerebro. ¡Vaya!, eres una joyita», le solté con mi abrumadora seguridad, y acto seguido me levanté de la cama y empecé a vestirme. Después de unos larguísimos segundos, Israel reaccionó. «A ti lo que te pasa es que todavía nadie te ha follado en

condiciones, pero yo voy a ser el primero, conmigo vas a saber lo que es un tío de verdad», alzó la voz, apoyándose en una mirada que intentaba intimidarme. «¿Quién tú? ¿Tú vas a hacerme saber lo que es un tío de verdad? Perdona, pero para eso tendrás que acabar primero el máster de formación», le respondí. Israel se levantó como una furia y su soberbia de macho herido me agarró por los brazos sin parar de repetirme que me iba a enterar de lo que era un hombre, que no iba a parar de hacérmelo hasta reventarme. Aparté sus brazos de un golpe fuerte, como me enseñaron en el cursillo, como tantas veces había practicado con Óscar, y le hice una llave con la que terminó besando el suelo mientras yo le retorcí el brazo. Me suplicó que lo soltase. «Vete, maldita loca, márchate de mi casa», me gritó. Y eso hice. Me marché con una gran sonrisa en los labios y subiendo un tanto más en mi marcador imaginario. Otro ego masculino herido que añadir a la lista.

El teléfono sonó en ese momento, dispersando todos mis pensamientos. Mientras lo buscaba pensé que sería Óscar o Ana, pero al mirar la pantalla comprobé que era Marc. Una leve sonrisa se dibujó en mis labios al leer su nombre en el *smartphone*.

—Hola, Marc.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces? —preguntó, y percibí su maravillosa sonrisa.

—Acabo de salir de un juicio y ahora iba andando hacia el bufete.

—¿Todo bien? Tu voz suena apagada.

—Sí, no te preocupes. Tengo una semana muy estresante y estoy cansada, nada más. —Emití un suspiro.

—¿Qué tal ha ido el fin de semana con tu madre?

—Bien, gracias. —Callé un segundo—. Pero admito que me pusiste muy nerviosa con tu provocador mensaje. Tenía a mi madre delante y empecé a sofocarme. —La sonrisa volvió a aparecer en mi rostro al recordarlo.

—¡Uf, me hubiese encantado poder ver ese momento! —declaró con orgullo—. Ese sudoroso calor recorriéndote... ¡Um! Eso quiere decir que provoqué algo en ti, algo lujurioso, justo lo que quería. —Se rio.

—¿Ahora quieres jugar a ser malo conmigo? —interpelé con asombro—. A ver si voy a tener que castigarte yo a ti.

—¡Vaya, esto mejora por momentos! —Prosiguió riendo.

—¿Acaso no me cree capaz de ello, inspector jefe?

—No dudo ni un segundo de que sería capaz de eso y más —respondió de inmediato—. Solo espero que sus castigos sean placenteros, los míos siempre serán así. No me gusta el dolor.

—O sea, ¿que mi castigo será para disfrutar? —Ensanché la sonrisa, sus palabras me estaban alegrando por un momento.

—Disfrutaremos los dos. Yo por imponérselo y usted por recibirlo. ¿El suyo también será así, letrada? —habló con ese tono de voz tan arrebatador que me encendía la sangre.

—Eso dependerá de usted, de su comportamiento, de lo que me provoque. Yo

tendré mis propias reglas, y puedo ser muy dura si me lo propongo.

—Letrada, me está asustando y excitando a la vez. Le gusta mucho jugar a provocarme.

—Creo que eso le gusta a usted tanto como a mí.

—Cierto, muy cierto —afirmó entre risas—. Pero bueno, iré al grano porque, de seguir así, voy a tener que ir a buscarla ahora mismo y no sé qué podría ocurrir...

—¿Tentado, inspector jefe? —pregunté con voz seductora.

—Mucho, letrada —aseguró—. Más de lo que podría llegar a imaginar. Pero muy a mi pesar no puedo, al menos no hoy —subrayó—. Pero hay más días y por eso te llamaba, para decirte que tengo libre el sábado. ¿Quieres que nos veamos?

—Por supuesto —anuncié sin vacilar—. Necesito descargar todo mi estrés.

—¿Ahora soy su vía de escape, letrada? —demandó, y percibí de nuevo su sonrisa.

—Puede ser. Tendré que comprobarlo.

—Pues lo comprobaremos en mi casa. Había pensado comer allí, después disponemos de toda la tarde para nosotros.

—También podemos hacer algo antes de comer, y entre medias...

—¡Uf, letrada, siempre me sorprende! Es algo que me encanta de usted.

—¿Solo eso le encanta de mí? Me decepciona, inspector jefe —dije con una fingida aflicción.

—Hay más cosas que me encantan de usted, aunque llevo mucho sin verla y empiezo a olvidarlas. Tendré que refrescar la memoria el sábado y observar su cuerpo con más detalle.

—Pensaba que era muy observador y tenía buena memoria, al menos de eso presume usted.

—Me ha pillado, letrada. —Volvió a reír.

—¿Te viene bien que esté allí sobre la una? —le pregunté, deseando en ese momento poder estar ya en sus brazos.

—¿Quieres venir tú? ¿No prefieres que vaya a recogerte?

—No, me acercaré yo. Iré en el metro, sé en qué estación bajarme y está muy cerca de tu casa, no me perderé.

—Pues entonces puedes venir a la hora que quieras, estoy deseoso de verte, Cris. Nos vemos el sábado, preciosa.

—Hasta entonces, Marc.

Guardé el móvil en el bolso y me quedé un rato más allí sentada, pensando en todo lo que acababa de revivir al ver a Javier. Me había alterado el alma y revuelto de nuevo mi interior. Empezaba a creer que mis heridas se estaban cicatrizando, pero ahora me daba cuenta de que solo había sido un espejismo, una pura y mera ilusión. La situación me angustió por completo y me hizo regresar de golpe quince años atrás, hasta la fatídica noche del *incidente*. Las lágrimas rodaron por mis mejillas al sentir aquel desgarrador dolor abriéndome las venas, tan fresco como el primer día.

En medio de todo el crudo dolor, Marc se hizo un hueco en mi mente, penetrando con fuerza. Repasé en la cabeza toda la conversación que acabábamos de tener, aferrándome a ella con vigor, porque mientras hablaba con él había conseguido calmarme, olvidarme de todo durante esos minutos, evadirme por un momento. Las comisuras de los labios se estiraron despacio pensando en él, pensando en algo positivo. Eso era lo que me decía mi psicoterapeuta, que debía contrarrestar los pensamientos negativos con unos positivos y siempre agarrarme a estos últimos. Y eso iba a hacer, necesitaba afianzarme a Marc. A él y a la felicidad que me proporcionaba en nuestros encuentros. Lo requería para poder sobrellevar la pesada losa con la que me había vuelto a cargar Javier.

Poco a poco noté a la ira desaparecer, aunque el dolor, a pesar de haber menguado, todavía permanecía en mí. Y me marché caminando despacio, arrastrándolo por las calles de Madrid. Un Madrid al que llegué con la intención de iniciar un cambio, y donde el cambio me había sorprendido a mí.

Cuando llegué al bufete estaba muy cansada, había andado mucho y con tacones altos. Tenía los pies destrozados, un terrible dolor de cabeza de tanto pensar y estaba hecha un lío. No sabía si contarle a Óscar que había visto a Javier o callármelo. Me preguntaba si él sabría que Javier estaba por aquí, si lo habría visto alguna vez, si vivía en Madrid o solo estaba de paso por algún tema legal. No podía más, la cabeza me iba a estallar en cualquier momento, tenía la impresión de que alguien estaba dándome martillazos siempre con el mismo intervalo: cinco segundos. Decidí ir a comer para tomarme una pastilla, tenía que mitigar el espantoso dolor de una vez. Aunque el peor dolor que soportaba era el que me producían los malos recuerdos, el que guardaba en el alma. Para ese no había ninguna pastilla, no había ningún remedio milagroso, no existía nada que eliminase todo aquel dolor.

—¿Nos vamos a comer? —preguntó Ana, apareciendo en el despacho con una sonrisa deslumbrante.

—Sí, iba a buscarte ahora. Necesito comer algo y tomarme un ibuprofeno, el dolor de cabeza me está matando. —Resoplé.

—¿Qué tal ha ido el juicio?

—Bien —contesté—. La señora López estaba muy nerviosa, pero intenté tranquilizarla. La jueza ve absurdas las peticiones del marido, como no podría ser de otra forma. Estoy segura que fallará a nuestro favor.

—Dalo por hecho. —Asintió—. ¿Nos vamos? —Mostró una vez más su espectacular despliegue de labios.

—Ana —la voz me tembló un poco—, quería decirte que siento si ayer no te contesté bien. Verás, no me gusta hablar de esos temas, no he tenido suerte en el amor. Solo tengo malos recuerdos en lo que se refiere a las relaciones sentimentales.

—No, discúlpame tú a mí —me suplicó—. No soy quién para decirte nada sobre esos temas sin apenas conocerte. Cada uno sabemos por qué actuamos de una manera o de otra, y tú tendrás tus motivos. Tema aclarado, Cristina.

—De acuerdo, vayamos a comer. —Estiré los labios casi sin fuerzas.

Ana se acercó a mí y me abrazó con dulzura. En ese momento sentí unas tremendas ganas de llorar, pero tenía que ser fuerte y aguantar, aún no podía hacerlo. Sabía que cuando comenzase, cuando me permitiera derramar la primera lágrima, sería difícil parar.

Al regresar a casa el dolor de cabeza permanecía conmigo, machacándome de continuo. Ese martillo que yo había imaginado sacudiéndome la sesera continuaba aporreándome sin cesar. Marta estaba en la cocina. Al pasar la saludé con escasa efusividad y, sin más explicaciones, fui a darme una ducha. Nada más entrar en el baño, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas; no podía contenerme más, estaba rota, destrozada, abatida. Mientras los cálidos hilos transparentes recorrían mi desnudo cuerpo, lloré con aflicción y a pleno desconsuelo. Por primera vez en muchos años me sentí sola y hundida, ver a Javier había trastocado de nuevo todo mi mundo.

De pronto, un golpe en la puerta me sobresaltó.

—Cris, ¿estás bien? Llevas mucho rato encerrada ahí.

—Sí, Marta, no te preocupes —contesté intentando templar la voz, sintiendo cómo las lágrimas no se acababan nunca—. Solo estoy alargando la ducha a ver si me despeja un poco la cabeza.

—Vale. ¿Quieres que te prepare algo y te tomas una pastilla? —preguntó preocupada.

—Sí, me vendría muy bien.

—Ok, pero no tardes en salir.

—No, descuida.

Sequé todas las lágrimas e intenté calmar mi estado de ánimo, algo muy difícil en ese momento. Salí de la ducha, me puse el pijama y me dirigí a la cocina a comer lo que Marta me hubiera preparado. Por el camino pensé que ojalá ella y sus conocimientos médicos pudieran darme algo capaz de arrancarme todos los malos recuerdos, todo mi dolor de una vez. Eso sí sería genial.

—Aquí tienes, Cris, un sándwich caliente y un plato de fruta variada —dijo nada más verme aparecer, acercándomelo a la mesa—. Y tómate esta pastilla, es de lo más efectivo para el dolor de cabeza.

—Muchas gracias, Marta, no sé qué haría sin ti. —Sin poder evitarlo, la voz se me quebró un poco, el nudo continuaba en la garganta. Intentando moderar mis sentimientos, me senté para intentar cenar.

—Pero, Cris, para la pena y la tristeza no tengo pastillas —añadió Marta mirándome apenada.

Me quedé inmóvil, callada, y las lágrimas afloraron de nuevo sin poder remediarlo.

—¡Oh, Cris! ¿Qué te pasa? —interpeló dándome un abrazo—. Puedes confiar en mí, desahógate, te sentirás mejor.

—No puedo, Marta, no puedo —insistí entre sollozos—. Es una historia larga y demasiado dolorosa. No puedo, de verdad —repetí sin parar el llanto.

—Cálmate, por favor. Si no puedes contármelo o no te apetece, no pasa nada, pero no quiero verte así.

Marta me besó en el cabello, igual que Marc la besó a ella el día que nos conocimos. Salvo que en su caso se trataba de un beso de cariño fraternal y en el mío era de amparo, un beso con el que pretendía consolarme.

—Sea lo que sea tendrá solución, todo la tiene, Cris. —Me levantó la cara para que la mirase y vi en sus ojos que ella también estaba a punto de llorar.

—No, por favor, Marta, no llores por mí o no podré soportarlo. —Prorrumpí en más sollozos.

—Entonces dejarás de llorar y así yo no te acompañaré. ¿De acuerdo? —Su voz sonó temblorosa y yo asentí con la cabeza para responder a su pregunta, no podía ni hablar—. Vamos a hacer una cosa, nos vamos a ir al salón y vas a tumbarte un rato. Pondremos algo en la tele, algo divertido, y nos calmaremos. ¿Te parece buena idea? —Asentí otra vez. La voz no brotaba de mi boca e intenté calmarme—. Pues no se hable más. Y no quiero ni una lágrima o terminaré llorando contigo —aseguró, secándome la cara con un pañuelo de papel.

Me levanté como un zombi, sin vida y sin voluntad, y me marché con ella al salón. Me tumbé en el sofá con la mirada puesta en la televisión, pero perdida en ninguna parte. No obstante, si eso servía para que Marta no sufriera por mí, bienvenido fuese. No sería justo que ella ni nadie se angustiase por mis problemas. Eran míos, solo míos, y solo yo debía enfrentarme a ellos y padecerlos. Nadie más.

Me levanté con la cabeza a punto de reventar y los ojos hinchados debido a tanto llanto. Había pasado una noche horrible, las pesadillas acudieron a mi cabeza sin parar, angustiándome de continuo. Volver a ver a Javier despertó a todos mis fantasmas para que regresaran con fuerza y me atrapasen el alma.

Me miré al espejo, mi cara era la viva imagen de un alma en pena. Tendría que maquillarme muy bien, con ahínco, para enmascarar todo el sufrimiento. En cuanto al estado de ánimo que reflejase, eso me preocupaba menos. Siempre se me dio bien disimular, con los años aprendí a hacerlo a la perfección, más aún después de haberme roto a llorar durante horas para vaciar mi aflicción. Estaba convencida de que nadie notaría mi angustia interior, tan solo debía ocultar la exterior bajo una buena capa de pintura.

Al llegar al bufete decidí contarle a Óscar lo de Javier, debía saberlo. Pensar que tenía que hablar sobre aquel malnacido hizo temblar a mi cuerpo entero. Llevaba años sin mencionar su nombre en voz alta, ni lo sucedido aquella maldita noche. Ni siquiera cuando volvía a revivir, a través de mis pesadillas, aquel condenado *incidente* y se lo contaba a Mari lo llamaba por su nombre o explicaba lo que me hizo. Eran palabras tabú para mí, estaban ligadas a demasiado dolor y no iba a malgastar saliva para convertirlas en un eufemismo. Por lo tanto era mejor omitirlas.

Le pregunté a Patricia cuándo regresaba Óscar y me dijo que por la tarde, y eso me llegó a crear ansiedad. Me encontraba tan alterada que necesitaba hablar con alguien, el terrible desasosiego me estaba destrozando. Pensé en llamar a Mari y miré con rapidez el reloj para saber la hora, las agujas pasaban unos minutos de las nueve, ya no era momento, seguramente estaría pasando consulta en el centro médico donde trabajaba. No me quedaba más remedio que esperar unas horas más hasta que Óscar regresara. Por mucho que aquello me estuviera consumiendo, debía doblegar mi inquietud.

A media mañana recibí al detective que llevaba el seguimiento de Saúl Arias, tenía pruebas de sobra acerca de su infidelidad. Le había sacado un montón de fotos con una rubia con pinta de pendón a la que estaba metiendo mano por todos sitios. En una semana se habían visto cuatro veces y siempre acababan en el mismo hotel. Pasadas un par de horas, Saúl regresaba a su casa.

¡Menudo cabrón! ¿Habría sido capaz de acostarse con su mujer después de estar con una de sus amantes? Solo de pensarlo me daban náuseas.

—El muy cerdo es un picha brava —anunció el detective.

—Ya he oído eso antes —respondí un poco sulfurada.

—No entiendo a ese tío, teniendo un bombón en casa se lía con sucedáneos. —Negó con la cabeza—. Aquí tengo más fotos con una morena. Está claro que no hace

ascos a nada, le gustan todas.

Con esa otra mujer Saúl se había visto dos veces en la misma semana. Tenía más clase que la anterior, se veían en un hotel diferente y pasaba más tiempo con ella.

—¡Es un cabrón, como todos los tíos! —Resoplé con furia.

—¡Eh, oiga, qué todos no somos así! —protestó el detective.

Lo miré de arriba abajo, perdonándole la vida por completo.

—No, es cierto. Solo el noventa y nueve por ciento —matizó mi cabreo. Pero al segundo fui consciente de que lo estaba pagando con la persona equivocada, e intenté rectificar—. Perdóneme. Es que los hombres así me sacan de mis casillas.

—¿Y cree usted que a mí me gustan? —preguntó sorprendido—. Por culpa de tíos como este los demás pagamos los platos rotos. Ya sabemos que hay muchos cerdos por ahí, pero también hay hombres con corazón y sentimientos, no se puede generalizar —explicó molesto—. Porque por esa regla de tres, yo también podría decir que todas las tías son perversas y crueles y solo buscan romper el corazón de algún ingenuo que se lo sirva en bandeja. Y, créame, tampoco todas son así.

—Tiene razón, perdóneme otra vez —insistí—. Estoy teniendo un mal día, el tipo este me ha encolerizado y lo he pagado con usted.

—Disculpada, no se preocupe —gruñó—. Y ahora, con su permiso, me voy. Ya he cumplido con mi trabajo.

—Gracias y adiós. —Estrechamos las manos y se marchó con celeridad.

Óscar regresó al bufete a primera hora de la tarde. Al verlo entrar en mi despacho el corazón se me disparó y comenzó a latirme a doble velocidad. No sabía cómo empezar, pero debía decírselo; necesitaba compartir aquel dolor tan grande que estaba asfixiándome por completo.

—Hola, Cristina. ¿Cómo estás? —preguntó, poniendo la mano en mi hombro.

Mi estómago, que se había convertido en un puñado de nervios, empezó a distribuirlos por todo mi ser, atenazándome con ellos.

—Bueno, he estado mejor —respondí, mientras las lágrimas me nublaban la vista.

—Marta me ha contado que no estás bien, que te pasa algo, pero que no pudiste contárselo. —Me miró y comencé a llorar sin poder contenerme—. ¡Chsss!, cielo, por favor, no llores, no soporto verte así. Cuéntame qué te pasa, Cris, yo te ayudaré, lo sabes.

—He visto a Javier —solté sin rodeos.

Óscar se quedó turbado, creo que hasta por unos segundos dejó de respirar. Al cabo de un rato, recuperó el habla.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —interpeló alterado.

—Ayer por la mañana, en el juzgado —contesté, sin poder parar de llorar.

Óscar me abrazó fuerte y me besó en la frente una y otra vez, intentando mitigar

mi desconsuelo, que no tenía fin.

—¿Te vio él? ¿Te habló? —volvió a preguntar, consternado.

—¡No, no me vio, joder! ¡Y que ni se le ocurra hablarme al muy cabrón o no sé qué sería capaz de hacerle! —exclamé encolerizada.

—¡Eh, eh, tranquila! Todo eso pasó hace mucho tiempo, Cris.

—¡Hace quince años, Óscar! —grité—. Y no lo he olvidado aún, no he podido —revelé con la voz agitada por el sollozo.

—Yo entiendo que volver a verlo ha tenido que ser muy duro para ti, no puedo ni imaginármelo, pero debes pasar página. Tienes derecho a vivir, Cris, no dejes que te quite eso también; y sobre todo no te lo sigas quitando tú.

—¡Él cambió mi vida, me destrozó! Cómo puedes decir que soy yo la que se quita el derecho a vivir. ¡Fue él, fue él! —volví a gritar, golpeándole con los puños en los hombros. Hacía años que no sentía recorrer con tanta fuerza aquel enorme agravio por mis carnes.

—¡Ya, ya, pequeña, pero tienes que olvidarlo! —instó, sujetándome los brazos para que dejase de golpearlo—. ¡Mírame! —Levantó la voz, sujetándome la cara con una mano, sosteniéndome la mirada—. No puedes vivir anclada al pasado, ni tú ni nadie. Tienes que continuar con tu vida. ¡Tienes que olvidarle! ¡Tienes que olvidarlo todo! Es por tu bien.

De nuevo me estrechó en su cuerpo más fuerte que antes. Era su manera de intentar protegerme.

—Yo quiero pero no puedo, Óscar, no puedo. Lo que me hizo fue...

—Ya lo sé, Cris, ya lo sé. Pero debes vivir —repitió con insistencia—. No has pensado que él seguramente se haya casado, tenga familia; habrá vivido su vida. En cambio tú...

—¡Él me robó la vida, joder, tú lo sabes! —chillé sin dejarle acabar y separándome de él—. Me hizo tanto daño..., y a ti también. —La voz se me ahogó en un susurro mientras las lágrimas corrían por mis mejillas como un torrente.

—Sí, pero yo seguí adelante, y tú debes hacer lo mismo, ya deberías haberlo hecho —me reprochó—. ¡Joder, pensaba que lo tenías más superado! —replicó con amargura—. Aunque sé de tu desconfianza hacia los hombres, creí que en estos quince años algo habría variado, pero veo que me equivocaba, y así no vas por buen camino, Cris. —Negó con la cabeza—. Debes empezar a confiar un poco en el género masculino porque todos los hombres no son como Javier, ni todos serían capaces de hacer lo que el muy hijo de puta te hizo. ¿Lo entiendes? —Alzó un tono la voz con la pregunta.

—¿Y cómo puedo saber yo eso? ¿Confianza en ellos? ¡No! ¡Nunca! —grité de nuevo.

—Cris —dijo mirándome con impotencia—, ¿cómo puedo ayudarte? —preguntó casi suplicando.

—No sé, quizá ya no tenga solución. —Sacudí la cabeza—. Quizá ya sea tarde.

—Me abracé a él.

Óscar y yo nos quedamos un rato en silencio, mientras yo intentaba calmarme.

—Sabes que me tienes para lo que haga falta, nunca lo olvides —susurró.

—Lo sé, Óscar, gracias. Eres el único hombre en quien puedo confiar.

Continuamos abrazados un largo espacio de tiempo. Después, cuando Óscar notó el regreso de la serenidad en mí, se apartó, me besó en la mejilla y me observó serio.

—No, Cris, hay más hombres buenos en los que poder confiar. Hazme caso y no lo olvides.

Intenté hablar, pero Óscar puso su dedo en mis labios, indicándome que no lo hiciera. Y callé, no tenía fuerzas para discutir.

Al día siguiente me levanté muy temprano, no podía dormir, aunque mi estado de ánimo se encontraba algo mejor. Desahogarme con Óscar, a pesar de no haber solucionado nada, me había sentado bien. Pensé que debía hacerle caso y sacar de una vez todos los espectros de mi cabeza, era algo necesario para mí, para mi vida. No obstante, no era una tarea sencilla, resultaba muy difícil librarlos de mi ser después de tenerlos apresados allí durante tantos años.

Creí más conveniente meditar en algo que me hiciera sentir bien, en uno de esos pensamientos positivos en los que tanto insistió mi psicoterapeuta, los que serían un buen alimento para mi mente según ella, y pensé en Marc; mañana nos íbamos a ver. Sentía unas inmensas ganas de estar debajo de él, de besarlo, de perderme en su hermosa mirada y de escuchar su voz, esa voz tan seductora y varonil que me alteraba. Me concentré en todo el placer que me daba, en cuánto me hacía disfrutar, y por un momento volví a sentirme tranquila y a gusto, como antes de volver a ver a Javier. Y, ¡zas!, ya había aparecido, ya estaba de nuevo en mi cerebro. Javier siempre volvía a mi cabeza aunque yo no se lo permitiese.

Necesitaba despejarme como fuese, pensar en algo que dejara de perturbarme, algo que me calmase la sesera. Mi hermoso y magnífico mar se coló en mis pensamientos, con su playa de arena fina y dorada y sus espumosas olas. Eso me relajó. Tras un pequeño rato de paz inundándome con el salitre de sus aguas, mis amigas también asaltaron a mi mente. Siempre tan comprensivas, siempre a mi lado sin condiciones; habían sido un puntal muy importante en mi vida. Y de nuevo, y por sorpresa, Marc volvió a aparecer. Ese increíble portento de la naturaleza que me volvía loca de deseo. La sonrisa abarcó mi cara al momento, y decidí aferrarme a esos gratos recuerdos e intentar alejar todo lo demás. Sabía que no sería fácil, pero al menos debía intentarlo.

Llegué al bufete temprano y me encontré con Patricia, que estaba abriendo en ese instante.

—Buenos días, Cristina, últimamente eres muy madrugadora —observó con su bonita sonrisa.

—Sí. No duermo bien y me despierto temprano.

—Pues hay que dormir unas ocho horas, es muy bueno para la piel, o eso he oído.

—Sonrió más.

—¡Vaya! Espero que no me salgan arrugas. Solo me faltaba eso. —Hice un mohín.

—Por si acaso, será mejor que duermas más. ¿No crees?

—Sí, lo intentaré —contesté—. Y ahora me voy a trabajar.

No hacía ni cinco minutos que me había sentado cuando Ana entró en mi despacho.

—Buenos días, Cristina.

—Hola, buenos días.

—Sobre la una vendrá Susana. ¿Ha encontrado algo el detective?

—Sí, corrobora que este tío es un auténtico cabrón con pintas —enuncié de seguido—. En una semana se ha visto con dos mujeres distintas y en diferentes hoteles. Aquí tienes todas las fotos y el informe de seguimiento. No te equivocabas con él.

Ana ojeó todo durante un rato sin parar de negar con la cabeza, consternada.

—¡Menudo pedazo de cerdo! —espetó con malhumor—. Siento tanta pena de Susana. —Suspiró—. Pero por otro lado, estoy feliz —añadió—, lo tenemos pillado, con todo esto no puede negar la evidencia. Hablaremos con ella, a ver qué quiere que propongamos. Tendrás que ponerte en contacto con su abogado para concertar una cita —avisó, mientras continuaba mirando las fotos.

—¿Y si no quiere llegar a un acuerdo?

—Tendremos que hacerle reflexionar sobre lo que supondría un escándalo en los medios para sus negocios —contestó, dando golpecitos en la mesa con los dedos.

—Eso lo va a cabrear mucho. —Me reí para mis adentros.

—Pues que se joda, él se lo ha buscado. ¿No te parece?

—Por mí fenomenal —aseguré contenta—, pero espero no llegar a esos extremos. Susana tampoco lo pasaría bien —subrayé.

—Yo también lo espero —confirmó Ana—. Aunque a veces, con gente de esa calaña, para vencer también debes sufrir, es un precio a pagar. Susana lo sabe y lo tiene asumido. Va a ir a por todas.

—Desde luego, si ella está dispuesta a hacerlo, quiénes somos nosotras para decirle que tenga cuidado.

—Exacto —resolvió—. En fin, en cuanto llegue Susana vendremos a tu despacho, tenemos que aligerar este tema cuanto antes. —Se encaminó a la salida.

—De acuerdo. Ahora me voy a la notaría, tengo cita con un par de clientes, pero

antes de la una estaré de vuelta.

—Ok, Cristina, nos vemos luego.

Cuando regresé al bufete faltaban menos de diez minutos para la una. Al entrar vi a una mujer de espaldas hablando con Ana. Me imaginé que sería Susana y que estaban esperándome.

—Mira, aquí está —anunció Ana—. Susana, te presento a Cristina Marín, socia del bufete y tu abogada.

—Encantada, Cristina. —Me estrechó la mano—. Soy Susana Valdés. Ana ya me ha contado que habéis hecho un seguimiento a mi marido y que tenéis pruebas de su infidelidad —afirmó con voz triste, tanto como su mirada.

—Cierto. Pasemos a mi despacho y tratemos el tema allí, por favor. —Le indiqué con la mano.

Susana era una mujer atractiva. No era muy alta, estaba demasiado delgada y llevaba el pelo muy corto y caoba. Tenía mucha personalidad, a pesar de la mirada taciturna y casi perdida. Aunque no me extrañaba que se sintiera así, debía de estar pasando por un infierno soportando al adúltero de su marido.

Entramos en el despacho, nos sentamos y le acerqué a Susana el informe del seguimiento de Saúl. Cuando vio las fotos, de inmediato se echó a llorar. Ana la abrazó, intentando calmarla, y el corazón se me encogió al ver su gran aflicción.

—¿Quieres una tila? —le pregunté.

—No, gracias, no te preocupes. Ya se me pasa. —Se enjugó las lágrimas.

—Susana, ya lo sabías. No es algo que te coja por sorpresa —explicó Ana, acariciándole la cara.

—Ya lo sé. Pero verlo se hace muy duro, de verdad. —Inspiró fuerte.

—Lo entiendo. Por eso vas a separarte de ese cabrón y vamos a conseguir el acuerdo que tú quieras. Lo tenemos pillado. —Ana asintió.

—No conoces a Saúl. —Susana sacudió la cabeza—. Si no quiere llegar a un acuerdo se buscará cualquier tipo de treta para salirse con la suya. Tiene siempre salidas para todo, es lo que tiene el dinero.

—Bueno, pero nosotras tenemos pruebas de su infidelidad —añadí—. Existe un acuerdo prematrimonial que deja muy claro ese punto. Iremos a juicio y nos lo comeremos con patatas —declaré mirándola, y sonreí, esperando que mis palabras le consolaran un poco.

—Pero yo lo quiero evitar. No quiero más luchas con él, no tengo fuerzas. Saúl es una persona que me absorbe la energía, me mina la moral. No quiero eso. Solo lo haré en caso extremo. —Sus lágrimas volvieron a brotar.

—Vale, como tú quieras. —Apreté su mano—. Ahora hablemos del acuerdo que quieres. Tengo que ponerme en contacto con su abogado y cerrar esto lo antes

posible.

Susana nos explicó con detalle lo que quería. A mí me pareció muy poco para lo que le correspondía por el acuerdo prematrimonial, aunque después de ver su abatimiento no quise presionarla más. Era su decisión, y yo, como abogada, tenía que conseguir lo que mi cliente demandara. Sentí mucha pena por ella, le había destrozado la vida vivir con semejante cerdo. Yo sabía muy bien cómo se sentía una persona cuando le quebraban la vida, había vivido en mis carnes un sufrimiento parecido. Entendía su decaimiento porque yo conocía de primera mano el sabor de la desolación.

El sábado cogí el metro alrededor de las doce. Solo tenía que hacer un trasbordo, de modo que antes de la una estaría en casa de Marc. Una vez más, tuve la suerte de que Marta estuviera de guardia en el hospital porque no regresaría hasta el domingo de madrugada. Podía ahorrarme una absurda disculpa para poder pasar el día fuera de casa.

Para aquel encuentro me había vestido con unos *short* vaqueros de color blanco, una camiseta morada de tirantes, mis sandalias de cuña alta y un bolso tipo bandolera. Un atuendo sugerente pero que desprendía un toque informal.

Al llegar al portal de Marc llamé al portero automático, los nervios se adueñaron de mi estómago nada más apretar el botón. Estaba ansiosa por volver a verlo, por disfrutarlo entero, se había convertido en toda una necesidad para mí. Más aún después de la infernal semana que había pasado tras reaparecer Javier en mi vida.

Subí en el ascensor hasta su dúplex. Al salir, mis ojos lo encontraron de frente, esperándome apoyado en el quicio de la puerta de su casa. Me sorprendió verlo con un delantal atado a la cintura, parecía todo un cocinero profesional.

—¡Vaya, inspector jefe! ¿Este es ahora su uniforme? —le pregunté al ponerme a su lado.

—Parece que sí, ahora estoy en la cocina, letrada. —Me guiñó el ojo—. Pasa y siéntate. Ahora estoy contigo, tengo la lasaña preparada para meterla al horno.

En cuanto Marc cerró la puerta me lancé a su boca y lo besé con auténtico desespero. Había pasado demasiados días sin besar sus sugerentes y carnosos labios. Mi boca lo saboreó con ganas, lo degustó hasta con la última papila gustativa.

—¡Uf! Parece que tenía tantas ganas de verme como yo a usted, letrada. Ya sabrá lo que este apasionado beso acaba de provocar en mí, en una parte de mi anatomía. —Sonrió con una mirada traviesa.

—¡Vaya! Tan poco hay que hacer mucho para animarlo a usted.

—Eso parece, o al menos con usted me sucede muy a menudo. No sé cómo lo hace, pero es lo que logra siempre —contestó, cogiéndome la cara entre sus manos—. Estaba deseoso de volver a besarte, aunque también echo de menos hacer otras cosas contigo —susurró, pegando la frente a la mía.

Marc y yo volvimos a besarnos con más ganas. Apretó su cuerpo contra el mío con la intención de hacerme partícipe de su excitación, algo muy obvio, y bajó despacio las manos hasta mis nalgas para acariciarlas.

—¡Joder, cómo me pones, Cris! —exclamó, apretándome más en su cuerpo.

—Lo noto. —Sonreí—. ¿Y sabes qué me pone a mí mucho, muchísimo? —susurre entre sus labios.

—¿El qué?

—Tu uniforme de policía.

—¡Ah, sí! ¿Te excita verme con el uniforme? —preguntó con cierta risa.

—Sí. De vez en cuando fantaseo con esa idea —confesé.

—¡Uf! Está bien saberlo —contestó Marc con una sonrisa llena de pretensión—. Cuando quieras me lo pongo solo para ti. —Volvió a guiñarme el ojo, por él corrían trazas de lascivia en ese momento.

Me alteré al ver lo que sugería su iris verde y profundo que emanaba lujuria.

—¿Y me castigarás por ser una chica mala? O mejor aún, ¿me esposarás? —pregunté contemplándolo fijamente, mordiéndome el labio inferior mientras interpretaba todo lo que sus ojos contaban que querían hacerme.

Marc se quedó callado, observándome. Su mirada, encendida y arrebatada de sensualidad, me hizo desear estar esposada a su cama, inmóvil ante él, con su voraz lengua recorriéndome todo el cuerpo. Un cuerpo que vibraba una y otra vez al sentir su penetrante deseo en lo más hondo de mí, deshaciéndome en placer y jadeos roncós y desgastados por tanto uso. Solo con imaginar todo eso bastó para excitarme.

—Te haré todo lo que tú quieras, preciosa —habló por fin, acariciándome a la vez la cara con el dorso de la mano—. Aunque, si tengo que ser sincero, prefiero tener tus manos sueltas recorriendo mi cuerpo. Pero si tú quieres que te espose, pídemelo y yo lo haré. —Esbozó una sonrisa maliciosa que ensanchó por instantes—. Ya te he dicho que voy a hacerte todo lo que quieras, todo lo que me pidas, Cris. Solo voy a vivir para darte placer, para hacerte disfrutar.

Nos besamos una vez más arrebatados en ganas, enredando con ansia las fogosas y desesperadas bocas. Y en medio de aquella incipiente pasión desenfrenada, mi mano empezó a acariciar el erecto miembro de Marc, que sobresalía por debajo del delantal.

—Parece que me busca, letrada. —Pinceló una sonrisa.

—¿Solo lo parece? Entonces tendré que ser más directa —concluí.

Desaté el delantal de Marc con prisa y lo tiré al suelo. Bajé la cremallera de su pantalón e introduje la mano para acariciar su perfecta máquina de placer, la herramienta tan estupenda como insuperable de la que disponía para mi disfrute y con la que me hacía perder la razón. En cuanto comencé a acariciarla, nada más sintió el roce de mi suave piel en ella, la respiración de Marc se alteró. Los ojos se le cerraron unos segundos, los párpados me privaron de su magnífica mirada, pero él quería disfrutar al máximo de la caricia y no deseaba percibir nada más que el aterciopelado toque de mi mano. Unos segundos después abrió los ojos y me cogió la cara con las manos. Volvió a besarme con absoluto deseo, enardecido, empañándome la boca con unos recién despertados jadeos llenos de pretensión y propósitos. De pronto, me sacó la mano de su entrepierna y, entrelazándose a mis dedos, tiró de mí hasta el salón. Al llegar al respaldo del sofá, Marc se apoyó en él, me acercó a su cuerpo y me besó de nuevo con ansia. Con tanta, que mis ganas comenzaron a palpar con vehemencia, casi con codicia. En ese momento de álgida excitación para ambos, Marc desabrochó

mi corto pantalón con celeridad y lo dejó caer al suelo. Apartó su boca de mí y me miró fijo a las pupilas; yo luchaba por recuperar algo de aliento e intentaba calmar las brutales ansias por tirarlo al suelo y montarme encima de él sin piedad. Volví a escuchar ese sonido rasgado, el del encaje al romperse. Un sonido que no sabía ni de dónde provenía debido a la altísima excitación que me nublaba. Aunque en unos pocos segundos comprendí lo que acababa de suceder, Marc había vuelto a dejarme sin braguitas.

—No te hace falta llevarlas cuando estés conmigo. ¿No opinas lo mismo? —preguntó, dejando caer los trozos de encaje al suelo, sonriendo con una temible perspicacia.

—Parece que le ha cogido gusto a romperme las bragas, inspector jefe.

—Eso parece. —La mirada se le encendió más todavía.

Tiré de su pelo hacia atrás y lo besé enajenada. Su pasional acto me había enloquecido, embravecido, desatado... y quería algo más que unir nuestras bocas, necesitaba tragármelo. Lamía, besaba y mordía los perfilados labios de Marc como una loca, y él me respondía con la misma necesidad a la vez que las manos se le perdían por las cumbres y valles de mi cuerpo. Nos enzarzamos en una batalla de lenguas afiladas, sedientas por complacer y disfrutar hasta el último aliento. En medio de la fogosa pelea, mis manos, ansiosas como nunca, temblorosas de pasión, desabrocharon el pantalón de Marc con prisa, quería descubrir su magnífica virilidad. Un órgano que en ese momento estaba deseoso de descargar toda la pasión que contenía; y yo, desesperada por sentirlo dentro de mí, cubriéndome, ocupándome con ambición. Marc me quitó la camiseta con rapidez y besó con desenfreno mi cuello, llegando a ejercer una leve violencia ligada por completo a la endemoniada pasión que nos había poseído por entero. Me desabrochó el sujetador con gran destreza, como si llevara toda la vida haciéndolo, y acurrucó mis pechos en sus manos, gimiendo por el placer que le producía sentirlos en su piel. Los lamió con total voluptuosidad, turnando la boca para complacer a ambos por igual, repartiendo los besos, adjudicando la misma ración de caricias a cada uno. Marc me tenía excitadísima con su exaltada pasión y ya no podía más, necesitaba tenerlo en mis adentros cuanto antes.

—Marc, fóllame —susurré en su oído, me era imposible aguantar más aquella desquiciada excitación a la que me tenía sometida.

—¿Quieres tenerme dentro de ti, Cris? —musitó, mirándome con unos dulces ojos de los que saltaban chispas.

—Sí, por favor, ya. —La voz se me ahogaba en mi propia estimulación.

—Tus deseos son órdenes, preciosa. —Se separó un poco de mí—. Dame un minuto para ponerme un condón y mientras colócate en aquella pared. —Señaló la que estaba frente a nosotros mientras se quitaba los pantalones.

—¿Por? —pregunté extrañada.

—Porque lo vamos a hacer allí, de pie. ¿No te apetece?

—¿Quieres empotrarme contra la pared? —bromeé.

—Bueno, si para ti querer entrar hondo y profundo dentro de ti, ocuparte hasta dejarte sin respiración es empotrarte, entonces sí. ¿Te gusta la idea? —preguntó con una media sonrisa.

—Creo que me has convencido —respondí, esbozando también una sonrisa, pensando que una vez más Marc había planeado la manera de practicar sexo conmigo.

—Pues vamos, espérame allí. —Me guiñó el ojo.

Marc se acercó a la mesa del salón y abrió una cajita de madera, sacó un preservativo que se puso con extrema rapidez y volvió a mí con urgencia. Yo ya lo esperaba ansiosa por completo, apoyada en la pared tal y como él me había pedido, deseosa de que entrase en mí por fin. Apretando su cuerpo contra el mío nos besamos como locos, nos devoramos, y entre la locura de bocas sedientas, aprovechó para subirme las piernas y posarlas en sus caderas.

—¿Qué querías, Cris?

—Tenerte dentro de mí —contesté, con el cuerpo entrelazado a su tronco.

Sin perder mi mirada, Marc entró en mi interior con absoluta facilidad debido a mi alta excitación. Me sobresaltó con un fuerte empellón lleno de pura energía que me hizo perder la razón y exclamar casi en grito. Marc se alarmó:

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado, parando al momento.

—No, todo lo contrario. —Negué con la cabeza—. Me has hecho traspasar el cielo, creo que he llegado a la estratosfera. —Sonreí mirándolo con avidez—. He echado tanto de menos sentirte así, sentir tu fiereza, Marc. Quiero más, por favor, no pares —le rogué.

—Yo también he anhelado mucho tu fantástica profundidad, mi increíble, cálida y húmeda entrada al placer, no sabes cuánto, Cris. Pero ahora por fin estoy dentro de ti, ¿me sientes? —interpeló, empujándose más contra mí.

—Cómo no sentirte, estás dentro de mí por entero, y me encanta.

—A mí me fascina estar dentro de ti, moverme en tu interior, follarte. Follarte como a ti te gusta. ¿Empezamos, Cris? —preguntó, con un tono atiborrado de lujuria.

—Sí —contesté, creyendo que iba a derretirme tan solo sintiéndolo de esa forma, apretado en mí y sin ni siquiera moverse.

El vigor de Marc, con un control absoluto, se hundió una y otra vez en mi cuerpo, penetrándome con profundidad, elevándome tan rápido hacia el clímax con su impetuosidad que no podía creerlo. Nuestros cuerpos desprendían tanto calor que empañaban la estancia, todo el espacioso y poco decorado salón que Marc tenía. El aire acondicionado trabajaba a pleno rendimiento, no daba más de sí para sofocar todo el ardor que librábamos.

—¡Me corro, Marc! —jadeé, notando cómo me llegaba una oleada de placer arrasadora.

Marc me miró sorprendido. Seguramente porque era la primera vez que yo me

adelantaba a sus palabras pidiéndome el orgasmo.

—Sí, preciosa, hazlo —habló ahogado, pero empujando con más ritmo.

Me rompí en mil pedazos al estallar el orgasmo en mi interior. La sensación de los espasmos sacudiéndome era tan brutal que apoyé la boca en el hombro de Marc para no chillar de gusto. Sin darme ni cuenta, le hingué los dientes. Lo noté al escucharle lanzar un suave quejido contrayendo su hombro al mismo tiempo. Eso sí, ni aquello lo detuvo para continuar con su estoica cabalgada. Levanté la cabeza y lo miré, su cara estaba desencajada buscando el placer.

—¡Córrete! —casi le ordené.

—Sí, sí..., ya... —jadeó, y paró los bruscos movimientos.

Mis carnes absorbieron el preciso instante en que le atrapó el orgasmo. Lo sentí como ninguno hasta ahora, su cuerpo vibraba en exceso y se apretaba al mío de forma fiera. Por un instante creí que iba a partirme de continuar vaciándose así. Al fin terminó, su fuerte y desmedido temblor pasó, y apoyé la cabeza en la suya para reposar nuestro agotamiento. Marc, pegado a mi cara, exhaló fuerte el aire y pude inhalar el suave aroma que destilaba su piel, empaparme de él, de aquella fragancia que me volvía loca: el dulce olor del éxtasis.

—¡Dios, ha sido increíble, preciosa! —exclamó, con un poco de ahogo todavía.

—Sí, estábamos ansiosos por follarnos.

—No lo dudes. Y además tú estabas hambrienta y querías comerte mi hombro. —Emitió una sutil sonrisa.

—Lo siento, perdona. No quería chillar y he apoyado la boca en él sin darme cuenta de que te clavaba los dientes.

Separé la cabeza de su frente y le retiré la camiseta para ver si había dejado alguna marca. Me sorprendí al encontrar mi dentadura casi al completo grabada en su hombro.

—¡Joder, no creí que fuera tanto! —lamenté.

—No te preocupes, ha merecido la pena solo por estar dentro de ti. Además, si querías gritar, eso significa que te lo has pasado muy bien, y me gusta mucho pensar eso. —El rostro se le llenó de astucia.

—Sería imposible pasarlo mal contigo practicando sexo —dije entre risas.

Estiré las piernas hasta tocar el suelo. Entonces, Marc me cogió la cara y me besó con ternura.

—Ahora, letrada, creo que deberíamos adecentarnos un poco y comer. Luego continuaremos. —Me guiñó el ojo.

—De acuerdo, inspector jefe.

Cuando bajé del baño Marc ya había puesto la mesa y estaba repartiendo la lasaña. Él no lo sabía, pero ese plato que había preparado era una de mis comidas favoritas. Sirvió un poco de vino en unas altas copas, un rioja de reserva, y nos sentamos a comer. Empezamos a charlar un rato sobre nuestros trabajos, aunque a Marc no le gustaba mucho hablar del suyo, me di cuenta enseguida, tras esquivar ese

tipo de conversación en dos ocasiones, con dos preguntas distintas que mi curiosidad quería satisfacer. Con sutileza, desvió la charla para cambiar de tema, y comenzamos a hablar de su hermana, de Óscar, de la relación de ambos... Marc y yo conversamos de todo pero sin llegar a nada importante. Y de pronto, sin saber ni por qué, Javier invadió mi mente. Las entrañas se me encogieron al recordarlo una vez más en el juzgado.

«Apártalo, Cristina, apártalo, no dejes que siga robándote la vida. Vuélcate en el placer que Marc sabe darte, en el placer que no habías disfrutado hasta ahora y apártalo.»

—¿Eh, dónde estás? —Marc chasqueó los dedos frente a mi cara, abstrayéndome de los pensamientos—. Aquí no, desde luego.

—Perdona, solo estaba recordando lo que acabamos de hacer, nada más. —Me encogí de hombros, disimulando a la perfección.

—Muy mal. —Meneó la cabeza con desaprobación—. Cuando estés conmigo no tienes que recordar sino practicar, cuanto más mejor. —Estiró con suavidad los labios—. Los recuerdos déjalos para luego. ¿No estás de acuerdo?

—Por supuesto. —Sonreímos los dos, a la par.

—¿Te ha gustado la comida?

—Sí, estaba buenísima —afirmé—. Eres un buen cocinero, la lasaña no es una receta fácil. Además, te confesaré que es uno de mis platos favoritos.

—Me alegró mucho de que le haya gustado, y de que esté entre sus platos favoritos, letrada. —Marc acercó los labios a mi boca y nos besamos—. Voy a recoger todo esto —avisó—, y tú, mientras tanto, podías poner algo de música. ¿Te parece bien?

—Perfecto, inspector jefe. —Le volví a sonreír y me levanté para dirigirme al equipo de música.

Mirando los CD no dude un solo segundo al ver el de Amy Winehouse. La gran Amy. Adoraba su música, me trasmitía energía, me llenaba de fuerza. Sus canciones eran la mezcla adecuada de sensualidad y potencia. Lo metí en el equipo y empecé a bailar en cuanto la música comenzó a sonar. Mi cuerpo se contoneaba al ritmo de la cálida canción que sonaba, contagiándome su seducción. No paré de moverme hasta que la embriagadora melodía llegó a su fin.

Unos aplausos acompañados de un fuerte silbido sonaron al fondo. Me di la vuelta y vi a Marc admirándome, apoyado en la pared y vitoreando sin parar.

—¡Bien, muy bien! —Silbó—. ¡Bailas muy bien, Cris! —Se acercó a mí y me abrazó por la cintura—. Aunque no sé si la definición correcta para lo que acabo de presenciar sería «bailar».

—¿Ah, no? —pregunté algo asombrada—. Entonces, ¿cómo lo definirías?

—Bueno, más bien diría que seduces con tu baile, que haces el amor con la canción. Esa sería la definición correcta —aseguró con firmeza—. Y añadiré algo más, estoy convencido de que cualquier hombre que te haya visto bailar de esa forma

tan sensual habrá sentido un acaloramiento capaz de provocar una reacción en su cuerpo. Aunque donde más acusará dicha reacción será en una parte concreta, una que se habrá visto en la obligación de crecer hasta tensarse. Al menos conmigo lo has conseguido. —Me guiñó el ojo.

—¡Oh, eres incorregible! ¡Todo lo que hago te provoca una erección! —Me reí—. A este paso voy a pensar que eres un obseso sexual —bromeé.

—Sí, tienes esa habilidad. —Marc asintió—. Yo no tengo la culpa, tú lo provocas. Solo con que andes o te contonees de esa forma tan seductora que tienes, ya lo has logrado.

—Como sigas así no voy a poder ni respirar, también te provocaré con mi forma tan sexi de inhalar el aire.

—No lo pongas en duda. —Estiró los labios—. Toda tú haces arder mi sangre, hagas lo que hagas, aunque estés quietecita.

—Vuelvo a reiterarme, eres un obseso sexual. ¡Te excito aunque no haga nada! —Contuve la risa.

—Sí, yo también empiezo a pensar que vas a convertirme en uno de ellos —susurró, acercando su boca a la mía y nos besamos con pasión—. Y hablando de excitación y de sexo, tengo algo que proponerte —anunció, con los ojos sobre mi boca.

—¡Ah, sí! ¿El qué?

—He pensado que podíamos jugar un poco. ¿Qué te parece?

—¿Jugar a qué? —demandé llena de curiosidad.

—¡Oh, es un juego que te gustará, Cris! ¿Quieres? —preguntó, subiendo la mirada a mi retina, observándome con seguridad.

—Para saber si quiero primero tendré que saber de qué se trata, ¿no crees?

—Por supuesto.

—¡Pues dímelo ya! —exclamé con fuerza.

—De acuerdo. Como te habrás dado cuenta, no hemos comido postre. Y no lo hemos hecho porque he pensado que podríamos hacerlo de una forma divertida y excitante.

—¿Cómo?

—Quiero comerme el postre en tu cuerpo —reveló con astucia—. Aunque hay reglas para ello, claro. No debes moverte mientras lo hago, o no tendrás tu premio.

La intriga se despertaba en mí por milésimas de segundo.

—¿Y en qué consiste el premio?

—Sí no te mueves y me dejas comer el postre, yo te premiaré —afirmó, acercando la boca a mi oído—. El premio consistirá en perder mi lengua durante unos segundos por una parte de tu cuerpo que me vuelve loco —dijo, a la vez que bajó la mano hasta mi sexo y lo apretó con suavidad—. Justo aquí, Cris.

Al sentir su mano en mi íntimo rincón me estremecí, y el eco de sus palabras sobre dónde pensaba perder la lengua me retumbaba en la cabeza sin cesar. Entre las

caricias y las palabras solo deseé una cosa, tener su lengua ahí, en ese lugar que tanto le gustaba a él y que a mí me trastornaba al sentirla.

—Y si me muevo me quedo sin premio, ¿no? —pregunté, temblando con solo pensar que eso pudiese ocurrir.

—Te quedas sin premio, pero además puedes tener un castigo.

«¿Un castigo? ¿Pero de qué va este tío? No es bastante ya dejarme sin premio».

—¿En qué consiste el castigo? —El corazón se me agitó un poco.

—No te preocupes, Cris, no será nada que duela —respondió con dulzura—. No me gusta el dolor. Creo que en el sexo solo debe haber placer, no concibo dolor en él. Así que no tienes de qué preocuparte, pero no sabrás el castigo hasta el final, si es que lo tienes —explicó con orgullo.

—¿Y qué tengo que hacer entonces?

Los nervios empezaban a arañarme las paredes del estómago.

—Tumbarte encima de la mesa, me servirás de plato. —Paseó el dedo índice por mis labios—. Yo echaré encima de tu vientre nata, helado..., y después me lo iré comiendo. —Se chupó los labios igual que si lo estuviera degustando—. Lo único que debes hacer es quedarte quieta y yo te premiaré por ello de la manera que te he explicado antes —aseguró, relamiéndose de tal forma que las entrañas se me encogieron.

—Sabes que tengo muchas cosquillas —manifesté, pensando que eso me hacía jugar en desventaja y yo ansiaba por mi premio.

—Pues usa tu poder mental para controlarlas, puedes hacerlo. Ahora contesta, ¿quieres jugar o no?

—Sí —respondí sin pensarlo.

—Sabia decisión. —Asintió con una pícaro sonrisa—. Voy a poner algo encima de la mesa para que no te quedes pegada a ella. Ve desnudándote, preciosa, ahora vengo con todo.

Según me estaba desabrochando los *shorts*, volvió y se acercó a mi oído.

—Ves como no te hacen falta para nada las bragas. —Me miró sonriente, arqueando las cejas, y se marchó.

«¡Pero será caradura! Y lo peor es que me pone un montón que sea así, ya estoy excitadísima. ¿Dónde te estás metiendo, Cristina?»

Nada más terminar la breve conversación con mi conciencia, Marc trajo una pequeña colcha de un blanco inmaculado, la colocó encima de la mesa y me pidió subir a ella. Conforme me acomodaba, me preguntaba a mí misma qué narices estaba haciendo; mi cuerpo estaba entusiasmado con aquello, pero mi mente se sentía turbada.

Mientras Marc disponía todos los preparativos de su juego, intenté calmarme un poco con la música de Amy, que continuaba sonando de fondo.

Al regresar, volvió a preguntarme si quería hacerlo. Le contesté que sí, asintiendo con la cabeza, los nervios, tanto por la excitación como por lo desconcertante de la

situación, no me dejaban ni hablar. Acariciándome la cara, me miró con firmeza, sus ojos expresaban una gran felicidad, se notaba que estaba disfrutando mucho con lo que había ideado.

—Te voy a echar nata por la tripa y luego la chuparé con mi lengua. No debes moverte, Cris. ¿Estás preparada?

—Sí —afirmé en voz queda, suspirando.

Marc se puso frente a mí, entre medias de mis piernas a medio colgar, y me echó nata por el bajo vientre, por donde más cosquillas tenía. Deslizó toda su ardiente lengua por el rastro dibujado con el espray, y yo peleé por contener mi cuerpo para no moverme ni un solo milímetro. Lo conseguí.

—Buena chica. Acabas de ganarte tu premio —habló con astucia.

La sedosa lengua de Marc danzó por mi íntimo rincón durante unos segundos, haciéndome creer con su maravilloso contacto que me derretía. Me sobresaltó por completo sentir su punta en el interior de mi vagina, una penetración superficial pero muy placentera, otra experiencia nueva y desconocida para mí. Después se apartó, dejándome con ganas de más, excitada. Deseé gritarle que volviera a meter esa lengua en el mismo lugar del que la acababa de sacar, quería más de ese placer ignorado hasta el momento por mí. Pero había decidido jugar a su juego, ahora no podía protestar, y callé.

Marc prosiguió haciendo lo mismo con sirope de fresa, chocolate líquido un poco templado y helado de vainilla. Los superé todos, y con cada uno de ellos recibí mi placentero premio siempre de idéntica forma. Estaba a cien, me tenía encendida. Me alegré al creer que había terminado todo y que ahora su magnífica lengua me aliviaría de una vez, temblaba pensando en sentirla de nuevo. Sin embargo me equivoqué, el juego no había terminado.

—Ahora queda la última prueba, el hielo —anunció Marc con júbilo—. Voy a pasarte este frío y helado cubito desde el vientre hasta el pubis, Cris —me explicó mostrándomelo—. Si no te mueves, terminaré lo que estaba haciendo hasta que vibres en mi boca.

La lengua de Marc se arrastró con sutileza por entre medias de los labios, provocándome más y con deliberada intención. Posó el cubito en mi vientre y lo deslizó despacio, recreándose en el desplazamiento. Al bajar hacia mi monte de Venus fue imposible no moverme, estaba demasiado frío, tanto que quemaba; mi movimiento era causa de un absoluto acto reflejo.

—¡Oh, letrada, se ha movido! —entonó con una mirada cargada de sagacidad—. Acaba de quedarse sin premio y ahora tendré que buscar su castigo.

—¡Es imposible aguantar ese cubito, y tú lo sabías! —le reproché.

—Puede que sí o puede que no. Eso no lo sabrás nunca. —Me besó en los labios—. Lo que sí sabes es que ahora tienes que cumplir mi castigo, y ya he decidido cuál va a ser.

—¿Cuál? —pregunté un poco molesta.

—Cris, mi castigo consiste en que tú termines mi trabajo. —Me contempló fijo—. Tócate para mí.

—¿Quieres que me masturbe? —pregunté atónita.

—Exacto. Quiero que te masturbes para mí —respondió, mirándome desafiante y tierno a la vez—. ¿Acaso nunca lo has hecho?

—Sí, alguna vez —respondí, sin poder creerlo.

«¡Pero eres tonta Cristina! —alzó la voz mi conciencia—. Haberle dicho también que la última vez lo hiciste pensando en él, que lo imaginaste haciéndotelo como un loco mientras tú te derretías en su cuerpo. Es lo que le faltaba por oír con la pose de arrogante que tiene ahora.»

—Pues entonces sabes cómo hacerlo, preciosa, no tiene que darte vergüenza que yo lo vea —expresó—. Tú y yo hacemos otras cosas y no te avergüenzas, ni tienes por qué. —Acarició mi mejilla.

—¿Y tú te masturbas? —interpelé, un poco cabreada al verlo tan petulante.

—Sí, también lo he hecho —aseveró sin pudor—. Sobre todo en mi adolescencia. Ya sabes, las hormonas a esa edad están muy revolucionadas —contestó entre risas—. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste tú, Cris?

«¿De qué coño va este tío? A él no le importa. Eso es algo muy íntimo.»

—¡Y a ti que más te da! Eso es cosa mía —protesté.

—O sea, hace poco. —Sonrió de nuevo, yo me quedé asombrada observándolo.

—¿Cómo? ¿Y tú qué sabes?

—Con tu respuesta me lo acabas de decir —dijo con convencimiento—. ¿Ya estábamos viéndonos?

«¿Pero esto qué es, un jodido interrogatorio?»

—Yo no he dicho que lo haya hecho hace poco —contesté incorporándome, mi conciencia se estaba levantando en armas.

Pero Marc, contemplándome de forma dulce, posó la mano en mi pecho, empujándome con suavidad hasta tender de nuevo mi cuerpo en la mesa. Y la conciencia dejó su sublevación ante aquella mirada verde inundada de ternura.

—¿Pensabas en mí cuándo lo hacías? —interpeló, acercándose a mi cara, sin apartar esa expresión melosa.

—Pero ¿qué dices? Yo no he dicho nada, Marc, tú lo estás diciendo todo. —Levanté un poco el tono de voz.

—Cris, soy policía, sé deducir —confirmó—. Cuando una persona no contesta a una pregunta y en su lugar realiza otra poniéndose a la defensiva, esconde algo. Además, tu boca no lo habrá dicho, pero tus ojos te han delatado. Decían «me han pillado».

—Bueno..., un momento de debilidad lo tiene cualquiera —añadí, encogiéndome de hombros.

Volví a preguntarme por qué acababa de decir eso, por qué le había confesado algo tan personal. Pero cuando estaba con Marc no era capaz de pensar con claridad,

no podía, me descentraba por completo, me anulaba la conciencia.

—Y ahora tu boca lo acaba de ratificar. —Las comisuras de sus labios se estiraron con dulzura—. Es el mayor regalo que jamás me haya hecho nadie. Gracias, Cris.

—¿Gracias? —pregunté extrañada.

—Sí, gracias —repitió—. Gracias por disfrutar de mí aun cuando no estoy contigo. Gracias por pensar en mí para conseguir tu placer. Gracias —insistió, dándome un beso tierno en el que los labios solo se rozaron, como si fueran frágiles y les diera miedo romperse de hacerlo con más fuerza.

Acercando las manos hasta mis pechos, Marc los envolvió en caricias; después su boca en besos, hasta terminar la satinada lengua bailando sobre ellos. Ese placer me recorría todo el cuerpo, no solo se concentraba en mis pechos, me hacía palpar entera, de arriba abajo, me excitaba tan rápido que quería estallar cuanto antes, vibrar de forma súbita. Marc subió hasta mi oído, deslizando la punta de su nariz por mi cuerpo en medio de suspiros. Consiguió que temblase de deseo al sentir su enardecimiento danzar por mi torso hasta la oreja.

—Vamos, Cris, estás muy excitada, no puedes negarlo, y sabes cómo aplacar tu deseo, hazlo, por favor. Cumple mi castigo o regálame mi premio, como prefieras verlo —runroneó.

Llevé despacio la mano a mi sexo, la posé en él e inicié unas sutiles caricias. Primero de forma tímida, con un ligero roce que me produjo mucho placer debido al grado de agitación que se concentraba en mí.

—Eso es, acaríciate, Cris. Piensa que es mi lengua la que está masajeando tu precioso tesoro, el lugar que tanto me gusta, que me hace perder la razón —explicó, con el mismo tono susurrante.

Las palabras de Marc avivaron mi imaginación al instante, me hicieron visualizarlo entre medias de mis piernas, con la cabeza enterrada en ellas. Mi mano se movió con más brío, y esa variación en el movimiento originó el prelude del orgasmo. La tensión de los músculos me lo anunciaba, y la aceleración y elevación de mis jadeos no paraban de constatarlo.

—Estás muy húmeda, ¿verdad? —preguntó afirmando.

—Empapada —contesté otra vez sin pensar.

—Así te quiero, Cris —susurró, apartándose de mi oído.

Marc empezó a desnudarse frente a mi cara, con prisa, y observé su perfecta virilidad preparada para satisfacerme, cubriéndose con un preservativo. Ese hecho me aceleró más todavía al pensar en lo que vendría después, sabiendo el placer que su cuerpo aún tenía por darme.

—Alcanza tu orgasmo ya, preciosa, porque cuando lo estés haciendo voy a penetrarte con tantas ganas que me sentirás en tu estómago, así de hondo. Y no pienso tener clemencia mientras te lo esté haciendo, no voy a parar mi montura hasta que tus jadeos me anuncien que te estás corriendo de nuevo. Voy a someterte a una de mis profundas y largas cabalgadas. Es lo que a ti te gusta, ¿verdad? Sexo salvaje.

Pues eso te daré, Cris, todo el sexo salvaje que seas capaz de soportar.

El orgasmo se forjaba en mí como un torbellino, aunque sin saber qué me lo provocaba: mis caricias, mis pensamientos o sus ardientes palabras. Temblaba imaginándome todo cuanto me había explicado, y el movimiento de los dedos se volvió ávido viendo a Marc colocado en medio de mis piernas, acariciándome los muslos, esperando que terminase de masturbarme para él.

—¡Déjate ir! Tengo mucho más placer por ofrecerte, esto tan solo es el principio, quiero volverte loca —anunció, comenzando a besarme por el interior de los muslos.

Alcancé mi ansiado orgasmo vibrando de deseo, mascullando en la mente el nombre de Marc, la boca estaba ahogada en excitación y no conseguía hablar, solo podía gemir y jadear con insuficiencia de aire. Y Marc, siendo consciente por mi estremecimiento de que había alcanzado el clímax, tiró de mi cuerpo con celeridad, dejándome las nalgas justo en el borde de la mesa. Me penetró con fuerza y profundidad, tal y como me había explicado hacía unos segundos, y a continuación y sin piedad emprendió la dura cabalgada. La sensación de estar con las convulsiones de mi orgasmo y las impetuosas embestidas a la vez era indescriptible, algo alucinante. Sus caderas no dejaban de empujarse de forma abismal, con furia, sin parar, haciéndome vibrar con la continua fricción ejercida en ese punto tan sensible de mi interior: el punto de mi locura, un manojo de nervios que Marc sabía rozar como nadie jamás había logrado. No paró aquel lunático movimiento hasta hacerme alcanzar de nuevo el orgasmo, hasta escucharme jadear, hasta verme temblar entre espasmos trepidantes, violentos y continuos que parecían no agotarse nunca, que lo llevaban a creer que me había vuelto loca.

—¡Oh, Cris! —exclamó Marc segundos después, sin soltarse de mis caderas. Se apretó de forma bestial al descargarse, vibrando en medio de raucos sonidos de placer que me sonaban a pura melodía celestial.

Marc se apoyó en mi pecho para reposar, haciéndome sentir el enérgico latir de su corazón pegado a mí, galopaba tan fuerte como él lo acababa de hacer unos segundos antes. Y su jadeante respiración se encontraba en una situación muy parecida, buscaba poco a poco la forma de volver a tranquilizarse, de coordinar el ritmo entre la inspiración y la espiración.

Mientras mi cuerpo se iba sosegando y calmando, acaricié su sudoroso cabello, me encantaba su suavidad. Marc ronroneó como un gatito al sentir mi caricia y empujó más la cabeza contra mi mano; entretanto, su cuerpo también volvía a la normalidad. Al cabo de un rato se incorporó despacio, besándome una vez más en mi vientre. Otra vez sentí la misma sensación de gratitud que en las otras ocasiones.

—Eres increíble, maravillosa. Ya sé que no es la primera vez que te lo digo, pero no me cansaré de repetírtelo, cariño.

«¿Cariño? ¿Me ha llamado cariño?»

Mientras la adormecida conciencia abría un ojo, alertada por aquella palabra que había soltado Marc, él me incorporó despacio, dejándome sentada en la mesa. Metió

las manos por mi cuello y me besó con pasión. Le respondí con las mismas ganas, nunca me cansaba de recibir su boca; al contrario, siempre estaba agradecida de poder saborearla.

—Gracias por regalarme tu momento más íntimo, Cris —dijo, y me besó en la frente.

—Tú lo tenías todo planeado, ¿a que sí? —le pregunté, emitiendo una leve sonrisa.

—Tenías un castigo pendiente, ¿recuerdas? Lo único que he hecho es hacerlo un poco más excitante. ¿O no te lo ha parecido?

—Sí, por supuesto. —Volví a sonreírle.

—Ya te dije que mis castigos siempre serían placenteros para los dos, yo disfrutaría por imponértelo y tú lo harías tanto o más por recibirlo. Además, de paso, he cumplido otra de mis muchas fantasías contigo.

—¡Ah, sí! ¿Y en qué consistía?

—Quería que te masturbases para mí y después follarte como un loco, hasta hacerte perder la razón, y creo que lo hemos pasado muy bien los dos, ¿no es así?

—Desde luego —contesté, acercando la boca a sus labios, y nos besamos una vez más.

—Y ahora, ¿qué tal si te das una ducha? Estás pegajosa. —Nos echamos a reír.

—¿Por qué podrá ser? —preguntó mi ingenio.

—¡A saber qué habrá hecho, letrada! Cualquiera sabe con qué ha impregnado su vientre, y prefiero no saberlo. —Me guiñó el ojo, y volvimos a reír. En medio de las risas nos marchamos juntos a la ducha.

Cuando salí de la ducha me sorprendió ver a Marc allí, de pie, esperándome.

—¿Me está vigilando, inspector jefe? —le pregunté, mientras cogía la toalla y empezaba a secarme.

—Por supuesto, no quiero que se me escape, aún no he acabado con usted —contestó, quitándome la toalla y cogiéndome en brazos con prisa.

—¡Eh!, ¿qué haces? —interpelé con una ligera risa.

—¿Cómo que qué hago? —preguntó mirándome fijamente—. No sé si lo recordará, pero tengo un trabajo pendiente que todavía no he concluido. Y no soy hombre de dejar las cosas a medias, y menos a una dama, así que voy a acabarlo ahora —explicó guiñándome el ojo, haciendo latir a mi corazón con ansia con su incitador pestañeo, y se encaminó a la habitación.

Marc me dejó en medio de la cama y, con sutileza, comenzó a separarme las piernas sin apartar la vista de mi retina. Le encantaba hacerlo así, provocarme siempre con sus maravillosos ojos verdes, y nunca le fallaban. Solo con mirarme de esa forma mi cuerpo le respondía, de sobra lo sabía él, por eso siempre me hipnotizaba con ellos. Su boca emprendió un camino de besos por el interior de mis muslos con suavidad, rozándome con los sedosos labios que contaban con cada caricia sus intenciones, haciendo subir con ellos mi agitación por momentos. Estaba deseando que los posara de una vez en mi impaciente intimidad. Pero Marc, fiel a sus incitadoras costumbres, hizo que sus besos la bordeasen, logrando que desesperara por la llegada de esa caricia que tan bien dominaba y tanto me enloquecía. Parecía gustarle en exceso tenerme impaciente de él.

—Por favor, Marc, hazlo ya... —musité ahogada en deseo.

Percibí cómo sonreía, de qué forma los labios se le estiraban mientras seguía besándome la piel, hasta llegar a su meta. Gemí al sentir su fogoso contacto por fin en el lugar apropiado. Toda la piel se me erizó con su aterciopelada caricia, el cuerpo entero me tembló gustoso.

—¿A que ha merecido la pena esperar? He sentido cómo vibrabas de placer en mi boca —avisó enorgullecido—. ¿Y sabes qué? Eso me hace perder la cabeza, Cris, y si yo pierdo la cabeza te la haré perder a ti también.

—Pues déjame sin cordura, por favor.

De inmediato, la cabeza de Marc se hundió entre mis piernas, centrándose en una función alternante, acariciando mi intimidad por dentro y por fuera, como me había premiado en su anterior juego pero con una importante diferencia, aquí no afectaba el tiempo, el reloj estaba de mi parte, no contra mí; y Marc se tomó su tiempo para extasiarme de placer, elevó mi excitación a cotas casi inimaginables. La riada de placer producida por sus fantásticas y húmedas caricias rompió en unos impetuosos

espasmos semejantes a micro orgasmos con los que no podía dejar de vibrar, emitiendo suaves sonidos surgidos del interior de las entrañas. Marc me miraba sonriente, viendo cómo mi cuerpo se extasiaba de placer y yo me deshacía de gusto.

—¡Guau! ¡Vaya orgasmo! —Silbó.

—¡Increíble! —solté sin apenas aliento.

—Eso me ha parecido —afirmó, saliendo de entre mis piernas sin borrar una sonrisa victoriosa—. Ahora sí he terminado mi trabajo. No te preguntaré si ha sido de tu agrado, tu cara y tu cuerpo ya me lo habían dicho, y tu boca acaba de ratificarlo.

—Siempre lo es. —Sonreí sin apenas fuerza—. Ya te he dicho en más de una ocasión que sabes muy bien hacer disfrutar a una mujer.

—Al menos siempre lo intento —advirtió, acercando la boca a la mía para besarnos.

Marc se apartó un momento de mí para buscar algo en un cajón de su mesilla. Luego alargó la mano y me entregó una cajita.

—Y ahora toma, esto es para ti —afirmó, dejándome sorprendida—. ¡Vamos! ¡Ábrelo! No va a comerte.

La abrí un poco desconcertada, no entendía el porqué de ese regalo. Mi mano, titubeando, sacó una pulsera de plata combinada con tres cordones finos de cuero entrelazados, cada uno de un color: fucsia, malva y morado. Era preciosa.

—Marc, yo... no sé qué decir. —Me encogí de hombros.

—Di al menos si te gusta —demandó, mirándome expectante.

—Sí, claro que me gusta, es muy bonita —afirmé con sinceridad—. Pero no tenías por qué regalarme nada —añadí confundida.

—Es un regalo de amigos, Cris, tan solo eso —puntualizó—. Los amigos se regalan cosas porque sí, sin ningún motivo especial. Nada más verla me hizo pensar en ti, son los colores que te gustan, con los que sueles vestirte.

—¡Vaya, eres muy observador!, demasiado diría yo —enuncié sorprendida—. Me temo que yo no lo soy tanto.

—Ya te dije que es deformación profesional. Por algo soy inspector jefe de policía. —Esbozó de nuevo una sonrisa.

—Cierto —contesté, y nos reímos los dos a la vez.

Marc cogió la pulsera y me la colocó en la mano. Me quedaba perfecta de medida y lucía muy bonita en mi muñeca. Había tenido un detalle precioso y mi corazón se sentía feliz, latía con fuerza.

—Así que... ¿somos amigos? —le pregunté.

—Yo creo que sí. ¿Tú no?

—Bueno —hice una pausa—, yo creo que los amigos se conocen mejor que tú y yo. ¿No crees?

—Creo que tú y yo nos conocemos muy íntimamente, ¿no estás de acuerdo? —preguntó de forma sagaz, sin dejar de estirar los labios.

—¡No seas tonto! —repliqué—. Ya sabes lo que quiero decir. —Sonreí yo

también, era difícil dejar de hacerlo estando con él.

—Eso tiene fácil solución. —Se tumbó frente a mí, apoyando el codo en la almohada y recostando la cabeza en la mano—. Hablemos un poco sobre nosotros. Empieza tú, pregúntame algo que quieras saber.

Me coloqué frente a él, estirando todo el cuerpo hasta dejarlo paralelo al suyo. Con una dulce sonrisa en los labios lo miré, pensando qué preguntarle.

—¿Por qué nunca has tenido una relación sentimental? —Las palabras brotaron de mi boca sin ni siquiera meditarlas, me asombraron hasta a mí.

—Porque no se ha dado la oportunidad.

—¡Ja! —espeté con mofa—. No me vengas con el rollo de que ha sido por falta de oportunidades, Marc. Tengo ojos en la cara, veo cómo te miran las mujeres y sé muy bien que despiertas pasiones —revelé casi molesta; era una excusa absurda.

—¿Celosa, letrada? —Enarcó las cejas.

—No, no tengo por qué. —Sacudí la cabeza—. Yo tengo lo que quiero de ti. Pero no pretendas salirte por la tangente, no intentes evadir la pregunta ni irte por las ramas, contesta —exigí.

—Por supuesto. No era mi intención hacerte creer que quiero rehusar a contestar y para ello desvíó la conversación.

—Pues empieza a hablar —insistí.

—De acuerdo, impaciente. —Sonrió—. Verás, Cris, no he tenido una relación sentimental porque nunca ha surgido, o más bien, yo no he querido que surja. Siempre me he volcado en el trabajo, para mí era lo más importante. Eso no quiere decir que no haya tenido oportunidades o que no haya estado con mujeres, desde luego que he tenido mis aventuras. A veces solo se reducían a una noche, otras se alargaron por un día o incluso un fin de semana, pero hasta ahí, nada más lejos. Espero haber saciado tu curiosidad y tranquilizado a tu impaciencia. —Me guiñó el ojo.

—O sea que has tenido lo que se llaman rollos —aclaré.

—Exacto. —Asintió, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Y han sido muchos?

Era incapaz de controlar mi curiosidad. Lejos de haberse saciado, como Marc pretendía gracias a su explícita explicación, había brotado en mí con una fuerza desmedida sin saber el porqué. Pero él me había dado carta verde para preguntar y de repente estaba muy interesada en saber por qué, aquel hombre tan guapísimo que tenía frente a mí estaba soltero y sin compromiso, libre.

—No sé cuántos son para ti muchos, pero, en cualquier caso, no he llevado nunca la cuenta. —Se encogió de hombros—. Tan solo surgían.

—¿Y ellas no querían nada más contigo? ¿Con un día o un fin de semana les bastaba?

—En la mayoría de los casos sí. —Volvió a asentir—. Aunque también ha habido alguna que me ha pedido el teléfono para volver a vernos.

—Así que has repetido con alguna.

—Yo no he dicho tal cosa. —Marc negó con la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos—. Nunca he dado mi teléfono a una mujer si no pensaba volver a verla. Eso no estaría bien ni sería justo, ¿no crees? —Me acarició la mejilla con su mano.

—¿Sabes? Ahora entiendo por qué no querías traerlas a tu casa. No era por si resultaban ser unas chifladas, sino para que no te diesen la tabarra. Por eso no había ni número ni dirección, para que no te localizasen. Tú solo buscabas echar un polvo.

—Ahora sé por qué eres abogada. Además de ser muy inteligente, eres lista y perspicaz.

—Así que...

—No, letrada, no estamos jugando bien —me cortó la palabra—. Está haciendo muchas preguntas, ahora me toca a mí. ¿No cree?

Marc llevaba toda la razón. Me había embalado haciéndole preguntas y no sabía poner fin.

—Cierto, perdona. —Emití una fugaz sonrisa que contenía cierta vergüenza por mi comportamiento indagador.

Marc me miró y desplegó con sutileza los labios:

—¿Tú has tenido alguna relación sentimental, Cris?

—Como te dije el primer día, no me interesan lo más mínimo. Creo que dan asco —confesé sin dudar.

—Tendrás alguna explicación lógica para eso. Te basarás en algo, en alguna mala experiencia, ¿no? —preguntó con curiosidad.

«¿Qué le vas a contar, Cristina, la verdad? ¿Lo que te hizo el malnacido de Javier? Desde luego que no, tenlo muy claro. Improvisa sobre la marcha, sabes hacerlo muy bien.»

—Pues no —contesté tajante—. No me baso en ninguna experiencia, ni buena ni mala. A lo mejor mi desinterés por las relaciones se debe al trabajo que realizo: llevo separaciones matrimoniales. Veo en cada caso que lo último que me apetece es pasar por algo parecido. Pero si solo buscas una relación sexual no engañas a nadie, no expones sentimientos, solo buscas placer y se acabó. Así de fácil y sencillo.

«¡Bien hecho, Cris, apúntate otro tanto!», exclamó mi conciencia aplaudiéndome.

—Bueno, sí, puede que lleves algo de razón —observó Marc—. Pero desde luego, si todos pensaran como tú no tendrías trabajo, no habría matrimonios que separar.

—También tienes razón. —Nos echamos a reír—. Siempre tan observador, inspector jefe.

—Háblame de tu familia. Tu madre vino el pasado fin de semana a verte, ¿no tienes padre o están separados?

—Mi padre murió de un infarto cuando yo tenía ocho años. Mis recuerdos de él son muy vagos, pasaba poco tiempo en casa, siempre estaba trabajando. También era abogado.

—Lo siento, Cris. —Marc volvió a acariciarme la mejilla mientras guardaba unos segundos de silencio—. Tuvo que ser muy duro para tu madre y para ti.

—Sí, lo fue —confirmé—. Además, mi madre estaba embarazada de dos meses cuando ocurrió y el impacto de la noticia le hizo sufrir un aborto. Fue un golpe muy fuerte.

—Las desgracias nunca vienen solas, al menos eso suele decirse.

—Sí, eso parece.

—¿Y cómo conociste a Óscar? Sé que sois amigos desde la infancia, mi hermana me lo ha contado.

—Unos meses después de fallecer mi padre, Óscar y su madre se mudaron al bloque donde vivíamos nosotras. La madre de Óscar se acababa de separar y quería empezar una nueva vida lejos de su ciudad. Mi madre y ella se hicieron muy amigas, así nos conocimos Óscar y yo. Es casi dos años mayor que yo. Siempre me defendía de todo y me protegía. Había niños que creían que era mi hermano, y él nunca lo negaba. Mi madre lo adora porque siempre ha estado a mi lado. —Hice una pausa mirando a Marc—. Y si me vas a preguntar si alguna vez he sentido algo por él, te diré que no. Lo quiero muchísimo, pero de forma fraternal, nada más.

—No se me hubiese ocurrido preguntarte tal cosa —aseveró con rotundidad—. Ya sé que sois buenos amigos —dijo sin dejar de observarme, volviendo de nuevo el silencio. Un silencio que se me hizo incómodo.

—Pero ya vale de hablar, de preguntar y de saber, inspector jefe —hablé seria—. Yo no he venido aquí para eso, ¿sabe? —Me acerqué a su cara.

—¿Y para qué ha venido entonces, letrada? —susurró casi pegado a mi rostro.

—Para poseernos —bisbiseé.

La cara de Marc cambió al instante, la mirada se le volvió llameante; en un segundo se había cargado de deseo y lujuria.

—Pues no perdamos más tiempo, preciosa.

Marc me besó con vehemencia, con su arrebatada forma de besar que me volvía loca. Nuestro enardecimiento comenzó a descarrilar en un ardoroso ciclón de pasión y complacencia mutua. No podíamos parar de acariciarnos, de satisfacer nuestra necesidad por sentir la piel contraria, de saborear los infinitos besos de la otra parte, de disfrutar sabiendo el placer que éramos capaces de aportar al otro. En medio de toda nuestra voluptuosidad, los labios de Marc se desplazaron hasta llegar al lóbulo de mi oreja, chupándolo despacio, consiguiendo que un escalofrío me recorriera toda la espalda con diligencia. Sus labios se detuvieron un instante en mi oído para hablar:

—Cris, ponte de rodillas, a cuatro patas, por favor. Quiero hacértelo así, admirando tu precioso culo.

Su susurrante voz varonil acarició todo mi deseo. Si pensaba que ya no se podía estar más excitada, me equivoqué. Sus palabras acababan de lograr una álgida alteración que llevaba a mi cuerpo a palpar con desespero. En cuanto Marc vio que me estaba colocando como él me había pedido, salió veloz a ponerse un preservativo

y regresó en cuestión de segundos.

—Muy bien, eso es, Cris, ofréceme tu increíble culo —reafirmó, colocándose arrodillado detrás de mí.

Su vigor entró en mi cuerpo despacio, con cuidado, pero al instante de escuchar mis incipientes jadeos, Marc inició unos fieros empujones que hicieron brotar por mi boca unos altos gemidos provocados por el elevado placer. Un placer tan desbordante que lograba doblarme hasta los dedos de los pies. Marc me embestía como un loco, estaba poseído por un deseo desmesurado e irracional que a mí me trastornaba por entero. Mientras el brío de las arremetidas me preparaba ante lo inminente, su mano decidió acariciar mi intimidad, empapada de excitación.

—¡Oh, Marc! —exclamé, creyendo no poder resistir tanto placer como en ese momento se me acumulaba.

—¡Sí, Cris, vamos, nena, prémíame! ¡Regálame tu orgasmo! —me pidió sin parar de acariciarme, golpeándome su cuerpo sin cesar y repitiéndose en mi cabeza las palabras que solicitaban su premio.

Convulsioné con viveza, callando los exuberantes jadeos contra la esponjosa almohada. En medio de aquel éxtasis al que Marc me había conducido, escuché su respiración exaltada y supe lo que venía a continuación, algo que me encantaba, sentir su placer en mi interior. Dando unos fuertes golpes secos, Marc paró y se apretó contra mi cuerpo, sin dejar de temblar dentro de mí. Los gemidos no paraban de subir de tono al expulsar todo su deseo.

—¡Oh..., Cris! —terminó mascullando.

Ya no podía sujetarme más, no tenía fuerzas, y, agotada, me dejé caer al colchón. Marc cayó sobre mi espalda, consumido por completo, rendido. Los dos habíamos quedado exhaustos de tanto placer, aunque sabíamos que éramos incapaces de poner freno a la atracción tan lunática como lujuriosa que sentíamos, y en cuanto la normalidad regresara a nuestros cuerpos nos volveríamos a buscar de nuevo. Era una captación incontenible.

Apartándose de mí, Marc me retiró el pelo de la cara para poder besarme.

—Te das cuenta, Cris, que podemos morir en uno de estos. ¡Uf! Ha sido... No sabría cómo calificarlo —enunció con la respiración todavía agitada.

—Bueno, matarnos a polvos sería una muerte muy placentera, ¿no crees? —aseguré fatigada.

—Sí, eso no te lo voy a discutir. —Nos reímos con debilidad.

Marc salió un momento al baño, a quitarse otro profiláctico. Al quedarme sola en su enorme cama pensé que gracias a él, a mis treinta y cuatro años, había descubierto lo mucho que se podía disfrutar con el sexo. Marc me mostraba un mundo lleno de placer, de sensaciones desconocidas e inimaginables para mí. Seguramente este sería el mundo normal para muchísimas mujeres, pero nunca lo había sido para mí. Incluso había aprendido lo mucho que me gustaba practicar sexo, algo de lo cual, hasta encontrarlo a él, no era consciente. Y lo mejor era que Marc sabía lo que yo quería y

me lo daba. Sabía que me encantaban sus fuertes embestidas, sentirlo tan profundo en mí como pudiera, notarme llena de él. Pero, además, con cada encuentro, yo también había descubierto lo que le gustaba a él. Le fascinaba excitarme al límite, saborearme todo el cuerpo, estar dentro de mí el mayor tiempo posible y extraer mi orgasmo sin parar de escucharme gemir. Marc me enseñaba lo que le gustaba a mi cuerpo, pero yo también aprendía lo que necesitaba el suyo. Ambos ansiábamos lo mismo: darnos todo el placer que pudiéramos, poseernos hasta la extenuación. Y eso hacíamos en cada encuentro, complacernos el uno al otro.

Marc regresó a la cama, se tumbó a mi lado y me besó el hombro desnudo. Metió el brazo por debajo de la curva de mi cuello y me empujó con suavidad la cabeza hasta recostarla en su pecho, quería que lo usara como almohada. Me acomodé en él, colocando el cuerpo bocabajo en el colchón, dejando que su brazo también me arropase la espalda. Con el rítmico latido de su corazón pegado a mi oído y la calidez de su piel en mi cuerpo, me quedé traspuesta.

Sentí unas caricias por la espalda que me sacaron de mi sutil sueño. Los escalofríos me recorrían al notar ese aterciopelado roce por la piel. Marc me miró y sonrió.

—Te has quedado un rato dormida.

—No, solo he descansado un poco la vista —contesté, devolviéndole la sonrisa—. ¿Tú no?

—No. Yo te he estado observando. Estás irresistible cuando duermes, pareces un ángel.

—¿Un ángel bueno o del infierno?

—Un poco de ambos. —Asintió, y su boca se abalanzó a besarme.

Entre beso y beso, la sedosa mano de Marc bajó hasta mis nalgas y comenzó a acariciarlas. Después de unas cuantas caricias, esa misma mano, con sutileza, se aventuró a llegar al lugar que más le gustaba: mi íntimo rincón.

—¿Vuelve a buscarme de nuevo, inspector jefe? —pregunté con ingenio.

—Siempre. De nuevo no. Siempre te busco, Cris —aseguró—. Siempre estás en mi mente. Siempre deseo tocarte, besarte, comerte. Es una obsesión lo que siento por ti. Una deliciosa obsesión —susurró pegado a mis labios.

—Pues si continuas haciendo eso vas a terminar encontrándome, me volverás a excitar.

—Me encanta tu suavidad y tu sabor, no puedo quitármelo ni un segundo de la cabeza. Toda tú eres perfecta. Eres mi sueño hecho realidad.

—No te estarás poniendo romántico, ¿verdad?

—No, me estoy poniendo cachondo una vez más, letrada, y quiero poseer su cuerpo de nuevo. Nunca consigo saciarme de él. Eres adictiva, Cris. Eres un vicio, mi

vicio.

Marc me miró con deseo y volvimos a besarnos con ansia. Su boca se separó de mis labios para seguir besándome el cuello, luego la espalda.

—Me encantan tus lunares, hasta ellos son tan sensuales como tú.

—Sabes decir cosas muy bonitas, Marc. Desde luego que sabes cómo seducir a una mujer.

—Tú me seduces a mí. Solo con mirarme lo logras.

—A mí no tienes que seducirme, ambos sabemos lo que buscamos y queremos.

—Sí, lo sé. —Hizo una pausa—. Y hablando de sexo, ¿sabes qué me gustaría hacerte?

—No se me ocurre nada —respondí entre risas.

—¡Ah, no! Bueno, tú ponte bocabajo y ahora te cuento —enunció con sagacidad.

Sin dudarle ni un segundo me coloqué como Marc me dijo, y él, con medio cuerpo encima del mío, con su pecho arropándome la mitad de la espalda, acercó la boca a mi oído.

—Como no se te ocurre nada no me queda más remedio que darte pistas, a ver si lo adivinas —explicó, separándome un poco las piernas con los pies—. Habrás notado que he separado un poquito tus piernas. ¿Te gusta que lo haga?

—Sí —contesté.

—Entonces las separaré más —avisó haciéndolo en ese momento, a la vez que su mano se adueñaba otra vez de mi intimidad.

El estómago se me encogió con esa sensación de dominio que tenían sus palabras y que se convertían en actos al momento. Aunque Marc primero llenaba ese dominio con mi aprobación; si no estaba repleto de ella, no actuaba.

—¿Ya imaginas para qué quiero tus piernas separadas, Cris? —preguntó sin parar de acariciarme el sexo, excitándome una vez más—. Dime, ¿lo sabes?

—Sí —respondí, acompañando mi afirmación con un sutil jadeo.

—¡Pues dímelo, por favor! —solicitó, prosiguiendo con aquel masaje que me estaba acercando sin remedio al clímax.

—Para entrar en mi interior —respondí agitada, rozando las puertas del placer, el lugar al que Marc quería conducirme y yo ansiaba llegar.

—No, dímelo de otra forma, con otra palabra menos decorosa, más vulgar, la misma que utilizaste abajo cuando me pediste que te lo hiciera y que me encantó escucharte —gimió deseoso en mi oído.

—Para follarme.

—Exacto, Cris, para eso quiero separadas tus piernas, para follarte, para llenarte de mí, para ocuparte con esa parte de mi anatomía que crece y se endurece porque está ansiosa de ti —explicó con un tono de voz sensual—. Quiero hacerme un hueco entre tus piernas para tener sexo salvaje, enloquecido, como nos gusta a los dos; y no pienso parar de montarte hasta que te corras, preciosa, lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondí con voz trémula, sus caricias me acercaban con rapidez a la

cúspide del placer.

—Pero esta vez quiero algo más, Cris, quiero llegar más lejos, quiero que desees otro orgasmo mientras aún te estés corriendo, quiero que me entregues muchos orgasmos antes de que yo me vacíe en ti, antes de que te llene con las vibraciones de mi placer. Ahora dime, preciosa, ¿quieres hacerlo así? ¿Quieres correrte hasta la saciedad? —preguntó con un tono exaltado, tomado por la lascivia.

Una vez más, Marc lo consiguió. Sus tórridas palabras me habían excitado, su libidinoso timbre al decirlas me había puesto a cien y sus caricias me habían hecho alcanzar el orgasmo. En medio de los gemidos anunciadores de mi éxtasis, alargué el cuello y le ofrecí la boca, comenzando a pelear en una batalla de labios y lenguas con auténtica desesperación. Y en ese momento, cuando nuestro avivado deseo comenzaba otro encuentro sexual, cuando Marc ya había empezado a poseerme de la manera descrita, escuchamos un sonido, su teléfono estaba sonando.

—¡Joder, no! ¡Que no sea de comisaría, por favor! —exclamó casi en una súplica.

Separándose de mí con delicadeza, salió de la cama para cogerlo. Al mirar la pantalla, la cara de Marc cambió.

—¡Mierda! —soltó malhumorado—. Es de comisaría, Cris, tengo que cogerlo. Ve buscando tu ropa, hemos acabado por hoy. —Sopló con fuerza.

Desilusionada por la interrupción y por sus palabras, anunciadoras del final, salí de la cama en busca de mi ropa, dándome cuenta de inmediato de que no se encontraba en la habitación sino abajo, en el salón.

—Sí, soy el inspector jefe Balaguer —escuché responder a Marc, y lo observé atenta.

Su tono imponía mucha autoridad y su cuerpo tornó al instante. Dejé de ser el cuerpo que resumaba sexualidad durante todo el tiempo que había estado conmigo. Marc cambió por completo con el simple hecho de atender esa llamada. No era el hombre que acababa de conducirme por el acantilado entre el placer y la locura, el que me había hecho vivir una pasión desenfrenada; era otro diferente. Ahora su cuerpo destilaba autoridad, incluso la mirada se le volvió rígida e inflexible. El brutal cambio me dejó perpleja, y comencé a cuestionarme cuál de los dos era el Marc Balaguer real. ¿El amante espectacular que suplicaba le regalase mi orgasmo?, ¿o el frío y duro inspector jefe de policía en el que acababa de convertirse? ¿Cuál de los dos era en verdad? Pensé que apenas sabía de él, solo lo conocía en la cama y nada más. En ese momento me habría gustado conocer hasta el último aspecto de su vida, hasta el último detalle morboso para intentar comprender aquel radical cambio. Mis ojos continuaban fijos en él, esperando que colgase, esperando a ver si el Marc que yo conocía regresaba.

—Vale, ¿pero ya tenemos la orden del juez? —Hubo unos segundos de silencio—. Bien, pongan en marcha el operativo. Estaré allí en menos de una hora. —Volvió el mismo silencio—. De acuerdo —contestó, y colgó—. Cris, tengo que ir a comisaría. Vístete y te acerco a casa. Ya continuaremos otro día.

—No te preocupes por mí. Volveré en metro, así llegarás antes.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no. Ya soy mayorcita, sé ir sola a los sitios.

—Pues vistámonos rápido y salgamos pitando.

El Marc que yo conocía se había evaporado, no había vuelto después de colgar. En unos segundos, su cuerpo pasó de segregar deseo a emanar absoluto poder y dominio. Ahora se había convertido en el inspector jefe Balaguer, un hombre de aspecto frío y duro que con solo mirarte era capaz de doblar tu voluntad. Aquel cambio tan drástico me infundió tanto respeto como confusión.

Bajamos con prisa a la calle. Marc se montó en la moto con ligereza, me dio un beso rápido, me dijo que estaríamos en contacto y se marchó.

Caminé despacio hacia el metro sin dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. Ya sentada en el vagón, el tortuoso recuerdo de Javier me invadió de nuevo. Había conseguido quitármelo de la cabeza durante unas horas, pero ya estaba de vuelta. Miré la pulsera que Marc me había regalado y la acaricié, los malos recuerdos empezaron a esfumarse. La pulsera me hacía sentir bien, me recordaba a él, a su cuerpo, sus labios, a su maravillosa forma de darme placer sin medida alguna. Aunque también me hizo recordar su comportamiento tras la llamada, y mi corazón se contrajo.

Ese brusco cambio en su forma de actuar me habló de su profesión, de cómo se había dedicado en cuerpo y alma a ella, renunciando a su propia vida. Me contó que él eligió ser lo que era, inspector jefe de policía, y no tenía tiempo para comprometerse con nada más. Por eso seguía soltero, por eso estaba libre; no estaba interesado en nada que no fuera su vocación. Estaba claro que, como cualquier hombre, quería sexo; es más, lo necesitaba, pero sin tener que jurar amor eterno a cambio. Me alegré al revalidar que ambos buscábamos lo mismo: solo placer, solo sexo, y que habíamos encontrado la horma de nuestro zapato. Pero continuaba sin entender cómo podían cohabitar en el mismo cuerpo dos personas tan distintas. Eran como la noche y el día, como la luna y el sol, como el invierno y el verano: uno frío como un témpano de hielo y el otro fogoso como un volcán. Mi razón no conseguía comprenderlo.

De pronto, una sonrisa me sorprendió al recordar lo divertido que era. Aparte de hacerme disfrutar en la cama como nadie, lo había conseguido, Marc tenía la capacidad de distraerme, de hacerme reír de continuo. Unos minutos con él bastaron para que mi mente se evadiera de todos los malos recuerdos, para olvidarme de Javier. ¡El maldito de Javier! Ya se había vuelto a colar en mis pensamientos.

«¡Joder, tienes que quitártelo de la cabeza! No puedes vivir así. Piensa en algo que te haga sentir bien, Cristina.»

Con la reflexión de mi conciencia danzando por la mente, cerré los ojos con fuerza y pensé en la maravillosa tarde que acababa de vivir, en el exceso de sexo, notorio en mi cuerpo, y en el fuerte poder que Marc ejercía sobre mí. Había sido

capaz de masturbarme para él, le había complacido en una de sus fantasías y ni siquiera lo dudé dos veces. Ese hombre me hacía perder la cabeza. Pero lo peor no era eso, lo peor era que a mí me encantaba. Me encantaba que me explicase lo que pensaba hacerme, que fuera descriptivo, que me exaltase con la mirada de sus ojos verdes, que me arrastrara a la locura, que viviésemos una pasión excesiva y, sobre todo, que pidiera mi orgasmo de esa forma tan especial, como un regalo. Aunque no entendía por qué para él era un regalo, jamás un hombre me había dicho semejante cosa. Sin lugar a dudas, Marc era muy diferente de lo que yo había conocido hasta ahora.

Revivir en la mente todo el placer que nos habíamos dado terminó sacando a Javier de mi cabeza y produjo una energía en mi interior que me hizo sentir viva. Era justo lo que precisaba para aparcar los desagradables recuerdos y olvidarme de ellos por un buen rato. Sentirme viva. Muy viva.

El lunes fui al bufete con la cabeza un poco más despejada. Pasar el domingo en compañía de Óscar y Marta me había ayudado bastante a ahuyentar el recuerdo de Javier. Sabía que Óscar no quería que estuviese sola, aunque no me lo había dicho; lo conocía bastante bien y su lenguaje corporal lo desprendía. Siempre era muy protector conmigo.

Nada más entrar fui a buscar a Pablo, el secretario, para pedirle el teléfono del abogado de Saúl Arias. Debía concertar una cita con él para intentar llegar a un acuerdo de separación. Deseaba zanjar el asunto cuanto antes.

A mediodía, como de costumbre, Ana y yo fuimos a comer juntas. Aprovechábamos las comidas para tratar los temas laborales, aunque también hablábamos un poco de nuestras vidas privadas; si bien, con respecto a ese punto, yo escuchaba más que hablaba. Mi charla solo se centraba en los asuntos profesionales.

—He concertado una cita con el señor Pujalte, el abogado de Saúl —anuncié a Ana en cuanto empezamos a comer.

—¿Para cuándo? —me preguntó.

—El miércoles a las cuatro.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Algo fuera de lo común? —preguntó, cogiendo su copa de vino.

—No, ha sido bastante seco, la verdad. No había terminado de despedirme cuando ha colgado.

—Solo pretende intimidar, Cristina, nada más. Sé cómo juegan los tipos así, los que se creen superiores, suelen ser altaneros. —Respiró hondo.

—Espero que no se pongan muy testarudos y que Saúl firme el acuerdo sin problemas. Ansío dar carpetazo a este asunto —reconocí.

—Tendremos que ser pacientes hasta el miércoles, a ver qué sucede. Pero brindemos por un paso en la buena dirección. —Me invitó a chocar la copa con la suya y bebimos un sorbo de vino—. Cambiando de tema —añadió Ana—, hoy he llamado a mi ginecóloga. Tienes cita con ella el jueves, a las seis de la tarde. Te acompañaré, como te dije.

—Vale. ¿Está la consulta muy lejos del bufete?

—Un poco —confirmó—. Iremos en mi coche y a la vuelta te acercaré a tu casa.

—Muchas gracias, Ana.

—De nada. Y ahora terminemos de comer y volvamos al trabajo.

—De acuerdo —concluí.

Me encontraba muy cansada cuando llegué a casa después de un largo día en el bufete. Dejé caer el cuerpo en el sofá para descansar un poco, aunque lo que más agotado estaba era mi cerebro. Después de un rato pensé que debía llamar a mi madre, llevaba casi una semana sin hablar con ella. También caí en la cuenta de no estar siendo muy buena amiga, en todo este tiempo solo había hablado un par de veces con mi querida Mari, y en una ocasión con Inés y Julia. Les mandaba correos electrónicos y *whatsapps*, no las había echado en olvido, pero les debía por lo menos una llamada. Siempre se preocupaban por mí más que yo por ellas, y debía demostrarles que me acordaba de ellas.

Me incorporé y busqué el teléfono en el bolso. Primero llamé a mi madre, que al oírme se puso muy contenta. Hablamos un rato de mi trabajo en el bufete, de los casos que llevaba y, de repente y dejándome helada, me preguntó si había vuelto a ver a Marc.

—¡Mamá, no empecemos con esos temas otra vez! —repliqué—. Ya sabes que no busco novio ni lo quiero.

—Pero, cariño, tendrás que buscar un buen hombre que te quiera y al que tú quieras también —advirtió—. ¿O piensas quedarte sola toda la vida? —preguntó con cierta preocupación.

—¿Acaso tiene algo de malo vivir sola? Yo creo que no, mamá. Soy feliz viviendo así —contesté un tanto a la defensiva.

—Ahora piensas eso, Cristina, pero cuando tengas unos cuantos años más te darás cuenta de que no tienes nada. ¿No te gustaría tener hijos?

—Para eso no necesito marido ni novio, mamá —respondí algo más malhumorada.

—¿Cómo qué no? ¿Piensas ser madre soltera? —interpeló casi aterrada.

—¡No estoy diciendo eso, mamá! De hecho, no quiero ser madre ni compartir mi vida con ningún hombre. Estoy bien como estoy y espero que algún día lo entiendas. Así que haz el favor de cambiar de tema —le exigí alterada, cansada de que siempre me diera la tabarra con lo mismo. Terminaba sacándome de mis casillas cuando tratábamos ese asunto.

—Como quieras, aunque no llevas razón, hija. Algún día te darás cuenta y a lo mejor ya será tarde.

—Mamá, tengo trabajo. Mejor hablamos otro día, ¿vale?

—De acuerdo, demos esquinazo al tema una vez más, me callo —dijo con resignación—. Pero al menos hazme caso en algo.

—¿En qué?

—En cuidarte mucho, cariño. Sabes que eres lo más importante para mí, ¿verdad?

—Sí, lo sé, mamá —contesté apaciguando mi genio—. Yo también te quiero mucho. Un beso muy fuerte.

—Adiós, mi niña.

Nada más colgar volvió a mi mente la imagen de Javier. Si mi madre supiera que había visto al pedazo de cabrón aquí, en Madrid, le daría, cuando menos, un ataque de ansiedad. Por eso no se lo podía contar, saberlo la haría sufrir mucho y ya era suficiente con que una de las dos padeciera, no hacía falta que se enterase de ello.

Comencé a perturbarme de nuevo con lo de Javier. Mi cabeza no paraba de recordar una y otra vez todo lo sucedido quince años atrás, trastornándome. Mi alma no paraba de desgarrarse con el terrible dolor de aquel amargo recuerdo. Sentí la necesidad de tener a mis amigas a mi lado, arropándome, sobre todo a Mari; ella sabía lo que ocurrió, como Óscar. Inés y Julia no conocían todos los detalles escabrosos de mi pesadilla.

Mari y yo éramos amigas desde la infancia. No era una mujer demasiado guapa, pero tenía algo que le hacía irresistible. Levantaba pasiones entre hombres y mujeres por igual, a pesar de dejar muy claro que era heterosexual. Era de estatura media, pelo corto y castaño, ojos marrones grandes y expresivos, un poco ancha de caderas, aunque muy proporcionada, y con unos considerables pechos que siempre realzaba con un buen escote. Era muy cariñosa, divertida y bastante irónica. Siempre se había ligado al hombre que se había propuesto, nunca le habían dado calabazas, y estaba segura de que esa situación jamás se daría en su vida.

Un verano decidimos irnos a Londres con la intención de practicar y perfeccionar el idioma. En principio íbamos para tres meses, aunque al final nos quedamos casi el doble. Trabajamos en un restaurante y volvimos hablando el idioma con gran fluidez, fue una experiencia increíble. Ahora la añoraba mucho. Bastante más de lo que creía. Mari siempre sabía cómo sacarme una sonrisa, hasta en los momentos más difíciles. A su lado cualquier problema se podía resolver, tenía soluciones para todo. Y por eso necesitaba hablar con ella, porque en este convulso momento de mi vida precisaba escuchar su voz tanto como el oxígeno para respirar. Cogí el teléfono, marqué su número y esperé, pero no obtuve respuesta. Me quedé pensando un rato, y ante las ganas de despejar todo el tumulto de mi mente, me animé a llamar a Inés. En cuanto descolgó el teléfono percibí su alegría.

—¡Hola, desaparecida! —me saludó—. Ya es hora de que escuche tu voz, guapa.

—Sí, llevas razón, Inés, lo siento —me disculpé—. Estoy muy liada con el trabajo y los días van pasando..., pero te pido perdón.

—Estás perdonada —contestó—. Pero solo porque me caes bien, que conste. — Nos echamos a reír.

—¿Cómo va todo por allí?

—Bien, no me puedo quejar —enunció risueña—. Y no lo puedo hacer porque estoy saliendo con un chico guapísimo. ¡Está como un queso, Cris! —dijo casi eufórica—. Además, es un tío legal. Y para colmo sabe dar unos masajes increíbles,

es fisioterapeuta.

—¡Vaya, qué noticia! ¡Guau! —declaré sorprendida—. Me alegro mucho por ti, de verdad, Inés —expresé con sinceridad.

—Pues ya sabes lo que toca, amiga, tendrás que dejarte caer por aquí y darme tu opinión, como siempre.

—Es cierto —afirmé, estirando con sutileza los labios—. Tendré que hacer una escapadita para veros, y sobre todo para comprobar que no exageras —bromeé.

—¡Sabes que nunca exagero, Cris! —Rio—. Y voy a cogerte la palabra de inmediato, tienes que venir pronto, por aquí te echamos mucho pero que mucho de menos.

—Te he dicho que sí, te lo prometo —aseguré con firmeza—. Miraré a ver cuándo me puedo escapar. Me gustaría al menos estar cuatro días en Alicante, pediría dos días libres para unirlos a un fin de semana. Tendré que hablarlo con mis socios, a ver si no hay inconvenientes.

—No creo que Óscar te vaya a poner ninguna objeción.

—Ya lo sé, pero hay otra socia más —puntalicé—. Aunque tampoco creo que Ana vaya a decir nada. Restaré esos días de mis vacaciones.

—Hazlo pronto o iremos a por ti y te traeremos nosotras —afirmó Inés, y volvimos a reír.

Inés y yo hablamos un rato más acerca de su trabajo, de su chico, de cosas que habían pasado por allí..., y mis ganas de verlas se volvieron más fuertes a cada segundo que pasaba.

—Bueno, Inés, voy a tener que dejarte, aún tengo trabajo que hacer.

—¿También te llevas trabajo a casa? ¿No descansas? —preguntó sorprendida.

—Sí, a veces también me lo traigo a casa. Ahora tengo más responsabilidades que antes, eso va unido a ser socia.

—Pues entonces debes cogerte esos días cuanto antes, ¿vale? ¡Tienes que desconectar!

—De acuerdo, te doy mi palabra —aseveré—. Da recuerdos a Julia y dile que otro día la llamo, hoy se me está haciendo tarde.

—Vale, se lo diré, no te preocupes. Un beso, Cris, y no te olvides de lo que me has prometido —recalcó—. Te estamos esperando.

—No lo olvidaré, Inés. Ya os llamaré para decir cuándo voy.

—Ok. Adiós.

Nada más colgar el teléfono volvió a sonar. Observé la pantalla y me alegró ver que era Mari.

—¡Hola, Mari! ¿Cómo estás? —saludé con efusividad.

—Muy bien, Cris, muy contenta al ver tu llamada. Empezaba a creer que te habías olvidado de mí, ya casi no recuerdo tu voz —manifestó con ironía.

—Perdóname, llevas razón —asumí—. He estado muy liada y el tiempo se pasa sin apenas darme cuenta. Pero no te lo tomes a mal, sabes que eres mi mejor amiga.

—Pues trátame bien, tengo corazón, ¿sabes? —La sorna volvió a aflorar por su boca.

—Bueno, te compensaré. Haré una escapada a Alicante para veros.

—¿De verdad? ¿Cuándo? —preguntó de seguido, emocionada.

—Sí, de verdad —reafirmé—. Aún no sé cuándo, pero pronto. Acabo de hablar con Inés y se lo he dicho a ella también. En cuanto lo sepa os llamaré, tenemos que planear algo divertido.

—¡Por supuesto, eso déjame a mí! —exclamó feliz—. Iremos a un *pub* que está muy de moda donde van unos tíos que están para comérselos, Cris. A ver si cazo uno y me dura más que el último.

—Por mí perfecto. Necesito diversión y desconectar de todo.

—¿Lo quieres por prescripción médica? No te preocupes, yo te extiendo la receta —bromeó.

—De acuerdo, doctora, vaya prescribiéndola —contesté, y nos echamos a reír.

—¿Y qué tal por Madrid? ¿Hay mucho tío bueno suelto por la capital de España?

—Pues sí, hay muchos tíos buenos por aquí —afirmé, mientras Marc aparecía en mi mente. Marc y su endiablada belleza. Estaba segura de que si Mari lo conociera querría tener una aventura con él. Bueno, ella y muchísimas mujeres más, porque Marc era un auténtico regalo para la vista con el que, de inmediato, se deseaba pecar.

—Entonces voy a tener que hacerte una visita yo a ti, a ver si pesco un macizo de esos. —Volvimos a reír.

Mari y yo continuamos hablando y riendo durante bastante tiempo, y al despedirme fui consciente de cuánto la echaba de menos y un nudo me ahogó la garganta. Nada más colgar, las lágrimas me inundaron los ojos y me puse a llorar de pura añoranza.

Cuando acabé de desahogarme volví a recordar lo bien que Mari y yo nos lo habíamos pasado en Londres, nunca podría olvidar aquello. Fue unos meses después de acabar nuestras carreras, Mari la de medicina y yo la de derecho. Fuimos a trabajar a la cafetería de Brian, un turista asiduo al restaurante donde yo trabajaba como camarera durante los veranos. Era un señor muy simpático y pronto hice amistad con él. Además, eso me servía para practicar el idioma. Un día le conté mi idea de ir a Londres junto con mi amiga, para coger fluidez con la lengua, aunque tendríamos que encontrar un trabajo allí para poder mantenernos. Él me dijo que tenía una cafetería y nos podía contratar por unos meses. Dos meses más tarde, tras acabar el verano, estábamos en Londres trabajando para Brian. Yo atendía las mesas, pero como Mari no tenía experiencia en hostelería la dejaron en la cocina, fregando. Había cuatro camareras más, dos reposteros y Harry, que hacía más o menos el papel de pinche. Harry era el típico inglés de tez clara llena de pequitas, pelo rubio y ojos azules. Era muy agradable y servicial, siempre estaba pendiente de echar una mano a todo el mundo, no solo en su trabajo. Tendría mi edad, aunque nunca se lo pregunté, pero no creo que tuviese más de veinticinco años.

Harry se pasaba el día entero masticando chicle, algo que a Mari le fascinaba por su forma de hacerlo. A todas horas me decía: «si mueve la lengua en otros sitios de la misma manera debe de ser una experiencia asombrosa, ¿me entiendes, verdad?». Siempre me hacía reír con eso. Mari era así; terminaba asociando todo al sexo. Un día empezó a decirme que Harry me ponía ojitos, y comprobé que era cierto, así que empecé a tontear con él. Después de varios días él me dijo que yo le gustaba, y le dejé ilusionarse conmigo. Una tarde de poco trabajo, Brian nos mandó a los dos a colocar el almacén y hacer inventario. Estaba dos plantas por debajo de la cafetería y nunca había bajado a él. Era un sitio muy grande, con un pequeño despacho al fondo amueblado con una mesa, un cómodo sillón de ejecutivo, un ordenador y papeles por todos lados. Harry movía las cajas de un lado a otro mientras yo apuntaba las existencias. Hacía calor y, después de un rato moviendo peso, empezó a sudar y se quitó la camiseta. Lo miré fijamente; tenía un cuerpo fuerte aunque no musculoso. Se acercó despacio a mí y, sin mediar palabra, me besó. Acabé con su chicle en la boca, y eso me dio una idea. Tiré de él hasta el despacho, me subí la falda del uniforme y me senté en el sillón, separando las piernas de forma descarada. Harry entendió lo que quería y al momento me despojó de la braguita para poder hacer su trabajo. Me pareció que movía muy bien la lengua, a pesar de no tener con quién compararlo, pues era la primera vez para mí, nunca antes nadie había jugado con su boca en mi intimidad. Mi cuerpo no tardó en sentir los vibrantes espasmos, unos increíbles segundos de placer trepidante. Fue mi primer orgasmo oral, o mejor decir mi primer orgasmo. Pero, como era normal, Harry quería más, necesitaba desahogar su excitación, que resaltaba de forma innegable. Sin embargo, cuando comenzó a desabrocharse el pantalón le dije que NO, que con eso era suficiente, y comencé a vestirme. Mirándome serio y sin pronunciar palabra alguna, se marchó con celeridad. Cinco minutos después Rosemary bajó para ayudarme a terminar. Le pregunté por Harry y me dijo que se había marchado a casa porque no se encontraba bien. Estuvo una semana sin aparecer por la cafetería, y cuando volvió decidió no dirigirme la palabra. Pero en sus ojos pude ver pena, y durante una milésima de segundo sentí lástima por él. No obstante, con la misma rapidez, mi lacerado orgullo se desprendió de la piedad ajena y anotó otro tanto más en mi pizarra de hombres frustrados, humillados y doblegados por Cristina. Y lo mejor de todo era que por primera vez yo había disfrutado del sexo. Por fin había conseguido obtener placer, por fin sabía qué se sentía al tener un orgasmo.

El señor Eduardo Pujalte era el abogado de Saúl Arias. Patricia me anunció su llegada al bufete y fui a recibirlo. Era un hombre alto y delgado, de unos cincuenta y pocos años, que lucía una buena mata de pelo pincelada de algunas canas. Su mirada era azul, penetrante y cautivadora, y emanaba atractivo por los cuatro costados. Pero

andaba con aires de superioridad, mirando por encima del hombro a todo el mundo. Si pretendía intimidar con su actitud iba por el camino adecuado. Lo que no sabía era que había elegido a la persona equivocada, puesto que yo no era de las que se achantaban con facilidad.

—Buenas tardes, señor Pujalte —dije, estrechando las manos.

—Buenas tardes, señorita... Perdón, no recuerdo su nombre. —Esbozó una breve sonrisa.

—Señorita Marín. Cristina Marín, señor Pujalte.

—Sí, es verdad, perdóneme —se disculpó, y lo invité a pasar a mi despacho.

—Siéntese, señor Pujalte, y...

—Llámeme Eduardo, por favor —me interrumpió.

—De acuerdo, Eduardo, vayamos directos a la cuestión que nos incumbe —subrayé—. Como usted bien sabe, el señor Arias quiere separarse de su mujer sin darle nada a cambio, y eso es imposible.

—No del todo —respondió con aplomo—. No sé si sabrá que existe un acuerdo prematrimonial. —Me miró intentando acobardarme—. En él se exponen ciertas cláusulas que, de ser incumplidas, darán lugar a quedarse sin nada tras la separación.

—Conozco el acuerdo prematrimonial —añadí—, y para que la señora Valdés perdiera su derecho a reclamar lo que le corresponde tendría que haber sido infiel al señor Arias, pero eso no ha ocurrido. El señor Arias, sin embargo, si ha sido infiel a su mujer, o sea, mi cliente. —Le sostuve la mirada, a la espera de una contestación.

—Tendrá pruebas de lo que está diciendo —declaró en tono soberbio—. No he venido aquí a perder mi tiempo, señorita Marín, tengo mucho trabajo.

—Por favor, llámame Cristina —le solicité—. Y sí, desde luego que tengo pruebas —aseveré, colocando las fotografías encima de la mesa, ante su vista—. Aquí puede ver cómo el señor Arias se divierte con otras mujeres. Él es el infiel, no la señora Valdés. ¿Acaso tiene usted pruebas de que ella lo sea? Seguramente no, ¿y sabe por qué? Porque mi cliente no lo ha sido. —En ese momento noté cómo me crecía ante él.

—Mire, no voy a perder más el tiempo —respondió Eduardo Pujalte con auténtico desdén, mirándome con cierto desprecio al apreciar que lo había dejado en evidencia—. Dígame a qué acuerdo quiere llegar la señora Valdés y yo se lo comunicaré a mi cliente.

—Lo que la señora Valdés quiere es más que razonable. Yo diría escaso, pero yo no soy ella —expresé con arrogancia—. Quiere la vivienda en la que reside en la actualidad, una de las viviendas de la costa, su actual vehículo y una pensión de seis mil euros al mes con una actualización anual del cinco por ciento —expliqué, haciendo una pausa para contemplarlo, desafiándolo con los ojos—. Creo que es un acuerdo muy beneficioso para el señor Arias, casi diría que es calderilla para él. Porque si nos ceñimos al acuerdo prematrimonial, a la señora Valdés le correspondería el cincuenta por ciento de todos los bienes del matrimonio. Créame,

es bastante más de lo que pide, si no, compruébelo usted.

—Muy bien —dijo el abogado levantándose de la silla—, se lo expondré a mi cliente y veremos qué opina el señor Arias al respecto.

—¡Ah!, y dígale al señor Arias que no le conviene ir a juicio. La señora Valdés lo tendría ganado por el acuerdo prematrimonial, y además no creo que sea bueno para sus negocios un escándalo en la prensa. A los accionistas no les gustan esas cosas, todos lo sabemos. —Chasquéé los labios—. Hágale reflexionar; es por su bien. —Dejé asomar un tono de insolencia.

—Cristina, déjeme decirle algo —dijo el abogado mirándome airado—. El señor Arias sabrá lo que debe hacer sin que nadie se lo tenga que decir. No hace falta que yo le haga reflexionar, y mucho menos que usted me lo diga a mí. Ya tendrá noticias nuestras. Buenas tardes.

—Buenas tardes, Eduardo. Y no se moleste —agregué con cinismo—, solo quiero lo que es justo para mi cliente, aunque yo lucharía por lo que le corresponde a la señora Valdés, pero ella es demasiado buena persona. —Me apoyé en la mesa, cruzando los brazos—. Yo no tendría piedad con su cliente, téngalo claro. Es más, me encantaría ir a juicio solo por el placer de despellejarlo —revelé, sin parar de asentir con la cabeza.

Mirándome de arriba abajo con desagrado, Eduardo Pujalte salió del despacho como una exhalación. Unos segundos después, Patricia entraba a verme con cara de preocupación.

—Cristina, ¿qué ha ocurrido con el señor Pujalte?

—¿Por? —pregunté con fingida ignorancia.

—Porque tú no veas cómo se ha marchado, echaba espuma por la boca.

—No ha pasado nada, Patricia —contesté con calma—. El señor Pujalte se ha encontrado con algo que no le ha gustado, le ha salido el tiro por la culata y se ha molestado un poco. —Sonreí.

—Pero ¿tú estás bien?

—Mejor que nunca, no te preocupes por mí.

Anoté en mi mente una canasta imaginaria, y nada menos que de tres puntos. Me sentía mejor que bien después de haberle tocado un poco las narices al presuntuoso de Eduardo Pujalte. Quedar por encima de alguien que se consideraba uno de los mejores mortales tenía un gusto de lo más sabroso.

Esperé a que Ana terminara con sus clientes para contarle cómo había ido la reunión.

—Has hecho muy bien, Cristina —habló con júbilo—. Le has dejado claro que no nos vamos a dejar intimidar. Bien hecho —repitió—. Sabía que le ibas a poner en su sitio. Lástima que me lo haya perdido —se lamentó.

—Bueno, tampoco creo que haya sido para tanto —observé, aunque en mis adentros me sentía triunfadora—. Solo le he dicho lo que haremos y lo que pienso.

—No. —Sacudió la cabeza—. También le has dicho lo que te gustaría hacer: ir a

juicio y machacarlo —subrayó—. Eso les hará pensar mucho. —Asintió—. Si eso ocurriera, Saúl tendría mucho que perder. No le interesa, Cristina, créeme. Buen trabajo —insistió.

—Pues muchas gracias —contesté feliz, sonriendo, y salí del despacho para continuar con mis asuntos.

Un día más me levanté con la cabeza a punto de detonar, el puñetero dolor no tenía la menor intención de abandonarme. No había pasado buena noche; no había sido capaz de dormir y, a punto de rozar el alba, cuando por fin lo conseguí, una terrible pesadilla con Javier me despertó.

Era jueves y aún no había tenido noticias de Marc. Pensé otra vez en su transformación, en aquel radical cambio en su personalidad, pero me lo quité rápido de la cabeza por una simple cuestión: era mejor pensar en el placer que me daba, en los besos y las caricias. Ese anhelo me daba fuerzas para levantarme todas las mañanas.

Contemplé la pulsera que me había regalado y recordé ese maravilloso día con una gran sonrisa. Esperaba con ansia saber pronto de Marc y poder vernos cuanto antes. Fantaseé con todas las cosas que me gustaría hacer con él, y mi cuerpo empezó a alterarse. ¿Qué tenía ese hombre para atraerme tanto, para excitarme de inmediato? Era guapo a rabiar y tenía un cuerpo concebido para el pecado, sí; pero había algo más que lo hacía irresistible. Reflexionando, deduje que igual se debía a su forma de hablarme, de provocarme. No había ninguna duda de que sabía cómo encenderme, cómo hacer que lo deseara hasta límites insospechados. No le podía negar nada, su voz hacía que mi cuerpo mandase sobre mi mente. Su manera de sugerir, su forma de acariciar..., su exclusiva peculiaridad lograba que nunca me saciara de él. Marc me había acostumbrado a su particular forma de proporcionarme orgasmos y me había vuelto insaciable, había despertado mi voracidad más intensa e irreprimible. Resultaba increíble, pero era cierto.

Decidí ducharme para ver si mi cabeza conseguía despejarse. Tenía mucho trabajo esperándome y necesitaba tener la mente centrada. Debía alejar de ella a mis fantasmas y mis fantasías para serenarme, porque ambos pensamientos me exaltaban. Cada uno de forma muy distinta, pero los dos me alteraban por completo.

Pensé en tranquilizar el cerebro con el paseo diario que hacía para llegar al bufete. Decidí observar lo que me rodeaba en lugar de abstraerme en mis pensamientos, y funcionó. Mi mente se entretuvo, logré sosegarla y conseguí disfrutar de un largo rato de paz. Una calma que ansiaba mucho y que en estos momentos casi resultaba ser una necesidad vital para mí.

Nada más entrar en el bufete, Óscar vino a hablar conmigo. Ana le había contado mi reunión con Eduardo Pujalte.

—¡Esta es mi chica! —exclamó en grito—. La que nunca se deja amedrentar por nadie. ¡Bien hecho, Cristina!

—¡Otro igual! —repliqué, restándole importancia—. No he hecho nada del otro mundo, Óscar, solo he dejado claro al señor Pujalte dónde está mi terreno y que no le voy a dejar adentrarse en él.

—¿Te parece poco? Patricia me ha dicho que venía con aires muy presuntuosos e intimidatorios.

—Yo también sé jugar a ese juego, y nunca se me dio mal. —Me encogí de hombros.

—Ya lo sé. Por eso eres una buena abogada. Siempre te creces ante las dificultades.

—¡Vale ya de hacerme la pelota! —exclamé, dándole un pequeño golpecito en el brazo—. Sabes que no me gusta nada. No va conmigo.

—Como tú quieras, pero sabes que llevo razón.

—Bueno, puede que la lleves. —Sonreí.

—Puede no, siempre la llevo —respondió con orgullo—. Sabes hacer muy bien tu trabajo. —Chasqueó los labios y, silbando, abandonó mi despacho. Yo me quedé sonriendo durante un rato y luego comencé a trabajar.

Ana y yo llegamos con tiempo de sobra a la consulta de la ginecóloga. Nos sentamos un rato en la sala de espera y en menos de cinco minutos la enfermera me llamó. Me llevó por un largo pasillo a una consulta donde esperé sola unos minutos, hasta que llegó la doctora. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años muy atractiva, con el pelo moreno recogido en una coleta y una sonrisa deslumbrante. Tras presentarse como la doctora Elena Sánchez, se sentó y empezó a toquetear el teclado del ordenador. Después me preguntó la causa de mi cita y comencé a explicarle los desarreglos de las últimas menstruaciones, cuándo me realicé la última revisión, citología, análisis... En fin, todo. La doctora decidió hacerme un cuestionario sobre mi estilo de vida respecto a las relaciones sexuales y lo anotó en su ordenador. A continuación me realizó una exploración y una ecografía de ovarios y tomó muestras de células para una citología. Me dijo que en principio todo estaba bien y no había de qué preocuparse. Iba a mandarme análisis de nuevo, aunque tan solo habían pasado dos meses desde los últimos y no creía que hubieran variado. Me sugirió tomar la píldora durante un tiempo para corregir los desarreglos menstruales. Me acercó un folleto en el que se explicaban las instrucciones de uso y me dijo que lo siguiese al pie de la letra. Para finalizar, me dio dos citas; la primera, para hacerme los análisis, al día siguiente; y la segunda dentro de tres meses para ver si se habían corregido. En cuanto a los resultados de la analítica y la citología, me llamarían por teléfono; no me haría falta desplazarme si todo estaba correcto. Con un apretón de manos, la doctora se despidió de mí. Llegué a la sala de espera en busca de Ana y abandonamos la clínica. Por el camino le conté todo lo que me había dicho la doctora Sánchez.

—Sabía que te mandarían la píldora —dijo Ana—. A mí me pasó algo parecido y me fue muy bien para controlar mis desarreglos.

—Espero que a mí también me sirva —deseé.

—Ya verás como sí —afirmó, marcando una sonrisa.

Mientras iba en el coche con Ana, camino de casa, pensé en Marc y una idea me asaltó. Ahora nuestras relaciones podían ser distintas. Si yo tomaba la píldora no hacía falta usar preservativo, podíamos disfrutar del contacto directo de nuestra piel. Sentí un ardor al pensarlo, y a la vez mi corazón se alegró. No sabría decir por qué razón deseé tanto sentir la piel de Marc en mi interior, pero lo anhelé con fuerza. Y pensé más aún: quería que fuera una sorpresa para él, igual que un regalo. De modo que no se lo diría hasta el justo momento de entrar en mí, hasta el instante de ocupar mi interior. Estaba decidido, sería mi regalo. Y estaba convencida de que le encantaría tanto como a mí.

Al día siguiente, cuando regresaba de la extracción de sangre, mientras salía del taxi, vi a Óscar llegando al bufete y lo esperé. Según se acercaba percibí que algo le preocupaba, su semblante estaba triste.

—Buenos días, Cristina —saludó con voz apagada.

—Hola, ¿qué te ocurre? —Lo observé—. ¿Estás preocupado?

—Más bien decepcionado, apesadumbrado, cabreado... —Sopló—. Todos mis planes se han esfumado de golpe y porrazo.

—Hablas del fin de semana con Marta, ¿verdad?

—Sí. —Resopló de nuevo.

—¿No podéis ir? —pregunté, pasando la mano por su hombro.

—No. Tengo un importante cliente que quiere reunirse conmigo cuanto antes. Imagínate qué día ha elegido para hacerlo.

—Mañana —respondí de forma categórica.

—Exacto. —Comenzó a negar con la cabeza—: No puede otro, se va de viaje de negocios y no he podido decirle que no. Es muy buen cliente y me ha proporcionado otros también. —Emitió un suspiro cargado de resignación.

—Óscar, no te preocupes, Marta lo entenderá —aseguré convenida—. Sé cuánto fastidia que a uno le cambien los planes en el último momento, pero siempre lo puedes aplazar para el próximo fin de semana. —Le acaricié una vez más el hombro.

—Estoy desando pedirle que se venga a vivir conmigo, Cris, la quiero tanto —sonó abatido.

—¡Eh, podrás resistir una semana más, Óscar! —le reprendí—. Después de todo el tiempo que lleváis juntos una semana no es nada. Pero si no puedes esperar, díselo ya, da igual el momento o lugar, lo que importa es el fin. —Posé las palmas de mis manos en sus mejillas, contemplándole los ojos—. Busca siempre el lado positivo de las cosas, eso me lo enseñaste tú a mí, ¿recuerdas?

—Sí, llevas razón —contestó, estirando un poco los labios a modo de sonrisa—. Además, seguro que Marta lo entenderá. —Asintió—. Voy a llamarla ahora para que

se deje libre el próximo fin de semana. —Me besó en la frente y de inmediato cogió el móvil para llamarla.

—Bueno, yo me voy para el bufete —le anuncié.

Óscar asintió y levantó el dedo pulgar a modo de respuesta, a la vez que sus labios deletreaban las palabras *te quiero*. Sonriendo, le lancé un beso y me marché.

Al llegar al despacho pensé que no había tenido noticias de Marc en toda la semana y no sabía si llamarlo. Volví a mirar la pulsera, cerré los ojos y reviví en la mente, una vez más, el último día que habíamos estado juntos. Un brutal acaloramiento me invadió todo el cuerpo. ¡Cuántas ganas tenía de volver a sentirlo dentro de mí! Ardía en deseo solo con recordar aquellas maravillosas manos deslizándose por mi cuerpo, sus sedosos y carnosos labios recorriéndome de arriba abajo hasta hacerme retorcer de placer. Mi libido despertó de forma implacable, alterándome entera.

«¡Joder, Cristina! Intenta mitigar un poco tus pensamientos y tu deseo o un día de estos saldrás ardiendo con uno de esos recuerdos. No te quepa la menor duda.»

Después de apaciguarme un poco, o de que mi conciencia lo hiciera, decidí mandarle un *whatsapp* a Marc para saber de él. Necesitaba verlo, anhelaba tanto su cuerpo que no me dejaba pensar con claridad.

Hola, inspector jefe, no tengo noticias tuyas. ¿Nos vamos a ver?

Al momento, mi teléfono empezó a sonar; era Marc. Sonreí al ver su nombre en la pantalla.

—Hola, Marc —contesté, ansiosa por oír su voz.

—Hola, preciosa. Perdona que no te haya llamado antes, pero estoy muy liado. Aunque pensaba hacerlo a mediodía.

—¿Ha detenido usted a muchos malos, inspector jefe?

—En eso estamos, por eso estoy tan liado —respondió, y le noté un poco serio.

—Pues yo creo que por aquí también hay una chica mala y aún anda suelta. ¿Piensa detenerla, inspector jefe? ¿Le pondrá sus esposas? —Usé un tono de voz muy sexi para formular las preguntas.

—Letrada, no me lo diga dos veces porque iré ahora mismo a donde esté y la esposaré sin dudarle. Después ya se me ocurrirá qué hacer con usted inmóvil —aseveró riendo.

—¡Uy!, ¿promesas otra vez? Le confesaré que a mí me gustan más los actos.

—Lo sé, pero usted también sabe, letrada, que yo siempre cumplo mis promesas —susurró, erizándome la piel con su tono.

—Entonces, ¿me esposará de verdad? ¿Piensa hacerlo hoy o mañana?

Me estaba excitando con solo imaginarme la escena: yo esposada a la cama y Marc poseyéndome como un loco. ¡Ummm, qué maravilla!

—Me encantaría poder hacerlo ahora, pero me temo que no va a ser posible. Tendremos que dejarlo pendiente para la próxima vez, Cris. Tengo mucho trabajo,

estoy con una investigación entre manos que me quita todo el tiempo. Llevamos muchos meses con ella y está a punto de dar sus frutos. Lo entiendes, ¿verdad?

La noticia me cayó como un jarro de agua fría. Debía entenderlo, cada uno teníamos nuestras obligaciones, y además no éramos pareja, no nos debíamos explicaciones, solo nos veíamos cuando podíamos y disfrutábamos de nuestros cuerpos. No había nada más entre nosotros.

—Por supuesto, Marc, no te preocupes. Ya volveremos a vernos cuando puedas, sino tengo otros planes, claro.

Las palabras, junto a un tono de malestar, surgieron sin pensarlas.

—Cris, no te molestes, por favor. —Su voz denotó preocupación.

—No me lo he tomado mal, pero yo también puedo tener planes, Marc, ¿no? —pregunté con un poco de retintín—. Tengo una vida, sería algo de lo más normal —añadí, sabiendo que muy dentro de mí estaba cabreada.

—Sí, perdona. —Hizo una pausa—. No quería decir que tú no tengas planes. Solo quiero que entiendas que si pudiera estaría contigo ahora, y mañana, y pasado. Estaría todos los días encima de ti, o debajo, como tú prefieras, preciosa. —Suspiró con un matiz de tristeza—. Pero en estos momentos me es imposible.

—No, perdóname tú a mí, Marc, lo siento —me disculpé—. Entiendo tus razones, nos veremos otro día, cuando puedas. No te preocupes, de verdad. No tenemos ningún compromiso.

—Te llamaré en cuanto tenga un poco de tiempo libre, Cris.

—Espero que tu esfuerzo merezca la pena y todo vaya bien —hablé apenada—. Llámame cuando sepas que nos podemos ver.

—No lo dudes, preciosa. Adiós.

Regresé a casa afligida, con el ánimo por los suelos, Marc era mi vía de escape y ahora me había fallado. Estando con él conseguía aislarme de todos los amargos recuerdos, los sustituía por el placer que me daba. Un placer que nunca antes había conocido, al menos no como él me lo proporcionaba.

Pensé en ducharme, ponerme el pijama y pasar todo el fin de semana tirada en el sofá, viendo la televisión. No tenía otro plan mejor, o más bien no tenía otro plan.

Marta llegó a casa muy feliz y me pregunté cómo podía estar tan contenta cuando su fin de semana romántico se había ido al traste. Yo en su lugar estaría furiosa, pero ella traía una sonrisa de oreja a oreja y venía tarareando una canción.

—¡Hola, Cris! ¿Qué tal estás? No te veo muy animada —observó Marta—. Pensaba que ya estabas mejor. Estos días de atrás te noté alegre y tranquila.

—He tenido un mal día, solo eso —contesté, y añadí—: Tú, sin embargo, no pareces muy afectada por haberte quedado sin fin de semana con Óscar.

—Nos iremos el próximo —dijo restándole importancia—. Es más, si me apuras

casi me viene mejor. Faltaba personal en el hospital para cubrir guardias este fin de semana, así que trabajaré el domingo y tendré libre el siguiente. —Sonrío muy feliz.

—¡Vaya! No hay mal que por bien no venga. ¿No dice eso el refrán?

—Exacto, Cris —respondió sin perder la sonrisa—. Y tú, ¿qué planes tienes para este fin de semana? Mañana tengo el día libre, podríamos hacer algo juntas —dijo sentándose a mi lado.

—Pensaba quedarme aquí, en el sofá, todo el fin de semana. No tengo ganas de hacer nada. —Suspiré.

—¡Ah, no, señorita! —espetó—. Usted y yo vamos a salir mañana por Madrid. Sé que últimamente te he tenido un poco descuidada, pero sigo siendo tu guía, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Pero de verdad que no tengo ganas de salir de casa, Marta —aseveré con cara de inapetencia.

—¿Te gusta Dalí?

—Sí, mucho. ¿Por qué?

—Porque hay una exposición en el Museo Reina Sofía y mañana vamos a ir a verla. Después comeremos por allí. ¿Qué te parece? —preguntó ilusionada, era imposible decirle que no.

—Es un buen plan, creo que me has convencido. —Asentí, pensando que era mucho mejor que quedarme tirada en el sofá recreándome en mis fantasmas.

—Pues quiero verte con mejor cara y que te pongas guapa, ¿vale? Dame una sonrisa, por favor —suplicó Marta, poniendo una cara muy extraña. Se puso feísima, y las dos empezamos a reír—. Esta es la cara que les pongo a mis niños para sacarles una sonrisa, pero veo que también funciona con los adultos. —Continuó riendo.

—Y harías reír a la persona más seria del planeta. Tú no te has visto, guapa —dije sin poder parar la risotada.

En realidad Marta me fascinaba. Era una persona alegre y divertida, en eso se parecía mucho a su hermano. Siempre veía el lado positivo de las cosas, el vaso medio lleno, y no recordaba nunca haberla visto ni triste ni cabreada. No sabía cómo lo lograba, pero era digna de admiración. A veces envidiaba su carácter, o más bien sentía melancolía, pues yo solía ser así: optimista, confiada, risueña... Pero la vida me jugó una mala pasada, me mostró su cara más dura y rancia, y desde entonces nunca volví a ser la misma Cristina de antaño.

Marta y yo salimos encantadas después de ver y admirar la exposición de Dalí. Habíamos esperado más de dos horas debido a la acumulación de gente que hacía cola para poder entrar, pero la espera fue compensada con todo aquel maravilloso arte. Algunos de los cuadros ya los había visto en otros museos, aunque la gran mayoría eran desconocidos para mí. La obra de Dalí era brillante.

Cada vez que miraba a Marta no podía evitar recordar a Marc. No es que fuesen dos gotas de agua, más que el parecido físico, que no era excesivo, en lo que me recordaba a él era en los gestos y la sonrisa, en eso eran calcados. A veces me sentía mal por estar ocultándole mi relación con su hermano; no obstante, estaba segura de que era lo mejor para ella. Marta nunca entendería que no buscase algo más que una mera relación carnal, y no tenía ganas de escuchar sermones, y menos de dar explicaciones; yo conocía de sobra mis razones.

Abandonamos la exposición y nos sentamos a comer en una terraza cercana al museo. Hacía un día estupendo, olía a verano y el ambiente era distinto. La gente estaba más alegre y las calles más llenas de lo normal; era la influencia que ejercía esa calurosa y corta época del año sobre nosotros.

—Deberíamos bajar un poco la comida —dijo Marta tocándose la tripa—. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por el Retiro?

—Sí, estoy de acuerdo contigo. —Asentí—. Andemos un poco, nos vendrá bien.

Caminamos durante un buen rato y me alegré de haberme puesto unos zapatos con cuña en lugar de tacón. De lo contrario, con el largo paseo que habíamos dado, en esos momentos tendría un dolor de pies más que considerable. Buscamos un banco para descansar un rato y comenzamos a charlar un poco. Hablamos de nuestros trabajos, de la familia, de cuánto echaba de menos Marta a sus padres, de su relación con Óscar..., y terminamos hablando de Marc.

—Cris, voy a invitar a cenar a mi hermano, hace mucho que no viene por casa.

Mi mente se agitó recordando la vez que Marc y yo lo hicimos encima de la mesa de su salón, algo que Marta desconocía y así quería yo que continuase.

—Vale, me parece bien —mentí como una bellaca, con una sonrisa en los labios. No me apetecía nada juntarme con Marc estando ella delante, aparentando que no nos conocíamos.

—Mira, Cris, voy a serte sincera. Me gustaría que mi hermano y tú os conocierais un poco más. Ya sé que la última vez que te lo comenté me dijiste que no hiciera de celestina, pero estoy segura que os ibais a gustar. —Desplegó levemente los labios—. Mi hermano ha volcado su vida en el trabajo, y ahora que tiene mejor posición creo que es momento de buscar a alguien, una compañía, una pareja. —Hizo una pausa—. Siempre que hablamos se lo digo, aunque él hace oídos sordos.

—Yo opino que las cosas no deben forzarse. —Mi mejilla marcó un mohín—. No digo que tu intención no sea buena, Marta, pero a lo mejor yo no soy su tipo, no le gusta mi carácter, qué se yo...

Marta me observó con cara de asombro.

—Perdona, Cristina, pero ¿hablas en serio? ¿Tú te miras al espejo? ¿Crees que no puedes gustarle a los hombres? —interpeló de seguido, mirándome pasmada—. ¡Por Dios! Eres muy guapa, con un buen cuerpo, capaz, despierta, inteligente... Y si todo eso no fuera ya suficiente, además tienes algo especial que atrae —declaró con ternura.

«Algo especial que atrae». Marta acababa de decir las mismas palabras que Marc me había dicho en nuestra primera cita.

—Me vas a ruborizar, Marta. —Estiré los labios con timidez.

—Es la verdad, Cris —confirmó—. Y yo sé que mi hermano se ha fijado en ti, le vi mirándote cuando estábamos en el *catering*, te aseguro que te comía con los ojos. Le gustaste. —Mostró una gran sonrisa.

—Una cosa es que alguien te guste o que te parezca atractivo, y otra bien distinta es querer conocerlo o pretender algo más, ¿no crees? —pregunté, deseosa de terminar con la conversación lo antes posible.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. Yo solo quiero que mi hermano sea feliz, es una buena persona que ha luchado mucho para estar donde está. —Suspiró—. Puedo asegurarte que nadie le ha regalado nada; al contrario, mi padre le puso las cosas muy difíciles —habló apesadumbrada.

—Ya sé que no quería que fuese policía, me lo comentaste en una ocasión.

—Marc hizo todo lo que mi padre le pidió a pesar de no estar de acuerdo. Pero cuando terminó la carrera de Economía, la que mi padre decidió para él, se plantó. Dijo que había estado preparándose para presentarse al examen de oposición para ingresar en el centro de formación policial. —Vaciló antes de continuar, y respiró profundo—. Mi padre puso el grito en el cielo y le dijo que él no iba a costear sus caprichos. Pero mi hermano tenía ahorros, durante los veranos había estado trabajando de relaciones públicas en una discoteca. Creo que lo tenía todo planificado —resolvió Marta.

—Y cuando aprobó la oposición, ¿tú padre no cambió de actitud? —pregunté intrigada.

—Para nada. Pienso que le cabreó más —contestó rotunda—. No son oposiciones fáciles, además, hay menos plazas accediendo por la escala ejecutiva que si accedes de policía a inspector. Sin embargo, mi hermano trabajó mucho y lo consiguió, aprobó la oposición de ingreso. Después pasó dos años en la academia, preparándose teórica y físicamente. Tenía que demostrar a nuestro padre que no era un capricho, sino una vocación, y lo logró. Así de perseverante es mi hermanito. —Esbozó de nuevo una sonrisa—. Hace menos de un año que lo ascendieron a inspector jefe. Es muy bueno en lo suyo, por eso está en una unidad especial.

—¿En qué unidad? —inquirí, la historia de Marc estaba despertando mi curiosidad por momentos.

—En la UDYCO. Unidad de droga y crimen organizado.

—¡Vaya! Suenan a peli de narcos y mafia.

—Sí, pero por desgracia es la vida real, Cris. Un grupo de personas que se juegan la vida para limpiarnos las calles de desalmados. —Chasqueó los labios.

En ese momento, tras la brevísima explicación de Marta, empecé a entender un poco más la vida de Marc, su dedicación y la importancia de su trabajo.

—¿Andamos un rato más? —me preguntó Marta—. Estoy pensando que podríamos ir a comer un helado. Conozco un sitio donde hacen los mejores helados de yogurt.

Se levantó del banco esperando que yo lo hiciera también.

—¡Pues vamos! —exclamé, levantándome al momento.

No llevábamos andando ni cinco minutos cuando lo vi casi enfrente de mí. ¡No podía ser verdad! ¡Otra vez no! El maldito cabrón de Javier estaba ahí de nuevo, a pocos metros de mí. Comencé a temblar y la sensación de asfixia se apoderaba poco a poco de mi cuerpo. Javier iba con una mujer de la mano y una niña pequeña que llevaba a caballito. Esta vez sí me vio y se quedó inmóvil, petrificado. La mujer le hablaba, pero él no apartaba los ojos de mí, como si estuviera ido. El corazón se me aceleró tanto que el pecho me dolía debido a los fuertes golpes y el aire empezó a faltarme.

—Cris, ¿te pasa algo? Estás muy pálida. —Noté preocupación en la voz de Marta, aunque era imposible hacerme reaccionar—. ¿Cris, qué te ocurre? Estás temblando —dijo poniéndose delante de mí, impidiéndome ver a Javier—. Cris, oye, me estás asustando, reacciona, por favor. —Me cogió las manos—. ¡Joder, Cris, tienes el pulso acelerado y descontrolado, tienes una taquicardia! —anunció sorprendida.

Sin atender a sus palabras, incliné la cabeza con algo de miedo para ver dónde se encontraba el maldito bastardo, pero ya había desaparecido. Miré con impaciencia, buscándolo con la vista, y al final lo vi alejándose en dirección opuesta. Cerrando los ojos, empecé a luchar por controlar la respiración y retomar el aire que se había disipado de la atmósfera para mí.

—Vamos a acercarnos al hospital, Cris, ¿vale?

—No —respondí—. Ya se me está pasando, Marta, no te preocupes. Sentémonos un rato en ese banco, por favor. —Le pedí, sintiendo las piernas de goma según andaba, pensé que iba a caerme en cualquier momento.

—¡No! —me contradijo—. Debemos ir al hospital a que te examinen. —Levantó la voz, alterada—. ¿Tú sabes a qué velocidad latía tu corazón? ¿Te ha ocurrido esto más veces? ¿Hay antecedentes cardiacos en tu familia? —preguntó sin respirar, acababa de salir la doctora Balaguer.

—¿Me estás haciendo un interrogatorio? Pensaba que el poli era tu hermano —solté con sarcasmo.

—Cris, esto no es gracioso, con el corazón no se juega —advirtió intranquila—. Creo que deberías ir al especialista y hacerte un chequeo.

—Vale, lo tendré pendiente. ¿Más tranquila? —Intenté sonreír para ver si se calmaba.

—Pues no —farfulló—. Si fueses una niña pequeña te llevaría de la oreja al hospital —añadió molesta.

—Iré al médico, no te preocupes. —La miré y asentí con la cabeza—. Y si quieres podemos irnos ya a tomarnos ese helado, me encuentro mejor. Toma, comprueba el pulso para que veas que no te miento. —Le ofrecí la mano y ella lo comprobó sin dudar.

—Ahora está más normal, pero no al ritmo que debe ir, aún está un poco acelerado. —Arrugó los labios.

—De verdad que me encuentro bien. Nos vamos, por favor.

Nos levantamos y nos fuimos andando despacio, todavía sentía débiles las piernas. Marta me agarró del brazo, como si fuera consciente de que necesitaba sentir un punto de apoyo por si las fuerzas me terminaban fallando. Poco a poco, pasito a pasito, mi cuerpo volvió a la normalidad, aunque la mente, por el contrario, se trastornaba más por momentos.

Me encontraba sola en casa, Marta tenía guardia en el hospital, si bien cada dos horas de reloj me llamaba para ver cómo me encontraba. En verdad estaba preocupada por mí, pero, no contenta con preocuparse ella, también había inquietado a Óscar, que en un par de horas estaría en casa para hacerme compañía. Además, Marta se había empeñado en que saliésemos a comer fuera, según ella me vendría bien tomar un poco de aire.

No tenía ganas de salir ni de ver a nadie, solo quería estar tirada en el sofá y que alguien me practicara una lobotomía. Estaba convencida de que solo de esa forma podría dejar de pensar en el pedazo de cabrón de Javier. Tenía grabada en la mente la imagen de los tres. El muy cerdo tenía una familia. Jodió mi vida, pero él siguió con la suya como si nada. No tenía conciencia. Pero cómo podía pensar ni por un segundo que ese mierda tenía conciencia, de haberla tenido jamás me habría hecho aquello. Me dieron ganas de abofetearme la cara por resultar tan estúpida, tan tonta. Lo detestaba en profundidad, como jamás pensé que se pudiera aborrecer a alguien. Y ese rencor era el que me había ido carcomiendo durante todos estos años. La aversión hacia su persona, hacia esa bazofia humana. Las lágrimas, ante el dolor del recuerdo de aquella fatídica noche, terminaron brotando, me inundaron en un profundo llanto. Un llanto inconsolable que no tenía fin.

El teléfono emitió un zumbido, acababa de recibir un *whatsapp* y vi que era de Marc. Sin embargo me sentía tan abatida que no tenía ganas de abrirlo, y dejé el

móvil encima de la mesa. Me metí en la ducha, abrí el grifo, me senté debajo del agua y me abandoné por tiempo indefinido. Quería recomponerme, lo intentaba con fuerza, aunque resultaba muy difícil porque mi cabeza no paraba de hacerse preguntas y de cuestionarse todo.

«Quería un cambio en mi vida. Por fin doy el paso y me vengo a Madrid, y ¿con quién me encuentro? Con él, con el vil de Javier. ¿Por qué? Nunca había conseguido cerrar del todo mis heridas y ahora se habían abierto más, y la única culpable era yo por venirme aquí. ¡Joder, Cristina, no das una a derechas! La gente supera los problemas, las adversidades y continúa viviendo; tú, en cambio, ¿qué coño has hecho con tu vida?»

Mi conciencia no paraba de aporrearne con las mismas preguntas. Una vez tras otra me machacaba, lacerándome más y más. Y la mente, a gritos y desconsolada por tanto maltrato psicológico, me pidió clemencia, un rato de calma, una tregua para no terminar explotando.

«¡Basta, BASTA, BASTA! Eres fuerte, Cristina, tienes que intentar superarlo, tú puedes hacerlo también. No puedes rendirte después de quince años, tú eres mejor que él, tú vales mucho más, recuérdalo.»

Me repetí la misma frase más de cien veces antes de salir de la ducha, intentando imprimirla a fuego en el cerebro para sentirme mejor. No obstante, mi capacidad de convicción era más bien escasa, por no decir nula; y mi cerebro, lejos de grabar nada a fuego, no fue capaz ni de usar un lápiz.

Al volver al salón el teléfono sonaba y pensé que sería Marta de nuevo. Cuando lo cogí dejó de sonar y comprobé que no era una llamada de Marta, sino de Marc. Tenía dos *whatsapp*s de él y cuatro llamadas perdidas. Me senté un momento y decidí leer sus mensajes.

Hola, preciosa, estoy deseando volver a verte. Intentaré hacer un hueco entre semana para estar contigo. Ya sabes, encima o debajo, como tú prefieras.

Mis labios intentaron estirarse, pero no lo consiguieron; y leí el siguiente:

No me contestas, Cris, ¿no quieres que nos veamos? Espero que no te hayas enfadado, preciosa, este trabajo es lo que tiene, a veces no se pueden hacer planes.

Marc pensaba que me había molestado con él, el pobre no podía ni imaginar por lo que yo estaba pasando. Seguramente por eso me había llamado, preocupado al no contestar. Debía responderle, aunque no me apetecía hablar con él ni con nadie, me sentía demasiado hundida, así que lo mejor sería mandarle un *whatsapp*. Nada más empezar a escribir, el teléfono sonó de nuevo; volvía a ser Marc. Tenía que contestar, a pesar de no apetecerme mediar palabra alguna; él no tenía la culpa de lo que me ocurría ni de cómo me sintiera. Debía hacerlo, solo tendría que disimular durante unos minutos, nada más, y, suspirando con fuerza, descolgué.

—Hola, Marc.

—Me estabas preocupando, Cris —habló intranquilo—. Te he mandado un par de *whatsapps* y como no me contestabas te he llamado unas cuantas veces.

—Estaba en la ducha, no lo he escuchado.

—¿Estás bien? Te noto apagada, un poco triste.

—No, solo me duele la cabeza, nada más. Ahora iba a prepararme algo para comer y tomarme una pastilla.

—¿De verdad que no te ocurre nada?

—No, ¿por qué me tiene que ocurrir algo? —Intenté sonar despreocupada.

—De acuerdo. Si tú lo dices será así.

—Es así, Marc, solo me duele la cabeza —insistí.

—Pues hazme un favor, cuídate mucho, preciosa, porque no quiero que te duela nada cuando nos veamos. En cuanto tenga un hueco te llamaré, estoy deseoso de estar entre tu cuerpo, no sabes cuánto. —De fondo se escuchó una voz—. Cris, lo siento, pero tengo que dejarte, me reclaman. Come, tómate esa pastilla y descansa, ya verás como después te sentirás mejor.

—Muchas gracias por el consejo.

—Y hablando de consejos, espero que esta noche sueñes conmigo, porque yo sueño contigo todas las noches y me siento muy bien, me levanto muy feliz. Bueno, a veces demasiado animado, al menos una parte de mí, ya me entiendes —dijo riendo, y yo terminé fingiendo que me reía con él.

—Pues espero soñar contigo, a ver si así se esfuma este dolor.

—Hazlo, por favor. Y ahora te dejo. Hablamos, Cris, adiós.

—Adiós, Marc.

En cuanto colgué volví a llorar con amargura. Me sentía superada, desbordada por todo lo sucedido en los últimos días, por haber vuelto a desenterrar todas mis angustias y temores, todos mis demonios. El peso de mi vida me estaba asfixiando, y por primera vez en años era incapaz de levantarme y luchar.

Cogí el teléfono para llamar a Óscar, debía decirle que no viniese, que no me encontraba bien para salir a ningún sitio ni para estar con nadie. Con el primer pitido, descolgó.

—Hola, Óscar.

Las lágrimas comenzaron de nuevo a rodar por mis mejillas.

—¿Estás llorando, Cristina? —preguntó alterado.

—Sí, no me encuentro nada bien. —Mi voz sonó agitada.

—Ahora iba para allá —dijo con celeridad.

—No, no vengas Óscar —le rogué—. No tengo ganas de ver a nadie ni de hablar, quiero estar sola.

—Sí voy a ir, Marta me ha contado lo que te ocurrió ayer y estoy preocupado por tu salud.

—Lo de ayer no tiene que ver con mi salud, como piensa Marta. Es solo que volví a ver a Javier, allí, en el Retiro, y él también me vio a mí. Tiene mujer e hija, iba

paseando con ellas —expliqué enfurecida.

—¡Joder, Cris, te estás matando tú sola! —replicó—. ¿No te das cuenta? Te estás haciendo más daño tú del que te hizo él —me reprochó—. No sigas por ese camino, por favor, te estás autodestruyendo. —Sopló con fuerza.

—¡No sé qué hacer, Óscar, estoy tan perdida! —exclamé en medio del llanto—. Quería cambiar mi vida y tengo que venir justo donde él está y encontrarlo. ¿No es irónica la vida?

—El mundo es un pañuelo y está lleno de casualidades, Cris, es solo eso. Cálmate, te lo ruego, ahora estoy ahí contigo.

—No, no vengas, Óscar —volví a insistir.

—Sí, Cris, voy a ir y vamos a hablar cuando tengas fuerzas o te apetezca, y punto. Hasta ahora.

Óscar llegó en apenas veinte minutos. Nada más abrir la puerta y verlo, rompí a llorar de nuevo. Él me abrazó con fuerza y me llevó hasta el salón, donde nos sentamos en el sofá. No sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que mi llanto decidió extinguirse, pero en todo momento mi buen amigo permaneció abrazado a mí y besándome. Eran besos de protección, de absoluto amparo; eran besos de hermano.

—Cris, no puedes continuar así, estás destrozando tu vida —aseguró, abrazado aún a mí—. Mira, sé que fue muy duro, pero, y esto no te lo he dicho nunca, creo que luego te has jodido tú más que nadie. —Emitió un lánguido suspiro—. Nunca lo llegaste a superar por cómo encauzaste tu vida. Si lo hubieras hecho de otra forma, estoy convencido, ahora lo tendrías olvidado.

Me quedé en silencio, sopesando sus palabras; una parte de mí sabía que eso era cierto, pero la otra se negaba a creerlo. Esa era siempre mi continua lucha, las dos versiones de mi cabeza que chocaban de continuo, atormentándome sin cesar.

—Puede que lleves cierta razón. Quizás he volcado mi vida en algo que ha terminado haciéndome más daño. —Suspiré, temblorosa por el sollozo.

—Si empiezas a reconocerlo es un gran paso, Cris —declaró—. Tienes que comenzar a vivir, debes añadir cosas nuevas en tu vida. Ya has dado un paso muy importante cambiándote de ciudad y de trabajo. —Se separó de mí y me cogió las manos—. Mira, ha sido mala suerte encontrarte con Javier en esta ciudad, pero ha pasado, algún día podría ocurrir y ya ha ocurrido. Debes olvidarlo y mirar hacia delante, tienes que relacionarte más, salir, buscarte un amigo, un novio, alguien, Cris. Alguien que te aporte felicidad, alegría, cariño, amor. Te mereces todo eso y mucho más, llevas muchos años negándotelo. Para ya, por favor, te lo suplico.

Las lágrimas comenzaron a llenar de nuevo mis ojos, y Óscar volvió a abrazarme.

—Ya no tengo fuerzas para continuar yo sola con todo esto, de verdad —contesté, mientras el llanto se agrandaba.

—Entonces debes buscar ayuda profesional. Vuelve a hablar con tu psicóloga o psiquiatra, ya no recuerdo lo que era. —Se separó de mí y me levantó la cara con la mano.

—Era ambas cosas, aunque me pidió llamarla psicoterapeuta —puntualicé—. Decía que yo me sentiría más cómoda con ese término y que ella también lo prefería. Al fin y al cabo, me quería tratar la mente y el alma a través de la terapia, y con la menor medicación posible, porque los fármacos alivian, pero no curan las heridas del alma. Esas heridas se curan buscando el remedio en el interior de cada uno, eso me explicó en muchas ocasiones la doctora Millán.

—Pues busca a tu psicoterapeuta, ella ya conoce el tema. Búscala por internet, por donde sea, pero llámala, ponte en contacto con ella, por favor. —Su mirada estaba ahogada en lágrimas.

—Vale, lo haré, pero no llores tú —le supliqué.

—No soporto verte así. Me siento tan impotente, no sé cómo ayudarte —reveló con amargura—. Búscala, solicita su ayuda de nuevo, Cris.

Óscar me abrazó más fuerte y sentí cómo empezaba a llorar al estrecharme entre sus brazos. Su llanto era silencioso, pero se percibía que contenía rabia, y mis ojos decidieron aliarse a los suyos y prosiguieron descargándose.

Tras calmarnos, Óscar me llevó hasta la habitación y me metió en la cama, parecía un padre arropando a su hija mientras le daba las buenas noches. En ese conciso instante pensé que algún día sería padre, y estaba convencida de que sería el mejor; Marta había tenido mucha suerte encontrando a un hombre tan bueno. Se sentó a mi lado sin dejar de acariciarme la cabeza, mimando mi malestar, mi dolor y sufrimiento con la idea de apaciguarlos. Y el agotamiento producido por el llanto terminó vencéndome y me hizo caer en un profundo sueño.

Cuando desperté estaba sola y la cabeza no dejaba de pensar en la idea de buscar a la doctora Millán, mi psicoterapeuta. Fui paciente suya durante años, era una excelente persona, aparte de buena profesional, y tuvo muchísima paciencia conmigo. Al principio aguantó todo tipo de improperios descargados por mi boca acerca de su profesión. La palabra *loquera*, así la denominaba, era una de las que más le repetía en sus sesiones. Por eso, estaba convencida, quiso hacerme olvidar su papel de psiquiatra y que solo viera el de psicóloga utilizando la palabra *psicoterapeuta*. Aunque aguantó unas cuantas citas hasta pedírmelo, y yo estaba segura de que lo hizo para que expulsara todo de mi interior. Ella sabía que no hablaba yo, sino la ira desmedida que me consumía por dentro.

La doctora Millán me ayudó mucho, aunque mi actitud ante los hombres no cambió como ella esperaba. Sin embargo, sí me hizo ganar mucha confianza en mí misma. Habíamos perdido el contacto hacía años. Accedió a darme el alta a regañadientes, se lo tuve que suplicar, pero puso una condición: tenía que hablar con ella por teléfono una vez al mes durante una hora. Así estuvimos el primer año, pero luego acordamos que las llamadas serían trimestrales durante un año más, y después

perdí el contacto con ella, dejé de llamarla y me alegré de hacerlo. Ahora, por el contrario, deseaba con ansia retomarlo y volver a escuchar sus consejos. Todavía recordaba el último que me dio: «Nunca lo olvides, Cristina, puedes conseguir cuanto quieras en la vida, eres una persona muy válida. Y sobre todo no te prives del amor, te lo mereces. Un día encontrarás a un buen hombre, porque los hay, y ese día deberás permitirte ser feliz y amar. Recuérdalo siempre, por favor».

Lo recordaba con nitidez, aunque jamás lo había llevado a la práctica, al menos en lo referente al amor, ni siquiera me lo había planteado. Aquellas palabras sobre los buenos hombres me parecían huecas, carentes de significado para mí.

Me levanté de la cama y salí deprisa en busca de mi bolso. Cuando llegué al salón, Óscar estaba allí, viendo la televisión.

—¿Has descansado, Cris? —preguntó acercándose a mí.

—Sí, he dormido —respondí con celeridad—. Pero al despertar me he puesto a pensar en la doctora Millán, creo que tengo su número de teléfono apuntado en mi agenda. Bueno, suponiendo que no lo haya cambiado, claro.

—Tienes que comer algo, ¿quieres que te traiga un poco de fruta?

—Vale, de acuerdo. —Asentí con la cabeza—. Mientras buscaré el número de teléfono.

Saqué mi vieja agenda alfabetizada y busqué en la *D* de doctora, no estaba. Después busqué en la *P* de psicoterapeuta, pero tampoco la encontré. Un sudor frío empezó a recorrerme poniéndome el cuerpo en tensión. Me paré a pensar un momento y busqué en la *A*. ¡Allí estaba! Anabel Millán (psicoterapeuta). Me alegré tanto que parecía me hubiesen dado la mejor noticia del mundo. Era su número de móvil, y eso significaba que la podía llamar ahora si quería, aunque no sabía qué hacer. Medité durante unos segundos y al final me atreví a hacerlo. Cogí el teléfono y marqué el número, pero la angustia me desbordó haciendo que colgase al instante. Qué iba a decirle después de tanto tiempo, me pregunté, y las dudas empezaron a adueñarse de mí. En ese instante, Óscar entró en el salón con un plato de fruta variada.

—¿Has encontrado su teléfono? —preguntó, dejando el plato en la mesa.

—Sí —contesté—. Es el de su móvil y he pensado en llamarla ahora, pero he marcado y he vuelto a colgar. No sé qué decirle, Óscar. —Junté las palmas de las manos y las apoyé en mis labios, invadida por los nervios que no paraban de hacerme temblar.

—¡Vamos, Cris, en cuanto hables con ella todo fluirá! No eres una persona cobarde, adelante, llámala y habla con ella, por favor —suplicó.

Respiré hondo, mirando a sus ojos, que estaban tristes, y fue el detonante que me armó de valor, pues no me gustaba ver a Óscar así, sufriendo por mí. Cogí el teléfono y volví a marcar, escuchando nerviosa cómo emitía los pitidos correspondientes a la vez que el pulso se me disparaba.

—Sí, dígame —respondió una voz al otro lado.

El corazón me bombeó con fuerza al escucharla, estaba segura de que era ella.

—¿Doctora Millán? —pregunté con voz pesarosa.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Cristina, doctora. Cristina Marín. Fui paciente suya durante cuatro años, desde 1998 al 2002. ¿Se acuerda de mí?

—¡¿Pero eres tú, Cristina?! —profirió con sorpresa—. ¡Por supuesto que me acuerdo de ti! —aseveró—. Cómo podría olvidarte si siempre fuiste una de mis pacientes preferidas. Cuánto tiempo sin noticias tuyas. Pero dime, ¿cómo estás? ¿Te va todo bien?

—Sí y no. Por eso la llamo —respondí, apretando los labios para contener el sollozo.

—¿Qué ocurre, Cristina?

—Bueno, si se acuerda de mí también recordará por qué fui paciente suya —contesté, todavía me costaba hablar de aquello después de tanto tiempo.

—Desde luego. Lo recuerdo muy bien —afirmó tajante—. Cuéntame, por favor.

Óscar me miraba sin pestañear, apoyado en la mesa del salón.

—Pues verá, he vuelto a ver a Javier. —Hice una pausa para respirar hondo—. Después de quince años, lo he vuelto a ver, y eso ha puesto mi mundo del revés de nuevo. —La voz me tembló y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas. Me senté en el sofá, sentía débiles las piernas.

—Tranquilízate, Cristina, por favor —me solicitó—. Me imagino lo duro que ha tenido que ser para ti, noto lo mal que lo has encajado, pero recuerda que hablamos de esa posibilidad muchas veces. Era posible que un día te encontraras con él. ¿Recuerdas lo que te dije que debías hacer si ese día llegaba?

—Sí —contesté con voz queda, con las lágrimas corriendo deprisa por el rostro—. Que yo era mucho más valiosa que él y mucho mejor persona. Que no debía bajar la cabeza al verlo, ni huir, porque yo era la víctima. Él único que debía avergonzarse era él, nunca yo.

—Ya veo que lo recuerdas —dijo con orgullo—. Entiendo que haya sido un duro impacto después de tanto tiempo, pero debes ser fuerte, Cristina. Debes sobreponerte, tú tienes potencial de sobra para eso, y lo sabes. No te subestimes.

—La he llamado porque necesito hablar con usted. Sé que es domingo y que igual la estoy molestando, pero estoy tan perdida... Esto me está destrozando otra vez. Nunca lo había olvidado del todo, pero al verlo... ¡Oh, es tan duro! —Me desgarré en llanto.

—Cristina, cálmate, te lo ruego. Así no vas a solucionar nada y te vas a poner peor.

—Lo sé, perdóneme, intentaré calmarme.

—Mira, Cristina, creo que deberías ponerte en manos de un psicoterapeuta. Te diría que vinieras a mi consulta, pero hace unos años me instalé en una clínica de Madrid.

—¿Lo dice en serio? —pregunté, incorporándome del sofá de golpe.

—No veo por qué iba a bromear con algo así —observó.

—Yo también vivo en Madrid, aquí es donde he visto a Javier —aclaré—. Llevo poco más de un mes, trabajo como socia en un bufete junto con Óscar, mi amigo.

—¡Eso es maravilloso, Cristina! Me alegro mucho por ti —entonó feliz—. Además, Óscar siempre hizo mucho bien en tu vida.

—Sí, siempre —afirmé, observándolo.

—Pues si estamos las dos en Madrid nos podemos ver mañana si tú quieres.

—Eso sería genial. ¿Podría ser por la tarde, a eso de las tres? —pregunté con rapidez, comenzando a secarme las lágrimas.

—Sí, no hay ningún problema —convino—. Es más, si fuese necesario, haría un hueco para verte —enunció con rotundidad—. Te espero mañana a las tres. Coge un bolígrafo y apunta la dirección.

Al anotarla me di cuenta de que la clínica no estaba muy lejos del bufete.

—Muchas gracias, doctora, hasta mañana.

—Adiós, Cristina.

Óscar se acercó a mí para abrazarme, y lo hizo tan fuerte que pensé me iba a partir los huesos.

—Vale, Óscar, me haces daño —me quejé, y me soltó de inmediato.

—Lo siento, Cris, perdón —se disculpó—. Pero me siento tan orgulloso de ti que... —Sin acabar la frase me besó en la frente.

—Oye, la clínica está cerca del bufete, ¿verdad? —le pregunté, enseñándole la dirección.

—Sí, a unos quince o veinte minutos andando, pero si quieres te acerco.

—No, no te preocupes, iré dando un paseo. Eso me ayudará a relajarme. —Le di un beso en la mejilla y me senté a comer la fruta.

—¿Quieres que me quede a dormir? —demandó con dulzura.

—No, gracias, ya has hecho bastante —aseguré—. Puedo dormir sola, aunque te lo agradezco.

Volví a levantarme para abrazarme una vez más a Óscar, mi gran amigo, mi protector, mi casi hermano, mi todo.

Salí del bufete a las dos y media. En mi mente reinaba un caos infernal, una lucha interna tan dura, que apenas había dormido en todo el fin de semana. Por no hablar de la angustia que se me había acomodado en el estómago, quitándome el apetito. Al llegar a la calle me recibió un caluroso día de principios de verano. El sol alargaba con fuerza sus rayos para acariciar la ciudad, y el asfalto desprendía puro fuego, algo que el calor de los motores de los vehículos incrementaba, dando la impresión de estarse derritiendo. Llegué a imaginar que los zapatos se me quedaban atrapados al pisar aquella sustancia negra que daba revestimiento a la carretera. El tenaz bochorno me hizo su presa, brotaba por los poros de mi piel y me empezaba a humedecer el cuerpo. Me consoló saber que estaba cerca de la clínica y la incipiente exudación no tendría tiempo de dejar huellas en la ropa. No daría muy buena impresión llegar empapada en sudor.

Al entrar, el aire acondicionado de la clínica me dio la bienvenida y me abofeteó de inmediato, estaba demasiado alto y el cambio resultó muy brusco. Todos mis nervios se aliaron para recorrerme de golpe la columna vertebral al poner los pies allí. Y entre el frío y el nerviosismo, mi cuerpo reaccionó poniéndome todo el vello de punta. Me acerqué al mostrador de información y pregunté a la recepcionista por la doctora Millán. Con una agradable sonrisa me solicitó el nombre y me sugirió esperar sentada mientras le informaba de mi llegada. Esperé con los nervios a flor de piel, el estómago encogido y moviendo el pie sin parar, no podía dejar de hacerlo.

—¿Cristina?

Levanté la cabeza de inmediato al escuchar mi nombre; era la doctora Millán. Estaba casi como la recordaba, su cara apenas había notado el paso de los años. Era una mujer bajita y regordeta, con el pelo rojizo a media melena, aunque ahora parecía haber perdido algo de peso.

—¡Doctora Millán, qué alegría verla!

Me levanté deprisa y ella se acercó a darme un abrazo, seguido de dos besos.

—¡Vaya, mírate! —exclamó con viveza—. Eres toda una preciosa mujer. Y además eres socia de un bufete. —Sonrió—. Me alegra tanto que te haya ido bien la vida en lo profesional, te lo mereces. Sé cuánto luchaste por sacar la carrera, lo hiciste en la época más complicada de tu vida.

—Gracias, doctora. —Le devolví la sonrisa.

—Lámame Anabel, ¿vale? —me propuso.

—De acuerdo.

—¡Oh, estás guapísima! —insistió—. Y veo que conservas tu maravillosa figura.

—Gracias por sus cumplidos, Anabel.

—No son cumplidos, es la realidad —afirmó—. Y añadiré que a simple vista

puede comprobarse que te has convertido en una mujer con aplomo. Eso sí, lo afianzamos fuerte, Cristina, se te ve una persona segura, al margen de tus fantasmas —aclaró—. En fin, ven por aquí. —Señaló con la mano al frente—. Pasemos a mi despacho y hablemos. De verdad que me alegro mucho de volver a verte, aunque hubiera preferido que fuera en otras circunstancias.

—Yo también, se lo aseguro —contesté, pasando a su despacho.

Tras sentarnos y sin perder ni un segundo, la doctora Millán y yo comenzamos a hablar de Javier, de lo que sentí al verlo, de lo que me hizo revivir. Le conté cómo había sido mi relación con los hombres durante todo ese tiempo, mi afán por humillarlos, por herir su ego, de qué manera los utilizaba y las pocas veces que yo disfrutaba del sexo, más bien escasas. Le desvelé que mi finalidad nunca había sido obtener un orgasmo, sino lastimarlos.

—Cristina, creo que con esa absurda venganza tú has salido más perjudicada que nadie. —Asintió con la cabeza—. Con cada una de esas relaciones, de forma inconsciente, revivías el daño que te produjo Javier. Así no cerrabas nunca tus heridas; al revés, ibas avivando más el dolor —resolvió.

—Pero yo me sentía bien cuando les hacía sufrir, cuando una pequeña parte de ellos se sentía tan mal como me hicieron sentir a mí —confesé—. Cuando percibía su humillación sentía verdadero placer. —Suspiré con fuerza—. Sin embargo, con el paso del tiempo perdí el control. Llegó un momento en que ya no disfrutaba y empecé a sentirme muerta por dentro.

—Cristina, existían otras formas de descargar toda la rabia que guardabas, deberías haber continuado con la terapia —opinó.

—Quizá lleve razón —consideré.

Continuamos largo rato hablando de mi vida, de lo que había hecho en esos quince años, de cómo nunca había vuelto a resurgir algo en mí por un hombre y de lo aniquilada que me sentí con el tiempo. Me preguntó cuándo decidí que mi vida necesitaba un cambio y qué proyectos había pensado o determinado para este nuevo inicio. Yo contestaba a todo y ella asentía con la cabeza sin parar de escucharme. Y hablando y hablando, cuando quise darme cuenta mi boca estaba pronunciando el nombre de Marc.

—Pero ¿qué significa Marc en esta nueva etapa de tu vida? ¿Es alguien especial, un amigo, un amante...?

—Es una relación sexual, nada más —puntalicé—. Aunque él también dice que somos amigos.

—¿Y tú qué dices, Cristina?, ¿quieres que sea tu amigo? —Se recostó en el sillón.

—No me importa, es muy divertido, me río mucho con él. —Me encogí de hombros.

—¿Sabes?, ese es un gran paso en la buena dirección. Has incluido a un hombre en tu vida de forma diferente.

—No se equivoque, solo es sexo —repuse seria—. He decidido que con él sea de

otra forma solo por dos motivos: el primero porque ya estaba cansada de hacer lo que hacía, o más bien asqueada, y decidí parar. Pensé en una etapa de castidad, pero justo entonces lo conocí. Es un hombre muy guapo y tiene un cuerpo increíble. —Me mordí el labio inferior al recordarlo—. Entonces decidí tener sexo con él, sería el último antes de iniciar mi periodo de castidad, pero cuando me acosté con él me hizo sentir placer, mucho placer. Algo que yo no había vivido así nunca, jamás. —Sacudí la cabeza—. Además era dulce, provocador, tierno, sugestivo, intenso... Hacía temblar a mi cuerpo con sus seductoras palabras, con su tono arrebatador, con su singularidad... Era un amante excelente y pensé: «¿por qué no? Es un cambio, pruébalo, Cristina». Y ese es el segundo motivo. Pero ambos hemos acordado que solo será sexo —subrayé.

—Me parece perfecto, es tu decisión, o mejor decir vuestra decisión —respondió—. Pero, a pesar de todo lo que me acabas de contar, sigo pensando que has dado un paso en la buena dirección. También creo que iniciar un cambio en tu vida pudo llevarte a estar más receptiva con los hombres.

—No comparto esa teoría —repuse de inmediato—. Mi cambio me llevó a pensar justo lo contrario, alejarme de ellos por tiempo indefinido.

—Sí, pero esa fue tu decisión inicial —declaró con calma—. Sin embargo, estoy convencida, algo en tu mente se abrió de un modo distinto. Experimentar un cambio la llevó a... Cómo te digo para que me comprendas... Digamos a resetearse, igual que un ordenador. Tu mente llevaba años bloqueada y el cambio de vida la devolvió a su función original, la reactivó de nuevo.

—Sigo sin verlo de esa forma. —Negué con la cabeza—. Creo que solo he conocido a un hombre capaz de hacerme disfrutar y que quiero gozar del sexo, sin más, hasta donde dure, hasta que nos cansemos. —Me encogí de hombros.

—Cristina, a veces uno no es consciente del efecto que ejercen los cambios en la persona. A veces se necesita tiempo para ver su repercusión y ser capaz de preguntarse el porqué de esa variación en la conducta, y de autoanalizarse.

—¿Se refiere a hacer examen de conciencia? —pregunté confusa.

—No exactamente, pero algo similar —afirmó—. Mira, yo estoy segura de que tu mente se está desbloqueando, pero tú, de forma inconsciente, no te lo permites ver. Te asustan los cambios, las consecuencias de ellos. De hecho, te ha llevado quince años dar este paso, alejarte de tu ciudad para iniciar una nueva vida. Por eso, por ese afán de controlar todo en busca de ahuyentar tus miedos en lugar de plantarles cara, terminas desvirtuando a la mente a tu antojo.

—Continúo sin compartir su opinión, y no lo hago por llevarle la contraria o porque mi mente sea así de retorcida —le contesté con sarcasmo y un poco molesta. No me gustaba el camino sin sentido, al menos para mí, con el que había encauzado mi comportamiento.

—Bueno, dejemos este tema por hoy, ya lo volveremos a abordar. Pero me gustaría preguntarte una última cosa, si quieres contármelo, claro.

—¿El qué?

—¿Cómo conociste a Marc?

—Por supuesto que puedo contárselo, no tengo nada que esconder —contesté, con un pequeño matiz mordaz.

Le conté toda la historia de ese día, la fortísima y recíproca atracción que sentimos desde el primer momento, nada más cruzarse nuestras miradas. Nuestra cita del día después, las ansias mutuas por acostarnos, el deseo que rezumaban nuestros cuerpos al estar juntos... Y también le conté que nos veíamos en secreto por el bien de todos, no quise omitir nada.

—Si los dos estáis de acuerdo, sois adultos, es vuestra decisión. A nadie debe incumbirle vuestros asuntos de cama, salvo a vosotros —reafirmó—. En fin, Cristina, creo que por hoy hemos terminado. —Se levantó del sillón—. Si quieres nos podríamos ver el miércoles y el viernes, tenemos que ponernos al día cuanto antes, tienes mucho trabajo por hacer. ¿A la misma hora de hoy te viene bien?

—Me viene perfecto. Muchas gracias, Anabel —contesté, acercando la mano para despedirme. Pero ella, después de observarme unos segundos, prefirió darme dos besos.

Regresé al bufete en taxi, hacía demasiado calor como para volver andando y no quería llegar sudorosa. Nada más entrar en el despacho me senté y empecé a preparar el papeleo para mi cita de las cinco. En ese momento, el teléfono emitió un zumbido, Marc me acababa de enviar un *whatsapp*.

Hola, preciosa, ¿qué tal tu dolor de cabeza? Espero que ya lo tengas olvidado. Ahora me duele a mí, pero de tanto pensar en ti. El miércoles tengo la tarde libre, búscate una excusa y vente a mi casa. Yo sabré cómo calmar todos tus dolores y cómo hacerte disfrutar. Estoy deseoso por tenerte en mi cuerpo.

Una sonrisa me iluminó la cara al saber que podíamos vernos el miércoles. Por supuesto que buscaría una excusa, incluso saldría una hora antes del bufete. Necesitaba estar con él, perderme por su cuerpo, evadirme de todo el caos en el que se había convertido mi vida. Sabía que con él lo conseguía, con Marc lo lograba, y empecé a escribir con rapidez para enviar la respuesta.

No dudes ni un momento de que buscaré una excusa para estar en tu casa, mejor dicho, en tu cama. El dolor de cabeza va mejor y estoy convencida de que tú me curarás todos mis dolores y me harás gozar. En cuanto salga del bufete te mandaré un *whatsapp* para decir que voy.

Guardé el móvil en el bolso y continué con mi trabajo, deseando que llegase el miércoles lo antes posible. Tenía que pensar la excusa que pondría para no aparecer

hasta la noche, pero no me preocupaba, siempre había tenido buena imaginación, se me ocurriría algo que sonara convincente. Entonces pensé que lo más coherente sería decir la verdad; sin embargo, ser sincera no era buena idea. No creía que a Marta le gustase escuchar que llegaría tarde porque iba a acostarme con su hermano. Esa era la única verdad, lo que hacía, o mejor decir, lo que hacíamos. Buscábamos solo satisfacernos, usar nuestros cuerpos sin ninguna otra pretensión que darnos placer mutuo, y estaba convencida de que eso Marta nunca lo entendería ni aprobaría. Ella sabía que ese tipo de mujeres, las de pasar un rato, sobraban en la vida de su hermano.

Decidí ir a ver a la doctora Millán en autobús, hacía demasiado calor para dar un paseo. Tardé menos de un cuarto de hora, y aunque esta vez no llegaba acalorada gracias al aire acondicionado del autobús, los nervios se apoderaron de mí como la primera vez. En la recepción, la doctora hablaba con una de las enfermeras.

—Buenas tardes, doc... Anabel —me corregí al momento para llamarla por su nombre, tal como ella me había pedido.

—Para mí aún son buenos días, no he comido todavía. —Estiró los labios—. Pasemos a mi despacho, Cristina.

Nada más entrar nos sentamos y, como la vez anterior, empezamos hablando de Javier. La doctora Millán me preguntó si había tenido más pesadillas con él, si había sentido ansiedad, angustia o cualquier estado emocional anómalo vinculado a mis malos recuerdos. Después de decirle que no, que había estado más calmada esos dos días, aparcó el tema y comenzó otro nuevo:

—Cristina, voy a formularte unas preguntas y necesito que me respondas con toda sinceridad.

—Por supuesto. —Asentí.

—¿Nunca habías disfrutado del sexo hasta ahora o alguna vez lo habías conseguido?

—A ver... Sí he conseguido disfrutar alguna vez del sexo, pero en contadas ocasiones —contesté—. Sin embargo, nadie me había hecho sentir lo que Marc, ni nadie me había atraído nunca de esa manera. Solo con mirarme es capaz de excitarme —revelé con franqueza—. Pensaré que es una locura, pero es la pura verdad.

—Es lo que tú sientes, Cristina, yo nunca lo pondría en duda. —Negó con la cabeza—. Estoy aquí para escuchar e intentar ayudarte, no para contradecir tus percepciones sensitivas.

—No sé por qué, con él todo me parece de locos. Quizá porque la atracción es tan fuerte que llega a ser desmedida —argumenté—. Por increíble que parezca, Marc domina mi cuerpo con su mirada, con su voz. Lo doblega a él sin la menor resistencia, todo lo contrario, responde agradecido. Mi mente no manda, se queda anulada en un rincón y mi cuerpo toma el control. Es su particular influjo... De locos, ¿a que sí?

—Igual no, Cristina —respondió sin dejar de observarme—. Está claro, por lo que cuentas, que tú cuerpo está rendido por completo a ese hombre, pero tu mente, por algún motivo, no siente esa unión. Debes preguntarte por qué no tienes esa cohesión cuerpo-mente, por qué te ocurre, qué te asusta, a qué tiene miedo tu razón. —Cruzó los brazos y se apoyó en la mesa.

—¿Qué quiere decir? —interpelé desorientada.

—Casi lo mismo que te dije el otro día —aclaró—. Esa desconexión entre cuerpo y cerebro mantiene a tu mente aislada de tu persona y puede estar provocada porque se ha producido un cambio que te niegas a reconocer. —Asintió de seguido—. Analiza un poco la situación: un hombre ha entrado en tu vida de una forma por completo distinta de la que estabas acostumbrada, y ese hecho ha conseguido hacerte disfrutar del sexo de manera nueva para ti. ¿No te preguntas por qué ha sucedido eso? ¿Qué ha variado en tu interior? Seguro que tu mente quiere que lo veas y lo reconozcas, pero tú no la escuchas, la ignoras, y a lo mejor ella ha preferido quedarse anulada, mantenerse al margen cuando estás con Marc.

—O sea que mi cuerpo decide y mi mente pasa de todo. Discúlpeme, pero ¿usted ha escuchado la tontería que acaba de soltarme? —pregunté con perplejidad.

—No es así, Cristina —rebatíó la doctora Millán—. Claro que manda tu mente, pero de forma subconsciente, porque no le permites otra cosa. Tu cuerpo se rinde a Marc porque hay una atracción hacia ese hombre diferente de todas las anteriores, aunque no quieras reconocerlo, ni siquiera a ti misma, y de ahí la gran confusión que reina en tu cabeza. Luchas por algo y no sabes ni por qué, y no lo sabes porque hace quince años amordazaste tus sentimientos, y siguen así.

—¿Sentimientos?! ¿Ahora vamos a hablar de sentimientos? —repliqué alterada—. No se da cuenta de que me hace perder el tiempo, doctora Millán —le reproché—. Entre Marc y yo no hay sentimientos, ni yo lucho contra nada, ni mi cabeza se debate nada con Marc. Mi problema es Javier y para eso he vuelto a su consulta, ¿tengo que recordárselo?

—Tienes muchos más problemas que Javier, Cristina —confirmó con gravedad—. Javier es solo el origen de un error enorme. ¿No te das cuenta? Por Javier has encauzado todo mal, iniciaste una transformación que te llevó a no dejar aflorar tus sentimientos a nadie. Sin embargo, de pronto, alguien te ha hecho sentir cosas. Aunque se lo niegues a tu mente, no puedes ocultárselo a tu cuerpo, él disfruta como nunca, y a ti te gusta sentir eso porque te sientes a gusto con ese hombre. Javier te hizo algo horrible, eso es innegable, pero tú te has hecho algo peor, te has anulado para no sentir y has conseguido que tu psique pierda su nexos con tu cuerpo. —Emitió un suspiro cargado de paciencia—. Cristina, debes pensar mucho en esto, es muy importante para tu vida, para que recuperes lo que hace años desterraste de ti.

—No tengo nada que pensar —respondí seca—. Y sin ánimo de ofender, todo cuanto me ha dicho no son más que estupideces. Ya empieza a psicoanalizar todo, hasta lo más obvio, igual que hacía antes. —Mi tono se alzó un poco.

—Vale, entonces hablemos de obviedades. La primera es que Marc ha germinado algo en ti y tu cuerpo le está respondiendo. Tú sabes que te está sucediendo algo diferente, algo que nunca te había ocurrido, pero para ser consciente de ello debes permitir a tu mente que también lo sienta.

—Mire, es obvio para mí que siento una atracción irracional hacia Marc que me hace perder la cordura, por eso mi mente no manda, no puede cuando está con él, solo

mi cuerpo es el dueño en ese momento. Tan sencillo como eso —advertí con irritación—. ¿Es un cambio? Por supuesto, Anabel, sé de sobra que es un cambio porque yo decidí que lo fuera, yo quise acostarme con Marc, y pienso seguir haciéndolo hasta que nos cansemos el uno del otro. Pero no hay más, yo no siento nada por él. —Me levanté de la silla de golpe, molesta por sus insinuaciones.

—De acuerdo, no sientes nada por Marc, muy bien —resolvió—. Pero quiero que te preguntes por qué ese cambio con los hombres, por qué ahora, y deja que tu mente se exprese, no la silencies más. Piensa en ello, medítalo. —Se levantó ella también.

—Ya se ha agotado el tiempo, nos vemos el viernes —dije con aspereza, y me encaminé hacia la puerta.

—Piénsalo, Cristina, hazme caso. Tienes que avanzar, así no te ayudas. —Me recriminó.

—No tengo nada que pensar, no sé cuántas veces tengo que repetírselo para que lo entienda. Hasta el viernes. —Salí de la consulta cabreada.

Cogí de nuevo el autobús para regresar al bufete. A esa hora apenas iba gente en él, era casi la única pasajera, así que mi cabreo no tendría problema para encontrar un asiento libre. No acababa de acomodarme cuando el teléfono empezó a sonar, Marc me estaba llamando y de seguro que lo hacía para concretar nuestra cita de esa tarde. El corazón me daba volteretas de alegría pensando que en unas horas estaría entre sus brazos y podría disfrutarlo entero, algo que deseaba en exceso. Quería tocar todo su cuerpo, recorrerlo de arriba abajo hasta que me doliesen las palmas, besarle la boca hasta desgastársela, sentirlo dentro de mí con deseo, desesperado, profundo... Y quería hacerlo para disfrutar, sin más, no por ninguna de las tonterías que había expuesto la doctora Millán. Lo único que Marc había despertado en mí era mi libido, y de forma exagerada, y no un sentimiento. Eso eran teorías baratas, absurdecos de mi psicoterapeuta, auténticas chorradas.

—Hola, Marc —contesté.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? ¿Todos tus dolores disipados?

—Sí, todo en orden para estar contigo esta tarde —respondí, mientras los labios no podían parar de sonreír sabiendo el placer que me esperaba.

—Me temo que los planes han variado un poco —sonó serio.

—¿Cuánto han variado? —pregunté alarmada.

—Nos vamos a ver, aunque de forma distinta a la que teníamos planeada. Mi hermana me ha invitado a cenar esta noche en vuestra casa, Óscar también irá. Parece que tenías razón, creo que quiere liarnos. —Se echó a reír.

—Te parece gracioso, Marc, porque a mí no. A mí no me hace ninguna gracia —siseé.

—¿Y qué iba a hacer, Cris?

—Muy sencillo, haberle dicho que no estabas libre, que tenías que estar en comisaría —solté con enfado.

—Cómo se nota que aún no conoces a mi hermana, preciosa. Marta siempre actúa

con premeditación y alevosía. Primero se informa de lo que quiere y después, cuando ya no cabe excusa alguna, te revela sus intenciones.

—¡Pues qué bien! —Resoplé—. Así que ahora voy a tenerte cerca de mí y no voy a poder ni tocarte. El día mejora por momentos —habló mi indignación.

—¿Tienes un mal día?

—No era muy bueno, la verdad, y tu hermana lo acaba de desbaratar por completo.

—Tranquila, te compensaré —dijo, usando ese tono de voz tan seductor que me producía escalofríos.

—Más le vale, inspector jefe —le reté.

—Me encanta que me desafíes, eso hace que me esfuerce el doble por hacerte disfrutar, por darte placer.

—Calla y no enciendas lo que hoy no vas a poder apagar.

—De acuerdo, letrada, nos vemos esta tarde sobre las nueve. ¡Ah!, un consejo, Cris. No te pongas muy sexi porque sé de buena tinta que el hermano de tu compañera de piso está loco por echarte un polvo. —Marc continuó con su provocación y yo decidí seguirle el juego.

—¿Cuál? ¿Uno que creo es inspector jefe de policía? —bromeé con él.

—El mismo.

—Bueno, los uniformes de poli me ponen un montón, y si es guapo, a lo mejor me lo monto con él. Quién sabe.

—Pues no creo que te resulte nada difícil, por lo visto lo tienes siempre excitado. Tengo entendido que solo con respirar lo consigues —explicó en tono jocosos.

—Pobrecito entonces, porque tengo la mala costumbre de respirar siempre. Tiene que acabar con la zona dolorida por la tensión.

—Lo sé, créeme. —Nos reímos los dos—. Ahora en serio, no me provoques mucho, si no, no podré apartar mi vista de ti, me harás fantasear y levantaremos sospechas.

—¡Vaya! A lo mejor ese es mi castigo por dejarme sin sexo esta tarde y haberme puesto los dientes largos con esta conversación. Hasta luego, Marc. —Colgué y sonreí, pensando en cómo se habría quedado tras mis palabras.

Llegué a mi parada y me bajé del autobús. Cuando estaba abriendo la puerta del bufete sonó la entrada de un *whatsapp*, era de Marta.

Hola, Cris, esta noche viene mi hermano a cenar. He invitado también a Óscar. Nos vemos luego.

Llegaba un poco tarde con la información, yo ya la había obtenido por otros medios, aunque eso Marta ni se lo imaginaría, y mejor que siguiera así. Miré al móvil con rabia, como si fuera el responsable de que mis planes se hubiesen ido al traste, y lo guardé en el bolso. Al levantar la vista vi a Óscar llegando a recepción y me dirigí hacia él con paso firme.

—De modo que hoy tenemos cena de «parejitas», ¿no? —escupí con sarcasmo.

—Veo que ya te lo ha dicho Marta.

—Sí, acabo de recibir un *whatsapp* suyo. —Soplé con cierto malhumor.

—No te molestes, ella lo hace con la mejor intención del mundo —dijo, dejando unos documentos en recepción—. Vamos a hablar.

Me cogió del brazo y me llevó hasta su despacho. El trayecto lo hicimos en completo silencio. En su caso no sabría decir el porqué del mutismo, en el mío era por el cabreo que me provocaba la situación.

—Cristina, ¿qué te incomoda de esa cena? —preguntó nada más cerrar la puerta—. Solo es para que Marc y tú os conozcáis. ¿Qué tiene de malo? Eso ni supone ni te ata a nada.

—No sé, me parece una especie de encerrona —afirmé, escudándome en parte en una mentira. Porque lo que en realidad me molestaba no era lo que yo creía obvio: el intento de Marta por acercarnos a Marc y a mí, sino estar junto a ellos engañándolos, fingiendo no conocer a su hermano cuando la verdad era que nos estábamos acostando.

—¿Encerrona?! —Óscar me miró confuso—. Nada más lejos, Cris —espetó—. Es solo una cena de presentación, y no me pareció mal cuando Marta me lo consultó. Marc es un buen tío, simpático y bastante agradable a la vista, no es que me haya fijado en él, entiéndeme. —Sonrió—. Marta lo quiere mucho y a ti te aprecia bastante, por eso lo de esta cena, por nada más. Así que no te lo tomes a mal, y mucho menos lo veas como una encerrona, por favor.

—De acuerdo. —Emití un soplido cargado de resignación.

—Y, cambiando de tema, ¿qué tal con tu psicoterapeuta?

—Poco a poco. Ya sabes, despacio pero con decisión.

—Esa es la actitud, Cristina, siempre de pie y sin mirar atrás. Tienes que vivir el presente, sin ponerte grandes ni largas metas de futuro, solo disfrutar del momento. *¡Carpe diem!* —exclamó, y los dos sonreímos.

—Eso hago, Óscar, aprovechar el momento. —Asentí—. Y hablando de aprovechar, me voy a mi despacho a trabajar un poco. Hasta luego.

Óscar y yo llegamos a casa de Marta sobre las ocho y cuarto, con tiempo de sobra para ducharme, cambiarme de ropa y arreglarme. Nada más abrir la puerta, un agradable olor que venía de la cocina asaltó a mi nariz. Al asomarme vi a Marta preparando unos aperitivos. También estaba cocinando una salsa marinera para las almejas que tenía lavadas y dispuestas. Justo al lado, en una fuente, había preparadas unas lubinas para meterlas al horno. Se la veía muy emocionada en su papel de chef. Óscar se acercó a ella, le dio un beso y se marchó a comprar el postre. Yo continué observando en silencio todos los preparativos.

—¿Qué te parece, Cris, te gusta lo que estoy preparando? —Me miró ilusionada.

—¿Vas a poner también velitas? —pregunté, dejando salir de nuevo mi vena sarcástica.

—¿No te habrás molestado? Te dije que lo invitaría un día de estos y hoy estaba libre. No es tan fácil quedar con él, siempre está trabajando —se defendió—. Pero no quiero que lo veas como una especie de encerrona, porque es lo que parece —explicó seria.

¿Acaso no lo era? Porque para mí tenía todos los indicios.

—Vale, perdona, Marta. Hoy no he tenido buen día, lo siento. —Hice un mohín—. Todo tiene una pinta estupenda, de verdad, y huele que alimenta. Ahora voy a darme una ducha y me arreglaré un poco. —Estiré un poco las comisuras de los labios, a modo de sonrisa.

—Ok. —Ella sonrió.

Después de ducharme miré en el armario qué ropa ponerme. No quería nada de lo que solía llevar al bufete, era demasiado formal. Ni tampoco vaqueros ni *short*, había decidido ponerme algo que Marc no hubiera visto antes, de modo que solo me quedaba una opción: minifalda. Nunca me la había puesto con él e igual se ponía nervioso, justo lo que yo pretendía en pago por su plantón, que pensase lo que se había perdido. Elegí una asalmonada no por su color, sino por los escasos centímetros de tela. La combiné con una camiseta blanca y unas sandalias romanas, del mismo color, que me llegaban hasta media pierna. Terminé de secarme el pelo, de peinarme, y me maquillé un poco, muy natural.

Tras acabar me dirigí al salón y, antes de llegar, escuché el timbre de la puerta. Cientos de miles de mariposas revolotearon por mi estómago en ese momento; por la hora seguro que era Marc, iba a verlo en unos segundos, y eso me agitó. Pero también sabía que los nervios no solo se debían a estar a punto de verlo, sino a la situación, por saber que estaría engañando con descaro a personas que quería, por comprender que no solo mentía a Marta, sino a Óscar, mi amigo desde la infancia. Suspiré e intenté relajarme, yo no había sido el artífice de esa cena y ya no había marcha atrás, la función debía comenzar. Esperé al fondo del pasillo mientras Marta abría la puerta, y Marc apareció ante mis ojos, balanceándome el corazón con fuerza solo con verle estirar los labios.

—Hola, hermanito —dijo Marta abrazándose a él y dándole un tierno beso—. Has venido pronto, todavía estoy terminando la cena.

—No te preocupes, no tengo prisa —respondió—. Toma, he traído una botella de vino blanco espumoso, sé que te gusta mucho.

—Muchas gracias. Anda, pasa —le solicitó, cerrando la puerta—. Óscar ha bajado un momento a comprar unos pasteles, y Cristina no sé... —Marta se dio la vuelta y me vio en la entrada del salón—. ¡Ah, ya está aquí! —Sonrió.

Marc ya me había visto y no apartaba sus ojos de los míos, me estaba devorando con la mirada como me había dicho por teléfono.

—Cris, te acuerdas de mi hermano, ¿verdad? —preguntó Marta, y esta vez su

habitual sonrisa se transformó en inmensa.

—Sí, por supuesto. Aunque entonces llevaba el uniforme de la policía, claro. —
Desplegué los labios yo también.

—Encantado de volver a verte, Cristina.

Marc posó las manos en mi cintura para darme dos besos, como el día que nos conocimos, y de idéntica manera volví a sentir ese calor sudoroso al ponerse en contacto con mi cuerpo, volví a embriagarme con su aroma y volvió a alterarme con la mirada. Estaba perdiendo la cordura, era indiscutible.

—Os dejo solos un momento, tengo que terminar la cena.

Nada más entrar en el salón Marc se acercó despacio a mi oído, erizándome la piel al sentir su cálida respiración tan cerca de mí.

—Está guapísima con esa minifalda, letrada —aseguró—. Es una lástima que no pueda quitársela ahora, ponerla otra vez sobre esa mesa y penetrar en su cálida profundidad para conducirla al orgasmo. No se puede ni imaginar cuánto lo deseo —
declaró con un tono cargado de lujuria.

Marc me alteró al instante con solo esas palabras. Sabía cómo conjugarlas para excitarme, para que mi cuerpo le respondiera, y eso empezó a hacer. La respiración se me agitó, mi corazón bombeó más rápido y la excitación expropió a mi cuerpo de la razón. Cerré los ojos al sentir toda esa fuerte descarga de deseo sobre mí, engulléndome. De pronto noté los sedosos y ardientes labios de Marc posarse en mi cuello, dándome un cálido beso, ascendiendo hasta llegar a mi oído.

—Estoy seguro de que ya estás preparada para mí, para estar dentro de ti, tu cuerpo me lo dice, Cris —runroneó de forma sexi.

—Ya, Marc, por favor —musité, imaginándome arrebujaada entre sus sábanas, perdida en su increíble cuerpo, cabalgando sin parar encima de él hasta sucumbir al placer.

—¡Oh, Cris! La de cosas que te haría si estuviésemos solos. No sé si podrías levantarte mañana para ir a trabajar, te iba a dejar exhausta de placer. Esa minifalda desata mis más feroces fantasías —susurró una vez más—. No puedo dejar de pensar que es demasiado fácil introducir mi mano por ella y alcanzar el tesoro que guardas, el que me hace perder toda la razón. —La mano de Marc se desplazó por encima de mi minifalda y se quedó adherida a una de mis nalgas, exaltándome más. Y sin esperarlo, posó los labios contra los míos.

Con su boca pegada a la mía, deseé que hiciera lo que acababa de describirme, que llevara su mano por debajo de mi minifalda y se encargase de mi intimidad. Deseé decirle: «Hazlo, Marc, vuélveme loca». Y esa agitación, ese anhelo demencial respecto a lo que deseaba aunque no podía ser hizo que mi lengua quisiera penetrar en su boca; pero Marc, de inmediato, se apartó de mí. Mis ojos, desconcertados, se abrieron al instante.

—No, letrada, no vayamos tan lejos o no sé si podré controlarme. En este momento tengo la sangre hirviendo —confesó, con la lascivia danzando por sus ojos

verdes.

Escuchamos pasos y nos separamos un poco, Marta regresaba al salón. Pensé rápido en algo para hablar y así no levantar ninguna sospecha.

—Así que estás en la UDYCO, me lo comentó tu hermana. Debe de ser un trabajo complejo y estresante —dije, mientras Marta entraba.

Marc me miró sorprendido, sin saber qué decir, aunque a los pocos segundos reaccionó.

—¿Habláis de mí? —Se dirigió a Marta—. ¿Qué le cuentas a Cristina sobre mí?

—Nada que no pueda saber. —Se encogió de hombros—. Solo le he hablado un poco de tu trabajo, sin más.

—Bueno, pues si mi hermana ya te ha contado todo no sé de qué vamos a hablar ahora tú y yo. —Me guiñó el ojo sin que ella lo viera. Me dieron ganas de reír, pero tenía que contenerme.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y Marta se marchó, dejándonos solos de nuevo. Con rapidez, Marc se acercó a mí.

—Así que sabe cosas de mí a través de mi hermana, juega con ventaja, letrada. —Volvió a guiñarme el ojo, y esta vez lo acompañó de una pícaro sonrisa.

—¡Ya estoy aquí, chicos! —exclamó Óscar, entrando en el salón—. Hola, Marc, ¿qué tal todo? —Se saludaron con un apretón de manos.

—Bien, todo bien —contestó con gran afabilidad—. Ya sabes, siempre muy liado, como tú.

Óscar y él comenzaron a charlar un rato y yo decidí irme a la cocina con Marta.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

—No, no te preocupes. Lo tengo todo controlado, Cris.

—¿Quieres que vaya poniendo la mesa?

—Eso estaría bien. La cena estará lista en cinco minutos —contestó—. Gracias, Cris.

—De nada. —Le regalé una sonrisa.

Yo sabía que esas gracias de Marta no eran por poner la mesa, sino por estar allí, cenando con su hermano, y eso me hacía sentir peor persona todavía. Ella estaba ilusionada con que nos conociéramos y nosotros nos estábamos acostando a sus espaldas. Mi cabeza iba a empezar a cuestionarme de nuevo, pero la frené al instante; no era el momento adecuado, ya tendría tiempo de castigarme después, cuando estuviera sola.

Llegué al salón y comencé a quitar los adornos que había encima de la mesa. Al minuto, Marc se acercó y empezó a ayudarme.

—No sé qué tiene esta mesa pero me gusta mucho, es muy bonita. ¿A ti te gusta, Cristina? —preguntó, sonriendo con astucia, sabiendo de sobra lo que me estaba haciendo recordar.

—Sí, está bien —afirmé—. Aunque si fuera un poco más grande estaría mejor —añadí con ingenio, porque la mesa de Marc, donde me convenció para que me

masturbase, era mayor.

—Estoy de acuerdo —corroboró.

Óscar no paraba de mirarnos con cara de pasmo e incredulidad, no daba crédito a la conversación tan absurda y ridícula que manteníamos acerca de la mesa. Solo nosotros sabíamos de lo que estábamos hablando. Y, a pesar de saber que no estaba bien, me resultaba muy excitante.

La velada transcurrió muy agradable, hablamos de muchas cosas y conocí un poquito más sobre la vida de Marc. Óscar y él congeniaban muy bien, los dos eran muy divertidos y nos hicieron reír mucho. La cena había estado exquisita y elogiamos y aplaudimos a Marta por su maravilloso trabajo. Pero llegó la hora de recoger, y de que Óscar y Marc se marchasen a su casa, al día siguiente había que trabajar.

—En fin, hermanita, me alegró mucho de haber venido. Hacía mucho tiempo que no me dejaba caer por aquí. —La besó en la frente.

—Sí, desde las navidades. No puedes espaciar tanto las visitas, te quiero más a menudo por mi casa. —Se abrazó a él.

—Cristina, me ha encantado volver a verte, de verdad. —Volvió a darme dos besos.

—Cris, podías bajar con mi hermano a ver su moto, a ti te gustan mucho —enunció Marta.

—Sí..., me gustan, pero no sé —contesté, un poco descolocada.

Marta miró a Marc.

—Se la podías enseñar, hermanito, Cristina es motera. De hecho, tiene una moto en Alicante.

—Por supuesto. Baja conmigo y la ves. —Asintió—. ¿Y qué moto tienes tú? —preguntó para disimular, porque ya disponía de esa información.

—Una Suzuki GSX R 600.

—¡Vaya, una buena máquina! —Silbó—. En fin, me marchó. ¿Vienes, Cristina?

—Sí, claro —dije, saliendo detrás de él.

No cogimos el ascensor para bajar a la calle, vivíamos en un segundo y decidimos bajar andando. Marc acercó su mano poco a poco a la mía, entre peldaño y peldaño, y entrelazó los dedos despacio, casi con miedo. Después me miró y yo cerré mi mano en la suya. Así cogidos, bajamos hasta el portal, y una vez allí, nos miramos unos segundos en silencio, quietos, viendo cómo nuestros ojos no paraban de decirse cuánto se deseaban y sin separar las manos.

—Me voy, Cris, pero antes voy a besar tu preciosa boca. Quiero comerte tus maravillosos labios.

No le di tiempo a reaccionar, me lancé a por su boca poseída por la exaltación de tenerlo a solas. Nos besamos con cierta violencia causada por la acumulación de pasión que sentíamos en ese instante. De repente, Marc tiró de mi mano hasta llevarme debajo de las escaleras, a un lugar apartado y un poco oscuro.

—Acabas de desatarme, Cris, no sabes cuánto —declaró, tapando mi boca con la

suya.

Mientras nuestras bocas se devoraban, su mano se coló por debajo de la minifalda y yo temblé al sentir su dominio, con qué facilidad sus dedos se hicieron un hueco entre mis braguitas. Pero aún temblé más al sentir su aterciopelada caricia en mi excitado rincón. Tanto, que no pude evitar gemir.

—¡Letrada, un poco de silencio! —me solicitó jocoso—. No querrá alterar el orden público, ¿verdad?

Marc sonrió con descaro y volvió a besarme sin parar sus caricias maestras, logrando excitarme de forma increíble.

—Cuánto me gusta ponerla así, letrada —susurró en mi oído, alterándome más, conquistando sus dedos más terreno, dejándome sin aliento—. Ya que ahora otra parte de mi cuerpo no puede estar ahí dentro, al menos me gustaría ocuparte de otra forma, ¿quieres? —preguntó, con la astucia impresa en la cara.

—Sí, hazlo, por favor —contesté casi en un ruego, con la voz un poco temblorosa por el alto deseo que contenía en el cuerpo, y mi profundidad se colmó de él.

—No hace falta que me lo supliques, Cris, lo hago encantado. Te lo haría a todas horas solo por ver tu cara cuando te corres —aseguró, sin parar las estimulantes caricias, internas y externas—. Me encanta tu cara cuando refleja el sumun del placer y te lleva a alcanzar el nirvana, es deslumbrante. A veces creo que podría llegar al orgasmo solo con ver cuánto gozas.

—Pues si continuas la vas a volver a ver en breve —jadeé.

Mis manos se apretaron con fuerza a sus hombros, estaba embriagada de goce.

—Eso es lo que pretendo, Cris, llevarte al orgasmo. —Me besó encendido.

Tras un rato de caricias expertas y estudiadas para complacer, sentí la rigidez muscular que suponía la antesala al placer y me acercaba al clímax. En medio de toda mi elevada exaltación escuché una puerta, unos pasos empezaron a bajar por la escalera y me puse nerviosa. Marc me sujetó contra la pared a la vez que sus ojos me pedían calma, y le obedecí.

—Por favor, Cris, córrete en silencio —me susurró en el oído.

El corazón me bombeó con ímpetu tras oírle. Marc no pensaba parar, sus palabras lo habían dejado claro, y sus enérgicas caricias lo sentenciaban en ese momento.

—No escuches nada, solo céntrate en el placer que mis dedos te están dando y déjate ir —habló muy bajito.

Estaba tan excitada que no me importó seguir, no me importó nada, quería mi orgasmo. No obstante, no podía dejar de escuchar los ruidos, las voces que bajaban, las tenía ya justo encima de la cabeza. Pero la habilidad de Marc obró su milagro, y en ese preciso instante vibré entre bruscos espasmos, mientras sus labios me cubrían la boca intentando amortiguar los posibles gemidos. Mi exaltación se los devoró al completo, los lamí sin piedad, mientras me quedaba sin aliento. La excitante situación me había hecho perder la cabeza.

Según se alejaban las voces, las réplicas del orgasmo se distanciaron más las unas

de las otras, hasta extinguirse por completo. La puerta se cerró de un fuerte golpe y el silencio se instaló de nuevo en el portal. Marc apartó los dedos y su boca de mí, y suspiró. Sin apenas aliento ya, cogí una gran bocanada de aire con la que llenar los pulmones, lo demandaban con fuerza. Aturdida aún, pensé en lo que acababa de suceder: había tenido un orgasmo en mi portal, debajo de las escaleras para ser más concretos, a la vez que bajaban unos desconocidos. ¡No me lo podía creer!

—Marc, ¿qué haces conmigo? —le susurré.

—Creo que se llama orgasmo. —Sonrió con ingenio.

—No, hablo en serio —reparé—. Has despertado algo en mí... ¡Míranos! —proclamé observándolo sin pestañear—. Nos acabamos de comportar como dos adolescentes con las hormonas revolucionadas, incapaces de reprimir las enormes ansias de experimentarse. ¡Joder, es una locura! —proferí, algo confundida por lo que acababa de suceder.

—¿Y no es eso lo que nosotros queremos, Cris? —Me sostuvo la mirada con firmeza—. ¿No queremos experimentarnos, satisfacernos? ¿Acaso no queremos disfrutar de un orgasmo mientras sentimos el del otro en nuestro cuerpo? —Me acarició la cara con dulzura mientras esperaba mi respuesta y, tras una breve reflexión, terminé asintiendo con la cabeza y Marc prosiguió—: No se trata de si somos más críos o más adultos, Cris, se trata de pasión, de cuánta sentimos el uno por el otro. Eso es lo que nos arrastra a la locura de poseernos con desenfreno.

—¿Y tú? —pregunté, bajando la mirada a su pantalón, contemplando la turgencia de su miembro en ese instante—. Tú no te has satisfecho.

Marc emitió una medio sonrisa antes de contestar:

—Bueno, mi amiguita se calmará en unos momentos, como es obvio, no te preocupes por mí. —Me guiñó el ojo.

—Pero...

—¡Chss! —Puso el dedo índice encima de mis labios para que no hablara—. Ya te he dicho muchas veces que me alimento de tu placer, que quiero hacerte disfrutar, y creo que lo he conseguido. —Desplegó de nuevo una astuta sonrisa—. Acumularé mis ganas para la próxima vez que esté en la cama contigo. Entonces me desquitaré con creces, recuérdalo —susurró con voz ronca y sexi.

—No pararé de recordarlo y seguro que servirá para pensar en la forma de compensarte dentro de esa cama —afirmé con contundencia.

—¡Uf! Eso suena genial, letrada, me gusta —declaró, destilando alegría y excitación a partes iguales—. Me gusta saber que va a estar pensando la forma de compensarme. —Volvió a sonreír.

Sin borrar la sonrisa del rostro, Marc comenzó a colocarme la minifalda, como si fuera una niña pequeña.

—Sé hacerlo sola, ¿sabes? —medio protesté—. Llevo años vistiéndome. —Tracé una mueca de desaprobación.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo. En realidad me gusta hacer todo contigo, Cris. —

Nos besamos de nuevo—. Y ahora tengo que irme. No sé cuándo voy a tener otro hueco, esta semana la tengo muy complicada, pero en cuanto sepa algo te llamaré para que me recompenses —advirtió con humor.

—Muy bien, inspector jefe, detenga a todos los malos y después venga a arrestarme a mí. Espóseme, castígueme, flagéleme con su boca y cuerpo y no tenga clemencia, por favor —susurré con voz sexi, desafiándolo con mis pícaros ojos.

Marc silbó, abriendo tanto la cavidad ocular que parecía que los globos se le fueran a salir de las cuencas.

—¡Joder, qué proposición más deshonesta! ¡Cuánto me gusta! —Se relamió los labios con placer y terminó diciendo—: Lo tendré en mi lista de tareas pendientes con la letrada Cristina Marín.

—Buen chico. —Le guiñé el ojo, y ambos reímos.

—Me voy, Cris, no te olvides de decirle a mi hermana cuánto te ha gustado mi moto. Me has acompañado para ver mi máquina, ¿recuerdas? —habló con ironía.

—Sí, lo haré —contesté reprimiendo una sonrisa, y nos dimos un beso de despedida.

Marc salió del portal sin que yo fuera capaz de apartar los ojos de él hasta verlo desaparecer en la moto. Y cuando dejé de verlo, me sorprendió un profundo suspiro.

Subiendo las escaleras pensé en lo que Marc me había explicado acerca de la pasión y comprendí que llevaba toda la razón. La fuerte pasión era lo que nos sometía a esa locura tan irracional. Solo deseábamos complacernos, buscar la satisfacción del otro tanto o más que la propia nuestra; la atracción sexual era cada día más fuerte, en ocasiones incluso llegaba a ser desproporcionada. Marc y yo solo pensábamos en poseernos el uno al otro de la forma que fuera y donde fuese.

Una vez más iba de camino a la consulta de la doctora Millán; era nuestra tercera cita. Todavía estaba un poco molesta por las absurdas insinuaciones acerca de mis sentimientos y deseaba que hoy no surgiese el tema o me plantearía no volver. Yo solo quería que me ayudase a superar lo de Javier, a enfrentarme a él si volvía a cruzarse en mi camino, y que no me diera un ataque de ansiedad. Solo eso. Marc era algo nuevo en mi vida, también me descolocaba, pero de diferente manera, con él solo disfrutaba. No había nada que psicoanalizar en nuestra relación, era puro fuego, así de sencillo. Cuando estábamos juntos nos volvíamos unos lunáticos, y eso nada tenía que ver con sentimientos como ella pretendía hacerme creer, sino con sexo. Un maravilloso e irrefrenable deseo sexual.

Al entrar en la clínica, la enfermera de recepción me dijo que la doctora me esperaba en la consulta y me dirigí hacia allí. La puerta estaba entornada y, antes de entrar, golpeé despacio con el nudillo.

—Sí, pase.

Abrí y vi a la doctora Millán de pie, hablando con otro médico. Con un gesto de la mano, me pidió entrar.

—Hola, Cristina, te presento al doctor Aguado, es un colega. Estábamos hablando de ti.

—Hola, Cristina, encantado de conocerte. —Me estrechó la mano.

—¿Por qué están hablando de mí? O mejor dicho, ¿de qué? —pregunté confundida y molesta.

—No te preocupes, Cristina, entre colegas hablamos a veces de nuestros pacientes para intercambiar opiniones, nada más.

—Bueno, os dejo solas, me voy ya. Es probable que mi paciente esté esperándome. Adiós, Cristina. —Estrechándome de nuevo la mano, el doctor Aguado se marchó.

Me senté despacio, impactada, pensando que era la tertulia de un grupo de médicos especializados en la mente y el alma que querían rebanar mi cerebro capa por capa para ver qué contenía. ¿Era un caso tan difícil que necesitaba la opinión de sus colegas? ¿Acaso ya no tenía solución? Contemplándola, mi cabeza no paraba de ametrallarme a preguntas.

—Cristina, ¿no te habrá molestado que haya hablado de ti con otro profesional?

—Pues la verdad, sí —contesté con contundencia—. No entiendo por qué. ¿Soy un caso tan complejo? Porque de ser así mejor podíamos invocar a Freud, a ver qué opina él. —Utilicé mi sarcasmo.

—No te pongas a la defensiva, por favor —me suplicó—. Entre colegas, como ya te he dicho, solemos intercambiar opiniones. No eres un caso complejo, pero te

niegas a ver demasiadas cosas.

—¿Cómo qué? —pregunté cabreada, levantando un poco la voz.

—Como tus sentimientos. De eso estaba hablando con el doctor Aguado, y opina como yo.

—¡Ah, sí! ¿Y qué han decidido que me ocurre? Cuéntemelo, ilumíneme. — Continuaba siendo sarcástica y cada vez me notaba más exaltada.

—Opino, y el doctor Aguado coincide conmigo, que escondiste tus sentimientos hace tanto que ahora no sabes encontrarlos. Llevas años viviendo de esa manera. Y cada vez que te acostabas con un hombre con la simple idea de humillarlo, más dentro de ti los enterrabas. Ahora están tan perdidos en tu desconfianza que no saben cómo salir de allí. No encuentran la salida porque tú te niegas a recuperarlos. Tienes miedo de enfrentarte a ellos.

—¿Y para qué quiere que los recupere? ¿Para que vuelvan a vulnerarlos? —Alcé la voz—. No, lo siento, así estoy bien. No me hacen falta, solo sirven para sufrir.

—Estás muy equivocada, Cristina, también sirven para amar y para ser feliz. Los sentimientos expresan emociones, muchas formas de alegría, de gozo, de amor. No solo sirven para sufrir, como tú te empeñas. Con ese afán de apartarlos de tu vida te niegas a sentir todo eso. Y esa actitud no es buena, ni para ti ni para nadie.

—Estoy bien tal y como estoy ahora, ¿no lo entiende? Disfruto del sexo, algo que no me había ocurrido nunca, y ya no voy humillando a los hombres, me he vuelto una chica buena —hablé con ironía—. Y para conseguir eso no me han hecho falta los sentimientos, ni amar, ni todo ese tipo de chorradas que no van conmigo. Lo he conseguido por decisión propia, nada más.

—Tú misma me estás reconociendo que no los dejas salir, ¿te das cuenta?

—¡Pues claro que no quiero exponer mis sentimientos! ¿Tanto le ha costado llegar a esa conclusión? La que tenía que ser consciente de no estar ayudándome es usted, doctora Millán. Quiere hacerme creer que dejando aflorar mis sentimientos mi vida será distinta. ¡Ja, qué risa! —Mi sarcasmo comenzaba a ir acompañado de la ira.

—Cristina, estás muy cegada por la rabia que aún guardas y no te das cuenta de que esa actitud te está haciendo más daño del que en su día te hizo Javier. Te guste o no oírlo, ese es el único cambio que necesita tu vida, dejar libres a tus sentimientos. —Hizo una pausa y se levantó para acercarse a mí—. Da igual que te cambies de ciudad, de trabajo, de casa, de pelo... Que incluyas a un hombre en tu vida al que solo quieres para disfrutar del sexo. Sigues sin realizar el único cambio que de verdad necesitas.

—Sigo pensando que todo eso son tonterías y que, de continuar por ese camino, no me está ayudando en nada. Si esto va a seguir así no pienso volver más a su consulta —concluí.

—De verdad, Cristina, nunca he tenido una paciente tan testaruda como tú, por eso nunca me olvidé de ti —refunfuñó—. Continúas igual que hace quince años, cuando empezamos el tratamiento, o quizá peor, porque ahora guardas más rabia en

tu interior, has ido acumulándola con el paso del tiempo. Entonces, aunque me costó bastante, parecía que querías colaborar y al final creí que la razón había ganado la batalla. Pero veo que me equivoqué, o supiste engañarme muy bien, porque después de tantos años sigues negándote a razonar, a ver que las cosas no son siempre iguales, que todas las personas no se comportan de la misma forma. —Regresó a su sillón, parecía molesta—. Voy a preguntarte algo, ¿Óscar es igual que Javier?

—¡Por supuesto que no! Esa pregunta es la más estúpida que me ha hecho nunca —le recriminé.

—Y Marc, ¿es como Javier?

—¡Pues claro que no! Es absurdo lo que me está preguntando. No sé a dónde quiere llegar, de verdad —respondí un poco desquiciada.

—Pero tú has tratado a todos los hombres como si fueran Javier. ¿Por qué? —levantó el tono de voz.

—Porque sí. Porque casi todos son iguales —grité a la defensiva, me sentía atacada con sus preguntas porque no sabía lo que pretendían.

—¿Por qué, Cristina? No me has respondido. —Me miró de frente.

—Se lo acabo de decir, porque todos están cortados por el mismo patrón —dije con la mandíbula en tensión.

—¿Por qué, Cristina? Sigues sin responderme. —Apoyó los brazos en la mesa, sin apartar la vista de mí.

Me levanté de la silla con celeridad y empecé a dar vueltas por la habitación, soplando fuerte, apretándome las sienes con ambas manos, creí que la cabeza iba a estallarme de la presión.

—¿Por qué, Cristina? Sé capaz de decir la verdad, de enfrentarte de una vez a ella. —Elevó el tono, levantándose del sillón y taladrándome con una mirada inquisidora.

—¡Porque tenía miedo! —vociferé—. ¿Vale? ¡Porque tenía miedo, joder! —chillé, rompiendo a llorar—. Porque no quería que me volvieran a dañar y pensé que si yo lo hacía antes nadie me lo podría hacer a mí. Porque me juré a mí misma que nadie volvería a causarme ese dolor tan desgarrador —expliqué con la voz agitada por el sollozo—. Sí, acoracé mis sentimientos, por supuesto, y los escondí en lo más profundo de mí, donde nadie pudiera alcanzarlos, no soportaría más dolor. ¿Ya lo ha entendido? ¿Ya está contenta? Pues ya puede colgarse su medallita, he confesado.

La observé con rabia mientras las lágrimas no dejaban de resbalar por mi rostro. Me derrumbé por completo, me dejé caer en el sofá que había en la esquina de la habitación y lloré como nunca antes lo había hecho. La doctora Millán se acercó a mí.

—Eso es, Cristina, expulsa todo. Solo acabas de abrirte, tienes mucho que eliminar de tu interior. —Pasó la mano por mi espalda a modo de caricia—. Aún tienes que decir lo más importante, lo que te dañó tanto para llevarte a vivir de esta manera. Dilo, Cristina, lo tienes que decir para poder enfrentarte a ello.

—No, no puedo..., no puedo... —Las lágrimas corrían cada vez más rápido por

mis mejillas.

—Sí puedes, Cristina, eres muy valiente, siempre lo fuiste. Dilo, enfréntate a ello de una vez, llevas quince años sin decirlo en voz alta, debes hacerlo. ¡Dilo! —me exigió.

—¡Me violó! ¡Me violó, joder! ¡El maldito hijo de puta me violó! —voceé con rabia y furia, apretando los dientes, con el llanto rebanándome el alma como un afilado cuchillo.

—Eso es, Cristina, sácalo todo de ti, ayúdate a superar esto de una vez.

—Yo le quería, era mi novio, y él me violó. —Las lágrimas se pisaban unas a otras para salir de los ojos—. Era mi primer amor, lo amaba con toda mi alma y él me destrozó la vida, ¡joder! ¿Cómo podría volver a confiar en alguien? —pregunté con recelo.

Apoyé el cuerpo en el respaldo del sofá y me tapé la cara con las manos mientras el llanto se acrecentaba.

—El rencor no puede hacernos confiar en nada ni en nadie, y tú tienes demasiado guardado en tu interior —expreso con su habitual calma—. Lloro todo cuanto necesites, después hablaremos un poco más. He anulado todas mis citas de esta tarde, sabía que esto nos llevaría mucho tiempo.

La doctora Millán se quedó sentada a mi lado mientras yo seguía llorando con amargura y resentimiento.

Abrí los ojos despacio, me producía dolor hacerlo porque sentía un ardor extremo en ellos, me escocían; más aún, me irradiaban fuego. Me encontraba un poco aturdida, tumbada en algún lugar que en ese momento ni conocía. Incorporándome despacio, observé a mi alrededor, vislumbrando el habitáculo. Al cabo de unos segundos comprendí que era el despacho de la doctora Millán, todavía continuaba allí. Miré el reloj, eran más de las seis y media de la tarde. Me levanté deprisa; debía haber estado en el bufete hacía más de dos horas, tenía un par de citas. Cuando iba a salir, la doctora Millán llegó.

—Veo que ya te has despertado. ¿Te encuentras mejor?

—¿Por qué me ha dejado dormirme? —pregunté molesta—. Tengo un par de citas. Bueno, a una de ellas ya no llego. Además, Óscar estará preocupado por mí. ¿Cómo se le ha ocurrido? —le eché en cara.

—Tranquila, Cristina, todo está solucionado —contestó con convencimiento—. Óscar sabe que estás aquí y pasará a recogerte en cuanto termine en el bufete. Respecto a tus reuniones, han sido aplazadas para otro día, no tienes de qué preocuparte. Relájate, por favor, tienes problemas más importantes que resolver, tienes que encauzar tu vida, Cristina. Pasa y siéntate otra vez, hablemos un poco ahora que estás más calmada.

Volví a sentarme en el sofá, la doctora Millán se acomodó a mi lado. Sentía una gran presión en la cabeza, muy fuerte y compacta, por un momento creí que el cerebro me iba a reventar.

—Me duelen mucho la cabeza y los ojos —manifesté, apoyando las manos en la sien.

La doctora Millán se levantó y se acercó a su mesa, donde apretó un botón del interfono.

—Esmeralda, por favor, trae una tila y un ibuprofeno. Muchas gracias. —Se acercó de nuevo a mí y volvió a sentarse a mi lado—. Ahora, cuando te traigan la tila, te tomarás una pastilla para ese dolor.

—Gracias.

—No tienes que dármelas, Cristina, pero yo sí te las tengo que dar a ti. Hoy has dado el mayor paso desde que eres paciente mía. Has andado la mitad del camino hacia tu recuperación. Estoy orgullosa de ti. —Asintió—. Aunque también tendré que darle las gracias al doctor Aguado, él ha sido quién me ha dicho que probase esa técnica contigo, y ha funcionado. —Sonrió con mucha sutileza, pero se la notaba feliz.

—¿Él le ha dicho que me presione al máximo hasta hacerme explotar, destrozándome por dentro? ¡Vaya, menos mal que no soy paciente suya! Aunque me ha dado lo mismo, ha terminado vendiéndole sus ideas para practicarlas conmigo. —Emití un fuerte suspiro.

—El doctor Aguado es muy buen psicólogo, y mejor psiquiatra, comparte ambas carreras, al igual que yo. Por eso quería intercambiar impresiones con él, ha experimentado muchas terapias de ese tipo con sus pacientes —explicó—. Puede parecer una técnica dura, pero es efectiva. Tenemos que reconducir tu mente y tu psique, Cristina, llevas tantos años bloqueándolas que no saben cómo trabajar en armonía. Y para lograrlo debes empezar a reconocer los motivos que te han traído hasta el día de hoy, los que te hicieron vivir como has vivido, los que te han llevado a deshacerte de tus sentimientos y no querer usarlos nunca más.

La puerta se abrió en ese momento y la enfermera entró con la tila y un vasito pequeño con una pastilla dentro. Lo dejó sobre la mesa, me miró con una leve sonrisa y se marchó. La doctora Millán me lo acercó al instante.

—Está un poco caliente, espera un momento a que se enfríe.

—De acuerdo, gracias. —Suspiré, apoyándome de nuevo en el sofá.

—Ahora cuéntame por qué, Cristina, cuéntame tus motivos —me pidió, expectante.

—Yo solo quería causar daño, tanto como el que me habían hecho a mí —contesté; las palabras surgían sin apenas meditarlas—. Y para conseguirlo no podía dejar mis sentimientos a la vista, nadie los podía ver ni sentir, incluida yo, por supuesto. Tuve algún momento de debilidad, pero entonces pensaba en lo de Javier...

—¿En qué, Cristina? Dilo.

—En la violación. —Volví a suspirar—. Pensaba en lo que me hizo y eso me hacía endurecer para no sentir ni un ápice de lástima por ninguno de ellos.

—Así ibas hundiendo más dentro tus sentimientos, justo lo que pretendías.

—Era cuanto necesitaba —afirmé, e hice una pausa—. Aunque con el paso de los años me fui sintiendo muerta, aquello ya no me hacía disfrutar, y yo necesitaba que la energía fluyese de nuevo en mí, sentirme viva. Empecé a practicar todo tipo de deportes de riesgo, el subidón de adrenalina me hacía sentir bien. Pero veía que a mi madre aquello iba a costarle la vida y terminé dejándolo. —Di un pequeño sorbo a la tila.

—¿Cuándo decidiste que ya no querías continuar viviendo así?

—Hace casi un año —aseveré seca.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo cambiar?

—Estaba asqueada de mi vida, me sentía muerta por completo. Empecé a sentirme cansada de hacer daño, de tener a don NO todo el rato en la cabeza. —Bebí de nuevo y me tomé el ibuprofeno.

—¿Don NO? —preguntó extrañada.

—Sí, don NO. —Asentí—. Verá, cuando empecé a ir a su consulta yo pensaba que si aquella noche hubiera podido decir no todo habría sido distinto. Usted me repitió infinidad de veces, con la intención de convencerme, que me habría dado igual gritar cien veces no, él sabía que yo no quería aquello, pero mi opinión no le importaba. Desde la primera vez que mantuve una relación con un hombre hasta Marc ha sido la palabra que siempre he utilizado con ellos. NO. A todo lo que quisieran solo por putearlos, humillarlos o frústalos, nada más.

—Era otra parte de tu particular venganza. —Asintió con la cabeza.

—Nunca he podido dejar de pensar que si aquella noche lo hubiese podido gritar, a lo mejor no hubiera ocurrido. Siempre me ha quedado esa duda. —La voz se me quebró.

—¿Sabes cómo llamo a eso fuera del argot médico? Machacarse sin necesidad, Cristina, y veo que llevas años haciéndolo. Tú no tuviste la culpa, y lo sabes. De lo único que puedo culparte es de tomar una decisión tan absurda como es vivir una vida vacía, sin amor, solo acumulando odio y rencor. Eso te ha ido minando poco a poco, pero todavía podemos arreglarlo si quieres.

—Lo intentaré —confirmé, mientras una lágrima resbalaba por mi cara.

—Lo intentaremos juntas. —Me acercó un pañuelo.

—De acuerdo —contesté, enjugando el incipiente llanto.

—¡Ah!, una cosa más. Ahora que parece te has abierto, quisiera saber algo. ¿Te has preguntado alguna vez por qué con Marc ha sido distinto a con cualquier otro hombre?

—Ya se lo dije, porque decidí cambiar. Y lo decidí porque me hace disfrutar del sexo como nunca lo había hecho. También porque es guapísimo y porque creo que... —callé.

—¿Qué? ¿Qué más crees?

—Creo que quizás es... es un buen tío —dije en voz queda.

—¡Vaya! —Sonrió feliz—. Parece que hay hombres buenos en el mundo, ¿verdad?

—Puede, a lo mejor hay alguno. —Gesticulé con los labios.

—Pues yo creo que hoy hemos avanzado mucho. Vuelvo a repetirte que has dado un gran paso, has hecho lo más difícil. A partir de ahora todo será más sencillo, ya lo verás. —Volvió a sonreír con la misma felicidad—. La semana que viene te veré el martes y el jueves a la misma hora. Quiero que este fin de semana reflexiones todo lo que hemos hablado y que busques en tu interior, tenemos que recuperar a la Cristina que fuiste, porque aún está contigo.

Sonaron un par de golpes en la puerta y la doctora Millán mandó pasar. Óscar entró con gesto compungido y yo salté del sofá para abrazarme a él, como si fuera un salvavidas en medio del mar después de una tormenta, la boya a la que sujetarme después de la tempestad.

—¿Te encuentras bien, Cris? —preguntó apenado, abrazándome fuerte.

—Sí, ahora estoy mejor. —Sonreí, separándome de él.

Óscar, sin parar de contemplarme con dulzura, terminó besándome en la mejilla.

—Bueno, Cristina, nos vemos el martes. Acuérdate de tus deberes para el fin de semana. Y toma esto —me dio un papel doblado—, son un par de preguntas a las que quiero que respondas el martes. Pasa un fin de semana tranquilo.

—Igualmente —contesté.

—Óscar —dijo la doctora Millán—, encantada de volver a verte después de tantos años. Y sigue cuidando de ella, por favor.

—Eso ni lo dude —aseguró, estrechando la mano con ella a modo de despedida.

De camino a casa, Óscar me dijo que había decidido aplazar su fin de semana romántico con Marta, no pensaba irse a ninguna parte estando yo así. Me molesté con él y le supliqué que lo no hiciera porque me haría sentir peor. No me perdonaría ser la causa de romper sus planes. No paré de rogarle y de darle razones hasta acabar convenciéndolo de dejar todo como estaba. Además, a mí no me vendría mal pasar un par de días sola meditando, reflexionando sobre mi pasado.

Cuando llegamos, Marta ya estaba preparada esperándolo. Ella, gracias a Dios, aún no se había enterado de nada y no quería que lo hiciese. Les di un beso fuerte a los dos y, con la firme promesa a Óscar de encontrarme bien, se marcharon. Entonces abrí el papel que la doctora Millán me había dado y leí las preguntas.

¿Por qué te castigaste a no amar?

¿Por qué te castigaste a que no te amasen?

Me quedé un poco impactada tras leerlas. Nunca lo había visto como un castigo hacía mí, sino hacía el género masculino; pero en ese momento me di cuenta de que sus preguntas estaban cargadas de razón. Me había castigado a mí misma durante

todos estos años y ahora no sabía cómo modificar esa parte de mi vida.

El dolor de cabeza se había mitigado un poco, aunque no disipado, y decidí ir a darme una ducha para intentar despejar la mente. Por hoy no iba a dar más vueltas a nada, necesitaba descansar. Mañana meditaría sobre todo lo sucedido e intentaría buscar una respuesta a las preguntas. Estaba demasiado agotada, mi capacidad psicológica se encontraba muy mermada para seguir planteándome cuestiones.

Con el cuerpo y la cabeza fresca tras la ducha, entré en la cocina para prepararme algo de cena. Escuché sonar el móvil, acababa de recibir un *whatsapp*, y me acerqué al salón para cogerlo. Mis labios enseguida dibujaron una tímida sonrisa al comprobar que era de Marc.

Hola, Cris, ¿cómo estás preciosa? Mañana me voy a Vigo y no vengo hasta el lunes, quería que lo supieras. Te echo mucho de menos, estoy ansioso por encontrar un hueco y poder compartir mi cuerpo contigo. Espero que tú sientas las mismas ganas que yo. Tendremos que vernos como sea la próxima semana. Besos húmedos, muy húmedos, letrada.

La tímida sonrisa se transformó en amplia y feliz. Marc siempre conseguía alegrarme aunque solo fuera con un mensaje. No sabía qué era lo que tenía para hacerme sentir así, pero siempre lograba que mis labios se estirasen. Ilusionada, empecé a escribirle.

Hola, inspector jefe, ¡siempre tan atareado! Es un hombre difícil de llevar a la cama. Tiene que escaparse unas horas la semana que viene y apaciguar mi deseo por usted. Repartiré sus húmedos besos por mi cuerpo desnudo, espero que amortigüen mis ganas hasta poder verlo. Besos.

Era la primera vez que le enviaba besos a Marc. Lo había escrito sin pensar, el dedo se adelantó a mi mente. Pensé en las palabras de la doctora Millán cuando hablamos de la desconexión entre cuerpo y mente: «Marc ha germinado algo en ti y tu cuerpo le está respondiendo. Tú lo sabes, sabes que te está sucediendo algo diferente, algo que nunca te había ocurrido. Pero para ser consciente de ello debes permitir a tu mente que también lo sienta». Pero yo no sentía nada por Marc, nada que tuviera que ver con sentimientos y menos con amor, estaba segura, y a él le ocurría lo mismo. Lo nuestro solo era sexo, una mera y pura cuestión de atracción sexual.

«Cristina, para ya, no empieces a psicoanalizarte, tú sabes lo que quieres. Aunque quieras recuperar tus sentimientos, eso no quiere decir que vayas a enamorarte de Marc, son cosas distintas y lo sabes. No dejes que la doctora Millán te meta sandeces en la cabeza.»

El teléfono volvió a sonar sacándome de mis pensamientos, de la reflexión de mi

conciencia. Observé la pantalla y vi que Marc había vuelto a mandarme otro *whatsapp*.

Créame, letrada, sabré compensarla cuando esté en la cama con usted. Yo no pienso repartir sus besos por mi cuerpo, los voy a concentrar todos en mi boca para saborearla, me encanta su sabor. Pero sí la envío más besos húmedos para que los reparta o los concentre en la parte de su cuerpo que prefiera. Usted ya podrá hacerse una idea de dónde los reuniría yo.

Las palabras de Marc siempre me avivaban la imaginación, no podía reprimirlo. Con todo lo que mi mente tenía pendiente por solucionar, y él, en un segundo, era capaz de alejar todo de ella para fantasear con su cuerpo y el mío dándose placer. «¡Una locura!», volví a repetirme, negando con la cabeza al mismo tiempo. Pero era una locura deliciosa que no paraba de hacerme sentir feliz.

Pasé el fin de semana pensando en todo lo ocurrido durante esos quince años. Pensé en la cantidad de orgullos masculinos que hería a conciencia, y me sentí un poco avergonzada por haber causado ese dolor. Un dolor que a mí no me había resarcido de mis heridas; al revés, me había hundido más hasta engullirme. Recordé la primera vez que me sentí mal diciendo «NO» a un hombre. Ese día pensé en cambiar aquel tipo de vida de una vez, hacía menos de un año de ello y fue con Rubén.

Rubén era el exmarido de una de mis clientes. Fue una separación que al principio apuntaba a ir por vía contenciosa, pues no se alcanzaba un acuerdo, pero terminé convenciendo a mi cliente de no dejar el asunto en manos de un juez, y al final firmaron una buena resolución para ambas partes. Un día, Rubén me llamó al bufete para agradecerme haber hecho entrar en razón a su exmujer. Me pidió que le dejara invitarme a un café; según él, era lo mínimo, y yo accedí. Rubén era un hombre atractivo que llevaba la cabeza rapada para disimular sus grandes entradas, tenía los ojos azul cielo y un cuerpo muy cuidado. Era casi diez años mayor que yo, aunque no lo aparentaba, y sobre todo era muy simpático y atento. Después de tres cafés y casi dos horas de conversación decidimos despedirnos, y Rubén me besó en los labios. Fue un beso dulce, tierno, y, sin mediar palabra alguna, ambos supimos que queríamos más y terminamos besándonos con pasión. Nos fuimos a su casa y nos acostamos. Se mostró sensible, cariñoso y me hizo disfrutar. De hecho, fue la primera vez que tuve un orgasmo sin que mi clítoris anduviera por medio. Mi primer orgasmo vaginal. «Quiero volver a verte, Cristina, me gustas, eres maravillosa», me dijo, comiéndome con los ojos. Dudé unos segundos antes de sentenciarle con mi «NO». «¿Por qué? ¿Acaso no te lo has pasado bien? ¿No has disfrutado conmigo?» Le contesté que sí, y era la pura verdad, no sentí ningún deseo de humillarlo. «Rubén, soy la abogada de tu exmujer y creo que no es muy ético lo que acabo de hacer, así que no pienso repetirlo.» Rubén no dijo nada, se quedó tumbado en la cama mientras yo me vestía, y me marché. Cuando salí pensé que ya no quería continuar así, se había acabado mi particular venganza. Por primera vez me sentí mal después de dejar a un hombre. Pero don NO era duro de pelar y continuó conmigo tres veces más, a pesar de mi insistencia por deportarlo de la cabeza. Hasta que conocí a Marc y por fin fui capaz de desterrarlo de ella.

El domingo por la tarde todavía no había encontrado las respuestas a las

preguntas de la doctora Millán. Por más vueltas que les daba siempre terminaba en el mismo punto de partida, no tenía una contestación clara. Estaba empezando a agobiarme cuando escuché abrirse la puerta, Marta y Óscar regresaban de su romántico fin de semana.

—Hola, Cris, ¿cómo estás? —me preguntó Marta, acercándose a mí y dándome dos besos. Venía con una espectacular sonrisa, tan grande que casi le tapaba la cara.

—No tan bien como tú, se te va a desencajar la mandíbula si sonríes más —contesté.

—¿Qué tal, Cristina, todo bien? —Óscar me abrazó fuerte.

—Todo bien. ¿Y vosotros? —Miré a ambos. Marta miró a Óscar, después a mí y volvió a sonreír.

—¡Me voy a vivir con Óscar, Cris! —exclamó, dándole un beso a este en la mejilla.

—¡Cuánto me alegro! Sé que vais a ser muy felices juntos. —Me abracé a los dos—. Habrá que celebrarlo, ¿no?

—Por supuesto —respondió Marta con efusividad—. En cuanto esté acoplada en su casa prepararé una cena y lo celebraremos. También invitaré a mi hermano. ¡Mi hermano! ¡Tengo que contárselo cuanto antes! ¡Y a mis padres también! —Se abrazó ilusionada a Óscar.

—Bueno, habla antes con Cristina sobre el piso, Marta. —Le recordó este.

—¡Ah, sí! Estoy tan emocionada que se me olvidan las cosas. —Sonrió una vez más, no paraba de hacerlo—. Cris, he pensado que podrías quedarte a vivir aquí, no hace falta que te busques otro piso. Tú costeas los gastos y asunto arreglado.

—No, no puedo —dije con rapidez—. Si no me cobras un alquiler no me quedaré, Marta, me parece excesivo. —Negué con la cabeza a la vez.

—Cris, con que costeas los gastos es suficiente, no tienes que pagarme un alquiler —añadió, parando por un momento de estirar los labios.

—Pero yo quiero hacerlo, creo que es lo más apropiado, me sentiré mejor —anuncié reprobando su generosa actitud—. No pienso que sea tan difícil de entender.

—Cielo, Cristina lleva razón —confirmó Óscar—. Ella se sentirá mejor pagándote un alquiler, es razonable.

—Marta, de verdad, aprecio tu gesto, pero debes entenderme a mí —insistí.

—De acuerdo. —Se puso enfrente de Óscar y de mí—. Vosotros, que sois abogados, redactad un contrato. Todo legal para que todos nos sintamos bien. ¿Mejor ahora?

—Mucho mejor. —Sonreí, y ella me devolvió la sonrisa—. ¿Y cuándo te vas a mudar?

—El martes —dijo sin dudar—. Tengo el día libre y no vamos a demorarlo más. Además, tampoco me voy a llevar tantas cosas, la casa de Óscar está amueblada. Aparte de mi ropa y objetos personales, solo pienso llevarme el sillón de mi habitación, la alfombra, esa mesita pequeña —señaló a una de alabastro que había en

un rincón del salón—, me la regaló mi abuela y la tengo mucho cariño, y la lámpara de pie, sé que a Óscar le gusta mucho. —Le besó en los labios—. Será una mudanza corta.

—Os echaré una mano, solo con tu ropa ya hay bastante que bajar y subir. —Nos reímos las dos.

—Creo que Cristina tiene mucha razón. Disiento en que vaya a ser una mudanza corta. —Óscar se rio también.

El lunes Óscar y yo fuimos juntos al bufete, se había quedado a pasar la noche en casa con Marta. Estaban tan ilusionados con vivir juntos que no querían separarse ni un segundo. Mientras desayunábamos no pararon de mostrarse gestos de cariño y amor. Los había estado observando atenta, pendiente de cada detalle que se profesaban, y pensé que debía de ser bonito sentir todo aquello, aunque no estuviera hecho para mí. Yo no sabía amar de esa manera, nunca sería tan entregada ni detallista como Marta era con Óscar, ni siquiera me asemejaría. Tenía muchas dudas acerca de poder recuperar algún día mis sentimientos, mi capacidad para amar y dejar que me amasen. Y al pensarlo, las preguntas de la doctora Millán irrumpieron de nuevo en mi mente, y yo continuaba sin una contestación para ellas.

Entré en el despacho y me senté a pensar en una respuesta antes de ponerme a trabajar. Pero después de unos minutos lo dejé por imposible, nada coherente llegaba a mi cabeza, así que empecé a organizar todo el papeleo que tenía pendiente. En ese instante, el teléfono del despacho sonó.

—¿Sí?

—Cristina, tengo al señor Pujalte en la línea dos esperando para hablar contigo — me comunicó Patricia.

—¡Ah, vale! Ahora atiendo la llamada, gracias. —Apreté el correspondiente botón—. Buenos días, Eduardo —lo saludé con tono sereno y despreocupado.

—Buenos días, Cristina. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó con mucha amabilidad.

—Muy bien, ¿y usted?

—Estupendo, gracias. La llamo para decirle que debemos reunirnos. Tenemos que cerrar el acuerdo y dejar todo preparado para presentarlo en el juzgado. ¿Cuándo le viene bien?

—Mañana si quiere.

—Me viene muy mal, mejor el miércoles, si le viene bien a usted, por supuesto — respondió cortés.

—De acuerdo, el miércoles. ¿Por la mañana o por la tarde?

—Mejor por la mañana, sobre las doce.

—Perfecto. Le espero el miércoles, Eduardo, adiós.

—Hasta el miércoles, Cristina.

Nada más colgar me acerqué a ver a Ana, quería contarle la conversación que acababa de mantener con el engreído de Eduardo Pujalte, ahora con los humos mucho más calmados.

—¡Ves, te lo dije! —exclamó Ana—. Le bajaste la altanería con que vino, Cristina, se ha dado cuenta de que no es capaz de intimidarte. —Aplaudió—. Y ya sabes lo que se dice en estos casos: «si no puedes con ellos, únete». —Sonrió de oreja a oreja.

—No sé, Ana. —Me encogí de hombros—. Creo que ha sido demasiado amable, veremos qué ocurre. Lo importante es que hemos quedado el miércoles para prepararlo todo. Debemos presentarlo cuanto antes en el juzgado.

—Estoy de acuerdo contigo, Cristina. Buen trabajo. —Levantó el dedo pulgar—. ¿Comemos luego?

—Sí, hoy sí —respondí—. Mañana y el jueves no podré acompañarte.

—Vale, luego nos vemos. —Volvió a sonreír, y abandoné su despacho.

El día pasó deprisa, y cuando quise darme cuenta la jornada laboral había llegado a su fin. Recogí mis cosas para marcharme del bufete, tenía muchas ganas de llegar a casa, ducharme y tumbarme un rato en el sofá. El móvil comenzó a sonar en ese instante, pero no lo veía por ningún sitio. Lo busqué por todos lados: en el interior del bolso, en el escritorio, debajo de las carpetas e incluso por los cajones de la mesa, pero no tuve éxito y dejó de escucharse. ¿Dónde diablos lo había metido? Proseguí la búsqueda y lo encontré en el interior de unos archivadores, ni recordaba haberlo dejado allí. Miré a ver de quién era la llamada y la sonrisa me abarcó la cara cuando comprobé que era de Marc. Sin dudarle ni un segundo, lo llamé.

—Hola, Cris, ¿no has llegado a tiempo o qué?

—No encontraba el móvil, a este paso voy a terminar perdiendo la cabeza.

—Yo también la estoy perdiendo, pero en mi caso por pensar tanto en ti. No puedo dejar de hacerlo durante todo el día.

—Pues piensa en nuestro próximo encuentro —sugerí con voz seductora.

—Soy incapaz de pensar en nada más, se lo acabo de decir, letrada.

—Piensa todavía más y sorpréndeme cuando nos veamos, Marc.

—¡Oh, Cris! —susurró de forma insinuante—. No me hagas cometer una locura que soy capaz de presentarme a por ti ahora mismo.

—¿Ya estás de vuelta en Madrid? —pregunté con entusiasmo.

—Sí, he llegado hará un par de horas —contestó—. Pensé en mandarte un *whatsapp* para decírtelo, pero quería oír tu preciosa voz.

—¿Te gusta mi voz?

—Me gusta todo de ti, absolutamente todo, Cris —respondió con ese tono sexi que me encogía el estómago.

—¿Y cuándo va a hacer ese prometido hueco para vernos esta semana, inspector jefe?

—Mañana —respondió—. Mi hermana me ha contado que se va a vivir con Óscar, voy a ayudar en la mudanza.

—¡Yo también! —anuncié ilusionada.

—Ya lo sé, letrada —advirtió Marc—. Y también sé que te quedarás en el piso de mi hermana. Eso quiere decir que después de la mudanza podemos ir a tu casa, y ya sabes lo que ocurrirá allí, ¿verdad? O quieres que te lo explique con detalle. —Su voz se cargó de picardía.

—No, gracias. Puedo imaginarme con todo lujo de detalles lo que sucederá. Sé acalorarme yo solita y sin ayuda de nadie —contesté, y los dos nos echamos a reír.

—Entonces, mañana, en cuanto acabemos con la mudanza, yo diré que te acerco a tu casa, así podremos irnos juntos. ¿De acuerdo, letrada? —Deslizó la pregunta con lentitud.

—De acuerdo, inspector jefe, mañana nos vemos —respondí de la misma forma.

—Adiós, Cris.

—Chao, Marc. —Colgué y volví a suspirar.

¿Por qué me había dado por suspirar? ¿Sería por la falta de sexo? Era probable. Llevaba mucho tiempo sin estar en la cama con Marc y mi cuerpo empezaba a estar desesperado. Necesitaba sus besos, sus caricias, tenerlo dentro de mí. ¡Uff! Tenía tantas ganas de esto último que quería poseerlo primero, después ya practicaríamos los preliminares.

Cuando llegué a la clínica me encaminé a la consulta de la doctora Millán. La puerta estaba abierta, pero no había nadie dentro y decidí pasar y esperarla. No acababa de sentarme cuando escuché su voz por el pasillo, y al momento entró.

—Hola, Cristina. ¿Llevas mucho esperándome? —preguntó mientras entraba.

—No, acabo de llegar.

—Bien. ¿Has reflexionado sobre lo sucedido el viernes? ¿Has buscado en tu interior la respuesta a mis preguntas? —Se sentó en el sillón, a la espera de respuestas.

—He pensado mucho en lo que hablamos aquí, y también en todo lo sucedido durante estos quince años. —Suspiré con resignación—. En cuanto a las preguntas, no tengo una respuesta clara. Jamás lo había visto desde ese punto de vista, como un castigo hacia mí. Siempre pensé que era un castigo hacia los hombres, pero ahora usted me ha hecho reflexionar sobre muchas cosas y creo que lleva razón en algunas —contesté con absoluta sinceridad.

—¡Vaya! Nunca pensé que oiría esas palabras de tu boca. Creo que avanzas más rápido de lo que suponía —admitió—. ¿Te das cuenta ahora de que has querido

castigarte? No solo querías castigar a los hombres, sino a ti también. A mí me interesa saber el porqué. ¿Por qué querías castigarte, Cristina?

—No lo sé —me encogí de hombros—, ya le digo que nunca lo había visto así.

—Sí lo sabes, Cristina, la respuesta está en tu interior, solo tienes que buscarla. Búscala, por favor. —Se levantó del sillón—. Siéntate en el sofá y reflexiona. Saldré diez minutos, me gustaría que cuando volviera tuvieses esa respuesta. —Esperó a verme sentada donde ella me había solicitado y salió de la consulta.

Sentada y a solas, comencé a pensar una respuesta para sus preguntas. Y una vez más tuve que remover todo en mi interior, volver a vaciar la caja de mis recuerdos y pensar en aquella maldita noche, en los días posteriores, en el dolor que me causó aquello y en el daño que luego me provoqué yo. Toda la mierda se volvía a revolver en mi ser, por momentos me consumía aquel tormento y no quería seguir torturándome más. Un golpe seco me asustó, sobresaltándome. La puerta se acababa de cerrar y la doctora Millán se acercaba a mí.

—Y bien, Cristina, ¿tienes una respuesta? —Me observó.

—No sé... —respondí angustiada—. Igual quise castigarme porque estaba enfadada conmigo misma.

—¿Por qué estabas enfadada contigo?

Miré a la doctora Millán apretando los labios, el ahogo que empezaba a sentir correr por la garganta anunciaba un llanto inmediato, pero debía contenerlo.

—Porque pensé que había sido una ingenua al haber confiado en él, en Javier, por no darme cuenta de sus intenciones. —Vacilé un momento—. Me sentí tan ilusa. Estaba enamorada como una loca de él, le entregué mi corazón... —Se me quebró la voz—. ¿Cómo pude estar tan ciega? ¿Cómo no vi sus verdaderas pretensiones? Me odié por ello —aclaré—. Por eso creo que me castigué, por eso no iba a darme la oportunidad de volver a amar, y tampoco quería que nadie me amase. ¿Alguien lo haría de verdad? ¿Cómo podría saberlo? —Las lágrimas, sin remedio, se escaparon de mis ojos—. Era mejor vivir así, alejando de mí todo tipo de sentimientos. Pero no calculé el detrimento de mis actos y terminaron dañándome. En eso me equivoqué. —Enjuagué con urgencia el incipiente llanto.

—Te equivocaste en todo, Cristina. —Asintió una y otra vez la doctora Millán—. Esconder tus sentimientos no fue nada inteligente por tu parte. Yo puedo entender que después de una violación, y con unas circunstancias tan especiales como fue la tuya, necesitaras tiempo para superarlo, para querer saber algo de los hombres. Pero lo que jamás podré entender es que te negaras a recibir amor en algún momento de tu vida. Todas las personas lo necesitamos. Necesitamos saber que importamos a alguien, que hay personas que piensan en nosotros y que significamos mucho para ellas. Y no hablo solo de nuestra familia o de los amigos, que también son fundamentales, hablo del amor de pareja, de un compañero para el viaje de la vida, Cristina —explicó sin dejar de observarme—. ¿Por qué te has negado eso? Tienes que cambiarlo, debes corregirlo, sacar tus sentimientos y empezar a usarlos. Y dejar que los usen, aunque a

veces duela. Todo tiene su cara y su cruz, pero hay que vivirlo, no evitarlo.

—Le dije el otro día que iba a intentarlo y así lo haré —formulé con entereza—. Me he dado cuenta de que no lo hice bien, pero ya está hecho. No quiero pasar otros quince años hundida pensando en lo mal que encaminé mi vida. —Las lágrimas intentaron saltar de nuevo, pero las aguanté impidiéndoselo—. No quiero mirar más hacia atrás, solo quiero ver lo que hay delante. —Apreté fuerte los labios para contener algún leve quejido que, provocado por la interrupción del llanto, saliera por entre ellos.

—Esa es la actitud, Cristina, no podrías ir por mejor camino en este momento. —Asintió una vez más—. Y cambiando de tema, ¿qué tal va todo con Marc? ¿Te sigues viendo con él?

Mis labios se destensaron al momento, se estiraron un poco y un fuerte hormigueo me recorrió por dentro. Últimamente no sabía qué me ocurría, pero en cuanto Marc se mostraba en mi vida, de la forma que fuese, la alegría me embargaba.

—Esta tarde lo voy a ver. —Sonreí y suspiré al mismo tiempo.

—Veo que te apetece mucho verlo, tu cara se ha transformado, lo ha dicho todo.

—Sí, lo estoy deseando —afirmé—. Llevamos mucho tiempo sin estar juntos, ya me entiende... Me refiero a estar en la cama.

—Cristina, para la próxima cita quiero la respuesta a estas dos preguntas: ¿Cómo influye Marc en tu vida? y ¿en qué ha cambiado tu vida con él?

—Eso se lo puedo responder ahora, si quiere —contesté, sin titubear ni un segundo.

—¡Caray! Me has dejado sin palabras. —Esbozó una sonrisilla—. Esto parece que sí lo tienes claro. Responde, por favor.

—Marc influye en mi vida de forma positiva —aseguré sin pestañear—. Es capaz de conseguir que olvide todo mi dolor con solo leer un mensaje suyo. Siempre me lleva a fantasear con nuestros cuerpos, y eso termina evadiéndome de los problemas. Por eso mi vida ha cambiado con él, porque él me hace sentir viva. —Suspiré una vez más.

—¿Y no cabe la posibilidad de que todo ese cambio que Marc te ha hecho experimentar se deba a que él esté ayudando a desenterrar tus sentimientos?

—¡Por supuesto que no! —La miré sorprendida por tal insinuación—. ¿Qué la lleva a usted a suponer tal cosa?

—Igual porque tus ojos han cambiado al momento de empezar a hablar de él, o porque tus labios han dibujado una feliz sonrisa. Creo que son indicios evidentes de que en tu interior empieza a resurgir algo, aunque tú te impides verlo, te lo sigues prohibiendo.

—¡Ya estamos otra vez! —Me levanté del sillón con una leve actitud furibunda—. ¿Tan difícil es entender que dos personas solo quieran disfrutar de sus cuerpos sin mezclar sentimientos? Los dos buscamos lo mismo, nos lo pasamos muy bien cuando estamos juntos, y lo dejamos claro desde el primer día, solo sería sexo. ¿Qué tiene de

malo? No hacemos daño a nadie. —Callé un momento y entorné los ojos, pensando—. ¿Sabe? La única persona que se podría molestar por esto es su hermana, ella quiere algo más para Marc. Pero también tendría que respetar la decisión de su hermano. —Sujeté la cabeza con ambas manos sin parar de resoplar.

—Vamos a dejarlo aquí por hoy, Cristina. —Se levantó—. Pero tienes que continuar así, estás avanzando mucho —confirmó—. Todos en la vida cometemos equivocaciones, todos sin excepción. ¿Y sabes qué nos hace ser mejores personas? Reconocerlas y corregirlas, y nunca es tarde para hacerlo —declaró con indulgencia—. Nos vemos el jueves a la misma hora.

—De acuerdo. Adiós, Anabel. —Cogí el bolso y salí de la consulta.

Desde la clínica me marché a casa. Esta tarde no iba a ir al bufete, había quedado con Marta para ayudarla con la mudanza. Cuando llegué me recibieron un montón de cajas, bolsas y maletas apiladas en la entrada del salón. Todo era ropa, calzado y objetos personales. Entrando como pude, turnándome a saltos y tropiezos, la vi llegar con otra caja más.

—¡Menos mal que iba a ser una mudanza corta, Marta! —espeté con ironía.

—¡Anda, calla y ayúdame! —soltó en tono de queja—. Creí que tendría menos cosas de las que en realidad tengo. —Levantó la mirada y nos echamos a reír.

—¿Cómo vais a llevar todo esto? —pregunté perpleja.

—Óscar ha alquilado una furgoneta, tiene que estar a punto de llegar.

—¿Y te va a coger todo? Yo tengo mis dudas —enuncié.

—¡Estás muy graciosa hoy, Cris! —Me lanzó una camiseta a la cara—. ¡Ayúdame y no seas protestona! —Iba a coger una de las cajas cuando sonó el timbre de la puerta—. Abre tú, seguro que es Óscar.

—¿Algo más, marimandona?

—Ya veremos, señorita gruñona... ¡Va!, ¡ve a abrir! —me ordenó.

Salí dando saltos, la acumulación de cajas empezaba a cortar el paso, y abrí la puerta. No era Óscar, sino alguien que yo estaba ansiosa por ver, Marc. Ambos nos miramos con intensidad, comiéndonos con los ojos y sin emitir palabra alguna. El tiempo se paró en ese momento para los dos, el uno frente al otro, hasta que Marta nos sacó de nuestro ensimismamiento.

—¡Ah, eres tú, hermanito! Pensé que sería Óscar, debe de estar al llegar. Pero pasa, no te quedes ahí pasmado.

—Hola, Cristina, me alegro de volver a verte. —Se acercó a mí y me dio dos besos. Uno, a conciencia, rozó la comisura de mis labios, erizándome la piel.

—Buenas tardes, Marc, pasa si puedes. —Le sonreí.

—¡Te he oído, graciosa! —gritó Marta, y comencé a reír.

—¿Pero qué es todo esto? —Marc abrió los ojos como platos al contemplar la inmensa cantidad de cajas.

—Parece que las cosas de tu hermana —respondí entre risas, mirando a Marta, que estaba al fondo.

—Las tuyas y las de los vecinos, ¿verdad? —inquirió a su hermana.

—¡Ja, ja, ja, qué risa me da, Marc! —exclamó, haciendo un gesto muy raro con la cara. Marc y yo nos echamos a reír—. ¿Os hace gracia? ¿Os resulta gracioso?

—Mucho —contestó Marc riendo. Y Marta, al final, también se unió a nuestras risotadas. Aquello no era una mudanza, era una locura.

Sin haber dado fin a la hilaridad del momento, llegó Óscar. Al ver todas las cajas

del salón, en un puro acto reflejo, se llevó las manos a la cabeza. Marta lo miró con cara de pocos amigos. Sin que se notase mucho hice un gesto a mi amigo, pasándome los dedos por los labios, indicándole silencio, no hablar, y me entendió a la primera.

—Mejor estate calladito, Óscar, consejo de cuñado. —Marc le dio una palmada en la espalda.

—No pensaba decir nada, de verdad. —Negó con la cabeza, mirando a Marta.

—Mejor, mucho mejor, cariño —añadió esta de mala gana—. Y ahora, por favor, empecemos a bajar las cajas.

Más de tres horas después habíamos subido todo al piso de Óscar. Apilamos las cajas por diferentes zonas de la casa, Marta ya lo iría colocando con calma, ahora eso sería imposible porque faltaba relajación en su persona, algo que nunca habría podido creer de ella. Mientras Marc terminaba de agrupar lo último, Óscar y Marta dijeron que tenían que salir a comprar unas cosas y nos dejaron solos un momento. Me acerqué a observar la pequeña biblioteca de mi amigo. Había algo de poesía, aunque no tanto como en la de Marc; aquí predominaba más la literatura histórica. Cogí un libro que yo también tenía: *Rimas y leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer, adoraba a ese autor del Romanticismo. Cuando iba al instituto llevaba los archivadores forrados con un montón de sus poesías, me las sabía de memoria una a una.

Escuché las pisadas de Marc acercándose a mí, por la espalda, y de repente sus brazos envolvieron mi cintura.

—¿Qué hace, letrada? —me susurró en el oído, comenzando a besarme el cuello, alterándome con solo sentir sus carnosos labios en mi fina piel.

—Mirar los libros de Óscar. Mira, yo también tengo este. —Se lo mostré.

—¿Te gusta la poesía? —Volvió a besarme el cuello, y sus manos, con celeridad, se elevaron hasta mis pechos.

—Sí, al menos me gustaba antes —contesté, dejando el libro en su lugar, notando cómo la respiración se me alteraba con el roce de sus manos, con sentir su cálido aliento cosquilleando por mi cuello.

—Solo vivo en la gloria de mirarte. Solo muero en la pena de no verte —recitó en mi oído, erizándome la piel.

—Es muy bonito. —Giré un poco la cabeza para ver bien sus ojos—. ¿De quién es?

—De Agustín Moreto.

—Y a ti, ¿te gusta la poesía?

Por supuesto que le gustaba la poesía, tenía todo un repertorio de los mejores poetas de nuestro país y de medio mundo en las estanterías de su habitación. Lo descubrí el primer día que me llevó a su casa, aunque él desconocía que yo lo había estado fisgando.

—Sí, aunque la tengo un poco olvidada por mi trabajo, pero siempre me ha gustado. No obstante, tú eres lo que más me gusta.

Marc me dio la vuelta y me besó con pasión, dominándome con su devoradora

boca.

—Qué ganas tenía de volver a besarte, Marc. Me habría tirado a por ti cuando te he abierto la puerta en casa de tu hermana. —Mi boca no se separaba de la suya más de dos milímetros, lo justo para poder hablar.

—Yo también, por eso he acercado los labios todo lo que he podido a los tuyos cuando nos hemos saludado.

—Eso ha sido una provocación, lo sabes —le regañé.

—No, ha sido un intento frustrado de comerte tu preciosa boca. —Sonrió—. Quiero que nos vayamos lo antes posible de aquí, así que cuando vengan di que estás cansada y quieres marcharte. Me ofreceré para acercarte y nos iremos juntos. —Su cálida lengua se deslizó por mi cuello hasta acercar la boca a mi oreja—. Cuando lleguemos a tu casa voy a llevarte a la cama y no voy a parar de follarte. No pararé hasta que te corras una y otra vez entre gritos, Cris.

Sus palabras me hicieron temblar, me retorcieron las entrañas pensando en todo ese maravilloso placer sacudiéndome. Con suavidad, sus manos me subieron la camiseta y besó mis pechos por encima del sujetador, la excitación nos atrapaba por segundos. Marc me apretó a su cuerpo con fuerza, hincándose en mi bajo vientre toda su endurecida protuberancia. Su tremenda exaltación me alteró y lo besé de manera descontrolada, mi lengua estaba ávida por complacer dentro y fuera de nuestras bocas, algo que a Marc le desató. Coló con premura una mano por mis pantalones, accediendo a mi sexo con habilidad, sumergiéndose en él.

—¡Joder, Cris, cómo lo deseo! —runroneó—. Este maravilloso tesoro me vuelve loco. ¡Umm! Y creo que él está igual de deseoso por mí, ¿a que sí?

—Sí —respondí, con la respiración agitada.

—Me encanta saber que siempre estás hambrienta de mí, porque yo siempre tengo apetito de ti —susurró, intensificando la caricia.

—¡Marc, Marc, para! —exclamé, tan alterada como excitada, sujetándole la mano—. Aunque me gustaría continuar, algo indiscutible, este no es el momento y lo sabes. Tu hermana y Óscar pueden venir en cualquier instante, tenemos que calmarnos. ¿De acuerdo?

—Tienes razón —contestó de forma lacónica, apoyando la frente en la mía a la vez que desalojaba despacio la mano de mi pantalón. Se apartó un poco y calló unos segundos, intentando encontrar algo de calma en su exaltado cuerpo—. Lo siento, Cris, pero me vuelves loco. ¡Joder, no puedo estar cerca de ti sin pensar en sexo! Sin pensar en acariciarte, en darte placer, en hacer que tengas un orgasmo —reveló—. ¡Es imposible, Dios! —Emitió un fuerte suspiro.

—Si te sirve de consuelo te diré que a mí también me ocurre, Marc —le confesé, sin perder de vista su iris verde—. Solo con verte ya no puedo pensar en nada que no sea nuestros cuerpos dándose placer. Está claro que somos como el imán y el hierro, pura atracción.

—Eso parece —contestó, acercándose de nuevo, sin parar de contemplarme

mientras yo me colocaba la ropa.

Apenas había pasado un minuto de nuestro acaloramiento cuando escuchamos abrirse la puerta y las voces de Marta y Óscar llegaron hasta el salón. Marc y yo nos miramos, regalándonos una sonrisa de complicidad, y nos separamos un poco.

—¡Traemos *pizza* para cenar! —gritó Marta, apareciendo con una caja enorme.

—No haberte molestado, de verdad, yo estoy muy cansada. Le estaba diciendo a tu hermano que me iba a marchar ya a casa —expliqué, mirando a Marc de forma instintiva.

—Nada de nada. De aquí no se va nadie sin cenar —refutó—. Sentaos los dos, voy a ayudar a Óscar a traer unas copas y una botella de vino.

Nos sentamos en silencio, un poco desilusionados por no poder marcharnos en ese preciso momento. Marc acercó despacio su mano a la mía, rozándola con los dedos, y nuestros ojos empezaron a hablarse, a decirse cuánto se deseaban. Uniendo la mano a la mía, la apretó con suavidad:

—Come rápido, Cris, tenemos mejores cosas que hacer —susurró, guiñándome el ojo.

—Así lo haré. —Asentí con una sutil sonrisa.

Cuando acabamos de cenar pensé en la sorpresa que aguardaba a Marc, en mi secreto oculto con la intención de fascinarlo llegado el momento apropiado, esos raudos segundos en los que abandonaba mi cuerpo en busca de protección para poder proseguir. Imaginaba su cara cuando fuera a ponerse un preservativo y le dijese que no hacía falta, que estaba tomando la píldora. Deseaba con impaciencia la llegada de ese momento y ver su reacción. Lo deseaba con la misma impaciencia con la que ansiaba sentir el contacto directo de su piel en mi interior. Al fantasear con ello, el calor comenzó a circular por mi ser.

Escuchamos el sonido de un teléfono, era el de Marc. Se apartó un poco de la mesa antes de descolgar y comenzó a hablar, pero a pesar de la distancia que mantenía se escuchaba casi todo. Noté otra vez ese cambio en su cuerpo, si bien en esta ocasión no era tan evidente. Lo que sí me resultó obvio era que esa conversación no presagiaba nada bueno para mí. Estaba convencida de que volvería a quedarme otra vez con las ganas de perderme por su cuerpo, y la presta mirada cargada de desilusión con la que Marc me contempló tras colgar, me lo ratificó de inmediato.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Malas noticias? —preguntó Marta, arrugando los labios.

—Me tengo que ir —repuso en tono apagado—. Tengo que arreglar unos trámites burocráticos en comisaría para marcharme mañana a Almería. Estamos en medio de una importante operación coordinada.

—¿Para muchos días? —Volvió a preguntar.

—Si todo va bien, cálculo que cinco o seis —contestó Marc, desviando por un segundo de nuevo su mirada a la mía.

Me quedé muda, compungida, acababan de irse al traste todos nuestros planes y

sentí rabia. Tanta, que por unos segundos tuve ganas de chillar y llorar. Me asombré experimentando una extraña mezcla de sentimientos que acababan de aflorar en mí y nunca había sentido. Por un momento esa sensación me perturbó y asustó, me hizo su presa al sentir miedo, temor de poder ser vulnerable, pánico ante una situación desconocida que no sabía controlar. Un escalofrío me recorrió toda la columna vertebral convirtiéndose en vértigo.

—Yo también me voy, estoy cansada. —Me levanté.

—Cristina, si quieres te acerco —anunció Marc—. Paso muy cerca de tu casa para ir a comisaría. —Sonrió con amabilidad.

—No. No te preocupes, no quiero hacerte perder tiempo —respondí, mirándole a los ojos.

Marc me observó desilusionado, y mi corazón se encogió al ver la tristeza que impregnaba sus bellos ojos.

—No es ninguna molestia, de verdad. —Su mirada me suplicó, se arrodilló ante mí y me rogó que lo acompañase.

—Es cierto, Cris, casi le pilla de paso —añadió Marta.

—De acuerdo —contesté.

—Pues vamos, no perdamos más tiempo —concluyó Marc.

Al despedirnos de Marta y Óscar bromeamos con ellos acerca de su primera noche solitos como pareja. Eso me hizo imaginar lo bien que se lo pasarían y no pude evitar que la envidia empezara a corroerme, que el anhelo por disfrutar del cuerpo de Marc me asolase.

«¡Para, Cristina, para! ¿Qué porras te pasa esta noche? ¿No te irás a poner sensible? Eso no es lo tuyo y lo sabes. ¡Espabila tía!»

Con mi conciencia sin parar de regañarme, Marc y yo nos acercamos al ascensor para bajar, Óscar vivía en un octavo piso. Nada más entrar en el pequeño habitáculo, Marc se acercó a mí, mirándome muy serio.

—¿Qué te ha pasado, Cris? ¿Por qué no querías venirte conmigo? —interpeló preocupado.

—¿Para qué? ¿Para que me acerques a casa? Para eso hay autobuses, metro y taxis —respondí malhumorada, agachando la cabeza.

—¡Cris, por favor, no te enfades! —me rogó—. Yo no tengo la culpa, mi trabajo a veces es así. Mírame, por favor. —Subí la mirada a su cara. El dorso de su mano me acarició la mejilla con delicadeza—. Me encantan tus ojos, tienes una mirada azul tan profunda que se podría navegar en ella.

—¡Vaya! ¿Ahora sale el poeta, inspector jefe? —escupí con sarcasmo.

—Cris, por favor —susurró, apoyando la frente en la mía y suspirando con fuerza.

—Perdona, Marc, lo siento, no sé qué me ha pasado. Bueno, sí lo sé, quería estar contigo, me habías prometido algo que ahora no se va a cumplir y me he cabreado. Pero llevas razón, tú no tienes la culpa. —En ese momento el ascensor paró.

Salimos a la calle en silencio, nos montamos en la moto y me llevó hasta mi casa. Al llegar nos bajamos, nos quitamos los cascos y guardó el mío en la maleta. Observándome, se acercó con cautela, metió las manos entre mi corta melena y aproximó la boca a mis labios hasta casi rozarlos, absorbiendo mi aliento, elevando mi deseo, haciendo que yo terminase de posarlos en los suyos. Y me besó como si nunca antes hubiera probado mi boca. Marc consiguió aislarme del mundo entero durante el tiempo que duro su dulce e increíble beso.

—Cris, sabré compensarte, te lo prometo —habló pegado a mis labios—. Esto es solo un aplazamiento, no creas que vas a librarte de mí tan fácil.

—Volvemos a las promesas. ¡Cuánto le gustan, inspector jefe! —le reproché.

—Sí, sobre todo cuando las cumplo —afirmó—. Eso es lo que más me hace disfrutar. —Las comisuras de nuestros labios terminaron estirándose un poco.

—En fin, ahora puede venir a mi casa cuando quiera, solo estaré yo para recibirlo.

—Sí, desde luego que vendré a visitarla todo cuanto pueda. Ahora podremos volver a utilizar esa mesa que tanto me gusta, puedo volver a hacérselo en ella como usted prefiera, mirando al techo o al suelo. —La astucia asomó por sus palabras.

—¿Y por qué elegir? —Le desafié.

—Estoy de acuerdo, letrada. —Nuestros labios volvieron a unirse en un apasionado beso—. Ahora tengo que irme, estamos en contacto, Cris —dijo, apartándose de mí y montándose en la moto.

—Adiós, Marc.

Observé cómo Marc y su moto se alejaban por la iluminada calle cargada del color de las farolas y los semáforos, y al dejar de verlos mi desilusión y yo decidimos subir a casa.

Cuando llegué el miércoles al bufete Óscar ya se encontraba allí, cogiendo unos informes y demás papeles. Hoy tenía una cita con unos importantes clientes y casi de seguro que pasaría todo el día fuera.

—¡Hola, guapetón! ¿Qué tal vuestra primera noche juntos? Tampoco hace falta que me des todos los detalles —me adelanté a decir—, solo cuéntame a grandes rasgos —puntualicé con sorna.

—Muy bien. —Esbozó una sonrisa—. No era la primera noche que dormíamos juntos, pero sí era la primera vez que al despertarnos Marta no recogía todo para volver a su casa, y me ha encantado.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad. Ahora ya sabes lo que toca, tendréis que ir pensando en hacerme tía. —Le guiñé el ojo.

—¡Oye, tranquila! —exclamó sonriendo—. No corras tanto, todo a su tiempo, ¿vale? Y hablando de tiempo y de lo que toca —añadió con perspicacia—, creo que antes de hacerte tía tú deberías echarte un novio. ¡Ahí te he pillado! —Chasqueó la lengua.

—Creo que mejor me voy a trabajar, de repente esta conversación ha perdido todo mi interés. Que tengas un buen día —dije alejándome.

—Igualmente, señorita no me interesa la conversación. —Él levantó un poco la voz y yo gesticulé un adiós con la mano, sin mirarlo, hasta adentrarme en el pasillo.

A media mañana Patricia se acercó a mi despacho.

—Cristina, ha venido el abogado de Saúl Arias, pero no es el señor Pujalte, es otro. Por lo visto el señor Pujalte no podía venir y no quería aplazar la cita.

—Vale. ¿Y quién es? ¿Cómo se llama?

—Javier Lozano.

—¿Cómo? ¿Qué? —pregunté conturbada, con el latir de mi corazón desplazándose hasta la boca, queriendo salir por ella.

—Me ha dicho que se llama Javier Lozano. —Patricia me miraba sorprendida—. Cristina, ¿te encuentras bien? Te estás poniendo muy pálida.

No era de extrañar que la lividez hubiera incautado mi rostro, porque después de escuchar ese nombre la sangre me había dejado de correr por las venas. Me levanté deprisa y salí un momento del despacho para asomarme a la sala de espera. Tenía que comprobar con mis propios ojos que aquello era cierto.

«¡Dios mío no puede ser! ¡Está ahí sentado! ¡Es él!»

El pánico se apoderó de mí y me dejó petrificada mientras lo observaba desde la esquina del pasillo. Por mi mente, de inmediato, empezaron a desfilar los retazos de aquella fatídica noche.

—Cristina, ¿qué te ocurre? —La voz de Patricia me devolvió a la realidad.

—Na... Nada. Óscar no... no está, ¿verdad? —Las palabras oscilaron entre mis labios.

—No, sabes que se ha marchado y que hoy no regresaba al bufete.

Patricia me observó extrañada ante la pregunta. Una pregunta cuya respuesta yo conocía, igual que ella.

—Y Ana, ¿está? —pregunté alterada.

—No, hoy tenía que ir a la notaría y no llegará hasta la hora de comer. ¿Hay algún problema?

Sin mediar palabra regresé de nuevo al despacho sintiendo una presión en el pecho cada vez más fuerte y escuchando las pisadas de Patricia que venía detrás de mí. Me apoyé en una de las paredes e intenté calmar la respiración, que se me iba agitando por momentos.

—Cristina, ¿qué ocurre? —preguntó, desorientada por mi comportamiento—. ¿Lo conoces? ¿Conoces a ese abogado?

Asentí con la cabeza mientras la vista se me empezaba a nublar por la acumulación de lágrimas, algo que no escapó a la atención de Patricia.

—Si no quieres verlo le diré que vuelva por la tarde. Que Ana cierre el acuerdo con él —me aconsejó con una voz que vislumbraba preocupación.

Por un instante tuve la tentación de decirle que lo hiciera, que Ana se encargase de hablar con él. Pero después algo en mi interior me dijo que debía enfrentarme a ese maldito de una vez por todas, y ya era el momento de hacerlo. Cerré los ojos con fuerza y apreté la mandíbula, tenía que intentar controlar la situación para poder hacerle frente. Debía hacerlo o pasaría toda la vida como las avestruces, escondiendo la cabeza, y yo no tenía de qué avergonzarme. Miré a Patricia, muerta de miedo por la decisión que acababa de tomar, y respiré profundo.

—Hazlo pasar. Pero primero llama a Pablo, quiero que esté con nosotros, por favor. —Mi voz sonó temerosa.

—¿Estás segura, Cristina? —Me acarició el brazo.

—Sí, estoy segura. —Asentí a la vez.

—Vale, voy a llamar a ambos.

Tenía las manos sudorosas por los nervios y el corazón me latía con tanta intensidad que repartía a borbotones la adrenalina por todo mi cuerpo. La tensión ante la interminable espera era tal que si me pinchasen la sangre sería incapaz de brotarme por las venas. Cuando Javier apareció por la puerta sentí el nerviosismo multiplicado por diez, por cien, por mil... Creí que iba a darme un síncope en ese momento, al notar el pulso arrítmico, con unos golpes violentos en extremo.

Me senté con rapidez en el sillón, antes de que las piernas me fallasen, sin poder

creer aún que estaba en la misma habitación que Javier y respirando el mismo aire. Al verme se quedó clavado en el suelo, aturdido y lívido. Incluso tartamudeo para dar los buenos días. Yo contesté de forma seca, sin levantar apenas la vista para mirarlo, pero observé a Pablo, que estaba un poco atónito ante la rara situación. No hubo un saludo profesional, ni siquiera un apretón de manos, y ambos intentábamos esquivar las miradas todo cuanto podíamos.

—Bueno, hagamos esto cuanto antes —manifesté.

—De acuerdo —contestó Javier.

Al oír de cerca su voz mi corazón elevó tanto el ritmo que pensé iba a reventar en cualquier instante. Tomé una bocanada de aire antes de empezar a exponer:

—El acuerdo consistía en que la señora Valdés se quedaría con la vivienda actual situada en la Moraleja, la vivienda situada en la Costa Brava, su actual vehículo marca BMW y una pensión de seis mil euros mensuales, con un incremento anual del cinco por ciento.

Intenté sonar lo más calmada posible, aunque los continuos y fuertes golpeteos del corazón no me lo estaban poniendo nada fácil.

—Estamos de acuerdo en todo menos en lo de la vivienda de la Costa Brava. Mi cliente quiere cambiarla por otra. Está en...

—¿Ha venido a regatear conmigo o a firmar un acuerdo? —Alcé un poco la voz, interrumpiéndolo—. Ya le expliqué al señor Pujalte qué acuerdo quería mi cliente. Si no están conformes prepararé todos los trámites para que se ejecute el acuerdo prematrimonial y lo presentaré en el juzgado el lunes sin falta. Y si prefieren ir a juicio —añadí—, por mí encantada.

Levanté un segundo la vista, Javier estaba mirándome. El cuerpo entero me tembló y la bajé al instante.

—Tendré que hablar de nuevo con nuestro cliente a ver qué opina él. Volveré con una respuesta —dijo con sequedad, y se levantó.

—Miré, me estoy cansando del juegucito que se traen entre manos. —Me levanté del sillón e intenté otra vez mirarlo a la cara—. Haga el favor de coger el teléfono y hablar con su cliente, esto tiene que quedar solucionado hoy o pediré la ejecución del acuerdo.

Noté cómo las piernas volvían a temblarme y me senté de nuevo, por miedo a perder el equilibrio.

—De acuerdo, salgo un momento a hablar con él y ahora regreso.

Nada más salir Javier del despacho, Pablo se acercó a mí.

—Cristina, ¿qué te ocurre? Estás alterada, nunca te había visto así. —Me observó desconcertado.

—Nada. No tengo un buen día —contesté, mientras los nervios se adueñaban de mis entrañas hasta hacerme sentir ganas de vomitar—. Y no me gusta que me tomen el pelo como esta panda de abogados engreídos pretende.

Javier entró de nuevo en el despacho y yo temblé como un flan al volver a verlo,

aunque intenté controlarme para que no lo notara. No quería que se diera cuenta del miedo que sentía en ese momento, sino todo lo contrario, quería que me viera tan fría como un témpano de hielo, si bien resultaba dificultoso.

—Está bien. Mi cliente dice que firmemos el acuerdo y que su exmujer se olvide de él de una vez.

—¡Oh! Dígale a su cliente que no sea tan fatuo —declaré con firmeza—. Su mujer es muy feliz sin él, ya le olvidó hace tiempo.

—Voy a por los duplicados, los he olvidado en secretaría —avisó Pablo, abandonando un momento el despacho.

Al verme sola con Javier, un nudo me atenazó la boca del estómago haciendo esfumarse a la entereza que intentaba aparentar. Giré el sillón con la intención de no verle la cara, no podía soportarlo. Sentía ganas de chillar para soltar la ira acumulada en mi cuerpo por tenerlo tan cerca. En ese momento sentí unas enormes ganas de abalanzarme contra él y hacerle daño. Mucho pero que mucho daño.

—Cristina, quiero hablar contigo, por favor. —Su voz sonó a súplica.

—Ni se te ocurra hablarme, maldito bastardo —escupí, mirándolo con odio—. Ya es bastante con que no me haya quedado otro remedio que hablar contigo por nuestro trabajo.

—Cristina, yo solo...

—¡Qué te calles, joder! —grité, dando un fuerte golpe en la mesa—. ¿Qué parte de «ni se te ocurra hablarme» no has entendido? No quiero hablar con un pedazo de mierda como tú. ¿Te ha quedado claro? —Me levanté del sillón, aniquilándole con la rabia que desprendían mis ojos—. Y en cuanto traiga el acuerdo Pablo te vas cagando leches de aquí, no quiero volver a verte nunca.

—Vale —contestó, tragando saliva.

Pablo llegó en ese momento y me observó inquieto.

—¿Todo va bien, Cristina?

—Sí, no te preocupes, Pablo. Dale el duplicado al señor Lozano para que su cliente lo firme y así poder presentarlo en el juzgado cuanto antes. Me estaba comentando que tiene mucha prisa.

Pablo se lo entregó en el acto, Javier se levantó y se encaminó hacia la puerta, pero paró y se dio la vuelta.

—Cristina, yo...

—¡Que te largues de una puta vez, joder! —chillé con todas mis fuerzas, y por fin se marchó.

Me derrumbé en el sofá. Caí en él a plomo y dejé escapar por los poros de mi piel los nervios acumulados. La tensión expulsada hizo que mi cuerpo se sintiera debilitado, que los músculos y huesos pareciesen de plastilina, deformables, incapaces de sujetarme. Pablo se acercó con celeridad a mí.

—Cristina, ¿qué ha ocurrido? —interpeló confundido.

—Es una larga historia y no me apetece hablar de ella, Pablo. —Sin remedio las

lágrimas comenzaron a brotar.

—¡Eh, tranquila! —exclamó, y llamó de inmediato por el interfono—. Patricia, trae una tila a Cristina, por favor.

—Ya, Pablo, no te preocupes por mí. Se me pasará. —Enjuagué el incipiente llanto con un pañuelo de papel e intenté frenarlo.

—Creo que deberías irte a casa y tomarte el resto del día libre. —Pablo habló preocupado.

—¡Vaya, ahora pareces tú el jefe!

—Lo digo por tu bien, Cristina —observó—. Ya sabemos que tú eres un tercio de jefe de este bufete, pero tu secretario te recomienda que te tomes el día libre.

—Gracias, Pablo, pero de momento voy a pensar un poco aquí, sentada.

—Aquí traigo la tila, Cristina —dijo Patricia entrando en el despacho, mirándome con dulzura—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias a los dos. Y ahora, si no os importa, me gustaría estar un rato a solas.

En cuanto se marcharon dejé fluir el llanto contenido que me ahogaba y lloré con fuerza. No paraba de tener grabada la imagen de Javier allí, sentado frente a mí. Mi mente de nuevo empezó a llenarse con los fotogramas de aquella maldita noche. Volví a recordar aquel espantoso dolor desgarrándome por dentro. Un dolor físico y moral, aunque fue el segundo el que más daño me hizo y el que más recordaba. Necesitaba una pausa entre tanto pesar acumulado, no podía con más, y decidí que era el momento idóneo para volver a ver a mi familia y amigas; precisaba contemplar las cosas desde otra perspectiva y sentirme arropada por su cariño. Mi capacidad cerebral, a gritos y turnándose en súplicas, no paraba de pedirme un poco de paz, estaba rebasada.

Cogí el teléfono y llamé a Óscar. Sabía que no sería un momento apropiado, estaría con sus clientes, pero debía decirle cuanto antes que me marchaba unos días.

—Dime, Cristina.

—Hola, Óscar. Perdona que te llame, pero es urgente. —Las palabras comenzaron a temblar entre mis labios.

—¿Qué ocurre, Cris? —preguntó preocupado.

—Me cojo unos días, Óscar, me voy mañana a Alicante. Lo necesito, de verdad.

—¿Qué ha pasado?

—Javier ha estado aquí, en mi despacho. Pertenece al bufete que representa a Saúl Arias y lo he tenido que atender. —Rompí a llorar.

—¡Joder, qué puta casualidad! —escupió con furia.

—Ha sido horroroso, de veras —añadí, sin poder frenar el llanto.

—Tranquilízate, Cris, por favor, pequeña. Me imagino que ha tenido que ser muy traumático, pero ya ha pasado, cálmate.

—Esos minutos han sido tan angustiosos, tenerlo frente a mí ha sido espantoso y... —el sollozo me impidió continuar hablando.

—No tenías que haberlo atendido, ni siquiera visto, que lo hubiese hecho Ana —advirtió.

—Pero Ana no estaba, y tampoco he querido esconderme de él —aclaré—. Yo soy la víctima, él es el que debe sentir vergüenza, no yo.

—Has sido muy valiente, de verdad, Cris, muy valiente —repitió con orgullo.

—Estaba muerta de miedo, Óscar —sollocé de nuevo.

—Pero le has plantado cara —resolvió—. Eso es de ser muy valiente, lo sabes.

—Sí, le he plantado cara y hasta le he gritado para que se largase de una vez.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? ¿Ha sucedido algo fuera de lugar? —interpeló alarmado.

—Sí, quería hablar conmigo, pero yo no le he dejado. Bastante ha supuesto para mí haberme visto obligada a tratar este asunto —contesté airada, y cuando la ira asomó por mí, las lágrimas se detuvieron.

—Vale, Cris, cógete los días que necesites y cálmate. Cuando llegue esta noche pasaré a verte.

—No te preocupes, Óscar, no hace falta que vayas adrede a mi casa a verme. Solo necesitaba que lo supieras. Voy a buscar un billete para mañana, esta tarde se lo diré a Ana.

—¿Quieres que se lo diga yo?

—No, gracias, debo hacerlo yo. —Me sequé el llanto con las manos, los ojos ya no querían llorar más.

—Entonces luego te llamo, Cris, y cálmate —me suplicó.

—Gracias, amigo. Muchas gracias una vez más.

Nada más colgar busqué por Internet un vuelo para el día siguiente, pero el horario no me cuadraba, así que decidí ir a Alicante en el AVE. Había un tren que salía a media mañana, y sin meditarlo un solo segundo compré un billete.

Caí en la cuenta de que tenía una cita con la doctora Millán a la cual no iba a poder acudir. Debía llamarla para decírselo y explicarle lo ocurrido con Javier. Con rapidez, cogí mi *smartphone* y me puse en contacto con ella.

—Sí, dígame.

—Anabel, soy Cristina.

—Hola, Cristina. ¿Qué tal estás?

—No muy bien, por eso la llamo.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Algo inimaginable. —Suspiré con amargura—. Javier se ha presentado en el bufete, representa al marido de una de mis clientas y he tenido que atenderlo y enfrentarme a él. Ha sido horrible. —Se me quebró un poco la voz.

—¡Caray, qué casualidad! —exclamó sorprendida.

—Yo no lo llamaría casualidad, sino mala pasada, una situación difícil de digerir. ¡Joder! —proferí con malhumor.

—¿Y qué ha sucedido en esa tensa circunstancia, Cristina?

—Le pedí a mi secretario que estuviera presente, no quería estar a solas con él. Y aun así casi no le podía mirar a la cara, creí que el corazón me iba a estallar de lo rápido que latía, y las piernas no paraban de temblarme.

—Cristina, imagino que ha tenido que ser muy duro para ti enfrentarte a Javier, pero te aseguro que eso te vendrá bien, es otro paso más hacia tu recuperación.

—Esperemos que así sea.

—Ya verás como sí —aseguró—. ¿Y cómo reaccionó él al verte?

—Pues el muy cabrón quería hablar conmigo —contesté, sintiendo cómo la rabia hacía acto de presencia, para no variar.

—¿Y qué hiciste?

—¡¿Qué quería que hiciera, charlar con él?! Ni en sueños. Le dije que ni se le ocurriera hablar conmigo y en cuanto mi secretario le diera el acuerdo se marchase de allí. Solo que se lo dije con un lenguaje más soez.

—La ira hablaba por ti, ¿verdad?

—Parece ser que sí —afirmé.

—En fin, será mejor que mañana profundizaremos más en este tema —opinó.

—Por eso la llamaba, Anabel, porque mañana no voy a acudir a su cita, me marché a Alicante unos días. Necesito el apoyo de mis amigos y familia. Mi mente me pide de rodillas un poco de calma, ha sobrepasado el límite.

—Creo que has tenido una buena idea, Cristina, te vendrá bien estar arropada por los tuyos. ¿Cuándo regresas?

—El lunes por la noche.

—Entonces nos veremos el martes y me contarás cómo te ha ido todo. Llénate de energía para continuar con tu recuperación, te garantizo que vamos por el mejor camino.

—Gracias, Anabel, nos vemos el martes.

Salí un momento del despacho para ir al servicio a lavarme la cara. Patricia se acercó a preguntarme cómo estaba, le respondí que mejor, añadiendo en mi rostro una pequeña sonrisa, y volvió a recepción.

Al salir del baño me crucé con Pablo, que me paró un momento.

—¿Estás mejor, Cristina?

—Sí, ya me encuentro bien. Pero te voy a hacer caso y me voy a tomar unos días libres, creo que me hacen falta.

—Te vendrán muy bien —confirmó, asintiendo al mismo tiempo—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro —respondí, pero con reservas, así que maticé—: Tú pregunta, luego veré si yo puedo contestarte. —Hice un mohín.

—¿Qué significa «realmente fatuo»? No lo había oído en mi vida. —Me miró expectante.

Me eché a reír sin poder evitarlo. Pablo me había escuchado insultar a Javier y lo único que le hacía sentir curiosidad era esa palabreja. En verdad era muy gracioso.

—Perdona, lo siento, pero me ha hecho gracia —le dije mientras seguía riendo—. Aunque no me río de ti, en serio. —Intenté calmarme para poder contestar—. *Fatuo* significa «engreído, vanidoso, necio». Así es Saúl Arias.

—Bueno, pues gracias por contestarme. Y me alegro de haberte hecho reír un poco. —Sonrió.

—Gracias a ti, Pablo. —Le di un beso en la mejilla, quedándome sorprendida de mí misma por semejante acción.

Nada más regresar al despacho llamé a mi madre para decirle que iba a verla, la noticia le hizo ponerse contentísima. Llegué a un acuerdo para poder estar tanto con ella como con mis amigas sin que hubiera problemas. Acordamos que el sábado y domingo sería para mis amigas, el resto del tiempo lo pasaría con ella, y le pareció estupendo. Me dijo que iba a comprar algo de comida y bebida para llenarme la nevera de mi casa en Alicante, yo se lo agradecí y nos despedimos.

A continuación mandé un *whatsapp* a mis amigas indicándoles que iba para allá, que nos veíamos el viernes por la noche. Apenas habían pasado unos segundos cuando todas estaban contestándome y sin parar de hacer planes para el fin de semana. Mis labios trazaron una leve sonrisa y suspiré, mientras mi mente empezaba a relajarse un poco; comenzaba a sentirse bien.

Ana irrumpió en el despacho mirándome con cara de preocupación. Supuse al instante que Pablo y Patricia le habían comentado lo ocurrido.

—Hola, Ana.

—¿Qué te ha pasado, Cristina? —preguntó acercándose a mí.

—Te lo han contado, ¿verdad?

—¿Conocías de algo a ese abogado? Porque Patricia dice que sí, que te has puesto pálida cuando lo has visto.

—Sí..., lo conozco de hace muchos años. Estudié el primer año de carrera con él —contesté, con la garganta tan anudada que creí ahogarme.

—Y no sois muy buenos amigos, ¿a que no? —Esperó una respuesta que no llegaba, no sabía qué decirle—. Cris, ¿tan grave es? —Se sentó a mi lado, en el borde de la mesa.

—Sí, Ana, más de lo que puedas imaginar —respondí, y una vez más las lágrimas acudieron a mis ojos.

Ana me abrazó, consiguiendo con ese grato gesto que rompiera a llorar con fuerza. Mientras permanecía entre sus brazos pensé si algún día mi llanto terminaría o si, por el contrario, nunca se agotaría y sería infinito. No sé cómo ni de qué manera sucedió, pero entre buscar la calma y contestar a sus preguntas, cuando quise darme cuenta estaba contándole toda mi historia. Era la primera vez que yo hablaba de eso con alguien fuera de mi entorno más estrecho, o sea, mi madre y mis cuatro amigos. Era más, con mis amigos solo lo hablé al principio, después no volví a tratarlo; y con mi madre lo mismo. Cuando comencé a acudir a la consulta de la doctora Millán siempre me aconsejaba que debía hablarlo, contarlo, expulsarlo de mí, pero yo me

negué a hacerlo. Creía que si no lo hablaba sería como si no hubiera ocurrido. Además, no quería que la gente sintiese lástima por mí, eso me destrozaba más todavía. Sin embargo, solo logré equivocarme con esa actitud, y ahora era consciente de ello.

Al terminar de contárselo a Ana me sentí bien, me sentí desahogada. Había experimentado la sensación de quitarme una pesada mochila de los hombros después de un largo trayecto andando. Alivio. Eso es lo que sentí, un gran alivio.

—Cristina, cuánto lo siento, tuvo que ser horrible —declaró apenada—. No me lo puedo ni imaginar. Una violación siempre es lo más vil y monstruoso que puede hacer un hombre. Pero cuando esa persona, además, es la que amas, en la que confías, eso ya no tiene nombre, es una atrocidad inhumana. —Me observó consternada—. Lo has tenido que pasar muy mal hoy al tenerlo frente a ti. Tenías que haber anulado la cita. —Asintió, volviendo a abrazarse a mí.

—Debía enfrentarme algún día a él, Ana, hoy no era la primera vez que lo veía —le revelé—. Desde que he llegado a Madrid me lo he encontrado en un par de ocasiones más. La primera fue en los juzgados, y la segunda hace algo más de una semana en el Retiro. —Me separé de sus brazos y me limpié las lágrimas con un pañuelo, los ojos empezaban a escocerme—. Me voy a coger unos días, ya se lo he comunicado a Óscar también. Me marchó a Alicante, necesito despejarme de todo. —Suspiré de seguido, con gran dolor en el pecho.

—Por supuesto, cógete los días que necesites, no te preocupes. Le diré a Pablo que te reorganice la agenda. —Me acarició el brazo, mirándome con admiración—. Eres una mujer fuerte, Cristina, tienes coraje. Verdadero coraje.

—Al menos lo intento. —Esforcé una sonrisa que no llegó a brotar.

—¿Quieres que nos vayamos a comer? —preguntó con dulzura, ofreciéndome su brazo para que me cogiese a él—. Así aprovechamos y nos tomamos una copa de algo fuerte, un buen lingotazo.

—Voto por ese lingotazo. Sí, por favor. —Entrelacé mi brazo al suyo.

—Y tómate la tarde libre para preparar la maleta y esas cosas. ¿Ok?

—Ok. Gracias, Ana.

Dentro del tren, camino de Alicante, mi cabeza no paraba de pensar en todo cuanto había ocurrido en apenas dos meses. Me había marchado de mi ciudad, de mi hogar, buscando un cambio en mi vida, ¡y vaya si había cambiado! Aunque no todo era como yo habría querido, si bien yo debía tener más que aprendido que en la vida no eliges tú, sino que el destino escoge lo que quiere para ti; o al menos así había sido siempre conmigo. Me alejé de mis raíces, de todo mi entorno para intentar olvidarme de Javier de una vez y tuve que encontrármelo en mi nuevo destino, en Madrid. Intenté huir de los fantasmas, pero los fantasmas me perseguían y atrapaban allí donde yo iba. ¿No era irónica la vida? ¿O ese era mi sino? Quizá la combinación de ambas o los caprichos del destino. Quién sabe. Aunque daba igual por lo que fuera, o mis razonamientos e hipótesis, lo único de lo que estaba convencida era de no poder borrar mi pasado por más que lo intentase. Eso me llevó a analizar mi mente, el amasijo de neuronas, razón e intelecto que se había convertido en un absoluto laberinto mayor y más complejo que antes. Se había transformado en confusión porque yo había querido entrar en él para encontrarme, y ahora, lejos de lograrlo, estaba del todo perdida.

Después de unos minutos de reflexión, pensé en lo que habíamos hablado la doctora Millán y yo. Todo lo que conseguí expulsar de mi interior, todo lo que hice mal, todo el daño que causé para intentar sentirme bien y cómo me castigué a mí misma sin darme cuenta. Pero ya era tarde para meditar sobre todo aquello, ya no era momento para compadecerme por mi dolor, sino de luchar para cambiar mi vida. Para intentar vivir sin rencor, sin ira retenida en las entrañas corroyéndome de continuo. Era el momento de expulsarlo todo y sentirme viva de nuevo. Tan viva como cuando estaba con Marc. La sonrisa brotó por mis labios al recordarlo. Él conseguía que me olvidara de todo, evadía a mi mente de los problemas y hacía que mi cuerpo se abandonase al placer absoluto. Con él solo disfrutaba, me sentía llena de energía, me transmitía su vivacidad; y yo necesitaba sentir esa sensación de vitalidad en todo momento, no solo cuando estaba con él. Sin embargo, no podía lograrlo cuando me encontraba sola, y lo peor, no tenía ni idea de cómo alcanzar ese bienestar que me producía estar con Marc.

Caí en la cuenta de que no le había dicho a Marc que me marchaba a Alicante, aunque él no se encontraba en Madrid y no perderíamos la oportunidad de vernos. Llevábamos mucho tiempo sin estar juntos en la cama, desde nuestra última y voraz sesión de sexo habían pasado más de tres semanas. Si bien su maravillosa mano se encargó de que yo tuviera un orgasmo en el portal de mi casa, debajo de la escalera. Me reí al recordarlo, y la señora que tenía frente a mí me miró un poco sorprendida. Al verme reír sola, habría pensado que estaba majareta.

De inmediato traje a la memoria ese último día que estuvimos juntos en su casa, y el juegucito tan *hot* que se marcó conmigo. Rememoré su forma de deslizar la boca por mi vientre, lamiendo todo cuanto echaba en él mientras yo permanecía inmóvil, a pesar de mis cosquillas, con tal de ganar el premio. Reviví cómo su boca se movía por mi intimidad y las tremendas ganas que desató en mí por alcanzar el orgasmo. Tantas, que fui capaz de acabar yo misma lo que él dejó a medias a propósito. Los recuerdos, ardientes, me excitaron, y con tanta fuerza que llegué a sentir ganas de acariciarme en ese preciso instante.

«¿Pero de qué coño vas, Cristina? ¿No te das cuenta de que estás en un tren? Aplaca un poco tu fogosidad, tía. Marc te está haciendo perder toda cordura.»

Haciendo caso a mi conciencia, suspiré y abrí los ojos, los había mantenido cerrados rememorando todo el placer que sentí aquel día. La señora de enfrente me miraba atónita. Seguro que mi cara y el evidente calor que me recorría el cuerpo le habrían hecho pensar que me ocurriría algo. Le sonreí con timidez, ella me devolvió la misma sonrisa, e, *ipso facto*, giró la cabeza.

Tras calmar mi alterada libido, cogí el móvil y mandé a Marc un *whatsapp*.

Hola, Marc. Estoy camino de Alicante, me voy a pasar unos días con mi familia y amigas. Tengo muchas ganas de verte, de volver a estar contigo en la cama, no sabes cuántas. Vuelvo el lunes por la noche, espero que con un poco de suerte estés de vuelta en Madrid y nos podamos ver la próxima semana. Besos húmedos, calientes y fogosos.

Esperé un momento a ver si contestaba, pero no fue así, y antes de guardar el móvil mandé otro *whatsapp*, esta vez a Óscar, diciéndole que me encontraba bien y que acababa de llegar a Alicante.

Nada más salir del tren vi a mi madre, que me esperaba en la estación junto a mi tía. Me apeé del tren corriendo, arrastrando las ruedas de la maleta con tanta celeridad que no daban más de sí.

—¡Hola, mamá! —exclamé, conteniendo las lágrimas y abrazándome a ella.

—¡Hola, cariño! —Me abrazó con fuerza, después empezó a besarme.

—Guarda algún beso para tu tía, ¿no?

—¡Hola, tía Elisa! —La abracé y le di dos besos—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Estoy de vacaciones —contestó y, separándose de mí, me miró de arriba abajo—. Pero ¿qué te han dado en Madrid, Cristina? Estás guapísima. —Sonrió con picardía y añadió—: ¿Te has echado algún novio? O mejor dicho, amigo con derecho a roce. —Me guiñó el ojo.

—¡Tía, no empecemos otra vez con eso! Además, no te puedo contestar con mi madre delante, no quiero sacarle los colores. —Arqueé las cejas.

—Veo que el sentido del humor no te lo han cambiado, me alegro. —Nos reímos las dos.

—Bueno, dejaos de tonterías y vamos para casa —avisó mi madre, ofreciendo una sonrisa liviana.

—No, vamos primero a ver el mar, por favor. —Supliqué con las manos—. Lo he echado mucho de menos.

—Por supuesto, sobrina. Iremos a ver el Mediterráneo lo primero, para eso conduzco yo. —Se cogió a mi brazo y nos dirigimos a su coche.

Mi tía Elisa era la hermana pequeña de mi madre. Tenía cuarenta y dos años, ocho más que yo, pero a pesar de la diferencia de edad siempre nos habíamos llevado muy bien. Se había cambiado tantas veces el color de pelo que ya no recordaba cuál era el suyo natural; ahora lo llevaba negro y corto, con un gran mechón largo a un lado. Era algo más baja que yo, más ancha de caderas, pero con un cuerpo muy bonito. Siempre iba a la última en ropa y accesorios y era, al menos para mí, casi demasiado moderna. Nunca se había casado, solo buscaba aventuras, aunque una vez estuvo viviendo con un hombre durante dos años, Fidel, una buena persona. Pero mi tía era un espíritu libre, no le gustaba estar atada por mucho tiempo a nada ni a nadie, por eso llevaba algo más de dos años viviendo y trabajando en Londres, en una agencia de publicidad; cada poco tiempo, mi tía, precisaba cambios de aire y de gente. Y de seguro, y debido a su alma errante, ella fue la que más me apoyó cuando le conté mi decisión de trasladarme a Madrid, a pesar de desconocer cuánta falta hacia ese cambio en mi vida. Ningún miembro de mi familia conocía lo ocurrido con Javier. Yo le supliqué a mi madre que no se lo contase a nadie, y así lo hizo. A veces tuve la tentación de revelárselo a ella, en más de una ocasión estuve incitada a hacerlo, pero, en el último momento, siempre me echaba atrás, pensaba que era mejor dejarlo así.

Al llegar al paseo marítimo cerré los ojos y aspiré todo el frescor que traía la brisa, llenándome bien de ella. Luego los abrí y contemplé la gran magnitud de mi mar, observando todo cuanto la vista me alcanzaba. Miré a mi madre, sonriéndola, henchida de placidez.

—Veo cuánto lo has echado de menos, cariño.

—Demasiado, mamá.

—Sí, eso parece —añadió mi tía.

Me acerqué hasta la playa y me descalcé. Posé los pies en la cálida arena y caminé despacio hasta mi precioso Mediterráneo, tan azul, tan brioso, tan inmenso. Al llegar a la orilla las olas comenzaron a cosquillearme los pies mientras me hundía poco a poco en la arena. Cuántas ganas tenía de sentirlo, de inhalar el frescor de su aroma.

Después de un largo rato impregnándome con su salitre, volví a salir de la playa. Mi madre y mi tía esperaban en un banco, y me senté con ellas para que los pies se secaran antes de volver a calzarme.

—Cristina, algo ha vibrado dentro de tu bolso, me imagino que será el móvil. —Sonrió mi tía con picardía.

—Pues claro que era el teléfono, qué otra cosa iba a ser —apostilló mi madre.

—Hombre, se me ocurre al menos una cosa más que vibre, ya me entiendes —añadió mi tía, guiñándome el ojo.

—¡Oh, Elisa, cómo eres! Siempre con el mismo tema en la boca —refunfuñó mi madre.

—En la boca y en otras partes del cuerpo —aclaró de forma burlesca.

—¡Eres alucinante, tía! —manifesté entre risas—. Y tú tranquila, mamá, que es el móvil. Y si ha vibrado es un mensaje, no una llamada.

—Bueno, pero a ver si no llevo razón y podía ser otra cosa. No sería la primera mujer en llevar un consolador en el bolso.

—¿Acaso tú llevas uno, Elisa? —preguntó mi madre sorprendida.

—A veces, hermana. —Sonrió una vez más—. Una nunca sabe cuándo le puede hacer falta.

—¡Calla! No me cuentes nada, por favor —repuso mi madre, negando con la cabeza—. Prefiero vivir en la ignorancia y no saber nada de tu vida sexual.

Nosotras nos echamos a reír al ver lo escandalizada que se encontraba en ese momento. Mientras reía busqué el teléfono y comprobé que tenía un *whatsapp* de Marc. Pero no pensaba abrirlo delante de ellas, así que volví a guardarlo haciéndole caso omiso.

—¿No vas a leerlo? —preguntó mi tía.

—Es del trabajo y quiero desconectar de todo. Estoy un poco estresada.

—¿Trabajas mucho, cariño? —Mi madre usó su tono de preocupación.

—Tranquila, mamá, estar un poco estresada no es una enfermedad terminal. Es algo muy normal en una persona que abarca mucho trabajo ¿vale?

—Pues entonces olvídate del teléfono y relájate estos días. —Me dio un beso—. Ahora, cuando lleguemos a casa, te ducharás y, después de comer, te echarás la siesta. Y no aceptaré un no por respuesta —subrayó—. Has venido para relajarte y eso vas a hacer. Luego ya pasaremos por tu casa a dejar la maleta.

—Cierto, una siesta te vendrá genial, sobrina. Aunque si llevases algo más que vibrase en ese bolso y lo usases antes de la siesta, eso te relajaría más aún. —Me soltó un leve codazo, guiñándome de nuevo el ojo.

—¡Oh, Elisa, basta ya de tonterías! Tienes las hormonas tan revolucionadas que griparías al mejor de los vibradores.

—¡¡¡Mamá!!! —espeté asombrada.

—¿Qué, hija? Tu tía me hace decir barbaridades, lo siento.

—Igual no es tan barbaridad, igual soy capaz de griparlo —dijo mi tía riendo.

—Anda, vámonos de aquí antes de que tenga que taparme los oídos, hija.

Mi madre se levantó y me ofreció su brazo para marcharnos de allí, mi tía hizo lo mismo en la parte contraria. Me levanté del banco y entrelacé los míos a los de ellas, de ese modo abandonamos el paseo marítimo, unidas las tres por nuestros brazos, riendo y charlando.

Al salir de la ducha me acordé del *whatsapp* de Marc y busqué con urgencia el móvil para ver qué me había escrito. Sin empezar ni a leerlo, la cara se me llenó con una sonrisa, imaginando lo que produciría su mensaje en mí.

Hola, preciosa, me alegro de que disfrutes de unos días en buena compañía, además de playa y sol. Ten cuidado y no te me quemes, por favor, quiero poder tocar todo tu cuerpo la semana que viene, no pienso dejar ni un solo milímetro de tu piel por recorrer. Gracias por tus besos que, una vez más, han levantado algo en mí. Yo solo puedo pensar en la promesa que te hice, pienso cumplirla, quiero oírte gritar de placer. Besos húmedos para sofocar la parte más caliente de tu cuerpo.

Yo sabía dónde quería esos besos húmedos y me volví a excitar pensándolo. ¡Madre mía, cuántas ganas de sexo tenía! Marc me había transformado por completo, me había hecho adicta a su placer. A su increíble y maravilloso placer tan intenso.

La cruda realidad me abofeteó con dureza y de nuevo trajo al maldito de Javier a mi memoria, la verdadera causa de encontrarme aquí, otra vez en Alicante, para huir de él. Y de golpe, Marc y sus caricias sofocaron mis neuronas y el dolor. Pero Javier volvió a atropellar ese balsámico recuerdo hasta retorcerme el estómago. Y una vez más Marc invadió mi cabeza con su sensual voz y sus tórridas palabras. En ese preciso instante fui consciente del caos que me devastaba la mente, todo el cerebro, pues mi razón estaba tomada y gobernada por dos hombres. Dos hombres con los que sentía sensaciones tan diferentes como disparejas: sufrimiento y pasión, dolor y deseo, tortura y lujuria. Todo un torrente de sensaciones contradictorias conviviendo a la vez. Uno había marcado mi vida haciéndome pasar por una experiencia de lo más traumática, mientras que el otro me había mostrado cuánto se podía disfrutar con el sexo y me enseñaba a gozar.

Mi mente, el saco de raciocinio, había empezado a trabajar como un dispositivo de energía, cual pila, porque una pila estaba cargada de energía positiva y negativa, como mi cabeza. En el polo negativo se encontraba Javier y todo el sufrimiento acarreado durante los quince años posteriores a aquella maldita noche. En el positivo estaba Marc con su maravillosa forma de complacer y hacerme perder el control. Ese era el mayor problema de mi razón: su extremismo. Cómo me hacía subir a la cima más alta, con Marc, y al segundo me estrellaba contra el suelo con todo el tormento acumulado, con Javier. Pasaba de un polo a otro sin periodo de aclimatación, asfixiándome por el camino. Y entre extremo y extremo mi cabeza terminaba siendo gobernada por un absoluto desorden en el cual todo se mezclaba y enredaba, sin ser capaz de sistematizar ni lo más simple. Llegué a plantearme si aquel enmarañado radicalismo no sería fruto de algún tipo de trastorno mental. Aunque aparté con rapidez esa absurda idea del cerebro, al instante, porque, de ser así, la doctora Millán ya lo habría puesto en mi conocimiento. Lo único que ocurría era que empezaba a

sufrir por los errores del pasado, que ahora era más consciente que nunca de lo mal que había reconducido mi vida; y entremedias de toda esa vorágine de pesar se encontraba Marc. Él era lo único que me hacía ser feliz a ratos. El único que me hacía sonreír. El que hacía correr con fuerza la sangre por mis venas. El que conseguía que el corazón me golpease veloz, y no por temor, sino por pasión. Él, Marc. El único hombre que me había hecho disfrutar con el sexo al cien por cien. A veces tenía la impresión que hasta demasiado, pues mi mente pensaba mucho en ese tema, pero me resultaba inevitable no hacerlo. Era todo cuanto me provocaba Marc: sexo, sexo y más sexo. Se había convertido, sin discusión, en el oasis de mi desértica vida, y siempre estaba sedienta de beber en él, nunca conseguía saciarme de Marc.

Después de una larga siesta que me dejó muy relajada, mi madre, mi tía y yo salimos juntas a dar una vuelta. Primero mi tía me llevó a mi casa a dejar la maleta, y mi madre aprovechó para mostrarme la nevera llena, tal y como me había prometido. Después nos acercamos a cenar a un restaurante, a pie de playa, que me encantaba y del cual tenía muy gratos recuerdos porque había ido muchas veces con mis amigas. Tras terminar de cenar, mi madre dijo que estaba cansada, se despidió de mí hasta el día siguiente y se marchó a casa. Mi tía y yo nos quedamos solas y decidimos sentarnos en una terraza a tomarnos una copa para acabar la noche.

—Bueno, Cristina, ahora que no está «mami» me vas a contar que tal vas de ligues por Madrid. —Mostró una gran sonrisa.

—No me ha dado tiempo para eso, tía.

—¡Para eso siempre tienes que dejar un hueco, Cristina! Lo mejor de esta vida es el amor, es lo que mueve el mundo, cariño. ¿Cuándo piensas incorporarlo a la tuya?

—¡Bah! No sé. —Me encogí de hombros—. ¿Acaso tiene fecha de caducidad? ¿Hay un tiempo límite para hacerlo? —pregunté con sarcasmo.

—No es eso, Cristina, se trata de ser feliz —aclaró mirándome de frente—. Mira, yo no habré tenido muchas parejas estables; bueno, de hecho solo he tenido una. —Nos reímos—. No, en serio. Se trata de tener a alguien a tu lado, de sentir que te aman, que te hacen feliz, dure lo que dure. Y si no te gusta, te buscas otro. El mar está lleno de peces, ¿no? —Volvimos a reír.

En ese instante de cálida intimidad sentí la necesidad de hablarle a mi tía de Marc. Fue un impulso, un deseo sin reflexión, y, sin dudarlo un segundo, empecé a contarle la singular relación que llevábamos a escondidas. También le hablé de su profesión, añadiendo que gracias a ella llevábamos tres semanas sin disfrutar de uno de nuestros desmedidos encuentros.

—¿Y tú eres feliz así? —inquirió expectante.

—Hasta ahora sí —afirmé tajante—. Jamás ningún hombre me había hecho disfrutar tanto. Además de guapísimo y tener un cuerpo de infarto, es divertido,

vivaz, provocador, hace que me olvide de todo cuando estoy con él... Es un buen tío.

—¡Uy, uy, uy, Cristina!

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Creo que este Marc provoca en ti algo más que sexo. —Asintió con la cabeza—. Conozco esa mirada al hablar de un hombre. Es la misma que tenía yo cuando hablaba de Fidel.

—No, tía, te equivocas. Yo solo siento por Marc una fortísima atracción sexual, te lo aseguro.

—¡Eh!, a mí no me tienes que convencer de nada —replicó—. Yo solo te digo la sensación que me has transmitido al hablar de él. Pero es tu vida, tú sabrás lo que sientes por ese hombre. Ahora, eso sí te digo, Cristina, nunca reprimas tus sentimientos, eso es lo peor que puedes hacer. Así solo te engañas a ti misma y terminarás sufriendo más que nadie. —Me cogió la mano entre las suyas—. Hazme caso, hablo desde la experiencia.

—Lo tendré en cuenta cuando llegue ese momento a mi vida. Gracias por el consejo.

Nos dimos un largo abrazo y después cambiamos de conversación. No queríamos terminar poniéndonos ñoñas, ninguna de las dos éramos de ese tipo de mujeres que leían novelas románticas. No porque ese tipo de lectura tuviera algo de malo, para nada, más bien porque ninguna de las dos creíamos en el rosa de los cuentos. Mi tía por ser siempre un alma libre, y yo por unas circunstancias muy diferentes, pero teníamos claro que ese color no se encontraba en nuestras vidas.

A la mañana siguiente bajé a la playa con mi tía y un grupo de amigos suyos. Mi madre prefirió quedarse en casa haciendo sus cosas, nunca le había gustado mucho la playa. En eso, desde luego, no se parecía a mí, yo podía quedarme todo el día entero allí, y con eso me bastaba para ser feliz.

Nada más salir de darme el primer baño en mi maravilloso mar, escuché un zumbido proveniente de mi bolsa de playa. Me sequé las manos con rapidez en la toalla y cogí el *smartphone*, Mari acababa de mandarme un *whatsapp*.

Paso a recogerte a las nueve. Cenamos algo de comida rápida y nos vamos a un *pub* que han abierto hace poco, está muy bien. Los fines de semana van grupos locales a tocar, algunos son muy buenos. Además, está lleno de tíos macizos, ¡a ver si pillamos a alguno! Besos.

Contesté al instante, emocionada al pensar que en unas horas volvería a ver a mi buena amiga. Deseaba que la noche llegara cuanto antes.

Iba a guardar el móvil cuando pensé en mandarle algún mensaje a Marc. Uno que fuera lo suficiente insinuante. Ya que no estaba con él, al menos quería que sus

palabras me alimentasen.

Hola, vaquero, ¿qué tal te va todo? Yo estoy en la playa, en biquini, y mi cuerpo está ardiendo... por el sol..., o quizá no. Me voy a dar otro baño a ver si se me pasa este sofoco.

No podía reprimir la sonrisa. Me imaginaba a Marc leyendo el mensaje y acalorándose por pensar en mi cuerpo. Su respuesta entró con inmediatez.

Letrada, es muy pero que muy mala. ¿Es necesario ser tan descriptiva? Ahora soy yo el que tiene mucho calor, se lo aseguro... ¿¿Vaquero??

Mi sonrisa creció por instantes hasta terminar convirtiéndose en una liviana risa, y volví a escribir.

No era mi intención elevar su temperatura, inspector jefe, creo. Y sí, vaquero, ¿acaso no me cabalga usted?

No había pasado ni un minuto cuando ya tenía de nuevo su respuesta en el móvil.

Por supuesto que la cabalgo todo cuanto puedo, aunque no todo cuanto quisiera o me gustaría. Espero poder hacerlo pronto de nuevo, letrada.

Las manos me funcionaban más rápido que el cerebro, y sin pensar estaban volviendo a escribir.

Yo también lo espero. Deseo una cabalgada de esas en las que usted es todo un experto, profunda y salvaje.

Empecé a sofocarme con lo que estaba escribiendo e imaginé cómo tenía que estar Marc en ese momento, de seguro que tan acalorado como yo.

Letrada, dejémoslo aquí, porque algo en mí ha empezado a cobrar vida, y le puedo garantizar que está muy erguido. Hablamos. Besos húmedos y lentos para aplacar bien todo su calor.

Volví a reír imaginándome a Marc y su incipiente erección. Era una lástima que estuviésemos tan lejos porque yo sabría muy bien cómo mitigar su excitación. De pronto, observé una sombra tapándome el sol que llegaba a mi cuerpo y levanté la cabeza, mi tía me miraba sonriente.

—¿Mandando mensajitos?

—Sí, estaba *whatsappeando* un rato.

—A tu poli, ¿a que sí? —preguntó arqueando las cejas.

—Sí, le estaba contando que estoy en la playa.

—¿Solo eso? No creo que seas tan sosa, seguro que no le has mandado alguno subidito de tono, más picante. —Se sentó a mi lado dejándome muda, haciéndome pensar si la cara me delataba—. ¡Cristina, vamos, que yo también he jugado a eso! ¡Es muy divertido y excitante! —Me dio un sutil codazo en el brazo.

—Bueno, sí, hemos tonteado un poco —confesé.

—¿Y estás segura de que no estás un poco pillada por ese tío?

—¡Otra vez, tía Elisa! —protesté—. Ya te he dicho lo que hay entre nosotros. Los dos buscamos solo sexo y así nos va genial. —Levanté un poco la voz.

—¡Eh!, tranquila, fierecilla —dijo con calma—. Lo que tú digas, es tu vida, tú misma. Pero no te enfades con tu tía, ¿vale?

—De acuerdo, pero tema zanjado, ¿ok?

—Ok, ok —respondió, dándome un fuerte beso.

No sabía qué ponerme para salir esa noche con mis amigas. Coloqué toda la ropa encima de la cama, observándola con atención, como si pudiese hablarme y darme su opinión. Al final me decanté por un vestido corto en color rojo que iba abrochado por delante con una larga cremallera, tan larga como el vestido. Era un poco entallado y me sentaba muy bien, realzaba mis curvas. Como la cremallera era blanca, combiné las sandalias y el bolso en ese mismo color. Me arreglé el cabello y me maquillé un poco, resaltando los ojos más de lo que solía hacerlo. Pintados de esa forma parecían más grandes y el azul de mi mirada me iluminaba toda la cara. Contemplándome en el espejo recordé cuánto le gustaba a Marc el color de mis ojos, cómo me pedía que lo mirase cuando estábamos haciéndolo, cuando alcanzaba el orgasmo. Un sofoco me sobrecogió al recordar cómo vibraba su cuerpo dentro del mío, de qué forma sus jadeos me extasiaban, cuánto disfrutaba de su placer, tanto o más que del mío propio. Intenté sacar todo aquello de la mente antes de alterarme más, ahora iba a salir con mis amigas y debía olvidarme de él por unas cuantas horas. Cogí el frasco de perfume y me vaporicé con él para refrescar un poco mi ardiente piel. Justo en ese momento sonó el timbre de la puerta y miré el reloj, eran las nueve menos cinco, seguro que sería Mari, siempre era muy puntual. Salí corriendo por el pasillo hasta la puerta, y abrí.

—¡Pero, Cristina, estás cañón! —Silbó, mirándome de arriba abajo—. ¡Ven a los brazos de mami, te he añorado mucho!

—¡Hola, Mari, cuánto te he echado de menos yo también! —Nos dimos un largo y cariñoso abrazo.

—¿Qué comes en Madrid para estar tan buenísima? Me voy a ir contigo a ver si se me pega algo.

—Mira que eres exagerada. —Reí.

—¿Exagerada? —Sopló—. Perdóname, pero ¿tú te has mirado al espejo? De verdad, siento una tremenda envidia. ¿Te das cuenta de que hoy no voy a poder ligar con nadie si tú estás a mi lado? ¡No es justo! —protestó.

—¡Vale ya, Mari! ¡Deja de decir tonterías! —me quejé—. He estado contigo siempre que has ligado y no has tenido nunca problemas para hacerlo.

—Bueno, llevas razón —admitió, asintiendo con la cabeza—. Tú estás muy buena, pero yo también tengo mi punto, ¿a que sí?

—Lo sabes de sobra, pero te gusta que te lo diga, que te regale el oído, pícara.

—¡Siempre me pillas! —Chasqueó la lengua—. ¡Anda, dame otro abrazo, Cris! —exclamó, y volvimos a abrazarnos—. Y ahora vayamos a buscar a estas dos y que empiece la noche. ¡Uuuh! —gritó.

—¡Chsss! ¡Guarda tu euforia para después, aquí hay vecinos! Un poco de

seriedad, por favor —dije con gravedad, aunque solo quería tomarle el pelo.

—Lo siento —añadió sorprendida, mientras yo cogía con rapidez el bolso y cerraba la puerta para irnos.

—¿Qué sientes? ¿Gritar? ¡Uuuuh! ¡Uuuuh! ¡Uuuuh! —chillé yo también, y nos echamos a reír las dos como locas, marchándonos con celeridad.

Mari había quedado en casa de Inés para recogerlas a ella y a Julia. Cuando llegamos llamó al portero automático para que bajasen, y en unos minutos aparecieron las dos corriendo hacia mí, con los brazos abiertos de par en par.

—¡Hola, Cris, cuántas ganas tenía de verte! —anunció Inés, echándose en mis brazos.

—Yo también estaba deseosa de volver a veros. No os podéis imaginar cuánto. — Nos dimos dos besos.

—¡A mis brazos, Cris! —Julia me abrazó con fuerza y me besó repetidas veces la mejilla antes de separarse de mí—. Empezaba a pensar que ya no te dejarías caer por aquí.

—¿Cómo puedes pensar eso? Jamás dejaría abandonadas a mis queridas amigas. Es nuestro lema, ¿no te acuerdas? —pregunté sonriendo y mirando a las demás.

—¡Somos las mosqueteras! —gritó Mari—. ¿Y qué decimos? ¡Una para todas y todas para una! —chillamos todas juntas, riendo al terminar.

—Estás espectacular, Cristina —aseguró Inés—. Veo que Madrid te trata bien y me alegro mucho por ti.

—Tú también estás muy guapa. —Asentí.

Y era cierto, Inés estaba guapísima. Tenía un brillo especial en los ojos, pensé que se debería al amor, pero continuaba viéndola distinta y la observé con atención. Inés era alta, aunque no tanto como yo, y delgada. Llevaba el pelo por los hombros, muy capeado y a dos colores, negro azabache y rojizo, y le sentaba fenomenal porque esos tonos resaltaban sus bonitos ojos color miel. Era dulce, tierna y una persona de gran corazón. Siempre había estado muy acomplejada por tener poco pecho y se había pasado media vida diciendo que se iba a poner prótesis de silicona. Y cuando mis ojos llegaron a esa zona notaron al momento que resaltaba más que antes.

—¿Y a ti qué te ha pasado aquí? —Señalé con el dedo sus pechos.

—Que por fin lo he hecho. Me he operado. —Desplegó los labios.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué no me lo has dicho?

—¡Eh, tranquila, Cris! No atosigues a la muchacha. —Mari habló con su característica ironía.

—A los pocos días de irte. Me he operado en un hospital. Y no te lo he contado antes porque pensé que sería mejor que lo comprobases en persona. ¿Alguna pregunta más, abogada? —Usó un tono de burla con la pregunta y empezamos a reír todas.

—No, tonta, he acabado el interrogatorio. —Sonreí de nuevo—. Solo añadiré que te quedan bastante bien, se ven muy naturales.

—Muchas gracias, Cris.

—Bueno, ¿nos vamos a ir o qué? Yo estoy ansiosa porque empiece la noche. — Julia empezó a bailar en medio de la calle.

—Sí, tiene razón —afirmó Mari—. Montad en el coche y larguémonos a disfrutar.

Paramos a comer algo en una hamburguesería de la zona y luego fuimos al *pub* del que me había hablado Mari. El exterior tenía un aspecto espectacular, pero el interior estaba mejor aún. Su diseño era muy moderno y minimalista, cargado de plasmas por las paredes y de lámparas de lava de todas las formas y tamaños. Como era normal al ser el lugar de moda, estaba a tope de gente. Lo que no me pareció tan normal fue el sonido de la música, que era tan fuerte que atronaba los oídos. Sonaba en ese justo instante una canción de uno de mis DJ favoritos: David Guetta. Me encantaba toda su música, estaba llena de fuerza y potencia, transmitía energía y era imposible no contagiarte de ella. Abriéndonos paso como podíamos entre la multitud, por fin llegamos a la pista para bailar un poco. Después de unas cuantas canciones con las que movimos el esqueleto a base de bien, Mari nos hizo una seña para ir a la barra. Todas sin excepción abandonamos la pista un rato; tanto baile nos había levantado calor y resecaado las gargantas, era hora de aplacar nuestra sed. Tras pedir las bebidas, buscamos una mesa para poder sentarnos un rato y hablar; eso sí, a voces si queríamos oírnos. Nada más acomodarnos, Mari se acercó a la cabina del DJ y se puso a hablar con él.

—¿Lo conoce? —pregunté a Inés y Julia.

—Ni idea —contestaron las dos al tiempo.

—Pero ya sabes cómo es Mari —añadió Inés, encogiéndose de hombros.

Al cabo de unos minutos Mari volvió a unirse a nosotras.

—He ido a pedirle al DJ que nos ponga nuestra canción, la de Zenttric. Me ha dicho que en un par de horas, como mucho, la pondrá. Primero tenía que buscarla —explicó con una gran sonrisa—. De paso he aprovechado para ligar con él, está buenísimo. —Bebió de la pajita mostrando una cara picante.

—¡Joder, Mari, al menos tiene diez años menos que tú! —le reprendió Inés.

—¿Y? —preguntó, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Qué es un crío!

—¿Tú sabes todo lo que yo puedo enseñarle, Inesita? Para él seré como una enciclopedia. Él pone todo su vigor, que será mucho, estoy segura, y yo toda la experiencia y el control —respondió, sacudiendo su cuerpo—. Me dan escalofríos de pensar lo bien que nos lo podemos pasar juntos.

—Pero ¿has quedado con él? —pregunté intrigada.

—Por supuesto. Termina a las tres. Me ha dicho que le espere. —Me guiñó el ojo, y nos echamos a reír las dos.

—¿Vas a cambiar algún día? —interpeló Julia, mirándola seria.

—Sí, cuando haya cumplido los sesenta me lo plantearé. —Levantó el vaso para brindar con nosotras, y todas los juntamos al suyo—. ¡Por nosotras, las mosqueteras, otra vez juntas por fin! —Chocamos los vasos y bebimos, mientras Julia no paraba de

negar con la cabeza, desaprobando su comportamiento.

Julia siempre había sido la seria del grupo, la más formal o, como ella decía, el patito feo y la conciencia de la panda. En verdad era una mujer muy normalita: estatura y complexión medias, más clásica que nosotras vistiendo y, sobre todo, más tradicional a la hora de seducir a un hombre. Era la típica chica del montón, que no solía llamar la atención entre el género masculino, a pesar de ser un cielo de persona. Tuvo novio durante cinco años, de aquello hacía casi una década, pero el muy cerdo la dejó por otra y la dañó muchísimo. Fue su primer amor, al que le entregó su corazón, con el que perdió la virginidad, y después él la dejó tirada. Le costó mucho superarlo y desde entonces Julia nunca había vuelto a ser la misma persona.

Nada más terminarnos las bebidas regresamos a la pista de baile. Perdí la noción del tiempo bailando sin parar, hasta que el sudor empezó a angustiarme y el cansancio en mi cuerpo se hizo más que evidente. Me acerqué a Mari y le dije que salía un rato afuera, necesitaba aire, y ella me acompañó para fumarse un cigarro. Solo fumaba los fines de semana, y poco. Como solía decir bromeando, casi por prescripción médica, uno cada ocho horas.

—Bueno, Cris, ahora que estamos un momento solas, ¿qué tal te va todo? Y quiero la verdad —exigió.

—Bien, todo me va bien. —Preferí no contarle aún lo de Javier, aunque antes de irme lo haría.

—¿Has salido de marcha por Madrid durante este tiempo?

—No, eso aún no lo he hecho. Pero me estoy viendo con un tío. —Mi boca lo soltó sin más.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —interpeló perpleja.

—Que tengo un rollo con un hombre.

—Perdona, ¿has dicho rollo? —Sus ojos estaban a punto de salirse de las cuencas.

—Sí, eso he dicho —confirmé—. Pero tranquila, solo es un rollo sexual, nada más.

—Cris, tú nunca has tenido un rollo con un hombre, tan solo echabas un polvo y sanseacabó. Porque un rollo suena a más de un polvo, ¿es así?, ¿es verdad? —preguntó seria.

—Sí, lo es. Es un polvo cada vez que nos vemos, o mejor decir unos cuantos. —Sonreí—. Ese es uno de los cambios que he iniciado.

—¡Joder! ¡Dios Santo, cuánto me alegro! —Me abrazó con fuerza.

—Pero has oído que es solo sexo, ¿no? Ambos estamos conformes con que sea así.

—Pues genial, Cris, pero es un cambio bueno, lo sé, lo intuyo. —Volvió a abrazarme—. ¿Y quién es? ¿Cómo es? ¿Cuéntame, Cris? —demandó acelerada.

—Es guapísimo. Increíblemente guapo, te lo aseguro. —Sonreí de nuevo al recordarlo—. Y es el hermano mellizo de Marta, la pareja de Óscar, ese es el problemilla. —Arrugué los labios—. Por eso lo llevamos en secreto. No quiero que

nadie albergue falsas expectativas con nuestra relación.

—Bueno, es algo solo vuestro, Cris, si los dos estáis de acuerdo, adelante. Pero cuéntame más cosas de él, por favor —suplicó con impaciencia.

—¿Cómo qué?

—Pues por ejemplo si es buen amante. —Me guiñó el ojo con una mirada cargada de picaresca.

—¡Mari! —Mi tono se cargó de reprimenda.

—¡¿Qué?! Soy tu amiga, Cris, y siempre nos contamos todo. No te estoy preguntando cuánto le mide el pene, solo si es bueno en la cama. ¿Qué te cuesta decírmelo?

La miré unos segundos a la cara, estaba llena de expectación y a la espera de mi respuesta.

—Vale, de acuerdo. —Suspiré—. Sí, es buen amante. Muy bueno. Mejor que eso, es superior. —Las comisuras de los labios se me estiraron hasta los extremos—. Se podría decir que juega en una liga avanzada.

—¡Joder! ¿Puedes repetírmelo? Porque... porque no sé si esas palabras han salido por tu boca o me las acabo de imaginar. —Mari me miró patidifusa, sin pestañear, boquiabierta.

—Las has oído, Mari —afirmé—. Disfruto mucho del sexo, Marc lo ha conseguido, con él todo es diferente.

—¿Se llama Marc?

—Sí.

—Bonito nombre, me gusta. —Asintió—. Aunque lo que más me gusta es lo que acabo de oírte decir. Me siento tan feliz por ti en este preciso momento que podría chillar de alegría. —Mari hizo intención de abrir la boca para gritar, pero se la tapé de inmediato con la mano.

—¡No seas loca, Mari, no son horas de chillar en la calle! Son más de las doce, hay gente durmiendo —avisé riendo, mientras mi mano continuaba tapándole la boca—. La voy a retirar despacito y tú no vas a chillar, ¿de acuerdo? —Mari me miró y asintió con la cabeza, y yo le destapé la boca poco a poco.

—¡Joder, Cris, la noticia lo merecía! —expresó con euforia—. Y no merecía un solo grito, sino mil. Y ahora cuéntame algo más, ¡por favor, por favor! —suplicó de seguido.

—Está bien, está bien, te contaré algo más, cotilla —bromeé—. Verás, Marc es distinto de todos los hombres con los que he estado antes, cuando me besó la primera vez fue... No te rías con lo que te voy a contar, por favor, pero yo lo viví así.

—No lo haré, lo juro, pero habla —demandó con ansia.

—Besa de una manera... ¡Madre mía, Mari, jamás nadie me había besado así! Me excitó de inmediato con solo sus besos, llegué a pensar que si continuaba besándome podría tener un orgasmo. ¡Le tuve que detener! —expliqué entre risas.

—¡Guau, vaya beso! —Sonrió con descaro—. ¡Vamos! Que se podría decir que

casi te hizo el amor con su lengua.

—Casi. —Continué riendo—. Me deshizo en su boca. —Suspiré despacio—. Su cuerpo se pegó por completo al mío mientras me besaba y sentí toda su alteración, su deseo, sus ganas de complacerme... Me exaltó por completo, me hizo temblar en sus manos y...

—Para, Cris, no sigas porque me vas a terminar excitando a mí —me interrumpió, a la vez que se abanicaba con la mano—. Yo quiero conocer a ese macizo, lo necesito. Enséñame alguna foto suya.

—La verdad es que no tengo ninguna. —Sacudí la cabeza.

—¿Y para qué tienen cámara de fotos los móviles? Ya le estás haciendo una y enviándomela al momento —me ordenó—. Preciso conocer la cara del tío que ha conseguido que mi mejor amiga sepa lo que es de verdad el sexo, algo con lo que disfrutar hasta perder el sentido. —Desplegó los labios—. Y ahora, por qué no entramos, al final estas nos van a venir a buscar.

—Sí, vamos.

—Pero continuaremos hablando en otro momento sobre ese Marc y su manera de excitarte. —Me guiñó el ojo, y nos echamos a reír de nuevo.

Al entrar fuimos en busca de Inés y Julia, volvimos a pedir algo de beber y nos sentamos un rato a charlar a gritos para poder escucharnos. Enseguida, la vena graciosa de Mari surgió de la nada y empezó a contar chistes. Verdes, como de costumbre, era incapaz de aprenderse otros.

—¡Escuchad, escuchad, este es muy bueno! —nos anunció—. Le pregunta el marido a su mujer: «cariño, ¿cuándo me la chupas lo haces por amor o por interés?» La mujer le responde: «por amor». Y el marido le dice: «pues a ver si pones un poco más de interés, guapa».

Todas nos echamos a reír, aunque, en honor a la verdad, más por su gracia contándolo que por el chiste en sí.

—¡Otro, otro! ¿Cuál es el único momento en que un hombre suplica a su pareja: «Por favor, cariño, no me la comas»? —Todas nos miramos sin saber qué decir, encogiéndonos de hombros—. Cuando juegan al parchís —respondió riendo sin parar.

—¡Qué malo, Mari, para ya, por favor! —Reí con desgana.

—¡Uhhhhh! —Mari comenzó a gritar—. ¡Chicas suena nuestra canción! —chilló, pidiéndonos con las manos que nos levantásemos.

Llegamos a la pista y empezamos a bailar y cantar todas a la vez.

De vuelta a casa contando estrellas,
todo me da vuelta mientras pienso en lo perdidos que estamos.
De vuelta a casa de madrugada,
todo lo que digas y la forma en que lo digas me importa.
Dices otra vez...

Cuando acabó nuestra canción bailamos un largo rato más, hasta que decidimos poner fin a la noche. Eran pasadas las dos y media de la mañana y nuestros cuerpos estaban cansados de tanto moverse. Mari se ofreció a llevarnos a cada una a nuestra casa, luego volvería de nuevo al *pub* a por su yogurín para acabar revolcándose en la cama.

En el coche regresamos cantando nuestra canción de nuevo:

Si no vas a venir avísame pronto
que yo quiero bailar, solo quiero bailar
solo quiero olvidar toda esta situación...

Aún no habíamos terminado de cantarla cuando ya estábamos llegando a mi edificio.

—¡Chsss! Silencio —ordené—. Voy a salir y no quiero despertar a ningún vecino —hablé seria.

Todas callaron cuando Mari paró en la puerta de mi portal. Me despedí de ellas y quedamos para el día siguiente a la una, en el chiringuito de la playa, en nuestro chiringuito, como nosotras lo llamábamos. Abrí el portal y me encaminé hacia el piso. Por el camino me quité las sandalias, no soportaba más los tacones por tanto como me dolían los pies, por no mencionar el resto del cuerpo debido a tanto bailar. Estaba deseando caer en la cama y no despertar, al menos, hasta las doce de la mañana.

Eran casi las tres de la madrugada cuando al fin entré en casa. Según cerré la puerta me di cuenta que había olvidado el fular en el coche de Mari. Siempre solía llevarlo en el bolso cuando salía, a veces, en los locales, el aire acondicionado estaba tan fuerte que la garganta terminaba resintiéndose, y él me remediaba de acabar con afonía. El timbre de la puerta sonó y pensé que sería ella, que venía a traérmelo, así que abrí sin dudar un segundo. Pero nada más lejos de la realidad, no era Mari. La imagen no tenía nada que ver con la de mi amiga y me pilló desprevenida. Mi cuerpo acusó una extraña mezcla de conmoción, asombro, petrificación y anonadamiento mientras admiraba lo que tenía frente a mí. Era Marc. Marc estaba allí. Vestido con su uniforme de policía de arriba abajo, gorra incluida. La visera le tapaba un poco sus preciosos ojos, pero estaba para comérselo. Enmudecí impactada por la maravillosa sorpresa, parecía que solo mi corazón era capaz de hablar de tan fuerte como latía. Creí que saltaría del pecho para que alguien, además de mí, lo escuchase.

—¿Señorita Cristina Marín? —preguntó muy serio. Yo contuve la risa, dispuesta a seguirle el juego.

—Sí, soy yo.

—Traigo una orden de registro. Me deja entrar, por favor.

—Por supuesto, pase —contesté, notando el respeto que daba el uniforme y toda la autoridad que él emanaba vestido de esa forma.

Caminé hacia atrás para no apartar la vista de él ni un segundo. Marc entró, cerró la puerta y me miró fijo.

—Debo registrar su cuerpo muy despacio y con minuciosidad —anunció, adoptando una pose muy policial, firme, un poco abierto de piernas y con los brazos cruzados—. Así que, por favor, desnúdese.

Tras oír las sugerentes palabras con su precioso tono de voz varonil, me excité a la velocidad de la luz. ¡Cuánto lo había echado de menos! Y ahora estaba frente a mí, con su uniforme, regalándome mi fantasía.

—De acuerdo. Lo que usted diga, inspector jefe, ahora me desnudo. Tómese todo el tiempo que sea necesario para efectuar su registro, no tengo ninguna prisa.

Me desabroché de arriba abajo la cremallera del vestido, abriéndolo entero, y lo dejé deslizar por los brazos hasta tocar el suelo. Marc se quitó la gorra y pasó los dedos por el pelo para alborotárselo. Lo miré sin pestañear, admirando lo guapísimo que era.

—Aún no se ha desnudado del todo, señorita —me reprendió.

—Tranquilo, no he terminado. Tan solo he parado un momento para recrear la vista —hablé lo más seria posible.

Me quité con delicadeza el sujetador y se lo lancé casi a la cara, pero él ni se

inmutó, ni el más mínimo músculo de su gesto se turbó, y continuó en su pose policial. A mí, en cambio, cada vez me costaba más aguantar la risa. A continuación bajé las braguitas un poco, lo justo para que se deslizaran por mis piernas hasta llegar al suelo. Dándoles una pequeña patadita las acerqué a sus pies y abrí los brazos.

—Ya estoy desnuda, puede efectuar el registro cuando quiera.

Mis labios esbozaron una pequeña sonrisa, no podía retenerla más.

—Ahora póngase en esa pared —señaló la de enfrente—, levante las manos y apóyelas en ella. ¡Ah!, y las piernas las quiero separadas, debo cachearla, señorita.

Parecía que Marc se había tomado muy en serio su papel de policía e iba a poner en práctica toda la experiencia de su oficio conmigo. Intenté no reír, ese juego estaba resultando muy excitante, y me coloqué tal como dijo. Se acercó a mí con calma y serpenteó ambas manos a la vez, cada una por uno de mis desnudos brazos. Al llegar a mis pechos los cubrió con ellas y suspiró, emitiendo un tenue gemido. Sentir sus manos rozándome la piel hizo detenerse a mi respiración, mi cuerpo no quería ningún movimiento que entorpeciera ese anhelado contacto.

Marc prosiguió por los costados con lentitud, bajando por las piernas hasta los tobillos, subiendo por el interior de las pantorrillas y muslos hasta llegar a mi entrepierna. Una vez allí, posó la mano encima de mi sexo y volvió a suspirar, aunque esta vez con más fuerza. Mi corazón en ese instante dejó de latir en el pecho para hacerlo en el interior de los oídos. Golpeaba tan fuerte, iba tan veloz, que creí tener en el tímpano una banda de tambores aporreando a ritmo de rap.

—¿Y aquí qué tenemos, señorita? —interpeló en mi oído, con un tono tan sexi que consiguió trastornarme todas las células.

—Bueno, según el último hombre con el que me meto en la cama es algo que lo vuelve loco, le crea adicción. Él dice que es su vicio.

—¡Vaya!, eso suena muy interesante —aseguró, acariciando con delicadeza mi intimidad—. Porque de confirmarse que esto es un vicio podría resultar peligroso. Si es capaz de hacer perder la cabeza a alguien igual es dañino, quizá letal —manifestó en un seductor susurro—. A lo mejor tendría que llevarla a comisaría y hacerla pasar una noche en el calabozo por tener algo perjudicial para el género masculino. Sin embargo, hoy me siento generoso, y si usted hace algo para satisfacerme yo echaré todo en olvido. ¿Qué me dice?

—¿Es usted un poli corrupto?

—Si es por su cuerpo, desde luego.

Marc me dio la vuelta y yo le lancé una mirada llena de pretensión.

—Pues corrómpase en él, inspector jefe, es todo suyo —dije ofreciéndoselo.

Marc, con desespero, apresó mi boca con sus labios. Quería demostrarme cuánto placer era capaz de darme tan solo con un beso, y yo peleé tanto o más que él por hacer lo mismo.

—He echado tanto de menos tu boca, tu lengua, tu saliva, todo tu sabor, Cris —me dijo, apartándose un momento de mis labios, uniéndolos con más ganas al acabar

de hablar.

Nos tumbamos en el sofá sin ser capaces de desimantar las bocas por el camino, besándonos como locos, consumidos por la lujuria. Con nuestros cuerpos tendidos sobre la cálida tapicería de muselina, las manos de Marc comenzaron a acariciarme los pechos, despertando a mis pezones con deseo. Los besó con delicadeza, jugó con ellos y se turnó con vehemencia mientras mi cuerpo rugía cual león hambriento. Hambriento de sus caricias, de sus besos, de todo el placer que me daba y del cual llevaba muchos días en ayuno.

—¿Cómo es que has venido? —le pregunté, impaciente de respuestas en medio de toda nuestra fogosidad.

—Almería no está tan lejos de Alicante, y necesitaba verte, no podía estar más tiempo sin tenerte, Cris. No soportaba más no estar dentro de ti, necesitaba una dosis de tu cuerpo.

Marc volvió a besarme deseoso, apretando su cuerpo al mío, estampando su excitación en mi desnudez. Y nuestra pasión me invadió la mente, un cúmulo de ideas se me agolpó desatando en ella una fantasía.

—Para, para un momento, Marc —le pedí.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó extrañado.

—No pasa nada, tranquilo —contesté sonriendo—. Solo que hoy vamos a jugar con mis reglas. La última vez que estuvimos en la cama jugamos a lo que tú quisiste, ¿recuerdas? Ahora me toca a mí. Siéntate en esa silla. —Le señalé una de las del comedor.

—¿Cómo?

—No pregunte tanto, inspector jefe, le gustará mucho lo que tengo pensado, ya lo verá. —Le guiñé el ojo.

Se levantó perplejo, miró hacia la silla y después otra vez a mí. Yo me levanté del sofá en ese instante, indicándole con la cabeza, una vez más, el lugar donde debía colocarse.

—Pero ¿me quito la ropa o continúo vestido? —preguntó, un poco confuso.

—Ni se le ocurra quitarse ese uniforme que tanto me pone. No por ahora. No hasta que yo le diga. Y siéntese de una vez —le ordené, conteniendo la risa que me provocaba ver su cara de desconcierto.

Marc obedeció y se sentó en la silla. Yo me acerqué a él contoneándome, despacio, observando cómo no paraba de subir y bajar la mirada por mi cuerpo, deslumbrado. De forma seductora me puse de cuclillas y comencé a bajarle la cremallera del pantalón sin ninguna prisa. Sus preciosos ojos no apartaban la vista de mí un segundo, estaban expectantes, y yo me sentía poderosa controlando toda la situación y teniéndolo un poco desorientado. Con suavidad, liberé su maravillosa y erecta máquina de placer de su cautiverio. La imagen de ese momento me resultó de lo más erótica; yo toda desnuda, arrodillada frente a él; y él sentado, vestido con su uniforme de policía, asomando solo su erecto y perfecto miembro. Era un momento

excitante. Muy pero que muy excitante. Y fue esa excitación la que me llevó a admirar su maravilloso y erguido miembro con devoción, hasta que mi boca quiso agradecerle su inesperada visita y se entregó a él regalándole unas caricias. Lubrificantes caricias que consiguieron que Marc exhalara el aire fuerte y terminase emitiendo un ruido abrupto plagado de deleite. Degusté su hombría como si nunca lo hubiera hecho, como si fuera la primera vez que la paladeaba. Comprobar cuánto le gustaba sentir mi calidez bucal me sumió en un profundo deseo por complacerlo, me aisló de todo. Perdí el control gozando con la sensación de dominio que me proporcionaba saber que yo era la dueña de su placer en ese instante.

—¡Joder, Cris, me la estás poniendo tan dura que duele! —exclamó entre jadeos. Sonreí con desvergüenza y me puse de pie.

—Entonces tendré que hacer algo para aliviarte, ¿no crees? Un día me dijiste que no te gustaba el dolor.

Colocando las piernas a cada lado de las suyas, le dejé entre medias de mí. Mis manos se agarraron al respaldo e hice intención de sentarme encima de él.

—¡Para, Cris! —mandó—. Tendré que ponerme un condón si quieres seguir, y por lo que veo es lo que pretendes. —Me regaló una preciosa sonrisa.

—No hace falta que te lo pongas si no quieres —contesté. Marc me miró con asombro y yo le expliqué—: Estoy tomando la píldora, soy una chica sana y estoy segura que tú, por tu trabajo, estarás muy controlado y gozarás de buena salud, sexualmente hablando. No es necesario que uses condón salvo que no quieras hacerlo así, claro.

Unos segundos de silencio se apoderaron del ambiente hasta que Marc dijo:

—¿Y por qué no iba a querer? —preguntó sorprendido—. Desde luego que lo estoy deseando, Cris.

Los ojos de Marc me miraron con una combinación de picardía y dulzura, aunque lo que más terminó imperando en ellos fue el ardiente deseo. Posó las manos en mis nalgas y me besó el vientre con fuerza. Volví a sentir la misma sensación que en otras ocasiones, era un beso de agradecimiento, de gratitud. Acto seguido subió la centelleante mirada a mi rostro.

—¡Vaya sorpresa me tenías reservada, preciosa! Jamás lo habría imaginado.

—Aún tengo otra más para usted —añadí, dibujando en los labios una descarada sonrisa. Me estaba encantando tener el mando, llevar las riendas—. Tengo que gratificarle por su inesperada visita, por venir vestido con el uniforme y por montar ese teatrillo solo para complacerme. —Acerqué la boca a su oído—. Si no le parece mal hoy le follaré yo, inspector jefe, ¿quiere?

Marc no dijo ni una palabra, su sonrisa de felicidad contestó de sobra a mi pregunta y solo se mantuvo quieto esperando. Mientras me deslizaba despacio sintiendo su virilidad, la inclusión cálida y candente abriéndose camino en mi interior, pensé cuánto lo deseaba. Sentirlo en mis adentros era una sensación indescriptible. Desde el principio me había hecho desearlo como a ningún hombre.

Desde el principio entendí que era distinto a otros con los que había estado. Desde el principio todo fue diferente con él. Pero ahora, sintiéndole arder dentro de mí, palpitando, sin nada que interfiriera en nuestro contacto, comprendí que Marc era, de forma indudable, mi vía de escape. Más allá, mi droga. Una sustancia narcótica tan atrayente como necesaria para cualquier adicto, mi tentación y adicción. Sentir su ocupación me trasportaba al mejor lugar, me llevaba a alcanzar un buen viaje. Más ahora, notando el contacto directo con su piel. No acertaba a encontrar las palabras para describir mis sensaciones, solo evidenciaba y comprendía que el cuerpo de Marc se había convertido en imprescindible para mí.

Me quedé sentada en sus muslos y jadeamos casi al mismo tiempo, sintiendo la novedosa penetración.

—¡Oh, Cris! —susurró con delicadeza y ardor, alejándome de todos mis reflexivos pensamientos—. Es maravilloso sentirte así, sin que nada se interponga en nuestro contacto, sintiendo tu fogosa humedad abrasarme.

—Sí, es maravilloso —corroboré, aproximando los labios a su boca y besándonos enardecidos.

Marc tomó mis caderas y me empujó más contra él, apretando con fuerza. Nuestra unión era total, completa; estrechándome de esa forma mi cuerpo actuaba casi igual que una ventosa, estaba adherida a él. Tras intentar recuperar el aliento que su beso me había usurpado, apoyé las piernas en los travesaños de la silla, mientras mis manos continuaban en lo alto del respaldo. Paseé la lengua desde su cuello hasta el lóbulo de la oreja y lo chupé, viendo y sintiendo de qué forma se le erizaba la piel y le sobresaltaba un escalofrío. Me sentí victoriosa comprobando que provocaba eso en él.

—¡Oh, preciosa, qué rico! —entonó.

—Sí, ya he notado cuánto te ha gustado. Se te han puesto los pelos de punta —reparé en tono jocosos.

—Bueno, tú me pones todo de punta, pero eso ya lo sabes. —Sonreímos los dos.

Sin que se me borrara la sonrisa del rostro, elevé las caderas, mirando a Marc, golpeándome con vigor una y otra vez contra su cuerpo.

—¡Umm! Si vas a moverte así conseguirás que me corra enseguida. ¡Qué ímpetu! —expresó.

Incitada por sus palabras proseguí moviéndome con la misma garra, sintiendo su cuerpo responder al mío vibrante, fundidos en nuestras ardientes miradas que reflejaban toda la voluptuosidad que emitíamos. El sudor comenzó a resbalar por la frente y nuestros jadeos no cesaban de empañar el ambiente. Un ambiente que habíamos teñido de sexo por completo.

—Sigue, preciosa, golpéate así —jadeó en un gruñido.

—¿Te gusta? —pregunté, sorprendida al escucharlo gemir con tanto placer.

—¡Joder! ¿Tú qué crees? ¡Me estás follando! —contestó exaltado.

Y yo, llevada por la alegría de saber que se lo estaba haciendo bien, a pesar de ser

la primera vez que yo en mi vida practicaba sexo de esa manera, continué cabalgándolo cual caballo salvaje, con una energía difícil de controlar o dominar.

—¡Oh, sí, Cris, estoy a punto! Voy a correrme dentro de ti, preciosa —susurró entre medias de gemidos.

—Sí, hazlo —enuncié, sin desacelerar mi montura que me tenía sobreexcitada.

—¡Sí, sí, no pares! —habló acelerado, a las puertas del clímax.

—¡Dámelo, Marc! ¡Quiero tu orgasmo, lléname con tu esencia! —Le pedí con la respiración más que agitada, demasiado excitada, rozando el vertiginoso y mágico momento de alcanzar el placer.

El orgasmo me arrasó de lleno, devastó mi cuerpo y lo niveló a la cota más alta del deleite, una altitud donde mis ojos sintieron ganas de derramar lágrimas por tanto gozar. Marc se sujetó con brío a mis caderas y convulsionó en un mar de fuertes, roncós y ásperos gemidos. Noté la calidez de su orgasmo en mi interior, se había derramado en mí, me había llenado de él; y sentir esa novedad inundándome me hizo jadear mientras él se abrazaba a mí con fuerza, sin parar de temblar.

—¡Ha sido maravilloso, Cris! —comentó al cabo de unos segundos, alzando la mirada hacia mí—. Maravilloso de verdad.

—Gracias. —Sonreí, agotada.

Marc me observó con una mirada que oscilaba entre la ternura y el placer.

—¿Sabes?, es la primera vez que una mujer logra que tenga un orgasmo de esta forma, sin tener que moverme ni un segundo —habló con satisfacción—. Pero tú lo has hecho a la perfección, me has follado de forma sublime, Cris.

—Pues gracias de nuevo —respondí, sin perder de vista su precioso iris verde, sintiéndome ganadora de una batalla en la que no tenía la menor idea de cómo combatir, pues jamás lo había hecho antes, pero en la que había salido victoriosa.

—Me encanta hacerlo contigo, cada día más.

—A mí también me ha gustado mucho, y debo admitir que cada vez me gusta más.

—Y me ha fascinado hacerlo así, Cris, sin preservativo. Porque una parte de mí está dentro de tu increíble cuerpo —reveló con orgullo—. ¿No lo has pensado? Yo sí. Yo pienso que he hecho lo que tú me has pedido y en este momento toda mi esencia está dentro de ti. Te he llenado de ella, te he entregado mi semen.

Marc me besó con dulzura en los labios y mis mejillas notaron un repentino calor gracias a su última frase.

—¿Te da vergüenza? —Me miró sorprendido.

—¡No! ¡Qué dices! —contesté, sin saber qué excusa poner.

—Sí, te da vergüenza. —Asintió—. ¡Oh, me encanta sacarte los colores! Lo voy a hacer más a menudo —habló con perspicacia, y en ese preciso instante su mano me acarició el sexo. Temblé ante el anhelado contacto.

—¡Oh, Marc! —Apoyé la cabeza en su frente.

—Voy a hacer que sientas vergüenza de tanto gozar, por tantos orgasmos como

voy a proporcionarte, Cris —explicó—. Quiero que vayas preparando el siguiente, quiero que tengas ración doble de placer. He echado mucho de menos tu cara orgásmica y verla una sola vez me ha sabido a poco, quiero más. —Marc me besó con desespero, como un loco, con hambre voraz su lengua.

Sus expertas y delicadas caricias me trabajaron a la perfección hasta hacerme emitir un fuerte gemido, prueba irrefutable de la llegada del orgasmo. Marc me miraba embelesado mientras me deshacía entre continuos espasmos y escalonados jadeos, teniendo aún dentro de mí su maravillosa máquina de placer ocupando mi cuerpo. Sus fibrosos bíceps me abrazaron hasta notar como la relajación volvía a mí, y reposé la cabeza en su magnífico pectoral, vestido todavía por el uniforme, me sentía debilitada.

—¿Te ha gustado mi cara orgásmica? —susurré, después de un largo lapso de silencio.

—Ha sido genial, Cris, eres maravillosa —aseguró levantándome la cabeza—. Gracias por regalarme todos tus orgasmos —subrayó, y nos volvimos a besar.

Envolvimos las bocas en gratitud, llenos de un glorioso placer nuevo y desconocido para nosotros: el contacto piel con piel.

—Ahora se podría decir que es usted un policía satisfecho ¿verdad?

—Sí, muy satisfecho —contestó riendo.

Me levanté de encima de él despacio, con las piernas algo temblorosas. Marc se puso en pie y abrazándome por la cintura volvió a besarme con ganas. Cogidos de la mano, yo desnuda y él vestido con su uniforme policial, nos marchamos al baño para darnos una ducha, ambos la necesitábamos.

Mientras nos secábamos, Marc me contempló y sonrió.

—¿Qué te hace gracia? —le pregunté.

—No es gracia, es satisfacción —aclaró—. Jamás había hecho esto, Cris. Me refiero a practicar sexo sin usar condón, y me ha encantado.

—Para mí también ha sido la primera vez —admití.

—¿De verdad? ¿He sido el primero en eyacular dentro de ti?

—Sí, de verdad —confirmé.

Marc ensanchó la sonrisa.

—Pues me alegra mucho saber que los dos hemos compartido algo nuevo.

—A mí también me alegra. —Nos besamos con dulzura.

—¿Y sabes qué más me ha encantado? Escucharte pedir mi orgasmo de esa forma, pidiéndome mi esencia, o lo que es lo mismo, mi semen. —Perfiló una sonrisa cargada de picaresca. Yo noté ruborizarse a mis mejillas una vez más al escuchar la palabreja—. ¡¿Oh, de nuevo te sonrojas?!—

—¡No! —respondí mintiendo.

Marc me observó de hito en hito, clavándome su verdor que tanto me gustaba, esperando que le revelase la verdad.

—Bueno... sí —reconocí, pero con inminencia añadí—: No sé ni por qué he soltado eso.

—Por pura excitación, Cris, es algo natural —puntualizó, fraguándose en su cara una débil sonrisa—. Las personas se excitan con las caricias, los besos, las palabras... Y cuando se está muy excitado no se piensa, las cosas brotan por sí solas. Eso es lo que nos ocurre a los dos cuando estamos juntos, la excitación es tan fuerte, tan enorme, que no pensamos, todo fluye con la única idea de darnos placer y satisfacernos. Con nuestros bocas, con nuestras lenguas, con nuestras manos, con nuestros sexos y, por supuesto, con nuestras encendidas palabras. Además, no has utilizado una palabra vulgar, sino una muy bonita: *esencia*.

—Llevas razón, en esos momentos perdemos toda cordura —contesté, sin perder de vista sus preciosos ojos, a la vez que pensaba que con Marc me brotaban cosas que nunca creí que habitasen en mí.

—Y esa es la mejor parte, volvernos locos para darnos placer. —Acercó su boca a mi oído. La pegó tanto a mi piel que nuestras mejillas se rozaban—. ¿O a ti no te gusta escucharme decir lo que te digo? Cuando te hablo de que quiero estar dentro de ti, de que mi ansioso miembro desea llenar tu húmedo rincón, el lugar de mis delicias, cabalgarte sin parar, hacer que te corras gimiendo como una loca, follarte hasta caer rendido.

—Por supuesto que me gusta —convine, sintiendo la excitación crecer en mí, tanto por sus palabras como por la inflexión de su voz al decirlas.

—Y ahora puedo añadir algo nuevo a mis palabras, Cris. Ahora puedo decir que quiero follarte hasta llenarte de mí, hasta inundarte con mi esencia, hasta darte la última gota de mi semen.

Las manos de Marc comenzaron a acariciar con sutileza mi monte de Venus, su boca a besarme el cuello y mi cuerpo a temblar de pasión.

—¿Te gusta que te diga eso? —susurró, con una cálida melodía saliéndole por la boca.

—Sí, me gusta. —Mi voz sonó temblorosa, de nuevo estaba tomada por el deseo y la lujuria.

—¿Quieres que esté toda la noche llenándote? ¿Qué me vacíe una y otra vez en ti? ¿Lo deseas tanto como yo, Cris? —preguntó, acariciándome el tímpano con su timbre seductor y lascivo.

—Sí, te deseo dentro de mí a todas horas —musité, apenas me salía la voz por el alto grado de excitación que contenía.

—Te has puesto húmeda, ¿a que sí? —interpeló, sumergiendo la mano en mi sexo con la mirada encendida.

—Mucho —bisbiseé.

—Así te quiero toda la noche, Cris, excitada, muy húmeda —runroneó de forma

sensual.

Volvimos a besarnos con ansia, poseídos, y mientras los besos nos enardecían, nuestros cuerpos se chillaban que deseaban más, ni tan siquiera habíamos mitigado un poco las ganas. En medio de nuestra pelea por ver quién se bebía a quién a lametazos, mi inusual codicia tiró de Marc hasta la habitación.

Con las bocas enredadas entramos en ella, comiéndonos como nunca. Empecé a besarle el cuello, a recorrerlo con los labios mientras aspiraba el magnífico aroma que su piel desprendía; era deseo lo que rezumaba, puro deseo. Mis manos acariciaban los músculos de su torso, se recreaban en ellos, pero mi boca sintió envidia de lo que percibían las palmas y la lengua terminó recorriéndolo al completo, sin parar de temblar al sentir la firmeza de su pecho. Marc, en reacción a mis caricias, emitía unos sonidos de placer que me conmovían, me exaltaban. Estaba gozando tanto escuchándolos que deseé tenerlo dentro de mí otra vez.

Al terminar de saborear su cuerpo me metí en la cama e intentando frenar al azote de mi deseo le ordené quedarse quieto donde estaba. Me senté en medio de esta, abrazándome las piernas y con la cabeza reposando en ellas. Así lo observé un rato, fija en aquel increíble hombre cincelado con tanta perfección. Y entretanto las retinas no se cansaban de admirarlo, mi mente pensó en lo afortunada que había sido al encontrarlo. Marc era el hombre perfecto para mí. Un hombre con experiencia que resultaba ser todo un maestro en la cama y con la única idea de practicar sexo. Sin más pretensión que dar placer y disfrutar. Justo lo que yo quería y deseaba, pasar unos buenos ratos, nada más.

—¿Va a dejarme entrar en la cama o solo va a mirarme desde la distancia? —preguntó acercándose a ella, apoyando las manos en el colchón.

—Aún no le he dado permiso para entrar, inspector jefe —contesté seria.

—¿Quiere que traiga una orden judicial para entrar en su cama, letrada? —Se acercó a mí.

—¡Oh, Oh! Con la autoridad hemos topado.

—Eso parece —afirmó orgulloso, separándome los brazos y piernas para hacerse un hueco entre mi cuerpo—. Si quiere disfrutar me tendrá que tener a su lado, o encima, o debajo. Como usted prefiera, letrada, yo me amoldo a todo —declaró con sagacidad.

Su boca comenzó a perderse por mi cuerpo, a recorrerme entera erizándome la piel, hasta que por fin decidió concentrarla en un solo lugar: mi sexo.

—No sabes cuánto he echado de menos tu lengua, Marc —musité entre gemidos, palpitando con su sedoso y experto contacto.

Marc, alentado por las palabras que acababa de escucharme, se entregó con mayor energía, regalándome unos latigazos de placer que me hacían temblar de gusto. Y con esa implacable intensidad el orgasmo llegó con rapidez. Pero escuchar y sentir mi placer no le frenó la boca, que continuó trabajándome incesante. Mis jadeos se hacían interminables, el placer se desbordaba de mi cuerpo, me costaba respirar y

pensé en suplicarle parar un momento, no sabía si podría soportar aquel culmen de deleite que me embargaba.

—Marc, por favor... —hablé con la voz ahogada.

Justo entonces, cuando escuchó mi falta de aliento, la súplica del deseo deslizándose por mis labios, subió la intensidad del contacto y yo creí morir de placer. Los jadeos se pisaban unos a otros, el cuerpo se me retorció, pensé que me rompería al alcanzar el clímax y en segundos exploté en otro orgasmo, en medio de innumerables sacudidas.

—¡Esto es una locura! ¡Uff! —Resoplé con la respiración descontrolada, desacompañada, y mi cuerpo rendido y agotado, pero estaba encantada.

Marc me había acostumbrado a un sexo en el que se sumaba un orgasmo tras otro sin tiempo entre medias para reponerme. A momentos hasta creí que no podría superar tanto placer. Aunque mentiría si no dijera que aquella vehemencia en nuestros encuentros me fascinaba y se había convertido necesaria en mi vida.

—Bueno, has dicho que echabas de menos mi lengua y he querido que la recordases bien, nada más —comentó—. Sabes que me encanta provocarte orgasmos. ¿Te parece una locura? —me preguntó.

—Sí, es una locura. —Lo besé, y de inmediato apostillé—: Una bendita locura con la que has conseguido que recuerde tu lengua a las mil maravillas. No podrías haberlo hecho mejor.

—Siempre se puede hacer mejor todo, ya te lo dije en una ocasión. —Besó la punta de mi nariz.

—¡Si es mejor que esto no sé si lo resistiré! —Reí, y Marc me acompañó en la carcajada. Después se quedó serio, observándome.

—Eres tan guapa, Cris —dijo sin apartar la vista de mi cara, metiendo los dedos entre mi cabello.

—Bueno, tú tampoco estás mal —añadí con ironía.

—Gracias por tu cumplido, pero no hay punto de comparación. Tú estás tan buena que podría comerte, y te lo puedo demostrar —afirmó, empezando a darme pequeños mordisquitos por el cuello a la vez que emitía onomatopeyas para hacerme entender cuánto le gustaba.

—¡Para, para! —grité entre risas—. Si tienes hambre hay comida en la cocina.

—Solo estoy hambriento de ti —advirtió, volviendo a sus mordisquitos.

—¡Para, loco! —clamé, sin poder dejar de reír.

—¿Quieres que pare? —Me miró desafiante.

—Sí.

—¿Quieres que pare del todo? ¿No quieres disfrutar más? —susurró con su habitual voz seductora.

—Quiero que pares de morderme, pero no quiero parar de disfrutar contigo.

—Entonces mejor será continuar con lo nuestro. Prosigamos en busca de sexo, letrada —anunció, encajando las caderas en mi cuerpo.

Volví a sentir mi profundidad colmada de él y me quedé sin respiración. Ahogué un elevado grito, alzando un poco el cuerpo en un puro acto reflejo repleto de placer.

—¡Oh, Cris! Me encanta percibir cómo respondes cuando te penetro, preciosa. Lo haría a todas horas solo por sentir tu réplica.

—Y a mí me encanta sentirte así, mucho, de verdad —susurré.

—Dime qué quieres que te haga, Cris —me pidió casi en un ruego—. Cuéntamelo esta vez tú a mí —bisbiseó en mi oído.

—Quiero que te muevas, Marc, que golpees tu cuerpo contra el mío sin parar, fuerte. Quiero que me vuelvas loca de placer y que tú también pierdas la cordura. Y quiero que empieces ya, porque si te mantienes de esta forma, dentro de mí pero sin moverte, no podrás vaciarte como querías ¿no? —pregunté de forma burlesca, haciendo equilibrios con el ansioso deseo que sentía por comenzar.

—Eres muy perspicaz y yo muy obediente —enseguida elevó mis caderas con las manos, buscando el ángulo con el que darme más placer—, así que voy a darte lo que quieres, voy a llenarte de nuevo de mí.

Mi cuerpo se derretía solo con notarlo en mi interior, apretado en mí, ocupándome toda. Pero cuando Marc empezaba a moverse, como acababa de hacer, con fuerza y constancia, curvándose la columna con cada vigorosa embestida, me deshacía entera de placer. Esta vez Marc intercaló los movimientos con giros de caderas y arremetidas briosas que friccionaban ese punto de mi interior que tanto gusto me producía y que me hacía perder la razón. Una vez más sentía tanto placer que no sabía si podría soportarlo o moriría de gusto con el orgasmo que se estaba formando en mi interior.

—Estoy a punto de llenarte —dijo con la respiración entrecortada.

—Sí...

—¡Mírame a los ojos y córrete, Cris! —habló autoritario.

El clímax, ese aliado que se había unido a mí poseyéndome con mucha frecuencia, me hizo vibrar mirándome en los preciosos ojos de Marc. Me magnetizaron, me perdieron en su increíble dominio en medio de jadeos y suspiros que ascendían a mi cuerpo deleitándolo. Marc prosiguió su pujanza, sin apartar su verde mirar y con la cara desfigurada a las puertas del placer. Me sobresaltó con un duro empellón, con él sentí cómo vibraba y cómo se vertía de nuevo en mi interior jadeando, emitiendo unos ruidos secos y broncos tan fuertes que temblé en sus manos escuchando su orgasmo. Toda la piel se le erizó por completo, y echando la cabeza hacia atrás exhaló fuerte.

—¡Joder, Cris, si proseguimos así no sé si sobreviviremos el fin de semana! —exclamó corto de aliento.

—¿El fin de semana? ¿Tienes libre el fin de semana? —La alegría me embargó.

—Sí. Todo el fin de semana libre y para nosotros. —Sonrió.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Creo que me lo merezco después de tanto trabajo. ¿No estás de acuerdo? —

Acarició mi nariz con la punta de la suya y me besó en la barbilla.

Le cogí la cara y lo besé con fuerza, llevada por una euforia excesiva, buscando una vez más su cálido gusto. Ese dulce sabor del que no me cansaba nunca, del que no podía saciarme, pero que siempre era enardecedor.

—Cris, necesitamos un descanso, ambos lo sabemos. Tenemos mucho tiempo por delante para seguir disfrutándonos, preciosa —declaró al separarse de mis labios. Yo lo miré sin pestañear—. ¡Oh!, cuando me miras así me llegas a asustar. No sé qué pasará por tu cabecita, pero me da miedo.

—¿Miedo?! ¿Miedo de qué? —pregunté confusa.

—De ti, de tus ansias, de no poder satisfacerte como tú quieras... —Soltó un suspiro—. Cris, eres mucha mujer —afirmó—. No quiero decir que yo no esté a la altura, pero a veces, cuando me desafías con esa mirada, me asaltan las dudas.

—Estás de coña ¿verdad? —inquirí con estupor.

—No bromearía con algo así. ¿Acaso tú sí? —Me contempló serio.

—No, desde luego que no, pero ese no es el caso —observé, y proseguí—: Mira, Marc, te garantizo que eres el mejor amante que he tenido. Bueno, suponiendo que a los otros les pueda llamar amantes —maticé—. Te confesaré que nunca he echado un polvo dos veces seguidas con el mismo tío, jamás, eso solo lo he hecho contigo. Y con todos juntos, te puedo asegurar, no he sentido ni la mitad del placer que tú sabes darme. Eres un amante espectacular, y sé de sobra que lo sabes, no trates de negármelo. —Sonó a reproche.

—No he dicho que no sea buen amante, siempre intento satisfacerte al máximo —se apresuró en contestar—. Pero hay momentos en los que me pregunto si lo consigo todas las veces.

—Por supuesto, no lo dudes ni un segundo. Nunca, Marc.

Un silencio se instaló entre nosotros mientras soportábamos las miradas.

—¿Y por qué conmigo has continuado viéndote y con los demás no? —La voz de Marc terminó rompiendo el mutismo.

—Por eso, porque eres un amante maravilloso y me has creado adicción —confesé sin pensar—. Eso no me había pasado nunca con un hombre, Marc, jamás. —Lo miré callada, con una idea pululándome por la cabeza—. Pero... yo también podría hacerte a ti la misma pregunta, ¿sabes? A mí también me suscita interés saber por qué conmigo has querido seguir viéndote y a las demás ni siquiera les has dado tú teléfono.

—Muy fácil —respondió con seguridad—, porque tú dejaste claro desde el principio que no querías una relación, solo buscabas placer, como yo, y eso me tranquilizó —explicó—. No me gusta la presión que supone una relación cuando no le puedes ofrecer el tiempo que se merece. Eso no es justo para ninguna de las partes, lo he visto en compañeros de profesión. Por eso decidí volcarme solo en mi trabajo, y cuando tenía tiempo libre salía a desfogarme sin ninguna otra pretensión.

—¿Y te desfogabas mucho? —Mis labios perfilaron una pícaro sonrisa.

—Todo cuanto podía. Ya te dije que no soy ningún estrecho —contestó entre risas.

—¿Otra vez te ríes de mí con eso?

—Nunca me río de ti, sino contigo, preciosa.

Marc metió las manos entre mi pelo y yo lo empujé hasta la boca para besarlo una vez más, con ansia, como si llevara años sin hacerlo. Cuando se separó de mis labios, sin apenas aliento, volvió a mirarme y me besó en la frente.

—Me encanta estar dentro de usted, lo juro, pero creo que en este momento tengo que abandonarla, letrada —dijo echándose a un lado.

—¿Nos refrescamos un poco con una ducha?

—Es una idea excelente, Cris. Adelántate a mí, en unos minutos voy. —Me guiñó el ojo.

Una vez aseados y frescos regresamos a la cama y comenzamos a hablar, tumbados el uno frente al otro. Marc se entretuvo recorriendo mis curvas con las yemas de los dedos; yo, entretanto, trazaba círculos en sus maravillosos pectorales, tan solo por el placer de sentir sus prietos y fibrosos músculos en mi piel.

—¿Llevabas mucho esperándome? —le pregunté.

—Una hora más o menos.

—¿Cómo sabías mi dirección?

—Soy poli, tengo mis métodos. Y esta vez no es una broma —contestó, dejándome boquiabierta—. Letrada, cierre la boca o se la cerraré yo con la mía. —Estiró los labios.

—Gracias por la sorpresa y por venir con tu uniforme, me ha gustado mucho. Además, te sienta mejor este que el de gala, estás más irresistible todavía.

—Me alegro de que te haya gustado y de haber sido el protagonista de una de tus fantasías.

—Yo también. Y, cambiando de tema, ¿te apetece comer? Antes me pareció que tenías hambre. —Solté una pequeña carcajada—. ¿Quieres que te prepare un sándwich? Comer algo te vendría bien para reponer fuerzas.

—Es una idea fantástica porque tengo mucha hambre. —Besó mi barbilla—. Me has abierto ese apetito también.

Salimos de la cama y me vestí con una camiseta larga. Abrí el cajón de mi ropa interior en busca de unas braguitas y en ese preciso instante Marc se acercó a mí y me abrazó por la espalda.

—Letrada, creí haberle dicho que cuando esté conmigo no le hacen falta las bragas, y usted pudo comprobar cuánta razón llevo. A menos que busque que se las vuelva a romper una y otra vez, ¿quiere eso?

Volteé la cabeza para verle bien de frente. Por la mirada de Marc, en ese momento, corría una pizca de malicia que le hacía aún más sexi.

—De acuerdo, yo no llevaré braguitas, pero usted tampoco se pondrá sus seductores bóxer. Igualdad, inspector jefe —hablé con firmeza.

—Lleva toda la razón, es cierto, igualdad —corroboró—. De modo que yo vestiré igual que usted, solo con una camiseta, sin nada más. Estaremos casi desnudos mientras estemos fuera de su cama para que a la vuelta no perdamos mucho tiempo en arrancarnos la ropa, ¿le parece bien? —susurró en mi oído, y acto seguido pasó su fogosa boca por mi cuello, a la vez que me acariciaba los pechos por encima de la camiseta.

—Marc, para y vamos a comer algo, por favor...

—De nuevo lleva razón, letrada —convino—, comamos algo y después

continuemos.

Me giró y me acercó a su preciosa cara, al mismo tiempo que sus juguetonas manos bajaban despacio hasta mi desnudo culo, provocándome con unas sugerentes caricias.

—Es maravilloso tener esta facilidad para poder meternos mano, ¿no te parece, Cris?

—¿Quieres calentarme otra vez?

—No, te equivocas. —Negó con la cabeza—. No quiero que te enfríes en ningún momento, que es distinto. Y vamos a comer algo o empezaré a comerte a ti y a tu fantástico culo hasta empacharme —dijo, adelantándose a mí.

Observé el precioso trasero de Marc, a medio tapar por la camiseta, mientras caminaba en dirección a la cocina. No pude resistirme en darle un pequeño cachete en él y, sin dudarlo, le solté un manotazo y me adentré veloz en la cocina. Unos segundos después Marc entraba con cara de asombro.

—¡Uf, letrada! Eso me ha pillado desprevenido, pero lo tendré en cuenta cuando coja su precioso culo y no pienso tener piedad con él, acuérdesese.

—Eso será si yo dejo que vuelva a cogerlo. —Le desafié con la mirada.

—Está claro que es guerrera, ¡eso me encanta! —Me tiró un beso, y yo sonreí.

Prepararé un par de sándwiches semidesnuda y pensé que nunca en mi vida había hecho algo semejante. Volví a mirar a Marc que estaba apoyado en la isleta de la cocina y mis ganas por él se despertaron con fuerza, al instante. Intenté calmar la libido para que no notase mi alteración, para que no fuera evidente que mi hambre no era de comida, sino por su cuerpo, y acerqué a la mesa los sándwiches.

—Si vienes a pasar el fin de semana habrás traído más ropa que el uniforme ¿no?

—Por supuesto. El uniforme era solo para usted, letrada. Abajo, en el coche, tengo la maleta. Mañana la cogeré.

—Has acabado antes de lo previsto. Me dijiste que por lo menos no volverías hasta el lunes.

—Sí y no. —Suspiró—. El curso de la investigación ha cambiado y eso me ha permitido ausentarme un máximo de cuarenta y ocho horas. Pero tengo que volver a Almería el domingo por la tarde. Mis ganas de verte han hecho que moviera algunos hilos para poder estar aquí.

—¿Lo sabías ayer cuando te mandé los *whatsapp*s? —Admiré sus hermosos ojos.

—Sí, pero era una sorpresa. —Calló un momento, mirándome serio—. Y hablando de los mensajes, estoy muy cabreado con usted, letrada. ¡Cuánto le gusta jugar a ser una chica mala conmigo!

—¿Yo mala? No sé por qué lo dice. —Me contuve de reír.

—¡Oh, sí lo sabe! —Asintió—. Lo que no sabía es que en ese preciso momento estaba en una reunión. Las palabras de esos mensajes consiguieron, una vez más, darle alas a mi amiga, que era justo lo que usted pretendía. Me vi obligado a alargar un poco más la reunión con estupideces, para que cuando me levantara nadie pudiera

notar nada extraño. Me entiende, ¿verdad? —Su boca trazó una leve sonrisa.

No pude más y comencé a reírme a carcajadas, imaginándome esa escena en la mente. Veía al pobre de Marc allí, sentado, esperando que la excitación se relajase para no ser patente, sin poder conseguirlo tan rápido como él quería y hablando de cosas sin sentido para no tener que levantarse aún.

—Lo siento —hablé entre risas—. No era mi intención.

—¡Oh, sí lo era! No mienta o le crecerá la nariz como a Pinocho. —Empezó a reír él también—. Y me gusta, de veras, me encanta que me provoque, pero lo hizo en el peor momento, en el peor de todos —aseguró.

Lo observé un momento, borrando de mis labios toda sonrisa, poniéndome seria.

—¿Te cuento un secreto para que te sientas mejor?

—Desde luego. Soy todo oídos.

—Yo estoy siempre excitada cuando estoy contigo. Y también me ocurre cuando escucho tu voz por teléfono e incluso cuando leo tus *whatsapps*. No sé cómo lo haces, Marc, pero lo logras.

—¿Eso es cierto? —preguntó, con un brillo especial de ojos.

—Tan cierto como que el sol sale todos los días, aunque a veces las nubes nos impidan verlo.

—Lo bueno es que a usted no se le nota como a mí, letrada. Juega con ventaja.

—Cierto. Solo lo noto yo. Noto el calor recorriendo mi cuerpo y la excitación en mi interior, pero altera todos mis sentidos, se lo puedo asegurar.

Marc se quedó callado, en silencio, sin dejar de mantener su brillante mirada en mí.

—Ven aquí. —Me indicó con las manos que me sentara en sus piernas.

Obedecí y Marc se abrazó a mí, posando la cara entre mis pechos.

—Así que, según dices, ahora estás excitada.

—Un poco, sí.

—¿Puedo comprobarlo? —preguntó, mientras su mano ya empezaba a deslizarse con lentitud por entre mis muslos.

—Claro —contesté, y la mano de Marc no tardó ni dos segundos en sumergirse entre mis piernas.

—¡Umm, Cris!, es cierto, preciosa. —Su voz se encharcó de deseo—. Me encanta sentir tu excitación. Eres tan fogosa que no sé si voy a lograr complacer del todo a tu cuerpo algún día o moriré antes en el intento.

—¿Yo te complazco a ti totalmente? —interpelé expectante.

—Durante unos segundos lo consigues de pleno, aunque luego vuelvo a estar tan deseoso de ti como al principio.

—Pues eso me pasa a mí, Marc. Me llenas, pero nunca me sacias.

—Qué te parece si lo volvemos a intentar antes de dormir. —La excitación brotaba de nuevo por su cuerpo.

—No esperaba menos de usted, inspector jefe. —Le guiñé el ojo.

Regresamos a la cama comiéndonos la boca por el camino, enardecidos una vez más tan solo por oír nuestras palabras e imaginar lo que estábamos a punto de repetir.

—Tumbate boca abajo, Cris, por favor —me solicitó—. Quiero besar toda tu espalda y tu precioso culo. Llevo mucho tiempo sin saborearlos.

Obedeciendo una vez más, hice lo que Marc me sugirió, y su boca me recorrió toda la espalda. Cuando llegó a las nalgas me alzó, dejándome de rodillas, exponiéndole todo mi trasero.

—Así puedo besarlo mejor y admirar lo maravilloso que es —susurró.

Mientras lo besaba, su mano comenzó a acariciar mi íntimo rincón con gran dominio. Otra vez Marc me preparaba para él y yo estaba entregada por completo a la causa.

—Me gusta tanto sentirte así, Cris, excitada y húmeda, siempre dispuesta para mí. Eso me pone muy cachondo —enunció con un tono muy sexi y cálido. Un timbre de voz que me hizo gemir de placer—. Eso es, disfruta, preciosa, tus jadeos me ponen a cien.

Noté cómo mi cuerpo se preparaba otra vez para trepidar de placer, pero Marc, de pronto, bajó el ritmo hasta parar, dejándome confundida.

—¿Qué ocurre? —Me giré para verlo.

—¿Ansiosa por llegar al fin? —Sonrió con picardía.

—¿Bromeas? —Le pregunté desorientada.

Marc echó para atrás mi cuerpo, que quedó de rodillas, con la espalda pegada a su pecho y la cabeza recostada en su cuello.

—Nunca bromeo cuando estoy contigo en la cama.

De nuevo su mano emprendió las caricias en mi intimidad con persistencia, mientras la otra hacía lo propio en uno de mis pechos.

—Sé que quieres tu fin, tu orgasmo, pero ¿cuál es nuestro fin, Cris? —preguntó en mi oído, volviendo a moderar sus caricias, algo que hacía subir y bajar a mi excitación trastornándome por momentos. Cuando estaba a punto de traspasar la barrera del placer, la que me llevaba a disfrutar al máximo, Marc, una vez más, aminoró la cadencia, dejándome con ganas de alcanzarlo.

—¿Qué fin? —pregunté, posando mi mano encima de la de la suya con la intención de que elevase las caricias y con ello llegara mi placer. Pero Marc me la apartó de inmediato, llevándosela a mi pecho, acompañando a su otra mano.

—Sabes a lo que me refiero, contéstame, ¿cuál es nuestro fin, preciosa? ¿Crees que es follar?

—Sí, por supuesto.

Con mi respuesta Marc elevó el ritmo de la mano de inmediato. Mi cuerpo vibró y mi sexo palpité ansioso, necesitaba alcanzar el clímax.

—Follar como locos, ¿crees que ese es nuestro único fin?

—Sí, sí —respondí agitada.

Temblaba por el compás lleno de frenesí al que Marc me estaba sometiendo, por

esa forma de complacerme que cada vez que se aceleraba me hacía trepidar.

—Eso es, vibra, tiembla, Cris. Me encanta sentir esas convulsiones en mis manos, en mi boca, en todo mi cuerpo. Y sobre todo cuando estoy en tu interior, follándote como un loco para que tú estalles de placer. Vamos, regálamelo, córrete para mí, empápame los dedos con tu satisfacción, preciosa —susurró con los labios pegados a mi oreja.

Exploté en un inmenso orgasmo. Aquella forma de complacerme, de subir y bajar el ritmo de las caricias, de explicarme con voz sensual, de contarme cuánto le satisfacían mis vibraciones me hizo alcanzar un placer inconmensurable, memorable. Mis gemidos pasaron a ser gritos suaves cargados de tantas sensaciones, de tanto placer a la vez, que las réplicas de los espasmos no paraban de sucederse, era algo indescriptible. Hasta me llegó a asomar por la mejilla una lágrima. Una lágrima cargada de felicidad, superada por una vorágine de plenitud que henchía mi cuerpo.

—¡Vaya orgasmo, preciosa! —Silbó—. Un poco más y consigues que yo te acompañe en él con solo ver cuánto has disfrutado. —Ladeó mi cara para besarme y contempló la lágrima que surcaba en ese instante mi mejilla—. ¡Eh!, ¿qué pasa? ¿Lloras? —Su gestó se tornó a incertidumbre.

—No, tranquilo, tan solo es una lágrima de puro placer. ¡Ha sido alucinante! —respondí con celeridad.

—¡Ah, vale! Por un momento me has asustado —explicó, enjugándola con su pulgar—. Creí que te había hecho daño o no sé...

—No seas tonto, Marc, siempre eres muy delicado. Salvaje, pero con control absoluto. Algo muy complejo de conseguir, aunque, está claro, que tú tienes muy bien medido y controlado. —Lo besé con pasión.

—Bueno, no te creas... —contestó nada más separarse de mi boca—. A veces me haces perder la cabeza de tal manera que me asusta dejar de tener ese control. No quiero hacerte daño, Cris, ni nada que tú no desees, jamás. Tan solo quiero que disfrutes.

Miré a Marc con los ojos cargados de emoción. Él nunca comprendería el alto poder reparador que sus palabras habían suscitado en mí. Escuchar de su boca «no quiero hacerte daño, ni nada que tú no desees, jamás» se grabó a fuego en mi mente en ese instante. Esos vocablos eran todo un bálsamo para mis heridas. Una heridas casi cicatrizadas que en las últimas semanas habían empezado a abrirse de nuevo con mucha violencia.

—Nunca me has hecho daño, solo has sabido darme placer, mucho placer. Contigo he sido capaz de hacer cosas que jamás había hecho con ningún hombre.

—Tampoco quiero que hagas algo solo por complacerme, Cris, el sexo es un juego en el que ambas partes deben estar de acuerdo para disfrutar. Si una parte solo lo hace para satisfacer a la otra, sin gustarle, ya no es disfrute, sino sacrificio, y a ese sexo no quiero jugar. Lo que hagas, siempre hazlo convencida por ti, nunca por agradarme, sino porque a ti te satisface hacerlo —comentó muy serio, sin apartar la

mirada de la mía, a la par que me acariciaba la mejilla.

Marc me conmovió por completo. Por un momento sentí una sensación desconocida, profunda e intensa, que me llenó de paz y felicidad.

—Todo cuanto he hecho contigo ha sido porque he querido hacerlo, Marc. Nunca me he sentido obligada a complacerte, he deseado complacerte, que es diferente.

—Y hablando de complacer, letrada, qué le parece si nos complacemos una vez más antes de acabar la noche.

Los labios de Marc me besaron sumidos en pura voluptuosidad, y nuestros cuerpos, despacio, cayeron de nuevo en la cama.

—Cris, quiero satisfacer todos tus deseos, hasta los más ocultos. Todos —dijo tendido a mi lado.

—¿Crees que tengo deseos ocultos? —pregunté sorprendida.

—Todos los tenemos en mayor o menor medida. Siempre tenemos alguna fantasía que nos gustaría llevar a cabo.

—Como mi fantasía de hacérmelo contigo vestido con tu uniforme ¿no?

—Exacto. Te he ayudado a cumplir una, pero quiero satisfacer todas.

—Marc, ¿por qué sientes esa necesidad de satisfacerme? No sé, tienes una forma muy peculiar en todo lo referente a los asuntos de cama, incluso para pedir mi placer. Puedo entender que me digas «córrete para mí», pero cuando me dices que te regale mi orgasmo; no es que no me guste, todo lo contrario, si bien no entiendo que sea un regalo. De hecho, ningún hombre me había dicho nunca algo similar ni parecido. — Esperé atenta su explicación.

—¿No lo entiendes? —la pregunta quedó suspendida en el aire, yo negué con la cabeza y Marc continuó—: Pues es muy fácil, solo quiero satisfacerte porque soy feliz con ello, porque eso alimenta mi pasión. Tus orgasmos son la recompensa de mi dedicación a tu cuerpo, de mi dedicación a darte placer —expresó—. No solo es mi miembro el que trabaja en ti, Cris, lo hago todo yo entero, mi cuerpo y mi mente. Y el mejor regalo que puedes hacerme es tu orgasmo, él me dice que has disfrutado, y si has disfrutado yo he hecho bien mi trabajo. ¿Lo entiendes ahora?

Lo miré con dulzura, asombrada por lo que significaba para él mi placer.

—Ahora sí. —Asentí.

—Te parecerá una locura, pero desde el primer momento que te vi es lo que deseé. Mi mente te imaginó de esa forma.

—¿Teniendo un orgasmo? —pregunté pasmada.

—Sí, Cris, vibrando en mi cuerpo, mirándome a los ojos que reflejaban todo el placer que sentías. No podía quitármelo de la cabeza. Jamás me había ocurrido algo igual.

—¡Vaya! —exclamé, y permanecí un instante en silencio—. En fin, puestos a sincerarnos, te confesaré que nada más verte me dieron ganas de arrancarte el uniforme a bocados y montármelo contigo allí mismo. ¡Una auténtica locura también! —Reí.

—Me habría encantado que lo hicieras, aunque a los demás los hubiéramos escandalizado un poco. —Enarcó las cejas y rio conmigo.

Sorprendí a Marc sentándome a horcajadas encima de él, mirándolo deseosa. Había llegado la hora de volver a darnos placer, él necesitaba alcanzar su orgasmo, su erección lo dejaba patente.

—Creo que antes de dormirnos tenemos que acabar con esto. ¿No estás de acuerdo?

—Siempre estoy de acuerdo con usted, letrada, salvo cuando me desafía. Aunque, tengo que reconocerlo, me gusta. —Me guiñó el ojo y me giró con rapidez, dejándome debajo de su cuerpo.

—Cuanto le gusta tenerme siempre debajo de usted, inspector jefe —anuncié con una gran sonrisa.

—Porque así puedo controlarla mejor, a veces es una auténtica fiera —contestó entre risas, empujando con sus pies los míos para separarme las piernas y encajarse en mí.

Antes de hundirse en mi interior, su sonrisa triunfadora me miró, estaba mezclada con una chispa de malicia, la justa que le daba ese punto tan sexi, la justa que a mí me desarmaba y me dejaba en sus manos, a su antojo y capricho. Su brioso furor me asaltó, me curvó en extremo el cuello, y mis labios entreabiertos notaron cesar la respiración en ese instante.

—Me gusta estar mojado en ti, Cris. Saber que nada se interpone entre mi piel y tus fluidos. Ha sido una sorpresa mucho mejor que la mía. —La sagacidad afloró en sus pupilas.

—Me alegra que te haya gustado.

—Y a ti, ¿te gusta tanto como parece tenerme dentro de ti?

—Sí, mucho —musité.

—Entonces no me queda más remedio que llenarte otra vez de placer, preciosa. Pero antes de hacerte tocar el cielo quiero contarte mis planes para el fin de semana.

—Te gusta mucho hablar estando en mi interior —le reproché, quería que empezara a moverse y hablase después. Aunque también sabía que era parte de su juego para hacerme ansiarlo.

—Porque estando dentro de ti la conversación nunca se enfría —respondió entre risas, y yo me reí también. Clavándome su iris verde tan precioso, se puso serio antes de hablar—: ¿Sabes cómo me gustaría pasar este fin de semana?

—Dame un minuto que piense. —Hice una pausa, intentando no reír ante la obviedad de su pregunta—. ¿Conmigo en la cama?

—Exacto. Teniéndote excitada y estando dentro de ti, como estoy ahora. ¿Crees que es un buen plan?

—El mejor —afirmé, y lo besé—. Pero también debo estar con mis amigas, al fin y al cabo he venido a verlas, ¿recuerdas?

—Lo sé, aunque creo que también puedes hacerme un pequeño hueco a mí.

—Y te lo haré. Intentaré que tu amiguita esté el menor tiempo posible encerrada en los pantalones, te lo prometo. —Le guiñé el ojo.

—Como usted mande, letrada. —Esbozó una sonrisa—. Y ahora, como te he dicho, voy a llenarte de nuevo de placer. Deseo vaciarme una vez más dentro de ti, como tanto nos gusta a los dos. ¿Quieres, Cris?

—¿Tú qué crees? —Me lancé a comerle la boca.

Con nuestras sedientas bocas imantadas, unidas de un modo inseparable, Marc comenzó su danza rítmica y afanosa que tanto me trastornaba, que me volvía loca. Mis manos, posadas en su cuerpo mientras me embestía, sentían en las sensibles palmas el desenfrenado deseo, toda su arrebatada pasión a la hora de poseerme. Los oídos se me empaparon escuchando sus delirios eróticos, unos vocablos calientes y tórridos, pensados para excitar, pero nunca para parecer obscenos. La cadencia en aumento de los movimientos cesó las palabras dando paso al más elevado placer, nuestro orgasmo. Vibré tan solo unos segundos antes de que Marc lo hiciera, si bien nuestro temblor duró mucho, en extremo, hasta dejarnos exhaustos. Ninguno de los dos éramos capaces de emitir una sola palabra, ni tan siquiera en forma de monosílabo, nos habíamos desgastado por completo y tan solo tratábamos de coordinar las respiraciones para que volviesen a ser uniformes. La sesión de sexo había sido amplia y feroz, las ansias de tantos días sin vernos nos habían llevado a consumirnos en exceso. No sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que por fin Marc se apartó de mí y se tumbó en la cama.

—A este paso nos vamos a matar a polvos, Cris —dijo al recuperar la normalidad en su ser—. Mi cuerpo necesita un descanso. Eres insaciable y difícil de domar, por eso me gustas tanto.

—Sí, creo que necesitamos un descanso —hablé con agotamiento—. Ha amanecido, son casi las siete de la mañana y he quedado con mis amigas a la una del mediodía. Espero que te caigan bien cuando las conozcas. Eso, claro está, si podemos levantarnos para acudir. —Mis labios dibujaron una sonrisa.

—¿De modo que puedo ir contigo? —preguntó sorprendido.

—¿Acaso pensabas quedarte aquí encerrado?

—No, desde luego —respondió—. Pero como no quieres que nadie sepa lo nuestro pensé que no querrías que las conociera.

—Tú eres mi amigo también, ¿no?

—Sí, por supuesto. Aunque espero que no hagas esto con todos tus amigos. —Contuvo la risa.

—Nunca te han dicho que a veces eres bobo. —Le mostré un gesto de enfado—. Pero hasta esa faceta de ti me resulta graciosa.

—Pues me alegra mucho saber que le parezco gracioso, letrada —aseveró, besándome de nuevo.

Salimos de la cama y una vez más nos marchamos al baño. Mientras Marc se duchaba aproveché para desmaquillarme, luego yo también me di una ducha rápida.

Al regresar a la cama Marc ya me esperaba en ella y me acurrucó en su pecho. Mi mejilla se apoyó en su torso, su brazo se deslizó por mi espalda hasta terminar posando la mano en una de mis nalgas. Mi brazo le envolvió la cintura, dejando caer la mano en su cadera. Estábamos desnudos, arropados solo por nuestros cuerpos. Y con la calidez desprendiéndose por nuestra piel y la calma emanándose de nuestras almas, nos quedamos dormidos.

Abrí los ojos despacio, Marc estaba dormido y enredado en mi cuerpo. Lo observé atenta, estirando poco a poco los labios hasta formar con ellos una sonrisa. Estaba tan bello así, dormido, que cortaba la respiración. Admirándolo de hito en hito, me sentí una mujer afortunada por tener en la cama a un hombre como él, tan magnífico, y mi mente se puso otra vez en alerta con tal pensamiento. Volví a inquietarme ante unos extraños sentimientos desconocidos para mí, y el miedo, de manera vertiginosa, hizo acto de presencia.

Al cabo de un largo rato Marc se movió y comenzó a abrir los ojos despacio, como si tuviera unas pesas colgadas de las pestañas y le costara levantar los párpados. ¡Santo Dios! Era un verdadero espectáculo ver surgir aquellos magníficos ojos verdes en su cara. Me quedé fascinada con la estupenda visión que tenía frente a mí.

—Buenos días, preciosa. —Una increíble sonrisa le iluminó el rostro.

—Buenos días, Marc.

—Es maravilloso abrir los ojos y que seas tú lo primero que veo. Maravilloso. —Acarició mi mejilla.

—Me alegra que disfrutes con la vista —respondí, pensando que esa sensación era mutua.

Su boca se acercó a la mía y comenzamos a besarnos. Primero con calma y ternura, pero Marc enseguida sacó un lado travieso que mordisqueaba y besaba a la vez. Después sus manos se volvieron muy juguetonas, y lo que en principio eran caricias terminaron siendo cosquillas.

—¡No, Marc, para, para! —le pedí con ansia—. Ya sabes que no soporto las cosquillas. Me superan por completo —grité mientras me retorció.

—Disuádame de hacerlo y pararé —contestó riendo.

—Hazme todo lo que quieras menos cosquillas —chillé con una risa estridente, aquello me ponía de los nervios, y paró.

—Todo lo que quiera, letrada —runroneó con tono seductor—. Está convencida de ello.

Sus manos se acercaron de nuevo a mi cuerpo con la intención de proseguir con las cosquillas.

—¡Sí, sí, Marc, pero para!

—Entonces tendrá que hacer algo que no sé si va a gustarle. —Su voz se volvió aterciopelada. Adoraba esa tonalidad capaz de acariciarme el cuerpo.

—¿El qué?

—Algo que a mí me gusta mucho pero mucho. —Me miró fijo.

—¿Me lo vas a decir ya o qué?

—Tendrás que... —Hizo una pausa interminable.

—¿Qué? —pregunté impaciente, observándolo con atención.

—Tendrás que volver a tener sexo conmigo —reveló, comenzando a reír—. Ahora tenías que haber visto tu cara. —Se carcajeó.

—O sea, me la tenías guardada por cómo yo me reí de ti en nuestro primer encuentro. ¿Es eso? —Lo observé boquiabierto mientras él no paraba de reír—. ¿Es rencoroso, inspector jefe? —interpelé seria.

—No. Soy jugueteón, nada más. —Aparcó la risa y me miró a los ojos—. ¿Es mucho sacrificio para usted tener un poco de sexo conmigo?

—Puede, quién sabe. —Me encogí de hombros.

—Entonces tendré que volver a hacerle cosquillas.

De inmediato Marc acercó las manos cosquilleando una vez más a mi cuerpo.

—¡No, no, por favor! —clamé—. Tendré todo el sexo que quieras contigo, aunque sea el mayor castigo al que me haya enfrentado nunca —bromeé, y Marc se arrojó a mi boca con la misma premura que un lince por su presa.

Nos besamos como locos, consumidos otra vez por el deseo, tan vigorosos como en el primer encuentro de la pasada noche. Marc cambió mi boca por el cuello, lanzándose a él enloquecido, lamiéndolo y mordisqueándolo al mismo tiempo. En uno de los desatados giros de mi cabeza, miré el reloj que estaba encima de la mesilla y los ojos casi me saltan de la cara al ver la hora, más de las doce.

—¡Joder, Marc! —exclamé, y como si un resorte me hubiera disparado me separé de él y salí de la cama.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —preguntó asustado, al ver mi reacción.

—Son más de las doce y he quedado a la una —contesté con celeridad—. Tenemos que ducharnos, vestarnos, preparar la bolsa para la playa... —Resoplé—. Creo que vamos a tener que dejarlo para otro momento, para esta noche. —Lo contemplé con gesto tristón.

—De acuerdo..., como usted diga, letrada. —Suspiró resignado—. Pero que conste —añadió—, esto es un aplazamiento, así que luego tendré que cobrármelo con intereses.

—Con muchos intereses, por favor. —Asentí.

—Eso ni lo dudes. —Nos dimos un fugaz beso, no podíamos perder más tiempo.

Llegamos con retraso a la cita con mis amigas, casi a la una y cuarto. Mari y Julia ya estaban esperando, las vi sentadas en una mesa mientras nos acercábamos. Inés iba a venir con su «casi novio» para que lo conociera, pero no los veía por allí y eso quería decir que aún no habían llegado. Al menos no éramos los últimos y eso me hizo respirar aliviada.

Habíamos quedado en un chiringuito al que solíamos acudir con frecuencia todos los veranos. Tenían buen servicio, cocinaban bien y, además, nos permitía estar en la

playa sin necesidad de cambiarnos al llegar la hora de comer. Tan solo con ponerte algo encima y no estar en bikini bastaba. Estaba situado justo a la entrada de la playa y contaba con una amplia terraza llena de mesas. Me encantaba estar comiendo y tener el mar frente a mí. No había mejor vista panorámica para mi gusto.

Cuando mis amigas se percataron de que aquel hombre alto y guapo que venía detrás de mí me acompañaba, las caras de asombro fueron más que evidentes, hasta un ciego las hubiera podido percibir. Mari se quedó boquiabierta mirándolo, en ese momento me dieron ganas de cerrársela yo misma con la mano.

—¡Hola, chicas! —Nos saludamos con dos besos—. Os presento a Marc, un amigo de Madrid, que ha venido por motivos laborales cerca de aquí y lo he invitado a pasar un par de días en Alicante —expliqué, y comencé la ronda de presentaciones —: Marc, estas son Mari y Julia, mis amigas. Falta Inés, que imagino estará a punto de llegar.

Con su habitual educación, Marc dio dos besos a cada una con el correspondiente cumplido, y les regaló su maravillosa sonrisa. Mari no pestañeaba siquiera para no apartar la mirada de él ni un segundo. Hasta Julia estaba observándolo anonadada. Nos sentamos y pedimos al camarero algo para beber mientras esperábamos a que Inés y su acompañante llegasen. En un periquete, el camarero dejó las consumiciones en la mesa y Marc me acercó la bebida, mirándome a los ojos con un estiramiento de labios. Volvimos a regalarnos una sonrisa cómplice, y sentí que me ruborizaba sin saber por qué.

Inés apareció en ese justo momento con su «casi novio». Venía feliz, con una sonrisa de oreja a oreja que se le borró en el instante de ver a Marc allí. La expresión de su rostro basculó en un par de segundos de la felicidad a la sorpresa absoluta.

—¡Hola, Inés! —la saludé, levantándome y dándole dos besos.

—Hola. ¿Qué tal? —Su mirada de desconcierto volvió a dirigirse a Marc, y en un santiamén retornó a mí—. Bueno, tú eres la única que queda por conocer a Mario, así que, Cris, este es Mario. Mario, esta es mi amiga Cristina, de la que tanto te he hablado.

—Hola, Cristina, encantado de conocerte. —Mario me dio dos besos.

—Igualmente, Mario. —Sonreí—. Yo también tengo que presentarte a alguien, Inés. —Miré hacia Marc sin poder borrar la sonrisa de mi boca—. Es Marc, un amigo de Madrid. Marc, esta es Inés.

—Encantado, Inés. —Marc se levantó y le dio dos besos.

—Lo mismo digo. —El rostro de Inés continuaba lleno de asombro—. Este es Mario, Marc. —Ambos se estrecharon las manos.

Tras las debidas presentaciones todos nos sentamos y nos quedamos un rato allí charlando, tomándonos una refrigerante bebida con el mar de fondo y la arena bajo nuestros pies. Marc y Mario empezaron a hablar y parecía que congeniaban bastante bien. Yo, en medio de nuestra charla, contemplaba cómo las miradas de mis amigas no paraban de posarse en algún momento en la cara de Marc, la de Mari en muchos, y

me reía por dentro. Me resultaba graciosa la escena, ver sus caras de perplejidad al verme aparecer con un hombre que no fuera Óscar. Aunque debía reconocer que yo misma estaba asombrada de mi gran cambio respecto a ese tema.

Tras hablar un largo rato decidimos darnos un chapuzón antes de pedir la comida. El agua estaba cristalina y su temperatura era ideal. Disfrutamos del mar, saltamos las olas y jugueteamos a empujarnos como críos, sin parar de reír. Al fin decidimos salir y secarnos al sol para después comer. Según salíamos, Mari me retuvo para quedarme más atrás con ella. Estaba claro que quería hacerme algún tipo de comentario acerca de Marc.

—¡Joder, Cris! ¿Hay más tíos de esos en Madrid? Porque mañana me voy para allá. ¡Está buenísimo! ¡Pero buenísimo de crujir! Qué envidia me das, so asquerosa. —Me sacó la lengua.

—¿Pero tú no habías ligado ayer, señorita envidiosa?

—Sí, lo hice. Y tuve una noche de tres orgasmos para ser más precisos. ¡Qué vigor tenía el jovenzuelo! —Suspiró, y terminó mordiéndose el labio inferior—. Ahora, debo reconocer que le faltaba mucha experiencia, demasiada para mi gusto —explicó entre risas, pero mirándome añadió—: Tú, sin embargo, por lo poco que me contaste de experiencia vas servida, pero y de vigor, ¿también?

—¡Mari, qué pesada! —espeté.

—Si me dices que sí, Cris, me hago el haraquiri aquí mismo.

—Por eso no te voy a contar nada.

—¡Oh, Señor, con eso ya lo has dicho todo! ¡Maldita sea! ¿Por qué está tan mal repartido el mundo? —preguntó mirando al cielo.

—¡Anda, no te quejes! Tú nunca has tenido problemas para ligar con quien has querido.

—Sí, Cris, pero yo no me he llevado nunca a la cama a un modelo.

—¡No es modelo, tonta!

—¿Con esa cara y ese cuerpo no lo es?

—No.

—Entonces, ¿a qué se dedica?

—Es inspector jefe de policía.

—Pero ¿qué dices? ¿Que encima lleva uniforme? ¡Joder! —Silbó, quedándose pensativa unos segundos—. Ahora entiendo eso del «cuerpo de policía». ¡Madre mía, Cris, yo quiero uno! ¡Por favor, por favor! —suplicó como una niña pequeña, y las dos terminamos riendo a carcajadas.

—Pues ya sabes, búscatelo —le recomendé con cierta chulería.

—Tendré que decirle que me presente algún amigo. De hecho, tú podías haberle dicho que se trajese alguno cuando viniera.

—Yo no tenía ni idea de que Marc iba a venir —declaré—. Estaba en Almería trabajando, por lo visto lleva una investigación coordinada con varias ciudades.

—¿Y por qué ha venido?

Acababa de empezar el interrogatorio de Mari.

—Porque tenía cuarenta y ocho horas libres y en lugar de pasarlas solo en Almería ha decidido pasarlas conmigo.

—¿Y cuándo se ha presentado?

—Anoche, nada más llegar a casa —contesté, sin dar más explicaciones.

Mari me miró atónita y después noté cómo tomaba aire antes de lanzarse a hablar:

—¿Que lo has metido en tu casa? Mejor dicho, ¿que has dejado que un hombre entre en tu «santuario sagrado»? —preguntó sin salir de su asombro.

—Pues mira, sí. —Me encogí de hombros, como si no tuviera la menor importancia—. Ha pasado la noche en mi casa, y pasará esta también.

—¡Joder, Cris, te has tomado muy en serio lo de los cambios! —replicó—. Un tío ha pasado la noche en tu casa y en tu cama, ¡caray!

—¿Acaso es malo? —interpelé extrañada.

—¡Qué va, todo lo contrario! —respondió, erradicando todo tipo de sorpresa de su rostro—. No sabes cuánto me alegro por ti. ¡Coño, teníamos que haberte enviado antes a Madrid! —exclamó, y nos echamos a reír de nuevo mientras salíamos del mar.

Después de comer reposamos en medio de una amena sobremesa en la que no paramos de reír escuchando las anécdotas de Mari. Siempre había sido la divertida del grupo, el alma de la fiesta, y seguiría siéndolo porque era algo innato en ella.

La tarde pasó volando entre charlas, risas y baños, y cuando quisimos darnos cuenta ya era la hora de recoger y marcharnos. Antes de hacerlo, empezamos a planear la salida de esa noche, la idea era ir a cenar y después de marcha. Acordamos volver al *pub* de ayer, hoy tocaba un grupo valenciano bastante bueno. Lo de ir al *pub* lo tenía claro, pero no estaba segura de querer acudir a la cena. Quería pasar un rato a solas con Marc antes de salir, de modo que sopesaba la posibilidad de eludir dicha cena.

Mientras recogía observé a Inés y Mario, que no paraban de besarse, se les veía muy enamorados. Mario parecía un buen tío, como me había comentado Inés. Me sorprendí a mí misma teniendo ese tipo de pensamiento. ¿Desde cuándo yo había pensado que un hombre era bueno sin apenas conocerlo? Es más, ¿cuándo había pensado yo que un hombre podía ser bueno? Meditando, creí que quizás haber conocido a Marc me había hecho reflexionar sobre ese tema. Aunque la ayuda de la doctora Millán también había sido primordial para darme cuenta de que había pasado mi vida equivocada, para reconocer que todos los hombres no eran iguales, que todos no estaban cortados por el mismo patrón. Todos no eran como Javier.

Miré hacia donde estaba Marc y me encontré de frente con sus ojos. Me miraba con esa forma suya tan particular, comiéndome, devorándome por completo. Le

sonreí de forma tímida, un poco cohibida ante su mirar tan lujurioso, a la vez que alterada imaginando lo que le pasaba por la mente en ese momento. No sabría decir si se debía al sol o al mar, o igual a ambas cosas, pero lo que resultaba indiscutible era que el verde de sus ojos hoy estaba más esmeralda que nunca. Me lanzó un beso desde la distancia, y yo, como una quinceañera, lo atrapé en el aire con la mano y lo posé en mi nalga. Él emitió un silbido mudo, guiñándome el ojo, consiguiendo contraerme las entrañas con ese mero gesto. Después los dos sonreímos y apartamos las miradas. Terminé de recoger las toallas un poco sofocada, con mi apetito sexual recién espabilado. Una vez más, y para no variar, los ojos de Marc lo habían despertado.

—Oye, Marc, ¿cómo conociste a Cris? —preguntó Mari, dejándome muda por completo.

—En un acto de la policía, una entrega de condecoraciones. Mi hermana la invitó.

—¿Y desde entonces sois amigos?

—Sí. Le he enseñado Madrid, hemos salido a tomar algo, esas cosas. —Marc me miró con una tenue sonrisa.

—Me alegra mucho que haya hecho nuevas amistades en Madrid —aseguró—. Yo la quiero muchísimo y temía que solo se volcase en el trabajo y se despidiera por completo de la vida. Pero veo que me equivoqué. —Asintió, mostrando un semblante feliz—. En fin, ¿nos vamos?

—Sí, anda vamos, mami —le contesté.

Marc cogió la bolsa de mi mano, rozando con sutileza sus dedos con los míos, y se acercó a mi oído para hablarme:

—Tienes buenas amigas, se preocupan mucho por ti, pero debes decirles que conmigo estás en buenas manos. Yo solo sé hacerte disfrutar, o al menos eso creo.

—Tendrás que demostrármelo esta noche, vaquero —le propuse, y no pudimos evitar echarnos a reír.

Marc desconocía que yo le había contado a Mari nuestra aventura sexual. Si ella le había preguntado eso había sido, aparte de por pura curiosidad, para disimular ante los demás los conocimientos que poseía. Los que conocíamos a Mari sabíamos que no sería común en ella no hacer alguna pregunta para indagar.

A punto de abandonar la playa escuché que alguien me llamaba y me di la vuelta, eran mi madre y mi tía que venían de dar un paseo. Mi tía me miraba perfilando una sonrisa cargada de entusiasmo. Luego apartó su vista de mí y miró a Marc. Pude suponer en ese instante lo que estaba pensando.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal el día de playa? —preguntó mi madre, sin parar de observar también a Marc.

—Bien, muy bien —contesté, mientras les daba dos besos a ambas.

—¿Y tú no serás Marc por casualidad? —le preguntó mi tía sin rodeos.

En ese momento deseé que se abriera un agujero en la arena y me tragase por completo.

—Sí, soy yo. ¿A quién tengo el gusto de conocer?

—A Elisa, tía de Cristina. —Él se acercó y le dio dos besos.

—¿Tú eres Marc? ¿El hermano de Marta? —La emoción hablaba por boca de mi madre.

—El mismo, señora. ¿Y usted es...?

—La madre de Cristina, Beatriz —contestó, desplegando la sonrisa hasta rozar el lóbulo de sus orejas, sin parar de mirarme.

—Encantado, Beatriz. —Marc le dio dos besos también.

—¿Y qué haces por aquí? —preguntó mi madre, intrigada y feliz a la vez.

—He tenido que venir por cuestiones laborales. Cris me dijo que ella iba a estar por aquí y me he pasado a hacerle una visita. A nadie le hace daño la playa. —Sonrió.

—Desde luego que no —añadió mi madre, y entabló conversación con él.

Le preguntó acerca de su trabajo y lo felicitó por su medalla. Al final Marc tuvo que contar la historia de cómo la consiguió para mitigar la curiosidad tanto de mi madre como de mis amigas, que empezaron a interrogarlo. Yo sabía que a él no le gustaba hablar de su trabajo y mucho menos vanagloriarse de sus actos. No tuve que esforzarme mucho para darme cuenta de que se sentía un poco incómodo con toda aquella expectación que se suscitó en torno a él de repente. Pero no encontraba la forma de cortarla, ni siquiera me permitían entrar en la conversación.

De pronto, mi tía me apartó de todos ellos y me llevó a un lado, quería interrogarme.

—¿Cuándo ha venido ese bombón andante?

—Anoche.

—¿De verdad que solo quieres sexo con él? Porque yo ahora mismo quiero ser la madre de sus hijos. —Suspiró sin dejar de mirarlo—. ¡Qué tío más bueno, por Dios! Cuando te canses, pásamelo.

—¡Qué bruta eres a veces, tía! —le recriminé.

—Seré muy bruta y todo lo que tú quieras, Cristina, pero sabes que soy muy clara hablando y te lo voy a decir sin más, ese tío está pillado por ti. —Asintió con la cabeza.

—Pero si lo acabas de conocer, ¿cómo puedes afirmar esa barbaridad? —pregunté desconcertada.

—Cristina, hazme caso, tu tía sabe de lo que habla. Eso se ve en los ojos, sin más —aclaró—. Al igual que tú también lo estás un poquito, aunque no quieras reconocerlo.

—Mira, tía, no pienso hablar más de este tema —comenté seria—. Yo sé lo que quiero y busco, al igual que él, y no tengo por qué estar dando explicaciones a nadie —concluí—. Ahora, una cosa te digo, no se te ocurra crear falsas esperanzas a mi madre, ya es bastante pesada sin ver a ningún hombre a mi alrededor. De seguro que se hará esperanzas con Marc, y tú debes quitárselas de la cabeza, no fomentárselas más. ¿De acuerdo? —pregunté a la defensiva.

—Lo que usted diga, señorita incrédula —entonó con cierto sarcasmo.

—¿Incrédula por qué?

—Es obvio, porque no crees lo evidente, así de claro —respondió con firmeza—. Y ahora te voy a decir yo algo a ti, a lo mejor cuando te des cuenta sea demasiado tarde.

Solté una bocanada de aire cargada de enojo, pero antes de hablar conté hasta tres para contenerme de dar una mala contestación.

—Mira, tía, dejémoslo aquí, de verdad. He venido para relajarme y no quiero discutir ni enfadarme con nadie. ¿De acuerdo?

Mi tía me miró unos segundos a los ojos e hizo un mohín.

—De acuerdo. Anda, ven aquí. —Me abrazó—. Yo solo quiero que seas feliz, Cristina, te quiero mucho.

—Lo sé, pero estás equivocando todo. —Me separé de ella y miré hacia el grupo—. Y ahora voy a llevarme a Marc de aquí antes de que mi madre lo someta al tercer grado. —Nos acercamos a ellos—. En fin, creo que es hora de irnos, si no se nos va a hacer tarde.

—Sí, cierto —confirmó Mari—. Vamos a cambiarnos y a disfrutar de la noche.

Nos despedimos de mi madre y mi tía y abandonamos la playa. Al final preferí quedar con mis amigas en el *pub* y conté con el apoyo de Mari para no escuchar quejas. Marc y yo cenaríamos algo ligero en casa, de ese modo tendría más tiempo para estar con él, algo que estaba deseando y que mi gran amiga Mari había supuesto.

Nada más montarnos en su coche, Marc me miró y sonrió de una forma que no sabría explicar. Había demasiadas expresiones mezcladas en sus ojos y rostro. Sentí un extremo revoloteo de alas en el estómago ante la incertidumbre de su semblante.

—¿Todo el mundo sabía quién era o he tenido esa impresión? —interpeló sin apartar la mirada de mi pupila.

—Lo dices por mi tía y mi madre, ¿verdad?

—Claro. —Se acercó a mi cara.

—A mi tía le hable ayer de ti —revelé—. Tengo mucha confianza con ella, siempre nos hemos entendido bien, y cuando te ha visto ha supuesto que eras tú. En cuanto a mi madre, fue tu hermana quién le habló de ti. A Marta le gusta hacer de celestina y parece que tiene el capricho de hacerme su cuñada. Lo peor es que ahora mi madre creerá que tú y yo estamos saliendo y que...

Los labios de Marc callaron mi boca con un maravilloso y espectacular beso que me dejó sin aliento.

—No hables más, solo disfrútame, Cris. —Volvió a besarme, pero esta vez de forma más comedida, solo rozándome con sus suaves labios—. Ahora vámonos. —Me guiñó el ojo y arrancó el coche.

En cuanto entramos en mi casa Marc se abalanzó sobre mí, empujándome contra la pared. Me besó sin parar, perdiendo las manos por todo mi cuerpo de arriba abajo. Cuando quise darme cuenta me había despojado del pareo y del biquini.

—Llevo todo el día imaginándote así, sin ropa, desnuda —susurró en mi oído, sin dejar de acariciarme con suavidad el cuerpo.

—Creo que nos deberíamos ir a la ducha, no le vendría mal aplacar ese fuego, inspector jefe. —Sonreí con descaro.

—Ni el puro hielo sería capaz de bajar el deseo tan enorme que siento ahora por ti. ¿Lo sientes, Cris? ¿Sientes lo deseoso que estoy de ti, preciosa? —preguntó, apretándose contra mi cuerpo para que evidenciara su excitación.

Marc, sin dejarme responder, invadió mi boca poseído por la locura, más insaciable que nunca, con una avidez desmedida. Toda su arrebatada pasión terminó infiltrándose por mis venas hasta desatarme, tal como él buscaba, estaba segurísima. Le gustaba sacarme la fiera que llevaba dentro, la que él había despertado, en la que él me había convertido. En medio de nuestra desbordada pasión de besos, mis manos le bajaron con ansia el bañador y comenzaron a acariciar su pétreo miembro. Gemí en su boca, exaltada con solo notar su grosor y firmeza adherida a mi piel. Marc apartó un momento los labios y suspiró con profundidad, disfrutando de mi caricia. Su dedo índice empezó a perfilar el contorno de mis labios y yo terminé introduciéndolo en la boca, lamiéndolo despacio. Sus ojos se quedaron obnubilados viendo la escena, y comenzó a emitir sutiles jadeos gracias a mis persistentes caricias en su desnuda entrepierna. Dejé de jugar con su dedo y me acerqué despacio a su oído, él seguía sin emitir palabra, solo observaba y gemía de forma sutil.

—Ahora mi boca va a jugar de la misma manera en otra parte de tu cuerpo que te gustará mucho más. Tanto, que te haré enloquecer. Te daré una pista: la tengo en mi palma. —Lo miré con astucia y picardía.

—¡Guau! —exclamó, quitándose la camiseta al momento y quedándose desnudo.

Descendí a besos por su cuerpo, con sosiego, con sigilo desde su firme y musculado torso hasta ponerme frente a su potente virilidad. Mi boca la disfrutó con calma, sin ninguna prisa, gozando con las caricias que le entregaba. Los suspiros de Marc se hacían fuertes, se intercalaban con jadeos encharcados de placer. Me encantaba escuchar la melodiosa composición que brotaba por su boca en forma de goce, por no mencionar el absoluto control que me proporcionaba sobre él, algo que ansiaba. En ese momento yo era la dueña de su placer, yo decidía si se lo entregaba o no y cuándo lo hacía, yo dominaba la situación por completo.

—¡Joder, Cris, lo haces genial! —susurró despacio.

Me sentí halagada por sus palabras, y alentada por ellas me animé a subir de

manera paulatina la cadencia. Tracé una estrategia muy bien predefinida, constante, que permitía recrearme todo cuanto quería sintiendo como Marc cada vez temblaba más de placer. Hasta que decidí que había llegado el momento apropiado para entregarle el orgasmo, algo que su cuerpo llevaba pidiendo a gritos un buen rato.

—¡Sigue así, por favor! ¡Sí! —masculló apretando los dientes, vibrando en extremo, casi con violencia al alcanzar el clímax.

La debilidad le atrapó el cuerpo, le costaba sujetarse, y sus manos se apoyaron con fuerza en la pared buscando el equilibrio. Sus jadeos se derramaban por todo el salón colmándome los oídos, haciendo que me excitara de pronto con solo escucharlos. Cuando la calma regresó a su cuerpo me aparté de él, y Marc, cogiéndome de las manos, me levantó. Me miró con los ojos centelleantes, su dedo volvió a trazar el perfil de mis labios una y otra vez, parecía adorarlos, y terminó recorriéndolos con pequeños besos.

—Cris, ha sido increíble, no tengo palabras. —Suspiró lleno de satisfacción—. Eres extraordinaria.

De nuevo me besó con pasión, se volvió loco con ese beso y yo le respondí con las mismas ganas, casi con furia. Nuestras bocas nunca se saciaban la una de la otra, aquello era una misión imposible.

—No es por nada, pero tenemos que ducharnos —le expliqué al separarme de él, sin apenas aliento—. Se está haciendo tarde y aún no hemos cenado.

—No hemos acabado, letrada. —Meneó la cabeza una y otra vez—. ¿Qué me dice de usted? ¿Acaso no tiene necesidades? —preguntó con astucia.

—Sí, por supuesto —aseveré con seguridad—. Pero primero duchémonos y cenemos. Si sobra tiempo lo aprovecharemos, y si no, habrá que esperar a la noche. No me gusta la impuntualidad y ya hemos llegado tarde a mediodía. Además, usted ya va servido, y creo que bien. —Mi orgullo se asomó por encima de la nuca.

—No me gusta que usted no disfrute, letrada. —Volvió a negar con la cabeza, serio.

—He disfrutado haciéndote disfrutar —alegué.

—Sí, vale, pero mi cometido no consiste en solo disfrutar yo, sino en satisfacerla, hacer que se corra de todas las formas posibles y cuantas más veces mejor. Eso es lo que a mí en verdad me hace gozar —anunció con tono incitador—. Ya sabe que escuchar sus jadeos me trastorna. —Me atrapó entre sus brazos y volvió a besarme de nuevo—. Además, tengo una promesa que cumplir, tengo que hacerla gritar de placer, ¿o ya no se acuerda?

—Lo recuerdo muy bien —dije—. Pero tenemos toda la noche, y mañana hasta que te marches. Hay tiempo, Marc. —Asentí—. Ahora voy a ducharme yo primero, de ese modo prepararé algo para picar mientras lo haces tú. Así que deja que me duche, por favor.

—Voy a entrar con usted a esa ducha, hay espacio de sobra para los dos. Deseo observar su cuerpo y ver con detenimiento cómo lo enjabona.

—Como quiera, inspector jefe. Pero solo se ve, no se toca, recuérdelo. —Lo miré seria.

—Lo que usted mande, letrada, yo soy un chico obediente, ya lo sabe. —Levantó las manos, y comenzamos a reír los dos.

Me duché en menos de cinco minutos teniendo a Marc como espectador, pero cumplió su palabra y permaneció quieto, solo observó. Aunque su boca no calló ni un solo segundo. No paraba de contarme con detalle lo que pensaba hacerme después, de explicarme cómo su lengua me recorrería el cuerpo, cómo haría un descanso en mi aterciopelado sexo hasta oírme gemir, cómo me penetraría, cómo se movería, cuánto sudaríamos, las veces que iba hacerme alcanzar el orgasmo... ¡¡¡Buff!!! ¡Cómo me excité oyendo su descriptiva y erótica narración! Estaba claro que era una estrategia, no hacía falta estudiar una carrera para comprenderlo. Pretendía conseguir el conocido efecto acción-reacción, y le faltó poco para conseguirlo, muy, muy poco.

Salí casi sin terminar de aclararme, sabía que si continuaba escuchándolo sucumbiría a la tentación de lanzarme a por él y dejarle que me poseyera hasta la saciedad. Si había entrado excitada a esa ducha ahora salía tanto o más que antes, pero la impuntualidad era algo que no soportaba, y si terminaba entre sus brazos llegaríamos tarde de nuevo. O quizá esta vez ni llegásemos.

Me vestí con rapidez, combiné una minifalda vaquera con un corpiño fucsia estampado en negro y unas sandalias de cuña alta. A punto de terminar de maquillarme, escuché el ruido de la mampara al abrirse, Marc salía de la ducha. Terminé veloz. No quería encontrarme con él en la habitación. Estaba segura de que continuaría con su caliente juego, y esta vez no sería capaz de esquivar más sus provocaciones.

Llegué a la cocina y preparé algo rápido para picar. De pronto, escuché un silbido y me giré, Marc estaba contemplándome en medio de la cocina.

—¿A quién quiere provocarle un infarto, letrada? —La pregunta quedó suspendida en el aire, y como no obtenía respuesta Marc prosiguió—: Está más que sexi, habría que buscar un nuevo adjetivo para usted. Decir que está guapísima sería quedarse escaso.

—Muchas gracias —respondí, sintiendo que me sonrojaba un poco—. Pero el que ha estado a punto de provocarme un infarto ha sido usted, inspector jefe, y sus tórridas palabras en el interior de la ducha. He tenido que salir casi corriendo para no caer en la tentación una vez más.

—No, letrada, no se equivoque. —Sacudió la cabeza—. No ha caído en la tentación porque no me ha dejado tocarla. Si me lo hubiera permitido habríamos disfrutado de un buen rato los dos, y mis palabras se habrían transformado en hechos. Hechos muy placenteros para ambos, lo sabe.

—Pues si llego a saber que iba a estar calentándome con sus palabras también le habría prohibido hablar. —Le saqué la lengua.

—Hasta con ese feo gesto eres guapa.

—Gracias de nuevo por el cumplido.

—No es un cumplido, es una realidad. —Se acercó y me besó en los labios—. Eres guapísima, Cris.

—¿Eso se lo has dicho a todas las que te has llevado a la cama?

—Hombre, he tenido la delicadeza de cambiar el nombre. A todas no las he llamado Cris, claro —bromeó.

—¡Qué tonto eres! —exclamé, y nos echamos a reír.

Marc se desprendió de las risas y se dispuso a hablar:

—No, ahora en serio —advirtió—. Nunca me había pasado algo así con una mujer. Hablo de mis incontrolables ansias por poseerte. Me vuelves loco, eres diferente, Cris, de verdad. Haces que solo pueda pensar en darte placer de la forma que sea, tan solo quiero tenerte a mi lado.

—Yo también pienso mucho en ti, en sentirte en mi cuerpo, en sentir tu placer. Lo hago casi de continuo —confesé, y algo en mi interior me dijo que no quería continuar con aquella conversación, no me gustaban los derroteros que estaba tomando, así que decidí darle la vuelta—: Y volviendo al tema inicial, tú también estás muy guapo —le dije, y era la pura verdad. Marc estaba guapísimo con la camiseta blanca que se había puesto, resaltaba su moreno, hoy más dorado por el sol que habíamos tomado en la playa—. Y también tengo una curiosidad —añadí.

—¿Cuál? —preguntó mostrando algo de intriga.

—¿Cómo es que llevabas un bañador en la maleta?

Marc esbozó una sonrisa antes de contestarme:

—Me lo compré ayer, en Almería, cuando supe que iba a venir a verte. Pensé que podríamos darnos un baño.

—Pensaste bien. —Le guiñé el ojo—. Y ahora cenemos, inspector jefe, al final se nos va a hacer tarde.

A las once en punto, Marc y yo estábamos llegando a la puerta del *pub*. Habíamos sido puntuales, y me alegré. Mari y Julia ya esperaban allí, e Inés y Mario no habían llegado todavía, igual que a mediodía. No habrían pasado ni cinco minutos cuando los vimos aparecer, venían comiéndose a besos. Se les veía tan felices juntos, tan enamorados, que volví a sentir una especie de envidia.

«Pero bueno, Cristina, ¿qué coño te está pasando? ¿Desde cuándo tú has sido una romántica o sensiblera? Esas chorradas no van contigo. Tú tienes un tío en la cama que es un amante espectacular, eso es lo que quieres, sexo. Tú no buscas amor ni lo necesitas. ¿Para qué? ¿Para que luego te rompan el corazón? No gracias, con una vez bastó. El sexo solo da satisfacciones y Marc sabe dártelas mejor que nadie.»

Calmando a mi conciencia, miré hacia Marc y le sonreí feliz, sabiendo que en unas horas volveríamos a estar en la cama y de nuevo me llenaría de placer. Eso era en lo único que debía pensar durante toda la noche, en el fantástico sexo del que disfrutaba, en el experto hombre que tenía conmigo y del cual podía disponer todo el fin de semana, nada más. Hacía muchos años que había dejado de leer novelas de amor, de creer en los romances apasionados y sacrificados. La Cristina soñadora había desaparecido y no tenía ninguna intención de volver.

—Bueno, pues ya que estamos todos, pasemos —dijo Mari—. El concierto comienza a la una y tendremos que entrar un poco en ambiente antes —matizó.

Marc acercó su mano a la mía y entrelazó los dedos despacio. Tuve la intención de apartarla, pero al mirarle a la cara no pude hacerlo. Estaba feliz, los ojos le desprendían alegría y su boca me regaló una de sus magníficas sonrisas. Cerré despacio la mano en la suya y entramos en el *pub*, en ese momento sonaba una canción muy marchosa y mi cuerpo empezó a contonearse nada más escucharla.

—Si no bailas esto es que no estás vivo —le dije a Marc.

La picardía desfiló por su rostro antes de contestarme:

—A mí solo me gusta bailar de una manera y es encima de sus caderas, letrada. Y me siento muy vivo cuando lo hago, créame.

Sin darme tiempo ni a contestar, Mari me tiró de la mano para conducirme hasta la pista. Giré la cabeza y miré hacia atrás para ver a Marc y Mario dirigirse a la barra. Sin protestar, me marché con ella; Inés y Julia ya estaban bailando sin parar cuando llegamos.

La discoteca estaba llena, había más gente aún que el día anterior, apenas teníamos espacio para movernos, parecíamos sardinas enlatadas. Tras bailar unas cuantas canciones decidimos ir a beber algo, con tal aglomeración desprendiendo calor humano el sudor comenzaba a ser patente en nuestros cuerpos. Nos dirigimos a la barra, donde nos esperaban los chicos, y pedimos unos ron con cola para mitigar la

sed.

Buscamos una mesa para poder sentarnos un rato e intentar hablar, algo difícil debido a los altos decibelios que allí se concentraban. Tan solo había dos formas para hacerlo: hablar a gritos, como hicimos el día anterior, o pegarte a la oreja de la persona con la que querías hablar. Inés y Mario optaron por la segunda opción sin planteárselo un segundo, pasando de la boca a la oreja y de la oreja a la boca. Besos, susurros, susurros, besos, durante todo el rato que estuvimos allí sentados.

—Yo creo que a estos dos les hace falta un buen rato de cama, ¿no creéis? —Mari nos miró a los tres a la espera de una respuesta.

—Estoy de acuerdo, como continúen así lo van a hacer aquí mismo —contestó Julia casi con reproche.

—Es lo que tiene estar enamorado, ¿no? —expresó Marc de repente, y de seguido explicó—: Cuando uno está enamorado solo quieres estar con esa persona, hacerla disfrutar, amarla. Lo que están haciendo ellos, se comen a besos y a miradas de amantes cómplices, nada más. Pero cuando sean conscientes de tener que apaciguar su amor y deseo, estoy seguro de que sabrán irse a otro lugar más íntimo. Así que no debéis preocuparos por ellos. —Todas nos quedamos mudas después de escucharlo.

Al cabo de unos segundos, la primera capaz de articular palabra fue Mari.

—¡Vaya! Y todo eso lo ha dicho un tío. ¿De dónde has salido tú?

—De Barcelona. —Desplegó los labios—. Aunque llevo viviendo en Madrid más de doce años.

—No me refería al lugar —profirió Mari—. Más bien quería decir... Bueno, que tu explicación sobre los enamorados, las miradas de amantes cómplices y todo eso no es algo que los hombres vayan contando por ahí ni de esa forma.

—Creo que no se debe generalizar, hay todo tipo de hombres, igual que de mujeres —le contestó.

—¿Cuántos años tienes, Marc? —preguntó Julia quitándole el turno de réplica a Mari.

—Treinta y ocho, ¿por?

—Por nada, simple curiosidad —aseveró, encogiéndose de hombros.

—Yo mejor no preguntaré vuestras edades. —Marc negó con la cabeza—. Sé que a las mujeres no os gusta hablar de eso.

—Muy inteligente por tu parte —añadió Mari—. Listo y guapo, buena combinación. —Asintió—. A veces Dios les da todo a unos y a otros nada, es el desequilibrio de la vida. —Alzó las manos.

—En fin, chicas, ¿qué tal si vamos acercándonos a la pista?, el concierto está a punto de empezar —avisé—. Ellos —señalé con la cabeza a Inés y Mario mientras me levantaba— seguro que prefieren quedarse aquí consumiendo su pasión.

—De acuerdo, vamos —contestó Mari.

Julia se levantó *ipso facto* y ambas se encaminaron hacia la pista. Marc y yo íbamos detrás de ellas, pero él me sujetó un segundo y acercó la boca a mi oído:

—Por supuesto que preferirán eso, ¿a ti te extraña? Quién preferiría un concierto antes que estar con la persona que te gusta, o a la que amas. Si prefieres lo primero, entonces algo falla, ¿no crees?

—Sí, de acuerdo. —Asentí.

—Cris, yo estaría a solas contigo en lugar de estar aquí, no te quepa la menor duda —aseguró con firmeza—. Pero entiendo que tú has venido a pasar unos días con ellas y no contabas conmigo. Aun así, no puedes ni imaginar las ganas que tengo de llegar a tu casa y someterte a mi cuerpo, extraerte unos cuantos orgasmos. ¡Buf! Me excito solo de pensarlo.

—Aplaca un poco tu libido, por favor —le pedí con una incipiente sonrisa—. No nos iremos tarde, Marc, te lo prometo. Yo también tengo muchas ganas de ti, créeme —admití—. Y ahora vamos, nos están esperando.

Llegamos a la pista y bailamos un rato antes de que el concierto por fin diera comienzo. Enseguida, las luces se difuminaron creando una atmósfera tenue y apagada, anunciando el inicio de la función. En ese momento la gente empezó a silbar y a chillar, aclamando al grupo que estaba a punto de hacer su aparición. Una música de guitarras eléctricas sonaba de fondo, en medio de todo el alboroto del gentío. Cerca de nosotros había un grupo de veinteañeras que llevaban las caras pintadas con los nombres de los tres componentes: Ricky, Dani y Teo. En cuando estos pisaron el escenario, se pusieron a gritar como posesas encolerizadas.

Creí que los tímpanos iban a estallarme con todos los bramidos. Y entre aquel caos ensordecedor, el grupo empezó a tocar. Marc estaba justo detrás de mí, sus brazos me envolvieron la cintura y pegó su cuerpo al mío, de tal forma que pude notar toda su turgencia en una de mis nalgas. Desde luego que estaba excitado, no cabía la menor duda. Giré la cabeza y lo miré, sus ojos se iluminaron con una sonrisa cargada de sagacidad, y acercó la boca a mi oído, pegándola para que lo escuchase:

—Este es el efecto que me ha producido verte bailar —dijo, ciñéndose a mi trasero por completo—. Me encanta ver cómo mueves ese precioso culito que tanto me gusta, me ha hecho fantasear.

—Eres incorregible —contesté a gritos para que me oyera, pues él no apartaba los labios de mi oreja.

—¿Y eso te disgusta? —preguntó, paseando las manos por mis caderas.

—Para nada. Pero no soy de piedra, y si continuas provocándome de esta forma tendré que tomar medidas al respecto. —Volví a chillar para que pudiera oírme.

—¿Y qué medidas serán esas? ¿Qué hará conmigo, letrada? —me preguntó. Las palabras bailaron en su paladar hasta salirle por la boca. Ese tono me enloqueció las neuronas y las puso a trabajar con urgencia para pensar en una solución.

La música sonaba con intensidad, el ruido era estrepitoso. El cantante no paraba de saltar mientras la gente coreaba el pegadizo estribillo sin parar de botar. Y las veinteañeras, qué decir de ellas, estaban desatadas. En medio de todo aquel barullo de voces, cogí a Marc de la mano y tiré de él, abriéndome paso entre el tumulto hasta

llegar a la puerta de los servicios de señoras, donde, soltándome de su mano y con un gesto, le pedí esperar. Abrí la puerta para comprobar que aquel espacio estuviera vacío, en ese preciso instante dos chicas lo abandonaban, y les cedí el paso para que salieran. Entré y me cercioré de que no hubiese nadie más; así era. Sin más dilación, ya que gracias al inicio del concierto la gente no vendría tanto al baño y era el momento justo y apropiado para aprovecharlo, salí a por Marc y, de un tirón, lo metí para adentro. Abrí una a una las puertas de los pequeños habitáculos para encontrar uno un poco decente donde meternos, un hecho que no fue difícil debido a que la limpieza predominaba en el lugar. Aun así, me decanté por los del fondo, los más retirados de la puerta, y cerré con pestiño. Nos observamos en silencio durante un par de segundos y comenzamos a besarnos como si estuviésemos poseídos. La misma pasión que se concentraba en los gritos de la gente que había fuera se encontraba en nuestras bocas. Las lenguas se aclamaban sedientas de placer, se desgañitaban en lengüetadas en lo que parecía una guerra sin fin. Marc me subió la minifalda y me acarició las nalgas por encima del culote de encaje mientras me lamía el cuello con desespero, alterando mi respiración sobremanera al sentir su lengua con tanta bravura. Nuestros cuerpos estaban reinados por un alto nivel de excitación, en ese instante éramos dos lunáticos en busca de placer y no entendíamos nada más, ni el lugar ni el momento. Se puso en cuclillas frente a mí y retiró a un lado el culote. Elevó una de mis piernas, apoyando la cuña de mi sandalia en la pared del estrecho aseo, y con aquella postura tan poco estética como necesaria para ahogar mi desenfrenado deseo, Marc empezó a batir su excitación por mi sexo. Lo recorrió con su habitual pericia, haciendo que mis ganas se elevasen por segundos, que la pasión me empapara con premura, paseando sus dedos sin parar por la entrada de mi cuerpo, rozándola, provocándome, logrando que ansiara sentirlos en mí.

—Marc, juega con tus dedos en mi interior —susurré.

Pero Marc continuó como si no hubiera oído nada, a lo suyo, retorciéndome el cuerpo con cada maestro movimiento de su boca, volviéndome cada vez más loca de placer.

—Marc, péntrame con tus dedos, por favor. —Levanté un poco el tono, por si no lo había escuchado.

—No, Cris —contestó, mirándome con seguridad—. Ese es mi castigo por no haberme dejado darte placer antes, en tu casa. Solo pienso penetrarte de una forma, y ya puedes imaginarte cómo. Es más, no quiero que dejes de imaginarlo y fantasearlo. Quiero que estés tan ansiosa por follarme como yo lo he estado dentro de esa ducha contigo —explicó con rotundidad, retornando la boca con vehemencia al punto de partida.

Las caricias de Marc se intensificaron para acelerar la llegada de mi orgasmo, mientras yo no paraba de fantasear con su cuerpo y el mío enredados en la cama, entregados a la lujuria. Ahogué un fuerte grito, clamoroso diría, cuando recibí aquel tremendo placer en forma de relámpago: rápido, cargado de energía y fulgurante,

atravesando todo mi ser de golpe. Palpitó en su boca a la vez que el clímax me sacudía, y Marc jadeó excitado en mi entrepierna al sentir cuánto gozaba. La onda expansiva del orgasmo alcanzó hasta el último recoveco de mi ardiente cuerpo. Apoyé las manos en su cabeza para sujetarme, los músculos me temblaban como si fueran de gelatina, las fuerzas me abandonaron por completo durante unos largos segundos. Cuando Marc se apartó de mí suspiré, me sentía henchida de satisfacción. Volvió a colocarme el culote y me bajó la minifalda, como si yo no pudiese hacerlo, y se levantó.

—Parece que te ha gustado. —Sonrió, emanando deseo por los ojos.

—¿Eso crees? Pues siento defraudarte —contesté lo más seria posible—. Solo estaba fingiendo para no herir tu ego de macho dominante.

—¡Vaya! —se lamentó con ironía—. De ser cierto podrías dedicarte a la interpretación porque has estado de Oscar —dijo dejándome atrapada entre medias de sus fuertes brazos—. Fíjate si eres buena actriz que me lo he creído tanto que estoy empalmado.

—¿Y quiere que haga algo al respecto, inspector jefe? —Me mordí el labio inferior.

—¡Uf!, no puede ni imaginárselo. —Sacudió la cabeza—. Pero, aunque me seduce mucho la idea de desfogarme ahora mismo, esperaré a llegar a tu casa. —Me guiñó el ojo—. Tienes otro castigo pendiente, tendré que pensar en él y no quiero distracciones.

—¿Yo le distraigo? —pregunté de forma burlesca.

—¡No, qué va! Solo me descentras por completo —respondió—. Y en este momento necesito estar centrado para pensar en mi venganza.

—¡Uhh! ¿Tengo que asustarme? —Esbocé una sutil sonrisa.

—Tiene que excitarse, letrada. —Besó mis labios—. Y ahora voy a ir detrás de ti para que la evidencia de mi deseo no sea tan notable. Parece que resalta un poco —comentó, descendiendo la vista hasta su entrepierna bastante turgente.

—De acuerdo, como usted quiera, inspector jefe. Le cubriré y me excitaré pensando en su castigo. —Los dos nos echamos a reír mientras salíamos del pequeño habitáculo.

Según nos acercábamos a la salida del baño un grupo de chicas entró y a punto estuvieron de darme con la puerta en las narices. Al ver a Marc detrás de mí se quedaron paradas, pero no abrieron la boca, estarían fascinadas al ver el pedazo de bombón que me acompañaba. Marc, al ver nuestra mutua paralización, posó las manos en mi cintura y me empujó con suavidad para salir de allí. Regresamos abriéndonos paso entre la multitud como podíamos, la sala estaba tan abarrotada que era difícil moverse. Y tras unos cuantos empujones para apartar a la gente, al fin llegamos al lugar donde se encontraban mis amigas.

—¡Eh! ¿Dónde os habéis metido? —Mari nos miró a los dos.

—¿Queréis beber algo? —preguntó Marc.

—Sí, otro ron con cola —le respondí.

—Y otro para mí —añadió Mari.

—Vale, ahora vuelvo.

Mari no dejaba de observarme con cara de detector, haciendo una radiografía de mi cerebro para hallar la respuesta que ella buscaba y quería.

—¿Qué? —pregunté, alargando la palabra.

—No me has respondido, Cris. ¿Dónde estabais? Os he estado buscando un rato, luego he abandonado la misión.

—Hemos salido a que nos diera un poco el aire.

—¿Y qué más os ha dado? Traes una cara de absoluta felicidad, y esa cara suele conseguirse con un... ¡Oh!, mejor no me digas nada. —Me miró con los ojos muy abiertos—. Cállate porque de seguro que solo servirá para darme envidia, ¿verdad? —preguntó afirmando. No pude evitar echarme a reír; ella, al momento, rio conmigo.

Marc llegó con las bebidas y terminamos de ver el concierto. Estuvo muy bien, al menos lo poco que nosotros vimos. Decidimos poner fin a la velada y marcharnos a mi casa, tenía un castigo que cumplir y Marc estaba ansioso por imponérmelo, así que empezamos a despedirnos. Inés decidió pasar la noche en casa de Mario, estaba más que claro cómo iban a acabar: dormirían poco. Julia estaba un poco perjudicada, por no decir bastante, se le había ido la mano bebiendo, y Mari creyó oportuno llevársela a su casa para dormir la mona. Después de despedirnos y de volver a quedar para el día siguiente, o mejor decir para ese día unas cuantas horas más tarde, Marc y yo abandonamos el *pub*. Yo también sabía cómo terminaría mi noche, aunque desconocía qué haría Marc para hacerme alcanzar ese fin y deseaba empezar cuanto antes para conocer mi condena.

Por fin entramos en mi casa. Tenía tantas ganas de llegar que el corto trayecto se me había hecho interminable. Según Marc cerró la puerta me lancé a por él como una fiera, consumida por el enorme deseo de sentirlo dentro de mí, de conocer el castigo que me llevaría a alcanzar el orgasmo. Nos besamos enloquecidos, lamiéndonos las bocas de tal forma que parecía nos iba la vida en ello, la ardiente excitación nos hacía perder toda sensatez. Sus hábiles manos me despojaron del corpiño y del sujetador en segundos. Me elevó para cogerme en brazos y tomó mis pechos con la boca, turnando los labios de uno a otro con delicadeza hasta que por fin volvió a bajarme al suelo.

—Es una chica muy mala, letrada —dijo con tono arrebatador—. Primero no me ha dejado satisfacerla y después ha querido pervertirme. Pervertir a un hombre que pertenece a la ley y el orden. —Fruunció los labios—. Me ha arrastrado a un servicio público para tener sexo conmigo, algo un poco indecente, ¿no cree? —preguntó con el mismo timbre de voz, con esa modulación de lo más sugerente—. Así que sin duda alguna no me deja otra salida para corregir esos comportamientos que castigarla, me veo en la obligación de hacerlo —afirmó, asintiendo con la cabeza.

—Lleva toda la razón, inspector jefe, he sido una chica mala, me declaro culpable —coincidí con él—. Comprenderé que se vea en el deber de castigarme y para ello tenga que esposarme. Solo espero que su cuerpo me castigue con dureza un buen rato —advertí de manera seductora.

La respiración se me agitaba con mis pensamientos plagados de placer, fantaseando con la particular forma que Marc tenía de hacerme gozar, sabiendo que estaba a punto de satisfacerme de nuevo.

—Si eso es lo que quiere, eso haré, letrada, castigarla sin clemencia —repuso—. Voy a esposarla a su cama para follarla tantas veces como pueda, hasta que me suplique parar. ¿Le parece bien mi castigo? ¿Es lo suficiente largo y duro para usted? —Su entonación se volvió lujuriosa.

—No habría otro mejor por mucho que lo buscase, se lo aseguro.

Mi corazón estaba a punto de descarrilar por la velocidad a la que la excitación le estaba conduciendo.

Marc se dirigió con seguridad hasta su maleta y sacó un pequeño maletín donde guardaba la placa, el arma y un juego de esposas. Las cogió y se dirigió a mí con una sonrisa astuta que irradiaba lascivia. Al verle con ellas en las manos mi cuerpo ardió deseoso, de manera incontrolable, expectante por todo lo que estaba a punto de experimentar. Iba a cumplirse mi fantasía, una más, la que deseé desde el principio, la que tantas veces le había insinuado a Marc. Aún no podía creérmelo pero estaba a punto de suceder.

—Letrada, queda usted arrestada por ser una chica muy mala. Aunque debo

reconocer que está muy buena. —Estiró un segundo las comisuras de los labios y prosiguió—: Solo podrá hablar para pedirme que le dé más placer o para suplicarme parar porque ya no puede más, porque es incapaz de soportar el duro castigo de aguantar más orgasmos. ¿Ha entendido bien sus derechos? —me preguntó con la boca casi pegada a la mía.

—Sí, inspector jefe, los he entendido a la perfección y puede hacer conmigo todo lo que quiera —respondí inhalando el dulce aroma de su aliento.

Marc, sin perder un segundo, echó mi cuerpo a su hombro y me llevó cabeza abajo hacia la habitación. Yo no paraba de darle manotazos en su prieto culo durante el pequeño trayecto, y él, con voz autoritaria, me decía que no me resistiera porque sería peor y el castigo se agrandaría. Mi excitación crecía por segundos, su provocador juego era mucho mejor de lo que yo había fantaseado. Todo, absolutamente todo, siempre había sido mejor de como yo lo había imaginado.

Me dejó con cuidado al pie de la cama y terminó de desnudarme. Me prohibió moverme mientras lo hacía y obedecí. Cuando terminó me solicitó tumbarme y ponerme cómoda antes de esposarme. Asegurándose de que estaba bien en esa postura, me envolvió las muñecas con unos pañuelos y me miró.

—¿Estás segura?

—Segurísima —afirmé con emoción, aunque con una duda que demandarle—: Pero ¿por qué me has puesto esos pañuelos?

—Para que las esposas no dejen señal en tu delicada piel, no me gustaría verte las marcas. —Me besó con ternura, y añadió—: Cris, hago esto porque tú me lo has pedido en más de una ocasión y sabes que me gusta y quiero complacerte.

Cogiendo las esposas cerró la primera en mi muñeca. Después, tras pasarlas por detrás de uno de los barrotes de mi cama, cerró la otra. Estaba del todo alterada, exaltada y ardiente con la situación. Yo desnuda y esposada a la cama, impaciente por que Marc entrara en ella, desesperada porque su cuerpo colmase al mío de placer. ¡Era tan excitante!

—¿Estás bien, te molestan? —interpeló preocupado.

—Me molesta que no esté desnudo y encima de mí ya, inspector jefe. —Le guiñé el ojo, y él sonrió.

Marc se desnudó raudamente, en segundos, se metió en la cama y comenzó a deslizar su lengua por todo mi cuerpo, castigándome con su fogosidad, dejando una señal con la ardiente saliva por donde pasaba. De vez en cuando hacía una parada en mi boca y me saboreaba por completo, hasta dejarme sin aliento. Me estaba sometiendo a una condena muy dura con la firme y única intención de complacerme. Escuché el afilado ruido de la corta cadena de las esposas rechinando en el barrote de la cama al moverme, y dejé de hacerlo. Aunque la insaciable boca de Marc no pensó lo mismo y no se cansaba de transitar mi más que saciado cuerpo de besos y caricias.

—¡Por favor, para ya! —me quejé, estaba ansiosa por que me poseyera.

—¿Ya quiere que pare, letrada? —preguntó, apartando la boca de mi cuerpo—.

Ni siquiera hemos empezado a divertirnos de verdad. Creí haberla oído decir que podía hacer todo lo que quisiera con usted —anunció, mirándome con sus fulgurantes y bellos ojos verdes.

—Y escuchaste bien —confirmé—. Pero tengo más necesidades.

—¡Ah, sí! ¿Cuáles? —preguntó con orgullo.

—Unas que ansío satisfagas.

—Dímelas —sonó a exigencia.

—Deseo tenerte dentro de mí, llevo toda la noche pensando en ello —confesé.

Marc estiró los labios de forma traviesa y dijo:

—Justo así era como la quería, pensando solo en tenerme dentro de usted.

—Pues a qué esperas —le provoqué—. Estoy desnuda y esposada a la cama, deseosa de que me lo hagas.

—Muy bien, letrada, saciaré su apetito, y lo haré tantas veces como pueda —aseveró risueño—. Recuerde que tiene que soportar el castigo de ser poseída por mi cuerpo hasta el agotamiento, ¿podrás, Cris? —preguntó separándome las piernas con calma. Entró en mí con lentitud sin apartar la vista de mi mirada, y se quedó quieto en mi interior al ocuparme entera.

Un jadeo se me escapó por la boca al sentirlo en mis adentros. Había desesperado durante todo el día porque llegara ese momento, en verdad Marc no podría ni imaginarse mis inmensas ganas. Pero, además, lo estaba haciendo esposada a mi cama, como yo deseaba, como yo había fantaseado en más de una ocasión; y estaba siendo una experiencia alucinante.

—Para de hablar y hazlo, Marc, fóllame hasta el desfallecimiento —instó de manera imperiosa mi excitación.

—Dalo por hecho —respondió con seguridad.

La boca de Marc me besó de esa forma loca y voraz en donde me comía y succionaba labios y lengua por igual y sin parar. Yo le respondí con las mismas arrebatadas ganas, disipada por el deseo, ardiendo de pasión y arrastrada por su enloquecimiento. Estábamos dominados por una fuerza sobrenatural que nos trastornaba, nos arrancaba toda cordura y sensatez. Apartándose un momento de mis labios, pasó las manos por mis estirados brazos hasta tocar las esposas, clavando de nuevo su verde mirada en mi retina.

—¿De verdad que estás bien, no te molestan?

—Sí, no te preocupes y continúa. —Me quejé por su interrupción—. Está siendo muy excitante, Marc.

—Entonces, ¿te gusta, Cris? ¿Disfrutas de tu fantasía? —preguntó susurrando, pegado a mis labios.

—Sí, me gusta mucho. Y por eso no quiero que pares, sigue, por favor. —Le supliqué.

El obediente de Marc continuó turnando besos por mi cuello y boca con estimulantes y provocadores jadeos. Sus manos se agarraron a mis caderas mientras

chocaba con vigor su cuerpo al mío, a la vez que me cabalgaba con dureza. Y lo hacía así no solo porque le gustase a él, sino porque sabía que a mí me encantaba esa bravía forma de llegar al orgasmo. Era al sexo al que Marc me había habituado y ya no podía pensar en ningún otro que no fuera uno desmedido e irracional, que me llevara al límite entre la locura y la razón, que me hiciese pensar que no podría soportar tanto placer, que me agotase hasta el extremo y lograra hacerme perder por el camino hasta la respiración. Volví a pensar que Marc me había convertido en una adicta a su sexo, me había enganchado a su placer incondicional. Sin lugar a dudas, me había transformado en una yonqui y, como todos ellos, en lo único que era capaz de pensar desde que me levantaba hasta que me acostaba era en mi droga.

Mientras sus impetuosas pero controladas embestidas me conducían a un placer increíble, Marc dejó caer su cuerpo sobre mi pecho, hundiendo la cabeza en mi cuello. Su peso comenzó a crearme una angustiosa presión, excesiva, apenas podía respirar. Su alterada respiración se pegó por completo a mi oído y, a diferencia de otras ocasiones, la sensación que me produjo no me gustó. Quería apartarlo de mí, lo necesitaba, sin embargo las esposas me impedían mover los brazos, me tenían inmovilizada. Intenté decirle que se levantase, que me oprimía, si bien la falta de aire no me dejaba hablar. El miedo terminó paralizándome entera al revivir todas esas mismas sensaciones de nuevo. Mi mente se transportó de inmediato quince años atrás, hasta aquella fatídica noche con Javier. La noche en la que no pude moverme ni hablar, la que cambió mi vida.

Ajeno a lo que me estaba ocurriendo, Marc seguía impulsándose contra mi cuerpo y el pánico se apoderó de mí. Mis ojos no discernían entre la realidad del momento y mi recuerdo de antaño, ya no sabían si veían a Marc o era Javier el que se encontraba encima de mí. Una lágrima comenzó a recorrerme la mejilla con rapidez y, sin saber ni cómo, conseguí arrancar un ruido desgarrador, casi estridente, de mi garganta. Marc se apartó y me miró, la cara se le transformó al momento en puro pavor.

—¡Cris, Cris! ¿Qué te ocurre? —preguntó alterado, quitándose las esposas en cuestión de segundos y abrazándome fuerte—. Cris, ¿qué te pasa?

La presión en el pecho desapareció poco a poco, aunque continuaba respirando con dificultad, quizá con demasiada. Intenté controlarla, pero me sobrevino un golpe de tos, provocado por la misma ansiedad, que se hacía más fuerte por segundos. Tanto que noté cómo las arcadas se apoderaban de mí y salí corriendo hacia el baño a vomitar. Marc llegó detrás y me sujetó la frente mientras me deshacía en bocanadas, sin parar de acariciarme la espalda para calmarme. La imagen de Javier no desaparecía de mi mente, era imposible de borrar, y un espantoso escalofrío me recorrió el ser rasguñándome el alma. Mis pocos recuerdos de aquella maldita noche se sucedieron una y otra vez al igual que un cortometraje en sesión continua.

Después de vaciar el estómago por completo me senté un momento en el suelo, apoyando el desnudo cuerpo en los fríos azulejos del baño. Marc no apartaba los ojos de mí, estaba serio y asustado.

—Cris, cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Ha sido por las esposas? Cuéntamelo, por favor —suplicó con aflicción.

Rompí a llorar con un dolor atroz, desolada. Mis ojos se convirtieron en las compuertas de un pantano abiertas para que expulsara todo su caudal. Tras un largo rato junto a mí, consolándome, Marc me levantó, me lavó la cara y, poniéndome un albornoz, me condujo hasta la habitación. Me dejó sentada en el borde de la cama mientras él se ponía sus bóxer. Permanecí allí tal como él me había dejado, sin moverme, abstraída por completo, desorientada en mi caótica mente. Al momento se sentó a mi lado y me abrazó con sus fuertes brazos, tratando de protegerme con ellos del mundo, besándome con ternura el cabello.

—Cris, por favor, ¿me lo vas a contar? Lo necesito —susurró muy consternado.

Volteé la cabeza despacio hacia él y observé sus preciosos y encantadores ojos verdes, ahora no eran seductores ni lascivos, denotaban preocupación y miedo; y eso me entristeció mucho.

¿Qué le podía contar? No tenía la menor idea. Pero lo que tenía claro era que no iba a decirle la verdad. No quería que Marc se enterase de aquello, no quería que supiera lo de Javier, no quería que sintiese pena por mí. No quería.

—No sé, Marc —dije al fin—. He fantaseado con esto desde casi nuestra primera cita; sin embargo, en mis fantasías era mejor que en la realidad. Cuando he notado que no podía moverme y he sentido tu presión en mi pecho... —Un nudo volvió atenazarme la garganta recordando a Javier—. No sé, me he agobiado, creo que me ha dado un pequeño ataque de ansiedad. Perdóname —le pedí, apoyando la cabeza en su hombro, con las lágrimas de nuevo deslizándose por mis mejillas.

—¡Eh, eh! No tengo nada que perdonarte, Cris —enunció suplicante—. En todo caso soy yo el culpable por acceder a tus peticiones. —Asintió—. Pero ya ha pasado, estoy aquí contigo, ¿vale?

—Vale —balbuceé.

Marc siguió besando mi pelo y protegiéndome con su cuerpo durante un largo rato, intentando con ello calmarme por completo.

—¿Sabes que te podría venir bien ahora? —me preguntó casi en un susurro.

—¿Él qué?

—Un masaje —afirmó—. Un maravilloso y relajante masaje. ¿Quieres? —Sonrió con sutileza.

—Sí, de acuerdo —contesté, asintiendo a la vez con la cabeza.

—Pues voy a buscar en el baño algún aceite o crema corporal y enseguida estoy de vuelta, preciosa. —Me besó en la frente.

Marc regresó con un aceite de frambuesa con un aroma fabuloso. Perteneecía a un set de baño que Mari me había regalado por mi cumpleaños y aún estaba por estrenar. Me quitó el albornoz y yo me tumbé bocabajo. Sentado encima de mis muslos, comenzó a darme un agradable y gratificante masaje, acariciándome la espalda con suavidad, ejerciendo una leve presión en los hombros, masajeándolos para intentar

aliviarme la tensión. Pasaba las manos desde la zona lumbar hasta el cuello, recorriendo toda la columna vertebral con una ligera friega, y volvía a masajearme los hombros. Poco a poco sus manos consiguieron relajarme, despojaron a mi cuerpo de la tensión y mi mente comenzó a difuminar la imagen de Javier y a cuestionarse otros asuntos. Temas por los que mi boca no tardó en tratar de hallar algún tipo de respuesta, y me lancé a preguntar:

—Marc, ¿habías hecho esto más veces?

—Sí, no es mi primer masaje, la verdad.

—No, me refiero a lo de las esposas —puntualicé.

—¡Ah! —Calló un segundo—. No, nunca, tú has sido la primera. —La breve pausa se repitió—. Y tengo muy claro que la última también —contestó con rotundidad, mientras continuaba masajeadome la espalda.

—Tú no has tenido la culpa, Marc, solo has querido ser condescendiente conmigo, nada más. Ninguno sabíamos que iba a ocurrir esto. —Suspiré.

—Desde luego que no imaginaba un final así, Cris, pero debo reconocer que a mí no me gusta jugar con las esposas. Para mí tienen un significado diferente, no las veo como un juguete sexual —reveló serio—. Debes tener en cuenta que yo las uso para arrestar a gente, para inmovilizarlos porque han cometido algún tipo de delito. Para mí no evocan placer, no tienen nada que ver con el sexo —expulsó una bocanada de aire—. Yo sé que a muchas personas les gustan ese tipo de cosas: grilletes, cuerdas, hasta bozales, y lo respeto, cada uno puede hacer lo que quiera en la cama siempre que los dos estén de acuerdo, pero eso no va conmigo. No has sido la primera que me lo ha pedido, aunque sí la primera con la que he accedido y, con franqueza, la experiencia no me ha gustado.

Las palabras de Marc me conmovieron por completo, acababa de brotar por su boca la sinceridad más pura. Me sentí fatal, peor aún, sabía que él no tenía la culpa de lo que me había ocurrido, le estaba ocultando información para que fuese capaz de entenderlo. Una información primordial que lograría no hacerle sentir mal, que, con independencia de no gustarle mezclar las esposas con los temas de cama, le haría comprender que mi ataque de ansiedad nada tenía que ver con él, no había sido culpa suya. Los remordimientos comenzaron a angustiarme y sentí la garganta del todo seca. Tanto que las paredes se me quedaban pegadas al intentar tragar saliva.

—Marc, ¿te importaría traerme un vaso de agua, por favor?

—Por supuesto, cariño —dijo, marchándose a por él.

Era la segunda vez que esta noche escuchaba esa palabra de su boca: *cariño*. Pero me encontraba tan apesadumbrada que, lejos de molestarme, necesitaba oírlo para sentirme mejor.

Marc regresó con el agua y me incorporé para beber, quedando sentada en el borde de la cama. Sentía la garganta áspera, como si fuera de trapo, e ingerí el contenido de un solo trago, sin ni siquiera respirar. Sentado a mi lado, Marc me miraba atento mientras yo dejaba el vaso encima de la mesilla de noche.

—¡Vaya! Sí que tenías sed. —Intentó sonreír, aunque sin éxito.

Me acerqué a él y lo besé en la boca. Un beso casto, puro, con el que le estaba pidiendo perdón a pesar de que él lo ignorase. Marc me acarició la cara con sus manos y me miró como si no me hubiera visto nunca, como si tuviese que memorizar cada rasgo de mi rostro.

—Me has hecho pasar miedo, Cris, tú cara reflejaba pánico y mucho dolor. Si te hubiera ocurrido algo... no sé... —La voz se le quebró y bajó la cabeza.

—¡Eh, tranquilo! No me ha pasado nada, Marc. ¡Mírame! —le exigí, y él ascendió la vista hacia mí—. Estoy bien, ya ha pasado todo, olvidémoslo, ¿vale?

Volví a besarlo, pero esta vez busqué su lengua para acariciarla con la mía. Él me respondió de forma suave y dulce, entrelazándola con delicadeza. Y mientras nuestras bocas continuaban unidas, comencé a tocarle el cuerpo. Pero Marc me apartó de él, dejándome confundida.

—No creo que sea lo mejor para ti ahora, Cris, acabas de pasar por una mala experiencia. Creo que sería mejor dejarlo para mañana, hasta que te encuentres mejor.

—Me encuentro bien, Marc, y quiero tu cuerpo, lo deseo. Por favor, hagámoslo, lo necesito —imploré.

Marc no dijo nada, solo se acercó y empezó a besarme con delicadeza y dulzura. Nuestros besos nos hicieron caer en la cama y, con sumo cuidado, el cuerpo de Marc se tumbó encima del mío, sin dejar de saborearme la boca. Recorrió mi piel con delicadeza, tocándola solo con las yemas de sus dedos, regalándome toda su ternura. Me excitó despacio, me preparó sin prisa, pendiente en todo momento de que me encontrase bien. Todo era sutil, suave, llegando a rozar lo frágil. En el ambiente comenzó a imperar algo desconocido que se envolvía en mi ser como una agradable caricia. Marc entró en mí despacio, expectante de mi reacción, sin dejar de mirarme a la cara, emprendiendo unos movimientos lentos pero profundos, intensos, persistentes hasta hacerme alcanzar el orgasmo fundida en sus ojos. Él me acompañó enseguida, alimentado por todo mi placer, jadeando en susurros. Nuestra unión era diferente, no por ello menos intensa o gratificante, pero sí distinta. Era un acto sexual dulce, delicado y aterciopelado que dejó a nuestros cuerpos exhaustos de placer, agotados por completo. Nos unimos en un beso largo y tierno, abrazados el uno al otro, pletóricos de satisfacción. Y con nuestros cuerpos enredados, unidos entre sí, nos quedamos dormidos.

Sentí unos besos en el hombro y mis ojos comenzaron a abrirse con lentitud. Descubrí a Marc mirándome sonriente, y mi boca le devolvió el gesto.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con dulzura.

—Bien, muy bien —aseguré.

—Perfecto. Entonces voy a ir a la cocina, a ver qué tienes para preparar el desayuno. ¿Te parece bien?

—Me parece genial —contesté acercándome a él, y nos besamos.

—Aunque estoy seguro de que no hay mejor desayuno posible que tus labios —apostilló Marc—. ¡Quiero más! —exclamó, y volvimos a unir nuestras bocas.

Al separarnos, mi arrepentimiento por lo sucedido escasas horas antes lo miró, y mi conciencia habló:

—Marc, quería pedirte perdón por lo de anoche. —Hice una brevísima pausa—. Verás, cuando me contaste que no te gustaba jugar con las esposas, lo que significan para ti, todo eso..., me sentí fatal. Si yo lo hubiera sabido nunca te lo habría insinuado. No me paré a verlo desde tu punto de vista, ni siquiera lo habría imaginado. —Suspiré compungida—. Lo siento, de veras.

—¡Eh, no quiero que te sientas mal! Si lo hice fue porque quise, tú no me obligaste. Además, ¿qué me dijiste ayer? Que lo olvidáramos, ¿no?, pues yo ya lo he hecho. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —confirmé.

—Y ahora voy a prepararte un buen desayuno, quiero que estés fuerte para lo que nos queda de día juntos. El sexo desgasta mucho. —Me guiñó el ojo.

Marc salió de la cama, se puso su seductor bóxer con una camiseta y se encaminó a la cocina; yo me marché al baño para asearme un poco. A la vuelta, cogí de su ropa la camiseta que había llevado puesta la noche anterior, pretendía que mi piel se impregnase del maravilloso aroma de la suya.

Pensé en hacer la cama, pero al instante deseché la idea. De seguro que tardaríamos poco en volver a deshacerla, de modo que solo estiré las sábanas. Yendo hacia la cocina, por el pasillo, percibí el agradable olor a comida y el apetito se me abrió al momento. El olor me era familiar y deduje de inmediato lo que Marc estaba cocinando.

—Huevos revueltos con beicon, ¿verdad? —pregunté afirmando, nada más entrar en la cocina.

—Correcto, letrada, tiene que comer proteínas para estar fuerte. Siéntese, ya termino.

Marc acercó los dos platos a la mesa, unas tostadas y zumo de naranja recién exprimido. Empecé a comer con enorme apetito, parecía que llevase días sin hacerlo.

Más que comer, podría decirse que engullía.

—Tranquila, letrada, no hay prisa... ¿o sí? —demandó, mirándome con esa mirada suya tan provocadora, sabiendo lo que significaba el centelleo de sus ojos—. ¿Está impaciente por empezar a hacer algo placentero conmigo?

—Puede que tenga prisa y esté impaciente —contesté con la boca llena.

—Admito que yo también —afirmó entre risas—, pero no me gustaría que se atragante, por favor. —Me eché a reír con él.

Mientras desayunábamos hablamos del fin de semana, de mis amigas, de mi madre, mi tía, de lo bien que lo habíamos pasado juntos... Y fui consciente de que todo se terminaría en solo unas pocas horas y el corazón se me encogió al pensarlo.

—No sabía que tuvieras una tía tan joven, nunca me has hablado de ella —dijo Marc.

—Bueno, en realidad tú y yo hablamos poco de nuestras vidas. Cuando estamos juntos usamos la boca para otras cosas. —Mis labios dibujaron una astuta sonrisa.

—Sí, vale —convino conmigo sonriendo, y puntualizó—: Pero hablar también está bien. De esa manera se conocen las personas, se desahogan, se entabla una conversación... Es bueno comunicarse y creo que muy importante. —Asintió—. Ya sé que nosotros nos comunicamos con nuestros cuerpos, pero una charla siempre es buena, ¿no?

—Si es amena sí, por supuesto.

—¿Mis escasas charlas contigo han sido amenas o, por el contrario, te he aburrido?

—No, para nada, Marc, eres muy divertido. Lo poco que conozco de tu carácter me gusta, nunca me has aburrido —resolví—. Pero volviendo al hilo de la conversación, te diré que mi tía es un espíritu libre que no se ata a nada ni le gusta agobiar a nadie. Cuando le conté que me mudaba a Madrid fue la que más apoyo moral me dio, pese a vivir en Londres. Y aunque no nos llamamos a cada momento, ni cada mes, ni en un tiempo predefinido, me tiene dicho que la llame cuando me haga falta, y eso hago. Pero te puedo decir, aunque suene paradójico, que a pesar de la distancia estamos muy unidas. Siempre hemos congeniado a la perfección. —Apoyé las manos en la mesa, mirándolo a los ojos—. Ahora tú tienes que contarme algo de tu vida —le reclamé.

Marc me sostuvo la mirada como hacía siempre, sus ojos nunca se amilanaban ante los míos, y con una inicial sonrisa me preguntó:

—¿De qué quieres que te hable?

—De tu trabajo, tus amigos, si tuviste un amor de juventud..., de todas esas cosas.

—¡Vaya! —Silbó sorprendido—. Tú me hablas unos segundos de tu tía y a cambio quieres que te resuma toda mi vida —enunció arqueando las cejas, y añadió de inmediato—: Si en su trabajo es así, letrada, es muy buena. Siempre jugará con ventaja.

Me sentí un poco ruborizada con las palabras de Marc porque llevaba toda la razón. Yo le acababa de dar las migajas de las migas, unos pobres flecos de información sobre mi vida; sin embargo, a él le pedía todos los datos disponibles de la suya.

—Llevas razón, perdona —admití ante él—. Cuéntame lo que quieras.

Marc sacudió la cabeza con un gesto amable y me dijo:

—Yo no tengo ningún problema en contarte mi vida, Cris, pero me resulta curioso que tú apenas hables de la tuya y quieras conocer todo de la mía.

Volví a sentirme avergonzada.

—Lo siento, de veras, no era mi intención parecer una cotilla.

—No quiero que te disculpes, ni lo pretendo —aclaró—. Es normal sentir ese tipo de curiosidad por ambas partes, ¿no crees? Y, como te he dicho, no tengo ningún problema en hablarte de mí, Cris. Tampoco tengo mucho que contar —se encogió de hombros—, pues casi toda mi vida se centra en el trabajo. Mis amigos están en Barcelona, en Madrid apenas tengo, si te dedicas en cuerpo y alma a esta profesión no hay tiempo para más —aseguró—. La mayoría de ellos ya están casados y tienen hijos, sus vidas han cambiado mucho. No he tenido amores porque debía luchar por mi carrera como inspector y no había tiempo para nada más. Ya te comenté que mantener una relación de esa forma no sería justo para ninguna de las dos partes. —Se cruzó de brazos y los apoyó encima de la mesa—. Por lo tanto, mi vida queda resumida a mi trabajo, como has podido comprobar. Un trabajo que me apasiona, aunque a veces es agobiante y duro. Hay cosas que nunca me habría gustado ver pero he visto. El ser humano puede llegar a ser muy cruel y mezquino.

—¿Como qué? —interpelé con curiosidad.

—Muertes, violaciones, trata de blancas, ajustes de cuentas... —Sopló con resignación—. El mundo de las drogas engloba todo eso y más, es muy sórdido —afirmó con rotundidad—. Cuando estás en una unidad especial te adentras en un universo que a veces asusta, pero debes pensar que tú estás ahí para mejorarlo, para defender a las víctimas, para atrapar a los desalmados. Eso es lo que me motiva cada día —concluyó emitiendo un profundo suspiro.

Sin meditarlo me levanté de la mesa y me senté en su regazo. Lo miré a los ojos y lo besé, poniendo en ese beso algo que surgió de lo más profundo de mis entrañas, algo que no alcanzaba a comprender, algo desconocido y extraño pero que me hizo desear a Marc como nunca. Cogiéndome en sus brazos, se levantó y se dirigió hasta la habitación conmigo. Me dejó en la cama, se quitó la camiseta y me miró sonriente.

—Desnúdate, Cris, ahora vuelvo. —Me guiñó el ojo y entró en el baño.

Me desnudé con prisa, impaciente porque llegara cuanto antes para disfrutar de su cuerpo. Al oír sus pasos me coloqué en la cama de lado, dejándole como vista mis nalgas, una parte de mi cuerpo que sabía le gustaba mucho.

—¡Vaya! —exclamó con una sutil risa—. Está claro que busca guerra, letrada. ¡Esa es mi chica! —Entró en la cama.

El pecho de Marc se pegó a mi espalda y empezó a cubrirme de besos desde los hombros hasta el cuello, y viceversa. Estaba excitado, duro; yo alterada, húmeda, deseosa como nunca. Le entregué mi sexo con desvergüenza y su mano no tardó ni un segundo en apropiarse de él, acariciándolo con gusto, jadeando suavemente en mi oído, logrando con ello ponerme hasta el último pelo de punta al sentir su exaltación.

—¡Oh, Cris! Me encanta estar mojado de ti, empapado en tu deseo, no sabes cómo me excita —susurró, volviendo a besarme el cuello mientras mi pelvis se movía al ritmo de su mano—. Qué ganas tienes de que esté en tu interior, de que arda dentro de ti, ¡cómo me gusta! —Emitió un gemido que me hizo agitarme, estaba ansiosa por sentirlo en mí—. Voy a penetrarte así, preciosa, desde detrás —explicó, colocándome para ocupar mi cuerpo.

Solo con escuchar esas tres palabras junto a su voz varonil bastó para excitarme con intensidad. «Voy a penetrarte», resonaba todo el tiempo en mi cabeza, alterándome el corazón por momentos, estremeciéndome el cuerpo en la ansiada espera por recibirlo. Su virilidad accedió con delicadeza a mis adentros, mis ojos se entrecerraron deseando que ese instante durara una eternidad. Era increíble lo que Marc me hacía sentir colmándome entera de él. Giré la cabeza para mirarlo y él se lanzó a mis labios. Nos besamos enloquecidos y como pudimos, porque esa postura no era la más favorable para entregarnos los labios. Aun así, queríamos saborearnos, paladear nuestras almas mientras Marc emprendía unos movimientos metódicos, estudiados para complacer y hacer gozar de manera sublime. Nos vimos obligados a separar las bocas al llenarse de irremediables jadeos por ambas partes. Jadeos secos, sin apenas aliento, poseídos por un placer inagotable. Nuestros cuerpos exudaban por la alta excitación a la que estábamos sometidos, notaba el sudor de Marc calándose en mi más que caliente piel, lo hacía con cada uno de sus medidos golpes. El mío humedecía tanto la sábana de la cama que empezaba a estar empapada. Terminé vibrando con ímpetu y jadeando a media voz; y Marc, dejándome confundida, paró sus movimientos sin haber alcanzado el placer.

—¿Qué ocurre? —interpelé de inmediato.

—Nada —contestó con calma—. Tan solo que tengo una cuenta pendiente contigo y voy a zanjarla. Quiero que grites de placer, por soportar tanto. —Se levantó de la cama y me ofreció la mano—. Ven, por favor.

Cogí la mano de Marc y me levanté con él, sin hacer preguntas, tan solo llena de curiosidad por conocer qué había planeado hacer. Me apoyó en la pared y comenzó a besarme con ansia, con la misma del primer día, cuando entró por la puerta vestido con su uniforme de policía para regalarme una de mis fantasías. Comiéndonos las bocas de forma enloquecida, de pronto, Marc me giró quedando mi pecho pegado a la pared, el suyo a mi espalda. Me separó las piernas una vez más con los pies, con suavidad, y sus manos me acariciaron los costados elevándome despacio los brazos.

—Me fascina palpar tu excitación, las ganas que sientes por obtener tu placer, por alcanzar el orgasmo —musitó en mi oído empezando a acariciarme el sexo—. Y

sabes que yo solo deseo hacerte disfrutar, satisfacerte, Cris. ¿Quieres que lo haga? ¿Quieres que te satisfaga tanto que llegues a gritar de puro placer?

—Sí, lo quiero. —La voz tiritó entre mis labios por lo agitada que me encontraba.

—¿Quieres mi ansiosa y dura erección una vez más en tu ardiente, prieto y deseoso sexo? —runroneó, acariciándome el tímpano con su seductor y viril tono de voz, como hacía su mano en mi intimidad.

—Sí, eso lo quiero siempre —susurré muy excitada, una vez más sus palabras y actos me habían puesto a mil.

—Entonces sube a mis pies y te penetraré de nuevo, Cris. Quiero otro orgasmo tuyo, preciosa, y tú vas a dármelo, ¿a que sí?

—Sí —contesté en bajo, subiéndome rápido a sus pies como me había pedido.

La sedosa virilidad de Marc se entretuvo en acariciar mi sexo un momento, haciéndome estremecer con ese roce que tanto placer me producía.

—Te gusta, ¿verdad? —formuló la pregunta afirmando.

—Sí, mucho —respondí con voz trémula.

—A mí me encanta darte placer, Cris, sueño con ello todos los días —afirmó, desplazando con mucha delicadeza mis caderas hacia atrás, colocándome de ese modo para la inminente penetración—. ¿Estás preparada para recibirme?

—Sí, lo estoy y lo deseo —confesé con agitación.

—¿Lo deseas mucho? —musitó con dulzura.

—Sí —aseguré.

Marc entró en mí con extrema facilidad gracias a lo muy excitada que me tenía. Con un enérgico y profundo golpe logró cortarme el aliento e hizo que me deshiciera de gusto. Mis pies, de forma instintiva, se pusieron de puntillas encima de los suyos para acogerlo mejor. Quería más empujones como ese, había sido fantástico, y no dudé en solicitarlos. Recibí unos cuantos más con los que Marc emitía suaves gruñidos y yo jadeaba llena de placer. Y de esa forma el ritual de danza, esa manera que Marc tenía de bailar en mi interior que tanto nos satisfacía a ambos, comenzó. Con las manos apoyadas en mis brazos y su jadeante respiración soplándome en la oreja, empujó todos los gruesos embates hasta que mi cuerpo le anunció el orgasmo. Entonces Marc paró.

—Muy bien —dijo en voz queda, acariciando con suavidad de nuevo mi íntimo rincón mientras yo no paraba de convulsionar, a la vez que ahogaba los gritos apoyando la cabeza en la pared—. Ahora cambiaremos de postura, preciosa, y volverás a regalarme otro orgasmo.

Volteé la cabeza con celeridad y lo miré confusa. Él me obsequió una sonrisa vencedora y me besó en los labios de forma tierna. Se apartó despacio de mi cuerpo, esperando que yo abandonara la pared. Me sentí vacía por completo en ese momento, pero no solo mi sexo, sino algo más profundo que me desconcertó por no entenderlo. Marc me cogió de la mano y me acercó hasta la cama.

—Ponte a cuatro patas, por favor, quiero disfrutar de la bella vista de tu culo —

me explicó, y puntualizó—: Pero las rodillas ponlas en el borde del colchón porque yo me quedaré de pie fuera de la cama, Cris. Así quiero hacértelo ahora, ¿te parece una buena postura?

Sin abrir la boca, pero mirándolo con los ojos centelleantes y llenos de provocación, me coloqué como me dijo, le ofrecí la vista que tanto le fascinaba.

—Lo interpretaré como un sí —añadió, y me penetró con ganas, gruñendo más fuerte esta vez al entrar en mí, haciéndome gemir de tal forma por su impetuosidad que mi voz pareció más un aullido.

Marc decidió salir y entrar en mí varias veces y de idéntica manera, con vigor desmedido, haciéndome perder la cordura, toda razón. No quería que aquello terminase nunca, le quería dentro de mí todo el día, toda la noche. Los continuos jadeos que me producía esa novedosa manera de tomarme me dejaban sin aliento, me reseaban por completo los labios, el paladar, la garganta, hacían que me costara tragar. Pero sería una falacia no admitir que me encantaba la arrebatadora forma de poseerme de Marc, una manera tan febril que me dejaba sin aire y sin saliva.

—¿Quieres que me quede dentro de ti, Cris? —preguntó con un susurro lujurioso.

—Sí, hazlo —gemí.

—Pues pídemelo, por favor. Pídeme lo que quieres que te haga —habló con un suave acento de libertinaje.

—Quédate en mi interior, Marc, cabálgame sin parar, vuélveme loca y llévame al orgasmo de nuevo —respondí exaltada.

—Eso voy a hacer, preciosa, follarte hasta hacerte perder la cordura, hasta que me des lo que quiero, mi premio.

Sus manos se pegaron a mi cintura como ventosas, y elevó el ritmo de forma veloz hasta hacerme estallar de placer una vez más.

—¡Oh, Marc! —resollé entre espasmos y vibrando sin apenas fuerzas para sostenerme.

—Eso es, Cris, disfruta y reponte porque quiero uno más antes de correrme en ti. Tenemos que poner el broche final, quiero escucharte gritar y quiero vaciarme de nuevo en tu maravillosa vagina. Una vagina hecha para mí y a la que ansío entregarle mi chorro de deseo. ¿Lo quieres? —preguntó serpenteando los dedos por mi espalda.

—Sí, lo quiero —contesté encharcada en placer.

—Eso deseaba oírte decir. Ahora túmbate en la cama, cariño —dijo, volviéndome a vaciar de él.

«¡¿Cariño?! ¡¿Otra vez la palabreja de marras?!»

Apenas mi espalda había tocado el colchón de la cama cuando Marc se lanzó a por mí como una fiera. Agarrándome de las caderas me poseyó a lo bestia, dominado por la irracionalidad y lanzado bramidos en lugar de jadeos. Me encantó su brutal montura que me hizo alcanzar el clímax una vez más y sin poder creerlo. Y grité. Grité de placer porque aquel acto sexual encargado de llevarme al orgasmo una y otra vez estaba pensando, premeditado y programado para ello, para gritar.

—Marc... —jadeé extasiada, elevando la espalda del colchón al sentir ese bárbaro placer sacudirme por tercera vez.

—¡Sí! —exclamó, apretando fuerte la mandíbula, expulsando toda su existencia concentrada en una cálida ráfaga que me hizo sentir su fogoso calor en lo más hondo de mi profundidad.

La cara de Marc se dulcificó al momento de descargarse, los labios se le curvaron un poco y su boca emitió un largo e inacabable gemido que me encrespó la piel. El silencio atrapó nuestras bocas y mentes. El silencio que llegaba después de un maremágnum de enardecimiento, locura y entrega sin medida.

—¡Magnífico, Cris! —soltó Marc después de unos largos segundos, con la respiración fatigada—. Hacerlo contigo cada vez es más magnífico —confirmó, pegando su boca a la mía para besarnos con dulzura.

—Esto ha sido... ¡Buf! No sé ni cómo decir que ha sido... ¿Una locura orgásmica? —le pregunté.

—Podría ser una buena definición, me gusta. —Asintió medio sonriendo—. Aunque te aclararé que esta «locura orgásmica» podía haber durado más —aseguró con convencimiento—. Pero disfrutas tanto, te vuelves tan loca, que me haces perder la sesera y el control mental.

—Si durase más, entonces la correcta definición sería «suicidio orgásmico» —puntalicé, soltando una liviana risa—. Moriríamos por desfallecimiento y deshidratación, nos encontrarían unidos y empapados en nuestra propia sudoración.

—Puede. —Me observó, y nos echamos a reír—. Y hablando de sudoración en exceso, voy a ducharme, me haces sudar mucho. —Besó la punta de mi nariz y abandonó mi cuerpo.

—Creo que esta es la forma de sudar que más te gusta, ¿a que sí?

—Eso no lo dudes ni un segundo. Me pasaría todo el día y la noche sudando así contigo.

—Y a veces hasta tengo la impresión de que lo aguantarías. Veinticuatro horas cabalgándome —dije, parafraseando sus palabras de nuestro primer encuentro.

—Dalo por hecho, preciosa, aunque después tengas que enterrarme. —Sonrió—. ¡Ah! Me ha encantado escucharte gritar en medio de tu orgasmo. Deuda saldada, letrada. —Me guiñó el ojo y se marchó hacia el baño.

—Y a mí me ha encantado esta sesión de sexo con la que he comprendido que soy multiorgásmica, aunque siempre haya creído que eso era un cuento —susurré a solas, cuando Marc ya no se encontraba en la habitación.

Unos minutos después me levanté y me dirigí al baño también, era obvio que yo necesitaba otra ducha. Me costaba andar un poco, mis piernas estaban débiles y las ingles resentidas por tanto furor sexual. Marc ya se estaba duchando cuando llegué, y lo observé embobada a través de la mampara transparente. Era endiabladamente hermoso, un increíble ejemplar de masculinidad. No me cansaba de contemplar su escultural cuerpo que en ese momento se enjabonaba con calma, admirando la

perfecta y magnífica uve tan marcada de sus oblicuos. La uve de victoria para mí, que era quien la disfrutaba. Despacio, subí la vista hasta su rostro sorprendiéndome con la mirada de Marc.

—¿Puedo ayudarla en algo, letrada? ¿Quiere estar aquí, conmigo? —preguntó con habilidad.

—¡Oh, no! —respondí—. Ya sabemos los dos lo que pasará si entro ahí contigo. Esperaré a que salgas para ducharme. Hemos quedado con mis amigas y sabes que no me gusta llegar tarde.

—Lo que usted diga, letrada. Pero me reservo mi derecho a sexo antes de irme.

—Eso suena a promesa, inspector jefe.

—Y sabe que siempre las cumplo —contestó, saliendo de la ducha y guiñándome el ojo.

No era capaz de apartar la vista de él, observándolo en silencio mientras se secaba el cuerpo con una mullida toalla. Él me miraba a través del espejo, provocándome con sus ojos, disfrutaba viendo cuánto lo deseaba.

Todo aquel silencio se esfumó cuando sonó el teléfono de Marc. Dándose media vuelta, me miró y chasqueó los labios. Su expresión no me gustó, presagiaba que esa llamada no eran buenas noticias. Con la toalla enrollada a las caderas, se dirigió con urgencia a por el móvil.

—Inspector jefe Balaguer —contestó, volviendo ese asombroso cambio en él.

De nuevo había dejado de ser Marc, el hombre que me hacía tocar el cielo una y otra vez hasta rozar la locura, con el que rodaba por la cama arrastrada por una inmensa pasión, el que me sometía a su dura cabalgada hasta alcanzarme el orgasmo. Aquel hombre ya no estaba, había vuelto a desvanecerse, ahora solo se encontraba el duro y frío inspector jefe Balaguer. ¿Cómo podían coexistir en el mismo cuerpo esos dos hombres tan distintos? No alcanzaba a entenderlo, pero necesitaba hacerlo. Precisaba una explicación coherente.

—En unas horas estoy ahí —anunció al emisor de la llamada—. Tenemos que tenerlo todo preparado, no se nos pueden escapar de nuevo esos hijos de puta. ¿De acuerdo? —Hizo una larga pausa escuchando al interlocutor—. Pues si hay que hacerlo en Madrid lo haremos en Madrid, el caso es detenerlos a todos, pero primero a él. ¡Joder!, llevamos más de un año detrás de todo esto, nos hemos dejado la piel con la investigación. En el último mes le hemos echado cuantas horas han sido necesarias sin atender a horarios. Hay demasiado trabajo invertido como para tirarlo a la basura. —Volvió otra pausa, esta vez más breve—. Está bien, salgo ahora mismo para allá. —Colgó.

Todos los planes del día de hoy se acababan de esfumar de un plumazo, mejor decir, de un telefonazo.

—Cris, tengo que regresar a Almería antes de tiempo, lo siento, preciosa, sabré compensarte. —Me abrazó.

—Bueno, hemos disfrutado de un día entero y dos noches, no está mal —

comenté.

—Nada mal —añadió, y me besó con pasión, recorriéndome toda la boca con la lengua hasta dominarme con su habitual destreza.

Al separarse de mí apoyó la frente contra la mía y sonrió.

—¿Qué te hace gracia? —pregunté confundida.

—Que aquí abajo alguien parece no haberse enterado de que se va —contestó, señalándome con la vista hacia la toalla, que dejaba patente su erección.

—Parece no estar por la labor de irse, la verdad. —Nos echamos a reír. Después lo miré seria y decidí encontrar una respuesta a lo que tan confusa me tenía—. Marc, antes de que te vayas quiero preguntarte algo que me tiene muy desconcertada desde hace algunas semanas.

—¿El qué?

—Cada vez que te han llamado de comisaría has cambiado por completo, has dado un giro de ciento ochenta grados. Eso me desorienta mucho, porque no hago más que pensar quién es de verdad Marc Balaguer, y necesito saberlo. —Mi voz sonó a ruego—. El Marc que yo conozco es del todo opuesto al inspector jefe Balaguer. ¿Cuál eres en realidad?

Marc me miró con un gesto lleno de sorpresa, casi aturdido, y contestó:

—Cris, tú conoces al hombre que soy. Conoces a Marc Balaguer, un hombre al que le encanta volver loca a una letrada llamada Cristina Marín. Un hombre que solo piensa en darte placer de la forma que sea. Un hombre que no es capaz de besarte sin alterarse, como acabas de comprobar. Ese soy yo —concluyó en un susurro.

—Y el inspector jefe Balaguer, ¿dónde queda? —inquirí con intriga.

—En el trabajo, solo allí, Cris —aseguró, manando de su mirada una profunda sinceridad—. Allí tengo que imponer autoridad, es mi obligación, al igual que mis mandos hacen conmigo. Me ha costado mucho alcanzar mi posición, y si he ascendido ha sido gracias a los esfuerzos, el duro trabajo y a la reputación que me he labrado. —Vaciló un momento mientras pasaba la mano por su húmedo cabello—. Llevo una unidad de hombres que confían en mí y que se juegan la vida en muchas ocasiones. Eso no se logra de otra forma que no sea a base de autoridad y respeto. ¿Lo entiendes? —Me observó serio.

—Sí, lo entiendo. —Asentí—. Pensaba que sería algo así, pero necesitaba escucharlo de tu boca. No sé si tú me comprenderás a mí.

—Por supuesto que te comprendo —reconoció—, pero no debes tener dudas de mí en ningún momento, Cris. Siempre me he mostrado ante ti tal cual soy, es más, nunca me he mostrado tanto ante nadie, tú tienes esa habilidad conmigo —reveló con tono dulce—. Este es el único hombre que en verdad existe, el que tienes frente a ti. El que solo vive para hacerte disfrutar, para satisfacerte. —Me cogió la cara con sus manos y me besó de nuevo con vehemencia—. Ahora, y sintiéndolo mucho, voy a vestirme, tengo que marcharme —avisó con algo de pesar—. Llámame cuando regreses a Madrid, por favor.

Asentí en silencio sin dejar de contemplar sus preciosos ojos verdes, que reflejaban mi rostro, y sin pensar añadí:

—Y tú mándame un *whatsapp* cuando llegues a Almería, quiero saber que has llegado bien, ¿vale?

—De acuerdo, preciosa.

Marc se vistió de prisa, cogió la maleta y se dirigió a la puerta. Lo acompañé hasta el automóvil y allí volvimos a besarnos y nos despedimos. No sabíamos cuándo volveríamos a vernos; la próxima semana sería muy difícil.

Tras ver cómo desaparecía el vehículo de Marc al doblar la esquina, me encaminé de nuevo a mi casa. Debía ducharme y arreglarme, había quedado con mis amigas para comer, aunque la reserva de mesa para seis había pasado a ser para cinco. Suspiré con profundidad pensando que Marc no iba a estar conmigo y, de pronto, por mi mente se coló la angustia que viví al sentir su presión en mi pecho estando esposada, cómo me hizo revivir aquella maldita noche, las escasas imágenes que mi memoria conservaba, todo cuanto sentí. No sabía si contárselo a la doctora Millán u omitirlo, debía pensarlo. Pero lo que no tenía que pensar para nada era contarle a Mari lo de Javier, que el maldito bastardo se había cruzado de nuevo en mi vida. Buscaría un momento para decírselo, no quería marcharme de aquí sin que lo supiera. Y lo peor, debía contarle a Óscar que Marc había estado en Alicante, conmigo. Mi madre, mi tía y mis amigas lo habían visto, y él, tarde o temprano, iba a enterarse, así que mejor contárselo. Aunque no sabía cómo hacerlo, no quería que se enfadase por habérselo ocultado. Mi cabeza estaba a punto de reventar, cada vez albergaba más problemas sin encontrar respuestas a ninguno. Mi mente era como una ecuación irresoluble.

Nada más llegar al restaurante pedí un refresco, hacía mucho calor y estaba muerta de sed. Todavía no se había presentado nadie; por una vez, era la primera en llegar. De seguro que si Marc no se hubiera marchado estaría peleando con él por llegar a tiempo, como había ocurrido ayer. Al pensarlo sonreí, sin poder evitarlo.

—¿Estás tú solita? —preguntó Mari, sobresaltándome al no haberla visto llegar.

—¡Vaya, qué guapa vienes! —le dije—. Ese vestido blanco vaporoso te queda genial, y el pelo más alborotado en lugar de tan liso te favorece bastante. Casi que esta vez voy a ser yo la que no se va a poner a tu lado, voy de trapillo con este pantalón corto y la camiseta de tirantes.

—¡Qué exagerada eres, Cris! —soltó de inmediato—. Tú siempre estás guapa con lo que lleves. No hace falta que te esfuerces para que se fijen en ti. Hasta con andrajos resultarías sexi. Yo, en cambio, tengo que arreglarme para lucir —explicó gesticulando—. Y, cambiando de tema, ¿dónde tienes a ese bombón de nombre Marc? —interpeló con curiosidad.

—Se ha tenido que marchar antes de tiempo. —Chasqueé los labios—. Lo han llamado para regresar a Almería cuanto antes. Su trabajo es así. —Me encogí de hombros.

—Lo siento —se lamentó—. Es una auténtica pena, porque el tío era una auténtica alegría para la vista. —Se echó a reír—. Bueno, también es un encanto de hombre, aclaro, no creas que soy tan superficial.

—Da igual —añadí restándole importancia—. Yo había venido aquí para estar con vosotras, y eso es lo que vamos a hacer.

—Pues creo que no tengo muy buenas noticias. —Arrugó los labios.

—¿Y eso?

—Inés no puede venir, se iba con Mario a comer a casa de sus padres. Parece que la cosa va en serio. —Arqueó las cejas.

—Es una pena, pero me alegro mucho por ella. Ayer se les veía muy felices juntos.

—Sí, yo también opino igual —convino—. Pero hay más.

—¿El qué? Mari, sabes que no me gustan los rodeos, ve directa al grano, por favor.

—Vale, vale. Julia tampoco viene. Ayer se pilló un buen pedo y hoy está hecha unos zorros. Tiene una resaca de órdago.

—¿Así que estamos solas tú y yo?

—Eso parece.

—Pues, si te soy sincera, casi lo agradezco —confesé.

—¿Y eso? —preguntó extrañada.

—Porque tengo algo que contarte muy importante y estaba esperando tener un rato a solas contigo para hacerlo. —Noté un nudo en la garganta y la voz se me quebró un poco.

—Cris, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—Pues...

—¿No estarás embarazada del Marc este? —interpeló interrumpiéndome y mostrando un gesto de temor.

—¡No! —respondí de inmediato observándola asombrada—. ¡Qué cosas tienes, Mari! —protesté.

—¿Entonces? —preguntó a renglón seguido.

—Es otra cosa..., algo que me ha sucedido en Madrid. —Hice una pausa y tomé aire para poder continuar—. Le he visto, Mari.

—¿A quién has visto? ¿A algún famoso?

—No, a él, Mari. —Los ojos se me enturbiaron—. He visto a Javier —revelé.

Mari se quedó conmocionada, como si hubiera entrado en estado de *shock*, mirándome con angustia y paralizada. Una lágrima comenzó a rodarme por la mejilla deslizándose veloz hasta el cuello. La sequé con urgencia, no quería que nadie en aquel local me viese llorar.

—¿Có... cómo? ¿Cu... cuándo? —tartamudeó Mari—. ¡Joder, hostias! ¡Maldito hijo de puta! ¿Aún sigue vivo el cabrón? —imprecó, maldiciéndolo.

Le pedí calma y, haciendo acopio de coraje, le conté todo. La primera vez, cuando vi a Javier en los juzgados y me causó un impacto tan fuerte que casi me desmayé por el sentimiento de terror. La segunda, cuando iba con Marta paseando por el Retiro y lo vi junto a la familia que había formado. Y la guinda del pastel, cuando se presentó en el bufete y me enfrenté a él. Incluso le conté mi vuelta a la consulta de la doctora Millán que, por caprichos del destino, ahora la tenía en Madrid. Me vacié entera y, aunque no solucioné nada, me sentí muy bien después de hacerlo. Estaba necesitada de escuchar sus sabios consejos, Mari sabía escucharme y comprenderme mejor que nadie, a veces mejor que yo misma. Era tan importante para mí como Óscar, pero a veces buscaba más su consejo por el punto de vista femenino, si bien me sentía igual de protegida por ambos. Sin ellos me habría derrumbado hacía años; es más, ya no existiría. Habían sido, junto a mi madre, los pilares de mi vida, y continuaban siéndolo. Si en algo era afortunada en esta vida era por los amigos que tenía. Amigos incondicionales, de los que siempre estaban ahí para recogerte cuando te caías.

Después de hablar largo y tendido y de vaciarme entera, Mari y yo aparcamos un momento el tema de Javier para hablar de algo más divertido, algo que me despejase la cabeza. Cuando quisimos darnos cuenta estábamos manteniendo una conversación en inglés, por el mero hecho de practicar la lengua, nada más. Llevábamos mucho tiempo sin hacerlo, y me divirtió muchísimo escuchar a Mari las burradas que decía amparándose en que nadie la entendía. Aunque estaba convencida de que si alguien prestaba atención, solo con ver sus gestos, sabría que estaba hablando de sexo.

Decidimos quedarnos en la playa a esperar la puesta de sol, me encantaba ese momento en el que el sol se perdía bajo el mar. Respirando hondo, con el mar en el horizonte, me llené con una sensación de paz que hacía mucho tiempo no sentía. Pensé si sería un paso más hacia mi recuperación como decía la doctora Millán, o si solo se trataba de un espejismo. No tardé en descubrir que era lo segundo, porque mi paz duró unos pocos minutos; en cuanto mi cabeza comenzó a recordar aquel día, cuando lo primero que vi al despertarme en el hospital fue la cara de dolor de mi madre, se desvaneció. Nunca había conseguido olvidar lo destrozada que se mostró en ese momento. Entonces fui consciente del sufrimiento que le habría causado si mi intento de suicidio no se hubiese visto frustrado. Todos pensaron que había sido una imprudencia debido a la bebida. Una imprudencia que podía haberme costado la vida. No les quise contradecir en su teoría para que mi madre no sufriera más, aunque todos lo creyeron excepto ella. Estuve ingresada cinco días sin que mi madre se moviese ni un segundo de mi lado. Cinco días con sus noches sin que ella saliera de aquella habitación ni por un segundo. A los pocos días de estar en casa me preguntó de forma directa qué había ocurrido en realidad. «¿Te intentaste quitar la vida, Cristina, o fue un accidente? Mírame a los ojos y dime la verdad, soy tu madre, creo que me lo merezco». Me quedé helada, no sabía si contarle la verdad o no, y el silencio me invadió. «Hija, estos últimos días has estado distinta, muy triste y con la mirada perdida. No soy tonta, sabía que algo te pasaba, algo te preocupaba en extremo. Lo que fuese te había hecho cambiar, estabas amargada, pero no querías hablar conmigo. Cuéntamelo, cariño, por favor». Su súplica hizo vomitar todo a mi boca. La violación de Javier, el daño posterior que me causó a mí y a Óscar y mi intento de suicidio. Nos abrazamos llorando a más no poder, no existía consuelo alguno para ambas en ese momento. «¿Por qué no me lo contaste antes, cariño mío?», no paraba de repetirme entre un amargo sollozo, y yo no sabía qué contestarle, no sabía por qué no se lo había contado antes..., o quizá sí. Quizá quería evitar su sufrimiento, no quería verla llorar día tras día, consumida por la pena. Creo que no se lo conté por eso, para evitarle dolor, para evitar su desconsuelo. El desconsuelo del que a partir de ahora sería partícipe conmigo y que le desgarraba el alma tanto como a mí la mía.

Al día siguiente había quedado con mi madre para pasar todo el día juntas. El AVE no salía hasta las ocho de la tarde, teníamos mucho tiempo por delante para disfrutar de nuestra mutua compañía. Íbamos a ir de compras y luego comeríamos con mi tía en un restaurante junto al paseo, donde hacían la mejor paella de todo Alicante.

Mi madre se empeñó en regalarme un vestido y anduvimos de tienda en tienda buscando uno que me agradase. Cuando entramos en la novena *boutique* estaba

aburrida y los pies empezaban a pedirme un descanso a gritos. Quería salir cuanto antes de allí para buscar un banco y sentarme un rato a descansarlos, pero por más que mi mirada buscaba a mi madre, no la encontraba por ninguna parte de aquel refinado establecimiento.

—Cris, cariño ven un momento —escuché su voz y vi asomar su mano por detrás de una de las muchas columnas que eran parte de la decoración del lugar.

Me acerqué hasta ella con la intención de pedirle parar en la búsqueda del dichoso vestido.

—Mamá, dejémoslo ya, por favor. Tengo ganas de sentarme, me están matando los pies —me quejé.

—Mira, Cris, ¿no te parece precioso para ti? —preguntó, enseñándome un vestido corto, recto, color turquesa y con un original corte que dejaba la espalda casi al aire—. Con tu tipo puedes permitirte esto y más. Si tuviera edad lo luciría yo misma.

Al ver el vestido lo primero que me asaltó a la cabeza fue Marc. Me imaginaba la cara que pondría al verme con él, lo veía con la boca abierta, babeando por mí, fantaseando qué hacer conmigo y ansioso por quitármelo cuanto antes. La idea me fascinó, y decidí que quería ese vestido.

—Sí, es muy bonito, mamá. ¿Está mi talla?

—Aquí la tienes —dijo dándomelo.

—Pues voy a probármelo, a ver qué tal me sienta.

—Seguro que muy bien, ya lo verás —aseguró risueña.

Entré en el probador con la imagen de Marc boquiabierto en la mente y, sin poder evitarlo, empecé a fantasear con la idea de cómo me lo quitaría. De seguro lo haría despacio para estimular mi deseo, le gustaba jugar así, acumulando mis ganas, excitándome al límite. Un sofoco comenzó a recorrerme el cuerpo, como me pasaba siempre que pensaba en él, y paré los pensamientos al instante e intenté calmarme. No quería que al salir alguien notara que el deseo me corría por la sangre.

Mirándome en el espejo del probador observé lo bien que me quedaba, parecía estar hecho a mi medida, se amoldaba a mi figura como un guante. Incluso las copas que llevaba para sujetar el pecho y así poder lucir la espalda me quedaban perfectas. Salí del probador para que mi madre me diese el visto bueno.

—¡Vaya, Cristina, estás espectacular! —Mi madre me contempló asombrada—. Te queda perfecto.

—Sí, a mí también me gusta mucho, mamá, así que me lo llevo. —Tracé una sonrisa y pasé de nuevo al probador a cambiarme, sin dejar de pensar en cuánto tardaría Marc en despojarme de él.

Nada más salir de la tienda cogimos un taxi para llegar al paseo marítimo, mi tía ya nos estaba esperando allí.

—Hola, Cristina, ¿qué tal el fin de semana? —preguntó guiñándome el ojo. Sabía de qué me hablaba.

—Muy bien, perfecto diría yo —contesté con seguridad.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso. —Sonrió con picardía—. ¿Marc ya se ha ido?

—Sí, se fue ayer por la mañana.

—¿Y dónde pasó la noche? —interpeló mi madre intrigada.

—¿Dónde crees tú, hermana? —atajó mi tía en contestar, con una entonación desvergonzada.

—¿En tu casa, Cris? —preguntó mi madre al segundo.

—Pues...

—En su casa y en su cama —añadió mi tía sin dejarme responder de nuevo a mí—. Que ya no es una niña, hermana. ¿O vas a escandalizarte?

—Yo no he dicho tal cosa, tan solo...

—Tan solo ¿qué? —la cortó mi tía—. Cristina es una mujer joven, con necesidades, a la que no le hace falta usar un vibrador porque tiene un buen maromo en la cama.

—Oye, que mi hija...

—¡Ya! —Levanté el tono de voz, interrumpiendo su conversación—. ¡Me vais a dejar hablar a mí, por favor! —Las dos callaron y me miraron—. Primero —dije observando a mi tía—, no he usado nunca un vibrador, ni siquiera he visto uno de cerca; no me ha hecho falta. Segundo —me dirigí a mi madre—, sí, Marc ha dormido en mi casa, en mi cama, conmigo. Somos dos personas adultas y libres y no tenemos que dar explicaciones a nadie de lo que hacemos con nuestras vidas. Y antes de que te crees falsas esperanzas, mamá, te diré que no tenemos ninguna relación sentimental, ni la buscamos ni la queremos, solo hemos practicado sexo. —Soplé un poco irritada por la manera de tratarme, hablando de mi vida sin conocimiento de causa.

—De acuerdo, cariño —expresó mi madre con calma—. Si tú eres feliz así yo también lo soy.

—Soy feliz, te lo garantizo.

—Pues no se hable más. —Mi madre se abrazó a mí y me dio un beso.

Pasamos al restaurante y, tras tomarnos un aperitivo, nos sirvieron la comida. Era un restaurante muy mediterráneo, ambientado en el mar, en los barcos y en todo lo que tuviese que ver con la vida en la costa. Vestían las paredes unos espectaculares cuadros del mar en todo su vigor, con las olas rugiendo al chocar contra las rocas. Eran tan reales que parecían fotografías. Alrededor de ellos habían colgado redes con estrellas de mar, caracolas y otros tipos de moluscos típicos del agua salada. Toda la esencia del mar bañaba el lugar.

Al acabar de comer la estupenda paella que nos habían preparado estuvimos charlando de temas laborales. Hablamos sobre mi trabajo, sobre el de mi tía y, como el que no quiere la cosa, Marc volvió a salir en la conversación. Esta vez lo hizo por

su trabajo, pero mi tía no quería dejar de hablar sobre él. Mi madre y ella se pusieron a charlar acerca de Marc teniéndome a mí como mera espectadora de la conversación, como si lo conocieran más que yo. ¡Era surrealista! ¡Absurdo! Y mi malhumor comenzaba a despertarse. Menos mal que en pocos minutos Mari, Inés y Julia aparecieron para acompañarnos a tomar café, y al fin con su presencia se finiquitó su disparatado parloteo.

Tras un rato de buena charla, mi madre y mi tía prefirieron despedirse de mí en ese momento. Mi madre quería ahorrarse el mal trago de la despedida en el andén y yo se lo agradecí. Nos dimos unos emotivos besos y abrazos de los cuales me costó separarme, y al final se marcharon, dejándome con un nudo en la garganta difícil de digerir.

Nosotras también abandonamos el restaurante un rato después y caminamos por el paseo marítimo. Necesitaba un poco de brisa marina para despejar la pena que me invadía, para ahogar mi pesar. Mi teléfono emitió un zumbido y lo busqué por el bolso. Al mirarlo comprobé que tenía un *whatsapp* de Marc, y el pulso se me aceleró mientras lo abría.

Hola, preciosa, espero que lo hayas pasado muy bien. Cuando llegues a Madrid llámame. No puedo apartar de la cabeza lo bien que me lo he pasado este medio fin de semana contigo, espero que a ti te ocurra lo mismo. Deseo más que nunca volver a verte, acariciarte de nuevo, besarte, sentirte en mi boca, estar dentro de ti. Me vuelvo loco pensándolo, Cris. Haré un hueco como sea en esta semana para tenerte una vez más conmigo. Besos húmedos, lentos, largos y profundos.

Una oleada de calor potente me arrasó por el interior del cuerpo hasta llegar al fondo de mis entrañas. Su mensaje acababa de alterarme hasta la última célula del organismo. Mari se acercó a mí e intentó mirar el móvil, queriendo fisgonear el mensaje recibido.

—¡Eh! Esto es un asunto privado. —Esbocé una sonrisa.

—Sí, tiene que ser muy privado. No te has visto la cara, guapa, por ella danza la lujuria. —Silbó.

—A veces tienes unas cosas... ¡Qué imaginación!

—¿Tú crees, Cris? ¿A que es de Marc?

—Puede ser. —Volví a sonreír.

—¡Ahí está otra vez! —exclamó—. Es hablarte de él y tus ojos desprenden chispas. No puedes negar que es suyo.

—Sí, es de Marc —afirmé—. ¿Contenta?

—No del todo. —Zarandéo la cabeza—. Para contentarme tendrías que reconocer que te gusta un poquito, y no hablo solo del tema sexual, Cris.

—En eso te equivocas. Solo me pone sexualmente, nada más, igual que yo a él. Pero reconozco que me pone mucho —resolví, volviendo a sonreír sin ni siquiera proponérmelo.

—La única que se equivoca eres tú, ambos os gustáis, no solo sexualmente. Ese bombón de tío está colado por ti, estoy segura, Cris. —Asintió—. Otra cosa es que tú no quieras verlo. Ya lo dice el refrán: «No hay más ciego que el que no quiere ver».

—Mari, los dos sabemos lo que queremos, no sé por qué te empeñas en que haya algo más, no es así —dije muy seria—. Es cierto que con él he sentido algo diferente de otros tíos, porque él es diferente, pero de eso a enamorarnos hay mucho camino.

—Como tú quieras, Cris, yo solo te digo lo que creo que está sucediendo, pero tú sabrás.

—Yo lo sé —aseguré tajante—. Y, dejando a un lado este tema, creo que tendríamos que ir a mi casa a recoger mi maleta e irnos a la estación. No me gustaría perder el tren.

—Vale, entendido, corramos un tupido velo, ya me callo. —Hizo una mueca de desaprobación—. Ahora despídete de Inés y Julia y vámonos ya.

Después de otra emotiva despedida de mis otras dos amigas y de pasar por casa, llegué a la estación. Le pedí a Mari que nada más dejarme se despidiera de mí y no me hiciese más dura la partida, y así lo hizo. Me dio un cálido abrazo junto con dos besos y se marchó, dejándome en la puerta. Entré en el andén arrastrando la maleta y mi penar, con un hondo agujero en el alma al irme de nuevo de allí, del que siempre había sido mi hogar. Una vez dentro del tren no pude contenerme más, había aguantado demasiado, y dejé salir las lágrimas unas tras otras hasta desahogar toda mi aflicción.

El martes, al llegar al bufete, Patricia salió a recibirme emocionada. Tanto, que me abrazó con fuerza, sorprendiéndome por completo.

—Hola, Patricia, yo también me alegro de verte.

—Lo siento, Cristina, me he dejado llevar por la euforia —dijo, apartándose de mí.

—¡Vaya! ¿Te produce euforia verme? —pregunté sorprendida.

—Me alegra mucho verte —confirmó—. El otro día no sé lo que ocurrió, pero sé que lo pasaste mal y tenía ganas de volver a verte.

—Muchas gracias, Patricia, me alegra saber que me aprecias tanto. —Le regalé una sonrisa—. Ahora me voy a mi despacho a trabajar. Por favor, llama a Pablo, tengo que saber cómo ha organizado mi agenda.

—Ahora mismo, Cristina.

No acababa de sentarme cuando Pablo ya entraba en mi despacho.

—Buenos días, Cristina. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con interés.

—Mejor, mucho mejor —respondí—. Unos días de descanso te cargan las pilas, lo necesitaba.

—Me alegro mucho, traes muy buena cara. —Asintió repetidas veces—. Aquí te

dejo tus citas de la semana. Si alguna no te viene bien de horario me lo dices para cambiarla.

—Muy bien, gracias, Pablo. ¿Sabes si ya ha venido Óscar?

—No, hoy no viene hasta la tarde. Y ahora me marcho a trabajar, tengo mucho lío —contestó, y salió del despacho.

No paraba de pensar en cómo iba a contarle a Óscar lo de Marc, en cómo lo encajaría, en si le molestaría mucho que se lo hubiese estado ocultando. Y después pensé en Marta, estaba segura que ella no se lo iba a tomar nada bien. Reflexionando me di cuenta de que esta era la situación que había querido evitar desde el principio y, sin embargo, ahora estaba a punto de estallarme en plena cara.

Intenté apartar todos los pensamientos de la cabeza para poder concentrarme en el trabajo. Estar ausente durante un par de días se había notado en mi agenda de citas y debía actualizarme cuanto antes.

Estaba cogiendo el bolso para dirigirme hacia la consulta de la doctora Millán cuando mi móvil empezó a sonar. Al cogerlo comprobé que el número que aparecía en pantalla no me era conocido, pero descolgué.

—Sí, dígame.

—¿Cristina?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Estela, la madre de Marta. ¿Te acuerdas de mí?

El estómago se me encogió al momento. ¿Por qué me llamaba la madre de Marta? O mejor dicho, ¿para qué?

—Sí, la recuerdo. ¿Cómo está, Estela?

—Bien, muchas gracias. Pero tutéame, por favor.

—De acuerdo.

—He pedido tu número a mi hija, no te importa, ¿verdad?

—No, por supuesto, no te preocupes por eso.

—Verás, el sábado organizamos una fiesta por nuestro cuarenta y tres aniversario de casados. Es una tradición, todos los años lo celebramos con nuestra familia y amigos. Me gustaría mucho que este año también asistieras tú. Lo haremos en nuestra casa de Pedralbes, aunque no sé si vamos a coger todos, este año tenemos más invitados de lo usual, se nos ha ido un poco la mano. —Se rio.

—Bueno, no sé qué decir, la verdad —titubeé.

—Solo tienes que decir que vendrás —señaló—. Ya he hablado con Marta, te irías con ellos. Marc no sabe si podrá venir por la mañana o a mediodía, pero como la celebración es por la noche podrá estar a tiempo. Este hijo mío está siempre tan inmerso en su trabajo que es difícil reunirse con él. Cuento contigo, ¿de acuerdo?

Marc también iba a estar allí. Por un lado me apetecía con locura ir y verlo,

aunque no pudiésemos estar juntos; pero por otro me sentía una mala persona por continuar engañando a Marta, y si acudía también engañaría a sus padres.

—De acuerdo, iré —respondí sin dar crédito a mis palabras, mi boca y mi cerebro estaban desconectados.

—Muy bien. Entonces nos vemos el sábado por la mañana. Muchos besos, Cristina.

—Igualmente, adiós.

No me lo podía creer, iba a pasar el fin de semana en casa de los padres de Marc, junto con Marta y Óscar, engañándolos a todos. ¿Se podía ser más farsante de lo que yo lo estaba siendo? Por supuesto que no. Entonces caí en un pequeño detalle, debía contar a Óscar que Marc había estado conmigo en Alicante, en mi casa, compartiendo cama y fluidos. Estaba convencida que no se lo tomaría bien, y Marta menos aún. ¿Cómo iba a pasar el fin de semana con ellos con una situación tan tensa? Sería una tesitura insoportable de aguantar. Todo en mi vida mejoraba por momentos. ¿Qué más podía ocurrirme?, me pregunté con rabia. Cogí el bolso de nuevo y con la mente emborrullada me marché bufando a la consulta de la doctora Millán.

Llegué casi diez minutos tarde a la consulta de la doctora Millán, el tiempo que me había entretenido la llamada de Estela, y odiaba la impuntualidad.

—Hola, Cristina, empezaba a pensar que no acudirías a mi cita —dijo nada más verme.

—Perdóneme, lo siento, he tenido una llamada de última hora y he salido con retraso.

—No te preocupes, lo importante es que ya estás aquí. En fin, ¿qué tal estás? ¿Más tranquila?

—Me ha venido muy bien pasar estos días en Alicante, de veras. Estar rodeada de mis amigas y de mi familia me ha cargado de energía —contesté con una sonrisa.

—Me alegra mucho escuchar eso —observó—. Pero vamos a ir por orden, por el principio, vamos a empezar por Javier. Quiero que me cuentes todo lo que sentiste, lo que te ocurrió al enfrentarte a él.

Le relaté a la doctora Millán todo lo que ese día sucedió, el miedo que me produjo tener cerca de mí a Javier, cómo notaba mis piernas temblar, cómo evitaba mirarlo a la cara, y también cómo conseguí amedrentarlo un poco con mis palabras hasta echarlo del despacho. Ella me escuchaba atenta, sin interrumpirme en ningún momento, y de vez en cuando anotaba algo en una libreta.

—Muy bien, Cristina. Como te dije el otro día por teléfono, a pesar de haber sido muy duro para ti, esto te ha venido bien. Te reforzará ante tu recuperación, ya lo verás.

—Espero que lleve razón —enuncié—. Pero aun así, preferiría no habérmelo encontrado en mi bufete, y espero no volver a tener que cruzarme con él.

—Te entiendo. —Asintió—. No debe de ser nada agradable tener frente a ti a tu violador.

—No se puede hacer ni una idea, se lo aseguro. —Emití un lánguido suspiro.

—Bueno, aparquemos ese tema y ahora sí, cuéntame qué has hecho estos días en Alicante.

Con una gran sonrisa en la boca empecé a hablarle a la doctora Millán de mi madre, de mis amigas y de lo bien que me lo había pasado con todas ellas. También le conté que coincidí con mi tía, que estaba pasando sus vacaciones allí y me había venido muy bien su compañía. Le hablé de las ganas que tenía por ver mi mar, mi arena, mi playa, de cuánto lo había añorado. Y al final terminé contándole cómo Marc me sorprendió viniendo a verme sin esperarlo. Y una vez suelta la lengua, incluso le comenté que se había presentado vestido con su uniforme de policía solo para complacer mis fantasías, sentía muchas ganas de satisfacerme la imaginación. Entonces, al confesarle el afán de Marc por ser el protagonista de mi inventiva, me di

cuenta de que debía contarle mi mala experiencia con él.

—Así que has podido disfrutar de todo, familia, amigos y amante. No podrás quejarte. —Sonrió.

Callé unos segundos antes de realizar mi confesión.

—Aún tengo algo más que contarle... una situación que me ocurrió con Marc. — Mi voz se quebró al momento.

—¿Qué ha sucedido, Cristina? —interpeló, y su sonrisa se borró en el acto.

—Verá. —Respiré hondo—. Desde que conozco a Marc he fantaseado con que me esposase para practicar sexo. Jamás había fantaseado con algo así en mi vida, a lo mejor lo he hecho con él porque es policía, lleva esposas, detiene a personas, no sé... —Suspiré una vez más—. El caso es que después de pedírselo en varias ocasiones accedió a esposarme a la cama. Pero cuando empecé a sentir su peso oprimiéndome mientras se empujaba contra mi cuerpo reviví aquella fatídica noche de nuevo. —Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas y noté cómo la angustia se adueñaba de mi cuerpo—. No podía hablar ni moverme, me costaba respirar y la imagen de Javier se mantenía en mi cabeza. —Comencé a respirar con un poco de dificultad.

—¡Eh, tranquila! Respira hondo y suelta el aire poco a poco por la boca —explicó, mientras apretaba el botón del interfono y habló—: Esmeralda trae un ansiolítico y una botella de agua, y rápido, por favor. —Se acercó a mi lado—. Muy bien, Cristina, sigue respirando así, hondo, llenando los pulmones y soltando el aire con suavidad.

No había soltado la segunda bocanada cuando Esmeralda llegó con el agua y la pastilla.

—Tómate esta pastilla, Cristina, y bebe la botella poco a poco, a sorbos pequeños, y continúa respirando así. ¿Vale? —La doctora Millán me miró seria, yo asentí con la cabeza.

Unos minutos después, cuando terminé de beber la botella de agua y la respiración parecía calmada, me pidió que nos marchásemos al sofá.

—¿Más tranquila, Cristina?

—Sí, ya me encuentro algo mejor, gracias.

—No tienes por qué dárme las, es mi trabajo —respondió—. Y ahora que te encuentras mejor, me gustaría que me contases lo que te ocurrió cuando Marc te esposó. ¿Sufriste un ataque de ansiedad?

—Sí, y terminé vomitando —afirmé—. No podía apartar la imagen de Javier de la cabeza. Marc se asustó muchísimo y eso me hizo sentir peor.

—¿Por qué?

—Por insistirle en esposarme —asumí—. Después de mi ataque de ansiedad me explicó que para él las esposas no eran un juguete sexual, que jamás había practicado sexo de esa forma a pesar de que se lo habían pedido en otras ocasiones. Solo había accedido conmigo porque quería complacerme. —Volví a respirar hondo.

La doctora Millán me observó y añadió:

—Debes de importarle mucho para consentir en hacer algo que a él no le seduce para nada. ¿No lo has pensado?

—Le acabo de decir que accedió porque yo le había insistido muchas veces, y él siempre dice que quiere hacerme disfrutar, lo único que quiere es darme placer.

—Interesante. Muy interesante —repitió, meditando unos segundos—. ¿Y qué más sucedió tras ese encuentro tan desagradable para ti?

—Que me sentí muy mal al ver que Marc se echaba las culpas por ceder a mi fantasía. Él no tiene la culpa de lo que a mí me pasó con Javier, del desagradable recuerdo que mi mente no es capaz de olvidar. —Las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia.

—Y por qué no se lo cuentas para que no se sienta mal, para que sea capaz de comprender lo que te ocurrió —me propuso.

—¿Cómo quiere que se lo cuente? —La miré aturdida—. De verdad que no sé cómo puede sugerirme eso.

—Y por qué no, Cristina. —Se encogió de hombros—. Tú no debes avergonzarte por lo que sucedió, eres la víctima. El único que debe sentir vergüenza es Javier.

—¿No se da cuenta? —pregunté desconcertada—. No quiero que Marc sienta pena por mí, y si se lo cuento la sentirá —aseguré—. Entonces todo será distinto y nuestros encuentros acabarán.

—¿Por qué? ¿En qué te basas para asegurarlo?

—Porque lo sé. Todo cambiará —respondí tajante.

—Cristina, no puedes saber lo que opinará Marc si no se lo cuentas. Es posible que sienta pena por ti en ese momento, pero no creo que lo vaya a hacer por el resto de su vida como parece ser que tú aseguras. No puedes hablar por los demás, no sabes cómo reaccionarán si no les das la oportunidad de hacerlo.

—Me da igual lo que diga, no voy a contárselo, es mi decisión. —Levanté un poco el tono voz.

—De acuerdo, es tu decisión como bien has dicho —comentó con calma—. Pero permíteme una anotación, la sinceridad es la base de toda relación, ocultar o mentir nunca es bueno ni te deparará nada positivo.

—Me da la impresión de que está hablando como si Marc y yo fuésemos pareja, como si tuviéramos una relación, un compromiso, y no lo tenemos —subrayé—. Tan solo disfrutamos de encuentros para mantener sexo, y le puedo asegurar que en ellos no hay lugar para otra cosa, cuando menos para confesiones.

—¿Estás segura de ello? ¿Estás convencida de que solo hay sexo?

—Por supuesto —respondí, con una molesta rotundidad.

—¿Y por su parte? ¿También estás convencida de que solo busca sexo?

—Pues claro, los dos lo acordamos desde un principio y así es por ambas partes.

La doctora Millán volvió a guardar silencio por un breve espacio de tiempo sin dejar de observarme.

—Discúlpame, Cristina, pero disiento —dijo al fin—. Y lo hago por ambas

partes, tanto por la tuya como por la de Marc, aunque de maneras diferentes, como es obvio —aclaró—. Lo más probable es que vuestra relación empezase así, buscando sexo, eso nunca lo pondré en duda, pero a veces hay una diferencia enorme, un abismo de por medio, entre lo que buscamos y lo que terminamos encontrando. Unos deciden sacar su valentía y saltarlo para explorar otros lugares, pero otros no se permiten dar ese salto. Tú estás en ese lugar, al borde del precipicio, observando. Pero cabe la posibilidad de que Marc sí haya saltado y quizás espera que tú lo hagas y te unas a él, avances con él.

Una sonrisa que masticaba cinismo se dibujó en mi rostro.

—Podría hablarme con menos metáforas, es para ver si estoy entendiendo lo que creo, toda una sarta de gilipolleces, sin ánimo de ofender, por supuesto —solté con sarcasmo.

—Claro. —Asintió, sin parecer ofendida—. Lo que percibo es que Marc siente algo por ti. Y me baso solo en una razón, por lo que tú me has contado, con eso lo deduzco —explicó—. Mira, Cristina, cuando un hombre busca sexo solo piensa en su propia satisfacción, sin más. Sin embargo, Marc piensa más en satisfacerte a ti, piensa en tus sentimientos antes que en los suyos. Desde luego, eso no es sexo sin más, al menos no por su parte. E intuyo que por la tuya quizá puede haber algo más, no me atreveré a denominarlo amor, pero tampoco sexo a secas.

—Mire, si va a continuar con estas chorradas mejor dejémoslo por hoy. No tengo ganas de seguir con esta absurda lucha que no nos lleva a ninguna parte. —Mi malhumor se alzó—. Usted no entiende que yo mejor que nadie sé lo que siento. Yo, y solo yo. Métaskelo en su cabeza —le exigí—. Nos vemos el jueves.

Me levanté y cogí el bolso para marcharme. La doctora Millán me sujetó del brazo con delicadeza.

—Cristina, no te sigas haciendo esto, por favor. Saca tus sentimientos, están ahí, dentro de ti, te están aporreando para que los dejes salir. Hazlo, Cristina, solo tú tienes esa llave. —Sus palabras sonaron a súplica—. Yo te he ayudado a llegar hasta ellos analizando y vaciando tu pasado, pero solo tú puedes liberarlos. Déjate sentirlos.

—Hago lo que puedo, pero no va por el camino que usted pretende que encauce —contesté, y abandoné la consulta.

Regresé al bufete abatida, con un millón de cosas en la cabeza incapaz de ordenar ni de dar solución. Y lo que me aguardaba era peor, debía contarle a Óscar lo mío con Marc. No me veía con fuerzas para enfrentarme a algo más hoy, sería mejor esperar a mañana; total, unas horas más ya daban lo mismo.

Estaba recogiendo mis cosas para marcharme a casa cuando Óscar irrumpió en el despacho.

—Hola, Cris, ¿qué tal te ha ido todo? Has estado desaparecida estos días en

Alicante. —Un ápice de reproche se deslizó por sus labios—. Solo me mandaste un *whatsapp* para decir que habías llegado y nada más.

—Bueno, he querido desconectar de todo un poco y tampoco quería darte la tabarra, bastante lo estoy haciendo todos los días. —Estiré los labios con desgana.

—Entonces, ¿no vas a contarme nada? ¿No piensas decirme cómo lo has pasado? ¿Adónde has ido? ¿Con quién has estado? —interpeló, con un tono de voz que no me gustó.

—Pues lo he pasado bien —respondí—. He estado con las chicas, con mi madre y mi tía. Hemos ido a un *pub* nuevo que está muy bien, pinchan buena música y tocan grupos en directo. En fin, sol, arena, mar, fiesta y relax, de todo un poco.

—Ya sabía que estaba tu tía Elisa. Por cierto, la he visto muy guapa —dijo, mirándome.

«¿Que la ha visto? ¿Dónde? ¿Sabrá lo de Marc también? Cristina tienes que decírselo, aunque hoy sea el peor día y no tengas fuerzas.»

—Verás, Óscar, quería contarte algo que ha pasado en Alicante. —Hice una pausa mientras él no apartaba la mirada de mí—. Bueno, es sobre alguien.

—¿Sobre Marc, Cristina? ¿Quieres hablarme de él? —Me miró con los ojos llenos de decepción.

—¿Lo sabes? ¿Sabes que estuvo en Alicante? —pregunté inquieta.

—Por supuesto que lo sé, las fotos del Facebook no mienten, Inés ya las ha colgado —repuso molesto, y de inmediato prosiguió—: ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Desde cuándo os estáis viendo? Y lo que no entiendo es por qué lo hacéis a escondidas. —Levantó un poco el tono—. Acláramelo, Cristina, te lo suplico, porque no puedo dejar de pensar si os habéis estado riendo de Marta y de mí —habló con enojo.

—Te lo iba a contar, Óscar, pensaba hacerlo hoy, pero he salido bastante tocada de la consulta de mi psicoterapeuta y no me veía con fuerzas. —Oscar se cruzó de brazos delante mí esperando la respuesta, y confesé—: Llevamos viéndonos desde una semana después de conocernos. —Suspiré—. Lo hemos llevado en secreto porque no es una relación sentimental, es solo sexual, sin más —aclaré un poco alterada—. No queríamos que albergarais esperanzas de que podríamos llegar más lejos, entiéndelo. Y por supuesto que nunca nos hemos reído de vosotros, lo juro. Es más, las dos veces que hemos estado juntos me he sentido fatal sabiendo que estábamos actuando y que os engañábamos.

—¡Joder, Cris, no puedo creérmelo! —escupió casi en un grito—. ¿Llevas liada con Marc casi dos meses? —preguntó con incredulidad.

—Así es, y no quiero que te molestes, de verdad —le rogué—. Si no he dicho nada ha sido porque pensé que no lo entenderíais. Es solo sexo, Óscar, no buscamos otra cosa. Durará unos pocos meses más, hasta que nos cansemos el uno del otro, y después cada uno por su lado. Sabes que no me gusta que se me cuestione, yo sé por qué vivo así..., y tú también.

La decepción se agrandaba por segundos en el rostro de mi amigo, que con tono amargo añadió:

—Me molesta que no hayas confiado en mí para contármelo, eso es lo que me molesta. Soy tu mejor amigo y eso me duele en el alma.

—No te lo quería contar para que no te sintieras mal ocultándoselo a Marta. Porque lo primero que te hubiera pedido es que no se lo contases. ¿Entiendes mi silencio? —pregunté, a punto de llorar de nuevo.

—¡Oh, Marta, Dios! —Se echó las manos a la cabeza—. Ese es otro tema, ahora sí habrá que decírselo porque, a pesar de no entrar mucho en Facebook, en cualquier momento puede ver las fotos o enterarse por tu madre. Y no quiero que ella se entere como yo, por los demás. Tú decides si quieres decírselo tú o que lo haga yo, pero debe saberlo. —Sopló con vigor, apoyando las manos en las caderas.

—No te preocupes, yo se lo diré. Pero, por favor, lo haré después del fin de semana —puntalicé—. Estela me ha invitado a la celebración de su aniversario de boda. Iré en el coche con vosotros a Pedralbes y no creo que resulte agradable para nadie la tensión que esto originará. Dejemos que Marta pase el fin de semana tranquila, a la vuelta se lo contaré, te lo prometo. —Las lágrimas escaparon de mis ojos.

—Llevas razón, será mejor así para todos —dijo, encaminándose hacia la puerta.

—Óscar, por favor, perdóname —le pedí en un ruego—. Si no te lo he dicho ha sido para no ponerte entre la espada y la pared, pero jamás me reiría de ti, lo sabes. Eres mi gran apoyo, no te enfades conmigo, te lo suplico.

—Cris, se me pasará, pero dame unos días. Ahora estoy muy dolido y decepcionado. Dame tiempo. —Salió del despacho.

Quería gritar por tanto dolor como sentía en ese instante, pero no podía hacerlo, no era el lugar apropiado para que mi exasperación se explayase. La ira empezaba a corroerme las entrañas con contundencia y eso daba lugar a que las lágrimas dejaran de salir. Ese era mi peor momento, cuando no podía desahogarme llorando y acumulaba todo el rencor dentro de mí. La sangre me hervía, me abrasaba, y esa circunstancia sacaba lo peor de mí, todo lo dañino que guardaba en el interior, toda mi cólera.

Abandoné el bufete y paseé mi afilada rabia, deseosa de desgarrar, durante largo rato por las calles, sin parar de pensar en cómo se tomaría Marta lo mío con su hermano. La mala manera con que lo había encajado Óscar me asustaba aún más. Desesperada ante una situación que se rebelaba contra mí día tras día, decidí meterme en una coctelería a tomar unas copas, algo a lo que yo no estaba acostumbrada, si bien necesitaba achispar un poco a la ira para poder soportarla.

Después del segundo Cosmopolitan mi mente empezó a relajarse, el enojo se aplacó un poco y comencé a sentirme más desinhibida, así que me animé a pedir otro. Mientras el camarero lo estaba sirviendo, un tipo se acercó a mí y me preguntó si podía invitarme. Me encogí de hombros y le contesté que si le hacía ilusión, yo no

tenía ninguna objeción.

Lo observé un breve momento. Era guapo. Alto, moreno, con grandes ojos marrones de espesas pestañas y con un cuerpo esbelto y cuidado. Físicamente estaba muy bien, pero por su pose y actitud me pareció un poquito creído, el típico hombre que de seguro pensaba que las mujeres caían rendidas a sus pies. Al menos esa era la impresión que percibí.

—Me llamo Jaime, ¿y tú? —me preguntó.

—¡Ah! ¿También tengo que decirte mi nombre? —demandé con ironía.

—Sería lo más razonable, y solo por educación. —Sonrió.

—¿Y cómo sabes tú que tengo educación?

—Hombre, creo que eso se nota —respondió con total seguridad—. Solo con ver cómo vistes puedo adivinar que tienes un buen trabajo, que imagino habrás conseguido por tener una carrera.

—¡Vaya! ¿También eres adivino?

—No, creo que es obvio. ¿A que no me equivoco?

—Cierto, llevas razón. Tengo un buen trabajo y una carrera —afirmé—. Pero te equivocas en lo de ser educado en base a tu grado de estudios. Conozco a gente muy culta, con carrera, algunos con varias, que son muy mal educados, en ocasiones unos auténticos groseros. —Contemplé sus castaños ojos—. Déjame que te diga algo, la educación no te la dan los estudios, se imparte en la casa de cada uno. Hay gente muy humilde, con poca cultura, que sabe comportarse siempre y ser respetuosa con los demás —declaré con orgullo—. ¿Qué me dices a eso, Jaime?

—Que me has dejado sin palabras —contestó, y nos echamos a reír los dos—. Tú no sueles venir por aquí, ¿verdad? Nunca te había visto.

—No, es la primera vez que vengo.

—¿Trabajas por la zona?

—Sí, a un par de manzanas.

—¿A qué te dedicas?

—Eres muy curioso, ¿no crees? —pregunté, poniéndome un poco a la defensiva.

—Ser curioso no es malo, ¿o sí?

—Depende de lo que se quiera curiosear, Jaime. —Arqueé las cejas, y decidí adelantarme a él—. Pero voy a ahorrarte unos cuantos pasos hasta llegar a donde quieres.

—Ahora parece ser que la adivina eres tú, por lo visto ya sabes lo que pretendo o busco.

—Por supuesto que lo sé —respondí tajante.

—Y, según tú, ¿qué es lo que quiero?

—Que nos vayamos a la cama. ¿A que es el lugar al que quieres llegar?

Jaime me miró sorprendido y luego sonrió con mucha sutileza.

—¡Vaya, eres más que directa! —Silbó.

—Eso no es una respuesta. —Zarandé la cabeza—. Contéstame con claridad,

con absoluta sinceridad —hablé con astucia.

—Bueno, me encantaría, no lo voy a negar.

—Claro que te encantaría, Jaime. —Esboqué una sonrisa, y añadí—: Te encantaría que nos desnudásemos el uno al otro arrancándonos la ropa, poseídos por una encendida lujuria que ansiamos calmar con nuestros cuerpos, ¿a que voy bien? —interpelé con voz seductora.

—Vas de maravilla, por el camino adecuado. —Estiró los labios él también.

—Desde luego que voy por ese camino. —Me mordí el labio inferior mientras me acercaba más a su cara, arrastrando el dedo índice por su torso hasta llegar al pantalón—. Te mueres porque deslice la boca por tu cuerpo, porque me pierda en tu entrepierna, porque me quede atrapada en ella hasta ponértela tan dura que llegue a dolerte, porque terminemos haciéndolo como locos, envueltos en sudor y jadeos.

—¡Joder! —Volvió a silbar—. Está claro que eres adivina, has acertado de pleno. No sé si me lo has leído en los ojos.

—Puede. —Esboqué una pícaro sonrisa.

—Y ahora yo te pregunto, ¿quieres?

La mano de Jaime se posó entre mi cadera y el inicio de la nalga, con la mirada encharcada en deseo.

—Y quién no querría, eres un hombre guapo y estás muy bien. Por supuesto que cualquier mujer querría hacérselo contigo —contesté.

—Pues no perdamos más tiempo aquí —dijo, impaciente y excitado, cogiéndome la mano al momento para levantarme del taburete e irnos del local.

—He dicho que cualquier mujer querría hacerlo contigo, no que vaya a hacerlo yo. —Separé mi mano de la suya.

—¿Cómo? —Me miró atónito.

—Verás, no es por ti, Jaime, es porque tengo una relación. Pero nada serio, no te confundas, tan solo es sexo. ¡Pero qué sexo, es bestial! —exclamé riendo—. Ese hombre es una máquina, me lleva al orgasmo una y otra vez, no me he corrido tanto en mi vida. Por no hablar del sexo oral, ¡joder, qué forma más experta de complacerme! Para mí que hizo un máster o algo parecido. —Volví a reír—. Así que estoy más que satisfecha y no me apetece probar a otro por el momento. Aunque si cambio de idea, Jaime, serás el primero de la lista, no lo dudes. —Le guiñé el ojo.

—¿De qué coño vas? —preguntó con mal humor.

—No sé, dímelo tú —respondí con calma.

—Pues no te quepa duda alguna que de calentapollas —masticó las palabras.

—Puede. —Asentí—. Y al menos contigo ha funcionado. Será mejor que te quedes un rato aquí sentado, pegado a la barra, si no quieres llamar la atención con tu evidente tienda de campaña. —Bajé la mirada a su abultada entrepierna—. Y gracias por la copa, Jaime —dije, marchándome de forma chulesca de la coctelería.

Nada más salir de allí me pregunté por qué acababa de hacer eso, por qué lo había pagado con él, por qué había vuelto a sacar a la persona de la que quería huir, la

Cristina que no tenía piedad con el género masculino. Él no tenía la culpa de cómo yo me sintiera, de mi rabia, de la sulfurada ira; al igual que no la tuvieron ninguno de los hombres a los que había humillado de una u otra forma. Pero ya era tarde para lamentaciones, ya había herido su orgullo masculino dejándolo allí excitado y con las ganas. Y lejos de sentirme bien, me hizo sentir peor persona que nunca.

Decidí sentarme en un banco a reflexionar sobre mi vida, a recapacitar sobre cómo la había tirado por el retrete sin ser consciente de ello. Ahora veía, con absoluta claridad, que yo misma me había dañado mucho más que Javier. La doctora Millán no se equivocaba, lo veía con total nitidez.

De nuevo, Óscar asaltó a mi cabeza, no soportaba haberle herido. Jamás, en toda su vida, se había sentido decepcionado conmigo. El dolor y la pena estaban matándome por dentro, a la vez que sus palabras me retumbaban en la cabeza atormentándome de continuo. El pánico se apoderaba de mí pensando en poder perder su amistad.

«¡Para, Cristina, para! Eso no va a ocurrir, Óscar te quiere y terminará perdonándote. Ya lo verás. Solo necesita unos días para que se le pase el enfado, pero se le pasará.»

Cuando mi conciencia terminó de darme razones para calmarme, comprendí que necesitaba hablar con Marc acerca de lo sucedido con Óscar. Debía saber que nuestro secreto había dejado de serlo de un día para otro. Aunque eso, en mi subconsciente, mi lógica ya lo había supuesto desde que se presentó en Alicante. Sin embargo, estaba tan deseosa de estar con él que no quise pensar en las posteriores consecuencias.

Saqué el teléfono del bolso y marqué el número de Marc. Me daba igual que continuase en Almería, que estuviera hasta el cuello de trabajo e incluso que en ese instante se encontrase reunido con el más alto mandatario dentro del cuerpo de Policía. Él era la otra parte implicada y debía saberlo cuanto antes. Al segundo pitido, descolgó.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —preguntó feliz.

—Nada bien, Marc —respondí, con la voz un poco rota.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Cris? —demandó alterado.

—Óscar se ha enterado de lo nuestro —revelé sin perder un segundo—. Yo se lo iba a decir, has estado en Alicante, te ha visto mi madre, mis amigas, debía hacerlo. Pero se ha enterado antes de que yo se lo contase, Inés ha colgado fotos en el Facebook. —Rompí a llorar—. Se ha molestado mucho conmigo, me ha dicho que le he decepcionado y que hay que contárselo a tu hermana.

—No te preocupes, Cris, yo se lo contaré —dijo sin titubear—. En esto no solo tú eres la responsable, somos los dos. Marta es mi hermana y me corresponde a mí decírselo, pero no llores, por favor, preciosa.

—Pensaba contárselo yo, aunque a la vuelta del fin de semana en casa de tus padres. No quiero malas caras ese día para nadie —anuncié llorando.

—No, lo haré yo —insistió—, a la vuelta del fin de semana como bien has dicho. Ya veo que mi madre te ha llamado para invitarte. Pero para de llorar, te lo ruego.

Marc suspiró fuerte e hizo una pausa, un largo paréntesis que yo aguanté con un llanto mudo, insonoro.

—Cris, ¿te arrepientes de lo nuestro? Dime la verdad —me pidió, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

—No, no me arrepiento —respondí con sinceridad—. Pero no quiero causar daño a nadie por mi forma de vida. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto que puedo entenderlo, pero no estamos haciendo daño a nadie con esta relación, Cris. La tendrán que entender sí o sí, es solo tuya y mía —explicó—. Ahora tranquilízate. Estoy terminando con el papeleo burocrático y mañana regresamos a Madrid. Intentaré hacer un hueco para verte, aunque solo sea para tomar un café y charlar. Cálmate, preciosa, todo se solucionará.

—Te tomo la palabra de vernos mañana aunque sea en una cafetería, necesito hablar contigo —casi le imploré.

—Por supuesto, Cris, no lo dudes ni un segundo. Ahora tengo que dejarte para acabar esto. Besos, cariño.

—Adiós, Marc, y gracias.

Al colgar pensé que una vez más Marc me había vuelto a llamar cariño. La palabra empezaba poco a poco a formar parte de su vocabulario habitual, y a mí, lejos de molestarme, estaba hasta gustándome oírse la decir.

A la mañana siguiente no me encontraba nada bien, había pasado una noche espantosa, llena de pesadillas. Tantas, que podría haber hecho una colección, además, con diferentes versiones e intérpretes. En ellas se incluían, aparte de Javier, que no podía faltar, pues en verdad era el protagonista de todas ellas, Óscar, Marta e incluso la propia doctora Millán. Y en una ocasión llegó a colarse hasta el creído de Jaime, el de la coctelería, al que dejé con las ganas de llevarme a la cama. La noche, con todos mis delirios avasallándome, había dado para escribir un guion al más puro estilo de Hitchcock.

Me levanté de la cama para ir a la ducha, necesitaba calmar el cuerpo y sosegar mi alma con las caricias del agua tibia. Pero antes miré el móvil, tenía un *whatsapp* de Marc y lo abrí al instante.

Cris, tranquilízate, por favor, todo se arreglará. Salgo para Madrid en este momento, en cuanto llegue te llamo y nos vemos. Piensa en lo nuestro, en lo bien que lo pasamos cuando estamos juntos, en el placer que nos proporcionamos, en el maravilloso fin de semana que hemos vivido. Aférrate a los gratos recuerdos, eso te ayudará mucho. Besos.

Marc tenía razón, debía aferrarme a algo que me proporcionase calma, que consiguiera tranquilizarme, que sosegase un momento a mi mente o terminaría volviéndome loca. Aunque él no sabía que mi aflicción no se debía solo a que Óscar se hubiera enfadado conmigo, o a que su hermana tuviese que enterarse de que le habíamos ocultado nuestra aventura sexual. Marc desconocía la magnitud de mi pena, ni se la podría imaginar. En ese momento y sin saber por qué me sentí mal por ocultárselo, y mi mente, por impulso, empezó a barajar la posibilidad de hacer caso a la doctora Millán y contarle mi verdadera historia. La historia de una muchacha alegre y risueña que solo soñaba con amar y ser amada. Hasta que un día conoció al chico perfecto, el que ella pensaba sería el amor de su vida, pero que la violó, convirtiendo a esa dulce chica en alguien sin alma, llena de odio y rencor hacia los hombres. Humilló a todos cuanto pudo solo por darse ese placer, por causar algo de dolor; e hizo de ello su vida. Se fabricó un lecho de paja y cristales en el que se sentía cómoda, a la vez que iba desangrándose con lentitud. Un día descubrió que no tenía fuerzas para seguir, se sentía muerta, necesitaba un cambio en su vida. Y lo inició. Al principio todo parecía ir bien, era perfecto, pero luego el cambio se volvió un arma de doble filo al sumarse sus fantasmas a él, que abrieron con más fuerza las profundas heridas haciendo muy difícil la cicatrización. Ella luchaba por recuperarse a sí misma, pero su alma vagaba perdida y no era capaz de recobrar sus sentimientos. Tantos años escondiéndolos tan dentro de ella había vuelto una misión casi imposible

recuperarlos. Era una tarea ardua, más aún cuando se llevaba tanto tiempo sin necesitarlos y por consiguiente no se querían buscar.

—Discúlpeme un momento, señora Morales, es una llamada importante, tengo que atenderla. Ahora vuelvo —dije cogiendo el teléfono en cuanto escuché el tono de llamada.

—No se preocupe, Cristina —respondió mi cliente.

Salí un momento del despacho y me encaminé con urgencia a la sala de relax para hablar con Marc.

—Hola —contesté impaciente.

—Hola, preciosa, ya estoy en Madrid. ¿Cuándo y dónde quieres que nos veamos? —preguntó sin rodeos.

—Estoy con una clienta, terminaré más o menos en media hora. Nos podríamos ver en la cafetería que está al final de la calle del bufete, hace esquina. ¿Te viene bien?

—Sí, en media hora estoy ahí. Te espero, Cris.

—De acuerdo, Marc, nos vemos.

Volví al despacho para terminar cuanto antes de despachar con mi cliente y así no llegar tarde a la cita. En ese instante me sentía ansiosa y a la vez aliviada. Ansiosa por hablar con él y compartir mi desolación; aliviada sabiendo que en un rato lo tendría a mi lado.

Cuando llegué a la cafetería Marc ya estaba esperándome sentado en una mesa para dos. Era una cafetería muy elegante, donde Ana y yo solíamos desayunar algunas veces. Nada más entrar, el agradable olor a café me contentó la nariz. Me encantaba ese delicioso aroma y el ruido de la máquina triturando el grano.

Me acerque a la mesa donde estaba Marc y él se levantó al instante para abrazarme. Después me besó los labios con dulzura y pasión, erizándome la piel por completo. ¿Cómo era capaz de lograrlo? ¿Cómo lo conseguía? Un minuto con él bastó para hacerme sentir bien y alejar todo de la mente. ¿Por qué no podía encontrar esa misma sensación de bienestar lejos de él? Yo la necesitaba siempre, conmigo las veinticuatro horas del día, no solo el poco tiempo que pasaba junto a él.

—¿Cómo estás, Cris? —me preguntó, cogiéndome la cara con sus manos y mirándome a los ojos.

—Ahora que estoy contigo mejor —contesté, y volví a abrazarme a él.

—¿Has vuelto a hablar con Óscar?

—No, no ha venido aún por el bufete. —Emití un profundo suspiro.

—Tranquila, Cris, todo pasará, las aguas volverán a su cauce. Lo terminarán comprendiendo.

—Óscar piensa que nos hemos burlado de ellos, y tú sabes que eso no es cierto.

Lo único que quería evitar es lo que está ocurriendo ahora. —Me separé de su cuerpo.

—No te preocupes, se lo explicaré con claridad a mi hermana. Nadie ha querido reírse de ellos ni nada parecido, los dos lo sabemos —razonó—. Sentémonos y tómate algo, yo ya he pedido un café.

Marc llamó al camarero y pedí una tila. Esperaba que aquella infusión fuera capaz de sosegar el enjambre de nervios que había hecho colmena en mi estómago.

—No sé por qué le cuesta tanto a la gente entender que unas personas adultas solo quieran mantener una relación sexual sin esperar más a cambio. ¿Es tan descabellado? —demandé una respuesta.

—No, no lo es —confirmó, añadiendo—: Pero al no ser lo normal o habitual, no está bien visto, o mejor dicho, no se entiende. En general la gente busca una relación sentimental, no solo sexual. Hay muchas personas que no conciben el sexo sin amor y otras que solo buscan sexo y tienen una aventura cada noche, nada más. —Tras su explicación calló y me contempló—. Pero lo nuestro es diferente.

La confusión me asaltó llenándome de dudas, y le pregunté:

—¿En qué sentido es diferente?

En ese momento el camarero llegó con mi tila y ambos callamos, esperando con ansiedad que se marchase.

—¿Desean algo más? —nos preguntó con amabilidad.

—No, gracias —contestó Marc, a mí me dieron ganas de chillarle que nos dejase solos de una vez.

—Explícame en qué es diferente —formulé de nuevo, en cuanto se dio la vuelta el camarero.

—Nosotros no solo tenemos sexo, Cris, también tenemos amistad, ¿o no?

—Bueno..., sí —respondí dubitativa.

—¿Acaso hay algo más? —preguntó, apoyando los brazos en la mesa y acercándose más a mí.

—¡Desde luego que no! —aseguré un poco molesta—. Qué pregunta tan absurda.

—No sé, me ha parecido que dudabas y por eso lo he preguntado.

—Pues no hay nada más, Marc. ¿O por tu parte lo hay?

—No, claro que no —respondió tras unos segundos que se me hicieron eternos.

—¿Lo has tenido que pensar? —le recriminé.

—No —declaró categórico. Pero sus ojos, por primera vez, reflejaron algo que no supe descifrar.

—Tengo que regresar al bufete —dije, y a continuación me bebí la tila casi de un trago—. Igual ahora me encuentro con Óscar, espero que, de ser así, me hable. —Soplé fuerte.

—Hablaré también con él —advirtió—. No solo tú eres la responsable de mantener en secreto lo nuestro, y no es justo que lleves sola esta carga. Pero estoy seguro de que se le pasará el enfado, sois muy buenos amigos, esta minucia no creo que os vaya a distanciar.

—Espero que tu hermana también lo considere una minucia.

—Lo hará pasados unos días, Cris, hazme caso.

Marc se levantó y me ofreció la mano para abandonar el asiento, pero después ya no la soltó, entrelazó los dedos a los míos y, cogidos, salimos de la cafetería.

—Llámame con lo que te haga falta o solo porque quieras hablar conmigo, ¿vale?
—Volvió a besarme—. Nos vemos el sábado en casa de mis padres, preciosa. —Su tono de voz sonó apagado, y se marchó algo cabizbajo.

Según iba andando hacia el bufete sin dejar de pensar en la alicaída actitud de Marc al marcharse, mi móvil empezó a sonar, era la doctora Millán.

—Hola, Anabel —la saludé sorprendida.

—Hola, Cristina, ¿cómo estás?

—Más o menos, cuestionándome muchas cosas de mi pasado y dándome cuenta de que lleva mucha razón en algunas —respondí con total sinceridad.

—Viniendo de ti esas palabras son un gran halago. Me alegro de estar ayudándote a reencontrarte.

—Yo también, lo digo de verdad.

—Te llamaba para decirte que mañana tengo una reunión a la misma hora de tu cita y me veo obligada a posponerla. Nos podemos ver el viernes, si te viene bien.

—El viernes me viene fatal, mejor la próxima semana.

—Entonces nos vemos el martes, ¿de acuerdo?

—Sí, Anabel.

—Y continua así, Cristina, sigue profundizando y buscando en tu interior, estamos cada vez más cerca.

—Estoy en ello, de verdad, Anabel. Hasta el martes.

—Adiós.

Óscar estuvo evitándome todos los días y yo no quise forzarlo a hablar conmigo, me había pedido tiempo e iba a dárselo. Por esa misma razón no sabía si había hablado con Marc, y tampoco quería molestar a Marc más de lo necesario para saberlo, sabía que su trabajo le estaba absorbiendo en exceso. Solo deseaba que en casa de los padres de Marc y Marta mi amigo me hablara con normalidad. No quería levantar sospechas antes de tiempo, y si Marta notaba en Óscar muestras de antipatía hacia mí sabría que algo ocurría entre nosotros.

Estaba terminando de recoger para empezar el fin de semana cuando Óscar apareció en mi despacho. Cerró la puerta despacio, apoyándose en ella, y me observó. En ese momento no pude contener las lágrimas, que terminaron resbalando por mis mejillas.

—No llores más, por favor —dijo, acercándose para abrazarme.

—Lo siento, Óscar, no quería implicar a nadie, por eso nos veíamos en secreto.

No quería que nos vieseis como una pareja porque no lo somos, y no sabía si Marta comprendería una relación así. ¿Lo entiendes? —pregunté, rota de dolor.

—Sí, te entiendo, ahora sí —afirmó—. Perdóname tú a mí por habérmelo tomado tan mal, pero sabes que te quiero, ¿verdad? —Me besó en la mejilla.

—Jamás me reiría de Marta o de ti, pero de ti menos que de nadie. Eres como un hermano para mí.

—Lo sé, Cris, y vuelvo a pedirte perdón —insistió—. Ahora veremos cómo se lo toma Marta, pero se le pasará, la conozco, no es rencorosa.

—Siento estarte dando tantos quebraderos de cabeza, Óscar. Primero lo de Javier, ahora lo de Marc; lo siento de verás.

—Vale, ya, no empieces a torturarte. Los amigos están para ayudarse. —Me abrazó de nuevo—. He estado hablando con Marc, parece que le importas bastante, Cris. Me he alegrado mucho sabiendo que por fin veo un cambio en tu vida respecto a los hombres.

—Óscar, no es una relación —contesté seria, separándome de él.

—Ya lo sé, pero es un cambio.

—En eso llevas razón. —Asentí con la cabeza.

—Sabes que siempre la llevo —dijo con su habitual ironía, y los dos sonreímos.

Eran más de las once de la mañana cuando llegamos a Pedralbes, a la casa de los padres de Marc y Marta. Al bajar del coche me quedé impresionada contemplando la maravillosa vivienda, toda una mansión, y la enorme parcela que la rodeaba. Tan evidente era mi deslumbramiento, la cara de asombro, que Óscar me cerró la boca con su propia mano y empezó a reírse.

—¿Te gusta, Cris? —preguntó Marta.

—Bueno, igual es un poco pequeña, ¿no? —dije muy seria, aunque obviamente bromeando, y Óscar se echó a reír.

—Has opinado lo mismo que yo cuando la vi por primera vez. —Mi amigo soltó otra carcajada.

—Por curiosidad, Marta, ¿cuántos metros de parcela tiene? —demandé—. ¡Por amor de Dios, si aquí os podéis hasta perder!

Marta también rio antes de contestarme:

—Creo que, no me hagas mucho caso, unos nueve mil metros cuadrados. Con la casa sí lo sé a ciencia cierta —añadió—, está dividida en tres plantas de novecientos metros cada una.

—Vamos, que podéis estar en la misma casa y ni veros —puntalicé.

—Exacto. —Sonrió—. Nos mudamos cuando Marc y yo teníamos diez años, hemos crecido aquí. A mi hermano le encantaba perderse por la finca jugando a policías, como no podía ser de otra manera, y cuando tenía heridos me buscaba a mí para que los curase y salvar su vida —explicó entre risas.

—¡Oh, qué tierno! Ya desde pequeños entregados a los demás. ¡Qué bonito! —exclamé con sorna.

—Los Balaguer somos así de buena gente. ¡Qué le vamos a hacer!, no podemos remediarlo —aseguró, echando su melena hacia atrás con un gesto que nos hizo reír sin parar.

Sus padres salieron a recibirnos emanando alegría. Estela estaba todavía más guapa que cuando la conocí el día de la entrega de medallas. La dulzura que desprendía su cara haría derretirse al más duro, al igual que su cálida y entrañable mirada. Era la misma mirada de Marc, me di cuenta en ese instante, lo único que cambiaba era el color del iris.

Ricardo parecía algo más joven que el día que lo conocí. Entonces iba trajeado, y eso le daba un aspecto de sobriedad que le endurecía las facciones. En cambio ahora, informal, con unos vaqueros y un polo asalmonado, se había quitado de encima años y sobre todo seriedad.

—¡Hola, bienvenidos! —nos saludó Estela, abrazándonos uno a uno y dándonos dos besos.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Ricardo al recibirnos.

—Bien, no había mucho tráfico —respondió Marta—. Se me ha hecho corto.

—¡Estás guapísima, Cristina! —enunció Estela, acariciándome la cara.

—Muchas, gracias —contesté.

—Bueno, pasad y dejad las maletas en vuestras habitaciones. —Ricardo hizo un gesto con la mano para que entrásemos.

—Sí, pasad y os acompaño para deciros cuál os he preparado a cada uno. — Estela se adelantó a nosotros para indicarnos.

—¿Las has preparado tú, mamá?

—Sí, hoy tengo al servicio muy ocupado preparando la fiesta. Tú y Óscar dormiréis en la misma de la última vez, y Cristina al final del pasillo.

—Muy bien —aseveró Marta—. ¿Sabes cuándo llegará Marc?

—A primera hora de la tarde, si no le surge nada en el último momento. —Estela hizo una mueca de resignación—. Ya conoces a tu hermano, siempre volcado en el trabajo, no tiene tiempo para nada más. Con él he perdido la esperanza de tener nietos, pero espero que vosotros me hagáis abuela pronto. —Su mirada se desvió hacia Óscar.

—¡Eh!, a mí no me mires, Estela, eso es cosa de dos —respondió él.

Estela volvió a tornar la mirada a su hija y le dijo:

—Pues no sé qué tienes que pensar tanto, Marta, creo que tienes edad suficiente para ser madre, cariño.

—Ya lo sé, mamá, pero creo que tienes otro hijo más que también puede hacerte abuela. Díselo a Fernando —añadió.

—Primero tendrá que buscar una pareja, ¿no crees? —Estela miró a Marta con asombro—. Y parece ser que no está por la labor, a tu hermano le gusta ir de flor en flor y sin atarse a nada.

—Sí, mi hermano mayor está hecho todo un picaflor, ya lo sabemos —convino con su madre.

—Y tú no desvíes el tema, hija, que tienes siempre esa habilidad cuando no te interesa escuchar algo.

—Cómo lo sabes, Estela —apostilló Óscar.

—¡Eh, no te alíes con mi madre! —se quejó Marta—. Yo no he desviado nada y siempre escucho. ¿A que sí, Cris?

—Yo mejor me callo y no digo nada. En asuntos de pareja mejor no inmiscuirse.

—Buena apreciación —confirmó Óscar.

—Bueno, en vista de que no vamos a sacar nada en claro de esta conversación, mejor instalaros en vuestras habitaciones —dijo Estela—. No comeremos hasta las tres, podéis hacer lo que queráis hasta entonces. Tu habitación está aquí, Cristina, ven —anunció, y me llevó hasta el final del pasillo, donde abrió una puerta—. He preferido acomodarte en esta porque tiene cuarto de baño propio. Espero que esté todo a tu gusto, pero si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—Es perfecta, Estela, no te preocupes. Y muchas gracias.

—A ti por venir. Ahora me voy, tengo muchas cosas que hacer, luego nos vemos.

—Vale —concluí, y entré en la habitación.

Era muy grande y acogedora, pintada en tonos pastel y decorada de forma armónica, como una *suite* de hotel, con zona de salón, la habitación y un gran baño. El sofá tenía aspecto de mullido y envolvente, y me senté en él, pensando, una vez más, en cómo se tomaría Marta mi escarceo amoroso, o mejor aclarar solo sexual, con su hermano. El estómago se me anudó y mi mente emprendió su particular camino hacia la tortura.

«¡Joder, Cristina, no conforme con engañar a Óscar y a Marta ahora metes a sus padres también! Su madre pensando que su hijo no tiene tiempo para nada y tú te metes en la cama con él a la menor oportunidad. En unas horas Marc estará aquí y tú fingirás, hablarás con él como si no lo conocieras, como si no hubieseis intercambiado fluidos, como si no hubiera estado nunca dentro de ti.»

«¡Para, para, para, por favor! No entres en esa dinámica, Cristina, te has visto obligada a venir. Ahora deja que pase el fin de semana sin cuestionarte más. Lo hecho, hecho está, no hay más vuelta de hoja. Lo que tenga que ocurrir sucederá, pero después del fin de semana, no antes.»

Después de acallar a mi conciencia deshice la pequeña maleta y me metí en la ducha a despejarme un poco de mis paranoias. Tras vestirme, me tumbé un rato en la cama y, para no variar, pensé en Marc. Pensé en el maravilloso fin de semana que habíamos pasado en Alicante. Recordé cómo se presentó vestido de policía, lo guapo que estaba y lo mucho que disfrutamos todas esas horas juntos. Rememoré su forma de poseerme, la experiencia y dominio de su cuerpo y el increíble control con el que estaba dotado, y me acaloré ante la fogosa ola de recuerdos.

—Cris, ¿se puede pasar? —preguntó Marta desde el otro lado de la puerta, interrumpiendo de golpe mis pensamientos.

—Sí, pasa —contesté, levantándome de la cama.

—Ya estás cambiada y todo, muy bien —dijo nada más verme—. Vamos abajo, quiero enseñarte la finca. Y después de comer, si te apetece, podemos darnos un chapuzón en la piscina. Tenemos dos, una al aire libre y otra climatizada. Puedes elegir la que quieras.

—Vale, me parece muy buena idea.

—Pues vamos, Óscar se queda hablando con mi padre. —Con un gesto me invitó a salir de la de la habitación.

Marta me llevó primero a ver dónde se estaba preparando la fiesta, justo detrás de la gran casa. Mesas y sillas iban combinadas en blanco y azul cobalto, todo muy primoroso y espectacular. En ese momento estaban terminando de montar un pequeño escenario para una orquesta que vendría a deleitar la velada.

A la finca no le faltaba detalle alguno: piscinas, pista de tenis, zona de relax con divanes de forja, un enorme cenador de madera rodeado de hermosos jardines e

incluso una pequeña arboleda para pasear, con bancos para descansar y hasta una fuente para calmar la sed. El nivel económico de los Balaguer era abrumador.

—¿Nos sentamos un rato? —me preguntó Marta.

—Vale —contesté.

—¿Qué te parece, Cris? ¿Te gusta?

—Es una maravilla, Marta —aseguré—. Crecer aquí debió de ser todo un privilegio, algo extraordinario.

—Sí, lo fue —admitió—. Montábamos unas fiestas espectaculares con los amigos, lo hemos pasado muy bien en esta casa. —Sonrió una vez más, observando a su alrededor—. Mi hermano Fernando vive muy cerca de aquí, tiene que estar al llegar. A ese no te lo recomiendo, ya nos has oído hablar a mi madre y a mí; es de los que solo buscan echar un polvo y poco más —comentó con un pinzamiento de labios—. Lo quiero mucho, pero es así, y no tiene idea de cambiar por el momento.

—Ok, lo he pillado. —Esboqué una sonrisa a la vez que la boca del estómago se me anudaba pensando en cuánto la estaba traicionando.

—Bueno, volvamos —advirtió, levantándose—. Va ser la hora de comer y mis padres son muy estrictos con ese tema.

—Pues vamos —contesté, poniéndome en pie.

Al entrar en la casa de los Balaguer, Fernando estaba hablando con Óscar y Ricardo. Supe que era él por la foto que había visto en casa de Marc. También era un hombre muy guapo, no tan alto como Marc, pero la diferencia era escasa. Sus ojos eran del mismo color que los de su madre y, al contrario que Marta o Marc, emanaba un poco de arrogancia.

—¡Mira! Ya están aquí —anunció Ricardo.

—¡Hermana, ¿cómo te va todo?! —la saludó—. Tendré que darte la enhorabuena por haber cazado al final a Óscar.

—¡Oye, que no he cazado a nadie! No todos los tíos piensan como tú. Algunos quieren formar una familia —le recriminó.

—No te enfades, lo digo de broma. —La abrazó y le dio un beso.

—Pues yo no bromeaba —afirmó, y añadió—: ¿No piensas sentar nunca la cabeza? Ya tienes cuarenta y un años, creo que es buena edad para hacerlo.

Fernando sonrió con desgana y le contestó:

—Mira, hermana, no me des la brasa, dásela a tu mellizo que va por el mismo camino que yo. Solo que él consume su tiempo trabajando y yo disfrutando, que es mejor. —Arqueó las cejas.

—No metas a Marc en esto, no está para defenderse —protestó Marta.

—No le hace falta, ya estás tú para hacerlo, como siempre. —Fernando habló en tono de burla.

—No te pongas celoso, a ti también te quiero mucho y lo sabes. —Marta suavizó la situación—. Y ahora deja que te presente a Cristina, amiga y socia de Óscar.

—Encantado, Cristina —dijo, y me dio dos besos—. Y no tengas en cuenta este

tira y afloja entre mi hermana y yo, solo bromeamos.

—Lo he supuesto. —Sonreí de manera leve.

—Bueno, pasemos a comer —dijo Estela, apareciendo de repente.

Fernando se acercó a mí y comenzó a hablar mientras nos dirigíamos al salón. Se sentó a mi lado en la mesa y conversamos sobre nuestros trabajos. Era muy simpático y educado, aunque se lo tenía un poco creído. Estaba segura que, como le ocurría a Marc, las mujeres caerían rendidas a sus pies. Y también estaba convencida de que, al contrario que Marc, Fernando se jactaría de ello.

Después de la exquisita comida organizada por Estela, Marta me solicitó ponerme el biquini. Su plan era tumbarnos un rato en la zona de relax y luego darnos un buen chapuzón en la piscina. Sin dudar, subí a la habitación para cambiarme.

Tras un largo y relajante descanso nos dispusimos a darnos un baño en la piscina exterior. Teníamos tiempo de sobra, la cena no empezaba hasta las nueve y media y solo eran las seis de la tarde. Fernando y Óscar ya estaban preparados para bañarse cuando llegamos y, dándome un empujón, de forma inesperada, Fernando me tiró de golpe a la piscina.

—¡Eh! No sabes con quién te estás metiendo. Está te la guardaré —le dije en tono de broma.

—¡Oh! Una mujer guapa y rencorosa. ¡Me encanta la combinación! —Me guiñó el ojo y se lanzó de cabeza a la piscina. Su pestañeo me recordó por completo al de Marc.

—¡Eh, ya está aquí mi hermanito! —anunció Marta gritando.

Giré con celeridad la cabeza en la misma dirección que Marta estaba mirando sin parar de agitar los brazos. Un BMW X5 negro entraba en la finca.

—Ya ha llegado su favorito —enunció Fernando.

—No creo que quiera más a uno que a otro, pero son mellizos, eso tiene que unir mucho —contesté, y me encaminé hacia las escaleras para salir de la piscina. Estaba ansiosa por ver a Marc, el batir de alas de mi estómago era más brusco que nunca.

—¿Ya sales? —preguntó Fernando.

—Sí, quiero tomar un poco el sol.

Cuando salí de la piscina Marc ya se acercaba a nosotros. El corazón me bombeaba más rápido con cada paso que daba. Estaba guapísimo con las gafas de sol que llevaba, aunque me impedían ver sus maravillosos ojos verdes que tanto me fascinaban.

—¡Hola a todos, ya estoy aquí, familia! —exclamó, apoyándose en una preciosa sonrisa.

—Hola, hermanito. ¿Cómo te va todo? —Marta se abrazó a él, dándole un beso.

Fernando y Óscar también salieron de la piscina para saludarlo. Yo esperaba en una esquina, contemplando la imagen. Después de saludarse e intercambiar algunas frases, se acercó a mí.

—Hola, Cristina, ¿qué tal estás? —me preguntó, levantándose las gafas. En ese

instante sus ojos me estaban devorando.

—Bien, gracias.

Con un mano apoyada en mi espalda, me acercó tanto el cuerpo al suyo para darme dos besos que mi biquini le mojó la camiseta.

—¡Mmm, estás para comerte! —me susurró en el oído al besarme la mejilla. El corazón se me desbocó en el momento de escuchar sus palabras y sentirlo pegado a mi cuerpo—. ¿Te gusta la casa de mis padres? —preguntó sin apartar los ojos de mí.

—Mucho, es preciosa, esto es el paraíso —contesté, sonriendo y suspirando al mismo tiempo.

—Sí, lo es, la verdad —afirmó—. Bueno, voy a darme una ducha y a ponerme algo más cómodo. Pensaré en ti mientras estoy desnudo —habló muy bajito para que nadie pudiera oírlo, y me guiñó el ojo—. En un rato vuelvo.

—Vale. —Sonreí llena de deseo, sujetándome el corazón mientras Marc se alejaba, el motor de mi cuerpo quería ir detrás de él a enjabonarlo.

Cuando regresó se sentó frente a mí y se unió a nuestra conversación. De inmediato, Fernando empezó a meterse con él y su afán por el trabajo. No paraba de preguntarle si alguna vez salía a divertirse, si no tenía ningún lío de faldas, si solo sabía vivir para y por la policía. Marta siempre salía en su defensa y le recriminaba a Fernando su actitud ante la vida, sobre todo ante las mujeres. No paraba de repetirle que no todos eran como él, que solo pensaban en fiestas y más fiestas.

—¿Qué tiene de malo, hermana? Me gusta divertirme, me gustan las mujeres, y no quiero solo a una en mi cama. Quiero todas las que pueda tener —aseveró con orgullo.

—A veces creo que solo sabes pensar con una cosa —le recriminó Marta.

—En eso te equivocas —contestó rotundo—. Sé muy bien dónde está mi cabeza y dónde mi polla, y no las suelo mezclar. Sé separar los negocios del placer, si te refieres a eso. —Su tono manifestó estar a la defensiva.

—No me refería a eso, sé que conoces esa diferencia —puntualizó Marta—. Me refiero a tu actitud, a sentar la cabeza, a formar una familia. ¿No crees que va siendo hora de hacerlo?

—Mira, hermana, no voy a misa porque no me gustan los sermones, así que ahórrate los tuyos.

Mientras continuaban con sus discrepancias sobre las diferentes formas de ver la vida, Marc y yo no parábamos de cruzar miradas, lo que me ponía más nerviosa por segundos y me hacía sentir una extraña mezcla de sentimientos recorriéndome por dentro. Por un lado deseaba besarlo, ¡cuánto lo deseaba! Tenía que reprimir con fuerza las ganas de saltar encima de él, arrancarle la ropa y poseerlo como nadie jamás se lo hubiese hecho en su vida. Me sentía como una gata en celo, desesperada por que el macho la cubriese. Y por otro, no paraba de sentirme mal estando ahí sentada, como si nada pasara entre nosotros, como si apenas nos conociéramos, sabiendo que estábamos engañando a todos. Bueno, a Óscar ya no.

Tras un largo rato de lucha dialéctica en el que Marta se dio por vencida con Fernando, decidimos que era hora de ducharnos y arreglarnos para la cena. Nos levantamos y abandonamos la zona de piscina para marcharnos a nuestras habitaciones. Marta, Óscar y Fernando se adelantaron a nosotros, desapareciendo en cuestión de minutos.

Nada más entrar en la casa, Marc tiró de mi mano sin dejarme reaccionar, metiéndonos en un enorme armario empotrado situado junto al recibidor. Había un par de abrigos colgados en él y los apartó, dejándolos a su espalda para llevarme hasta el fondo y apoyarme en la pared. La oscuridad reinante se disipó con el móvil de Marc en modo linterna, que dejó dentro del bolsillo de su camiseta.

—¿Estás loco? —pregunté alterada.

—Sí, por ti —contestó, pegando su boca a la mía, saboreándome toda la cavidad bucal.

Sin poder evitarlo, le respondí con las mismas ansias y empezamos a besarnos poseídos. Su mano, con prisa, bajó y se metió por la braguita de mi biquini.

—¡Oh, Cris, estás tan deseosa como yo! —susurró—. Tienes ganas de que te haga mía.

—Sí, no voy a negártelo —admití, acariciándole el cuerpo, suspirando de deseo al captar la excitación en él.

—¿Sabes qué pensaba mientras me duchaba? —Me miró a los ojos—. En estar dentro de ti, en llenarte entera, en hacerte jadear. No puedo dejar de pensar en el maravilloso fin de semana en tu cama, Cris. Y cuando te he visto en la piscina con este diminuto biquini, ¡joder!, me he puesto cachondo.

Volvimos a besarnos con ansia mientras su juguetona mano no paraba de acariciar mi íntimo rincón.

—Yo tampoco puedo olvidar lo de Alicante, te lo aseguro, Marc —afirmé, separándome unos milímetros de su boca—. Pero a la vez me mata el remordimiento de saber que estamos engañando a todos.

—Olvídate de ellos, solo piensa en ti y en mí, nadie más importa en esto. Si no les gusta ya se les pasará. A mí ahora solo me importa darte placer —aseguró, penetrando en mi interior sus dedos con suavidad.

—¡Oh, Marc! —susurré, con la respiración entrecortada.

—En este momento me gustaría tanto tener otra parte de mi anatomía dentro de ti, Cris. Te follaría sin dudarlo, cariño, pero haríamos demasiado ruido; así que me conformaré con satisfacerte a ti.

En ese instante estaba tan excitada como nerviosa pensando en la situación. Estábamos en casa de sus padres, encerrados en un armario, excitados y Marc complaciéndome con la mano.

—¡Para, Marc, para! —le pedí—. Si nos pillan será muy vergonzoso.

—Pararé cuando te corras —sentenció con su frase.

Giró mi cuerpo para apoyarme la espalda en su torso, acariciándome con una

mano los pechos y con la otra mis labios interiores de forma muy placentera, a un ritmo estudiado a conciencia, una cadencia propuesta y diseñada para alcanzar el fin que me había anunciado segundos antes.

—¡Marc! —jadeé en un débil susurro.

—Llevo toda la semana recordando tus palabras sin cesar, retumban en mi cerebro, no paran de excitarme —runroneó con un timbre seductor—. Me es imposible dejar de escuchar tu exaltada voz pidiendo que me corriera en tu interior, las palabras que utilizaste, unas que a ti, al repetírtelas, te ruborizan y a mí me ponen muy cachondo. Ya puedes imaginar lo que no dejo de escuchar, la frase en cuestión, esa que decía «lléname con tu esencia». No puedes hacerte una idea de las ganas que tengo de hacértelo, de entregártela. ¿Quieres que lo vuelva a hacer, Cris? ¿Quieres que te llene de mí de nuevo? —preguntó, masajeándome el tímpano con cada uno de los vocablos tanto como sus propios dedos no paraban de hacerlo.

—Sí..., sí... —afirmé, estrangulando un grito mientras vibraba en su mano con los bruscos espasmos del orgasmo sacudiéndome.

Me giré para besarlo, consumida por el deseo, y nuestras bocas perdieron toda razón y cordura entre labios y lenguas.

—Me encanta cómo te corres, vibras tanto que me haces perder el sentido, me pones a mil. —Una vez más nos besamos enloquecidos.

—Tú tienes la culpa, sabes muy bien de qué forma provocarme los orgasmos.

—Y hablando de orgasmos —sonrió con astucia—, esta noche haré una visita a tu cama, ¿quieres? —preguntó pegado a mis labios.

—Marc, no está bien lo que estamos haciendo. Al menos no aquí, engañando a todos. Me hace sentir fatal. —Emití un suspiro que albergaba contrariedad.

—Cris, la pregunta es fácil —habló serio, borrando cualquier rastro de su anterior sonrisa—. ¿Quieres que esté dentro de ti esta noche o prefieres quedar bien con todos los demás? ¿Quieres ser políticamente correcta solo por estar bajo el mismo techo o prefieres estar debajo de mí? Yo tengo muy claras mis preferencias —concluyó.

Lo miré de frente, pensando qué contestar, debatiéndome entre lo que deseaba con fuerza y lo que me hacía sentir mal.

—A ti —contesté tras unos segundos.

—Pues no te castigues más y disfruta de la velada, preciosa, desde que comience hasta que acabe. Y ya sabes cómo acabará, teniéndome tan dentro de ti como pueda y volviéndote loca de placer.

—De acuerdo, lo intentaré.

—Ahora vayamos a vestirnos o al final se nos hará tarde. —Nos besamos antes de salir.

Marc abrió un poco la puerta para comprobar que no hubiera nadie cerca que pudiese vernos. Subimos las escaleras a toda prisa, pensé que me caería de tan temblorosas como sentía las piernas a consecuencia del orgasmo. Me dirigí a mi habitación y él se marchó por el pasillo opuesto al mío. Escuché que volvía a subir

escaleras y andaba un poco más hasta cerrarse una puerta. Entré en la habitación a darme una ducha rápida y a arreglarme para la fiesta. La inconsciencia de Marc me había retrasado casi media hora, aunque me había sacado una sonrisa difícil de borrar.

Mientras me ponía el vestido no dejaba de pensar en Marc, en su reacción al verme, y con esa imagen en la mente mis labios eran incapaces de permanecer rectos por más que me lo propusiera. Me miré en el espejo y me vi guapísima, más que eso, estaba increíble. No sabía si era por el vestido o por los vestigios del orgasmo, pero me sentí triunfadora con él puesto. Era corto, aunque no excesivo, y respecto a la espalda ocurría lo mismo, quedaba al aire pero no descubierta al completo. Además, el color turquesa me sentaba bastante bien. Era un vestido muy bonito, insinuante, muy insinuante, pero no provocador, ahí estaba la diferencia.

Nada más terminar de arreglarme bajé al jardín. Según me encaminaba hacia donde se realizaba la fiesta, Estela se acercó a mí.

—¡Cristina, estás guapísima! —exclamó contemplando mi vestido—. De aquí sales hoy con algún pretendiente, ya lo verás. —Sus labios se desplegaron.

—Muchas gracias, Estela —respondí—. Me lo ha regalado mi madre.

—Pues tiene muy buen gusto, y tú un cuerpo envidiable —subrayó.

—Tú también estás muy guapa —comenté con sinceridad, admirando el elegante vestido entallado, en color rosa palo, que llevaba. Lo más impactante de él era el bordado negro que cubría la zona desde debajo del pecho a las caderas, estilizando aún más su maravillosa figura.

—Gracias por el cumplido. Una ya tiene una edad y hace lo que puede. —Sonrió una vez más—. Ahora me voy a recibir a los invitados, luego nos vemos.

Óscar y los tres hermanos se encontraban al lado del escenario, de pie, tomando una copa. Marc estaba irresistible. Muy atractivo. Era toda una tentación. Para la ocasión vestía unos pantalones negros de corte recto y una camisa de manga corta verde manzana cuyo color le sentaba genial porque le conjuntaba con sus maravillosos ojos. Por un momento imaginé lo que aquella camisa escondía, su espectacular y trabajado torso, los músculos duros y apretados, los firmes pectorales con sus maravillosos pezones destacando. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensarlo, y deseé posar mi boca en aquella maravilla que tapaba su camisa; lo anhelé con ansia. Empecé a sofocarme y me obligué a retirar al instante todos esos pensamientos de la cabeza. Incluso, y con esfuerzo, guardé la libido en el interior de mis altos zapatos, a ras de suelo, donde no pudiera alterarse. Ya había perdido la cabeza dentro de un armario y no lo iba a hacer allí también, no era el momento ni el lugar apropiado. Si bien antes tampoco lo había sido, pero había terminado ocurriendo y no podía permitir que sucediera una segunda vez. Al menos no hasta que Marc hiciese esa prometida visita de madrugada a mi cama, el lugar más seguro para nosotros y nuestra encendida pasión.

Acercándome a ellos admiré lo precioso que estaba el jardín: las diminutas luces

enredadas en los árboles formando dibujos, las mesas con un maravilloso centro de flores y una cálida vela en medio, y la vajilla y cristalería combinadas en blanco y azul, de la misma manera que las mesas y sillas. No faltaba ni el más mínimo detalle en la formidable decoración, Estela sabía organizar un evento de esas características a la perfección.

Llegando al escenario, Marc me miró impresionado, sin ni siquiera pestañear. Era tan descarado el gesto de asombro en su semblante que Marta se giró para comprobar qué miraba tan deslumbrado.

—¡Guau, Cris! —exclamó Marta—. Estás... estás... No tengo palabras —dijo, dejando la frase inconclusa.

—Espectacular sería quedarse corto —aclaró Fernando mirándome igual de pasmado.

—De acuerdo por completo —añadió Marc sin apartar los ojos de mí.

—¡Vale ya, por favor! Me estáis ruborizando. —Noté cómo el calor subía por mi rostro.

—Eso te pasa por ponerte tan guapa. —Óscar chasqueó la lengua.

—¿Qué quieres beber, Cristina? —me preguntó Marc.

—Una copa de vino blanco estaría bien, gracias —contesté—. Y puedes llamarme Cris —le sugerí, y de inmediato me dirigí a su hermano—: Y tú también, Fernando.

—Lo iba a hacer de todas formas, Cris —respondió el aludido, guiñándome el ojo.

—Ahora te la traigo. —Sonrió Marc, comiéndome con su devoradora mirada que consiguió erizarme la piel.

Al girar la vista vi cómo nos observaba Óscar y desvié la mirada al segundo, no quería encontrarme de lleno con sus ojos. En ese instante mi mente volvió a torturarse, volvió a recordarme que Marc y yo continuábamos engañando a Marta. Y no solo a ella, sino a sus padres, a Fernando, a todas aquellas personas, familiares o amigos que estaban esa noche presentes. Pero, no conforme con eso, además habíamos conseguido que Óscar se sintiera incómodo por hacerle cómplice de nuestra mentira. Sin quererlo me había convertido en algo que detestaba, en una mentirosa y traidora. Estaba engañando a Marta y traicionando toda la confianza depositada en mí, algo que me hacía sentir rastrera, más aún. Saber que interpretábamos unos papeles para continuar con nuestra falacia no solo me hacía sentir mal, sino que me había convertido en una despreciable farsante. Sin embargo, en mi defensa debía alegar que desde el principio creí que para Marta lo mejor sería desconocer nuestros encuentros. Lo que nunca podría haber imaginado, ni de forma remota, era una circunstancia en la que los cuatro estuviéramos juntos, y que con ello Marc y yo nos viéramos obligados a fingir ser unos desconocidos.

La gente comenzó a llegar y los hermanos Balaguer se repartieron para saludar a los familiares y amigos. Óscar y yo nos quedamos juntos, bebiendo nuestra copa en silencio, la situación era un poco incómoda. Tras unos agónicos minutos de mudez,

Marta vino a buscarlo, quería que estuviera a su lado.

—¿Quieres venir, Cris? —me preguntó—. Voy a presentarle a Óscar unos amigos de mis padres.

—No, gracias, prefiero quedarme aquí —aseveré.

—Como quieras —contestó, y se marcharon cogidos de la mano.

Me quedé sola bebiendo la copa de vino, observando a todas aquellas personas desconocidas que se congregaban en el jardín. Esperaba que pronto viniera alguien a decirme en qué mesa debía sentarme para dejar de sentirme fuera de lugar, pues en ese momento, en medio de la majestuosa decoración y sin ninguna compañía, era como me sentía.

—¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó Ricardo sobresaltándome.

—¡Oh, me ha asustado! —contesté, llevándome la mano al pecho, a mi corazón.

—Perdona, no era mi intención —se disculpó perfilando una sonrisa.

—Ya lo imagino —afirmé.

—Estás muy sola, veo que todos mis hijos te han abandonado para saludar a los invitados.

—Sí, eso parece.

—Bueno, no te preocupes, solo es algo temporal porque vamos a sentarnos ya para empezar a cenar —reveló—. De modo que en breves minutos tendrás compañía otra vez.

—A propósito, Ricardo, ¿en qué mesa debo sentarme?

—Ni idea, la organización la lleva Estela. —Se encogió de hombros, risueño—. Pero estoy seguro que Marta también lo sabrá. ¡Y mira!, por aquí vienen ya. —Indicó con la vista.

—¿Algún problema? —interpeló Marta, mirándonos a los dos.

—Sí, que no tengo ni idea de dónde os tenéis que sentar. —Ricardo volvió a encogerse de hombros junto a una sonrisa.

—¡Ah, pero yo sí! Yo sé hasta dónde tienes que sentarte tú, papá —dijo dándole un pellizquito en la mejilla.

—Qué te había dicho, Cristina —Ricardo se dirigió a mí—, estaba seguro que mi hija sabría dónde tiene que sentarse todo el mundo.

—Sí, cierto. —Asentí.

—En fin, vayamos a sentarnos todos. Seguidme —anunció Marta, conduciéndonos hasta la mesa.

En cuanto nos sentamos llegó Fernando y, de seguido, Marc. Cada uno de ellos se sentó a mi lado, y, sin darme tiempo a reaccionar, Fernando emprendió una conversación conmigo. En medio de nuestra charla noté la mano de Marc posarse encima de mi rodilla y subir con lentitud hasta el muslo. Mi piel se encrespó al sentir su aterciopelado e incitador contacto. Un contacto que ansiaba, del que estaba hambrienta; mi apetito sexual se había vuelto voraz después de nuestro escaqueo en el armario.

Deseé cortar el incipiente monólogo de Fernando, mi boca había dejado de emitir palabra alguna tras sentir la caricia de Marc, mi cuerpo solo podía concentrarse en él y en lo que deseaba: a Marc poseyéndome sin freno ni medida. Viendo que Fernando no tenía ninguna idea de parar aquel soliloquio, que le daba igual hablar solo pues yo ni siquiera emitía una monosilábica respuesta, decidí tomar la vía drástica, aun a riesgo de pecar de grosera.

—Perdona un momento, Fernando, acabo de recordar que quería preguntarle algo a tu hermano. Luego continuamos hablando.

—Vale —dijo titubeante.

Giré un momento la cabeza y miré a Marc. Sus ojos verdes estaban llenos de deseo y gritaban la pasión que contenía en ese momento su cuerpo. Ante tal incitación visual no solo me agité, el corazón me latió con ansia.

—¿Qué tal por Almería, Marc? —pregunté, por hablar de algo.

—Bien, todo bien. —Asintió—. Aunque la operación todavía no se ha cerrado, pero no creo que pase de esta semana.

—¿Y en qué consiste la operación? Bueno, si puedes contármelo —aclaré.

En ese conciso instante los camareros empezaron a servir los primeros platos y Marc me dijo que prefería no hablar de trabajo. Yo solo le había preguntado con intención de quitarme de en medio a Fernando para centrarme en él y su caricia, lo había hecho a modo de excusa para admirar su preciosa cara y ver al deseo transitarle por las pupilas. Sabía que a Marc no le gustaba hablar sobre su trabajo, pero fue lo primero que me vino a la cabeza. Además, aparte de no gustarle hablar de sus actos policiales, había cosas que ni siquiera estaba autorizado a contar.

Cuando llegamos al postre la mandíbula me dolía de tanto reír. La velada estaba siendo de lo más agradable, y por fin, gracias a la distensión y el ingenio invertido en la cena, mi cabeza había parado de cuestionarse cosas. Fernando se ausentó un momento de la mesa para acercarse a otra ocupada solo por mujeres. Haciéndose un hueco, se sentó entre ellas, mientras todas lo admiraban y le reían las gracias. Era como ver al gallo dentro del corral, puesto que Fernando estaba igual de tieso y sacaba pecho de la misma forma que haría tal ave. Al momento, Marta y Óscar también abandonaron la mesa para dirigirse a hablar con familiares y amigos, con la irremediable consecuencia de dejarnos solos a Marc y a mí.

—¿Sabes? —formuló en cuanto no hubo nadie, mirándome a los ojos—. Estás muy guapa esta noche.

—Muchas gracias.

—No tienes que dárme las, es la verdad. ¿Y sabes algo más?

—¿Qué? —demandé con prisa.

—Envidia a ese vestido con todas mis ganas —declaró.

—¿Por? —pregunté con una sonrisa.

—Porque me gustaría ser él para estar pegado a tu cuerpo. Así podría sentir tu sedosa piel, tus turgentes pechos, tu maravilloso culo, tu increíble...

—¡Para, por favor, Marc! —le solicité sin dejarle acabar la frase—. Me estás acalorando y ya lo hago yo bastante, sola y sin necesidad de tu ayuda —aseguré.

—Me encanta que te sofoques, Cris —sonrió con descaro—, porque eso provoca dentro de ti deseo. Y el deseo te lleva a excitarte, como lo estabas antes, dentro del armario, y eso es algo que a mí me vuelve loco, preciosa.

—Cambiemos de tema por favor, Marc —le supliqué, la conversación me estaba alterando.

Su mano subió por mi muslo hasta rozar, por encima del vestido, mi intimidad. La sangre me corrió por las venas como un río desbocado, anegándome el corazón. Su intrepidez desató mi libido, que en ese momento abandonó los zapatos para concentrarse en lo más hondo de mi ser. Sentí algo arrollador, algo que me superaba, casi me dominaba solo con su sutil provocación. Emergieron de mí unas tremendas ganas por arrodillarme delante de él y satisfacerlo, degustar su insaciable virilidad por tiempo indefinido, hasta que me doliera la mandíbula tanto que no pudiese moverla o hasta hacerle perder la cabeza por completo, lo que antes surgiera.

—Mejor que cambiar de tema sería cambiar de lugar, así podría tenerte debajo de mí, cariño —explicó en un seductor susurro—. No sabes cuánto lo deseo, no te lo puedes ni imaginar. Son tantas las ganas que siento que sería capaz de hacértelo aquí, encima de esta mesa y delante de todos.

—¡Vaya!, parece que tienes una especial debilidad por las mesas —bromeé, recordando las veces que habíamos practicado sexo en una de ellas—. Aunque lo que me sorprende es que quieras tener espectadores.

En ese instante Fernando regresó a la mesa y apareció ante nosotros. Marc se quedó con la palabra en la boca y yo noté un excesivo calor subiéndome por el rostro. Imaginar a Marc haciéndomelo allí, encima de la mesa y delante de todos, me sofocó tanto como me excitó.

—¿Tienes calor, Cris? Pareces un poco sofocada —me preguntó Fernando.

—Sí, un poco.

—No será que mi hermano te ha sacado los colores. —Curvó una sonrisa mirando a Marc.

—No creo que decirle que está muy guapa la haya hecho sofocar —enunció, mirándome con centelleos de lujuria en las pupilas.

—Pues si es así, Marc solo te ha dicho una obviedad, Cris. Y eso no debe sofocarte, tan solo halagarte. ¿A que sí, hermano?

Justo cuando Marc iba a contestar a su pregunta Marta y Óscar regresaron a la mesa cargados de risas, cortando cualquier tipo de conversación con su alborotado júbilo; y de seguido, los camareros comenzaron a repartir unas copas de cava. Ricardo realizó un brindis y, tras un fuerte aplauso, todos abandonamos las mesas y nos dirigimos a la zona habilitada para la orquesta y como pista de baile. Marta me presentó a sus amigos, que resultaban ser los de su hermano, siempre habían salido juntos y compartían amistades. Marc se quedó hablando con ellos, Fernando volvió a

perderse, para no variar, entre un grupo de mujeres y Marta y Óscar se pusieron a bailar. Regresé a la mesa sola, observando a Marc desde la distancia, viendo cómo reía con sus amigos y cómo alguna que otra de las mujeres presentes babeaba por él.

Marc se acercó a mí después de un más que largo rato sola en la mesa, acompañada por dos copas de cava. Y esa soledad, unida al aburrimiento, me había llevado a dedicarle tiempo a los amigos de Marc, a contemplar desde la distancia el interés que más de una de la féminas, congregadas a su alrededor, rezumaba de sus cuerpos por él.

—¿Qué hace, letrada?

—Observar —contesté, sin apartar la vista del grupo con el que Marc había estado reunido.

—¿Observa a mis amigos?

—Sí y no. —Hice un mohín y puntalicé—: Más bien observo a las mujeres, la verdad.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido.

—Me hace gracia ver cómo a algunas se les caen las bragas por ti —le expliqué, volviendo la vista hacia él.

—¡¿Pero qué dices?! —Sonó sorprendido.

—Lo que oyes —respondí sin más.

Marc me miró con aire pícaro, muy habitual en él, su costumbre, y sonrió con sutileza.

—Y a usted, letrada, ¿se le caen las bragas por mí? —susurró con una chispa de malicia encendiendo sus ojos verdes.

—Pues no, siento defraudarlo. —Chasqueé los labios y añadí—: Y no se me caen por una razón, porque para eso tendría que llevarlas puestas —afirmé seria—. Con este vestido todo se marca mucho y, en mi opinión, aparte de no ser nada estético, llega a parecer hasta provocador.

Marc y su rostro expectante me observaron unos segundos en silencio, con los ojos escupiéndome tanto asombro como exaltación. Sin decir nada, se inclinó hasta poner la boca justo a la altura de mi oído y en un susurro dijo:

—¿Me está diciendo que no lleva bragas debajo de ese vestido?

—Quiere que se lo firme ante notario, inspector jefe.

—¡Vaya, siempre me sorprende, letrada! —exclamó en tono jocos—. Pero creo que no será necesario llegar a esos extremos, a una firma notarial. —Se incorporó y me ofreció la mano—. Ven un momento conmigo. —Me cogí a su mano y me levanté de la mesa.

—¿Adónde vamos? —pregunté intrigada.

—Tranquila, confía en mí. Te voy a enseñar un lugar que te gustará. —Me contempló con una mirada astuta.

—Pero, Marc...

—Cris, ahora lo verás —me interrumpió con calma—. Ven conmigo, por favor.

Dejé mi curiosidad a un lado y le solté la mano para que nadie nos viera cogidos. Marc echó a andar y yo me encaminé detrás de sus pasos, que se dirigían hacia la casa. Según nos acercábamos a la puerta de la vivienda con dignidad de mansión, uno de sus amigos se cruzó con nosotros.

—¡Oye, Marc! Quería comentarte una cosa...

—En un momento bajo, Oriol —le dijo sin dejarle terminar de hablar, sin ni siquiera pararse.

Nada más entrar en la casa, Marc me cogió de nuevo la mano y empezamos a subir las escaleras. Los primeros escalones los subimos despacio, luego con un ritmo rápido, hasta que, sin saber por qué, empezamos a correr. Nuestros pies galopaban por las repentinas prisas de Marc. Llegó a ser tanta la celeridad que tuve la impresión de que llegábamos tarde a algún sitio que yo aún desconocía. Por fin, Marc abrió una puerta y entramos en una habitación. Tras cerrarla, echó el pestillo.

—¿Adónde me has traído?

—A mi dormitorio, letrada.

—¿Para qué? ¿Acaso quiere echarme un polvo, inspector jefe? —pregunté con descaro.

—¡Oh, eso lo quiero siempre! —Sus labios se desplegaron con astucia.

—¡Vaya, vaya! Así que me has hecho subir las escaleras casi volando para mostrarme tu habitación —comenté, y de inmediato mi boca habló sin pensar—: ¿Aquí también te traías a tus amiguitas para montártelo con ellas?

—¡Uff, tan directa como siempre! —Silbó, acercándose a mí—. Pues sí, a veces, cuando tenía necesidades como cualquier persona —afirmó.

—¿Y tenías muchas necesidades?

—Las justas —resolvió—. Pero me parece a mí que estás muy preguntona —observó con un tono de voz matizado de reproche.

—Y aún no he acabado, tengo más preguntas.

Marc me miró algo extrañado.

—¿Como qué?

—¿Con cuántas de las mujeres que estaban contigo abajo te has acostado? Y no me digas que con ninguna, Marc, porque no me lo creo —me adelanté a su réplica.

—¿Estás celosa? —Su gesto de extrañeza se debatió con el de sorpresa.

—Para nada —respondí tajante—. Ya te dije una vez que yo tengo lo que me interesa de ti.

—Exacto, mi cuerpo —terminó puntualizando él—. Es lo único que quieres de mí. —Sus manos se posaron en mi cintura.

—Bueno, en realidad con tus manos, tu boca y la máquina de placer que tienes entre las piernas me basta —bromeé.

—¡Máquina de placer! —profirió jocosamente—. ¡Vaya! Bonito nombre, letrada. —Serio—. Pero para su información le diré que todo va en el lote, así que tendrá que

quedarse con mi cuerpo entero —avisó.

—Eso haré, qué remedio —me lamenté con ironía, encogiéndome de hombros—. Y, retomando la cuestión, no te vayas por las ramas y contesta de una vez. ¿A cuántas te has tirado?

Marc calló un par de segundos antes de confesar:

—A un par de ellas, pero hace muchos años —matizó de seguido—. Seguro que ya ni lo recuerdan —comentó, sin darle mayor importancia.

—Perdona pero eso lo dudo mucho, Marc. ¿A que eran la pelirroja y la morena bajita? —Me miró en silencio mientras una fina capa de estupor le cubría el semblante.

—¿Cómo puedes saberlo? —interpeló al fin.

—Por cómo te miraban —confirmé.

—Cris, ya están casadas, incluso una de ellas tiene un hijo. No creo que piensen en eso —aseguró serio.

—¿Que no? ¡Ja! —exclamé casi en tono de protesta—. Ponte a tiro y lo comprobarás. Estoy segura de que se abrirían de piernas para ti con solo guiñarles el ojo.

Marc cambió en un segundo la seriedad por su rostro lleno de picaresca y envolvió mi cintura con sus fuertes brazos.

—Pero yo no pienso hacer eso por una razón, porque ahora me acuesto contigo y no quiero hacerlo con ninguna otra —concluyó—. Y para de preguntar, no me desvíes más del tema que hemos venido a tratar a esta habitación.

—¿Y qué tema es ese?

—Comprobar si es cierto lo que ha dicho abajo, letrada, que no lleva bragas —susurró girándome, pegando su pecho contra mi espalda.

Marc comenzó a besarme el cuello a la vez que sus manos me subían despacio el vestido, rozándome los muslos con sutileza, provocándome con esa caricia que sabía la meta que ansiaba.

—¡Um, letrada, es cierto! No lleva nada en absoluto. ¡Cuánto me gusta! —Balanceó las palabras con suavidad en mi oído, emitiendo un sonido ronco de placer que me alteró todos los sentidos. Una de sus manos cambió de rumbo y penetró con habilidad por la abertura vertical que el vestido llevaba en la espalda, hasta tocarme el pecho—. ¡Oh! ¡Y aquí tampoco lleva nada! Va desnuda debajo de este espectacular vestido. ¡Qué maravilla! —exclamó excitado. Su voz lo denotaba sin dejar el menor ápice de duda.

—Ya le he dicho que todo se me marcaba mucho —contesté, emitiendo un suspiro entrecortado.

—Qué suave eres, Cris, y cuántas ganas tienes ya de mí —jadeó en mi oído al notar mi excitación en sus dedos—. Cuánto me gusta ponerte así, húmeda. ¿Y sabes cómo has conseguido ponerme a mí? Muy pero que muy caliente, más de lo habitual.

—¿Y va a tomar medidas por ello, inspector jefe? —pregunté de forma

provocadora.

—Por supuesto, letrada. —Marc volvió a voltearme para ponerme la cara frente a él, y sonrió de forma libertina—. He pensado en algo que creo le gustará mucho y voy a describírselo de manera muy explícita.

—¡Oh!, ¿otra de sus tórridas historias?

—Muy tórrida, preciosa —musitó con su voz varonil—. Porque esta vez pienso excitarla mucho, mucho. La quiero empapada de deseo por mí. ¿Y sabe por qué la quiero así?

—¿Por qué? —runroneé, siguiendo su provocador juego que tanto me gustaba.

—Para deslizarme con total facilidad en el interior de su fogoso océano, dentro de su prieto y fascinante coño. Porque quiero cabalgarla fuerte, follarla a lo salvaje como tanto le gusta. Y quiero hacerlo sin pausa, sin aliento, absorbiéndote entera, Cris, deshaciéndote de placer, solo dejando hablar a la lujuria hasta acallarla tras alcanzar el clímax, hasta notar que vibras en mi virilidad, algo que me da tanta satisfacción por haberte hecho gozar que logra que alcance el orgasmo de una forma espectacular. ¿Te está gustando mi descripción?

—Me encanta —susurré, exaltada por sus palabras y por la forma de decirlas.

—A mí me encanta llenar su hermosa cavidad creada solo para mí, letrada, solo para mi amiga o mi máquina de placer; nombre con el que usted denomina a mi miembro viril pero que cualquier hombre, usando otra palabra más vulgar, llamaría polla. Pero da igual el nombre que utilicemos usted o yo para referirnos a esa parte de mi anatomía, lo único evidente es que esa parte de mí está deseosa de colmar su ansiosa profundidad. La profundidad que tanto me gusta transitar, que me hace perder la cabeza, que me lleva a entregarle hasta la última gota de mi esencia, de mi semen o de mi esperma, elija la palabra que más le guste y excite y no se me ponga colorada —explicó, recreándose en cada vocablo entregado—. Y ahora dígame, ¿quiere que profundicemos?

—Lo deseo —aseveré con voz trémula—. Deseo hacer todo cuanto me ha dicho, inspector jefe —hablé pegada a su boca, aspirando la pasión que desprendía el cuerpo de Marc por mí y sintiendo cómo mi libido perdía toda cordura y razón.

—Le haré eso y más, no lo dude —dijo acariciándome la mejilla—. Me fascina saber que una ínfima parte de mí recorre sus adentros. Que estoy dentro de ti, Cris, a pesar de estar fuera. Que eres la única dueña de mi esencia, la única que la ha tenido en su interior. Eso me desata.

Su cálida boca me besó con ávido deseo y yo le contesté con mucho ímpetu, con el corazón trepidando tras escuchar sus fogosas palabras. Unos ardientes vocablos que me habían encendido de manera exorbitante. Al separarse de mis labios me contempló y dijo:

—Y ahora quiero que te tumbes en la cama y separes tus piernas, cariño, porque mi boca está deseosa de acariciar tu dulce rincón, mi paraíso. —Volvió a besarme tan colmado de lascivia que las piernas casi se me doblaron.

Me aparté de él estremecida al saber lo que estaba a punto de disfrutar, conociendo de manera minuciosa lo que Marc pensaba hacerme, cuánto íbamos a gozar los dos. Me despojé del vestido de forma seductora y me tumbé en la cama, separando despacio las piernas sin parar de mirarlo a los ojos y acariciándome con delicadeza los pechos.

—¿Pretendes provocarme más?

—Puede —respondí simulando seriedad.

—Sé que te encanta hacerlo, pero puedo asegurarte que sería imposible excitarme más de lo que estoy ahora —aclaró desnudándose con celeridad y tirando de mis piernas hasta ponerme en el borde de la cama.

Sentí su cálido aliento pegado a mi intimidad, sus carnosos labios la besaron una y otra vez haciendo que jadease al saber lo que venía después, una larga y fogosa caricia que terminaría contrayéndome la pelvis.

—¡Oh, sí! —susurré, apretando la cabeza contra el colchón al sentir ese placer tan intenso.

—¿Quieres más, Cris? —preguntó con una pizca de ironía.

—Sí, lo quiero todo. Todo el placer que puedas darme —contesté, esperando con ansia más caricias.

Y Marc enterró la cabeza entre mis piernas para cubrirme con pasión, para entregarme ráfagas de placer que aumentaban con persistencia hasta conseguir que yo me derramara en su boca, vibrando en ella como tanto le gustaba, ahogando mis gritos entre largos y elevados suspiros mientras el orgasmo me hacía temblar. Marc se levantó con rapidez y me penetró en medio de las palpitaciones de mi sexo, de los espasmos aún no finalizados.

—¡Oh, sí! —exclamé, al sentir su profundidad colmándome.

—¿Te gusta sentirme dentro de ti, Cris? —preguntó mirándome.

—Sí —afirmé con la respiración aún fatigada.

—¿Cuánto?

—Mucho —contesté sin dudar.

—Mucho es poco, Cris —aseguró—. Tú no puedes imaginar lo que a mí me gusta estar así, en tu interior. Adoro sentir tu húmedo calor, que recubras mi miembro con tu lava fundida, que lo empapes de tu fogosa excitación deseosa por tenerme dentro de ti; eso me vuelve loco por completo.

Marc me miró a los ojos con vehemencia y volvió a arremeter con fuerza las caderas contra mí. Tanto que me sobresaltó.

—¡Oh! —exclamé, cerrando los ojos al sentir el feroz empujón.

—¿Cuánto te gusta, Cris, dilo? —demandó.

—Muchísimo, Marc —respondí, elevando los párpados para observar su preciosa cara.

Marc volvió a hacer lo mismo, se empujó contra mí con toda su energía.

—¡Ohhh! —jadeé, mi espalda no cesaba de arquearse con cada profunda

penetración.

—¿Cuánto, Cris? Cuéntamelo, por favor —musitó, y su virilidad volvió a golpearme con extremas ganas, como nunca, como una fiera herida, rabiosa, haciéndome sentir un latigazo por todo el cuerpo semejante a una vigorosa descarga eléctrica.

—¡Por favor, Marc! —hablé sin apenas aire. La novedosa forma de tomarme, el excesivo placer que henchía a mi cuerpo, me dejaba sin oxígeno.

—Dímelo, lo necesito. —Rozó mi boca con sus sedosos labios—. ¿Cuánto te gusta, Cris? —Volvió a susurrarme.

—Siempre, Marc —admití, sosteniendo su mirada que me quemaba la retina—. Me gusta tanto sentirte dentro de mí que querría hacerlo siempre. A todas horas, en cada momento, sueño con ello todos los días.

—Eso es lo que necesitaba oír, algo semejante a lo que a mí me sucede. —Emitió un suspiro mudo, pero dada la proximidad de nuestros cuerpos lo pude percibir—. Porque yo solo puedo pensar en ti, en estar en tu interior, contigo, Cris. No deseo nada más en el mundo ni quiero pensar en otra cosa.

Marc me besó arrebatado de pasión y yo me enzarcé a su boca con desespero. Nos besamos enardecidos, nuestras bocas estaban poseídas por una furia incontrolable, se succionaban, querían tragarse la una a la otra. Decir que en ese momento nos arrastraba una pasión excesiva llevándonos a una locura incontrolable sería quedarse escaso, ridículo.

—Y después de estas pequeñas confesiones hagamos lo que más nos gusta, preciosa, practiquemos sexo del bueno —propuso, mostrando en su cara el dulce sabor del triunfo. De pronto, me giró para quedar atrapado debajo de mí, y añadió—: Pero esta vez me gustaría que me follases tú, quiero ver tus caderas bailando encima de las mías, galopando fuerte y sin parar hasta que reventemos de placer. ¿Quieres?

Con los labios pegados, sin dar contestación a su sugerencia, mis manos se agarraron a los barrotes del cabecero de la cama de Marc y las suyas, de inmediato, a mis caderas, hincando los dedos en ellas como si mi carne fuera de arcilla. Empecé unos rítmicos movimientos, primero a tempo acompasado, bailando a un compás que hacía gemir a Marc tanto como a mí y que poco a poco iba *in crescendo* al igual que nuestros deleitosos sonidos. Mis ganas por alcanzar juntos la meta terminaron moviéndome a ritmo vivaz, trepidante, desmesurado, desproporcionado y muy gustoso. Marc estaba quieto, absorbiendo mis movimientos sin dejar de contemplarme, con la cara transformada por el placer que sentía, con una respiración alterada que se contrapeaba con mis ahogados gritos. Nuestros corazones estaban más que agitados sintiendo avecinarse vertiginoso al clímax. Con unos briosos movimientos más, mis músculos pélvicos comenzaron a tensarse y estallé. El orgasmo llegó como un latigazo, impetuoso, repentino y cargado de un placer que gobernó mi cuerpo, extasiándolo de tal manera que creí levitar. Los espasmos subían y bajaban de intensidad sin parar de sacudirme, una cúspide de placer que culminaba

en un reflujo y volvía a empezar de nuevo. Y mientras me sacudían, mientras las convulsiones aún perduraban en mí, Marc apretó con sus garras mi cuerpo al suyo y empezó a llenarme con su esencia una vez más, inundándome con sus gemidos que tanto me gustaban.

—¡Cris! —exclamó, alargando mi nombre en medio de su brutal orgasmo.

Todo el vello se me puso de punta al escucharlo decir con aquel tono. Una voz que en ese momento no era la de Marc, no era su varonil y sensual timbre, era un estallido de puro placer clamándome a mí en medio de su satisfacción, mientras se afluía en mi interior con fuerza, a la vez que me llenaba con su golpe de deseo.

Mis manos se apartaron del cabecero y me dejé caer encima de su torso, agotada. Sentí el veloz galopar de su corazón en mi pecho, corría tanto o más rápido que el mío. Aunque mi desbocada respiración superaba con creces en aspiraciones a la suya, casi se encontraba extraviada entre aquel maremoto de sensaciones.

Los brazos de Marc se entrelazaron a mi espalda, todos los músculos me envolvieron en su cuerpo, me arroparon en él, me hicieron sentir una sensación extraordinaria estando acurrucada así.

—Ha sido genial —dije entre sus brazos.

—Lo genial es estar así, Cris, abrazado a ti, contigo. Podría permanecer de esta forma horas y horas, quizá toda la vida. —Me besó en la frente.

—La que necesita estar horas así soy yo, que no sé si voy a poder moverme, me has desgastado por completo. La debilidad de mi cuerpo es excesiva.

—Así quiero que disfrutes, Cris, quedando exhausta —reveló—. Quiero que siempre me desees como hoy, excitándote tanto que he podido sentir cómo tu cuerpo vibraba sin ni siquiera tocarte. Quiero que te dejes la piel en cada uno de nuestros encuentros, porque yo me dejo siempre el alma. —Calló unos segundos, y añadió—: Deseo tanto tu orgasmo, preciosa, que podría pedírtelo de rodillas; me humillaría por él.

Sonreí de forma tenue y le contesté:

—No creo que te haga falta llegar tan lejos, sabes muy bien provocar mis orgasmos. Tu cuerpo conoce al mío a la perfección.

—Pues quiero conocerlo todavía mejor; y que tú conozcas el mío de memoria.

Nuestros labios se unieron en un tierno beso y al separarnos eché mi cuerpo al lado de Marc.

—Y cambiando de tema —dije—, ¿sabes que a lo mejor nos están buscando? Hemos desaparecido y llevamos un largo rato aquí metidos.

—No te preocupes por eso, tengo la excusa perfecta para quien me pregunte.

—¡Ah, sí! ¿Y cuál es?

—Te he enseñado la casa y nos hemos entretenido en la biblioteca.

—¿Tenéis biblioteca? —pregunté perpleja.

—Sí, y un cuarto de ocio con todo tipo de juegos y videoconsolas. Y hasta una sala de cine con veinte butacas. Mis padres, que saben montárselo bien —comentó,

encogiéndose de hombros.

—¡Vaya! —entoné—. Es alucinante.

—No, lo alucinante eres tú —explicó, mirándome serio y apartándome un mechón de la cara.

—Gracias por pensar eso de mí, Marc.

Me acerqué para besarlo y metí las manos entre su cabello mientras peleaba con su boca. La gran mayoría de veces era una batalla perdida, Marc terminaba dominándome con sus besos. Le gustaba hacerlo así, tener el control de mis labios, moverme la lengua al ritmo que él marcara; y yo me sometía con agrado a su pericia. Al separarse de mí suspiró de una forma diferente de lo habitual, y esa manera de soltar el aire por las fosas nasales me hizo quedar confusa, pues su sonido delataba más resignación que satisfacción. Lo miré a los ojos, tenía la misma mirada que cuando nos despedimos en la cafetería, y volvió a ocurrir lo mismo, no sabía qué lectura darle.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué suspiras de esa forma? ¿Por qué me miras así? —le pregunté un poco desconcertada.

—Nada, no pasa nada. —Su voz sonó apagada y volvió a suspirar de idéntica manera.

—Sí, sí te pasa algo, Marc —aseguré—. Te has quedado muy callado, suspiras más bien compungido y me miras de una forma que no sé cómo interpretar. ¡Dímelo! —Le exigí, y él me contempló los ojos sin ni siquiera pestañear.

—¿Es cierto lo que has dicho antes? Lo de que quieres sentirme a todas horas, que sueñas con ello.

—Sí, es cierto. —Asentí—. Ya te he dicho que eres un amante maravilloso, Marc, y me has creado adicción.

—Yo, Cris... —permaneció unos segundos en silencio, un tiempo que se me hizo eterno. Y al fin, con una extrema seriedad en su rostro, desconocida para mí hasta el momento, confesó—: Yo te quiero.

Un silencio ensordecedor acunó el ambiente en ese instante, en el justo momento que escuché decir a Marc esas palabras. Me quedé turbada mirándolo, sin saber cómo reaccionar. Por unos segundos llegué a dudar si acababa de escuchar en realidad esas tres palabras o mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Tenía que cerciorarme de que había oído lo que me había parecido, y confundida le pregunté:

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Que te quiero, me he enamorado perdidamente de ti. Te amo, Cris —contestó, acercando la mano a mi cara.

La esquivé con urgencia y me levanté de inmediato. Y tan veloz como pude, comencé a vestirme.

—¿Qué haces?

—Vestirme, ¿o no lo ves? Me voy de aquí.

—Pero, Cris...

—¿Pero Cris qué? —le pregunté alterada, sin dejarle terminar—. ¿Ya no recuerdas lo que hablamos al principio, Marc?

—Sí, me acuerdo. —Sopló fuerte, con una resignación insoportable.

—¿Y qué te dije que quería, qué es lo único que buscaba? —interpelé molesta, con reproche.

—Solo querías sexo —respondió en un tono apagado.

—¡Exacto! —confirmé—. Solo buscaba y quería sexo, nada más.

Marc volvió a mirarme a los ojos y anunció:

—¿Y qué quieres que te diga? No he podido evitarlo, y además no creo que enamorarme de ti sea algo malo.

—¡No será malo para ti, pero sí para mí! —advertí malhumorada.

—Pero, Cris, ¿por qué? No te entiendo. —Marc sacudía sin parar la cabeza—. ¿Acaso tú no sientes algo por mí? Porque yo creo que sí, tu cuerpo me lo dice cuando hacemos el amor.

—¡Yo no hago el amor, Marc! —Levanté el tono airada—. Yo solo echo un polvo, hago sexo. Como tú sueles decir, solo follamos —expliqué casi en un gruñido.

—¿Y no es lo mismo, Cris? —preguntó extrañado.

—¡Por supuesto que no! ¡No para mí! —repliqué haciendo aspavientos con las manos—. Hacer el amor conlleva una connotación de sentimientos, pero follar no encierra nada de eso.

—Pues entonces, según tu criterio —recalcó—, yo creo que la noche que tuviste la mala experiencia con las esposas, cuando me rogaste que lo hiciéramos, no follabas conmigo, hacías el amor —explicó con una pizca de mordacidad, levantándose y comenzando a vestirse también.

Marc hablaba del acto sexual que acaeció después de mi ataque de ansiedad, después de trasportarme a mis recuerdos, a mi terrible noche con Javier; y algo de razón llevaba. Aquel encuentro había sido diferente de todos los anteriores, fue una posesión suave, dulce y aterciopelada. Aunque no contenía sentimientos, al menos no por mi parte, por lo tanto no era como él decía, de eso estaba segura.

—Creo que te equivocas —observé un poco ofendida.

—Estoy seguro de que no, Cris, tu cuerpo me lo decía, sentía algo por mí, me amaba —subrayó con gravedad.

—No tienes ni puta idea de lo que dices. —Negué con la cabeza.

—¡Ah, no! —Levantó la voz y me observó con adustez—. Es cierto, no sé de lo que hablo, claro, yo no estaba en la cama contigo —siseó con cierta rabia—. Entonces sácame de dudas, Cris, ¿follaste o hiciste el amor? O quizá tú tengas tu propia versión y, a lo mejor, follaste haciendo el amor —escupió con sarcasmo, y de seguido añadió—: Yo, aplicando tu criterio una vez más, sé que hice el amor contigo. Igual que lo acabo de hacer ahora, como lo he hecho en otras ocasiones.

Marc se acercó más a mí, y yo, en un puro acto reflejo, me eché para atrás, negando con la cabeza, y me apresuré en preguntarle:

—¿Por qué quieres estropearlo, Marc? ¿No te basta con lo que tenemos? ¿No te basta con un buen rato de placer, con tener mi cuerpo?

—No, Cris, te quiero toda —respondió rotundo—. Quiero tu cuerpo y tu alma. Te necesito a mi lado, conmigo toda la vida. —Resopló fuerte, subiendo la mirada al techo por unos segundos, luego la bajó despacio y con calma me dijo—: No quiero esconder nuestra relación; es más, quiero que todo el mundo sepa que te amo, que eres la mujer de mi vida. ¿Sabes? Una parte de mí se alegra de que mi hermana vaya a enterarse de lo nuestro, porque yo saldría ahí fuera y se lo anunciaría a gritos a todos. —Volvió a acercarse a mí.

—No, Marc. —Lo paré con las manos—. Yo no soy ni seré la mujer de tu vida. No busco lo mismo que tú. —Sacudí la cabeza repetidas veces, negando sin cesar—. Creo que lo mejor será que me vaya, no quiero que terminemos haciéndonos daño. Mejor conservar el bonito recuerdo que tenemos.

—Cris, por favor...

—Hazme caso, Marc. —Levanté de nuevo la voz—. No hagamos una escenita, te lo ruego —le pedí—. Mira, me iré mañana a primera hora, me inventaré cualquier excusa y desapareceré. Será lo mejor, créeme. —Suspiré con pena mientras me calzaba.

Al terminar, y en un profundo haz de silencio, lo miré. Una inquietud me recorrió el cerebro al contemplar sus ojos verdes, y antes de marcharme no pude contenerme de obtener una respuesta a mi desazón, y la demandé:

—Por curiosidad, ¿desde cuándo sabes que estás enamorado de mí?

Marc se apoyó en el escritorio de su habitación y se cruzó de brazos antes de contestarme:

—Desde poco después de empezar a vernos. Lo intuí la primera vez que me presenté en tu casa —reveló—. Solo podía pensar en ti, me costaba dormir, apenas comía..., deseaba estar contigo siempre. Pensaba en hacerte el amor a todas horas, o follarte, como prefieras. —De nuevo el sarcasmo regurgitó por su boca—. Para mí es lo mismo, Cris, lo exprese de una u otra forma —puntualizó—. Pero no solo pensaba en poseer tu cuerpo, también pensaba en tenerte a mi lado, mirándote, hablando, riendo, conociendo tu vida, todas tus memorias. —Agachó la cabeza y resopló con pesar.

—Si tú sabías que yo solo quería sexo y ese era nuestro acuerdo, ¿por qué has continuado? —le reproché.

—¡Porque quiero estar contigo! —respondió, subiendo la cara y alzando la voz—. ¿Tan difícil es de entender? ¡Mírate! Eres una mujer preciosa, inteligente, segura de ti misma, espectacular. ¿Quién no se enamoraría de ti? —Su mirada se cargó de dulzura—. Además, yo noto que tú también sientes algo por mí, Cris, digas lo que digas. No sé qué pasó en tu vida para que no quieras enamorarte, pero fuera lo que fuese yo puedo asegurarte que nunca te haré daño, jamás. Solo te amaré por toda la eternidad —susurró, y espero a que yo dijera algo.

—No tienes ni idea de nada, Marc. —Volví a negar con la cabeza.

—¡Cómo voy a saber algo si tú no me cuentas nada de ti, Cris! —Subió el tono de nuevo—. Eres hermética respecto a tu vida —me echó en cara.

—No hace falta contar nada para decirte que no siento más que una fuerte atracción sexual por ti. Nunca he sentido algo más, no sé amar, ni sé si quiero hacerlo. —Vacilé un segundo antes de abrir la puerta y agregué—: Como te he dicho antes, lo mejor será que me vaya mañana. Ha sido bonito mientras ha durado, de verdad, Marc. Adiós.

Cuando por fin abrí la puerta para salir de allí, Marc no paró de suplicarme que no me marchase, que hablásemos un poco más, pero, haciendo oídos sordos a sus palabras, abandoné la habitación y cerré la puerta sin mirar atrás. Era lo mejor para los dos, no me cabía ninguna duda. Yo no le podría dar lo que él quería y él había dejado de ser lo que yo buscaba. Todo entre nosotros había terminado.

Bajé de nuevo al jardín en busca de Óscar, debía contarle mi decisión de marcharme. Buscaría un vuelo para mañana a primera hora y me iría, aunque no a mi nueva residencia, sino a Alicante. Necesitaba un par de días para pensar, pero lejos de Madrid. Precisaba hablar con Mari y con mi tía, las dos personas que me habían avisado sobre los sentimientos de Marc, y yo no les había querido hacer caso.

¿Por qué, por qué, por qué?, no dejaba de preguntármelo con rabia. ¿Por qué Marc quería tener algo más? Estaba segura de que cualquier hombre estaría encantado con una relación así, sin ataduras, solo en busca de placer. Yo creía que él

era lo único que buscaba, un buen rato de disfrute sin ninguna complicación más, lo que habíamos hablado, lo que habíamos acordado, lo que buscaba la gran mayoría de hombres. Sin embargo, a mí me había tocado uno de los pocos que querían más, uno de los pocos hombres a los que el sexo les incitaba a mayores, uno de los que se enamoraban. Desde luego, vaya suerte la mía.

Por más que observaba el jardín lleno de gente dispersa no veía a Óscar por ninguna parte. Quizá mi estado de nervios me impedía distinguir entre los invitados al único que me interesaba en ese momento.

—¿Buscas a alguien, muñeca? —Me sobresaltó una voz.

—¡Oh, me has sorprendido, Fernando! No te había visto.

—¿Buscas a Marc? —preguntó con un tono a medio camino entre la chulería y la arrogancia—. Porque parecer que es también tu preferido, como le pasa a mi hermana.

—Te equivocas en todo, listillo —contesté con firmeza, porque para chula yo—. Busco a Óscar, no a Marc. Y no es mi preferido, te aclararé que en mi vida no hay ningún hombre preferido.

—Y tengo que créemelo porque tú lo dices, ¿no? —La arrogancia de la voz de Fernando subió un peldaño hasta rozar la altanería.

—Cree lo que quieras, es la verdad —escupí de forma seca.

—Mira, Cris, dejémonos de juegucitos de una vez —siseó—. Puedo ser muchas cosas pero no un gilipollas. Sé que tú y mi hermano estáis liados, tengo un olfato especial para esas cosas. Ahora, si lo quieres negar, hazlo, pero a mí no vas a engañarme.

Lo miré algo aturdida, pensando si acaso llevaba un cartel colgado a mi espalda en el que se podía leer que Marc y yo teníamos una aventura. Sabía que esa idea era absurda y alejada de ser cierta, al igual que no era cierto que ninguno de los dos hubiéramos dado muestras ni de un sutil flirteo delante de ellos. Pero ante la seguridad de las palabras de Fernando y sus acusadores ojos, claudiqué a la evidencia de su «olfato».

—Vale, es cierto. —Soplé con fuerza—. Hasta hace un momento tenía una relación con tu hermano, una meramente sexual, y nadie lo sabía. Y digo hasta hace un momento porque lo acabo de dejar con él.

—¿Y eso? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó con interés.

—Tú hermano quiere más, yo solo busco sexo, eso ha ocurrido —aclaré—. Pero, por favor, Fernando, no se lo cuentes a nadie. Nadie lo sabe, ni quiero que se enteren.

La actitud de Fernando cambió al momento de escuchar mi ruego.

—No te preocupes, Cris, no lo diré —declaró tajante—. Pero lo que sí te diré es que te has equivocado de hermano, conmigo no habrías tenido ese problema. —Estiró los labios—. Marc siempre ha sido más sentimental que yo. Aunque debo reconocer que con una mujer como tú quizá podía plantearme sentar la cabeza.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Tómalo como quieras, solo he dicho la verdad. —Sonrió de nuevo, y de pronto anunció—: ¡Mira!, por ahí vienen Marta y Óscar.

—Por favor, entretén a tu hermana con algo para que pueda hablar a solas con Óscar —le pedí casi suplicando.

—De acuerdo, no te preocupes.

—¿Dónde estabas, Cris? —me preguntó Marta de inmediato—. Llevamos un buen rato buscándote.

—Tu hermano Marc me ha estado enseñando la casa. ¡Vaya!, tenéis hasta una biblioteca y sala de cine. Es increíble —contesté, intentando parecer lo más creíble posible.

—¡Pues llevabas razón! —exclamó Marta mirando a mi amigo—. Me había dicho Óscar que Marc te estaría enseñando la casa. ¿Y dónde está ahora mi hermanito?

—No tengo ni idea, quizás esté hablando con sus amigos.

—Por qué no vamos a buscarlo tú y yo, le quería comentar una cosa —intervino Fernando con la intención de llevarse a Marta.

—Bueno, vale. ¿Os venís? —nos preguntó a Óscar y a mí.

—No hace falta que vayamos todos, hermana, que nos esperen aquí un momento. Ahora volvemos.

—Sí, nosotros os esperamos aquí —añadió Óscar.

—De acuerdo, vamos —dijo Marta a Fernando, y se marcharon en busca de Marc.

Yo tenía la certeza de que Marc continuaría en su habitación y de seguro no saldría de ella en lo que quedaba de noche. Y tenía esa intuición basándome tan solo en una cosa: no le apetecería verse conmigo, al igual que me ocurría a mí.

—¿Dónde demonios os habéis metido los dos? —preguntó Óscar un poco furioso—. Te das cuenta en qué posición me pones a mí, Cris. No sabía qué inventarme para que Marta parase de buscarte —me reprochó.

—Lo siento, de verdad, Óscar. Pero tranquilo, ya no vas a tener ningún problema con ese tema porque se acabó —le expliqué—. Ya no hace falta decirle nada a Marta, Marc y yo no nos vamos a ver nunca más.

—¿Qué ha pasado? —interpeló intrigado.

—Lo que nunca quise que pasara, lo que le dejé claro desde un principio que no buscaba, eso ha pasado. —Emití un lánguido suspiro—. Quiere más, dice que se ha enamorado de mí.

—Lo suponía —contestó Óscar rotundo.

—¿Cómo? ¿Tú también? —pregunté atónita.

—¿Es que alguien te lo había dicho ya? —inquirió.

—Sí, Mari y mi tía Elisa, y no quise hacerles caso a ninguna. Yo no lo veía así.

—Pues yo lo sé solo desde hace unos días y cuando hablé con él me di cuenta de que sentía algo por ti. Pero cuando hoy he visto cómo te admiraba lo he confirmado, con ciertas miradas sobran todas las palabras —habló serio—. Y tus ojos también te

han delatado, Cris, tú sientes algo por Marc —añadió.

—Yo no siento amor por él, Óscar —dije con rabia—. Es cierto que con él he vivido las cosas de diferente manera, ha sido el primer hombre que me ha hecho disfrutar al cien por cien del sexo. Quizás ese cambio sea lo que reflejan mis ojos.

Óscar meneó la cabeza siseando, dejando aflorar un matiz furioso.

—Cris, sigues jodiéndote la vida, no te das ni una oportunidad. Sin duda alguna el peor enemigo de ti misma eres tú. —Asintió repetidas veces—. Marc es un buen tío que se ha enamorado de ti y tú sientes algo por él. No sé cómo sigues sin verlo, por qué te empeñas en negártelo.

—Mira, no voy a discutir esto aquí, ¿vale? Mañana a primera hora me iré a Alicante, necesito un par de días para pensar. El martes estaré de vuelta en el bufete.

—¿Te marchas? —interpeló asombrado—. ¿Y qué excusa convincente vas a poner para que Marta no sospeche nada?

—Diré que he hablado con mi madre y me ha parecido que no se encontraba bien, y para quedarme tranquila me acercaré a verla. Es una excusa convincente, ¿no? —pregunté, sin dejar de observar su cara de confusión—. Entiéndeme, Óscar, no quiero estar aquí y verme con Marc como si nada hubiera ocurrido. No quiero que nos hagamos daño.

—Y no has pensado que igual tú ya se lo hayas hecho, Cris. Que lo hayas dañado —me reprendió.

—¡Oye! ¡Yo no lo llevé a engaño en ningún momento! —exclamé molesta—. Desde el principio le dije que no quería una relación sentimental, que no buscaba amor. Si se siente dañado, él se lo ha buscado, yo le avisé. —Me defendí de su amonestación.

Óscar me miró unos segundos en silencio y luego, con voz inflexible, me dijo:

—No todo el mundo puede controlar los sentimientos como lo haces tú. No todos somos capaces de esconderlos en lo más profundo de nuestro ser y aislarlos de nuestra vida.

—Ese es un golpe bajo, Óscar, y lo sabes —hablé dolida.

—Quizá solo así seas capaz de reaccionar, a base de golpes bajos —subrayó, y se marchó con los ojos apenados.

Subí con furia a mi habitación y busqué en la tableta un vuelo a Alicante. Había uno a las ocho de la mañana y reservé el billete. Me di una ducha, recogí mis cosas y me tumbé en la cama a esperar. Una espera desesperada. Necesitaba llorar, desahogar el nudo que me oprimía la garganta, pero las lágrimas no querían acudir a los ojos, la rabia las retenía en mi interior. Sentía una necesidad imperiosa por chillar, por sacar el terrible malestar que me corroía por dentro, aunque tampoco podía hacerlo, si me oían me tomarían por loca, y no sería reprochable.

La desesperación me levantó de la cama y me llevó a dar vueltas por la habitación, intentando controlar mi alteración, los nervios y la angustia que se iban acrecentando en mí por instantes. Sin embargo, me era imposible frenar aquel

maremágnun de inquietud y zozobra, y la desesperación dejó espacio al desaliento y a la aflicción, que incautaron mi cuerpo haciéndome explotar por fin. El llanto empezó a cubrirme el rostro, absorbiéndome todas las fuerzas, y me dejé caer de rodillas en medio de la habitación. Allí tirada me agazapé al suelo como un animal y lloré y lloré largo y tendido, hasta que el agotamiento del llanto me venció por completo, derrotó mi ser.

Cuando sonó la alarma de mi móvil me desperté encogida, en posición fetal, con el cuerpo magullado por haber dormido en el duro suelo y el alma destrozada, hecha jirones. Al levantarme noté en mis carnes los estragos del encuentro sexual con Marc, su feroz y maravillosa ocupación aún se resentía en mi interior, y eso logró que las lágrimas volvieran a mi rostro. Un regusto amargo me recorrió el alma sabiendo que no sentiría más esa sensación de exceso sexual en mis adentros porque Marc lo había estropeado todo, había acabado con ello.

Me vestí con rapidez y llamé al servicio de taxis. Cogí mis pertenencias, salí en silencio para no despertar a nadie y me dirigí a la salida de la finca. Apreté el botón para abrir la gran verja y, sin girar la cabeza ni un segundo, me marché.

Eran las nueve y media cuando abandonaba el aeropuerto de Alicante. Saqué mi móvil del bolso y lo encendí, al momento recibí un *whatsapp* de Marc.

Por favor, Cris, reúneme conmigo en la arboleda que hay al final de la finca antes de irte. Tenemos que hablar.

Me fijé en la hora que lo había recibido, las ocho y doce minutos, de seguro que Marc ya se habría dado cuenta de que me había marchado. Envié un *whatsapp* a Marta explicándole mi marcha, poniendo como excusa no haberla encontrado anoche para decírselo. A continuación marqué el número de Mari, necesitaba verla y hablar con ella, pero no quería presentarme en su casa sin avisarla antes, por si estaba encamada con alguna de sus aventuras. Los pitidos se sucedieron una y otra vez y Mari no descolgaba. A punto de desistir, escuché su voz:

—Hola, Cris —me saludó—. ¿Qué pasa? Para, para un momento —susurró—. No te digo a ti, Cris, dime.

—Ya veo que no estás sola —observé.

—No creo que lo veas, será que lo intuyes —aclaró entre risas—. Y no te equivocas.

—Me alegro por ti.

—Yo también me alegro por mí. —Rio de nuevo—. No, venga, ahora en serio, ¿querías algo, corazón?

—Sí, Mari, te llamaba porque estoy en Alicante y quería verte, necesito hablar contigo. —La voz se me rompió un poco.

—Cris, ¿qué ocurre? —interpeló preocupada—. ¿Es Javier otra vez?

—No, es Marc —contesté—. Puedo acercarme a tu casa. —Intenté contener el sollozo.

—Cariño, no estoy en casa —se lamentó—. Estoy en un pueblo perdido de Huesca, regreso el martes. Pero cuéntame, qué te pasa, intentaré ayudarte.

—Llevabas razón, Mari, yo no supe verlo, pero tú y mi tía sí.

—¿En qué llevábamos razón?

—En los sentimientos de Marc hacia mí. Me ha dicho que está enamorado, que me quiere..., y le he dejado.

En ese momento las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.

—¡Oh, Cris! ¿Por qué? ¿Por qué te haces esto? ¿Cuándo te vas a dar permiso para enamorarte?

—¿Cómo? —Levanté la voz—. ¡No quiero enamorarme, quiero lo que teníamos! —protesté.

—¿Y acaso no había amor en lo que teníais?

—Por mi parte no, desde luego. Pero está claro que por la suya me equivocaba por completo —respondí, llorando más fuerte.

—Cris, cálmate y escucha, sin interrumpirme, por favor. —La voz de Mari sonó muy seria—. He pasado un día con vosotros, un solo día, y ha sido suficiente para darme cuenta de que hay algo más que una relación sexual entre vosotros. Estáis enamorados —aseguró con convicción—. Vi cómo os mirabais, vuestros ojos hablan, tienen su propio lenguaje, saltan chispas, tenéis una absoluta conexión. ¡Joder, si hasta respirabais al mismo tiempo cuando estabais juntos! —arguyó—. No me creo que no sientas nada por él; es más, no creo que ni tú te lo creas. ¿Por qué sigues castigándote ahora que has encontrado a un buen hombre?

—Porque no sé si quiero enamorarme, o si sabré hacerlo.

—Ya lo estabas haciendo, Cris, pero te prohíbes sentirlo y ni siquiera eres consciente de ello.

—No sé, todo esto me desborda —admití ahogada, sin aire—. Mi mente está a punto de explotar con el tema de Javier y ahora con Marc.

—¡Olvida a Javier de una puta vez y vive, coño! —espetó Mari con furia—. ¿Sabes cuántas personas estarían encantadas de estar en tu lugar, de tener a alguien que les diga «te quiero»? Muchas, Cris. Habla con él e inténtalo, es lo que creo que debes hacer —resolvió.

—No. No puedo olvidarme de Javier y no voy a hablar con Marc. No tengo ni idea de lo que voy a hacer con mi vida, me encuentro más perdida que nunca —afirmé secándome las lágrimas—. Pero gracias por escucharme, Mari.

—Cris, no seas tan testaruda, piensa en ello —me rogó—. Y llámame si lo necesitas, a cualquier hora, por favor, soy tu amiga, te ayudaré en todo lo que pueda.

—Lo sé.

—Aunque hay cosas en las que solo tú puedes ayudarte, lo entiendes, ¿verdad?

—Estoy intentándolo, Mari, estoy intentándolo —repetí—. Gracias de nuevo y adiós.

Cuando colgué el teléfono había recibido cuatro *whatsapps* más. Tres eran de Marc y todos decían lo mismo: «Por favor, ponte en contacto conmigo y hablemos, Cris». El cuarto era de Marta, decía que Óscar le había contado todo antes de mandarle yo mi mensaje. Que esperaba que mi madre se encontrase bien, que no fuera nada importante, y que si necesitaba cualquier cosa no dudara en llamarla y se acercarían a Alicante. Me sentí la peor persona del mundo, no hacía más que mentir y mentir, justo lo que odiaba. ¿Cómo había llegado tan lejos, o por qué? ¿Por estar con un hombre en la cama? ¿Por unos cuántos encuentros sexuales? ¿Merecía la pena mentir tanto por eso? Ni yo misma lo sabía. Ahora no tenía la menor idea de nada.

Ignoré y borré todos los *whatsapps* de Marc y decidí llamar a mi tía, necesitaba hablar también con ella. Quedamos en una cafetería lejos de la zona donde vivía mi madre, no quería encontrarme con ella porque se daría cuenta de inmediato de mi pésimo estado de ánimo. Por mucho que intentara disimular, con ella era imposible,

tenía un sexto sentido para conmigo. Al final, como siempre, conseguiría sonsacarme lo que me ocurría y terminaría sufriendo por mí; y no quería causar más dolor a nadie.

En menos de media hora mi tía llegó a la cafetería.

—¡Eh!, ¿qué te pasa, Cristina? Tienes muy mala cara, estás lívida.

—Tenías razón, tía —le dije sin mediar más palabras, como si ella conociera el tema que yo quería tratar.

—¿En qué tenía razón? —interpeló confusa.

—Con Marc. Me ha dicho que se ha enamorado de mí.

—Pero eso es genial, no es motivo para que tengas esa cara. ¿O sí? —preguntó desconcertada.

—Yo no le quiero, solo quería lo que teníamos, nada más. Y ahora lo ha estropeado todo —hablé con rabia.

—Cristina, no te entiendo. —Negó con la cabeza—. Marc es un hombre guapísimo, en apariencia educado, serio y responsable, no es moscardón de esos que van saliendo por las esquinas sin parar y te dice que se ha enamorado de ti. ¿Cuál es el problema? —Se encogió de hombros.

—El problema es que yo no quiero enamorarme, no busco una relación sentimental —contesté, sujetándome la cabeza con ambas manos, empezaba a pesarme demasiado con tanto como acumulaba.

—Continúo sin comprenderte, algo no me encaja —enunció—. ¿Por qué no quieres enamorarte? Lo más bonito de esta vida es el amor. Explícamelo para entenderte, por favor.

La miré con firmeza y comprendí que había llegado la hora de contarle la verdad, de explicarle aquel *incidente* que cambió mi vida.

—¿Podemos ir a un lugar donde tengamos más intimidad?

—Sí, claro, a mi casa.

—No, no quiero ir cerca de la zona de mamá, no quiero que me vea así —dije, apretando los labios para intentar contener el llanto.

—No te preocupes, Cristina, hoy no está en Alicante. Se ha ido a pasar el día con su grupo de amigas a un balneario de Valencia, llegará mañana por la mañana.

—Entonces vamos a tu casa, tengo algo que contarte.

—De acuerdo.

Conforme entramos a su casa le pedí a mi tía que se sentase en el sofá y, sin andarme con más paños calientes, empecé a contarle toda mi historia. Todo lo que había estado ocultándole durante algo más de quince años. La violación de Javier. El daño producido a Óscar y a mí al vomitar mentiras sobre nosotros. Mi intento de suicidio. Mi venganza contra los hombres. La necesidad de un cambio para sentirme

viva. Cómo ese cambio me llevó a encontrarme con Javier y de qué forma todo había culminado en volver a mi psicoterapeuta. Le conté todo. Me vacié entera sin omitir ni el más mínimo detalle. Jamás me había abierto con nadie de esa manera, volcándolo todo en el mismo momento.

Mi tía se levantó, se abrazó a mí y rompió a llorar, sin parar de preguntarme por qué no se lo había contado antes, por qué había pasado por ese infierno tan sola. Por qué, por qué, por qué..., no paraba de interpelar, taladrándome la cabeza una y otra vez. Terminé sumándome a su llanto y lloré con desconsuelo.

Al cabo de un largo rato, cuando por fin pude ser capaz de hablar, le dije:

—No te lo conté porque no quería que nadie sintiese lástima de mí, eso me destrozaba más todavía.

—Cristina, ¿cómo puedes pensar eso? —preguntó mirándome confusa—. Tú familia trataría de ayudarte, yo te habría ayudado, eso es así. Tenerlo retenido te ha ido comiendo por dentro —afirmó—. No me extraña que ahora estés tan perdida ante el amor, no tienes ni idea de cómo actuar. Es algo desconocido para ti.

—Ves, tú me entiendes. Mari, en cambio, no para de repetirme que no siga jodiéndome la vida, y Óscar, tres cuartos de lo mismo.

—Y llevan razón —dijo separándose de mí—. Yo entiendo que estés perdida, que no sepas cómo amar de nuevo, no que te niegues a volver a hacerlo. Porque eso es lo que estás haciendo, negarte a ser feliz. —Me acarició la cara—. Yo veo que tú sientes algo por Marc, lo vi desde el primer momento. Déjate verlo a ti también.

—¡Maldita sea, todos repetís las mismas palabras! —prorrumpí.

—Entonces será porque la única equivocada eres tú, ¿no lo ves? Inténtalo, Cristina —me sugirió.

—No es tan fácil, no sé si sabré, si le aportaré lo que él necesita o le joderé la vida —revelé con dolor—. No creo que esté bien utilizarlo como ratón de laboratorio, experimentando con él para ver si soy capaz de amar y dejar que me amen. —Las lágrimas volvieron a resbalarme por las mejillas.

—¿Le has contado esto a él?

—No. Estaba pensado hacerlo, pero no me ha dado tiempo, le he dejado antes.

—Pues creo que si se lo contases lo ayudaría mucho, entendería tus miedos a una relación sentimental e intentaría ayudarte a superarlos. Cuando uno ama a alguien es capaz de todo por ver feliz a esa persona.

—No sé, quizá ya esté fuera de lugar contárselo. —Me abracé a ella otra vez, necesitaba sentirme arropada—. Siento tanto dolor dentro de mí que necesito llorar y llorar.

—Pues hazlo, llora cuanto precises —contestó, sentándome en el sofá mientras ella me abrazaba y yo me desahogaba.

Mi tía dejó que mis ojos descargasen toda la bahía que acumulaban, sin parar de consolarme, mostrándome su cariño, hasta que ya no hubo más lágrimas que derramar, después de unas horas se habían agotado. Sin embargo, no quise moverme

de allí y, apartándome de sus brazos, me tumbé agotada, sin fuerzas, con la vista perdida, tan perdida como mi alma.

Cuando recobré energía suficiente para levantarme del sofá, me incorporé poco a poco, sin prisa, sintiéndome un poco mareada al hacerlo.

—Tienes que comer algo, Cristina, ya son casi las tres de la tarde —anunció mi tía—. Estoy segura de que no has probado bocado desde que cenaste ayer. ¿A que no me equivoco?

—No, llevas razón. Pero siento el estómago revuelto, no sé si seré capaz de comer.

—Te prepararé un poco de pasta, siempre te ha gustado mucho, y algo de fruta, ¿vale?

—No, de verdad, no tengo apetito.

—Una fruta aunque sea, por favor. —Me suplicó.

—De acuerdo, una fruta.

—Bien. Voy a preparártela. —Me dio un beso en la mejilla.

En cuanto mi tía se marchó a la cocina empecé a meditar sus palabras, y las de Mari, e incluso las de Óscar. Todos decían lo mismo, que yo sentía algo por Marc, que me lo impedía ver, que tenía que darme la oportunidad. ¿Llevarían razón y yo sería la equivocada? ¿O quizás eran solo sus ganas de verme con un hombre? No tenía la menor idea, mi cabeza no se encontraba en condiciones de despejar dudas. Era cierto que Marc había despertado algo en mí que ningún otro hombre había sido capaz de hacer, de acuerdo, pero no era un sentimiento de amor, a lo mejor era simpatía, o incluso afecto, pero nada más. Eso sí, me molestaba pensar que estuviera sufriendo por mí, aunque yo en ningún momento lo llevé a engaño, había sido clara con él desde el principio. Si ahora sufría no tenía que sentirme responsable, se lo había buscado él solo. Aunque, en honor a la verdad, si yo llevaba razón, por qué no dejaba de sentirme mal, por qué notaba tanto dolor por dentro, por qué me sentía destrozada. No lo sabía, si bien la aflicción y la angustia me estaban arrollando el alma y desquiciando la cabeza. De seguir así, estaba convencida, me volvería loca.

—Cristina, has dejado tu bolso en la cocina y tú móvil estaba sonando —avisó mi tía, acercándose el bolso.

—Gracias.

Busqué el teléfono y miré a ver quién había llamado; de nuevo era Marc. Tenía cuatro *whatsapps* y diecisiete llamadas perdidas de él. Parecía que lo único que estaba intentado hacer a lo largo del día era localizarme. Decidí abrir el último mensaje y ver qué había escrito.

Cris, por favor, tenemos que hablar. Creo que merezco una explicación que me haga comprender de qué tienes miedo, por qué te asusta enamorarte. ¿Acaso no estabas a gusto conmigo? Yo estoy convencido de que sí. Habla conmigo, lo necesito, te lo suplico.

Las lágrimas reaparecieron en mis mejillas y me recorrieron el rostro hasta terminar cayendo en la ropa. Marc me suplicaba hablar con él, pero yo no tenía fuerzas para hacerlo ni quería terminar con un recuerdo desagradable. Era mejor dejar las cosas como estaban y no marearlas más. Nada iba a cambiar por hablar con él. Una conversación no podría variar mi opinión, ni disolver el miedo a ser de nuevo vulnerable, ni recuperar mis sentimientos perdidos entre capas de desconfianza acumuladas durante años. Mejor no hurgar más en esa nueva herida, ya tenía otras pendientes de cicatrizar.

—¿Quién era, Cristina? ¿Era Marc? —preguntó mi tía.

—Sí, me ha estado llamando y mandando *whatsapps*.

—Debes hablar con él, no ves que lo está pasando mal —habló con tono de reproche—. Debes contarle lo que te ocurrió para que pueda comprenderte.

—No. No voy a hablar con él, al menos hoy, no tengo fuerzas —respondí, apagando el móvil.

—Como quieras. —Suspiró con resignación—. Y ahora cómete este plato de piña, echa algo al estómago, lo necesitas. Y después duerme un rato —me aconsejó—, tu mente lo agradecerá.

—Intentaré comer y dormir un poco, otra cosa será que lo consiga.

—Inténtalo con ganas, por favor —añadió, y se sentó conmigo en el sofá.

A la mañana siguiente mi tía me acercó al aeropuerto, mi vuelo salía a las once de la mañana. No había vuelto a encender el móvil y no pensaba hacerlo hasta llegar a Madrid, entonces me enfrentaría a los problemas, no antes. Tenía miedo a la reacción de Óscar, a si esto terminaría repercutiendo en nuestra amistad, en nuestro trabajo, en mi vida. Y aún no había decidido qué hacer con Marc, si hablar con él o no, si contarle mi historia o dejarlo correr. Todo en mí eran dudas y no sabía cómo despejarlas, por más que intentaba hacerlo, nunca hallaba la solución a mis problemas, al revés, los iba acrecentando.

Cuando regresé el martes al bufete llevaba el estómago encogido por los nervios. Tantos se acumulaban en mi interior que me hacían temblar de frío a pesar de estar casi a finales del tórrido mes de julio. Deseaba ver a Óscar y a la vez no quería hacerlo. Quería saber si estaba enfadado conmigo y al mismo tiempo temía que lo estuviera. No quería sufrir más; mejor dicho, no podía.

Al entrar en el despacho me sorprendió ver un enorme y maravilloso ramo de rosas rojas en la esquina de mi mesa. Me acerqué a oler su agradable aroma y acaricié los delicados y sedosos pétalos, su tacto aterciopelado. El estómago me dio un brusco vuelco al presentir quién era el remitente de aquel imponente ramo, o más que presentimiento mi cerebro tenía la certeza de quién era el ejecutor de dicha maniobra. Enseguida cogí la tarjeta que portaba el ramo, pero el teléfono del despacho sonó justo antes de abrirla, era una llamada de recepción.

—Sí, dime, Patricia.

—Tengo a Marc Balaguer en la línea dos, quiere hablar contigo.

—¡No, no, no! ¡No estoy! ¡Dile que no estoy! ¡Que no he llegado! —exclamé alterada y de seguido, casi sin parar a respirar.

—Vale, Cristina, tranquila. —El tono de Patricia me clamaba calma—. Le diré que no estás y que no sé cuándo regresarás, no te preocupes.

—Sí, eso, eso, muy bien —hablé de nuevo acelerada—. Muchas gracias, Patricia.

—De nada, pero relájate, por favor —me sugirió.

—Discúlpame. —Emití un fuerte soplando—. Vas a pensar que soy una neurótica.

—No, descuida. Seguro tendrás tus motivos para reaccionar así, pero no quiero que estés nerviosa —aclaró—. ¡Ah! Ayer te mandaron un ramo de rosas —añadió—, lo puse en un jarrón en tu mesa. ¿Lo habrás visto?

—Como para no hacerlo, es gigantesco.

—Sí, un poco. —Se echó a reír—. Bueno, te dejo, voy a decirle al señor Balaguer que no estás.

—Gracias.

Tras colgar suspiré profundo y pensé que no podía esconderme siempre, en algún momento debía dar la cara y ofrecerle a Marc una explicación. Hasta el día de hoy había recibido cuarenta y tres llamadas tuyas sin contestar a ninguna, y ahora me llamaba hasta al bufete. Tenía que enfrentarme a él de una vez; es más, debía hacerlo.

Volví a centrarme en el ramo y de nuevo cogí la tarjeta. Al abrirla mi firme sospecha se confirmó, las rosas las había enviado Marc, junto a una larga nota que decía:

Veintiocho rosas. No es un número al azar, es una por cada orgasmo con que me has premiado. Los recuerdos todos, todos y cada uno de ellos. Y te quiero obsequiar con una rosa por cada vez que me has

dejado hacerte disfrutar, por cada vez que me has dejado poseerte.

P. D.: No pienses que soy un chiflado o un obseso, solo soy observador y tengo buena memoria. He pasado estos días reviviendo nuestros encuentros en mi mente una y otra vez, como en una película. Entonces me paré a contar las veces que me habías regalado tu placer, veintiocho increíbles e inolvidables veces. Y después de esta aclaración, te suplico que hables conmigo. Necesito una explicación, algo coherente, preciso comprender por qué huyes de esto. Sigo pensando que tú también sientes algo por mí, lo noto, pero no sé qué te asusta si no me lo cuentas. Habla conmigo, por favor, Cris, solo te pido eso.

MARC

¿Marc recordaba todos mis orgasmos? Me parecía increíble. ¿Acaso yo era capaz de recordarlos todos? Sorprendida e impactada, me senté y empecé a recopilar en la memoria todas nuestras relaciones. Mi primer y precipitado orgasmo, que llegó a dejarme confundida por su prontitud. Los orgasmos orales con los que Marc tanto me había hecho disfrutar. Todas las veces que su mano había complacido a mi intimidad, incluida la vez que me persuadió, sin gran esfuerzo, para que yo me masturbase para él. El fin de semana en Alicante rebotante de sexo, hasta los servicios del *pub* fueron testigos de nuestra fogosa pasión. Nuestro encuentro sexual diferente, aquel suave y aterciopelado que tuvo lugar después de mi ataque de ansiedad, al recordar aquella maldita noche con Javier. Y el último en casa de sus padres, tan dulce como amargo, el maravilloso e inimaginable placer que sentí terminó transformándose en algo rancio y doloroso. ¿Había tenido veintiocho orgasmos?, no paraba de preguntarme y de meditarlo. Nunca podría asegurarlo, había perdido la cuenta de todas las veces que había disfrutado con él. O mejor aclarar que nunca había llevado tal cómputo ni creía poder recordarlo ahora. Pero Marc parecía estar muy seguro de lo que hablaba y, aunque me costara creerlo, tendría que confiar en su palabra. Lo único que no me podía cuestionar, de lo único que estaba convencida era de la gran sorpresa que me había causado su acto. Estaba claro que Marc era de los románticos, de esas personas que cuando se enamoran entregan el alma al completo y sin dudar. Yo, en cambio, no sabía si podría creer de nuevo en el amor, si algún día sería capaz de enamorarme, si alguna vez dejaría que me amasen. Sin lugar a dudas nunca podríamos tener futuro más allá de lo carnal, éramos opuestos en ese sentido. De seguir cerca de él, solo conseguiría dañarlo, y no se lo merecía; Marc era un buen hombre.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Óscar, entrando de repente en el despacho con un amargo rictus y sacándome de mis pensamientos.

—Sí, claro —contesté nerviosa.

Su mirada se desvió hacia las rosas y después la retornó a mí, pero no añadió ni una sola palabra al respecto de aquel enorme ramo.

—Vamos a ver, Cris —dijo en tono grave—, ¿no crees que debes hablar con Marc? —Hice intención de contestar pero Óscar, muy serio, me mandó callar con la mano y añadió—: Aún no he terminado, déjame hablar. —Asentí y cerré la boca, él prosiguió—: Acaba de llamarme para decirme que no para de llamarte pero no le coges el teléfono. Es más, dice que te ha llamado hasta al bufete, que de sobra sabe

que te encuentras aquí, pero que le han dicho que no estás para no hablar con él. — Apoyó las manos en las caderas y me observó, sin cambiar su duro gesto—. Está destrozado, abatido, nunca había visto a un hombre así. Te quiere, Cris, ¿dime dónde está el problema? Y no me repitas que no sabes amar, que no tienes sentimientos. ¿Acaso lo has intentado? Te responderé yo: no, nunca lo has hecho.

Sus pupilas, repletas de trazas de dolor, se me clavaron en el alma.

—Óscar yo... —Las lágrimas comenzaron a brotar sin remedio.

—¡Oh, Cris, no llores! ¡Para ya! —exclamó con tono sátiro y levantando la voz—. Saca el coraje que tienes y enfréntate a esto de una puta vez —exigió—. Plántale cara al amor, deja que te amen, ama para ser feliz. Seca tu llanto y ten los arrestos para hacerlo, ¡hostia!

—Sé que tengo que hablar con él y contarle lo que me ocurrió —declaré—. Quiero que entienda mi comportamiento.

—¡Solo eso! ¡Ya está! —Volvió a levantar la voz cargada de reproche—. ¿Le darás tu explicación y lo dejarás tirado? —Sacudió la cabeza—. De verdad que no te entiendo. —Sopló con malhumor—. ¿Y tú hablas de que la vida es irónica contigo? ¿Tú te atreves a hablar de ironía? —Masticó las palabras.

—Óscar...

—¡No, Cris, no quiero escucharte! —dijo cortándome—. Quiero que tú me oigas a mí, y aunque no te resulte grato lo que te voy a decir, lo vas a escuchar. —Sus ojos, en ese instante, me miraron con más rabia que dolor—. Voy a explicarte lo irónica que estás siendo tú con la vida de Marc. Te has pasado casi media vida puteando a tíos, humillándolos como cobro del daño que a ti te ocasionó un cabrón. Pero un día decides cambiar y liarte con un hombre, un buen hombre —recalcó—. Aunque, no sé por qué causa, determinaste que no fuera un rollo de una noche, como era tu costumbre, ¡qué va!, quisiste seguir viéndolo y lo has convertido en una relación de casi dos meses. ¿Y qué ha ocurrido? Lo normal, él se ha enamorado de ti. ¿Y qué has hecho tú? Como premio le has partido el corazón. Al único hombre que has mantenido por más tiempo en tu vida dándole alas a albergar algo más, has terminado jodiéndolo —habló enojado y de forma mordaz, algo que no me gustó nada—. Eso es ironía, Cris, y lo demás son memeces —concluyó.

—¡Eso no es justo! —le chillé—. Desde el principio le dije que solo sería sexo, que no buscaba ni quería más, y él estuvo de acuerdo.

—Mira, Cris, no me toques las narices, por no usar otra expresión más soez. Cuando uno solo busca sexo echa un polvo, sin más —explicó lleno de furia—. Y claro que no es justo, por supuesto que no lo es —insistió—. No es justo que jodas la vida a nadie, como te hicieron a ti; ni es justo que tú te la sigas jodiendo. No es justo para nadie, pero te niegas a verlo —me reprendió a gritos.

—¡Yo no le haría feliz, Óscar! —chillé de nuevo.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Lo has intentado? —preguntó casi con cólera, apretando los dientes.

—No —contesté tajante.

—Pues entonces no se te ocurra hablarme de lo que no conoces —me censuró—. Primero Pruébalo, y después, cuando sepas de qué coño hablas, me cuentas lo que quieras —resolvió, marchándose del despacho con un fuerte portazo al salir, dejándome tocada y malherida, más de lo que ya estaba.

A pesar del calor que hacía decidí ir andando a la consulta de la doctora Millán, necesitaba despejar el caos que me corroía la mente. Cuando entraba en la clínica, la vi llegar a recepción con unas carpetas en la mano. Miró al frente y me vio acercarme a ella de prisa.

—Buenas tardes, Anabel.

—Hola, Cristina —me saludó, y observándome dijo—: ¿Qué te ocurre? No traes buena cara.

—Mis problemas se multiplican solos —contesté apesadumbrada.

—Vamos a mi consulta, por favor.

Entramos y, sin apenas darme tiempo ni a sentarme, comencé a explicarle lo que me había sucedido. Lo de Óscar, lo de Marta, lo de Marc..., en fin, todo con pelos y señales. Y después de un largo rato, cuando acabé de vomitarlo todo, rompí a llorar.

—Desahógate si lo necesitas, Cristina. —Me acercó una caja de pañuelos de papel.

—Lo siento. Llorar en su consulta se está convirtiendo en una costumbre para mí, discúlpeme.

—Estás disculpada.

—Al final parece ser que usted llevaba razón y Marc sentía algo por mí que yo no veía.

—Cristina, aquí da igual lo que yo percibiera o no respecto a Marc, lo único que me importa es lo que tú percibas en referencia a tu vida. —Vaciló un mero segundo antes de añadir—: Y, siendo franca, me tienes muy preocupada.

—¿Por qué? —pregunté oscilando entre la extrañeza y la curiosidad.

—Porque has avanzado en un sentido pero continuas estática en otro, debes reaccionar —respondió—. Y para eso tienes que preguntarte muchas cosas, y sobre todo contestarte con sinceridad. Ya te he dicho que yo te ayudaré en todo lo que pueda, pero yo solo soy una mera intermediaria, una conductora, solo tú eres la dueña de tus decisiones y de querer cambiar o no. Y pienso que deberías empezar a preguntarte cuál es el motivo de dejar a Marc. El verdadero motivo —subrayó.

—Ya se lo he contado. Le he dejado porque él me quiere y yo no.

—¿No sientes nada en absoluto por él? Y no me contestes a mí, por favor —se adelantó a decir—, contéstate a ti misma, con sinceridad.

—Bueno..., siento algo de afecto por él, simpatía, pero no amor —confesé.

—¿Qué sentiste cuando él te dijo que te quería? Y de nuevo te pido la verdad — insistió.

—Vértigo —respondí sin dudar.

—¿Miedo?

—Sí, mucho —afirmé, enjugándome las lágrimas.

—Y te has preguntado por qué sentiste ese miedo, Cristina.

—Porque eso suponía el fin de nuestra relación.

—Creí que no teníais una relación, tan solo encuentros sexuales —puntualizó.

—Da igual cómo lo llamemos, el caso es que eso suponía el fin.

—¿Y no has pensado que ese miedo también pueda darse por enfrentarte a una nueva situación? Quizás en realidad eso es lo que te produce vértigo y termina bloqueándote.

—Mire, no me paso todo el día preguntándome cosas, ¿sabe? No me psicoanalizo sin descanso, como usted hace —hablé en tono de queja—. Y le voy a ser muy sincera, a veces pienso que ojalá nunca hubiera vuelto a su consulta, porque ahora estoy peor que antes. Mi mente está confundida con todas las sandeces que me ha metido en ella.

—No, Cristina, no te equivoques. —Negó con la cabeza—. Tu mente está confusa porque por primera vez en todos estos años te has parado a cuestionar aspectos de tu vida. Por primera vez no te cierras en banda y te planteas cosas. De ahí el caos que rige en tu mente, ella se había acostumbrado a no debatirse nunca —aseguró con firmeza—. Pero eso es algo bueno y positivo, porque si continuas escarbando más profundo terminarás encontrándote a ti misma.

—¿Y si no quiero encontrarme? ¿No lo ha pensado? ¿No ha pensado que a lo mejor yo no quiero volver a ser una ingenua que confía en el primer hombre que dice que la ama? —Mi voz se alzó en armas.

—Está claro que nunca volverás a ser la misma de entonces, Cristina, lo que Javier te arrebató fue esa inocencia —reveló con calma—. Pero esta otra Cristina con la que disfrazaste tu alma no eres tú. Esa persona fría que no muestra sentimientos y que ha pasado su vida dedicada a humillar a los hombres, no eres tú —recalcó con contundencia.

La observé meditando unos segundos y alegué:

—A lo mejor es la única persona que pueda habitar en mí para no volver a sufrir, y por eso no pueda volver a amar nunca.

—Nunca lo sabrás si te prohíbes exponer tus sentimientos ante ti —advirtió—. Igual ese afecto que sientes hacia Marc, esa simpatía que tú reconoces, esconde más y tú quieres impedirte verlo.

—Yo no amo a Marc, si es lo que pretende decir —expliqué llena de rabia.

—Yo no digo nada, Cristina, solo trato de que tú indagues en tu interior, de que tu desconfianza no te siga cegando y te impida ver la realidad, sea la que sea —replicó—. Necesitas dejar fluir tus sentimientos, permitirte sentirlos y mostrarlos. ¿Qué

puede pasarte? ¿Que alguien te haga daño? ¿Que puedas amar a alguien? Todos somos vulnerables, todos correremos el riesgo de sufrir en la vida, pero también podemos ser felices y está en nuestra mano elegir cómo queremos vivir. ¿Quieres vivir compadeciéndote siempre? ¿Eso es lo que quieres?

—No —respondí tajante—. Solo quiero vivir sin miedo, sin sentir dolor.

—Pues en la vida no solo hay dolor, hay todo un abanico de sensaciones por experimentar. Pero para eso debes querer hacerlo, plantarle cara a la vida y vivirla de la mejor manera posible. Inténtalo, por favor, Cristina, ¿qué puedes perder?

—Lo hago, lo intento, pero no es tan fácil, ¿sabe? —levanté la voz.

La doctora Millán suspiró de forma lánguida, cruzó los brazos, apoyándolos encima de la mesa, y enunció:

—Siguiendo mi línea de franqueza contigo te haré una confesión: a veces tengo la impresión de que no quieres rendirte, solo quieres fracasar. —Me observó seria.

—¿Cómo puede decirme eso? ¿Piensa que yo quiero vivir así? —Elevé el tono, me sentí atacada con su afirmación.

—Pienso que han surgido cambios en ti que te niegas a apreciar, y lo haces porque tu afán por castigarte es tan grande que te lleva a la obstinación. Sin más. —Se encogió de hombros.

Me quedé un momento callada, contemplándola, sopesando sus palabras una a una. Unas palabras que me angustiaban, aunque en parte sabía que estaban cargadas de razón, por mucho que me costase admitirlo. Algo en mí estaba cambiando y eso me aterraba. No sabía cómo manejarlo ni de qué manera afectaría a mi vida, y esa sensación me producía pánico, verdadero terror.

—Siendo sincera con usted y conmigo misma debo reconocer que Marc ha despertado algo desconocido en mí —dije con sinceridad—. Aunque le aseguro que no sé si a eso se le podría llamar amor o algo parecido.

—Bueno, al menos has dado un primer paso reconociendo que sientes algo más por él, que algún tipo de sentimiento ha despertado en ti. Pero aún te queda mucho por profundizar, tan solo estás arañando la superficie.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que experimente con él para ver si soy capaz de recuperar mis sentimientos, de llegar a amar? —siseé—. No, gracias, es una buena persona, no quiero arruinarle la vida. —Resoplé apesadumbrada.

—Por ahí vamos mal, Cristina. —Negó con la cabeza—. Acabas de abrir un nuevo camino para continuar autodestruyéndote. ¡Qué facilidad tienes para hacerte daño a ti misma! No entiendo por qué —comentó con reproche.

—Mejor castigarme yo a seguir castigando hombres, ¿no?

—Ni lo uno ni lo otro, ninguna de las dos cosas están bien.

—Marc no se merece una mujer como yo. —Sacudí la cabeza repetidas veces.

—¿Una mujer cómo, Cristina? Sigo sin entenderte —me recriminó.

—Soy mala persona, o mejor dicho, lo he sido —contesté, y el llanto, algo contenido, comenzó a acrecentarse—. Me avergüenzo de todo lo que hice; del daño,

de las humillaciones.

—No, Cristina, no —reprobó—. Aquello estuvo mal, pero la gran perjudicada siempre fuiste tú. No eres mala persona, solo cogiste un camino equivocado para reconducir tu vida. Ahora, sin embargo, estás a punto de coger la vía correcta. ¡Cógela, Cristina! —sugirió con énfasis—. No te tortures más, no te lo mereces. Y, por supuesto, eres digna de Marc, y del hombre que tú quieras y elijas. —Asintió y titubeó unos segundos antes de decirme—: Cristina, aunque no es lo normal y nunca lo he hecho con ninguno de mis pacientes, ¿me permites darte un consejo como mujer, no como tu psicoterapeuta?

—Claro —aseveré, intentando calmarme.

—Yo tampoco sé lo que tienes dentro de ti yo deduzco, saco conclusiones por lo que me cuentas y desprende tu lenguaje corporal, ese no suele mentir ni ocultar —confirmó—. Pero creo que si no lo intentas con Marc pasarás toda tu vida arrepintiéndote de ello. Siempre te preguntarás qué habría ocurrido de haber dado el paso, si hubieses sido capaz de arriesgarte, si te hubieras permitido disfrutar de tus sentimientos.

Soplé con vigor, digiriendo todo cuanto me acababa de exponer.

—No sé qué decir, ahora no soy capaz de pensar, tengo demasiada información que procesar. Meditaré todo esto en casa, tranquila.

—Me parece una idea estupenda —convino—. Reflexiona mucho, pregúntate, sé sincera al contestarte, ábrete a ti misma... Se trata de tu vida, Cristina, y solo tú puedes dirigirla. —Se levantó—. En fin, por hoy hemos acabado, nos vemos el próximo día. ¡Ah, por cierto! Tengo que posponer la cita del jueves para el viernes, otra reunión. ¿Te viene bien?

—Sí, de acuerdo —contesté—. Adiós, Anabel.

Salí del despacho un poco cabizbaja, con todo un torbellino de pensamientos revoloteando sin parar por la mente y quebrándome el alma; y de esa forma pasé todo el día.

El miércoles Óscar no se presentó por el bufete y me extrañó. Pregunté a Ana si sabía dónde estaba y me dijo que tenía una reunión con unos clientes y que no vendría en todo el día. Ana me notó preocupada y me preguntó si nos pasaba algo. Con mi habilidad para fingir, contesté que no, añadiendo que no había hablado con él y lo desconocía. Después me comentó que había que presentar el acuerdo de separación de Isabel y Saúl ante el juez, a más tardar había que hacerlo la próxima semana. Mi cara cambió al momento al recordar de nuevo a Javier, algo que Ana no pasó desapercibido y dijo:

—Si tienes algún problema por lo que ocurrió lo haré yo, Cristina, de verdad.

—No, no te preocupes —respondí de inmediato—. Es mi caso, yo lo cerraré.

—¿Estás segura?

—Por completo, pero gracias, Ana. Y ahora voy a continuar con mi trabajo. —
Abandoné su despacho.

El jueves a mediodía Óscar todavía no había aparecido por el bufete, y lo que en principio me resultó extraño subió al momento al escalón de lo insólito. Pregunté a Patricia si sabía algo de él y me dijo que ella también estaba extrañada porque, en teoría, debía haber venido a primera hora y ni siquiera había llamado en toda la mañana para dar señales de vida. Decidí llamarlo, pero me saltó el buzón de voz, su teléfono estaba inoperativo. Me marché a la sala de relax para picar cualquier cosa de la máquina, hoy Ana tenía que acudir a la lectura de un testamento y llegaría tarde para comer juntas. A punto de terminar el sándwich de ensalada de pollo, sonó mi teléfono, era Óscar.

—Hola, me tenías preocupada —solté de seguido—. ¿Por qué no has venido por el bufete y no has dicho nada a nadie?

—Cris, ha ocurrido algo —anunció con voz triste y apagada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, levantándome de la silla al instante.

—Verás, es Marc. Algo en el operativo no salió bien...

—¿Qué ha pasado? —Volví a preguntar alterada.

Mi corazón latía tan fuerte que me impedía respirar, y las piernas me temblaron de tal manera que caí de nuevo en la silla.

—Ha recibido dos disparos. Le han operado, está bien dentro de la gravedad —se apresuró en aclarar—. Ha tenido mucha suerte.

La respiración se me interrumpió en ese momento y el corazón se me disparó al completo. Sentí una gran presión en el pecho y un espantoso escalofrío despertó de golpe a todos mis nervios, dormidos en las entrañas.

—Cris, ¿estás ahí? —preguntó Óscar preocupado.

—Sí, estoy aquí —respondí, recuperando la respiración—. ¿Dónde? ¿Dónde ha recibido los disparos? ¿No llevan chalecos antibalas para esas cosas? —interpelé descompuesta.

—Sí, claro que los llevan —afirmó—. Pero una de las balas impactó en el hombro, justo donde acaba el chaleco, y la otra le rozó el cuello. Le han faltado un par de milímetros para alcanzar la yugular —explicó con un hilo de voz—. Por eso te digo que ha tenido mucha suerte.

—¿Cómo está? ¿Está bien? —mi voz hablaba desesperada.

—Aún no lo han subido a planta, está en la UCI. Si pasa la noche bien lo subirán mañana. Solo han podido verlo Marta y Estela unos minutos, pero está sedado.

—¿Y los médicos qué dicen?

—Que las primeras cuarenta y ocho horas son las más importantes para ver cómo

evoluciona.

—¿Cuándo ha ocurrido? —pregunté a renglón seguido, más inquieta y angustiada a cada segundo.

—Ayer a primera hora de la mañana, a mediodía ya le habían terminado de operar —respondió—. La bala del hombro permanecía dentro, la del cuello entró y salió. La noticia se ha emitido en la televisión, por lo visto han desmantelado una importante red de traficantes de droga.

—¡Santo Dios! —exclamé aterrada—. Ahora entiendo su reciente exceso de trabajo —añadí.

—Y cambiando de tema..., hay otra cosa, Cris —avisó con el mismo tono apagado.

—¿Más? —Sentí que me ahogaba.

—Ahora es respecto a Marta... —Vaciló antes de proseguir—: Se ha enterado de lo vuestro —reveló junto a un leve soplido—. El domingo se dio cuenta de que a su hermano le pasaba algo y el martes por la mañana habló con él. Marc se lo contó todo, incluyendo que le has dejado.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —pregunté, aunque en ese momento era lo que menos me importaba. Lo único importante era que Marc se recuperase.

—Mal, muy mal —aseveró—. No soporta ver a su hermano roto de dolor. ¿Qué esperabas, Cris? —Usó el mismo tono de reproche que la última vez que hablamos.

—Nada, no esperaba nada. —Callé unos segundos—. Te llamaré para saber cómo se encuentra Marc, necesito que me mantengas informada.

—¿No piensas acercarte a verlo? —Su voz estaba llena de sorpresa.

—No sé si será lo más conveniente o si Marta me dejará pasar.

—Tampoco es tan drástica, pero tienes que entenderla —manifestó—. Y yo sí creo que deberías venir.

—Igual llevas razón. Me acercaré en unos días. —Suspiré—. Si hay algún cambio o cualquier cosa, llámame, por favor, te lo suplico.

—Tranquila lo haré. Ahora te dejo, vienen los médicos a hablar otra vez con la familia.

—De acuerdo, adiós.

En cuanto colgué el teléfono empecé a llorar de forma desconsolada. El dolor que sentía en ese momento era tan atroz, tan espantoso, que me quemaba el alma y retorció todos mis órganos. Seguramente yo había tenido parte de culpa de lo ocurrido, porque con todo nuestro tema ocupándole la cabeza Marc no habría estado bien centrado en su trabajo. Y casi seguro que no era la única que lo pensaba, Marta lo creería también. El estómago se me empezó a revolver por el sentimiento de culpabilidad, y salí con urgencia hacia el baño para vomitar. Después de expulsar lo poco que había comido, me quedé sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza entre las manos. Retuve en el pensamiento la imagen de Marc con su maravillosa sonrisa, y volví a llorar con amargura, pensando en lo que podía haber

ocurrido, en la magnitud a la que podía haber llegado la tragedia. No podía dejar de sentirme responsable, era imposible. Aparte de ser consciente, por primera vez, de que Marc me importaba más de lo que yo creía.

Cuando desperté a la mañana siguiente apenas podía abrir los ojos, los tenía hinchados por haber llorado tanto durante toda la noche y me escocían mucho. Hasta la tenue luz de la lámpara de mesilla me molestaba de forma considerable. Me costaba mantenerme en pie, y mi imagen no era la más apropiada para presentarme en el bufete. Llamé a Patricia y le pedí anular todas mis citas, no me encontraba bien e iba a quedarme en casa. Muy preocupada, preguntó si podía ayudarme en algo. Se lo agradecí mucho y le dije que no, que estuviera tranquila. Luego colgué sin dar más explicaciones.

Pasé casi toda la mañana en la cama, abstraída de la realidad, perdida en mi atormentada mente, que no paraba de acusarme por lo que le había sucedido a Marc.

Decidí buscar la noticia en internet para ver si podía enterarme de algo más. Cogí la tableta y enseguida encontré el suceso reseñado en un periódico digital. Bajo el titular «La UDYCO junto a la INTERPOL aúnan sus fuerzas para dismantelar una de las mayores redes de droga», comentaban la operación conjunta en la que se había intervenido uno de los mayores alijos de cocaína hasta el momento. Decían que el principal narcotraficante había intentado darse a la fuga abriendo fuego entre los operativos de policía, pero que, gracias a la valiente actuación de unos cuantos agentes, se consiguió frustrar su huida. No obstante, un inspector de la UDYCO había sido herido de gravedad durante el fuego cruzado y se encontraba en la UCI, aunque respondía bien. Contaban que había sido una investigación que llevaba más de un año en curso, coordinando a policías de varios países con la intención de dismantelar una enorme red que operaba en toda Europa y América. El importante narcotraficante llevaba meses residiendo en España, en Almería, y en el momento de la detención se encontraba pasando unos días en Madrid, junto con otros principales miembros de la organización criminal.

Al terminar de leer la noticia, y para no variar, volví a llorar. Tenía la sensación de tener todo un mar colgado en mis pestañas, estaba tan convencida de que yo había influido en su trabajo de forma negativa que no podía evitar el llanto. Me sentía la persona más despreciable del mundo, por mi culpa, Marc podía estar muerto, yo le había descentrado por completo, había puesto su mundo del revés, y eso en su trabajo podía costarle la vida. Tenía que alejarme de él para no dañarlo, no era justo que viviera así por mí, no era justo que su trabajo se viese afectado por mi culpa. Él adoraba lo que hacía, era su vocación, todo por cuanto había luchado. Yo nunca le aportaría felicidad ni, por supuesto, la tranquilidad que le era necesaria.

Eran casi las dos del mediodía cuando sonó el teléfono; Óscar estaba llamando.

—¡Dime, Óscar! ¿Cómo está Marc? —pregunté veloz a la par que intranquila.

—Hola, Cristina. Está mejor, ya ha abandonado la UCI y le han subido a planta —contestó—. Parece que evoluciona más rápido de lo que los médicos preveían. Es un tío fuerte.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso. —Suspiré aliviada, aunque las lágrimas, silenciosas, volvieron a brotar de mis ojos.

—¿Y a ti qué te ocurre? ¿Por qué no has venido al bufete? —inquirió.

—No me encontraba bien, he pasado muy mala noche pensando en Marc.

—O sea, que te importa —observó.

—¿Cómo no iba a importarme? —le reproché.

—Me refiero a que te importa más de lo que tú piensas —puntualizó.

—Me importa mucho, Óscar —aseguré sin dudar—. Además, me siento culpable de lo que le ha ocurrido, quizá no estaba lo suficiente concentrado por mí.

—Cris, no puedes culparte de eso, su trabajo conlleva riesgos —expresó casi en tono de queja—. Esto también le habría podido ocurrir si aún estuvieseis juntos.

—Puede, no sé —contesté, soplando con fuerza y secándome las lágrimas con la mano—. Solo sé que no consigo quitarme el sentimiento de culpabilidad de encima.

—No te metas más mierda en la cabeza, por favor —me sugirió—. Piensa que está bien y ve a verlo, sé que eso le animará mucho.

—Sí, lo haré. Mañana me acercaré al hospital —confirmé—. Gracias por mantenerme informada, Óscar, y si hay cualquier novedad, dímelo.

—No te preocupes, te mantendré informada. Adiós.

Apagué la tableta y salí de la cama para ducharme y arreglarme, tenía una cita con la doctora Millán y no quería faltar a ella. Necesitaba desahogarme, expulsar todo el dolor que llevaba dentro, al cual no sabía cómo enfrentarme.

Nada más entrar en la consulta, la doctora Millán se levantó inquieta, observándome. De seguro que mi demacrada cara anunciadora de problemas la sobresaltó.

—¡Cristina, cielo santo!, ¿qué te ocurre?

—Han disparado a Marc —contesté, rompiendo a llorar al instante.

—Pero ¿está bien? —interpeló alarmada.

—Sí, parece que evoluciona bien —afirmé—. Hoy lo han subido de la UCI a planta.

—¿Cómo ha ocurrido? Siéntate, por favor, y cuéntamelo.

—No sé, algo falló en el operativo. —Me encogí de hombros alzando las manos sin saber qué más decir—. La noticia ha salido en la prensa y en televisión, por lo visto era una importante operación conjunta con la INTERPOL —expliqué

gimoteando.

No podía dejar de llorar, mi lagrimal se había convertido en un manantial de alta montaña del que el agua no paraba de brotar.

—Bueno, quédate con lo positivo, está bien, se recuperará —dijo acercándose a mí y levantándose la cara—. Para de llorar ya, todo saldrá bien.

—No puedo porque me siento responsable de lo ocurrido —revelé—. Creo que Marc estaba descentrado con todo lo nuestro y eso ha terminado influyendo en su trabajo.

—Cristina, no puedes echarte la culpa de todo lo que ocurra —advirtió muy seria—. Vas a terminar volviéndote loca si continuas así.

—No puedo evitarlo, no puedo —repetí con angustia—. ¿Y si hubiera ocurrido una desgracia mayor? ¿Y si él...?

Fui incapaz de acabar la frase, no podía pronunciar esas despiadadas palabras que me laceraban el alma de tan solo pensarlas. Solo logré llorar más fuerte, con los ojos apretados y sin parar de sacudir la cabeza para ver si de esa forma la terrible imagen que se concentraba en ella caía desplomada al suelo.

—Pero no ha ocurrido, no ha pasado nada de lo que tú te aventuras a adelantar —añadió la doctora Millán—. No puedes pasarte la vida pensando en si hubiera ocurrido esto o aquello, Cristina. Nadie puede controlar lo que sucederá mañana, ni esta tarde, ni dentro de cinco minutos —comentó—. Hay muchas cosas que se escapan de nuestras manos, de nuestro control.

—Lo sé —admití—. Eso se encargó la vida de enseñármelo pronto.

—¿Has ido a verlo? —preguntó, corriendo un tupido velo sobre lo que acababa de expresar.

—No, todavía no. Iré mañana.

—¿Quieres ir?

—Sí, claro que quiero ir —aseveré—. De hecho creo que es lo único que me apetece. No me he portado nada bien con él, no he querido coger sus llamadas y él solo me pedía una explicación para comprender por qué huía. —Las lágrimas continuaban brotando sin piedad.

La doctora Millán calló un segundo sin dejar de escudriñarme, viendo cómo mis manos no paraban de limpiar las lágrimas que recorrían mis mejillas. Acercándose una vez más una caja de pañuelos de papel, dijo:

—Mira, Cristina, hay algo que, por una razón u otra, nunca he llegado a preguntarte y me gustaría saber. Por si tú tienes la respuesta. —Asintió sin apartar sus ojos de los míos, que en ese momento la miraban de hito en hito, expectantes—. Me refiero a comprender por qué cambiaste con Marc respecto a tus relaciones con los hombres. Ya sé que me dijiste que te hizo disfrutar y eso te llevó a plantearte un cambio, eso sí lo hablamos —razonó—, pero algo en tu mente tuvo que desactivar a don NO, como tú lo llamabas, para poder iniciarlo. ¿Sabes qué lo desactivo? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

Pensé unos segundos en la primera vez que fui a casa de Marc y en lo que sentí al estar con él. La doctora Millán me contemplaba atenta, a la espera de mi respuesta, que no se hizo esperar.

—A lo mejor fue por la forma de proceder que tuvo Marc en nuestro primer encuentro —respondí—. Bueno, es la misma que tiene en todas nuestras relaciones, siempre me explica lo que va a hacerme antes de actuar. Yo sé que lo hace con la idea de excitarme, ese es su juego, pero a mí eso me da...

—Seguridad —atajó, terminando la frase por mí.

—Exacto, seguridad. —Asentí con la cabeza—. El que me anuncie todo antes de llevarlo a cabo me hace sentir confianza, me da la oportunidad de elegir si quiero que ocurra o no. —Mantuve un silencio que duró un mero pestañeo y añadí—: Cuando mantuvimos nuestra primera relación no me penetró hasta que yo se lo pedí. «Solo haré lo que tú quieras, lo que tú me pidas, solo voy a respirar para hacerte disfrutar». Esas fueron sus palabras —le revelé—. En ese preciso instante algo en mí tuvo el absoluto convencimiento de que aquello sería así.

—La confianza y seguridad que Marc te transmitió fue el detonante para desactivar a don NO, así pudiste iniciar tu cambio —aseguró.

—Marc desprende tanta convicción al hablar que es pura firmeza. Creo que eso fue determinante para mí, me dio tranquilidad.

—Quizá desprenda tanta seguridad como tú, y eso es lo que necesitas.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que tú necesitas un hombre que domine la situación, pero haciéndote ver que eres tú la que lo hace. ¿Crees qué Marc es así?

—Puede ser. —Suspiré, ordenando los pensamientos—. A veces tengo la impresión de que llevo las riendas, pero, por otro lado, tengo la certeza de que él las sostiene encima de mis manos. Pero eso me gusta, sé que él domina y yo controlo hasta dónde quiero llegar. Nos entendemos muy bien en la cama, a la perfección. —Hice una breve pausa y puntalicé—: Mejor dicho, nos entendíamos a la perfección, ahora todo es distinto. He cambiado su vida, he volteado su mundo y al final ha repercutido en lo más importante para él, su trabajo. ¿Y para qué? ¿De qué ha servido? Solo queríamos placer, pasar un buen rato juntos, sin embargo, hemos terminado cada uno por un lado y ambos sufriendo —concluí con ahogo.

—¿Por qué crees que sientes tanto dolor?

—Por todo. Por lo de antes, por lo de ahora, por todo en general —solté casi de carrerilla.

—¿Sentiste miedo al pensar en la posibilidad de que ese accidente te hubiera llevado a perderlo para siempre?

—Desde luego —respondí tajante.

—Entonces, ¿influye Marc en tu vida? ¿Te importa?

—Por supuesto que influye, es una persona importante para mí —contesté con aflicción—. Ha formado parte de mi vida de forma muy intensa durante casi dos

meses. Cómo no iba a importarme, para eso tendría que ser inhumana. —Las lágrimas me recorrieron las mejillas de nuevo.

La doctora Millán se recostó en su sillón apoyando las manos entrelazadas encima de su regazo.

—¿Sabes qué decía Jacinto Benavente? «Los amores son como los niños recién nacidos; hasta que no lloran no se saben si viven».

—Y ahora qué pretende decirme, no estoy para adivinanzas —le reproché.

—Algo muy simple, Cristina —expresó con calma—, que no nos damos cuenta de lo que amamos hasta que somos conscientes de que lo perdemos o, al menos, lo pensamos. Y ahora sí estoy convencida de que eso te está ocurriendo a ti.

—Mire, sé que siento algo por Marc, me he dado cuenta desde que le ha ocurrido esto, desde que he sentido un dolor desgarrador pensado que podía haber sido mucho peor. Pero ese suceso también me ha llevado a pensar que debo apartarlo de mí, se merece algo mejor. —Asentí de seguido—. Tengo demasiado miedo a no saber amar, a no poder darle lo que él quiere y tenerlo desconcentrado con mis neuras. Su trabajo se verá afectado, y con ello su vida, como ha ocurrido ahora. —Me llevé las manos a las sienes, creía que la cabeza me explotaría cada vez que analizaba lo sucedido—. Por muy doloroso que sea para ambos lo mejor es apartarme de su camino, será lo mejor para él.

—Estás totalmente enamorada, ahora sí lo veo claro, pero el miedo continúa cegándote. Mala combinación, Cristina, de las peores. —Sopló—. Tu miedo siempre buscará una excusa para que no te arriesgues a dar el paso. Has dejado aflorar un poco tus sentimientos, aunque tu temor los amedrenta de continuo.

—Ya le he dicho muchas veces que hago lo que puedo, pero no es sencillo —dije molesta—. No obstante, a pesar de tener la mente confundida, tengo claro que no quiero arruinar la vida de Marc. Arrastro demasiada carga y no deseo arrollarlo con ella —declaré rotunda.

—¿Y no has pensado que a lo mejor él puede ayudarte a aligerar ese peso? Quizá...

—¡No voy a pensar más ni a preguntarme! —repliqué fuerte, cortándola—. No vuelva a decirme que piense, que me pregunte, que me responda... ¡Joder!, ya he tomado una decisión, y punto —resolví cabreada—. Cuando tenga oportunidad le explicaré a Marc mis razones para que me comprenda, y ahí, en ese preciso instante, acabará todo. Ahora me voy, no quiero continuar con la cita —anuncié sulfurada—. Nos veremos la próxima semana, si es que me apetece volver. —Abandoné la consulta arrastrando todo mi malhumor por toda la clínica.

Al día siguiente me levanté peor todavía, más agotada y abatida, pues no había sido capaz de dormir en toda la noche. Los nervios estaban clavándome en lo alto de

las entrañas la bandera que anunciaba la conquista de mi cuerpo. Nada más llegar al baño el estómago decidió desalojar lo poco que había ingerido el día anterior. Me miré en el espejo y observé mi rostro ojeroso y descolorido; tenía un aspecto pésimo, incluso había perdido algo de peso. Y mi estado de ánimo se encontraba todavía peor, estaba por los suelos; no, más bajo aún, traspasaba la corteza terrestre. Y todo se debía a no poder dejar de pensar en la reacción de Marta cuando me viera en el hospital, algo que me desesperaba más a momentos. Y contrapeaba esos pensamientos preguntándome qué actitud tendría Marc, imaginando que podría ser desapacible, algo que no podría reprocharle. Y creer que pudiera mostrarse de ese modo, enfadado, y su trato hacia mí fuese desagradable hacía que un sudor frío me recorriera el cuerpo, erizándome la piel. La angustia decidió hacerse compañera de expedición de los nervios, planeando un viaje hasta consumirme por completo.

Tras asearme, decidí comer un poco, aunque solo fuese un yogur. Después me vestí y maquillé mi desmejorado aspecto para intentar dar buena impresión. Reuní todo el valor que pude, todo el que consiguió soportar mi laxo cuerpo, y me marché al hospital a ver Marc.

Pregunté en el puesto de enfermería de la planta de ingresos en qué habitación se encontraba Marc Balaguer. Una enfermera alta y un poco corpulenta me observó con cara de pocos amigos.

—¿Es usted familiar? —preguntó con aspereza.

—No, soy amiga de la familia —respondí—. Bueno, y de él, claro.

—No puede recibir muchas visitas, el médico le ha mandado reposo absoluto. Ahora mismo hay cuatro personas allí y creo que ya son demasiadas.

—Entonces, ¿no puedo verlo? —interpelé anonadada.

—Creo que debería salir alguien de la habitación y turnarse para verlo, es por el bien del paciente —contestó, arrugando los labios.

—De acuerdo, llamaré para comunicarlo.

Me separé un momento del mostrador y llamé a Óscar. Le conté lo que me había dicho la enfermera y al momento salió a buscarme.

—¿Qué problema hay? —le preguntó a la enfermera.

—Como le acabo de explicar a la señorita, hay demasiada gente en la habitación —aseveró seca—. Pueden ver todos al paciente, pero turnándose —exigió.

—Vale. —Óscar Asintió—. Mire, vamos a hacer una cosa —propuso—, acercaré a mi amiga hasta la habitación y nosotros aprovecharemos para ir a comer, ¿de acuerdo?

—Sí, siempre que lo cumplan. —Volvió a responder con la misma sequedad—. Así que les daré cinco minutos para estar todos juntos, ni uno más —subrayó—. Pasado ese tiempo, si no he visto salir a nadie de la habitación, iré yo misma a desalojar a tres personas.

—Correcto, no se preocupe, nos iremos enseguida a comer. No quiero que pase por el mal trago de tener que ir a echarnos de la habitación —añadió Óscar con sarcasmo, y, cogiéndome del brazo, me dirigió por el pasillo.

Cuando comencé a pisar las baldosas de la habitación que daba cobijo a Marc, noté cómo el corazón quería saltar del pecho y esperarme afuera. Al pasear la vista por el lugar vi a Estela y Ricardo apoyados en la pared, cerca de un gran ventanal. Marta estaba sentada en un sillón al lado de su hermano; Marc, tumbado en la cama, con el hombro vendado y el brazo inmovilizado por una férula. En el cuello tenía otro vendaje más pequeño pero quizá más impresionante sabiendo lo que contaba esa herida, lo cerca que esa bala había estado de la yugular.

—Hola, Cristina —me saludó Estela, acercándose a mí y dándome dos besos.

—¿Qué tal estáis? —pregunté a los dos, con la voz algo quebrada.

—Más tranquilos, la verdad. —Asintió—. Ha evolucionado muy bien y rápido.

—Este hijo mío nos ha dado un buen susto —añadió Ricardo, soplando y

pasándose los dedos por el cabello.

—Bueno, lo importante es que está bien. Solo hay que pensar eso.

—Cierto, llevas toda la razón —respondió Estela.

Me giré para ver a Marta y a Marc, con el corazón rebotando dentro de la caja torácica. Marta no levantó la vista en ningún momento, y Marc, postrado en la cama, me miraba con los ojos llenos de ternura. Aparentando sosiego, me acerqué para saludarlos y hablar con él.

—Hola, Marta —saludé.

—Hola —contestó, levantando la vista hacia mí con desprecio, haciendo que la sangre se me congelara en las venas con su frialdad.

—Hola, Marc, ¿qué tal te encuentras? —le pregunté.

—Bien, pasando unas vacaciones aquí. Me tienen a cuerpo de rey, no dejan que me mueva para nada, y encima tengo pensión completa. Qué más puedo pedir —respondió, y nos echamos a reír.

—Veo que el sentido del humor no lo has perdido —aprecié.

—Eso parece. —Sonrió.

—En fin, nosotros nos vamos a comer —anunció Óscar—. La enfermera no quiere que haya tanta gente en la habitación o vendrá a echar a alguien. Aprovechemos ahora que Marc tiene compañía y así no se queda solo.

—Sí, es verdad, marchaos a comer —dijo Marc, sin dejar de mostrar su maravillosa sonrisa—. Venga, hermanita, ve a que te dé un poco el aire, lo necesitas —advirtió.

—Vale, iremos a comer —convino Marta, levantándose y perdonándose la vida con su glacial mirada.

En unos pocos segundos todos abandonaron la habitación dejándonos solos. En ese instante se hizo el silencio, solo nuestros ojos fueron capaces de hablar en ese largo momento; los míos no paraban de pedirle perdón por haber desbaratado su mundo, los suyos continuaban llenos de ternura.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Cris, no te lo puedes ni imaginar —enunció, fracturando ese angustioso lapso de mutismo que se había apropiado de nosotros.

—Yo también tenía ganas de verte —aseguré—. Me has dado un buen susto, ¿sabes?

—¡Vaya! Si hubiese sabido que este era el camino para volver a verte me habría dejado disparar antes.

—Mira que eres tonto a veces. —Las comisuras de mis labios, de manera inevitable, se estiraron.

—Siéntate un momento aquí, por favor. —Me indicó con la mano sentarme a su lado.

Me acerqué despacio y me senté de medio lado en la cama, frente a él. Marc levantó la mano hasta mi cara y me acarició la mejilla, haciéndome cerrar los ojos al

sentir su maravilloso contacto en mi piel. Pero antes de que terminase de recorrerla, aparté el rostro.

—¡No, Marc! No he venido para retomar lo nuestro. —Me levanté de la cama—. Solo he venido para ver cómo estabas.

—Creo que me debes una explicación, Cris, me la merezco —habló en tono de exigencia—. ¿O acaso tú opinas lo contrario?

—No, llevas razón, te mereces una explicación para que puedas entenderme —respondí, cruzándome de brazos, nerviosa, y añadí—: Pero no creo que este sea el lugar más apropiado, ni el momento.

—Pues yo creo que sí. Quiero esa explicación y la quiero ahora —avisó con firmeza, mirándome serio—. La necesito, Cris, entiéndeme —aclaró.

—Es una larga historia —comenté en voz queda.

—No tengo prisa, de aquí no voy a moverme. Empieza, soy todo oídos —insistió.

Observé unos segundos sus ojos verdes, tan hermosos, y me venció. Su mirada me derribó, suplicaba por esa explicación, y yo no podía negársela más, aunque no fuera el lugar más idóneo para dársela.

—De acuerdo. —Suspiré con fuerza, sin apartar la vista de él—. Verás, Marc, hace quince años ocurrió algo en mi vida que me marcó por completo —expliqué, tratando de que la voz no me temblase—. Todo sucedió en el primer año de carrera, cuando..., cuando conocí a Javier. Era muy guapo, moreno, con ojos azules, melenita seductora y un cuerpo atlético. Un chico ejemplar para todos, para profesores y alumnos; el típico chico bueno que toda madre querría para su hija. Nos gustamos, comenzamos a salir y me enamoré como una loca de él. —Hice una pausa para tomar aire, aún me dejaba sin aliento hablar de ese tema. Marc me observaba con vivo interés, sus ojos clamaban por que continuara—. Un día, en medio de besos y arrumacos, Javier me dijo que quería hacer el amor conmigo. Yo también quería, lo amaba, lo deseaba, pero a la vez no me veía preparada aún, para mí era un paso muy importante y le pedí un poco más de tiempo. Solo eso. —Expelí una amarga bocanada de aire.

—¿Y te dejó? —preguntó intrigado.

—Ojalá lo hubiese hecho —declaré, callando unos segundos, y continué—: Dos semanas después de su petición acabamos los exámenes finales e hicimos una fiesta en la playa. Yo casi nunca bebía alcohol, pero un día era un día, y me bebí un par de cubatas. Javier se empeñó en que me bebiera otro, «Suéltate el pelo, Cris, desmádrate por una vez, yo te lo preparo», me dijo, y yo me bebí otro más.

—¿Quería emborracharte?

—No, algo peor —contesté, sin desviar mis ojos de los suyos—. Antes de terminar aquella copa que él mismo se había encargado de preparar empecé a encontrarme muy mareada, y Javier se ofreció a llevarme en su coche a mi casa. Por el camino comencé a ver las cosas de forma extraña, difusas, tridimensionales... Estaba corta de reflejos, no era capaz de coordinar los movimientos y cada vez me

costaba más hablar.

—¿Te drogó? ¿Te drogó el muy hijo de puta? —preguntó con estupor.

—Exacto —confirmé con ahogo, y volví a tomar aire para proseguir—: Echó algo en mi bebida para anularme, para someter mi voluntad. Después me llevó con el coche a un lugar apartado y... —Los labios comenzaron a temblarme, y los apreté con fuerza para serenar mi tribulación.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió con ansia.

—Me violó —revelé casi en un susurro, con la voz quebrada, con una lágrima escapando de mis ojos y agachando veloz la cabeza para que Marc no la viera.

—¡¡¡Maldito cabrón!!! —prorrumpió enfurecido, y de inmediato añadió—: Lo denunciaste, ¿verdad?

—No. —Sacudí la cabeza repetidas veces.

—¿¿¿Cómo que no??? —Alzó la voz con rabia.

—¿Con qué pruebas le hubiera denunciado, Marc? —Levanté de nuevo la cabeza y lo miré—. Eso fue lo que él me dijo: « demuéstalo ». Cómo podía demostrarlo si tuvo la consideración de ponerse un condón y no había señales de forzamiento porque no me resistí, no podía moverme, ni siquiera hablar, no pude decirle que parase, que no quería hacerlo —repliqué con la mandíbula en tensión—. ¿No lo entiendes? Era su palabra contra la mía, y con la buena reputación que tenía, ¿quién iba a creerme?

—¿Y se fue de rositas el cabronazo? —preguntó indignado.

—Sí.

—¡Oh, no! ¡De eso nada! —habló con los ojos repletos de rabia, de furia, de una ira que jamás había visto en él ni en ninguna otra persona. Llegó a asustarme—. Dime el nombre completo de ese malnacido, Cris.

—¡Qué más da, Marc! —proclamé con zozobra.

—¡Que me digas el nombre completo de ese pervertido! —Alzó la voz, exigiéndomelo.

—¿Para qué? ¿Conocer su nombre acaso va a cambiar algo?

—¿Para qué? —Me miró perplejo, boquiabierto—. Claro que conocer su nombre cambiará algo, lo cambiará todo —sentenció—. Pienso arruinar la vida de ese hijo de la gran puta —escupió con cólera.

—No, Marc —dije tajante—, tú no puedes librar mis batallas, eso debo hacerlo yo —le recriminé seria—. Además, puestos a confesarnos te diré que me vine a Madrid para huir de mi pasado, de mis fantasmas, de él. Sin embargo, ironías de la vida, después de quince años me lo he encontrado aquí. —Asentí—. Ha estado en mi bufete, representa al exmarido de una de mis clientes, y por desgracia me he enfrentado a él, con miedo, no lo voy a negar, pero conseguí mirarle a la cara. —La voz me tembló y soplé con fuerza, apoyando las manos en la cabeza, sujetándome las sienes que no paraban de palpitarme.

—¡Joder, Cris! —lamentó—. Ha tenido que ser horrible para ti. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Para qué, Marc? ¿Habría cambiado algo?

—No, pero habrías tenido mi apoyo —respondió con dulzura, mirándome de esa forma tan particular capaz de desarmarme entera. Desvié la mirada con rapidez y advertí:

—Aún no he acabado, hay más. He decidido contarte toda mi historia, creo que tienes derecho a saberla.

—De acuerdo, continúa.

—No tengo muchos recuerdos de aquella maldita noche, solo imágenes retenidas en la mente, como fotogramas; aunque prefiero que sea así, con eso ya es más que suficiente para sufrir —confirmé—. Lo que más recuerdo es la presión que me producía su cuerpo en el pecho, conseguía que me faltase el aire, sentía que me asfixiaba. Y después las lágrimas cayéndome por la cara y unas enormes ganas de vomitar. Luego nada, vacío, en blanco. Ni siquiera sé cuándo acabó aquello ni cómo llegué a casa, el resto es todo una laguna en mi mente. —Guardé silencio un mero segundo—. No sé qué tipo de droga echó en mi bebida, pero me inhabilitó por completo.

—Lo siento, Cris, no sabes cuánto lo siento. —La voz de Marc se rasgó con pena.

—No quiero que sientas lástima por mí, eso es algo que no soporto —le increpé.

—¿Lástima? —preguntó confundido—. No siento lástima por ti —aclaró con celeridad—, creo que eres una mujer excepcional, fuerte, valiente, admirable... —Emitió un suspiro—. Por eso estoy tan enamorado de ti —aseguró.

Intenté hacer oídos sordos a sus últimas palabras y continué con mi historia:

—Lo peor que pude hacer fue decirle a Javier que se lo iba a contar a todo el mundo. «Piénsatelo bien antes de hablar, si cuentas esto a alguien te joderé la vida», esas fueron sus palabras. Le contesté que ya me la había jodido y que no tenía nada que perder. Si me hubiera callado me habría ahorrado muchos problemas.

—Lo que tenías que haber hecho es retorcerle los huevos a ese pedazo de cabrón —soltó con furia.

—Sí, eso habría estado bien, pero no lo hice. Él, en cambio, empezó su campaña de desprestigio hacia mí.

—¿Pero qué coño quería ese maldito cabrón? —La indignación no paraba de brotar por la boca de Marc. Y tan alterado estaba con todo lo que estaba escuchando que intentó incorporarse un poco, el malestar que lo recorría no le permitía estar tumbado.

—Tranquilo, Marc —me acerqué a la cama y lo acomodé de nuevo—, no creo que te convenga agitarte en tu estado. Por eso no quería hablar de esto aquí.

—No, tranquila, estoy bien, no te preocupes por mí, preciosa —dijo, posando su mano encima de la mía—. Lo único que importa ahora eres tú. Termina, por favor.

Apartando la mano despacio, continué hablando:

—Javier levantó un bulo para cubrirse las espaldas, pues nuestros amigos y conocidos tendrían curiosidad por saber por qué habíamos roto. Contó a todo el

mundo que nos había pillado a Óscar y a mí enrollados; bueno, dijo textualmente « follando en la playa ». Óscar tenía novia, Marisa, y le juró que aquello era mentira. Yo también hablé con ella, pero la duda la superó y terminó rompiendo con él.

—¿Y por qué leches metió a Óscar?

—Porque cuando le conté que Javier me había violado fue a buscarlo y le dio una paliza. Si no los hubiesen separado, Óscar lo habría matado, te lo aseguro.

—¡Bien por mi cuñado! —celebró Marc en alto—. Yo habría hecho lo mismo, habría apaleado a ese hijo de puta hasta reventarlo —manifestó.

—Pues le costó caro defenderme, Marc, porque la mayoría de nuestros conocidos y amigos nos dio de lado, aunque a mí más que a él. —Asentí de seguido—. Todos me vieron como una puta, pensaron que había jodido la vida a un maravilloso chico que me amaba con locura. Solo permanecieron a mi lado Óscar, Mari, Inés y Julia. Fui hundiéndome día a día por todo en general, y en particular por lo de Óscar, por haber perdido a su novia y amigos por mí. No podía dejar de sentirme culpable, no me lo perdonaba. —La última frase tembló entre mis labios.

—Tú no tenías la culpa, Cris —profirió Marc con calma, intentando aliviar mi aflicción—. Ese Javier era un sociópata, un maldito sociópata.

—Lo sé —aseveré—. Pero en ese momento me era imposible verlo así, y la culpa no paraba de corroerme el alma. Empecé a salir todas las noches y a beber más de la cuenta. Vivir cada día me resultaba más duro y entré en una espiral autodestructiva que me superó. —Mi voz volvió a fracturarse y callé. Al cabo de unos segundos decidí revelar lo más duro—: Y una noche, rebasada por cuanto dolor acumulaba, decidí quitarme la vida.

—¿Intentaste suicidarte? —Marc se quedó atónito.

—Sí —afirmé, inhalando una gran bocanada de aire, sentía que me asfixiaba al recordar todo aquello, y, en tono amargo, le expliqué—: Estábamos en la playa de fiesta y después de beber y beber me encaminé al agua, sumergí mi cuerpo y me quedé allí, esperando a no sentir nada más, intentando que el dolor se disipase de una vez. Desperté en el hospital sin recordar nada, solo me acordaba de haber entrado en el mar. Días después me contaron que Óscar me sacó y me realizó el masaje cardiorrespiratorio mientras llegaban los servicios de emergencia. Él me salvó la vida —reconocí, sintiendo un velo en mis ojos.

—¡Dios, Cris, lo siento tanto! —habló con una inmensa tristeza—. Ven aquí, vuelve a sentarte a mi lado, deja que te consuele.

—No, prefiero estar de pie y terminar mi historia —dije, caminando despacio por la habitación.

—Vale, como quieras —comentó con resignación—. Continúa, por favor.

—Desde entonces todo cambió para mí, dediqué mi vida entera a humillar a los hombres, a herirlos de alguna manera, estaba cegada en busca de venganza —le confesé—. Fui escondiendo mis sentimientos cada vez más dentro de mí, hasta llegar a un punto en donde no supe cómo encontrarlos —concluí—. Ahora ya sabes todo, ya

sabes por qué yo no puedo darte lo que tú quieres, Marc, no sé amar, ni sé si sabré hacerlo alguna vez. Es más, ni siquiera sé si quiero hacerlo. —Negué con la cabeza.

—Claro que puedes, Cris, tan solo tienes que querer —propuso—. Además, ya lo has hecho, yo lo he sentido así. Yo me he sentido amado por ti.

—No creo que te haya amado nunca, y no creo que pueda hacerlo. Esto no es tan fácil de superar, Marc.

—¿Y quién ha dicho que la vida sea sencilla? Nada en ella lo es —replicó—. Pero por eso hay que arriesgarse y vivir. Cris, lo fácil es escapar, huir; lo difícil es quedarse y luchar.

—¡Marc, ni siquiera me conoces fuera de la cama! —rebatí contrariada.

—¿Y? Yo deseo arriesgarme contigo a ciegas, sin dudarlo un segundo. Te quiero, Cris, y quiero estar contigo siempre. Dame una oportunidad, deja que te ayude a curar tus heridas —suplicó.

—No soy lo que necesitas, Marc, créeme.

—Sí, sí lo eres. Eres todo cuanto quiero a mi lado.

—No, no lo soy —insistí—. Tú eres una buena persona; yo, en cambio, no lo he sido.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres una mujer admirable, ¿no lo ves?

—No sigas por ese camino, Marc, no te convengo —le advertí sacudiendo la cabeza—. Nunca sabría darte lo que quieres, no te haría feliz. Así que no continúes insistiendo y dejémoslo aquí, por favor. Al fin y al cabo, será lo mejor para ti, no te quepa duda.

—¡Y una mierda, Cris! —Marc alzó fuerte el tono, chilló dejándome confundida con su brusca reacción, y, echándose de nuevo hacia delante con gesto de dolor, dijo —: Si no quieres intentarlo, de acuerdo, aunque creía que eras una mujer valiente, de las que tienen agallas. Pero no te atrevas a decirme lo que es mejor para mí porque yo lo sé mejor que nadie. Yo sí tengo claro lo que es mejor para mi vida: tú. Ahora, si no quieres aceptar que entre nosotros sí hay algo, que existen unos sentimientos, pues tú misma. Si quieres autoconvencerte de lo contrario, allá tú, pero no se te ocurra hablar nunca por mí —explicó enojado, mirándome de forma fría y distante, cargando el ambiente con la gelidez que empezaba a desprenderse de él.

—¿Qué pasa aquí? —interpeló la enfermera entrando en la habitación—. He oído gritos y estamos en un hospital donde hay pacientes que necesitan descansar y no deben alterarse —explicó fulminándome con la mirada.

—No se preocupe, ya me voy. —Cogí el bolso y miré a Marc, una lágrima recorría con lentitud su mejilla en ese instante—. Adiós, Marc, siempre te recordaré. Siempre.

Marc giró la cabeza hacia el otro lado para no verme, para no hablarme. No quería saber nada de mí, la lágrima que transitaba su rostro delataba el dolor que sentía, el daño que le había provocado. Ya no había más que contar o explicar, todo entre nosotros estaba dicho.

Salí de la habitación y crucé el hospital corriendo, como alma que lleva el diablo, hasta salir a la calle. Al llegar me agarré a la barandilla que había al final del edificio y grité con todas mis fuerzas, rasguñándome las cuerdas vocales gracias al ímpetu puesto en la salida de mi voz. La gente que pasaba no paraba de mirarme extrañada, aunque nadie se atrevió a decirme ni una sola palabra. Comencé a llorar con rabia, era la primera vez que mi ira se aliaba con el dolor para provocarme llanto; y las lágrimas afluían con celeridad, deslizándose por la cara hasta chocar contra el suelo. Empapada en desconsuelo y portando en el corazón todo tipo de sensaciones molestas y aflictivas, me marché andando despacio hasta mi casa, desubicada, perdida una vez más, sintiendo mi alma despedazada.

Al llegar me desnudé tirando la ropa por el baño. Abrí el grifo de la ducha y me senté bajo él. Abrazándome a las piernas, me balanceé sin parar mientras el agua caía por mi abatido cuerpo, mezclándose con las lágrimas que no dejaban de brotar por mis ojos. Cuando por fin las fuerzas fueron capaces de sacarme de allí y de llevarme hasta la habitación, pensé en si me arriesgaría alguna vez a amar a un hombre; si no lo conseguía con Marc estaba segura de no lograrlo con nadie. Me dejé caer en la cama y cerré los ojos. Me sentía rota, destrozada, deseando morir con tanta fuerza como había ansiado quince años atrás, de la misma forma que aquella noche, cuando entré en el mar para no salir nunca más. La idea me hizo sentir tan bien, me agradó tanto, que terminó asustándome.

Pasé todo el domingo sin levantarme de la cama, hundida por completo. Ni siquiera tuve las fuerzas ni el valor necesarios para coger el móvil cuando Óscar me llamó. Imaginé que seguramente me echaría un buen rapapolvo por cómo se había quedado Marc y, en este momento, no soportaría nada más. Ya me castigaba lo suficiente yo sola y sin la ayuda de nadie. Ya mi mente se encargaba de recordarme sin parar la imagen de Marc con la lágrima recorriéndole la mejilla, girando la cara para no verme, callando su boca las palabras para ni siquiera decir un adiós. No entendía que lo hacía por su bien, que yo no era la mujer que le interesaba tener a su lado, que yo nunca le aportaría lo que precisaba, que no sabría amarlo como él demandaba. Marc no lo entendía. No comprendía que, por muy doloroso que resultase ahora, por muy desgarrador, a largo plazo terminaría siendo lo más conveniente para él.

El lunes llegué al bufete desfallecida. Aparte de la gran tristeza que me tenía atrapada el alma, me dolía todo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza. Estaba sumergida en un tremendo dolor, tanto físico como psicológico, que me impedía continuar con mi vida normal. Me senté mirando al frente, a las impresionantes vistas de las Torres Kio que desde mi despacho tenía el privilegio de admirar. Solían deslumbrarme, pero ahora su visión no era capaz de conmoverme. Mi vista ni siquiera las observaba, estaba desorientada, otra vez me encontraba inmersa en la vorágine de mi mente. Y de ese modo pasé casi toda la mañana, hasta que Óscar, como una exhalación, entró en mi despacho.

—¿Se puede saber qué ocurrió el sábado? ¿Me lo puedes explicar? —preguntó a voces, cabreado.

—Óscar, no tengo fuerzas ni ganas de discutir. No me atormentes tú también, por favor —le supliqué.

—¿Que no te atormente? —Se quedó boquiabierto—. O sea, tú puedes atormentar a los demás, pero luego a ti que ni se te sople. Es así, ¿no? —expresó con una pincelada de sarcasmo.

—Es como tú quieras, de verdad.

—Marc está hecho polvo, lo está pasando fatal —dijo malhumorado—. No sé qué coño le dirías el sábado, pero le has hundido la vida. Para eso habría sido mejor no volver a verlo, ¿no crees?

—Mira, a ver si te aclaras un poco. —Lo observé con rabia—. Primero me dices que tenía que hablar con él, después que debía ir a verlo, y ahora me echas en cara hacerlo. La que no te entiende soy yo —repliqué en tono desdeñoso.

—Solo te lo preguntaré una vez, Cris, ¿fuiste al hospital con la intención de decirle que no querías volver a verlo más? —La furia hizo la pregunta por él.

—¡Por supuesto que no! —Levanté la voz—. ¿Acaso me crees tan mala persona, tan retorcida? No puedo creérmelo —contesté, sacudiendo la cabeza a la vez.

—¿Entonces qué coño ocurrió? Cuéntamelo —exigió.

—Se empeñó en que le diera una explicación, le dije que no era el lugar ni el momento, pero insistió. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué le contase una mentira?

—¿Y se lo contaste todo?

—Sí, todo —respondí—. Y después le dije que yo no soy lo que él busca, no sabría hacerle feliz... y es la verdad, Óscar. —Las lágrimas empezaron a afluir a mis ojos.

—Cris, te lo dije el otro día y vuelvo a repetírtelo, ¿cómo puedes saber eso si nunca lo has probado? Es una excusa ridícula —reprobó.

—¡Pues es mi excusa! —le grité—. ¿Contento? Él se merece algo mejor, alguien

que sepa darle lo que busca, que sepa darle amor.

—Tú le quieres, Cris, lo acabas de demostrar con tus palabras —aseveró con rotundidad—. ¿Por qué quieres destrozarte? No te das cuenta que ahora también arrastras contigo a Marc —observó.

—Aunque ahora le duela será lo mejor para él en el futuro, Óscar. Será lo mejor para él, será lo mejor —repetí hasta terminar llorando con fuerza.

Óscar se acercó a mí y me abrazó. Luego me contempló fijo e intentó serenarme:

—¡Chss!, ¡vale, vale! No llores más, por favor —me pidió en un ruego—. Ya veo que tú también lo estás pasando mal con esto. Pero sigo pensando que debes darte una oportunidad. En este tiempo que has estado con Marc, y que yo ignoraba por completo, he visto un cambio en ti. En ocasiones he vuelto a ver a la Cristina de hace quince años, sobre todo cuando estabas junto a él —afirmó, y luego puntualizó—: El día de la cena en casa de Marta, el día de la mudanza y el fin de semana en casa de sus padres eras esa otra Cristina. Marc saca lo bueno que hay en ti. ¿Por qué quieres apartarlo de tu vida? Creo que lo necesitas más de lo que imaginas.

—¿Y si yo termino haciéndole daño y sacó lo peor de él? ¿No has pensado eso? Pues yo sí, a todas horas.

—De modo que has pensado que puedes cambiarlo, pero que él pueda cambiarte a ti no. —Emitió un lánguido suspiro—. Inclinas la balanza a tu antojo. Luchar contigo es tener la batalla perdida antes de comenzar.

—Solo quiero lo mejor para él, me importa mucho. Ha sido el hombre más importante en mi vida.

—Y para él tú eres lo más importante, Cris, y quiere estar contigo.

—Pero yo no le haría feliz porque... —Óscar posó su mano en mi boca para que no hablase más.

—Calla, por favor. Has entrado en un bucle del que veo que no vas a salir nunca, es imposible. —Apartó la mano y volvió a abrazarme—. Te quiero mucho, Cris, pero no soporto ver cómo arruinas tu vida. Prométeme que vas a pensar todo lo que he hablado contigo y que vas a cambiar, te lo ruego.

Óscar nunca me había pedido nada, al revés, siempre había hecho cosas por mí, se había sacrificado en muchas ocasiones sin pedirme nunca nada a cambio. Pero ahora, por primera vez, me estaba pidiendo algo, y yo le debía mucho, incluida mi vida. No podía decirle que no, al menos debía intentarlo por él.

—No puedo prometerte nada, pero lo intentaré —le aseguré.

—Bueno, algo es algo —comentó, separándose de mí—. Estaré pendiente de ti, no creas que esto va a quedar solo en palabras. —Sonrió de forma tenue.

—Vale, papi, como tú mandes. —Yo también mostré una leve sonrisa.

—¿Nos vamos a comer? Hoy os acompañaré a Ana y a ti.

—De acuerdo, vamos —convine. Me sequé las lágrimas con un pañuelo y con mi habilidad para fingir puse una de mis mejores caras antes de salir juntos del despacho.

El martes a media mañana llegué a los juzgados para presentar ante el juez el acuerdo de separación de Isabel y Saúl. O, como yo los llamaba, la abnegada y el cabronazo. Estaba muy inquieta pensando que pudiera presentarse de nuevo Javier en lugar del señor Pujalte, y rezaba a Dios porque no fuese así. Prefería tener que aguantar mil veces la arrogancia de Eduardo Pujalte antes que volver a ver la cara del depravado de Javier. Cuando mis ojos divisaron la altanería de Pujalte al fondo, esperándome, mi cuerpo entero sopló aliviado.

—Buenos días, Eduardo. —Estreché la mano con él.

—Buenos días, Cristina. Pasemos a decir al secretario judicial que ya estamos los dos.

—De acuerdo.

En menos de un cuarto de hora todo había quedado firmado, sellado y zanjado. Isabel había conseguido su acuerdo y por fin no tendría que soportar al malnacido de Saúl. Todo arreglado, todos conformes.

Tras despedirme de Eduardo me reuní con el procurador, teníamos que hablar sobre unos contenciosos pendientes de fecha de juicio. Después de despachar con él me dirigí a la salida del juzgado, y justo llegando a la puerta escuché pronunciar mi nombre en una voz que hizo temblar a mi cuerpo.

—Cristina, por favor, tengo que hablar contigo.

Me giré despacio, con miedo, aunque no con tanto como la última vez, y conseguí mirarlo a los ojos con entereza.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, Javier, ya te lo dije en mi despacho —contesté con frialdad.

Se acercó un poco más a mí y, de forma casi instintiva, mi cuerpo se echó un paso hacia atrás.

—Por favor, Cristina, sé que me porté como un cabrón, como el ser más vil y despreciable que pisa la faz de la tierra. —Bajó la cabeza y sopló, parecía consternado—. No he podido olvidarlo ni un solo día. —Alzó la mirada y añadió—: Déjame hablar contigo, te lo suplico.

Pensé durante un momento qué hacer. Por un lado no quería pasar ni un solo segundo más cerca de él, cuando menos escucharlo; pero por otro sentía la necesidad de aclarar algunas de mis lagunas y, sobre todo, yo también quería decirle unas cuantas cosas. Era algo que hubiera necesitado hacer hacía muchos años.

—Haré el sacrificio de escucharte durante cinco minutos, ni un segundo más —escupí con absoluta rotundidad.

—De acuerdo, gracias. Vayamos a la cafetería que hay al lado de los juzgados.

—¿Estás de broma? —Lo observé sorprendida—. No pienso sentarme en una cafetería contigo como si fuésemos amiguitos. Si necesitas hablar lo haremos aquí, en el juzgado, allí hay un banco si quieres sentarte.

—Vale. —Asintió con un semblante pesaroso.

Nos sentamos en silencio. Un silencio sepulcral que hacía daño a los oídos, nos ensordecía. Me aparté de él todo cuanto pude; no quería que me rozase ni tan siquiera la chaqueta de su caro traje; me daba repugnancia, verdadera aversión, me repelía por entero su presencia. Los nervios comenzaron a adueñarse de mí ser por momentos, el corazón me galopaba cada vez más fuerte al verlo sentado frente a mí.

—Empieza a hablar, el tiempo corre, ya te he dicho que tienes cinco minutos —le advertí con aspereza.

—Cristina, solo quiero pedirte perdón —reveló con una voz mortecina—. Lo que te hice fue horroroso, no sé cómo fui capaz de hacer aquello. Los remordimientos me persiguen desde entonces.

—¿Perdona?! ¿Y cómo crees que ha sido mi vida? —le pregunté boquiabierta y asombrada—. Yo te lo diré: ha sido una auténtica tortura —sentencié con énfasis—. ¡Me violaste, joder! Pero de la manera más baja, drogándome para que no pudiera resistirme. Yo te amaba, eras mi novio, solo te pedí un poco de tiempo para sentirme segura antes de entregarme a ti, y tú...

—Yo fui un cabrón, un maldito cabrón, lo sé —atajó—. Me lo repito todos los días, todos —recalcó, emitiendo un resentido suspiro—. Sabía que lo que te había hecho no tenía nombre. Y cuando me enteré de que casi perdiste la vida en el mar algo en mí supo que no fue un accidente. Estaba convencido de que te habías intentado suicidar. Sabía que lo estabas pasando muy mal, pero callé por miedo en lugar de enfrentarme a mis actos.

—Me arruinaste la vida por completo, eres la persona más rastrera que he conocido —escupí con rabia—. ¿Por eso te marchaste de Alicante? ¿Para huir de la atrocidad que habías cometido?

—Cuando pensé que habías podido morir y que el único responsable habría sido yo me sentí tan miserable que me odié. No pude soportarlo más y se lo conté a mis padres, ellos decidieron que nos marchásemos de allí. Mi padre pidió el traslado en su trabajo y nos vinimos a vivir aquí, a Madrid —afirmó, callando un instante—. Mi madre nunca ha vuelto a mirarme con los mismos ojos desde entonces, aunque no se lo reprocho, yo tampoco he logrado hacerlo.

—No creo que te haya afectado tanto como pretendes hacerme creer, te vi con tu mujer y tu hija dando un agradable paseo por el Retiro, feliz y sonriente. Tú has continuado con tu vida, pero a mí me la robaste ese día. —Mi mirada pasó de la rabia al odio en un santiamén—. Jamás te ha afectado como a mí, eso sería imposible —hablé apretando los dientes.

—Solo gracias a ellos continúo aquí, son mi tabla de salvación. —Asintió constriñendo los labios—. Conocí a mi mujer en la peor época de mi vida, cuando más deprimido estaba, cuando el sentimiento de culpabilidad se había apoderado de mí por completo, cuando solo sentía asco de mí mismo y deseaba morir —declaró—. Ella me devolvió las ganas de vivir, gracias a ella continúo vivo.

—Pues qué suerte la tuya porque yo no he podido rehacer mi vida nunca gracias a ti, gracias a lo que me hiciste —le reproché cerrando fuerte las manos hasta clavarme las uñas, conteniendo así la ira que en ese momento me recorría el cuerpo.

—Lo siento, lo siento muchísimo —insistió en su disculpa—. No ha habido ni un solo día que no te haya pedido perdón en mi mente, lo juro. He pasado todo este tiempo arrepintiéndome de aquello, preguntándome cómo pude hacer tal cosa, cómo pude ser tan depravado. —Bajó la cabeza, entornando los ojos y sacudiéndola sin cesar—. Y cuando te vi tuve claro que debía hablar contigo, debía pedirte perdón.

Javier me miró con los ojos colmados de lágrimas y eso me llenó aún más de furia, haciéndome apretar tan fuerte los dientes para no chillarle que sentí cómo la mandíbula empezaba a dolerme.

—¿Quieres que te perdone? Tienes que estar de coña —afirmé clavándole los ojos, fusilándolo con la mirada, y, alzando mi orgullo, le dije—: ¿Sabes qué te digo? Que te follen. No, no, mejor que te jodan. ¿Qué digo? Aún mejor, ambas cosas, tal y como tú me hiciste a mí —regurgité con violencia—. Porque primero me follaste a la fuerza y, no conforme con eso, me jodiste la vida. Así que lo siento, pero no pienso perdonarte. ¡Qué coño! —espeté con una pincelada de jocosidad—. No lo siento para nada. Es más, me alegro si de verdad estás sufriendo, si de verdad estás jodido —aseguré con firmeza—. Yo llevo años estándolo por tu culpa, de modo que ni sueñes con mi perdón. Y ahora, si me disculpas, me voy. —Me levanté del banco—. No tengo nada más que escuchar ni que decir. Solo espero que te pudras en tu sufrimiento. Nada más.

—Cristina, por favor —susurró, cogiéndome la mano.

—¡Aparta de mí tus sucias manos, maldito cabrón! —Retiré la mano de él al instante y la limpié por instinto en mi falda. Javier me observó, y en ese instante resbaló una lágrima por su mejilla—. No creas que me das pena a pesar de resultar tan pusilánime en este momento. Solo me das asco, puro asco.

Me di la vuelta y me encaminé hacia la salida con paso firme y seguridad, despojándome de mis fantasmas según iba andando, dejándolos con él, junto a su arrepentimiento, con sus remordimientos. Al salir de allí esboqué una sonrisa que se ensanchaba a segundos, por fin mi alma encontraba calma haciéndome sentir más serena que nunca. Decirle a Javier a la cara lo que sentía, en qué convirtió mi vida y, sobre todo, que no pensaba perdonárselo nunca me había hecho bien, mucho bien. Me había llevado a descargar el gran peso que arrastraba mi alma desde entonces. Notar su dolor, su sentimiento de culpabilidad, su desasosiego, logró aliviarme. Saber que a él aquello también le cambió de alguna manera la vida ayudaba a cicatrizar mis heridas, a cauterizarlas, a cerrarlas para siempre.

Abandoné los juzgados y caminé hasta el bufete sintiendo que acababa de finalizar aquel amargo y lacerante capítulo de mi vida de una vez. Después de tantos años de angustia y dolor por fin lograba hacerlo. La sonrisa no podía borrarse de mi cara, era imposible, me encontraba disfrutando de mi reciente liberación, de mi

completa redención. Y así caminé todo el trayecto, feliz, sonriendo, liberada, resarcida...

Nada más entrar en el bufete corrí al despacho de Óscar, quería contarle lo que me había sucedido con Javier. Necesitaba que él también disfrutase de mi alegría, de la satisfacción que había producido en mí saber que quería mi perdón, algo que jamás le concedería.

—¿Te cojo en mal momento? —pregunté abriendo la puerta con impaciencia.

—No, pasa —contestó, mirándome sorprendido—. ¿A qué se debe esa cara de felicidad y esa prisa?

—Vengo de los juzgados. Ya es oficial el divorcio y el acuerdo de Saúl e Isabel. Se acabó. —Sonreí.

—¡Vaya! ¿Y eso te ha hecho tan feliz?

—No, pero ¿a que no sabes con quién me he encontrado en los juzgados?

—¡Oh, no me digas que con Javier de nuevo! —La cara le cambió al momento.

—Correcto. —Asentí—. Y otra vez se ha empeñado en hablar conmigo. Al final he accedido, le he dado cinco minutos.

—¿Y qué coño quería decirte el muy cabrón? —interpeló muy serio.

—Quería que lo perdonase —respondí—. Dice que se ha pasado toda la vida arrepintiéndose de lo que me hizo.

—¿Que lo perdones? ¿Pero de qué va ese capullo? —preguntó ofendido—. Lo que te hizo no es perdonable. Uno no puede joder la vida a la gente y querer después que lo perdonen sin más.

—Ya lo sé, yo le he dicho algo parecido. No pienso perdonarlo nunca —confirmé—. Pero saber que él lo ha pasado mal, que se atormenta por ello, que de alguna manera también cambió su vida, me ha resarcido de mis heridas, Óscar. —Mis labios volvieron a desplegarse.

—¡Oh, no sabes cuánto me alegra oír eso, Cris! —exclamó feliz—. La de veces que he deseado escuchar eso de tu boca. ¡Ven aquí! —Abrió los brazos para recibirme y nos fundimos en un largo abrazo—. Nada podría hacerme más dichoso que verte a ti liberada de aquello.

Óscar me dio un beso en la frente y me miró con los ojos llenos de emoción.

—Pues créeme, por primera vez me siento así en más de quince años —aseveré—. Todo ha quedado enterrado, mis fantasmas se han esfumado al sentir su dolor. ¡Pero ahora no vayas a llorar tú! —le advertí.

—Si se me escapa alguna lágrima es de pura felicidad, Cris, de verdad.

—Bueno, en ese caso te lo permito. —Una vez más sonreí.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —preguntó de repente Óscar.

—¿Qué quieres decir? —demandé confundida.

—Sí, ¿en qué lugar queda Marc?

—¿Cómo? —Me separé de él.

—Sí, quiero saber si esto cambiará las cosas —explicó—. Los dos os queréis y tú

acabas de decir que lo de Javier queda enterrado para siempre. Date una oportunidad para ser feliz ahora, por favor, Cris.

—¡No me agobies, Óscar, no es tan sencillo! —me quejé—. Necesito tiempo para aclarar todo en mi cabeza. Déjame disfrutar de la satisfacción que me ha producido saber que Javier también jodió un poco su vida al joder la mía.

—Tienes razón, perdona, pero es que tengo tantas ganas de verte feliz..., y sé que con Marc lo has sido y lo serías. —Volvió a besarme la frente.

—¿Cómo continúa? Me refiero al motivo que lo mantiene hospitalizado —aclaré de inmediato, no quería que me hablase de sus sentimientos.

—Mucho mejor, seguro que en dos o tres días recibe el alta hospitalaria.

—Me alegro mucho —concluí—. Bueno, voy a comer un sándwich de la máquina y poco más, tengo cita con mi psicoterapeuta en menos de una hora. Debo contarle lo de Javier. —Me separé de él y me dirigí a la puerta.

—Adiós, Cris. Y sigue así, te estaré vigilando. Quiero que seas feliz, lo necesitas, te lo mereces. —Sonrió, y yo le devolví la sonrisa antes de salir.

La puerta de la consulta de la doctora Millán estaba entreabierta, así que decidí entrar pensando que no habría nadie dentro. Nada más abrirla vi al doctor Aguado, sentado hablando con ella, y me quedé parada sin saber qué hacer.

—¡Oh, lo siento! —exclamé un poco cohibida—. Como la puerta no estaba cerrada pensé que la consulta estaría vacía —me excusé.

—No, tranquila, Cristina, pasa —dijo la doctora Millán—. El doctor Aguado y yo ya habíamos acabado.

—Hola, Cristina. —El doctor me estrechó la mano—. Me ha dicho la doctora Millán que has avanzado mucho, me alegro.

—Gracias.

—Bueno, os dejo solas, me voy a mi consulta. Continúa así, Cristina. —Abandonó la consulta.

Nada más cerrarse la puerta me senté sin quitar ojo a la doctora Millán.

—¡Vaya! ¿Han estado despedazando de nuevo mi cerebro entre los dos? —pregunté con sarcasmo.

—¡Otra vez esa actitud! —protestó—. Nadie despedaza tu cerebro, Cristina, solo intercambiamos opiniones. A veces cuatro ojos ven más que dos.

—Si usted lo dice, tendré que creerlo —dije con cinismo.

—En fin, centrémonos. ¿Qué tal está Marc? ¿Fuiste a verlo?

—Sí, está mejor —contesté—. Y le conté toda mi historia, se empeñó en que le diese una explicación, a pesar de decirle que no era el lugar ni momento apropiado.

—¿Y qué te dijo? —interpeló con curiosidad.

—Bueno, insultó a Javier todo cuanto pudo y me pidió su nombre y apellidos para arruinarle la vida, pero le dije que eso era cosa mía, no de él. También me dijo que lo sentía mucho, aunque no sentía lástima de mí, sino admiración, y que por eso estaba tan enamorado de mí, porque era una mujer increíble. Le aclaré que yo no sabía amar y que no le haría feliz. Él me dijo que me arriesgase a hacerlo, yo le contesté que no y me marché. —Hice una pausa—. Le dejé con el corazón roto. —La voz me tembló y una lágrima comenzó a resbalarme por la mejilla.

—Cristina, no te sigas haciendo eso, por favor. No sigas aislándote. —Me acercó una caja de pañuelos de papel.

—No quiero hacerle más daño, ¿no lo entiende?

—Nadie cuando comienza una relación sabe si va a dañar a la otra parte en algún momento. Pero la gente se enamora, ama, sufre, es feliz, llora... No se prohíben tener esos sentimientos; los usan, a pesar de poder hacer daño o de sufrir.

—Pero yo no soy como las demás mujeres, yo no soy normal en ese sentido —le advertí—. Mi vida está marcada por la violación de Javier, a partir de ahí hice todo

mal.

—Es la primera vez que, sin que yo te insista en decirlo, pronuncias la palabra *violación*. Ese es un paso muy importante, aunque tú no lo veas.

—Hoy he estado con él. Con Javier —solté sin rodeos—. Y hemos hablado. —La miré seria.

—¿Cómo? ¿Has hablado con él? ¿No te ha dado un ataque de ansiedad ni nada parecido?

—No. —Sacudí la cabeza y le expliqué—: Al principio, al oír su voz, sentí miedo, aunque algo menos que la vez anterior. Nos hemos visto en los juzgados, estábamos rodeados de gente, eso me ha tranquilizado un poco.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó a reglón seguido.

—Quería pedirme perdón por lo que me hizo, dice que le atormenta desde entonces, que ha marcado su vida.

—¿Y qué le has dicho?

—¡Que no pensaba perdonarlo! ¿Qué quería que le dijese? «No te preocupes, te perdono, aquí no ha pasado nada». Pues no. No lo perdonaré jamás —contesté, notando que por primera vez en muchos años la ira no salía por mi boca al tratar el tema.

—¿Qué has sentido después de hablar con él?

—Paz. Una inmensa paz —aseguré junto a una fugaz sonrisa—. Notar sus remordimientos y su sentido de culpabilidad me ha hecho sentir paz. Ha cicatrizado mis heridas, me he sentido liberada de mi dolor, ha volatilizado mis fantasmas.

—¡Eso es maravilloso! ¡Cuánto me alegro, Cristina! —Sonrió feliz—. Eso supone que al fin has vencido tu pasado, has derrotado tus demonios. Verás cómo a partir de ahora te resultará más fácil sacar todo lo bueno que tienes guardado en tu interior.

—Puede. Pero no vaya a decirme nada sobre Marc ni en qué punto queda ahora lo nuestro —puntalicé—. Son cosas distintas que no voy a mezclar.

—No pensaba decirte nada sobre eso, ya te he dicho todo lo que yo opino al respecto. Pero solo tú puedes tomar una decisión respecto a Marc y tus sentimientos hacia él. Solo tú debes pensar, cuestionar y reflexionar.

—Exacto —convine—. Por primera vez estoy de acuerdo con usted. Es algo mío y solo mío, son mis sentimientos.

—Tus *sentimientos*, qué palabra más bonita acabas de pronunciar, Cristina. Casi merece un aplauso. —Esbozó una gran sonrisa.

—Déjelo, no se emocione tanto.

—No es emoción, es alegría profesional por ver cuánto has progresado, que has superado lo de Javier, que estás reconduciendo tu vida, que vuelves a hablar de tus *sentimientos*.

—Pues vale, alégrese. —Me encogí de hombros.

—En fin, todo lo bueno dura poco y por hoy hemos concluido nuestra cita —

anunció—. Si quieres podemos vernos el viernes y disfrutar un poco más de tu reencuentro contigo misma. Después me marcho de vacaciones.

—¿Y cuándo regresa?

—La última semana de agosto; estaré fuera tres semanas. Y tú, ¿te vas a Alicante o a otro lugar?

—No, no me apetece ir a casa, me traería muchos recuerdos de Marc. Además, mi madre tiene un olfato especial para saber cuándo me ocurre algo, por más que quiera disimularlo a ella nunca la engaño —le expliqué—. Me quedaré aquí, en el bufete hay cosas que archivar y colocar. Me entretendré un poco con eso, también cerramos las tres primeras semanas de agosto, estaré sola.

La doctora Millán se puso en pie y me dijo:

—Cristina, permíteme darte de nuevo un consejo de mujer a mujer, fuera de términos profesionales; piensa en Marc, no cierres esa puerta. Ya has hecho lo más difícil, terminar el episodio de Javier. Una vez me dijiste que Marc era algo positivo en tu vida, medítalo y pregúntate, no lo estropees sin más, sin tener argumentos fuertes y firmes para hacerlo.

—Lo haré —respondí—. Pensaré todo, lo meditaré con calma y tomaré la decisión que crea más conveniente para él. Es un buen hombre, de los que escasean, de los de fiar. Por eso debo sopesarlo muy bien, no puedo fastidiar su vida, no sería justo.

—Lo entiendo, pero no vuelvas a sabotearte la tuya, por favor —me aconsejó—. Encuentra el equilibrio entre ambas cosas, Cristina.

—Lo intentaré. Nos vemos el viernes, Anabel —dije levantándome de la silla. Ella se acercó a mí y me dio un abrazo y dos besos.

—Hasta el viernes, Cristina. Cuídate.

El viernes a primera hora de la mañana Marc recibió el alta médica y abandonó el hospital, Óscar me informó de ello a mediodía. También se encargó de decirme que, a pesar de estar muy bien de sus heridas, había otras de las que no era capaz de recuperarse; que no entendía por qué continuaba negándome a ser feliz cuando la vida me estaba ofreciendo la oportunidad de hacerlo, y, lo que era incapaz de comprender, lo que se escapaba por completo a su razón: por qué castigaba al único hombre que me había hecho feliz. Yo le volví a decir que no lo castigaba, que solo buscaba lo mejor para él. Óscar me gritó enfadado y me pidió no volver a entrar en esa dinámica. Después me dijo que se marchaba de vacaciones a casa de los padres de Marta y que iban a llevarse a Marc para que descansase allí unos días. A punto de salir por la puerta se paró un momento, se giró hacia mí con cara de decepción y me reprochó haberme pedido solo una cosa en la vida y que yo hubiera sido incapaz de hacerlo ni por él, aun sabiendo que con ello me destrozaba yo. Y lo peor y más duro

que escuché fue que a veces sentía pena por mí, que le daba lástima ver cómo tiraba toda mi vida por la borda, y que decir que yo era obstinada sería alejarse mucho de la realidad, habría que inventar una nueva definición para describirme. Si en ese momento me hubieran clavado un puñal en el pecho no me hubiese dolido tanto como escuchar esas palabras. Me sentí tan dolida, tan humillada, que le mandé a la mierda añadiendo que se largase de mi despacho, que no quería volver a verlo más. Masculló algo que no llegué a entender y, cerrando con un fuerte portazo, se marchó. De nuevo me eché a llorar con aflicción. Ahora también la estaba fastidiando con Óscar, mi amigo desde la infancia, casi mi hermano, mi sostén durante años, el que nunca me falló. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Qué me ocurría? ¿Qué me mantenía tan perdida? Qué iba a ser..., mi miedo. Mi maldito miedo a tomar una decisión. Me tenía acorralada sin saber cómo escapar del círculo que había trazado a mí alrededor, incapaz de dar un paso en ninguna dirección, y el círculo cada vez se iba estrechando más intentando dominarme por completo. Y, aun viéndolo, no era capaz de articular ni un músculo, el pánico me lo impedía.

Llamé a la doctora Millán para anular la cita. Por hoy ya había tenido bastante, había rebasado con creces la ración de bofetadas mentales del día. Con una severa reprimenda era más que suficiente, y más que dolorosa si provenía de una de las personas más significativas de mi vida.

Pasé el fin de semana sumida en una tremenda tristeza y dolor y sin poder apartar a Marc de la mente. Recordaba nuestros momentos de intimidad, lo feliz que había sido estando con él, cuánto me había hecho reír y el daño que yo le había procurado después. También pensaba en Óscar y en nuestra amistad, en que la había fastidiado por entero con él, en cómo le había decepcionado mi comportamiento de las últimas semanas. Y por último pensé en Marta, con ella sí que lo había perdido todo, seguramente me odiase con fuerza viendo a su hermano hundido por mi culpa.

Buscaba un cambio en mi vida y desde luego que lo había encontrado, la había transformado de arriba abajo. Yo sola, y sin ayuda de nadie, la había terminado de arruinar por completo, y eso, cuando menos, merecía un premio, un galardón otorgado al mérito autodestructivo. Mi cambio solo había logrado variar una situación, concluir una circunstancia: zanzar el tema de Javier. Esa era la condición más importante para mí hasta el momento, la etapa que deseaba difuminar hasta desaparecer, lo que me empujó a iniciar ese cambio en mi vida. Pero ¿a qué precio lo había pagado? ¿A qué alto precio? ¿A costa de perder a mi mejor amigo? ¿Destrozando al único hombre que me había hecho sentir mujer? ¿Dañando a Marta, que me había acogido en su casa con los brazos abiertos? Demasiado caro me había salido solventar el asunto, eliminar mis fantasmas. Aunque quizás ese era el tributo exigido por mi redención, el precio a pagar por borrar para siempre al malnacido de

Javier. A lo mejor querer buscar un equilibrio en mi vida había inclinado la balanza en mi contra y, con ello, había hipotecado todo cuanto me quedaba.

El lunes caminé despacio hasta el bufete, no tenía prisa ni horario, nadie estaría esperándome allí. Solo acudía a ordenar archivos y expedientes para mantenerme un poco ocupada y no volverme loca por tanto pensar. No solo el bufete permanecía cerrado por vacaciones, Madrid también lo estaba; se apreciaba observando el tráfico y sus calles. El flujo de transeúntes se había reducido a la mitad, y las personas que ahora transitaban por él eran la mayoría turistas. La ciudad había cambiado de aspecto, ahora estaba más calmada y relajada que nunca.

Cuando entré en el bufete mi alma se sentía tan desolada que no tenía ni fuerzas para mover una carpeta. Me senté sin saber qué hacer ni qué pensar, mi mente había traspasado el cupo de la tortura psicológica y yo necesitaba hablar con alguien, de no hacerlo, terminaría perdiendo toda cordura. Cogí el teléfono y llamé a Mari, precisaba, aunque solo fuera por unos minutos, escuchar su voz. Una voz amiga.

—Hola, Mari.

—¡Eh, hola, Cris! ¿Qué tal continuas? Pensaba ahora en ti, en cuándo vas a venir por aquí. Porque tendrás vacaciones —habló de seguido.

—No estoy nada bien —respondí, intentando contener las lágrimas—. Y no voy a ir a Alicante, no quiero que mi madre me vea así, eso la hará sufrir.

—¿Ha ocurrido algo más? —interpeló inquieta.

—Han pasado muchas cosas, demasiadas —admití—. Y no puedo más, no sé cómo afrontarlo, Mari. —Rompí a llorar.

—¡Eh, eh, Cris, cariño! ¿Qué ha ocurrido? ¿Tan grave es?

—Creo que la he jodido con Óscar, Marta me odia y a Marc le he roto el corazón. ¿Crees que es grave? —pregunté con sarcasmo.

—Pero, Cris, ¿qué ha pasado?

—Es muy largo de contar y ahora no tengo fuerzas para hacerlo, otro día te llamo y te lo cuento todo. Hoy solo quería hablar un momento con alguien, estoy sola y voy a volverme loca de seguir así —dije sollozando.

—Cris, mira, vamos a hacer una cosa. Pasado mañana comienzan mis vacaciones, cogeré un vuelo, iré a verte y pasaremos unos días juntas —me propuso—. De ese modo me contarás todo con calma e intentaremos buscar una solución. Porque sabes que siempre la hay, aunque a veces cueste verla. ¿Qué te parece? ¿Me preparas una cama en tu casa?

—¡Por supuesto, claro! —contesté, secando las lágrimas al momento.

—En cuanto cuelgue buscaré un billete. Te mando un *whatsapp* diciéndote a la hora que llegó. Tendrás que ir a buscarme al aeropuerto si no quieres que me pierda por Madrid. —Se rio.

—Allí estaré esperándote, no te preocupes —aseguré en medio de los suspiros que aún no habían terminado de calmarse.

—Pues entonces nos vemos pasado mañana —avisó—. Y no llores más, por favor, así no solucionarás nada, solo empeorarás tu estado de ánimo.

—Lo intentaré, gracias, Mari, y adiós.

Nada más colgar no pude reprimirme y lloré con fuerza. Con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza posada en ellos descargué mis ojos y alma durante largo rato, hasta que el zumbido del móvil me devolvió a la realidad. Era un *whatsapp* de Mari con el que me decía que ya tenía billete para venir a verme, que llegaría alrededor de las once de la mañana y se quedaría hasta el domingo por la tarde. Cuatro días para disfrutar de su compañía, para escuchar sus consejos, para intentar que alguien me ayudase a salir del pozo en el que había hundido mi vida. Cuatro maravillosos días que ansiaba llegasen cuanto antes, lo deseaba con verdadera impaciencia.

Al día siguiente, a media mañana, mientras mi abatimiento terminaba de colocar los últimos expedientes, el teléfono sonó. Era un número muy largo y desconocido para mí, y eso me hizo dudar si coger la llamada o no, pero al final lo hice.

—Sí, dígame —contesté titubeando.

—Hola, Cristina. ¿Qué tal estás?

—¡Tía Elisa, qué alegría! —exclamé feliz al escuchar su voz—. ¿Ya estás de vuelta en Londres?

—Sí, regresé hace cuatro días —confirmó—. Quería llamarte antes, pero sabes que nunca me ha gustado agobiar a la gente. Pensé que si te hacía falta algo me llamarías tú. Pero, por otro lado, no dejaba de pensar en ti y al final me he decidido a llamarte.

—Muchas gracias, tía. Yo también había pensado en llamarte, pero imaginé que ya estarías en Londres y no quería preocuparte más.

—¿Acaso ha ocurrido algo más? —preguntó intrigada.

—Ha ocurrido de todo —anuncié—. Mi vida da para un culebrón, te lo aseguro.

—Cuéntame, por favor —habló con impaciencia.

Se lo conté todo: el operativo fallido de Marc que le había ocasionado dos disparos, la confesión sobre la historia de mi vida, mi negativa a intentarlo con él dejándole con el corazón partido, que Marta me odiaba, que Óscar y yo habíamos discutido, y concluí diciéndole que había hablado con Javier y que por fin había sido capaz de aislar ese tormentoso suceso de mi vida, pues su dolor había atenuado al mío disipándolo por completo.

—Bueno, al menos hay una buena noticia, además una importante. Me alegra mucho saber que por fin has podido cerrar ese capítulo de tu vida —expuso con tono alegre—. En cuanto a lo demás, qué quieres que te diga, Cristina, solo tú tienes la solución. Sabes que sientes algo por Marc, inténtalo —me sugirió—. ¿Qué puede ocurrir? ¿Que salga mal? ¿Que os hagáis daño? ¿Acaso no os lo estáis haciendo ahora? Cristina, vence tus miedos de una vez. En la vida uno se tiene que labrar su camino y decide cómo quiere que sea. Puede ser largo y llano, o corto y elevado, pero ambos te llevarán al mismo sitio. Claro que si tú decides poner trabas en el tuyo nunca llegarás y terminarás perdiéndote. Decide tu camino, pero quita de él todos los obstáculos porque te impiden ver la meta.

—Lo intento todos los días, tía, aunque no lo creas. Intento vencer mis miedos, derribar sus muros, lo intento, de verdad. —Las lágrimas, en silencio, resbalaron por mis mejillas.

—Pues continua así, la perseverancia es la mejor arma para conseguir lo que se persigue.

—Gracias por tu llamada y por tus consejos. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, Cristina. Cuídate y llámame cuando quieras, sabes que me tienes aquí. Un beso muy fuerte.

—Igualmente, tía, adiós.

Suspiré y medité todas sus palabras una a una, analizándolas con precisión. Sabía que tenía razón y que debía superar mis miedos, lo sabía mejor que nadie, pero me estaba costando conseguirlo más de lo que nunca habría imaginado.

El miércoles esperaba impaciente en el aeropuerto la llegada de Mari, mi gran amiga. Cuando por fin la vi aparecer arrastrando las ruedas de la maleta no pude reprimir las lágrimas de emoción y salí corriendo para abrazarme a ella.

—¡Hola, Mari!

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —preguntó mientras nos abrazábamos.

—Hecha polvo —contesté, con las lágrimas saliendo con más fuerza.

—¡Chss! No llores más o me iré ahora mismo. —Me observó seria—. He venido para ayudarte, no para consolarte. Vamos a buscar soluciones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, perdóname.

—Perdonada, pero no quiero volver a ver ni una lágrima más.

—No la verás. —Volví a abrazarme a ella—. Y ahora vamos a casa.

—Pues vamos. —Se entrelazó a mi brazo y comenzamos a andar.

Al llegar Mari se duchó, se cambió de ropa y salimos a dar una vuelta y a comer algo. La llevé a un restaurante que no estaba lejos del bufete. Era muy selecto, de alta cocina, donde solían acudir muchos ejecutivos de la zona y donde había que reservar mesa con antelación, pero, como era agosto, no tuvimos problema para sentarnos a degustar su cocina. Cada vez que entraba en aquel lujoso local no me cansaba de admirar el precioso y espacioso salón; el suelo, de mármol blanco con grandes vetas grises, contrastaba con la calidez de las columnas de madera torneada, estratégicamente repartidas por el amplio lugar. Todas las redondas mesas estaban vestidas con manteles combinados en blanco y gris antracita, y tanto la vajilla como la cristalería y la cubertería eran muy modernas y de diseño. En definitiva, todo allí lo era, incluida la ropa de los camareros. El restaurante, aparte de tener fama por su alta calidad culinaria, había despuntado por saber conjugar a la perfección la mezcla entre lo clásico y lo vanguardista, creando su estilo propio, único, su sello de distinción. Aquí era fácil ver a personajes famosos del mundo de la televisión o el cine, y también a muchos grandes futbolistas. Era lo que tenía ser el restaurante de moda.

—¡Vaya, sabes cómo cuidarte, Cris! —exclamó impresionada, admirando el entorno. ¿Aquí vienes a comer todos los días?

—No, solo de vez en cuando —contesté—. Ana y yo solemos ir a comer al restaurante que hay casi al lado del bufete. No es tan elegante y chic, pero se come

bien.

—¿Coméis siempre juntas?

—Sí, salvo cuando tengo cita con mi psicoterapeuta. Entonces como algo rápido de la máquina que tenemos en el bufete.

—¿Luego me llevarás a verlo? —preguntó mientras nos sentábamos.

—Por supuesto. Cuando terminemos de comer nos acercaremos. No está lejos.

—Genial. —Sonrió—. En fin, vamos a echar un ojo a la carta. A ver qué me apetece probar —dijo, observándola con atención.

—Ese será el problema, no sabrás por qué decidirte. Aquí todo está exquisito.

—Entonces tendré que pedir un poco de todo. —Volvió a sonreír—. Además, ganar un poco de peso no me vendrá mal.

—Es cierto, estás más delgada —advertí, mirándola con atención.

—La culpa la tiene el último tío con el que me he liado, es insaciable —profirió con énfasis—. No he tenido tanto sexo en mi vida, me tiene consumida. —Soltó una carcajada.

—Pues viniendo de ti, no quiero ni imaginar cómo será en la cama —observé—. Hasta ahora yo siempre había pensado que eras insaciable.

—A lo mejor he encontrado a mi alma gemela. ¿Quién sabe, no? —Rio de nuevo.

—Me estás dejando sorprendida. ¿Tú no decías que eso de la media naranja eran sandeces?

—Sí —afirmó asintiendo—. Pero últimamente me he dado cuenta de que existe el amor verdadero. Que hay parejas que están hechas el uno para el otro y que solo son felices estando juntos.

—Como Inés y Mario, ¿verdad? Se les veía tan enamorados.

—Sí, como Inés y Mario —corroboró, y de inmediato añadió—: Y como Marc y tú. También a vosotros se os veía así, a pesar de intentar disimularlo.

—Mari...

—Ya te lo dije, Cris —me interrumpió—, vuestros ojos hablaban, estáis conectados. ¿Por qué te empeñas en no verlo? —Posó su mano sobre la mía.

—Mari, por favor, preferiría continuar con esta conversación cuando estemos en casa. Tengo muchas cosas que contarte —respondí apesadumbrada.

Mari me miró en silencio, arrugando los labios, y dijo:

—Llevas razón, luego hablaremos. —Asintió—. Ahora decidamos qué vamos a pedir y disfrutemos de la comida.

—Exacto.

Como Mari no era capaz de decidirse por algo de la exquisita carta, hablamos con el camarero para ver si nos podían confeccionar un menú degustación, de esa forma podría probar varios platos. Después de comentárselo al chef, este se acercó hasta nuestra mesa a sugerirnos las especialidades y, en base a eso, elaborarlo. Mari y el chef congeniaron a la perfección, desde el primer minuto ya se lo había metido en el bolsillo. Mi amiga siempre tenía esa facilidad con los hombres, solo con un pestañeo

le bastaba para llevárselos a su terreno.

Comimos muy bien y en abundancia. Al terminar me sentía tan llena que era incapaz de moverme de la silla. Cuando pedimos la cuenta el camarero nos trajo una botella de Moët, un champán francés, por gentileza de la casa. Aunque yo estaba convencida de que esa gentileza había sido gracias a Mari y su particular tonteo con el chef, al que le había dado hasta su número de teléfono. Pero daba igual el porqué de tener esa botella de champán a nuestra disposición, lo importante era que estaba frío, a la temperatura ideal para beber, y además serviría para aligerar la pesada digestión. Después de la tercera copa las burbujas se me empezaron a subir a la cabeza y la risa pasó a ser mi fiel compañera.

—Creo que no voy a beber más o me emborracharé, ya empiezo a notar los efectos del alcohol —comenté sin parar de reír.

—Sí, mejor nos vamos a ir —añadió Mari—. Quiero que me enseñes tu maravilloso bufete, letrada.

Al oír esa palabra en boca de mi amiga la sonrisa se me desvaneció al instante. Mi mente trajo de vuelta a Marc con rapidez, haciéndome recordar todos nuestros fantásticos encuentros.

—¿Cris, qué te pasa? Te ha cambiado la cara —dijo preocupada.

—Marc me llamaba así..., letrada. Y yo a él le decía inspector jefe, era nuestro juego. —La voz me tembló.

—¡Eh, vale, Cris! —exclamó mirándome seria.

—Ese era nuestro juego, Mari —gimoteé.

—Cris, vamos a tu casa, otro día me enseñarás el bufete. Creo que necesitas desahogarte antes.

—Sí, lo necesito. Necesito tu ayuda, amiga. —La cogí de las manos casi con desesperación.

—Pues andando, no se hable más. Para eso estoy aquí, para ayudarte —aseguró, y nos levantamos. Con Mari cogida a mi brazo, abandonamos el restaurante.

Nada más entrar en mi casa nos acomodamos en el sofá y comencé a vaciarme con ella de principio a fin, dejando la parte de Javier para el final. Cuando le hablé de lo sucedido con él se quedó aturdida.

—¿Cómo puede pretender que lo perdones? —Elevó el tono—. ¿Se había fumado algo antes de hablar contigo? ¡Qué desfachatez! —expresó con una vehemente queja.

—Ya le dije que no lo perdonaría nunca. Pero saber que él sufre por aquello, que de algún modo también marcó su vida, ha curado mis heridas, Mari. Ha hecho que sea capaz de sepultar todo el dolor de una vez.

—¡Eso es fantástico! —enunció feliz, casi en grito.

—Sí, es lo único fantástico, todo lo demás es demasiado doloroso —aseveré con pesar—. No sé si será el precio a pagar por encontrar la paz respecto a Javier.

—¡No seas tonta, Cris! —espetó—. Lo demás puedes solucionarlo tú, y lo sabes.

—Me he pasado con Óscar, no sé si me perdonará. Lo mandé a la mierda y lo

eché de mi despacho.

—¿Y? Le pides perdón y se le olvidará al momento —declaró con seguridad—. Hablamos de Óscar, Cris, sabes cuánto te quiere. Aunque me has contado tantas cosas en tan poco tiempo que no me ha quedado claro por qué discutisteis.

—Por Marc..., por mí. —Hice un mohín—. Dice que no entiende por qué castigo al único hombre que me ha hecho feliz, y que siente pena por mí. Que le da lástima ver cómo tiro mi vida por la borda.

—Y no le puedes reprochar nada, Cris, te ha dicho la verdad; y la verdad duele. —Asintió—. Ahora yo te pregunto lo mismo, ¿por qué te empeñas en separarte de Marc? ¿Por qué no quieres darte cuenta de que tú también estás enamorada de él?

Suspirando con fuerza observé a Mari, que esperaba una respuesta con impaciencia, y confesé:

—Sí me he dado cuenta de que siento algo por Marc, Mari.

La cara de confusión de mi amiga era todo un poema.

—Entonces, ¿a qué estás jugando, Cris? —preguntó sorprendida—. Ahora te entiendo menos todavía.

—¡No juego a nada, maldita sea! —Alcé la voz y me levanté del sofá—. ¡Tengo miedo, joder! Mucho miedo.

—¿Miedo a qué? —interpeló desconcertada.

—A no saber amarlo, a no hacerle feliz, a decepcionarlo, a hacerle daño, a...

—¡Vale, vale! —me cortó—. Está claro que tienes miedo —confirmó—. Pero ¿sabes una cosa? No te conozco, Cris. —Negó con la cabeza—. Siempre te has caracterizado por tu valor y coraje, ahora no puedes dejarte amedrentar por el miedo. Plántale cara, álzate en armas contra él y véncelo. Tú puedes, lo sabes. Solo tienes que dar el paso.

—Eso es lo más difícil, dar el primer paso, el definitivo, el que te lleva a tomar la decisión. —Exhalé una bocanada de aire mientras me llevaba las manos a la cabeza—. ¿Y qué decisión habré tomado? ¿Será la correcta? —Dejé caer las manos de nuevo—. Todo eso me atormenta y me achica cada vez más. El miedo me tiene atada de pies y manos y no sé cómo librarme de él.

—Cris, no debes plantearte tantas cosas, solo escucha a tu corazón. ¿Qué te dice él? —Me miró con firmeza.

—Que quizá me he enamorado, no lo sé. ¡Estoy tan confusa, joder! —Soplé con vigor.

—Quizá no, Cris; estás enamorada, sin lugar a dudas —aseguró—. Por eso te asaltan todos esos miedos, porque te importa Marc, porque lo quieres.

—Puede que lleves razón, pero me siento tan perdida que no sé cómo actuar ni qué hacer.

—¡Habla con él! —me exigió—. Cuéntale tus temores. Dile que sientes algo por él, pero que no sabes cómo proceder. Que todo esto es nuevo para ti y no sabes de qué manera afrontarlo —explicó, y añadió—: Solo dile que tienes miedo, pero que no

quieres perderlo. Porque no quieres perderlo, ¿verdad?

—No. —Negué con la cabeza repetidas veces—. Pero igual ya es tarde, creo que ya lo he perdido.

—Eso no lo sabrás hasta que se lo escuches decir a él, no antes. No te anticipes, Cris.

—Igual ni siquiera quiere hablar conmigo, y no sería reprochable, le he hecho mucho daño. —Me acurruqué en los brazos de Mari, necesitaba sentirme arropada por ella.

—Si le explicas tus miedos te entenderá y te ayudará a vencerlos. El amor vence todo, derriba todas las fronteras que se le pongan por delante. Tiene esa fuerza, esa capacidad.

—Necesito tiempo para recuperar algo de valor. Necesito tener fuerza para enfrentarme a un posible rechazo. Tú no viste su cara cuando me marché del hospital, lloró y giró la cabeza para no verme. Le dejé muy dolido.

—De acuerdo, pero no tardes mucho. Cuanto más tiempo pase, más dolor habrá acumulado y más difícil resultará para ti y para él —puntualizó, y me abrazó con fuerza.

—Intentaré hacerte caso —dije—. Gracias por tus consejos, Mari, siempre has sabido ayudarme.

—Para eso están las amigas, para ayudarse, Cris. Además, es nuestro lema, el de las mosqueteras.

—Todas para una y una para todas —gritamos las dos a la vez, y terminamos riendo.

El resto de días que Mari estuvo haciéndome compañía intentamos no sacar ningún tema espinoso. Decidimos solo disfrutar de nuestra amistad y de Madrid, la bella y preciosa ciudad de Madrid. Y la llevé a ver el bufete, mi lugar de trabajo, el motivo de haber dado un cambio en mi vida o la excusa necesaria para darlo.

Disfruté mucho con su compañía, aunque no hubo ni un solo día que Marc no estuviera presente en mi cabeza, que no recordase lo guapísimo que era, su escultural cuerpo, sus grandes manos con las que me acariciaba, sus carnosos labios que besaban tan bien y sus increíbles ojos verdes con los que me excitaba al momento. Recordaba lo bien que me sentía estando con él, cuánto me hacía reír y cuánto me hacía disfrutar. Recordaba todo. Pasaba día tras día por mi mente como una película. Un filme que siempre terminaba de forma tortuosa, con la imagen de Marc tumbado en la cama del hospital, con una lágrima recorriéndole la mejilla y después apartando su vista de mí. Era consciente del sufrimiento que le había provocado y eso me atormentaba de continuo.

Cuando llegamos el domingo al aeropuerto la pena me invadió el alma al ser consciente de que Mari se marchaba en solo unas horas. De nuevo volvía a quedarme sola y continuaba sin saber qué decisión tomar respecto a Marc. O mejor decir respecto a los dos, respecto a nuestras vidas.

—En fin, Cris, tenemos que despedirnos. Me lo he pasado muy bien estos días contigo —dijo abrazándose a mí.

—Yo también he disfrutado mucho, tienes que dejarte caer más a menudo por aquí. —La voz se me rompió en ese momento.

—¡Eh, no más llanto! —exclamó, separándose.

—Es cierto, no más llanto. —Zarandeeé la cabeza, con los ojos vidriosos.

—Y, por favor, Cris, hazme caso con lo de Marc. Habla con él, enfréntate a tu miedo, deja que él te ayude a alejarlo.

—Lo procuraré, de verdad.

—Respecto a Óscar, no te preocupes. Cuando regrese de vacaciones habla con él, pídele perdón y se olvidará de todo. Sabes que será así. Óscar te quiere tanto como yo, por eso sé que nunca querría perder tu amistad. Al igual que a mí, nos molesta que te niegues a ser feliz, que arruines tu vida, nada más. Pero jamás te daríamos la espalda, te queremos demasiado. —Dibujó una leve sonrisa y volvió a abrazarme con fuerza.

—Gracias, Mari, yo también os quiero mucho a los dos. Sois los pilares de mi vida, lo sabes.

—Lo sé. Y Óscar también lo sabe —afirmó—. Estoy convencida de que él también se siente mal por haber discutido contigo.

—Seguro, aunque en parte llevaba razón con lo que me dijo. Pero me sentí tan mal al escucharlo que no medí mi reacción.

—Olvídalo, Cris, y piensa en resolver tu vida, en solucionarlo con Marc. Eso es lo más importante ahora —recalcó—. Y sintiéndolo mucho, tengo que embarcar, dame un beso y llámame para lo que necesites. —Volvimos a besarnos y a abrazarnos.

Mientras Mari se dirigía a la zona de embarque mis ojos no la perdieron de vista ni un segundo hasta dejar de verla. Entonces, en ese preciso instante, cuando desapareció de mi campo visual, las lágrimas tomaron mi rostro.

Los días, uno tras otro, se sucedían igual de tristes y apagados, todos sin color, todos en blanco y negro. La gente a mi alrededor se movía con rapidez, o quizás yo era la única que me movía a cámara lenta. Todo era lúgubre, deprimente y amargo; y así pasó una semana más, incapaz de huir de mis temores, de moverme en ninguna dirección. Estaba estancada en un punto muerto del cual no sabía cómo salir.

Cada día acumulaba un poco más de dolor e iba pintando una nueva cicatriz en el lienzo en que había convertido mi alma. Un lienzo que plasmaba todo el dolor que había soportado a lo largo de la vida. El pasado, borrado con borbotones de sangre, pero borrado al fin; y el reciente, pintado encima del anterior, comenzando un nuevo cuadro de pesar. Y lo peor era que sabía cómo dejar de trazar líneas en él; sin embargo, no tenía el valor suficiente para dejar de hacerlo. Y todo se lo debía a mi desconfianza, esa incondicional compañera que hacía quince años decidió pasar la vida conmigo. ¿Y qué ocurría cuando uno vivía continuamente con la desconfianza? Que siempre estaba a la defensiva. Eso era lo que me había ocurrido a mí con los hombres. Decidí estar de continuo a la defensiva y en posición de ataque. Pero ¿qué me había ocurrido al conocer a un hombre que me hacía sentir algo diferente? Lo mismo. Mi desconfianza hizo acto de presencia, como siempre. Salvo que esta vez con diferentes argumentos aunque con las mismas intenciones, escapar de todo lo que tuviera relación con los sentimientos. En definitiva, huir del amor. Una vez más, la maldita desconfianza hacía presa en mí y era la telonera del miedo que se apoderaba de mi cuerpo. Me preguntaba si algún día sería capaz de abandonarla y olvidarla por completo, pero no lo sabía. De lo único que tenía pleno convencimiento era de estar agotada de vivir así, siempre con ella, perdida en mi desconfianza.

Estábamos a más de mediados de agosto y su pegajoso calor no era capaz de apoderarse de mí, la aflicción que sentía era tan grande que, lejos de notarlo, sentía frío. Habían pasado tres semanas desde que dejé a Marc en aquella habitación de hospital con el corazón destrozado. Tres semanas sin verlo, sin saber de él, sin escuchar su voz, sin ver su mirada. Y un mes desde nuestro último encuentro. Un mes sin sus caricias, sin sus besos, sin su pasión recorriéndome el cuerpo. ¡Cuánto lo echaba de menos! Cuando pensaba en él me dolía respirar, el corazón se me contraía de congoja y el estómago se me anudaba por completo, porque anidaba en él la angustia.

Todos los días vagaba por las calles como un alma perdida, sin rumbo, sin importarme a dónde llegar, sin una meta predefinida. Solo quería caminar y caminar, como si por tanto andar el dolor y los miedos fueran a salir de mi cuerpo cansados y abatidos. Pero no era así, no me abandonaban, y por las noches se apoderaban de mi mente en forma de pesadillas. Pesadillas tormentosas que no paraban de angustiarme.

Salí a pasear como cada día, necesitada de aire, de ruido, de gente para poder continuar sobrellevando mi pésima vida. Una vez más me acompañaba mi leal aliada, la ropa de deporte; unas cortas mallas, hoy en color negro, y una de tantas de mis camisetas de tirantes. No tenía fuerzas para vestirme de otra forma, suponía demasiado esfuerzo, así que día tras día el atuendo deportivo se convirtió en mi amigo fiel. Era una mañana más, igual que todas las demás. Una mañana sin saber qué hacer, sin decidir nada, sin atreverme a dar un paso. Igual de perdida que ayer, y que anteayer, y que todos los días anteriores.

Hoy, sin saber por qué, había decidido caminar escuchando música, a ver si era capaz de calmar mi trastornada mente. Con el iPod prendido en las cortas mallas y los auriculares en los oídos, comencé a andar al ritmo de *Riders on the storm*, el famoso «Jinetes en la tormenta» de The Doors. Luego siguió Nirvana con su *Smells like teen spirit*, David Bowie con su exitoso *Let's dance*, Prince con *Purple rain*, Queen y su *Bohemian rhapsody*... Y así caminé y caminé por Madrid.

Parada a la espera de que el semáforo cambiara de color, observé a una pareja besándose en la acera, cerca de mí. Al separar los labios, él acarició la cara de la joven con el dorso de la mano sin parar de contemplarle los ojos, amándola con la mirada. Me recordó a Marc, a cómo me miraba lleno de pasión, haciéndome sentir siempre deseada. Un fuerte escalofrío me recorrió todo el cuerpo poniendo mi vello de punta, y los ojos se me encharcaron de lágrimas. En ese instante acabó una canción de La oreja de Van Gogh y comenzó a sonar Zenttric y su tema *Solo quiero bailar*. Escuchándola, de forma inevitable, recordé a mis amigas y cómo la cantamos la última vez que estuvimos juntas. Y de la misma forma ineludible desfiló por mi cerebro el maravilloso fin de semana que pasé con Marc en Alicante, lo feliz que me hizo su sorpresa, lo afortunada que me sentí estando con él durante esas horas, la necesidad de sus besos y caricias, cuánto lo requería a mi lado... Y en ese justo momento la realidad me abofeteó con toda su fuerza y sentí un potente y duro pellizco en el alma que me hizo reaccionar. ¿Cómo podía haber sido tan cobarde? ¿Cómo? Había sido capaz de enfrentarme a Javier, el germen de mi vida, de decirle todo lo que llevaba en mi interior, de desvanecer su fantasma para siempre. En cambio, lo único que me había hecho ser feliz, lo único que había procurado un cambio real en mi vida, a eso le había dado la espalda. Era una maldita cobarde porque una vez más había dejado ganar a mi desconfianza, fiel coligada del pánico al cual estaba amarrada. Y lejos de luchar, me amilané por completo, rindiéndome a ellos. Era peor que cobarde. Sabía que mi falta de valor también dañaba a otras personas que no se lo merecían y, aun así, no me movía para combatir. ¿Se podía ser más despreciable?

Marc había conseguido alcanzar mi interior en el justo momento que bajé la guardia, en el ínfimo descuido de vulnerabilidad. Accedió hasta lo más profundo de mí en cada encuentro, abriendo camino a los sentimientos para que supieran salir de las profundidades de mi corazón. Un corazón hecho jirones que él fue remendando

para reconstruirlo, dejándolo nuevo y dispuesto a latir por amor. Y lo vi con claridad, Marc era mi latir. Por mucho que me empeñase en apartarlo de mí, por mucho que me dijera a mí misma que era lo mejor para él, para que no sufriera, para no sufrir yo... Sufría mucho más sin él. Él me había abierto las puertas y mostrado el camino para iniciar un cambio, para buscar mis sentimientos y recuperarlos, para restablecer mi capacidad de amar y recobrar de esa forma mi vida; y en agradecimiento por indicarme el sendero que me llevó a rescatar mi corazón y toda mi sensibilidad, lo premié desterrándolo de mi lado. ¿Cómo podía haber sido tan ruin? Me había vuelto a sabotear a mí misma, pero esta vez, además, herí al que menos se lo merecía. ¿Podría llegar a perdonármelo alguna vez?

«¡Ya está bien de lamentaciones, joder! Échale valor y ve a buscarlo, habla con él. Cuéntale que la has fastidiado, que lo has estropeado a base de bien, pero que quieres rectificar. Dile la verdad, lo que él fue capaz de ver y tú te negaste a hacer. Dile que tú también lo amas, aunque tienes miedo, mucho, pero que quieres intentarlo porque no puedes vivir sin él. Ten la valentía y el coraje de hacerlo, Cristina, o te pasarás toda la vida lamentándolo. Da permiso a tu miedo para abandonarte, con él se marchará la desconfianza. Solo tú puedes echarlo de tu vida. ¡Dale una fuerte patada y ahuyéntalo de una vez y para siempre!»

Después de escuchar a mi conciencia corrí deprisa en busca de un taxi para llegar a casa. Lo hice tan rápido que los pies casi no tocaban el suelo. Nada más entrar me armé de valor y llamé a Marc, pero no cogía el teléfono. Lo intenté en varias ocasiones, pero todas fueron en vano. Estaba claro que no quería ponerse, no deseaba hablar nada conmigo.

Pensé en llamar a Marta y preguntarle por él, eso suponiendo que me cogiera el teléfono o que no me colgase antes de explicarle que estaba enamorada de su hermano. Pero al final me decanté por llamar a Óscar, así podría hablar con él para pedirle perdón. Además, era probable que Marc continuara allí con ellos, en Pedralbes, y podría decirle que me dejase hablar con él. Cogí el teléfono con total seguridad y marqué su número.

—Hola, Cristina, ¿ocurre algo? —preguntó con aspereza en la voz.

—Hola, Óscar. Tranquilo no pasa nada... O sí..., no sé...

—¿Eso qué quiere decir? No te entiendo.

—Primero quiero pedirte perdón, Óscar, me comporté como una cretina —admití—. Pero me dolió escuchar que sentías lástima de mí y reaccioné de la peor manera. Lo siento, de veras. —Suspiré con fuerza.

—Perdonada, Cris —afirmó, y dijo—: Quizá fui un poco brusco en mi forma de expresarme, aunque lo que te dije era cierto, pero podía haber sido más diplomático, menos hiriente. Perdóname tú también.

—No tengo nada que perdonarte, solo querías que reaccionase, y ya lo he hecho.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —interpeló desconcertado.

—Que estoy enamorada de Marc —revelé—. Al principio me negué a verlo,

después, cuando me di cuenta de que sentía algo por él, el miedo me paralizó por completo sin dejarme reaccionar. Pero ahora quiero luchar, he decidido aventurarme. Quiero arriesgarme con Marc, Óscar.

Un largo silencio se instaló entre los dos y el estómago se me encogió al no escuchar palabra alguna por su parte.

—¿Sigues ahí? —pregunté confusa.

—Sí, lo estoy —confirmó—. Es que me has dejado un poco impactado con tus palabras —contestó, y resopló de una manera que no me gustó nada—. Verás, Cris, creo que deberías hablar con Marta respecto a Marc.

—¿Por qué? ¿He llegado tarde? No quiere saber nada de mí, ¿verdad?

—No es eso, Cris, pero...

—No, no trates de suavizarlo —le interrumpí—. Sé que no quiere saber de mí, lo he estado llamando pero no me coge el teléfono. Aunque es normal, me lo he ganado a pulso.

—No trato de suavizar nada, pero... ¡Joder, cuánto te ha costado decidirte! —espetó—. Le has hecho mucho daño y no se lo merecía, y eso le ha llevado a tomar una decisión precipitada para mi gusto. No obstante, cada uno intenta mitigar el dolor como puede.

—¿Qué quieres decir, Óscar? Sé claro, por favor.

—Ya no estamos en Pedralbes, Cris, ninguno —realcó—. Regresamos ayer todos porque... Bueno, mejor voy a hablar un momento con Marta, creo que deberíais hablar las dos.

—Vale, cómo quieras —respondí, sintiendo a los nervios apoderarse de mí.

La espera se me hizo eterna. No sabría decir cuántos minutos estuve esperando hasta que Marta se dignó a hablar conmigo, pero me parecieron horas. Aunque no la culpaba, yo había herido a su hermano, era comprensible su enfado. Cuando escuché su voz al otro lado del teléfono, las pulsaciones de mi corazón se dispararon al momento.

—¿Qué coño quieres ahora, Cristina? —me preguntó con un tono de total enfado. Estaba claro que estaba muy dolida.

—Hola, Marta. —Mi voz titubeó—. Sé que estás enfadada conmigo y no te culpo, yo misma me odio por haber hecho daño a Marc.

—¿Daño? Le has jodido la vida, le has roto el corazón. ¿Estás orgullosa de ello? —Levantó la voz.

—Marta, sé que la he cagado por completo, he sido una cobarde. Sé que lo he dañado y no sé si algún día podré perdonármelo. Pero quiero intentarlo, estoy enamorada de tu hermano, el maldito miedo me ha tenido atenazada sin dejarme tomar una decisión.

—¿Y ahora te das cuenta de que sientes algo por él? —interpeló sorprendida—. Entonces, cuando estabais juntos, ¿no sentías nada? ¿Solo era un polvo sin más? ¡No te entiendo, joder!

Sus duras palabras, aunque fueron ciertas en un principio, me arañaron el alma de forma brutal, y lloré.

—¡Oye, Cristina, ahora no te pongas a llorar! —gritó—. Tú no eres la víctima en esta historia, sino todo lo contrario.

—Marta, tú no tienes ni idea de por qué me he comportado así. No sabes por lo que he pasado en la vida, lo que me ha llevado a vivir sin querer exponer mis sentimientos —hablé llena de rabia y dolor.

—No, es cierto. No sé nada de tu vida. Lo único que sé es que mi hermano no tiene culpa de lo que te haya ocurrido a ti antes de conocerte, ¿no crees? —Me reprochó—. ¿Qué te ocurrió, te rompieron el corazón? ¿Por eso se lo has querido romper tú a mi hermano? ¿Buscabas venganza? De verdad que sigo sin entenderte.

—Es más complicado que eso, más doloroso, es una historia larga de explicar. Dile a Óscar que te la cuente, tiene mi permiso para hacerlo —manifesté—. Y jamás he querido vengarme de nada con tu hermano, te lo aseguro. No espero que vayas a perdonarme, Marta, pero quizá, después de escuchar a Óscar, me comprendas un poco. Y ahora, por favor, solo te pido una cosa, quiero hablar con Marc y no me coge el teléfono, ¿sabes si está en su casa o si ya ha vuelto al trabajo?

—¿Y por qué tengo que decirte algo sobre él? Si no quiere cogerte el teléfono es porque le sobran razones, y lo sabes —contestó a la defensiva.

—Te lo suplico, Marta, debo hablar con él. —La voz se me quebró.

—¡Cristina, lo has destrozado! —exclamó con furia—. Mi hermano no es el mismo, está roto de dolor. No tienes ni idea de lo desgarrador que es ver a tu hermano, un hombre hecho y derecho, un tío duro, venirse abajo hundido, llorar como un niño pequeño; porque ha llorado mucho, ¿sabes? Lo ha hecho solo, conmigo e incluso con Óscar. No le veía llorar desde los doce años, cuando Oto, nuestro perro, murió. Te puedo asegurar que no es nada agradable ver y sentir el sufrimiento de quien quieres y no saber cómo apaciguar su desconsuelo. —Suspiró e hizo una larga pausa—. Y ahora pretendes solucionarlo —siseó—. ¿No te parece un poco tarde?

—Sí, puede que sea demasiado tarde, que ya no tenga solución y solo sería por mi culpa, lo sé —aseguré con amargura—. Pero tengo que decirle que estoy enamorada de él, que estos días sin sentirle conmigo han sido una autentica tortura, que no quiero vivir así, que no puedo.

Me derrumbé en llanto pensando que era muy posible haber perdido para siempre al único hombre que sería capaz de amar.

—Cris, vale, no llores más, no llores tú también, por favor. —El tono de Marta se cargó de pena—. Aunque estoy muy enfadada contigo veo que estás siendo sincera y siento tu desolación. Ya te he dicho que no es agradable ver sufrir a las personas que quieres o aprecias, créeme. —Su voz se rompió con las últimas palabras.

—Siento mucho todo el dolor que os he causado, tanto a ti como a Marc. Pero me ha llevado bastante tiempo poder vencer mi miedo, arriesgarme a dar este paso. Hace muchos años mi vida cambió y encerré los sentimientos en lo más profundo de mí,

con un cinturón de castidad para que nadie pudiese volver a lacerarlos de nuevo — expliqué con ahogo—. Y después de tantos años viviendo de esa forma, sin mostrarlos, sin dejar que ningún hombre se acercase a ellos, me ha resultado difícil encontrarlos y liberarlos. Y sé que no lo he conseguido yo sola, Marc ha sido quien me ha llevado hasta ellos. Él ha sido capaz de despertarlos y yo los he permitido resurgir. Me ha devuelto la vida, Marta. Lo quiero —confesé, sin parar de desfilas las lágrimas por mi rostro.

—¡Joder, Cris, no sé cómo decirte esto!

—¿Decirme qué?

—Marc ha pedido el traslado. —Vaciló antes de proseguir, yo sentí cómo la sangre se me congelaba con la noticia—. Me dijo que no era capaz de vivir en la misma ciudad que tú, que no soportaría volver a verte sin que eso no lo destrozase más. Está abatido, Cris, se ha enamorado de ti como un loco.

Noté una fuerte presión en el pecho, el corazón me bombeaba a toda velocidad y el aire comenzó a llegarme con dificultad, haciéndome sentir mareada. Dejé resbalar la espalda por la pared hasta sentarme en el suelo. Estaba conmocionada, Marc se había marchado, lo había perdido para siempre.

—¿Cuándo se ha ido? ¿Adónde? —interpelé angustiada, temblándome el cuerpo sin parar.

—Se va hoy, rumbo A Coruña, a Santiago de Compostela para concretar. Su avión sale a la una. Ayer nos despedimos de él, no quería que fuésemos al aeropuerto.

Miré el reloj con desespero, eran las once y cuarto. Si me daba prisa llegaría a tiempo para poder hablar con él antes de que se marchase.

—Marta, ¿en qué terminal embarca? —pregunté con premura, levantándome de golpe.

—En la dos. ¿Por qué?

—Me voy al aeropuerto. Necesito verlo y hablar con él antes de que se vaya. Adiós.

Colgué y salí corriendo a la calle en busca de un taxi. En menos de dos minutos ya estaba montada en uno.

—Por favor, al aeropuerto, terminal dos, zona de salidas —le dije deprisa al taxista—. ¿Podría ir rápido? Tengo mucha prisa.

—¿Pierde el vuelo? —preguntó mirando por el retrovisor.

—No, peor. Puedo perder al mejor hombre que haya pasado por mi vida. A mi verdadero amor. He sido una auténtica estúpida —contesté, y los ojos se me llenaron de lágrimas al momento.

Me pregunté por qué acababa de contarle a un completo desconocido mis más profundos sentimientos. Sentimientos. Tenía sentimientos. Los sentía por mi piel, por mi sangre, por todos mis tejidos. Amaba. Amaba con intensidad. Tanto, que me dolía el pecho. Amaba y quería sentirme amada. Amada única y exclusivamente por Marc.

—Entonces me daré toda la prisa posible para que llegue a tiempo. No puede

perder lo más importante que hay en la vida. —Sonrió.

—Yo siempre había oído decir que el dinero era lo más importante en este mundo —añadí, mirando también por el retrovisor para verle la cara.

—Bueno, eso también, claro. —Volvió a sonreír—. Pero en realidad lo que mueve al mundo es el amor.

—Desde luego que sí, ahora lo tengo muy claro. El amor lo es todo en nuestra vida, por eso tengo tanta prisa, no puedo perderlo —gimoteé.

—No se preocupe, iré todo lo rápido que pueda, en unos quince minutos estamos allí.

Mientras el taxi se desplazaba con velocidad, zigzagueando sin parar para adelantar a los vehículos menos presurosos, mi cabeza no paraba de pensar en el daño que había causado a Marc. Tanto, que su dolor lo había llevado a pedir el traslado, a alejarse de su ciudad de adopción, de Madrid, un lugar que yo sabía le encantaba. Y todo por no verme y así no sufrir más. No dejaba de implorar a Dios para que no fuese todavía tarde, para que estuviera a tiempo de solucionarlo, para no haber tirado mi oportunidad a la basura. Y no dejaba de regañarme a mí misma y de reprocharme por haber hecho tan mal las cosas. La verdad es que si me hubiera propuesto hacerlas peor sería imposible, para ello tendría que nacer de nuevo.

Mi mente no paraba de torturarme, aunque esta vez me lo merecía por haber sido tan cobarde. Solo esperaba que Marc fuera capaz de perdonarme y que no me rechazase, aunque, si lo hiciese, me lo tendría más que merecido por haberle hecho sufrir tanto. Aun así, no quería perder la esperanza, necesitaba pensar que me seguía queriendo y que todo se solucionaría. No sería capaz de superar su repudio.

Mi estómago era un manojo de nervios al llegar al aeropuerto. Pagué al taxista y me bajé sintiendo como las piernas se me doblaban, parecían de chicle. Antes de reanudar su viaje, el taxista sacó la cabeza por la ventanilla y me deseó suerte. Con un raudo agradecimiento, corrí hacia la zona de salidas, sin saber por dónde buscar, y faltaban poco más de diez minutos para las doce. Miré por todas partes para ver si veía a Marc, con su altura no sería difícil encontrarlo si estaba por allí. Le llamé de nuevo al teléfono, pero todo continuó igual: no lo cogía. Los nervios me angustiaban más por momentos, se apoderaban de mi cuerpo con rapidez. ¿Habría llegado tarde? ¿Habría embarcado ya? Las mismas preguntas me bombardeaban una y otra vez.

Miré en las pantallas de información de vuelos para ver con qué compañía viajaba. Al comprobarlo, me acerqué con celeridad a la correspondiente ventanilla. Allí se encontraba un chico joven, de no más de veinticinco años, que me obsequió con una bonita sonrisa. Parecía simpático, eso me vendría bien para solicitar su ayuda.

—Por favor, necesito encontrar a una persona —hablé con celeridad—. Volaba hoy con su compañía a Santiago de Compostela, en el vuelo de la una. No lo veo por aquí y es urgente que hable con él, pero no me coge el teléfono. ¿No podrían llamarle por megafonía o dejarme pasar con alguien para ver si ya ha embarcado?

—No, por supuesto —respondió tajante—. No puedo dejar que pase a la zona de embarque si no va a volar. —Negó con la cabeza—. Lo que puedo hacer es hablar con un compañero para que le llamen en esa zona y se ponga en contacto con usted. ¿Cuál es el nombre de la persona en cuestión? —preguntó, con un gran estiramiento de labios.

—Marc Balaguer. Es muy importante, por favor —mis palabras suplicaban.

Sin perder su encantadora sonrisa, asintió con la cabeza y lo comunicó a su compañero por teléfono.

—No se preocupe, lo van a llamar. En cuanto lo localicen mi compañero me lo comunicará. Esperemos que no esté dentro del avión, porque entonces no podrá oírlo. Y ahora, si no le importa, espere un momento a un lado, por favor.

—De acuerdo. Gracias.

La ansiedad me consumía. Aguardar allí de pie, esperando que ocurriera algo, me hacía perder el control. Iba a insistir al gentil joven de nuevo cuando, de repente, vi aparecer a Marc. Andaba con paso firme y decidido, desprendiendo toda la autoridad a la que estaba acogido. Cruzaba el aeropuerto con una mochila cargada al hombro y estaba a punto de embarcar. Mi pulso se aceleró a un nivel exorbitante nada más verlo, la fuerte descarga de adrenalina lo descontroló; los nervios comenzaron a gobernarme. Sin ser capaz de despegar aún los pies del suelo, me fijé en cómo algunas miradas femeninas se clavaban en él, incluso alguna cabeza llegaba a girarse. Era el efecto Marc, nunca pasaba inadvertido. Sacudiéndome de encima todo el nerviosismo que me mantenía paralizada, corrí en su dirección.

—¡Marc, Marc! Espera un momento —grité con todas mis fuerzas. Él se giró despacio y se quedó parado al verme.

—¿Qué haces aquí, Cristina? —preguntó con frialdad, hasta había dejado de ser *Cris* para él.

—Marc, tengo que hablar contigo —le rogué—. Te he estado llamando, pero no me coges el teléfono. Así que llamé a Óscar, hablé con él y con tu hermana. Ella me ha dicho que te ibas hoy y por eso estoy aquí. No puedo dejar que te marches sin decirte algo antes.

Observando su cara me di cuenta de todo cuanto Marta me había contado que estaba sufriendo, el dolor que reflejaba. Su mirada era triste y denotaba algo más allá del suplicio, emanaba desesperación. Incluso en su cuerpo se percibían los estragos de tanta angustia, la acusada pérdida de peso. Me fijé en su cuello, en la pequeña cicatriz que tenía, consecuencia del disparo recibido. Aunque estaba segura que esa cicatriz le importaba mucho menos a la producida en su corazón por mi culpa. Su padecimiento resaltaba tanto que me rasgó el alma.

—Creía que ya me habías dejado todo muy claro, Cristina —habló con indiferencia, mirándome de forma dura y fría.

—Tenías razón, Marc, siento algo más por ti que solo una fuerte e irresistible atracción sexual. Es algo más intenso, más profundo —confesé con sinceridad—.

Estos días sin ti han sido una auténtica locura para mí. Han sido insoportables. Sé que estoy enamorada. Me he enamorado de ti, Marc —expresé en voz queda.

—¡Vaya! ¿Te has dado cuenta de repente o es que te da pena haberme roto el corazón? ¡Ah, no, qué tonterías digo! —replicó con desdén—. Se me había olvidado que teníamos un acuerdo y yo lo rompí. No tengo derecho a reclamar, tú no tienes la culpa, solo yo por incumplirlo —escupió con sarcasmo, mientras su mirada se me clavaba en la retina con displicencia, haciéndome sentir despreciable.

—Perdóname, Marc —insistí—. Sé que te he hecho mucho daño, pero créeme, nunca quise hacértelo. —Negué con la cabeza—. Me he comportado de forma necia. Me he cegado sin ver lo evidente. Entiéndeme, hace muchos años anulé mis sentimientos y aprendí a vivir así, y eso ha terminado pasándome factura. —Emití un compungido suspiro—. Y recuperarlos no ha sido una tarea fácil; de hecho, nunca los habría conseguido yo sola, tú has sido indispensable para poder lograrlo. Tú los despertaste, Marc, los ayudaste a salir de su profundo letargo. Tú has conseguido que sea capaz de amar de nuevo, que me haya permitido enamorarme —reconocí—. Si he tardado tanto en reaccionar ha sido porque el condenado miedo me ha impedido hacerlo antes.

—¿Y qué quieres que te diga ahora, Cristina? —preguntó resentido—. A lo mejor ya sea un poco tarde, me has hecho demasiado daño, ¿sabes? Nunca me había enamorado, era la primera vez que entregaba mi corazón y dejaba mi felicidad en manos de otra persona. Alguien que yo creía sentía lo mismo por mí, o al menos algo parecido. Pero está claro que me equivoqué de manera plena.

—No, Marc, la equivocada era yo y lo siento, de verdad —admití con dolor—. He obrado como una absoluta obtusa. Solo he sido capaz de reaccionar cuando ya no te tenía a mi lado. No soportaba la idea de no volver a verte, no puedo imaginarme la vida sin ti. Ni puedo ni quiero —añadí con la voz ahogada.

—No sé, Cristina, tengo que pensarlo un poco —dijo en su línea de seriedad y su deje desdeñoso—. Hace unas semanas me dejaste por quererte y ahora vienes a buscarme porque no puedes vivir sin mí. Estoy confundido, no sé qué pensar —me reprochó.

—Marc, vuelvo a repetirte que estaba equivocada y que tú llevabas razón. ¿Qué más quieres que te diga? ¡Joder! La he cagado, perdóname, solo quiero arreglarlo. —Mis ojos se nublaron ante la llegada de las primeras lágrimas.

—Debo coger un avión —explicó, ignorando todo cuanto le había expuesto—. Pensaré en lo que me has dicho y te llamaré algún día para hablar.

Y comenzó a alejarse de mí. No pude decir nada más, enmudecí por completo ante su rechazo. Un rechazo que me había ganado a pulso por mi terquedad y mis temores. El corazón me latía más y más despacio con cada paso que Marc daba aumentando nuestra distancia, y pensé que se pararía en el momento justo de dejar de verlo. Bajé la mirada al suelo mientras las lágrimas me recorrían la cara y la congoja me invadía el alma, siendo consciente de que acababa de perder la única oportunidad

de volver a amar. De amarlo a él, a Marc. Un hombre que había ganado la batalla que yo libraba conmigo misma desde hacía años, que me había mostrado el camino hacia la liberación esperando que lo tomase y rompiera las cadenas que me mantenían esclavizada. Y yo, como gratificación, lo había confinado a vivir junto con mi dolor extirpado. Era, cuando menos, paradójico, ¿no?

Arrastrando los pies me acerqué hasta un asiento, con un dolor acerbo, agónico. Me senté despacio, agachando la cabeza, rebasada por el daño ocasionado tanto a Marc como a mí, y me apreté las sienes con una mano. Dolía tanto hacer frente a lo que acababa de perder, ver lo necia que había sido, lo pusilánime, que no sabía cómo iba a poder afrontar la vida a partir de ahora. Todo ese daño me arrasaba el interior, me escocía en el alma y me quemaba el corazón. Un corazón que cada vez bajaba más el ritmo de sus latidos, mientras mis ojos aceleraban el fluido lagrimal haciendo que el llanto me empapara todo el rostro.

De pronto, vi unos pies parados a mi lado. Mi corazón bombeó más rápido al observarlos. Ascendí la vista poco a poco, con lentitud, y los movimientos de sístole y diástole se fueron acelerando con vértigo hasta llegar a descubrir el semblante más bello del mundo. Entonces, contemplando a Marc con su verde mirada anegada en ternura, deseo y expectación, mi corazón, con un brutal latido, galopó en el interior del pecho cual caballo desbocado. Me levanté suplicando a mis piernas no fallarme, me sentía tan débil, tan falta de ánimo... y me puse a su nivel, frente a frente los dos. Con delicadeza y sin hablar, Marc comenzó a secarme las lágrimas, e irremediamente yo no pude parar de llorar. Lo quería tanto que me moría por él. Terminé apoyando mis manos en su pecho en un intento por sostenerme y, procurando no ahogarme de dolor, conseguí hablar:

—Marc, lo siento, de verdad —anuncié en voz queda y agitada por el sollozo del llanto.

—No llores más, Cris —me suplicó.

Cris. Marc me acababa de llamar *Cris*. Volvía a ser *Cris* para él. Ese pequeño detalle me alegró mucho. Muchísimo. Marc me cogió la cara entre sus manos y me miró de esa forma tan particular que tenía, con la que me encogía el estómago.

—Contéstame la verdad, ¿estás convencida de todo cuanto me has dicho?

—Sí. Jamás estuve más convencida de algo en mi vida —contesté llorando más fuerte.

—Pues vente a vivir conmigo, Cris. Vivamos juntos. Pasa todas tus noches en mi cama, junto a mí.

—¡Oh, Marc! —exclamé antes de lanzarme a su boca, de comerle el alma con un beso que no estaban dando ni mis labios ni mi lengua, sino mi corazón. Un órgano que no paraba de bailar de alegría en ese momento.

Abrazándome con desesperación a él, Marc me elevó y yo terminé entrelazando las piernas en sus caderas. Posó las manos en cada una de mis nalgas para sujetarme y de esa forma me quedé colgada en su cuerpo. En brazos de él me sentí como una cría

con su primer amor. Una jovencita tomada por las hormonas, con la sexualidad recién despertada, de las que comenten locuras gracias a su impetuosa libido. Si bien, en verdad no me faltaba razón para sentirme así, pues aunque Javier había sido mi primer amor, lo que ahora sentía por Marc no era comparable con aquello. Amaba a Marc de una manera tan profunda que desgarraba el alma.

Continuábamos fundidos en nuestros labios, unidos por un largo y dulce beso al que no queríamos poner fin. Un beso que sabía al mejor manjar del mundo y que iba aliñado con mis saladas lágrimas, que, envidiosas, quisieron unirse a nuestras bocas. Era mi primer beso con Marc siendo consciente de que lo amaba, que era mi vida, sabiendo que ambos nos queríamos y necesitábamos tanto como se precisaba de aire para respirar.

—¿Esto es un sí, letrada? —preguntó separándose unos milímetros de mis labios, volviendo con esa pregunta el Marc de siempre. Mi Marc.

—Acaso lo duda, inspector jefe —contesté, uniendo mi boca a la de él.

Volvimos a besarnos de forma apasionada, con un beso más profundo que el anterior. Uno con el que intentábamos sosegar las almas pero que estaba actuando igual que el fuego a la gasolina: de combustión. Siendo consciente de que la excitación nos empezaba a gobernar, me bajé de sus brazos y lo contemplé con dulzura.

—¿Cómo dijiste que estabas enamorado de mí? —Estiré la comisura de los labios.

—Loca e irremediablemente enamorado. —Sonrió.

—¡Esas no fueron tus palabras! —exclamé, negando con la cabeza y un pestañeo.

—No —contestó serio—. Te dije que estaba perdidamente enamorado de ti, pero también lo estoy loca e irremediablemente —declaró, acariciándome la mejilla con el dorso de los dedos—. Te amo con toda mi alma, Cris. Estas semanas sin ti creí que me volvía loco de tanto dolor, me moría al pensar que no volvería a tenerte —confesó en un dulce susurro—. Por eso quería alejarme de aquí, no soportaría verte y no poder tocarte, no volver a poseer tu cuerpo, no sentirte como parte de mi ser. —Suspiró.

Marc me miró con los ojos encharcados y volvió a besarme. Lo hizo con tanto amor que sentí derretirme en su boca. Comprendí en ese momento lo importante que era el amor, algo de lo que yo me había estado privando durante muchos años, aunque jamás volvería a hacerlo. Marc me había enseñado a amar de nuevo, había hecho resurgir mi amor de lo más profundo de mis entrañas.

—Y ahora, ¿cómo vas a solucionar lo del traslado? —pregunté preocupada, separándome de sus labios.

—No te preocupes por eso en este momento, luego lo resolveré —contestó—. El comisario se pondrá contento con mi cambio de opinión, no estaba de acuerdo con el traslado. —Zarandeo la cabeza—. Pero ahora lo único que me importa es llegar a mi casa cuanto antes y saborearte, sentir tu dulce e íntimo sabor en mi boca y llevarte al orgasmo una vez tras otra, hasta que ninguno podamos movernos —explicó con la

mirada enardecida—. Bueno, si no tiene ninguna objeción, claro está, letrada. — Esbozó una perspicaz sonrisa.

—¿Objeción? —pregunté confusa a la vez que agitada, mi mente ya había empezado a fantasear tras escucharle—. Para nada —aclaré, y me quedé pensando un segundo antes de decirle—: Aunque..., ¿vas a seguir llevando la cuenta de mis orgasmos? —ironicé.

—Espero que me vuelva tan loco que me haga perder la cuenta —musitó, apoyando su frente en la mía.

—Lo haré, no lo dude —confirmé en tono sensual—. Estoy ansiosa por hacer el amor con usted.

—¡¿Ah, pero vas a hacer el amor?! —Marc se separó unos centímetros de mi cara mirándome con sorpresa—. Creí que solo follabas, al menos eso me dijiste tú — enunció con cierto tono sarcástico.

—Sí, es cierto, te dije eso. —Asentí—. Pero he pensado que podía hacer tu versión. Cómo era... —dije dándome toquecitos en los labios con el dedo índice—. ¡Sí, ya me acuerdo! «Follar haciendo el amor». Esas fueron tus palabras, tu manera de explicar mi entrega a tu cuerpo —desplegué una sonrisa—, y suena bien, ¿verdad? —demandé con ingenio, y los dos nos echamos a reír.

—Suena de maravilla —contestó.

—Pues me alegro, porque tengo mucho trabajo pendiente en la cama con usted. Tengo que compensar todo su dolor.

—¿Quiere compensarme a base de sexo? —inquirió, con los ojos abiertos como platos.

—Es la forma más satisfactoria que se me ha ocurrido para usted. Pero si sabe de otra, póngame al corriente, por favor. —Le guiñé el ojo mirándole deseosa.

—No, esa está muy bien —afirmó—. Es la mejor forma de compensarme que existe. Aunque, ya le aviso, tendrá que esforzarse mucho para resarcirme de todo el dolor —contestó, con la mirada cargada de picardía.

—Prometo ser muy concienzuda, inspector jefe —aseveré, levantando la mano derecha a modo de juramento, y volvimos a reír.

—Pues vayámonos y no perdamos más tiempo. Mi cama ha estado muy triste sin usted.

Marc entrelazó los dedos en mi mano y comenzamos a andar en dirección a la salida, felices y hasta casi emocionados. A punto de abandonar la terminal del aeropuerto, lo paré y lo contemplé. Sentí una imperiosa necesidad de vaciarme, de regurgitar mis impresiones, de compartir mis sentimientos; esos que habían vuelto a vivir conmigo.

—Te quiero, Marc Balaguer, y lo haré el resto de mi vida —aseguré, brotándome por la boca todo mi amor y la sinceridad más pura.

—Yo te amaré siempre, nunca podría dejar de hacerlo, Cristina Marín. Mi preciosa letrada —declaró con su voz ronca y suave, tan sexi.

Sonriendo, Marc metió la mano por mi cuello, me acercó a su boca y nos besamos con pasión. Ese beso estaba tan lleno de amor, era tan profundo, que dolía tanto como apaciguaba. Dolía sabiendo todo el daño que le había causado durante estas semanas, y apaciguaba al ser consciente de que lo había remediado a tiempo. Ese beso hizo que todo a mi alrededor se difuminara, desapareciera, se desvaneciese, resultara secundario... En ese momento nada más importaba, ni siquiera interesaba, tan solo Marc y yo. Éramos él y yo por encima de todo, de todos, del mundo entero. Ahora empezaba de verdad mi vida, ahora surgía de mi derrotada desconfianza aquella muchacha llena de alegría e inquietudes que soñaba con amar y ser amada. Por fin me había reencontrado a mí misma. Y aunque el paso decisivo para recuperar a la Cristina de antaño lo había dado yo, nunca podría haberlo conseguido de no ser por Marc y el inmenso amor que él había sido capaz de entregarme a mí. Un amor que había enterrado para siempre a mi dañina y perjudicial desconfianza.

Nota de la autora

Queridos lectores:

Todos los que estéis interesados en saber más acerca de la vida de Marc y Cristina podréis encontrar algo acerca de ellos y su futuro en mi primera novela: *La esencia de mi vida*. En el último capítulo. Si os invade la curiosidad por saber cómo les ha ido la vida, leyendo esas páginas la saciaréis.

Un saludo y hasta la próxima novela.

EVA ZAMORA

Agradecimientos

De nuevo, con esta novela, quiero agradecer todo el apoyo de mi familia, las horas que en ocasiones les robo para poder escribir y sus incondicionales ánimos para que continúe haciendo lo que saben más me gusta y satisface: crear historias. A mi marido por creer en mí como escritora desde el primer segundo. A mi hijo por su empuje y por regalarme los preciosos *book trailers* de mis novelas. A mi madre y suegros, que me promocionan allá por donde van. A mis amigos y amigas, desde los más cercanos hasta los que la geografía mantiene lejos pero que siempre sientes a tu lado, por mostrarme sus opiniones y darme buenos consejos con respecto a mis obras. Y a todos aquellos, familiares y amigos, que se convierten en los primeros lectores de mis manuscritos.

Asimismo, quiero dar una vez más las gracias a mis lectores, el motor para que siga escribiendo, por sus muestras de afecto, apoyo y ánimos. Y al igual que en mi anterior novela, también quiero dar las gracias a los que por primera vez, con esta obra, me lean. También, por supuesto, a todos mis seguidores en las redes sociales, que cada día son más y no paran de aumentar. Y cómo no, a mi editor, por seguir confiando en mis trabajos, y a Carlos, creativo de la editorial, por las magníficas portadas con las que viste a mis obras.

Y haciendo un apunte especial, quiero agradecer el apoyo de las librerías, importantísimo para cualquier autor que intente abrirse camino en este complejo mundo de la literatura; y sin menospreciar a ninguna, eso que vaya por delante, agradezco el inconmensurable apoyo de Librería Guillén, que gracias a la promoción de Beatriz ha conseguido hacerme llegar a muchos lectores.

En definitiva, gracias a todos sin excepción. Porque sin vosotros, como ya he dicho en más de una ocasión, esta humilde escritora no sería nada.



EVA ZAMORA (Madrid, España, 1972), se crio en Arganda del Rey, y ahora reside en la localidad de Campo Real. Es una mujer normal a quien le apasiona la literatura desde niña, aunque nunca se atrevió a dar el paso de escribir, sus novelas solo existían en su cabeza, y nunca llegaban a plasmarse en papel. Pero eso cambió hará unos años, animada por su hijo adolescente, otro amante del mundo de las letras y quien la animó a dar ese salto. Compagina su faceta de escritora con los quehaceres diarios y siempre con el apoyo y empuje de su familia.

Actualmente ha escrito varias novelas, *La esencia de mi vida* (2015) y *Todo por Daniel* (2015) son sus primeras obras en ver la luz. Ahora está escribiendo la que será su séptima novela, una historia intensa y cargada de intriga.